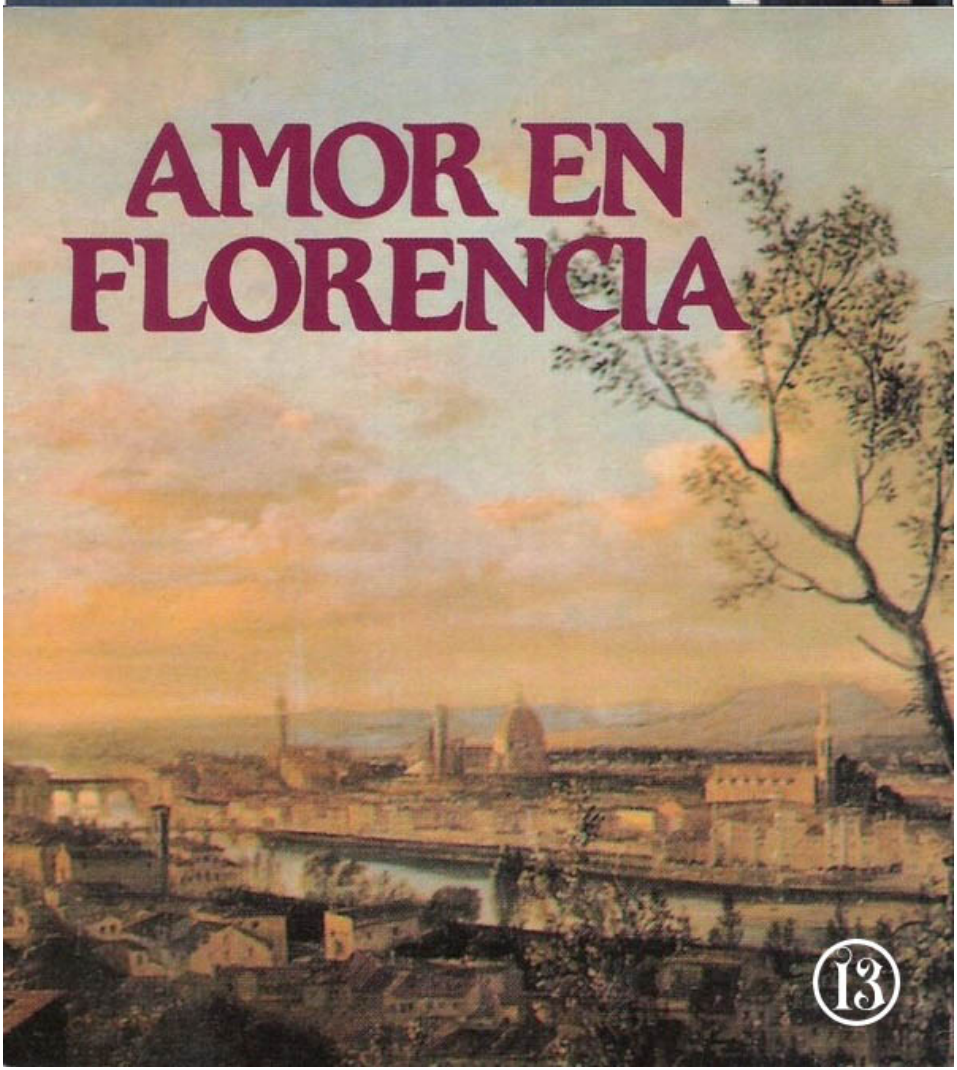
Alexandra Ripley

AMOR EN FLORENCIA



13

La majestuosa belleza de una Florencia en los albores del Renacimiento es testigo de esta extraordinaria historia de amor. En el centro mismo del acontecer político y cultural, rodeados por los genios y maestros del arte, los protagonistas, Lorenzo y Ginebra conocen el sufrimiento y la felicidad de una pasión única e irrepetible que trasciende rivalidades familiares y rompe todo tipo de barreras y convencionalismos.

Alexandra Ripley

Amor en Florencia

Título original: *The time returns*
Alexandra Ripley, 1985
Traducción: José Manuel Pomares, 1990
Diseño de cubierta: Marta Marqués

-

Revisión: 1.0
17/07/2019

Dedico este libro
a Elizabeth y Merrill
con todo mi amor.

Attenti alle meduse

Libro Primero

Lorenzo

1469-1478

1
1469

Lorenzo abrió los ojos y se sentó, completamente despierto. Entre los numerosos dones de su persona se encontraba el de que siempre se despertaba instantáneamente, sin experimentar ese nebuloso intervalo entre el sueño y la toma de conciencia que enlentece las vidas de tantos hombres.

La habitación estaba a oscuras y las altas ventanas sólo aparecían ligeramente más pálidas que el color de las paredes. Aún no había amanecido. Tuvo que encender una vela para poder vestirse.

Se puso un pantalón de colores partidos, con una pernera de color rojo y la otra blanca, una camisa de seda de color marfil, y un jubón acolchado de brocado de seda rojo con bordados de oro. Se sujetó una daga enjoyada al tahalí, en lugar del sencillo acero que solía llevar, y envainó la espada en una vaina con adornos de oro y plata, que suspendió de un cinto con rubíes incrustados. Antes de ceñirse la espada, se puso un sobretodo de terciopelo marrón, ribeteado de piel, y luego se calzó unas botas de ante de color marrón. Hacía frío en su dormitorio y aún haría más en las calles empedradas de Florencia. Era el uno de enero del año mil cuatrocientos sesenta y nueve de Nuestro Señor.

Su dormitorio se hallaba situado en la planta baja del palacio de los Medici; se abría a la arcada de columnas que había alrededor del patio central. Apagó la vela con un soplido y se deslizó en silencio por entre la puerta ligeramente abierta, saliendo al centro de la gran mansión, débilmente iluminado por la luz de las antorchas. Los guardias apostados en el interior, junto a las enormes puertas de

entrada, estaban durmiendo. Lorenzo sonrió. Recordó otra época en que todos los habitantes de la mansión permanecieron en constante alerta, día y noche, cuando su padre escapó por poco de un intento de asesinato. En aquellos otros tiempos resultaba peligroso ser el jefe de los Medici, el dirigente reconocido de la república florentina. Pero de eso ya hacía por lo menos cinco años. Ahora, en cambio, los guardias podían dormir.

Atravesó el patio y luego el jardín de atrás que estaba cubierto de una capa de escarcha. La pequeña puerta situada en el muro del jardín se abrió con facilidad y poco después se cerró en silencio tras él.

La falsa luz que parecía anunciar el amanecer hacía que el cielo pareciera bajo y gris, y su reflejo brillaba tenuemente sobre la húmeda neblina agarrada al empedrado de la calle y a las piedras de los edificios que la enmarcaban. Lorenzo no necesitaba de luz para guiarse; conocía el camino casi tan bien como las sinuosidades de su propio brazo. Avanzaba con movimientos rápidos y precisos, con la agilidad de un atleta bien entrenado, sin hacer el menor ruido, sus pasos silenciados por las suaves botas de ante y la neblina que agitaban.

Aminoró el paso al llegar cerca de los muros de la ciudad y de la puerta existente en ellos. Los guardias de la Porta San Gallo no estarían durmiendo y la ley no permitía deambular por las calles en la oscuridad. Además, no quería alarmarlos.

—Centinelas —gritó, avisándoles de su llegada—, soy Lorenzo de Medici. Os ayudaré a abrir las puertas.

Su voz sonó con toda claridad: aguda y extrañamente aflautada para un hombre joven tan fuerte y musculoso.

Los guardias le devolvieron un amistoso saludo y él penetró en el círculo de luz producido por la fogata encendida fuera de la caseta de guardia. Los ojos soñolientos de los dos guardias se abrieron con asombro ante el brillo de sus joyas.

—El pavo real despliega su cola —dijo uno de ellos—. ¿Qué esperáis encontrar al otro lado de la puerta, Lorenzo?

Le pegó un ligero codazo a su compañero más joven al tiempo que ponía los ojos en blanco, con malicia. Lorenzo sonrió.

—Es posible que uno necesite llevar las ropas más exquisitas para atraer la atención de una mujer. Sebastiano. En cuanto a mí,

las impresiono mucho más cuando me las quito.

Le hizo un guiño al guardia más joven. Pero Sebastiano no se dio por vencido.

—Bien dicho, aunque eso no contesta mi pregunta. El mundo conoce la libertad con que dejáis las huellas de vuestro paso en vuestras granjas. ¿Qué campesina os ha hecho levantar tan temprano?

El camino que partía de la Porta San Gallo hacia la campiña, recorría las colinas de la región conocida como el Mugello, una zona de ricas granjas en la que la familia de los Medici tenía sus orígenes y donde aún poseía propiedades. Lorenzo recorría aquella zona con frecuencia, y disfrutaba a menudo de los favores de las hijas o esposas de los granjeros. Al igual que los demás jóvenes de la época, era abierta y felizmente libertino.

—Ábreme el portal —le dijo a Sebastiano con una radiante sonrisa—, y lo verás por ti mismo. Quizá venga acompañada por su hermana.

El guardia levantó la barra de hierro que cruzaba una pequeña puerta del enorme portalón de madera, y luego la abrió levemente. Antes de deslizarse por la abertura, Lorenzo tomó una rama ardiendo de la hoguera, utilizándola a modo de antorcha. Salió y saltó a uno de los macizos contrafuertes de piedra, con un movimiento ágil y sin esfuerzo.

Otras antorchas iluminaban a la multitud de hombres, mujeres, niños y animales que esperaban al otro lado de la puerta. Se trataba de granjeros y artesanos que habían acudido a vender sus productos en el atestado mercado de Florencia. Algunos de ellos habían viajado media noche para ser los primeros en cruzar las puertas cuando éstas se abrieran a la salida del sol. Lorenzo fue inmediatamente saludado por gritos de «Ved esta excelente oveja, excelencia… Huevos aún calientes… Queso recién hecho… Aceite de las olivas más gruesas… Grappa para calentaros en esta fría mañana, señor… Un caballo digno de un rey… *Prosciutto*, tan dulce como el beso de una virgen…».

Lorenzo levantó aún más la antorcha, para que todos pudieran ver el gesto de su cabeza, que sacudió, indicando una negativa. La luz proyectaba profundas sombras sobre los huecos de sus mejillas y bajo la nítida línea de su mandíbula, resaltando su nariz larga, algo

achatada en el puente. Se trataba de un joven feo, y algunas de las personas más cercanas hicieron un movimiento de retroceso ante su movimiento amenazador.

Otros, en cambio, le reconocieron, y empezaron a gritar: «Lorenzo, Lorenzo».

El joven sonrió y los rasgos duros de su rostro se suavizaron, revelando su juventud y la contagiosa alegría de vivir.

—Amigos —gritó—, quiero que seáis todos mis invitados. Hoy celebro mi vigésimo cumpleaños. En el palacio Medici de Via Larga habrá vino, comida y música durante todo el día. ¿Queréis compartir mi mayoría de edad?

El rugido de aprobación hizo que su sonrisa se ampliara aún más, y que le brillaran los ojos. Hizo un saludo agitando la mano, y bajó de un salto. Miró por encima del hombro para asegurarse de que los guardias estaban observando, rodeó con un brazo los hombros de una vieja, cubiertos por un chal de color negro. La pobre mujer se esforzaba por dominar a una testaruda cabra.

—Déjame ayudarte, *donna* —dijo Lorenzo al tiempo que le tomaba la cuerda de la mano—. Iremos juntos, y elegirás el lugar que prefieras en el mercado.

Le habló con serenidad y amabilidad, utilizando el dialecto propio de los campesinos, con el que antes se había dirigido a la multitud. La mujer se frotó las manos llenas de moretones contra la polvorienta falda negra.

—Pero si todavía es de noche, excelencia. Nadie puede entrar.

—Tú puedes entrar conmigo. Yo soy Lorenzo, y hoy es el día de mi cumpleaños. La guardia no me puede negar nada hoy. Eso arruinaría mi felicidad. Vamos, donna. Veamos, el sol no tardará en salir por las montañas. Debemos darnos prisa si queremos llegar antes que los demás.

—Que Dios os bendiga, Lorenzo —dijo la anciana dirigiéndole una sonrisa que se extendió por una boca sin dientes.

Lorenzo le besó la ajada mejilla, arrastró con firmeza a la cabra y emprendió el camino hacia la puerta.

—Abre más la puerta. Sebastiano —dijo riendo—. Mi novia y yo queremos entrar. Siento desilusionarte, pero resulta que la cabra no es una jovencita. Tendrás que buscarte diversión en alguna otra parte.

Al tiempo que cruzaban el umbral de la puerta, la multitud volvió a saludarle.

—Lorenzo, Lorenzo. *Auguri*, Lorenzo. Felicidades…

Cuando Lorenzo dejó a la anciana, ésta también le deseó felicidad y el joven le dio las gracias, con expresión muy seria. Sabía que necesitaría la ayuda de las estrellas y del destino en su futuro, así como la ayuda de Dios. La suya jamás sería una vida ordinaria.

El sol terminó de salir mientras Lorenzo acompañaba a la anciana y a su cabra hasta el mercado. La salida del sol se vio saludada, como cada día, por la gran campana de la torre del palacio de la gobernación. Al escuchar la señal se abrieron las once puertas de la ciudad y la gente que esperaba al otro lado de las murallas penetró en ésta, se detuvo para pagar los impuestos correspondientes a lo que llevaban consigo, sin olvidar la discusión sobre la cantidad, y poco después se dirigió apresurada hacia el mercado, bajo la luz cada vez más fuerte. El ajetreo de los tenderetes y los parasoles al ser instalados, y los gritos de saludo de los vendedores casi ahogaron los sonidos de las campanas de las iglesias que resonaban por toda la ciudad de piedra.

Lorenzo tuvo la tentación de quedarse en el mercado. Le encantaba toda aquella actividad, los ruidos y los olores. Allí se podía encontrar de todo. Había tenderetes en los que se vendía desde ropa vieja hasta las más finas perlas importadas de Persia. Recién estaba amaneciendo, y ya estaban instaladas cuatro parrillas separadas asando las gruesas aves traídas por los cazadores y los suculentos hígados de cerdo untados con el famoso aceite de oliva de la Toscana. Tres mujeres extendían sus manos enguantadas, con unas monedas para comprar unos pichones asados. Se trataba de prostitutas, con los guantes desgastados como característica de su profesión, tal y como lo exigía la ley.

—Qué aspecto tan elegante tenéis, Lorenzo —dijo una de ellas —. ¿Queréis compartir mi desayuno?

—Gracias, Anna, pero no puedo. Hoy voy a tener un día muy ocupado. Sin embarco, permíteme que te compre un segundo pichón.

Lorenzo extrajo una moneda de la bolsa que llevaba sujeta al cinturón, y la lanzó por el aire hacia la mano extendida del

cocinero. La joven prostituta le sonrió agradecida.

—Quizá mañana pueda haceros yo un favor a vos —le dijo.

—Quizá —asintió Lorenzo—. Que os aproveche.

Lorenzo le arrojó un beso con los dedos y se abrió paso entre el gentío. Había tanta gente dirigiéndose a él, que su avance era lento, aunque a él no le importaba. Le agradaba ser reconocido, que le llamaran por su nombre, que los ciudadanos de Florencia le consideraran con afecto. Les invitó a todos a la celebración de su cumpleaños.

Estaba riendo en compañía de un grupo de estudiantes de la universidad cuando las campanas de la iglesia dejaron de sonar.

—Llegaré tarde —dijo Lorenzo—. Adiós.

Se marchó corriendo. Al igual que hacían todos los florentinos, él también acudía cada día a misa. Hoy quería acudir a la primera misa, para empezar así su vigesimoprimer año de vida dándole gracias a Dios por toda su buena fortuna y felicidad.

Ahora, el sol ya se había levantado bastante, calentándole los hombros y transformando en dorado el color gris amarronado del empedrado de las calles. El cielo mostraba un hermoso y puro color azul, sin nubes. Lorenzo, ávido por el futuro, recibió contento el buen augurio que eso representaba para el día de su cumpleaños.

—¡Maldito sea Lorenzo! Me niego a desperdiciar esta mañana acudiendo a su vulgar fiesta de cumpleaños.

—Silencio, Francesco. Bianca te oirá.

—No me digas que me calle. Y que Bianca escuche lo que le venga en gana. Yo mismo se lo diré. No es ningún secreto que no ne gusta nada el feo de su hermano.

Quienes así discutían eran Guglielmo —llamado Elmo— y Francesco de Pazzi. Para ellos no era ninguna novedad hablarse a gritos. Eran hermanos, a pesar de lo cual tenían temperamentos muy diferentes. Y la familia de la que procedían era notable por su fuerte temperamento.

Los Pazzi eran una de las familias más antiguas y nobles de Florencia y habían tenido que pagar muy caro por ello. Cuando Florencia se convirtió en república, hacía unos dos siglos, la nobleza fue declarada prácticamente un crimen. Mientras que los

comerciantes y los trabajadores podían votar y participar en el gobierno, los nobles no podían tomar parte en la dirección del Estado. La mayoría de las familias con título se cambiaron los nombres, se declararon personas comunes y volvieron a participar en el intrincado juego de las maniobras políticas. Los Pazzi no. En su lugar, alimentaron sus agravios y ostentaron la convicción de su superioridad, al tiempo que aumentaban la inmensa fortuna que estaban obteniendo con la empresa bancaria familiar.

En Italia había por aquella época docenas de bancos de propiedad familiar. El banco de los Pazzi era el más rico de todos, pero el de los Medici era el más grande y respetado. Por ello, no resultaba nada extraño que a Francesco de Pazzi no le gustara nada la perspectiva de tener que honrar a Lorenzo de Medici el día de su cumpleaños. Despreciaba a los Medici por sus bajos orígenes, les envidiaba el éxito en sus negocios, y se sentía frustrado por el invisible control que esta familia ejercía sobre el gobierno florentino. Pero, sobre todo, era amargamente consciente de la admiración y el gran afecto que todo el mundo profesaba a Lorenzo. Francesco sabía que la gente se burlaba de su baja estatura y de su exagerado refinamiento en el vestir y en el comportamiento, así como de la media docena de jóvenes pajes que eran un muy cuidado aditamento al personal regular de sirvientes existentes en su hogar.

Ahora, miró furiosamente a su hermano mayor. Elmo era alto y seguía siendo elegante, a pesar de sus treinta y un años vividos con exceso. Francesco observó con satisfacción que las carnes de su hermano se estaban ablandando. Muy bien. Él pondría de manifiesto lo que era su hermano: un blando por permitir que los Medici compraran su alianza nombrándole embajadorcillo de sus asuntos de Estado y consiguiendo la más completa devolución de su ciudadanía a los Pazzi. Un blando por actuar como amigo mayor y consejero de Lorenzo. Y un blando por haber comprometido su lealtad para con los intereses de los Medici al aceptar casarse con Bianca, la nieta del viejo zorro de Cosimo de Medici, que organizó el matrimonio.

Francesco detestaba a Bianca porque era una Medici y por ser una mujer tan incansable y eternamente femenina. Bianca iba y venía por el gran palacio de los Pazzi, continuamente agitada en su

tarea de supervisar la limpieza y la cocina, o estableciendo complicadas disposiciones destinadas al cuidado de sus hijos. Siempre olía a leche, a bebés, porque siempre estaba embarazada o amamantando a un pequeño, o ambas cosas a la vez. En nueve años de matrimonio había dado a Elmo siete hijos, cuatro de los cuales vivían aún. Francesco debía admitir que Bianca estaba haciendo precisamente aquello que se esperaba de una esposa, pero tanta fecundidad ofendía a su naturaleza refinada, ya que, según él, la fecundidad sólo era algo adecuado para los campesinos.

Campesinos, como los Medici. Le mortificaba que los plebeyos estuvieran a cargo del control de Florencia, mientras los nobles como los Pazzi tenían que aceptar las migajas de su mesa en forma de nombramientos para el desempeño de cargos insignificantes.

—Es típico de la vulgaridad de los Medici alimentar a toda la ciudad para celebrar la mayoría de edad de su precioso hijo —refunfuñó—. No tengo la intención de participar en esa actitud compradora de votos a base de pan y circo.

—Está bien, no vayas entonces —rugió por fin Elmo—. De todos modos, nadie te echará de menos.

Cuando las palabras aún resonaban entre los muros de piedra entró en la habitación Bianca de Medici de Pazzi, precedida por tres pequeños perros que no dejaban de ladrar y por un enorme vientre cubierto de brocado ricamente bordado, cuyo embarazo ya debía de haberse cumplido a juzgar por su volumen.

—Mira que armáis jaleo los dos —dijo plácidamente. Hacía ya muchos años que no se molestaba en escuchar las discusiones entre los hombres de la familia. El sol penetraba sesgadamente por las altas ventanas y relucía sobre los rizos dorados de su cabello. A pesar de su avanzado estado de gestación. Bianca era una joven de aspecto encantador. Su piel blanca y suave, y sus grandes ojos azules la hacían parecer una muchacha, a pesar de que ya tenía veinticinco años—. Elmo, sucede algo imprevisto que me produce un gran pesar.

El tono tranquilo de su voz no hacía honor a sus palabras, y el color encendido de sus mejillas indicaba que todo estaba bien. Elmo la condujo hacia un banco.

—Siéntate y dime lo que sucede.

—No podemos asistir a la fiesta de cumpleaños de Lorenzo —

dijo Bianca con serenidad.

Luego, sus labios se estremecieron, y las lágrimas aparecieron en sus ojos y se derramaron sobre el rostro enrojecido.

—Estupendo —gruñó Francesco.

Sonrió con una mueca y abandonó presuroso la estancia, dejando a su hermano Elmo encargado de suavizar la tormenta.

2

Una vez terminada la misa, Lorenzo abandonó la iglesia en compañía de un grupo de amigos. Se detuvo al llegar a la piazza, en el exterior.

—Id a mi casa —les dijo—. Comunicad a mi madre que estaré allí dentro de diez minutos. Antes tengo que hacer algo.

Los jóvenes se echaron a reír y le dejaron a solas, convencidos de que tenía la intención de visitar a su hermosa querida.

—¿Qué mejor modo de celebrar el día en que uno se convierte oficialmente en hombre? —preguntó uno de ellos.

Lorenzo se imaginó de qué se reían, pero no se molestó en sacarlos de su error. Lo que se disponía a hacer era algo demasiado privado como para compartirlo con alguien, aunque se tratara de sus más íntimos amigos. En cuanto los jóvenes hubieron desaparecido de su vista, él volvió a entrar en la iglesia.

El interior estaba en semipenumbra y en silencio. Avanzó con lentitud, pasando bajo los hermosos arcos de piedra gris, envuelto por los tenues pero persistentes olores del incienso, la cera de las velas y los perfumes de las mujeres. El sonido de sus pasos reverberó en susurros. Se detuvo al llegar a la nave y al hablar también lo hizo en un susurro.

—Te prometí que vendría a verte en este día. Pues bien, aquí estoy.

A sus pies, a nivel del suelo, había un rectángulo de mármol en el que se leía una inscripción con dos únicas palabras: PATER PATRIAE. «Padre de la patria». Era el más noble epitafio concedido jamás a un ciudadano de la república florentina.

Aquél era el lugar donde yacía enterrado su abuelo, Cosimo de Medici, su héroe, y aquello por lo que medía todo lo que podía

llegar a ser un hombre.

A pesar de ser un hombre delgado, tranquilo y nada imponente, Cosimo había utilizado su brillantísima mente y su exquisita comprensión de la naturaleza humana para alejar a Florencia de la guerra de aniquilación, y conducirla a lo largo del más prolongado período de paz que hubiera conocido la república. Al mismo tiempo, convirtió la ciudad en un gran centro de aprendizaje y arte, incrementó su ya notable belleza, multiplicó en una amplia medida la fortuna de los Medici y logró que su familia fuera reconocida como los gobernantes de la república, aunque sin título. Había muerto hacía apenas cinco años, cuando Lorenzo tenía quince.

Ahora, Lorenzo se arrodilló y uno de sus dedos siguió las letras esculpidas en el mármol.

—Abuelo —dijo con ternura—, te echo mucho de menos. Toda Florencia te echa de menos. Mi padre es un buen hombre, pero no es Cosimo. Le obedezco en todo, tal y como tú me ordenaste, y hago todo lo que está en mi mano por ayudarle. He participado en dos misiones diplomáticas y he representado con honor a nuestra familia y a nuestra república. Estoy prometido en matrimonio a una mujer de la familia romana de los Orsini, unión mediante la cual se fortalecerá nuestra influencia en el círculo de poder cercano al papa. Continúo mis estudios y rezo mis oraciones. Creo que seré una persona digna cuando me convierta en cabeza de la familia y del Estado.

Se inclinó aún más, apoyándose con las manos sobre la lápida, hasta que sus labios quedaron cerca del título honorario concedido a su abuelo. Había una ligera sonrisa en la comisura de su boca y una mirada encendida en sus ojos.

—Abuelo —murmuró—, te voy a contar un secreto, como antes solía hacer. Tú siempre fuiste el único al que pude abrir mi corazón. Tengo la intención de hacer todo aquello que me pediste que hiciera. Protegeré a nuestra república y a nuestra familia. Y luego, abuelo, tengo la intención de hacer mucho más. Te superaré a ti. Aún no sé cómo lo conseguiré ni qué camino habré de seguir para lograrlo, pero sé que lo haré así.

Luego se levantó lentamente, sin dejar de sonreír.

—Me pediste que viniera a verte el día que alcanzara la mayoría de edad, que recordara la tarea que me habías encomendado, que te

jurara mi intención de cumplirla, que te honraría a ti y a nuestra familia mientras viviera. Si puedes escucharme, escucha entonces mis palabras. He hecho todo aquello que me pediste; haré todo aquello que deseabas que hiciera. Y después haré aún mucho más, de modo que nunca se olvide el nombre de los Medici, ni en Florencia ni en el resto del mundo. Soy un hombre, y me siento capaz de hacer el trabajo de veinte hombres. Te lo juro —su sonrisa se amplió—. Y, además, disfrutaré haciéndolo así, abuelo. Porque soy algo que tú no fuiste. Yo soy un poeta y un músico. Envolveré mis deberes con la música y la alegría. Haré que te sientas orgulloso de mí, y que también nuestro pueblo se sienta orgulloso de mí… y conseguiré que sea feliz —se inclinó de nuevo ante el recuerdo de su abuelo—. Queda con Dios, Cosimo. Mi amor y mi respeto quedan contigo.

Con los hombros y la cabeza bien altos, se volvió y se alejó, dejando atrás su adolescencia.

Una vez que le hubieron dejado, los amigos de Lorenzo no se entretuvieron en la calle. El aire era cortante, a pesar de que lucía el sol. Se dirigieron presurosos hacia el palacio de los Medici, que sólo se encontraba a una manzana de distancia, y se abrieron paso por entre la multitud, que ya se había congregado en el exterior.

A ambos lados de las calles que bordeaban el *palazzo* se habían instalado enormes braseros para calentar a la gente que comía los humeantes pasteles de carne que llevaban en enormes bandejas y distribuían los pajes, vestidos con el ropaje de los Medici. En la *loggia*, una estancia abierta con columnas situada en un rincón del palacio, otros pajes servían vino en copas de madera, que entregaban a todos aquellos que se acercaban. Los juglares entretenían a las filas de personas que esperaban para entrar en la *loggia*, y un grupo de cantantes pasaba por entre la gente que permanecía en la calle, encantando a todos con las más obscenas canciones populares.

Dentro del palazzo, todo estaba tranquilo. Los muros de piedra, de casi medio metro de espesor, contenían el ruido. Los amigos de Lorenzo subieron corriendo la escalera del patio y una vez en el vestíbulo superior saludaron a la madre de su amigo.

—Madonna Lucrezia —dijo el primero de ellos—, hay ya tanta gente en la calle que me temo no habrá comida suficiente para mi estómago de pintor hambriento.

Besó a la mujer en ambas mejillas. Sandro Botticelli había vivido diez años en el palacio de los Medici, desde que tenía quince, hasta el año recién pasado, en que alcanzó el éxito suficiente como para comprar una casa y un estudio cercanos. Era como un miembro más de la familia.

Lucrezia de Medici sonrió al escuchar la queja de Sandro. En aquella casa, todo el mundo sabía que el elegante joven rubio comía por cinco y jamás mostraba una libra más de peso. Dio la bienvenida al resto de invitados y los dirigió hacia el *grand salone*, donde había un fuego encendido en la gran chimenea. Ellos también eran pintores, aunque no tan prósperos como Botticelli. Sus capas eran delgadas, al igual que sus rostros. Les vendría muy bien el fuego y la comida caliente.

En el interior de la gran sala, todo estaba preparado para el banquete. Ya estaban presentes toda una serie de invitados, formando grupos junto al fuego de la chimenea o ante las altas ventanas, desde donde contemplaban la ajetreada actividad que se desarrollaba en la calle. Giuliano, el hermano menor de Lorenzo, actuaba como anfitrión sustituto, en su nombre, asegurándose de que todo el mundo tuviera una copa de vino y un trozo de pastel de carne con el que matar el hambre mientras se servía la comida.

Giuliano tenía dieciséis años. Ya era más alto que su hermano y había heredado el buen aspecto de la familia, herencia que había pasado por alto a Lorenzo. Sandro Botticelli le contempló con la mirada apreciativa de un artista. Y decidió que no tardaría en llegar el momento de hacerle otro retrato. Giuliano se hallaba en esa fase tan interesante de la vida en la que los cambios de postura y de luz eran capaces de mostrar al hombre a punto de surgir del muchacho que aún seguía siendo. Ambos se abrazaron y Sandro le presentó a sus acompañantes. Les dejó a todos al cuidado de las capaces manos de Giuliano, y se dispuso luego a saludar a los demás miembros de su familia adoptiva. Lorenzo y Giuliano tenían tres hermanas. Sandro se dio cuenta de que en la sala sólo estaban Nannina y María, y llegó a la conclusión de que Bianca debería estar a punto de tener su último bebé, puesto que ninguna otra cosa le habría

impedido haber sido la primera en llegar para celebrar la mayoría de edad de su hermano.

La madre de Bianca estaba pensando lo mismo. Aprovechando un intervalo entre los saludos de bienvenida a los invitados, Lucrezia habló en susurros con uno de los pajes, que se marchó presuroso hacia el palacio de los Pazzi para preguntar lo que sucedía.

Los invitados seguían llegando, y Lucrezia estuvo tan atareada que ni siquiera se dio cuenta de la llegada de Lorenzo hasta que sintió la mano de éste sobre su hombro y observó el placer reflejado en el rostro del hombre al que estaba saludando en ese preciso instante.

—Lorenzo —dijo el hombre—. *Auguri*.

Lucrezia volvió la cabeza y sonrió al ver a su querido hijo que había llegado tan tarde.

—*Auguri*, querido hijo.

Lucrezia observó que la fiesta se desarrollaba bien. Estaba de pie junto a la puerta del *grand salone*, dispuesta a retroceder hacia el vestíbulo para darle la bienvenida a cualquier invitado que pudiera llegar tarde. Aunque también permanecía allí con la intención de interceptar al paje que había enviado en busca de noticias sobre Bianca.

Dentro del enorme salón los ruidos de las conversaciones y las risas casi apagaban el sonido de la música que interpretaban los músicos en la galería que sobresalía de uno de los altos muros. El crepitar del fuego se añadía al ruido festivo. El sol penetraba por los altos ventanales, haciendo brillar como si fueran joyas las relucientes sedas y satenes de las invitadas, y arrancando destellos de sus joyas. Las mesas largas, cubiertas con manteles de lino, estaban dispuestas para la comida. Y Lucrezia estaba segura de que los invitados también estaban preparados. Hizo un gesto de asentimiento hacia el mayordomo principal, y éste hizo señas a los sirvientes que esperaban en el vestíbulo de servicio, situado en el extremo del *salone*. Inmediatamente, varios tríos de pajes empezaron a circular por entre la gente congregada en el salón. Uno de ellos sostenía un recipiente de plata ante las manos del invitado,

mientras su compañero vertía agua perfumada sobre ellas, que llevaba en una jarra de plata. El tercero le ofrecía una toalla de lino para secarse. Aquél era el comienzo tradicional de todo banquete y el anuncio de que todo el mundo debía ocupar un puesto en una de las mesas.

Había llegado el momento de llamar a su marido. Dos pequeñas arrugas aparecieron en la suave piel de Lucrezia, entre sus cejas. Él se daría cuenta de la ausencia de Bianca y preguntaría la causa. Lucrezia se dirigió hacia uno de los ventanales para buscar al paje que había enviado al palacio de los Pazzi. Pero a quien vio fue a Bianca, y la visión le hizo sonreír ligeramente.

Bianca venía envuelta en una capa ribeteada de piel confeccionada con un tejido de brillante terciopelo rojo, que aún acentuaba más la hinchazón de su vientre. Parecía una barcaza de vivos colores abriéndose paso por entre un río de gente. Pero el tamaño de su cuerpo no le impedía la agilidad de movimientos. Su esposo, su doncella, las niñeras y los niños, todos iban tras ella, medio perdidos entre la multitud. Lucrezia se dirigió presurosa hacia la habitación de su esposo, que ahora ya no tendría de qué preocuparse.

Piero de Medici era un lisiado. Sufría una enfermedad que afectaba a los huesos y articulaciones y a la que los florentinos llamaban «gota». Su padre, Cosimo, había muerto a causa de ella a la edad de setenta y cinco años, pero no le había producido verdadero dolor hasta los últimos meses de su vida. Piero, en cambio, no había sido tan afortunado. Los síntomas le aparecieron durante la niñez, y de joven ya sufría ataques tan graves que apenas podía moverse sin sentir grandes dolores. A la edad de cuarenta años tenía que ser transportado a todas partes en una silla de mano cuando se encontraba bien, y en una litera en la que permanecía echado cuando el dolor era tan grande que hasta le impedía sentarse. Ahora contaba con cincuenta y dos años de edad, aún conservaba una cabeza y un rostro extremadamente elegantes, a pesar de que su cuerpo no era más que un atormentado montón de articulaciones grotescamente hinchadas y extremidades retorcidas.

Estaba tumbado en la cama cuando Lucrezia entró en su habitación. Ella se detuvo de improviso, temerosa de que su esposo se encontrara demasiado mal como para ser molestado. Él había

expresado sus grandes deseos de participar en la fiesta de mayoría de edad de su hijo. Las lágrimas se agolparon en la garganta de Lucrezia. Entonces, Piero levantó la cabeza y le sonrió.

—Estaba reuniendo fuerzas —le dijo—. ¿Ha llegado el momento?

Lucrezia tiró del cordón de la campana para llamar a los sirvientes personales de Piero.

—Es el momento perfecto, cariño.

—Bien. Me reuniré contigo en seguida. Y ahora vete.

Lucrezia obedeció inmediatamente. A su esposo no le gustaba que ella contemplara la indignidad de su dependencia de los sirvientes que se ocupaban de su cuerpo.

Bianca llegó al salón en el mismo instante en que su madre regresaba a él.

—Siento mucho haber llegado tarde —se disculpó Bianca—. ¿Habéis empezado ya la fiesta?

—Todavía no. Llegas justo a tiempo. ¿Te sientes bien?

El rostro de su hija aparecía enrojecido y húmedo por el sudor.

—Perfectamente bien, mamá. Tuve que apresurarme, eso es todo. Nos habíamos retrasado y yo estaba frenética. Imagínate, al amanecer, incluso antes de estar convenientemente vestida, apareció en la casa un paje totalmente desconocido anunciando que unas visitas llegarían en cualquier momento. Yo no esperaba a nadie. No sabía qué hacer. Pensé que si tenía que quedarme a esperarlas, quizá llegara tarde a la fiesta. Ya sabes lo que significa «llegar en cualquier momento». A veces, eso significa todo el día —Bianca se hizo un poco de aire con una esquina de la capa—. Hace calor aquí —se desató los lazos de la capa que llevaba alrededor del cuello y la dejó sobre una silla. Lucrezia hizo un gesto de desaprobación, tomó la capa y la dobló con cuidado mientras Bianca seguía hablando—. Resultó que llegaron al cabo de una hora. Se trataba de un grupo bastante numeroso y llamativo. Habían pasado la noche delante de las puertas de la ciudad porque estaba oscuro cuando llegaron allí. El corazón se me cayó a los pies en cuanto vi a los guardias y a todos aquellos caballos. Parecía como si se tratara del propio rey de Francia o algo parecido. Pero no, no era nadie tan importante. Sólo era una niña, la nieta de Antonio, el tío de Elmo. Recordarás que la hija de Antonio se casó

con un conde de Borgoña. Luego, murió al dar a luz. La que acaba de llegar es su pequeña hija, Ginebra. Esa niña tiene un aspecto terriblemente sencillo, envuelta en esas ropas tan extrañas que llevan los borgoñones. Me sentí avergonzada de que me vieran en la calle con ella.

—¿La has traído contigo?

—Desde luego. Medio la oculté entre mis hijos y sus niñeras. Tendrán que ocuparse de ella, pues nadie puede esperar que yo me haga cargo de una niña. Además, mi francés es demasiado endeble como para permitirme hablar con ella. Habla un italiano imposible de comprender. Supongo que lo habrá aprendido de una de las sirvientas de su madre… Ahí vienen. Y Elmo. Y también Francesco, acompañado de su tío Jacopo.

Lucrezia abrazó a su yerno. Ofreció la mano a Jacopo, el jefe de la familia Pazzi, quien se inclinó y la besó con tal dignidad que únicamente el hálito de sus labios tocó la piel de Lucrezia.

—Me siento muy honrado, madonna Lucrezia.

—Sois vos quien honráis a mi hijo con vuestra presencia, Jacopo. Francesco, me siento feliz de daros la bienvenida —la habitual cortesía de Lucrezia desapareció como por encanto en cuanto se vio rodeada por los hijos mayores de Bianca, que le tiraban de las faldas exigiéndole besos—. Pequeños monstruos —dijo con un tono afectuoso, inclinándose para cumplir con sus deseos.

Luego, por detrás de ellos, vio a la visitante recién llegada de Borgoña. Lucrezia se quedó atónita.

Ginebra era una niña pequeña, pálida y de aspecto asustado. Iba vestida con una versión en miniatura de los ropajes propios de un adulto, como sucedía con todos los niños de la época. Pero la moda borgoñona era tan extravagante que Lucrezia se quedó con la boca abierta. La capa de la niña estaba hecha de brocado azul, cosida con hilo de oro y grandes perlas, forrada y ribeteada con piel, a tiras alternas blancas y negras, y desplegaba una larga cola que debía de haber recogido la mitad del polvo de las calles de Florencia. Su tocado también estaba hecho de brocado con incrustaciones de oro y perlas. Se trataba de un cono alto y puntiagudo, casi tan alto como ella misma, envuelto en una gasa de seda dorada. De la punta colgaba una larga cola de tela dorada, más larga y más sucia aún

que la cola de la capa. Su peso hacía que la niña llevara la cabeza echada hacia atrás, y el cordón de seda que lo sujetaba a su cabeza, se apretaba profundamente contra el cuello blando y suave de la niña. Lucrezia se sintió a punto de llorar de lástima por ella. Abrió los brazos hacia la pequeña y dijo:

—Ven a mis brazos, Ginebra.

Pero la niña no dio muestras de haber visto a Lucrezia. Miraba a través de la puerta y hacia el *salone*, con los ojos muy abiertos y la mirada fija en Lorenzo. El joven estaba riendo, rodeado por sus amigos, con el rostro iluminado por la luz que atravesaba la ventana situada cerca de él.

«Es el mismo hombre —se dijo la niña—. El que estaba esta mañana ante la puerta de acceso a la ciudad, donde tuvimos que esperar». Los latidos de su corazón se aceleraron, llena de esperanza. Se sentía insoportablemente confundida y atemorizada; había intentado hacer preguntas, hablar con Bianca, pero no lograba hacerse entender, ni comprendía lo que se le decía. En la Porta San Gallo Lorenzo había hablado en ese dialecto que era todo lo que ella conocía de italiano. Quizá ahora hablara con ella, la escuchara. Si es que era capaz de encontrar el valor que necesitaba para pedirle ayuda.

Sintió entonces una mano en su hombro. Era Bianca que la empujaba con suavidad hacia los demás niños, cuyas niñeras empezaban a sacarlos de allí. Bianca le dijo algo con un tono de voz apresurado e irritado.

—No —gritó Ginebra. Levantó las manos sujetándose el tocado inestable que llevaba sobre la cabeza y echó a correr hacia donde se encontraba Lorenzo.

—Ayudadme —le rogó.

Le tiró de la manga y le habló con una velocidad frenética, con palabras atropelladas.

Lorenzo observó la aparición surgida de repente a su lado. Entonces, las palabras de desesperación adquirieron significado para él. Puso una rodilla en tierra y rodeó a la niña con un brazo.

—Despacio, pequeña —le dijo en el lenguaje del *contado*—, no hay ninguna necesidad de apresurarse. Lorenzo te ayudará.

Levantó una mano para contener a Bianca, que se aproximaba enojada. El ruido de la fiesta disminuyó y luego se detuvo. Todo el

mundo observó a la desigual pareja enfrascada en la conversación, junto a la ventana. Al cabo de unos pocos minutos, Lorenzo desató con suavidad los nudos que sostenían el tocado de Ginebra, le quitó el sombrero cónico de la cabeza y lo dejó sobre el suelo. Después, la besó en la frente, se levantó, incorporándola entre sus brazos para acomodarla sobre sus anchos hombros.

—Amigos —dijo sonriendo—, quiero presentaros a esta damita. Se llama Ginebra y ahora tiene seis años. Compartimos las mismas estrellas. Así pues, la he invitado a compartir el cumpleaños. Que empiece la fiesta.

La fiesta de Lorenzo fue un verdadero festín para los florentinos, no por la comida, puesto que ésta abundaba, sino porque les ofrecía algo mucho más acorde con sus gustos, algo infinitamente más delicioso para ellos que el más suave de los dulces. Les ofrecía un festín de chismorreos. Dentro de la vieja ciudad amurallada, todos se conocían muy bien, y su principal entretenimiento consistía en hablar de los demás. Casi todos los florentinos destacados habían asistido a la fiesta y había visto las mismas cosas. Por eso, podían compartir sus impresiones y a ello se dedicaron con todo entusiasmo. Comentaron la magnitud del banquete con que se había obsequiado a la multitud que se agolpó en las calles, el deterioro físico experimentado por Piero desde su anterior aparición en público, la apresurada partida de Bianca en cuanto se empezaron a servir los dulces, sobre el bebé que nació apenas dos horas más tarde. Pero el mayor motivo de sus conversaciones fue la aparición de Ginebra.

Hasta entonces nunca se había incluido a una niña en una fiesta de adultos. Claro que se trataba de la fiesta de Lorenzo y él podía hacer lo que le apeteciera, pero no por ello dejaba de ser un comportamiento chocante por su parte.

La mayor parte de la gente lo atribuyó, correctamente, a la circunstancia de que la niña cumpliera años precisamente el mismo día que Lorenzo. Eso era algo muy raro y sin lugar a dudas debía de tener un gran significado. La astrología era una ciencia aceptada y respetada; nunca se iniciaba una aventura importante sin consultar antes el horóscopo. Unas pocas mujeres jóvenes insistieron, con

lágrimas en los ojos, en que Lorenzo no había hecho más que poner de manifiesto su naturaleza más profundamente dulce, demostrando así su capacidad para convertirse algún día en un padre cariñoso, añadiendo que era una vergüenza que fuera a casarse con una mujer extranjera cuando en Florencia había tantas jóvenes dignas de él.

Poco después de la fiesta se filtraron más rumores sobre Ginebra, y los comentarios se intensificaron. Al parecer, al abuelo de la niña no le había gustado nada su visita.

Antonio de Pazzi era un hombre orgulloso y retraído que vivía durante todo el año en su casa de campo, una villa nada pretenciosa situada a poco más de un kilómetro al sur de Florencia. Los sirvientes de los Pazzi susurraron a los otros sirvientes que Antonio se puso a bufar como un toro enfurecido cuando respondió a la convocatoria de su hermano para que acudiera a la ciudad. En cuanto se le trajo a la niña, la interrogó, se sintió ofendido por su acento, e insistió en que se le enseñara a hablar italiano florentino antes de que él volviera a verla. Los sirvientes contaron la anécdota a sus amos, y ésta fue la comidilla de toda la ciudad. Pocas horas después, todo el mundo se reía.

Unos días más tarde, los comentarios cambiaron, pasando de divertidos a entusiasmados. Se supo entonces que Ginebra no había llegado de visita. Al parecer, su padre la había enviado junto a la familia de su madre para que se quedara con ella de modo permanente. Él se había vuelto a casar recientemente, y su nueva esposa no quería tener a la niña en su casa. Aquello era un verdadero insulto para los Pazzi, únicamente aceptable por el hecho de que con la niña venía la dote que entregaron en su día a la madre. En realidad, no sólo se había devuelto la dote, sino que el conde borgoñón la había doblado, como contribución personal a la dote de su propia hija. Así pues, resultaba que esta niña sencilla, de extraña educación y vestida de un modo tan raro, era una rica heredera. En cuanto se supo la noticia, en más de una de las casas de la ciudad se celebraron apresuradas conferencias con el propósito de planear la promoción de uno o de varios de los hijos varones como adecuados esposos futuros.

El palacio de los Medici no fue una excepción. Piero sólo tenía un primo hermano, Pierfrancesco. Ambos se habían enfrentado

amargamente a causa de la división de las propiedades de Cosimo, y durante cinco años, Pierfrancesco no había querido hablar con Piero ni contestar sus misivas, en las que le urgía a la reconciliación. Pierfrancesco tenía dos hijos, el mayor de los cuales sólo era unos meses más joven que Ginebra.

—Si puedes arreglar un compromiso matrimonial, Piero, la brecha que os separa quedará curada —dijo Lucrezia de Medici sosteniendo la nudosa mano de su esposo entre sus manos suaves. Sabía que a Piero le asustaba la idea de morir sin haber hecho las paces con su familia—. Eres el cabeza de familia, querido. Pierfrancesco no puede hacerlo todo por sí solo. En cuanto a los Pazzi, Jacopo tendrá que decidir. ¿Quieres que le escriba yo en tu nombre y con tu sello? Me parece una cuestión demasiado delicada como para confiársela a un secretario.

Piero reflexionó un momento y finalmente negó con un gesto de la cabeza.

—Jacopo querrá algo extraordinario a cambio de su heredera. Seguramente, ella permanecerá durante muchos años sin compromiso alguno, mientras él se burla de todo aquel que la solicite. Debemos encontrar una forma de persuadirle, el punto débil de su flanco. No tenemos ninguna prisa. Seguro que no aceptará ninguna oferta durante mucho tiempo.

«Pues sí que existe una urgencia, querido —pensó Lucrezia—. Tú estás más débil cada día que pasa».

3

A mediados de enero, los comentarios sobre la fiesta de cumpleaños de Lorenzo se vieron sustituidos por los que hacían referencia al torneo que se preparaba, previsto para el siete de febrero y que prometía ser uno de los espectáculos más interesantes vistos jamás en Florencia, una ciudad que había alcanzado justa fama por la extravagancia de sus fiestas y conmemoraciones.

La participación en las justas era un anacronismo. Ahora, las batallas quedaban a cargo de soldados profesionales contratados al efecto, y cualquier hombre joven podía obtener renombre y atraer a las doncellas con mucha mayor celeridad alcanzando el éxito en las finanzas antes que haciendo caer a un oponente de la silla de su caballo. Pero la tradición no había desaparecido. Numerosas ciudades de Italia organizaban torneos abiertos a todos los que quisieran participar en ellos, y dotados con abundantes bolsas para el ganador, hasta el punto de que un «caballero» itinerante que dispusiera de un buen caballo podía ganarse muy bien la vida con una lanza afilada y manejada con habilidad.

La Florencia republicana desdeñaba las implicaciones de la caballería, institución considerada como demasiado relacionada con la aristocracia. Pero el dramatismo de la competición, la excitación del peligro y la oportunidad para lo espectacular se combinaban en un solo acontecimiento cada vez que se organizaba un torneo. Así pues, todos se mostraron de acuerdo en que Lorenzo había sido un verdadero genio al haber pensado en la idea de organizar uno.

Las circunstancias también ofrecían motivos para hacer interesantes especulaciones. Se anunció públicamente que el torneo se llevaría a cabo para celebrar el próximo matrimonio de Lorenzo. Y, sin embargo, todo el mundo sabía que la reina del torneo sería

Lucrezia Donati, la amante de Lorenzo. ¿Acaso Lorenzo se gastaba una verdadera fortuna en el espectáculo solo para poder honrar públicamente a Lucrezia? ¿Se lo había exigido ella? ¿Sabía su futura esposa que se iba a celebrar un torneo? ¿Conocía ella la existencia de Lucrezia? Los rumores eran casi tan fascinantes como el tema de qué hacer sobre la confección de nuevas ropas como para superar a todos los demás.

Lorenzo de Medici y Lucrezia Donati fueron precisamente las únicas personas en toda Florencia que no se vieron involucrados en las murmuraciones y la competencia por los vestidos. Él ya había diseñado y encargado sus ropajes poco después de haber planeado el torneo, lo que sucedió bastantes meses antes de que se anunciara. En cuanto a Lucrezia, nunca se le ocurría preguntarle por qué hacía lo que hacía. Ella comprendía las limitaciones de su posición mucho mejor que el propio Lorenzo.

Él se había enamorado de ella cuando tenía dieciséis años y la muchacha sólo contaba con once. Fue entonces cuando su belleza surgió del anonimato de la infancia. Lorenzo le escribió sus primeros poemas de amor, quemándolos luego por no ser lo bastante buenos para una diosa. Se la imaginó como una Venus viva, viéndose a sí mismo como un humilde mortal que había sido inmensamente afortunado por el hecho de que ella se diera cuenta de su mirada fija durante la misa y le sonriera.

Los Donati eran una familia que pertenecía a la antigua nobleza y que seguía viviendo en la antigua torre de la diminuta *piazza* que llevaba su nombre. Lorenzo deambulaba con frecuencia por la calle opuesta, soñando despierto con la doncella que vivía en aquella torre, esperando verla, aunque sólo fuera por un instante, en alguna de las altas y estrechas ventanas. El joven se sentía intoxicado por el romanticismo de su adoración. Quería casarse con ella, construirle un templo al que llevar sus presentes de flores y cuencos llenos de miel.

Su padre le tuvo que recordar la obligación que tenía contraída para con su familia, y Lorenzo fue enviado entonces a cumplir con su primera misión diplomática. A su regreso, ya se habían tomado todas las disposiciones necesarias. Los Donati ya no eran considerados como una familia poderosa, por lo que el matrimonio con uno de sus miembros no podía ser ventajoso para un Medici. A

pesar de todo, si él seguía amando a Lucrezia una vez alcanzada la edad para que un hombre y una mujer se amaran, y si ella aceptaba su amor, no se opondría ningún obstáculo.

Tres años más tarde, Lucrezia fue casada nominalmente con Niccolo Ardinghelli. Al día siguiente, éste inició un viaje a Portugal como representante de Florencia, y Lucrezia pasó a vivir en una casa que se le había comprado en la Via de Pucci, a una manzana de distancia del palacio de los Medici. Lorenzo la esperaba allí. Y allí le entregó flores, miel y un poema:

Nos conocimos, ¿qué importa si ese día
Brillaba el cielo o una nube lo cubría?
Del verano la morada tus ojos son,
y tu rostro, del paraíso la creación.

Y ella le entregó su cuerpo, para que él lo adorara.

Desde entonces había transcurrido casi un año; Lorenzo aún se sentía impresionado por el hecho de que sus sueños de juventud se hubieran convertido en realidad. Visitaba a Lucrezia casi a diario, y solía llevarle flores, ofreciéndole siempre el nuevo poema que le había compuesto a su belleza. Ella siempre le estaba esperando, perfumada y vestida con ropajes de suaves colores. Y siempre iniciaba sus relaciones amorosas tocando los labios de Lorenzo con los dedos y diciéndole:

—Ssssh. No necesitamos decir palabras. Llévame a la cama.

Luego, Lorenzo la desnudaba lentamente, siempre maravillado ante la blancura de su piel, la perfección de su cuerpo y de su rostro. Le recorría el cuerpo con las manos una vez que ella se encontraba desnuda ante él, y la piel bronceada del joven contrastaba fuertemente con la de ella. Lucrezia era como mármol en estado puro, pero de naturaleza cálida y sedosa. La levantaba entre sus brazos, y ella se amoldaba a él, descansando la cabeza en el hueco de su hombro. Y entonces, la respiración agitada de Lorenzo era el único sonido que se escuchaba en toda la casa.

A Lorenzo siempre le asombraba lo poco que pesaba, atónito ante su delicadeza. La llevaba a la cama y la tendía con suavidad sobre la colcha de seda de color rosado. Luego, le iba quitando

lentamente los ganchos de marfil que le sujetaban las trenzas doradas, soltándole el cabello. Una vez que el cabello había quedado extendido como un abanico alrededor de la pequeña cabeza, Lorenzo retrocedía para contemplarla. Lucrezia abría entonces los ojos azules y le sonreía dulcemente.

El corazón de Lorenzo latía con fuerza, casi dolorosamente, y la erección se apretaba vigorosa contra sus ropas. Pero no efectuaba el menor movimiento. Para él la posesión de Lucrezia con la vista era la parte más excitante de su acto de amor. Y prolongaba ese acto hasta los límites de lo que podía soportar. Cuando ya se sentía incapaz de esperar por más tiempo, se quitaba las ropas y se colocaba un preservativo sobre el dolorido pene. Lucrezia le abría las piernas y Lorenzo se introducía en ella con un hedonista grito de triunfo, posesión y alivio.

Más tarde, él la sostenía entre sus brazos, inhalando el perfume de su cabello y hablándole de su amor hasta que notaba áspera la garganta. Luego, cerraba los ojos y se quedaba dormido.

Ahora, Lucrezia se deslizó de entre sus brazos. Recogió las ropas y las plegó, dejándolas a los pies de la cama, volviendo al salón para buscar las suyas. Lorenzo dormiría durante diez o quince minutos y luego se despertaría por completo, con toda su energía renovada. Ésa era su forma de engañar los límites del tiempo. Era capaz de dormir en cualquier parte, sobre el caballo, en el suelo, sentado en una silla, y despertarse al cabo de poco tiempo con la mente y el cuerpo frescos. Gracias a su capacidad para dormitar diez minutos cada vez que se le presentaba la oportunidad, se las arreglaba para pasar sin las horas de sueño que solían necesitar la mayoría de las personas. Los guardias que patrullaban por las oscuras calles de Florencia durante la noche estaban acostumbrados a ver una sola ventana iluminada en el palacio de los Medici, en la estancia donde Lorenzo trabajaba, leía, escribía o componía. Él utilizaba todos los minutos que podía conseguir de cada día, y aun así no tenía suficientes. Había tantas cosas que deseaba hacer, tantos placeres que probar, tantas cosas que aprender, que intentar, que ver.

En cuanto se despertó, se vistió con rapidez y se unió a Lucrezia en el salón. Sirvió vino para ambos, se sentó frente a ella y le dijo:

—Háblame de lo que se dice por la ciudad.

Como verdadera florentina que era, a Lucrezia le encantaba el cotilleo. Estuvo hablando, feliz, mientras Lorenzo tomaba el vino. Le habló de la nueva cocinera que había encontrado su prima, del diseño de un vestido que le estaban haciendo, del último escándalo producido cuando el arzobispo visitó el convento de moda en el que todas las monjas tenían amantes, del precio del pan en la panadería que acababa de ser inaugurada, del rumor según el cual María Rasponi se había visto obligada a empeñar sus joyas para pagar las deudas de juego de su marido.

Lorenzo asentía con gestos, sonreía y la estimulaba a que le siguiera contando cosas. Nunca se cansaba de observar los gráciles gestos de sus manos, y la exquisita línea cambiante de sus labios. Cuando llegó la hora de marcharse, le sostuvo el rostro entre las manos y miró intensamente sus grandes ojos.

—¿Eres feliz, amor mío?

—Sí, muy feliz.

Lorenzo la besó y se marchó, sin que ella le preguntara cuándo volvería a verle, ya que él solía enviarle un paje para decirle que llegaría. Y entonces, ella le estaría esperando.

Al asegurarle que era feliz, Lucrezia fue totalmente sincera. Le encantaba la vida que él le proporcionaba: disponía de su propia casa, amueblada con suaves cojines y objetos hermosos; tenía sus propios sirvientes, dedicados a satisfacer sus necesidades y caprichos; tenía sus propias ropas, joyas, perfumes y aceites. Lucrezia había crecido en un hogar en el que aún se conservaban recuerdos de la riqueza entre la digna pobreza diaria. Le encantaba la comodidad y el placer que proporcionaba la riqueza.

Recordaba que su padre se había echado a llorar tras regresar de la conferencia que sostuvo con Piero de Medici. Por entonces, Lucrezia era demasiado joven como para comprender la causa. Ahora tenía cuatro años más y sabía que el corazón de su padre había quedado desgarrado al saber que a su hija se la quería como amante, no como a esposa. Lucrezia creía que su padre era un tonto.

Sus hermanas mayores se habían casado, y también tenía amigas y primas de su misma edad. Desde su punto de vista, la vida de esposa era mucho menos deseable. De una esposa se esperaba que tuviera hijos, que se preocupara por la marcha del hogar, que se

asegurara de satisfacer todos los deseos de su esposo. En el caso de Lucrezia, por el contrario, todo era a la inversa. Era Lorenzo quien se ocupaba de cumplir sus deseos, de hacerle regalos y entregarle poemas.

Hallándose bajo su protección y contando como contaba con la prolongada y orgullosa historia de la familia Donati, Lucrezia era tratada con respeto por todos. Su conveniente matrimonio y la *aún más* conveniente ausencia de su esposo le permitían ser invitada y bien recibida en todas partes a las que pudiera acudir cualquier mujer joven casada convencionalmente. Según ella misma creía, era la envidia de numerosas mujeres.

Sabía que eso se debía a su belleza, de la que era muy consciente. La observaba en los espejos y en los ojos de todos aquellos que la rodeaban. Y la belleza era algo a lo que se rendía culto en Florencia. Toda la ciudad estaba como intoxicada por el arte y el ideal de la belleza. Lucrezia era reconocida, aceptada y adorada como la mayor belleza viva de la ciudad. Los tributos que se le dispensaban procedían de todas partes, y adoptaban todas las formas imaginables. Recibía docenas de poemas y canciones casi a diario, grandes cantidades de flores, cajas de dulces, cintas, peines y abanicos.

Lorenzo no oponía objeción alguna a tanta adulación. Aquello era una costumbre establecida en Florencia y no implicaba familiaridad alguna. Del mismo modo, las gentes dejaban flores y poesías delante de las otras obras de arte de Florencia, de una escultura de Donatello, de las pinturas de Masaccio y Giotto.

Lucrezia se deleitaba en su gloria. A veces, en sus oraciones, le daba gracias al cielo por ello. Se sentía como si fuera una reina. En el torneo se sentaría en un trono. Y eso era algo que le parecía perfectamente adecuado.

Jamás se preguntaba si tal situación podría cambiar algún día. Tenía quince años y creía que aquello duraría siempre.

El paso de Lucrezia hacia el trono del torneo fue anunciado por trompeteros y heraldos. Cuando apareció en la *piazza* situada frente a la iglesia de la Santa Croce, la multitud la saludó con vítores que estallaron como el rugido de un cañón. Ella volvió la cabeza de un

lado a otro, aceptando las muestras de bienvenida de la gente apelotonada en los cuatro lados de la plaza. Llevaba las trenzas doradas enrolladas sobre la nuca, rodeadas de cuentas de perlas del color de su piel, y con cadenas de zafiros pálidos del color de sus ojos, del vestido y del cielo, que adquiría una tonalidad de porcelana esmaltada.

Se sentó en el trono de terciopelo, cubierto por una panoplia levantado en el centro, frente a las tarimas construidas para los jueces y los ciudadanos principales. A continuación, asintió con un gesto regio y dio comienzo el torneo.

La celebración ofreció todo aquello que Lorenzo había prometido: espectáculo, dramatismo, sorpresa, peligro, excitación. En esta ocasión participaron veinte competidores llamados «caballeros». Uno de ellos era un famoso profesional que actuaba por su cuenta. Dieciocho procedían de las grandes familias de Florencia. Y estaba Lorenzo, desde luego.

Los caballeros entraron en la plaza uno a uno, precedidos por sirvientes que llevaban los ropajes propios de cada familia y portaban estandartes con el escudo de armas del caballero, además de pajes que llevaban gallardetes de seda pintada, con una descripción alegórica de la dama favorecida por el caballero. La pomposidad de la fiesta era una verdadera alegría para la vista, con los gallardetes adornados reluciendo al sol, los enormes estandartes desplegando todo su colorido y la visión de las hermosas doncellas asistentes.

Hasta los analfabetos eran capaces de comprender el significado de las alusiones alegóricas desplegadas en los gallardetes. Aquellas gentes siempre habían aprendido mediante símbolos e imágenes, tanto en sus cálculos comerciales como en los tremendos ciclos de las historias de la Biblia y de los santos que decoraban las iglesias. Aplaudieron a la ninfa envuelta en un casto vestido blanco que portaba las flechas de Cupido, a la diosa capaz de resucitar el trigo muerto con el toque de su mano, a la doncella que acariciaba la crin de un unicornio.

Los más entendidos reconocieron alusiones y referencias a la historia o al carácter del caballero y su dama. Aplaudían el ingenio, así como la habilidad del pintor.

Los caballeros iban brillantemente ataviados y enjoyados, con

sus caballos envueltos en terciopelos y brocados. Cada hombre fue saludado con gritos de admiración y aprobación.

El último en aparecer fue Lorenzo, recibido con un rugido que llenó el aire de la gran plaza, y cuyo estruendo se vio incrementado por los muros de piedra de la iglesia y las mansiones que configuraban la plaza, hasta que la gente se llevó las manos a las orejas, sin dejar por ello de gritar. Todas las ventanas, balcones y tejados estaban repletos de espectadores, que se empujaban y se inclinaban para ver, a punto de caer, gritando aun a riesgo de sus vidas:

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

Él ofrecía una visión magnífica. Iba montado sobre un enorme caballo blanco, regalo de los famosos establos del rey de Nápoles. El animal se movía como si fuera plenamente consciente de su realeza, con la cabeza arrogantemente erguida, elevando mucho las patas, como correspondía al paso de parada. Las gualdras y la silla eran de cuero rojo sobredorado, con el bocado y los estribos de oro.

Lorenzo llevaba espuelas de oro, y su capa roja y blanca aparecía cubierta de bordados dorados. Su gorro de terciopelo negro, decorado con diamantes y perlas, aparecía coronado por una pluma dorada y enjoyada. Desde su hombro, un ancho y pesado pañuelo de seda se extendía hasta la cola trenzada de su caballo, adornada con cintas doradas. El pañuelo aparecía bordado de rosas, algunas completamente florecidas y otras como capullos. En él se había bordado un lema en perlas que decía, en francés: «Regresa el tiempo».

Los susurros se extendieron por entre la multitud, pidiendo y obteniendo una traducción de las palabras. Todo el mundo creyó comprender el significado.

La república de Florencia era el renacimiento de los grandes tiempos de libertad y de poder de cuando la Roma republicana gobernó al mundo entero.

Los conocimientos y el arte de Florencia eran un renacimiento de las glorias de la antigua Atenas.

Sólo el propio Lorenzo sabía que las palabras significaban aquello y mucho más. Aquello representaba su promesa al pueblo de Florencia, que hoy estaba presente allí. El poder se encontraba en los estrados del torneo.

Los artesanos y obreros se apiñaban en las calles. Sus esposas e hijos ocupaban los tejados y todas las ventanas. Él os amaba a todos, incluso a los que se dedicaban a robar las bolsas, repartidos entre la multitud, a las prostitutas que más tarde se dedicarían a ofrecer sus servicios, a los vendedores de vino aguado y queso estropeado que se embolsaban los beneficios y desaparecían antes de que los compradores pudieran probar sus mercancías. Así eran los florentinos, y él se encargaría de ofrecerles cosas mucho más grandes que el espectáculo al que todos asistían ahora. Algún día, él sería el Medici gobernante y lograría que regresaran los tiempos de gloria de la época de su abuelo. Y luego aumentaría aquella gloria. Ésa era la promesa que le hacía a la, multitud y el compromiso que había adquirido ante la tumba de Cosimo.

Una vez terminado el torneo, la extravagante exquisitez de los caballos y los jinetes quedó hecha jirones y sucia, con manchas de sangre en más de una manga y pierna. Los jueces conferenciaron brevemente y terminaron por concederle el premio a Lorenzo. Se trataba de un casco de plata con una figura de Marte esculpida en la cresta. Lorenzo lo levantó para mostrarlo a la multitud y caracoleó con su caballo por los lados de la plaza para que los espectadores pudieran contemplarlo más de cerca. Sonrió ante los gritos de saludo y felicitación. Sabía muy bien, como también lo sabía la gente, que no había ganado el premio como consecuencia de su habilidad en la lucha. Estaba siendo recompensado por el talento desplegado en la planificación y la escenificación del torneo. Pero, sobre todo, se le entregaba el trofeo porque él mismo lo había pagado, junto con todos los demás cascos, gallardetes, heraldos, pajes, músicos, armaduras decoradas, lanzas, asistentes, el estrado de los jueces y el trono de Lucrezia. El torneo era el regalo que le había hecho a la ciudad.

Sin embargo, y a pesar de una cierta atmósfera contenida de cinismo, los gritos de salutación eran reales, y Lorenzo también lo sabía. Los había escuchado muchas otras veces y de la misma forma, resonando con mayor fuerza entre los muros de estas mismas casas. En la Piazza de Santa Croce también se jugaba al *calcio*, ese juego de balompié salvaje, agotador e incontenible que ponía a

prueba la fortaleza y los nervios de un hombre de un modo que no conseguía ninguna otra competición. En el juego podía participar cualquier hombre o muchacho de Florencia… siempre y cuando poseyera el suficiente y temerario valor. No se hacían distinciones por causa de la riqueza o el poder. Lorenzo se había unido a la lucha casi en cuanto tuvo edad para correr. Y en el transcurso de aquel juego había salido herido, amoratado, le habían gritado y hasta insultado. Pero él había seguido jugando. Con el transcurso de los años, a medida que su cuerpo fue madurando, se transformó en uno de los mejores jugadores de la ciudad. Era un verdadero héroe, y lo había conseguido por sí solo. En aquellos momentos, sobre el campo de juego, era Lorenzo, el hombre, no Lorenzo de Medici. Y ahora, del mismo modo, se enderezó en los estribos de oro y cabalgó ante la multitud aceptando los vítores que creía merecer.

Lucrezia Donati le observó desde su trono y le amó por todo ello. Era como un rey, y ella era su reina.

Por encima de donde se encontraba se levantaban los estrados donde se hallaba otra Lucrezia más vieja que ella, la madre de Lorenzo. Su hermoso rostro aparecía suavizado y encendido por el orgullo y el amor de madre. A todos aquellos que la rodeaban les pareció natural que sus ojos se iluminaran con unas lágrimas que no acabaron por derramarse. No podían saber lo que estaba pensando… «Bebe profundamente de este triunfo, hijo mío. Disfruta de esta feliz libertad, de esta alegría, porque pronto, muy pronto, todo habrá pasado, cuando te conviertas en un Medici gobernante, cuando todo rostro sonriente pueda enmascarar a un enemigo, cuando Florencia exija de ti más, mucho más que un día de fiesta bajo la luz del sol. Quisiera que pudieras permanecer siempre como estás hoy, joven, confiado y feliz. Y, sin embargo, eso es lo que más temo: que tu naturaleza sea la causa de tu propia destrucción. Perdóname por estos pensamientos, Virgen santa —rogó en silencio —. Mis hijos son mi mayor bendición y me siento agradecida por haberlos tenido. Pero son mucho más frágiles de lo que ellos están dispuestos a reconocer, y el temor que experimento por ellos es como una espada clavada en mi corazón».

Junto a Lucrezia, Giuliano también vitoreó a su hermano casi hasta quedarse ronco. Cerca, sus hermanas aplaudían, manteniendo las cabezas erguidas, envueltas en la gloria reflejada de Lorenzo.

Ensombrecida por los niños mayores de Bianca, la pequeña Ginebra se agachó para ver algo entre las piernas de los muchachos más altos. Sus ojos se quedaron contemplando la escena con fijeza y su pequeño cuerpo se estremeció de emoción. Este Lorenzo, aquella figura heroica, la había sostenido a ella entre sus brazos y sobre sus hombros, había compartido su plato con ella, la había llamado su hermana astrológica. Ahora, ella le veía como si de un dios se tratara. Un dios al que ya adoraba.

4

—Mantente erguida. No dejes caer la cabeza de ese modo. Mírame a los ojos. Y déjame que te mire.

Bianca retrocedió unos pasos para escrutar a la pequeña prima de su esposo.

Ahora, Ginebra se parecía bien poco a la niña tan recargadamente vestida que había llegado procedente del castillo de su padre en Borgoña. A excepción de las dificultades que aún tenía con el idioma, podría haber sido considerada ahora como cualquier niña de buena familia de Florencia. Y hasta esa pequeña dificultad se desvanecía con rapidez, gracias a la profesora que Bianca se había ocupado de proporcionarle. Le agradaba observar lo que aquella mujer había conseguido en tan sólo unos pocos meses. Ginebra mostraba ahora un aspecto respetable. Bianca había logrado cambiarla por completo.

Tanto las mujeres como las niñas de Florencia llevaban los mismos vestidos básicos: una larga y delgada camisa, habitualmente de color blanco, con un cuello redondo y mangas largas, por debajo de un vestido, llamado *gamurra* sobre el que se colocaba una *cioppa*, un sobretodo de lino largo, a menudo sin mangas y abierto por la parte delantera. La confección de la *gamurra* representaba una verdadera prueba para la habilidad de todo sastre. Tenía un cuello redondo, cortado algo más bajo que el de la camisa, y unas mangas largas y ajustadas. Se ataba con lazos por la espalda y caía recto desde los hombros hasta un dobladillo ligeramente más ancho. Cortado por un maestro, podía favorecer mucho la figura de cualquier cuerpo, y si la mujer que se lo ponía tenía una buena figura, resaltaría las curvas del busto, la cintura y las caderas sin perder por ello nada de su sencillez.

La *cioppa* podía ser tan sencilla o tan elaborada como permitieran el gusto y la bolsa de su propietaria.

Florencia era el centro mundial de la manufactura, procesado y tinte de la lana; sus talleres también producían linos, terciopelos, sedas, brocados y bordados de insuperable riqueza y vistosidad. Las variedades de las vestiduras, fundamentalmente simples, eran ilimitadas.

Bianca había elegido muy bien para Ginebra. La niña tenía dos camisas de lino blanco y dos *gamurra* de buena lana florentina, una marrón y la otra de un color verde oscuro. Los dobladillos de la falda y las mangas eran anchos, así como eran anchas las solapas de la parte de atrás sujetadas por los lazos. De ese modo, los vestidos podrían ser alargados y ampliados durante años, a medida que fuera creciendo. Su *cioppa* también era de lana, de color marrón ribeteada de verde, y dotada también de anchas solapas. Aquellas ropas servirían hasta que Ginebra se hubiera desarrollado por completo, ya que la lana confeccionada en Florencia jamás se desgastaba con el uso. En cuanto al verano, los mismos vestidos de cálida lana podían ser sustituidos por las mismas formas en una lana mucho más ligera y en tonalidades más claras. Las camisas de lino eran adecuadas para llevarlas durante todo el año.

Se trataba del mismo guardarropía que Bianca había comprado para sus propias hijas. Al igual que todas las florentinas. Bianca era práctica y ahorrativa.

Ahora contempló atentamente a la pequeña y quedó casi satisfecha. Era una lástima que el cabello de Ginebra fuera moreno en lugar del rubio predominante y preferido en Florencia, pero ella no podía hacer nada para remediarlo. Si al menos su lenguaje pasara el examen, probablemente se la podría quitar de encima al cabo de pocos días.

—Y ahora vuélvelo a decir —ordenó Bianca—, manteniendo la cabeza erguida y sin comerse palabras. «Buenos días, honrado abuelo», vamos dilo.

Antonio de Pazzi, el abuelo de Ginebra, estaba a punto de llegar a la ciudad. Acudía con ocasión de la ceremonia en la que Jacopo de Pazzi se convertiría en líder del gobierno de la república, es decir, en *gonfaloniere*. La política de Florencia estaba compuesta por una intrincada amalgama de tradición, histrionismo y maniobras

invisibles. Todos los ciudadanos se sentían orgullosos del gobierno de la república, incluso aquellos que sabían que, en realidad, los hilos se manejaban por detrás de las bambalinas. Todas las demás ciudades—Estado de Italia eran gobernadas por déspotas. Únicamente en Florencia tenían todos los hombres una oportunidad igual de convertirse en dirigentes.

El gobierno visible estaba compuesto por el grupo de nueve hombres conocidos como la *signoria*. El jefe de la *signoria* era el *gonfaloniere*. Eran elegidos por un complicado sistema de lotería, en el que se extraían los nombres de grandes bolsas de cuero, y desempeñaban su cargo durante dos meses.

En el transcurso de ese tiempo, vivían envueltos por un lujo exquisito en el antiguo edificio del gobierno, el *palazzo della Signoria*. Llevaban ropajes suntuosos, se alimentaban con las comidas preparadas por los mejores cocineros de Florencia, eran atendidos por un gran equipo de sirvientes vestidos de verde, protegidos por una tropa especialmente uniformada, entretenidos por un bufón de la corte y por los músicos.

Eran los hombres más respetados de toda la ciudad, y las muestras de respeto eran permanentes. Un hombre sería conocido durante el resto de su vida como un antiguo gonfaloniere. Ninguna decisión oficial se podía tomar sin ellos. La Signoria era el cuerpo legislativo del Estado.

El gobierno menos visible pero también importante estaba compuesto por una tremenda burocracia de comités a cargo del funcionamiento del Estado y de la puesta en vigor de las decisiones y leyes aprobadas por la Signoria.

La figura más importante del gobierno no tenía título alguno ni distintivo del puesto ocupado. Dicha figura era el jefe de la familia Medici. Sus sugerencias y recomendaciones determinaban los nombramientos para los comités y los nombres que se introducían en las bolsas de cuero para la elección pública a un cargo en la Signoria. Así había sido durante treinta y cinco años, desde que Cosimo de Medici estudió la forma en que funcionaba el gobierno e introdujo unos pequeños y astutos ajustes que no provocaron grandes cambios externos, pero que le permitieron hacerse cargo

del verdadero poder.

Fue Cosimo quien impuso el orden en el caos. Los florentinos le nombraron Pater Patriae, y cuando él murió se volvieron hacia su hijo en busca de liderazgo.

En el mes de marzo, Piero de Medici arregló las cosas para que Jacopo de Pazzi fuera elegido gonfaloniere.

—Eso será suficiente para comprar a la heredera para el chico de Pierfrancesco —dijo, lleno de confianza.

—Lo que más valora Jacopo es el honor público —asintió Lucrezia—. Le has tocado en su punto más débil. No rechazará el puesto, aun cuando sabe que eso le dejará en deuda moral contigo.

La presentación de la nueva Signoria a la ciudad siempre era motivo de una fiesta. En este hermoso día de primavera era una fiesta doble, ya que se trataba del 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, el día en el que los florentinos celebraban el principio del Año Nuevo. Las multitudes que llenaron la Piazza Santa Croce fueron las más importantes desde la celebración del torneo de Lorenzo. Todos estaban de buen ánimo, disfrutaban del tiempo primaveral y del día libre.

Jacopo fue saludado calurosamente por sus aplausos en cuanto apareció ante la puerta de la iglesia, vestido con los ropajes ceremoniales propios de su cargo. Todos los priores llevaban casullas de color carmesí, ribeteadas de armiño, con mangas y cuellos también de armiño. Las vestiduras del gonfaloniere aparecían bordadas de estrellas doradas.

Jacopo levantó un brazo en respuesta al saludo de la multitud. Después, aceptó el estandarte de seda de la república, de manos del gonfaloniere saliente. El lirio rojo sobre campo blanco era el símbolo de Florencia, la identidad del Estado. Durante los dos meses siguientes, nadie podría tocarlo excepto el propio Jacopo. La república estaba ahora bajo su custodia.

Descendió los escalones con paso orgulloso, levantando el deslumbrante estandarte, e inició la procesión oficial hacia el Palazzo della Signoria. Los priores le siguieron. Jacopo se sentía tan

orgulloso, que casi se mostró sordo a los sonidos de los vítores de la multitud alineada a lo largo de la ruta que seguiría la procesión. Sus pies aplastaron las flores que arrojaban a su paso, con el descuido con que pudiera haberlo hecho un verdadero emperador.

—Al menos podría habernos saludado con un gesto —se quejó Bianca.

Jacopo ni siquiera se había dado cuenta de la presencia de su familia en la iglesia, pero en la voz de ella no había la menor irritación. Se sentía muy contenta ante el nombramiento de Jacopo. Durante los dos meses en que éste viviría en el Palazzo della Signoria, ella dominaría sin oposición en el palacio de los Pazzi, y por fin podría ordenar que se llevara a cabo una buena limpieza de todas las estancias. Incluso cabía la posibilidad de que encargara también la confección de nuevas cortinas. Su mente estaba llena de planes.

Elmo le apretó el brazo.

—Las cosas parecen estar saliendo bastante bien con nuestra pequeña visitante —le murmuró.

—¿Qué?

La mirada de Bianca siguió la dirección indicada por el gesto de Elmo. Antonio de Pazzi se había inclinado para situar su cabeza a la altura de la de su nieta. Ambos estaban hablando.

La elección de Jacopo introdujo grandes cambios en la vida de Ginebra. Al día siguiente de la ceremonia se marchó a vivir con su abuelo en Villa La Vacchia.

Y a la semana siguiente después del fin del reinado de Jacopo, éste envió un mensaje a Piero de Medici. La carta sólo decía que le gustaría visitar a Piero cuando éste lo considerara más oportuno. Ambos hombres sabían que aquél era el movimiento de apertura del complejo proceso de negociación del compromiso de Ginebra con el joven primo de Piero. Pero también sabían que Jacopo no podía haber elegido un momento más inconveniente para indicar su voluntad de discutir la cuestión. Sólo faltaba una semana para que se celebrara la boda de Lorenzo y en el palacio de los Medici

reinaba la mayor de las confusiones, debido a los preparativos.

Piero envió a un paje para que llamara a su esposa y a Lorenzo. Antes de enviarle una respuesta a Jacopo se tenía que reunir la familia y discutir los detalles del potencial compromiso matrimonial. Piero disponía de la decisión final, como jefe de la familia Medici que era. Pero en toda familia se discutía todo gran movimiento antes de iniciarlo. Todo hombre tenía derecho a que se escucharan sus opiniones. Cualquier acción emprendida por un miembro de la familia afectaría a todos los demás. La familia era algo más que un simple grupo de personas relacionadas por lazos de sangre. Se trataba más bien de una unidad, de la única alianza en la que se podía confiar en momentos de incertidumbre. Existía una ley no escrita según la cual todo miembro de la familia ayudaría a los demás en caso de necesidad, ya fuera brindándole su propio techo, sus mercancías o dinero, e incluso su vida si se necesitara en el combate. Esta tradición se hallaba tan arraigada que era reconocida hasta en las propias leyes de la república. Cualquier hombre de una familia podía ser considerado como responsable de un crimen cometido por otro hombre que llevara el mismo nombre de la familia, incluso en el caso de que sólo se tratara de un primo.

La reunión que se celebró en el palacio Medici fue distinta a la mayoría de las reuniones familiares en dos aspectos importantes: sólo participaron tres personas, y una de ellas era mujer.

Normalmente, sólo a los hombres que hubieran alcanzado la edad de la virilidad se les consideraba como capaces de tomar decisiones. Pero Lucrezia de Medici no era una mujer habitual. El propio Cosimo había respetado su buen juicio y la había incluido en sus conversaciones con Piero sobre el delicado arte de gobernar Florencia. Ella había sido la más íntima consejera de Piero durante el período en que éste era jefe de la familia y del Estado.

En cuanto a Lorenzo, ya se le había considerado como un hombre, incluido por lo tanto en la toma de decisiones, mucho antes de que alcanzara la mayoría de edad.

No obstante, un grupo de tres no era suficiente para constituir una familia, tal y como los florentinos comprendían el término, por muy sensatas y experimentadas que fueran esas tres personas. Piero se sentía muy excitado cuando Lucrezia y Lorenzo entraron en su estudio.

—Jacopo de Pazzi quiere verme —dijo—. Es posible que pronto logremos recuperar a Pierfrancesco a nuestro lado.

—Qué buenas noticias —exclamó Lucrezia con un suspiro.

—Ya os dije que la pequeña *contadina* Ginebra nos traería buena suerte —comentó Lorenzo echándose a reír—. En cuanto la trajo Bianca y supe que era también el día de su cumpleaños, creí que eso era un buen augurio. Luego, el hijo de Bianca nació el mismo día, de modo que ahora somos tres en la familia los que nacimos ese día, y entonces estuve seguro de tener razón. ¿Cómo le enviaremos las noticias a Pierfrancesco?

—Irás tú, hijo mío —dijo Piero sonriendo—. El hijo de Pierfrancesco es tu tocayo, de modo que tu interés parecerá natural. Vete ahora. Aún estamos a tiempo de que Pierfrancesco participe en nuestras fiestas con motivo de tu boda.

Lucrezia observó el involuntario y repentino gesto de asombro de Lorenzo, que permaneció unos instantes con la boca abierta. «Pobre corderillo —pensó—. Se siente aterrorizado ante la perspectiva de convertirse en esposo».

5

Fue una de las pocas veces en su vida en que Lucrezia se equivocó en la intuición que había tenido sobre su hijo. Lorenzo no se había asombrado, sino sólo inquietado al recordar que había prometido encontrarse con unos amigos en la Piazza Santa Croce. Dispondría de tiempo para visitar a Lucrezia Donati antes de acudir a la cita con sus amigos, con quienes pretendía jugar al balompié para ir después a la villa de los Medici en Fiesole con la intención de empezar el entrenamiento de un nuevo halcón.

Raras veces pensaba en su próximo matrimonio; no creía que eso produjera verdaderos cambios en su vida. Seguiría disponiendo de tiempo para el balompié, los halcones y los amigos. Y para Lucrezia. Sabía qué se esperaba de él como esposo. Y la monogamia no formaba parte de sus obligaciones. Las estructuras y protocolos del matrimonio se hallaban perfectamente determinadas por la ley y las costumbres. Él las conocía, del mismo modo que Clarice Orsini, su futura esposa.

Él sería responsable de proteger, albergar, vestir y mantener a su esposa, y más tarde a sus hijos. Debería tratarla siempre con el respeto debido, tanto a ella como a su familia. Y sería él quien la gobernara en todos los asuntos. Visitaría su cama con regularidad. Se esperaba que tendrían hijos, y tantos como fuera posible, no sólo porque ése era el propósito divino, sino también porque sería a través del matrimonio de sus hijos como la familia establecería sus alianzas en el futuro. No se sentía preocupado sobre su capacidad para ser padre, pues aunque evitaba producir bastardos, ya había demostrado su virilidad desde hacía muchos años.

Cabía la posibilidad de que Clarice tuviera alguna dificultad. El matrimonio cambiaría su vida de un modo drástico, ya que

significaba que tendría que trasladarse desde Roma a Florencia. Tendría que ajustarse al diferente estilo de vida. Pero eso no era responsabilidad de Lorenzo. Su madre se ocuparía de ello.

Como sucedía en todas las grandes mansiones, el palacio de los Medici poseía un mundo interior para las mujeres de la casa. Sus habitaciones y salones se hallaban convenientemente cerca de las cocinas, las despensas, lavanderías y habitaciones destinadas a la costura, para poder supervisar así a las sirvientas y la marcha del hogar. Una vez que estuviera con ellos, Clarice siempre estaría cerca de Lucrezia y de la abuela de Lorenzo, Contessina, la viuda de Cosimo.

Lucrezia había acudido a Roma como representante de Piero, y había aceptado a Clarice. Lorenzo confiaba en su buen juicio. Ella se mostró muy cuidadosa en la descripción de los atributos de Clarice, hablando sobre todo de modestia, obediencia y buena salud, hasta el punto de que Lorenzo se preguntaba a veces si no se trataría de una mujer terriblemente fea. No es que fuera muy importante, pero resultaría mucho más agradable si ella fuera razonablemente bonita.

No tardaría en descubrirlo. Clarice y sus sirvientes ya se hallaban de camino desde Roma, escoltados por Giuliano y una tropa de jinetes de los Medici. Según la costumbre, las bodas se celebraban siempre en el hogar de la familia del novio.

La boda de Lorenzo se ajustó a las expectativas de todos. Los banquetes y diversiones se mantuvieron ininterrumpidamente durante tres días y tres noches, tanto en el palacio de los Medici como en las calles de la ciudad. El tiempo fue perfecto; la novia y sus cincuenta damas de honor aparecieron ataviadas con deslumbrantes vestidos; por las fuentes surgía vino, en lugar de agua. A cada uno de los invitados a los seis banquetes que se celebraron en el palacio se le entregó al final una caja de plata llena con almendras azucaradas. A todos los ciudadanos de las calles se les entregó una caja de madera igual, de color plateado. Los florentinos llamaban *confetti* a estos dulces. Se distribuían como recuerdos en toda importante festividad familiar, como un regalo de felicidad compartida.

Sandro Botticelli fue el último florentino en recibir sus confetti.

—Felicidades, Lorenzo —dijo, mientras Lorenzo le empujaba con suavidad hacia el gran salón.

—Gracias, Sandro —Lorenzo tomó la única caja de plata que quedaba sobre la mesa del vestíbulo y la colocó en la mano de Botticelli—. Te ruego que aceptes este pequeño regalo y que lo lleves a casa contigo.

Lorenzo estaba riendo. Sandro sonrió con una mueca. Miró a Clarice, y luego a Lorenzo.

—Tengo la impresión de que ahora sólo deseas que me marche —dijo Sandro.

Sonrió, hizo un guiño y bajó corriendo la escalera.

Lucrezia lanzó un pesado y profundo suspiro.

—Sabía que Sandro sería el último en marcharse. Probablemente ya no queda un solo bocado de comida en toda la casa… Buenas noches, hijos. Voy a arrastrar estos agotados huesos míos hacia un muy merecido descanso —besó a Lorenzo y luego a Clarice—. Querida hija —añadió con suavidad—, me has hecho sentirme orgullosa. Estoy segura de que toda Florencia me envidia por la buena suerte de tenerte en mi familia.

—Gracias, madonna Lucrezia.

Las palabras de Clarice sonaron casi inaudiblemente. Era una muchacha alta y delgada, sin belleza real, pero con un rostro agradable, únicamente desfavorecido por unos labios estrechos y delgados. Lorenzo tomó de la mano a la recién desposada.

—Tiene razón, Clarice. Has sido muy fuerte y valiente durante todos estos días tan ajetreados. Todos nos sentimos orgullosos de ti.

Había observado la temerosa palidez de Clarice. Parecía tan cansada que tenía la piel, los labios y las uñas grises.

—No tienes de qué preocuparte, Lorenzo —dijo ella—. Sé cuál es mi obligación, y siempre la cumpliré.

Por primera vez, la voz de Clarice sonó firme y fuerte. Lorenzo se sintió muy aliviado; había llegado a pensar que sólo era capaz de hablar en susurros. El tono empleado había sido casi hostil, pero eso lo comprendía e incluso lo disculpaba. Debía de estar asustada. Estaba lejos de su casa y de su familia, rodeada por personas

extrañas, agotada por tanta fiesta. Y, además, ahora había llegado el momento de consumar el matrimonio. No debió de haberle pasado por alto el lascivo guiño que Sandro le dirigiera a Lorenzo. Una mujer bien educada no perdía su virginidad sin temor. Lorenzo recordó los asustados estremecimientos de temor de su amante cuando hicieron el amor por primera vez. Clarice tenía dieciséis años y, desde luego, antes de este momento jamás había estado a solas con un hombre.

Lorenzo reflexionó con rapidez. ¿Qué sería lo más fácil para Clarice? ¿Llevarla a la cama y hacerle saber que no había nada de qué sentir miedo? ¿O esperar a que hubiera superado toda la fatiga gracias a una prolongada noche de sueño?

La mano de la joven todavía descansaba limpiamente sobre la suya. A pesar del calor de la noche de junio la piel estaba fría y húmeda. Lorenzo decidió esperar.

—Te enseñaré dónde está tu habitación —le dijo con suavidad —, y te dejaré allí esta noche. Ambos necesitamos descansar.

A la mañana siguiente, Lorenzo se había marchado ya antes de que el resto de la familia se despertara. Tenía cosas que hacer. Apenas faltaban tres semanas para el carnaval anual de Florencia, y él estaba encargado de organizar una de las carrozas.

Giuliano se lo comunicó a los demás. Lorenzo le había dejado a su hermano un mensaje comunicándole que se encontrara con él en el taller secreto donde se estaba construyendo la carroza.

—Así que, como ves, *mamina*, no puedo quedarme a desayunar —tomó un trozo de queso y arrancó un pedazo de pan de una hogaza—. Buenos días, Clarice. Adiós.

Besó en la frente a su madre y a su abuela y salió corriendo. Lucrezia se echó a reír.

—Ya hemos vuelto a la normalidad. Siéntate aquí, Clarice, junto a mí. Podemos desayunar tranquilamente.

El comedor de la familia era una sala más pequeña situada junto al gran salón. Cuando no tenían invitados, los Medici comían aquí, todos juntos ante una mesa, con sillas para cada uno de ellos, en lugar de los habituales bancos dispuestos para todos, excepto para el jefe de la casa.

Clarice se sentó con cierta rigidez en el borde de la silla y le sonrió a Lucrezia y a la madre de Piero. Contessina era una anciana enormemente gruesa y bondadosa. Había perdido buena parte de su capacidad auditiva, pero no se le había caído ni un diente, lo cual era un gran motivo de orgullo para ella, y le encantaba enseñar a la gente sus molares, brillantes e intactos, que también eran una fuente de gran placer, ya que le encantaba la comida. Asintió alegremente mirando a Clarice y luego siguió comiendo.

La comida era abundante, pero sencilla, igual que el resto de las comidas que tomaba la familia en el palacio. Clarice contempló los fruteros de naranjas, las bandejas llenas de pan, queso y embutido, y se preguntó cuándo traerían los sirvientes los platos principales. En Roma, todas las grandes mansiones empleaban a varios chefs de cocina que competían entre sí en la preparación de platos elaborados y complicados.

—Tenemos muy buenos pozos —le dijo Lucrezia—. Puedes estar segura del agua de la casa, pero no bebas nunca de las fuentes de la ciudad.

Colocó jarros de vino y agua delante de su nueva hija, después de haberse servido un vaso de vino que luego aguó para mostrarle a Clarice la costumbre que se practicaba en Florencia. Roma era famosa como ciudad libertina, pero en Florencia se aborrecía el exceso. Clarice se llenó su vaso con agua.

—En mi familia, las mujeres sólo beben vino en la comunión, madonna Lucrezia. Estoy acostumbrada a tomar un zumo de limón con miel y agua.

«Bueno —pensó Lucrezia—, al menos esta muchacha es capaz de hablar. No tendremos ningún problema para entendernos».

—Ordenaré que te lo preparen en seguida —dijo, haciendo una seña a la camarera. Luego levantó el tenedor y ensartó un trozo de salchicha. Sabía que los tenedores eran utensilios desconocidos fuera de Florencia—. Me agradó tanto cuando la gente empezó a utilizar los tenedores —dijo—. Se ahorra mucho lino cuando las manos no quedan manchadas de grasa.

Clarice imitó sus movimientos.

—Después del desayuno empezaré a familiarizarte con la casa, Clarice. No tardarás en sentirte como si estuvieras en tu propio hogar. Luego iremos a misa. ¿Preferirías ir a San Lorenzo, nuestra

iglesia familiar, o a la catedral? En Florencia nos sentimos muy orgullosos de ella. La cúpula es una de las maravillas del mundo moderno.

—Me encantaría verla.

Sus palabras agradaron sobremanera a Lucrezia.

Lorenzo quedó encantado con el trabajo que se había hecho hasta el momento en la carroza, cuya estructura ya estaba completamente construida. Sus doce ruedas eran tan altas como él mismo. Al público que estaría en la calle le resultaría fácil contemplar la corta obra de teatro que se representaría sobre ella.

—Jamás ha existido una tan exquisita. ¿Estás seguro de que nadie la ha visto, Andrea?

—Nadie, excepto mis aprendices, que han tenido que dejar todos los demás trabajos. Me vais a llevar a la bancarrota, Lorenzo.

Lorenzo hizo un ruido grosero. Andrea del Verrocchio tenía el más afamado taller de toda Florencia, donde él y sus artistas aprendices llevaban a cabo encargos en toda clase de artes: pinturas al fresco o sobre paneles, esculturas en bronce o mármol, objetos de cerámica, tallas de madera y orfebrería. Fabricaban joyas y armaduras, fuentes, instrumentos musicales y espadas. No había nada que no pudiera hacer Verrocchio, siempre y cuando se le pagara lo bastante bien.

Lorenzo admiraba al hombre, ya mayor, y se sentía orgulloso de Llamarlo amigo suyo. Andrea, por su parte, apreciaba los talentos de Lorenzo como poeta, músico, filósofo y atleta.

—He diseñado un laúd magnífico para el acompañamiento —dijo Andrea dirigiéndole una burlona mirada—. ¿Habéis escrito ya el poema?

—He estado demasiado ocupado —se quejó Lorenzo—. Además, creo que Gigi lo escribiría mucho mejor que yo.

—Vamos, vamos —intervino Luigi Pulci, apodado Gigi.

Era uno de los compañeros favoritos de Lorenzo. Hijo de un granjero de Mugello, le gustaba mucho la ciudad y solía vivir en ella, ganándose la vida con su ingenio. Inventaba poemas sobre cualquier tema que se le pidiera en las tabernas de Florencia, creando unas piezas maestras improvisadas donde se mezclaban la

comedia, las puyas y las vulgaridades, y haciéndolo con tal habilidad y gracia que todos los que le escuchaban arrojaban dinero en el cuenco que él siempre dejaba en la mesa, a su lado.

—Teniendo en cuenta el tema, supongo que tenéis razón —admitió Andrea.

Se tenía la intención de que la canción contara la historia de un viejo al que su joven esposa le había puesto los cuernos. Aquél era un permanente tema favorito de las gentes que participaban en el carnaval. Las variaciones y los embellecimientos constituían la prueba del ingenio y la habilidad de los creadores.

Giuliano tuvo que gritar para que le oyeran, por encima de las risotadas que estallaron en el taller.

—Dejadme entrar y contadme el chiste.

Verrocchio corrió el cerrojo de la puerta. La sorpresa era un elemento esencial de las carrozas de carnaval, y la seguridad resultaba vital.

—Entrad rápido. ¿Os ha seguido alguien?

—No, he llevado cuidado. Por eso he tardado tanto tiempo. ¿Qué contabais que fuera tan divertido?

Andrea volvió a echarse a reír.

—Se trata de un nuevo esposo comprando una obrita sobre una esposa infiel. Todo el mundo se reirá. ¿Está preocupado vuestro hermano por ese tema, o sólo aparenta estarlo?

Las elegantes facciones de Giuliano se contrajeron en una expresión de cólera. Lorenzo era su ídolo, y Giuliano se tomaba a mal cualquier sugerencia que implicara una falta de perfección. Pero entonces escuchó las risas de Lorenzo y Giuliano intentó esbozar una sonrisa.

—Mira esto, Giuliano —gritó Lorenzo.

Le arrojó algo al muchacho, que éste agarró al vuelo. Luego, también él se echó a reír. Se trataba de un laúd, todavía sin cuerdas, fabricado de un modo muy hermoso a base de una variedad de maderas y que tenía la forma de un falo gigantesco.

Los florentinos disfrutaban mucho con el humor de lo más terrenal. Un siglo antes Giovanni Boccaccio había captado perfectamente su espíritu en los cuentos del *Decameron*. Todos los habitantes de Florencia capaces de leer seguían riéndose de sí mismos y de la naturaleza humana reflejada en las historias

contadas por Boccaccio.

—Bravo, Andrea —dijo Lorenzo—. Esto sí que es algo nuevo. ¿Por qué no convertirlo en el tema de la decoración? En lugar de los dorados que habíamos pensado poner en las partes laterales de la carroza, podríamos pedirle a Della Robbia que fabricara unas placas esmaltadas del pretendiente dando una serenata, sólo que con un laúd de este mismo tipo, tan grande que apenas si puede sostenerlo.

—No, no, Lorenzo —intervino Gigi—, representemos al pretendiente golpeando al esposo con el laúd.

—O derribando la puerta de la casa —añadió Lorenzo.

Antes de que Gigi Pulci pudiera sugerir otra variación, Verrocchio levantó una mano para detenerles.

—Ahorrad vuestra brillantez, amigos míos. No podemos disponer de ninguno de los Della Robbia. El viejo Antonio de Pazzi ha contratado todo su taller para realizar una serie de decoraciones en su villa.

—Pueden darle largas —insistió Pulci.

—No a un hombre como Pazzi —dijo Andrea—. Su familia son clientes de los Della Robbia desde que Luca empezó a trabajar por primera vez, y no estará dispuesto a desilusionar a Antonio.

—De todos modos, probablemente se habrían negado —dijo Lorenzo—. Luca no tiene el menor sentido del humor, y a sus sobrinos les queda muy poco… Pero qué buen trabajo que saben hacer. Cuando mezclan los colores parece como si llevaran ángeles sentados en sus hombros.

—Luca me ha dicho que el trabajo que están haciendo para el viejo Pazzi es el más exquisito que han hecho jamás —dijo Verrocchio—. Hemos quedado en que me avisará cuando monte los esmaltes sobre las paredes de la villa. Entonces podremos ir a admirarlos.

—Es una buena idea —admitió Lorenzo—. Además, también me gustaría ver cómo le van las cosas a la pequeña contadina —vio el relampagueo en los ojos de Pulci y se apresuró a añadir—: No, no, Gigi, no es una muchacha de piel morena y deliciosa a la que puedas desflorar en los campos. Me estoy refiriendo a la nieta de Antonio. La llamo contadina como apodo cariñoso.

Les contó la historia de Ginebra el día en que irrumpió en su fiesta de cumpleaños hablando el dialecto de los campesinos, pero

no dijo nada acerca de las negociaciones que se estaban desarrollando con Jacopo de Pazzi.

—Esa niña me trae buena suerte —terminó diciendo.

—No le digáis a Andrea della Robbia que esa niña trae buena suerte —le previno Verrocchio con una mueca—. La pequeña le tiene medio loco. Antonio la deja corretear a su aire en cuanto ha terminado sus lecciones y la pequeña se dedica a seguir a Andrea a todas partes en momentos en que él se dedica a planificar y tomar medidas. Incluso sube las escaleras tras él. Y no deja de hacer preguntas.

La expresión del rostro de Lorenzo no cambió, pero sus pensamientos se aceleraron. A Pierfrancesco no le gustaría escuchar que Piero estaba organizando un compromiso matrimonial con una niña mal educada, ya que podía considerarlo como un nuevo insulto y volver a romper las relaciones con la familia.

—Avísame cuando recibas noticias de Luca —pidió Lorenzo—. Quiero ver los esmaltes en cuanto sea posible.

«Y tendré una corta conversación con Antonio de Pazzi —se dijo en silencio—. No debe permitir que esa niña se convierta en una joven mal educada».

Volvió a rodear la carroza, entrecerrando los ojos para visualizar distintos efectos de la decoración.

—Sigamos hablando de la decoración —dijo—. Si no pueden ser esmaltes, ¿qué os parecen pinturas?

Transcurrieron dos horas antes de ponerse de acuerdo en que, finalmente, serían bajorrelieves de madera pintada.

—Tengo que marcharme —dijo de pronto Lorenzo.

—Ah, estos esposos recién casados —gruñó Pulci—. En cuanto se casan dejan de ser buenos compañeros.

Lorenzo se llevó el dedo gordo a la nariz, burlándose de su amigo, y se marchó.

Era cierto que les dejaba para ir a ver a Clarice. Deseaba mostrarse atento, facilitarle la adaptación a su nuevo estilo de vida.

En lo más profundo de su corazón confiaba en que fueran capaces de crear la misma clase de matrimonio que habían tenido sus padres. Deseaba la misma intimidad, cariño, planes compartidos, risas y felicidad. Pero no se atrevía a confesar tales esperanzas, ni siquiera ante sí mismo. Piero y Lucrezia formaban

una extraña pareja, posiblemente única.

De modo que, en su fuero interno, sólo se dijo que era decente pasar un poco de tiempo con su esposa, en lugar de divertirse con sus amigos. Era necesario que ambos empezaran a conocerse, a hablarse, tocarse y hacer el amor.

Admitió que al menos le gustaba el hecho de que Clarice no fuera fea. En realidad, su cuello largo y delgado le parecía verdaderamente encantador.

6

Lorenzo se dirigió a su dormitorio con el propósito de cambiarse las ropas polvorientas antes de ver a Clarice y a su madre. Había extendido ya la mano hacia el pomo de la puerta cuando recordó de pronto que ahora disponía de alojamientos mucho más lujosos en el piso de arriba. Subió corriendo la pequeña escalera circular que utilizaban los sirvientes, se lavó con rapidez, se cambió de ropa y bajó luego al comedor.

—Tengo el estómago pegado a los huesos —exclamó en cuanto entró—. Espero que me hayáis dejado algo.

Clarice y Lucrezia estaban tomando su postre. Lucrezia miró a su hijo y se echó a reír.

—Por un momento, pensé que eras Sandro Botticelli. Nunca tiene apetito, sino que se muere de hambre. Has entrado haciendo tanto ruido que tres sirvientes han salido corriendo en dirección a la cocina. Anda, siéntate. Te traerán inmediatamente algo de comer.

Lorenzo tomó asiento en la silla junto a Clarice, que le sonrió y después bajó la mirada hacia el pastel azucarado que tenía ante sí.

—Y bien, Clarice —dijo él—, ¿has hecho hoy algo interesante?

—Fuimos a misa en el Duomo.

—Bien. ¿Te gustó? ¿No te parece hermosa? Casi sería capaz de contener a toda la población de la ciudad.

—Es muy hermosa —murmuró Clarice.

Sus mejillas se ruborizaron. Estaba mintiendo, y se sentía enfadada por ello. Clarice apenas se había dado cuenta de si la catedral era hermosa o no. Se sentía demasiado conmocionada como para observarla.

Para los florentinos, las ocho misas que se celebraban diariamente eran algo más que simples servicios religiosos. También

se trataba de reuniones de carácter social e incluso de negocios. Las mujeres murmuraban con sus amigas, los hombres establecían tratos financieros y luego también cuchicheaban. La gente deambulaba por entre los enormes espacios sin bancos de las distintas naves, moviéndose de un grupo a otro, deteniéndose para hablar durante un instante, un minuto, o diez. Sólo cuando el sacerdote levantaba la hostia, el sagrado cuerpo de Cristo, permanecían todos en silencio, con el rostro vuelto hacia el altar y las cabezas inclinadas. Clarice consideró su comportamiento como un verdadero escándalo.

Para ella, como para todos los romanos, la misa era un deber solemne al que se debía asistir con la más completa devoción y atención.

La Iglesia era muy importante en Roma, no sólo para los devotos, sino para todo el mundo. La Iglesia era el Estado, el papa era su gobernante. Todas las leyes, impuestos, beneficios y poder procedían de la Iglesia. Los territorios controlados por la Iglesia, los Estados Pontificios, comprendían una cuarta parte de Italia. Los impuestos, productos y tributos de los territorios sometidos convertían al papa en el gobernante más rico del país. Su poder temporal era ilimitado en los territorios que gobernaba. Su poder espiritual, además, se extendía sobre toda Europa.

Despreciar los sermones de sus sacerdotes era poner en peligro la propia seguridad. En opinión de Clarice, los florentinos eran unos blasfemos. Su comportamiento era insultante para la Iglesia, y resultaba amenazador para todo aquello en lo que ella creía. Su tío era un cardenal, y dos de sus primos eran arzobispos. A pesar de que la fortuna de los Orsini procedía de las enormes propiedades familiares que se extendían desde Roma hasta las afueras de Nápoles, su seguridad y poder se derivaban de la presencia de miembros de la familia en las altas estructuras de la Iglesia.

A Clarice se la había instruido concienzudamente en cuanto a los deberes de una esposa para con su marido, entre los que destacaban, como exigencias ineludibles, la obediencia y la sumisión. Por ello, ahora le mintió a Lorenzo, del mismo modo que le había mentido a su madre. Los puntos de vista de Clarice sobre la religión exigían observancia de los ritos, y no una defensa de la fe.

No podía saber ni comprender el hecho de que Lucrezia de

Medici era una mujer profundamente espiritual. Lucrezia disfrutaba con la sociabilidad de la misa, pero también se pasaba largas horas estudiando las Escrituras y las obras de los grandes teólogos. Con la intención de ofrecerle un regalo a Dios, se había pasado años traduciendo los Salmos a la poesía italiana, y seguía el consejo bíblico de hacer en secreto sus obras de caridad.

Lorenzo esperó, hasta que resultó evidente que Clarice no tenía nada más que añadir a su breve observación sobre la belleza del Duomo. Él no estaba acostumbrado a permanecer en silencio en la mesa. La conversación también era una forma de arte y casi un juego para los florentinos. En consecuencia, empezó a informar sobre las noticias que le había transmitido Verrocchio sobre el último proyecto de la familia Della Robbia. Clarice escuchó con amabilidad.

Una camarera trajo una fuente de raviolis humeantes y lo colocó ante Lorenzo.

—La cocina se ha tomado en serio tus palabras —comentó Lucrezia ocultando una sonrisa tras la servilleta.

La fuente era de las que se utilizaban habitualmente para servir, y su contenido era muy abundante. Había comida suficiente para alimentar a seis personas. Lorenzo se echó a reír con fuerza. Le encantaban las bromas pesadas, incluso cuando el burlado era él mismo.

—Necesitarás dos horas para comerte todo eso. El tiempo suficiente para que Clarice y yo descansemos un rato. Ambas hemos tenido una mañana muy ajetreada y tus hermanas vendrán de visita esta tarde.

Lucrezia tomó a la joven esposa por el brazo y dejó a su hijo en paz. Regresó sola unos diez minutos más tarde.

—Clarice es terriblemente tímida, Lorenzo. Tú eres un hombre y no puedes ni imaginarte cuáles son las emociones de una mujer —le tomó de la mano, una señal, inculcada desde su niñez, de que ella deseaba disponer de toda su atención—. Querido hijo, tú siempre has sido muy apresurado en todo. Pero en esta ocasión debes contener tu impaciencia, controlar tus energías. Lo que aquí se necesita es paciencia. Sé un esposo para Clarice; ella es perfectamente capaz de ser una esposa, pero no esperes que se sienta cómoda hablando con ninguno de nosotros hasta que no se

sienta como en su propia casa.

Lorenzo levantó una mano, llevándose la de su madre a los labios. Lucrezia percibió la sonrisa de su hijo al besarle la mano.

—Lo recordaré, mamina. Gracias.

Aquella noche, Lorenzo visitó a su esposa en sus habitaciones. Clarice le estaba esperando. Unas hierbas dulces se quemaban en el brasero de latón que colgaba sobre la amplia cama cubierta con sábanas de seda. Ella se había perfumado el cabello. Llevaba un camisón de seda bordado con mangas largas ribeteadas de encaje. Lorenzo se quedó perplejo. Todas las mujeres y hombres florentinos dormían desnudos, a excepción de un gorro para la cabeza.

Clarice apartó la cabeza para no tener que mirarle el cuerpo. Bajó ambas manos y se apartó delicadamente las partes laterales del camisón, para mostrarle la abertura que les permitiría mantener la relación sexual sin ofender por ello su modestia.

Ella no emitió ningún sonido cuando él la penetró desgarrando el himen, pero se clavó las uñas en las palmas de las manos. Tampoco dijo nada cuando él la dejó. Después, se puso a llorar hasta que se quedó dormida.

Fue la única ocasión en que lloró. Era demasiado orgullosa como para permitirse tamaña debilidad. Los romanos eran un pueblo orgulloso, y los Orsini eran los más orgullosos de entre todos los romanos. Clarice había sido educada con un solo objetivo: debía comportarse como un destacado miembro de la nobleza romana, cumplir con su deber y no mostrar la menor debilidad.

Al cabo de pocas semanas, basta la propia Lucrezia se dio cuenta de que los silencios de Clarice no eran más que el producto del orgullo, y no de la timidez. Confiaba en que el carnaval anual de Florencia divirtiera y agradara a su nuera. El carnaval de Florencia era famoso en toda Italia. Se celebraba en la festividad de san Juan Bautista, el santo patrono de Florencia, aunque duraba cuatro días en los que se ofrecía de todo. Las procesiones religiosas avanzaban majestuosamente desde todas las partes de la ciudad, para converger en el Duomo. Las ciudades sometidas a la república presentaban a la Signoria torres elaboradamente adornadas. Desde un extremo a otro de la ciudad se celebraba una carrera de caballos,

el *palio*. Había desfiles y trompeteros, competiciones entre grupos de portaestandartes que hacían girar y arrojaban al aire sus vistosos estandartes de seda, y también se celebraba una feroz competición de balompié que duraba todo el día, en la que participaban equipos procedentes de los cuatro barrios de la ciudad.

Las tiendas y las casas eran decoradas en todas partes con estandartes, tapices, piezas de vistosa seda o de telas doradas, alfombras persas, pinturas. Los florentinos se ponían paira la ocasión sus más vistosas vestiduras, y se dedicaban a vagabundear por las calles y plazas, compartiendo el espíritu festivo y los espectáculos que se organizaban por todas partes. Había animales amaestrados, juglares, comedores de fuego, acróbatas, trovadores, saltimbanquis, músicos y faquires. Se encontraban distintas diversiones casi en cada esquina, y toda la población de Florencia se echaba a las calles para disfrutar de ellas.

Todo aquel espectáculo le pareció muy vulgar a Clarice, que evitaba el contacto con las multitudes. Según dijo, en Roma las personas vulgares jamás tocaban a los aristócratas.

Su actitud de desaprobación se transformó en una condena histérica durante el último día del carnaval. Aquél fue el día del carrusel. Hubo música y baile en todas las plazas, y alegría en todas las calles. Aunque las mujeres solteras sólo podían contemplar las fiestas desde las ventanas y balcones, a las casadas de todas las edades y clases les estaba permitido mezclarse con las alegres hordas. La mayor parte de la gente iba enmascarada, y muchas personas llevaban extraños disfraces. Los jóvenes se disfrazaban de mujeres que posaban de formas sugerentes y cantaban canciones obscenas, dirigiéndose a menudo a encantadas mujeres de edad avanzada, a las que rodeaban y mantenían prisioneras. Las carrozas avanzaban pesadamente por entre las calles, deteniéndose con frecuencia para representar sus poemas, pequeñas obras de teatro o narraciones. Los hombres exhibían exageradas hombreras acolchadas y colas, e invitaban a los observadores a admirarlas y tocarlas. Fue una fiesta de vida y sexualidad que duró todo un día y una noche. Para quienes perdían la cabeza, las estrechas y oscuras calles laterales ofrecían una intimidad temporal para abrazos y relaciones sexuales apresuradas.

Clarice apenas pudo soportar durante diez minutos el ruidoso

jolgorio de las multitudes. Luego se volvió a Lucrezia.

—Quisiera regresar a casa. Me siento mareada.

Llevaba la cara enmascarada, pero sus ojos relampaguearon con dureza a través de las aberturas de la suave tela de satén rosado.

Lucrezia se dirigió a los sirvientes que les acompañaban y éstos empezaron a abrir paso entre la multitud para que pasaran las dos mujeres.

—Lorenzo confiaba en que te gustaría la carroza que había diseñado —dijo con un tono de voz ligeramente decepcionado.

—¡Eso no forma parte de mis obligaciones!

Las palabras de Clarice surgieron en forma de un desgarrador grito agudo. Lucrezia ya no volvió a hablarle a su hijo sobre la virtud de la paciencia.

En cuanto cambió el punto de vista de su madre sobre Clarice, Lorenzo se dio cuenta inmediatamente. Lucrezia no cambió su comportamiento; siguió siendo considerada y paciente con Clarice, y siguió mostrando todo tipo de indicaciones de placer por el hecho de tener una nueva hija con quien compartir su vida. Pero Lorenzo poseía el don de captar la tristeza en los demás, y ahora sabía, sin necesidad de que se dijera palabra alguna, que su madre se sentía desilusionada con Clarice y entristecida por el hecho de que su elección de esposa le aportara a su hijo tan poca felicidad.

Él ya hacía algún tiempo que sabía lo que Lucrezia vio finalmente con claridad durante el carnaval. Clarice medía su vida a partir de sus rígidos y estrechos puntos de vista sobre lo que consideraba como su deber. Se consideraba superior a todos los que la rodeaban, no sólo por nacimiento, sino porque jamás fallaba en el cumplimiento de su deber. Para ella misma, era una mártir, igual que los santos cuyas festividades observaba fielmente con oraciones privadas, además de la misa diaria.

El ritual nocturno en su cama no variaba nunca. Clarice hizo que el papel de Lorenzo como esposo resultara para él un deber realizado con tanta rigidez como ella cumplía con su papel de esposa.

«No esperaba más», se dijo a sí mismo, y no volvió a pensar en el tema. Después de todo, tenía su vida que vivir. Había tantas cosas

que hacer, tanto de qué disfrutar. Los largos días del verano le proporcionaban unas preciosas horas adicionales, y Lorenzo no desperdiciaba ninguna de ellas.

Cuando la ciudad quedaba en silencio durante el tradicional período de dos horas de siesta, él solía cabalgar hasta Careggi, la más cercana de las villas de la familia, para ocuparse del ejercicio de sus caballos. El sueño que más acariciaba consistía en ganar la famosa y peligrosa carrera de caballos, el palio. Tres años antes había iniciado un programa sistemático de crianza. Dio órdenes para que los directores bancarios de los Medici adquirieran los caballos más rápidos que pudieran encontrar en todos los lugares donde el banco tenía abiertas sucursales: Roma, Venecia, Nápoles, Milán, Pisa, Amberes, Brujas, Londres, Ginebra, Lyon y Aviñón. Los agentes de Constantinopla enviaron potros y yeguas árabes. Los entrenadores se encargaron de aparearlos, llevando registros detallados de todas las características de fortaleza, debilidad, aspecto y comportamiento, para lograr la combinación perfecta de yegua y semental capaz de producir el caballo más valeroso, con la rapidez y energía necesarias para convertirse en ganador en el palio.

Por las tardes también seguía con regularidad una costumbre. Visitaba la hermosa casa de la Via de Pucci y a su hermosa Lucrezia. Después, regresaba a casa para participar en la tranquila cena familiar, que tomaban en el jardín, mientras la luz del día se desvanecía con lentitud. Piero les acompañaba con frecuencia, y una vez terminada la cena, sencilla y tranquila, Lorenzo ayudaba a los hombres de Piero a transportarlo a sus habitaciones. Antes de iniciar el doloroso proceso de prepararse para acostarse, Piero hablaba seriamente con su hijo sobre las tareas propias del gobierno de Florencia, tratando de prepararle para el papel que algún día tendría que representar. Cuando el esfuerzo de hablar resultaba ser demasiado grande para continuar la conversación, Piero despedía a Lorenzo. El sonido rasposo de su dificultosa respiración resonaba en la cabeza de Lorenzo mientras se dirigía a la habitación de Clarice y cumplía con su deber de esposo.

Más tarde, se encontraba con Giuliano, a quien se llevaba de jarana. Con una buena espada, una antorcha y una bolsa bien provista para los sobornos, era posible superar los peligros y las

leyes de las calles durante las noches. Las tabernas siempre estaban llenas y alegres. Contando con Gigi Pulci como compañero era casi posible que los dos hermanos olvidaran que su padre estaba a punto de morir, y que nadie podía hacer nada para aliviarle su dolor.

Poco después del carnaval, Andrea del Verrocchio notificó a Lorenzo que los Della Robbia habían terminado ya con su trabajo en la villa de Antonio de Pazzi.

—Iremos mañana —le dijo Lorenzo a Lucrezia—. Ya he enviado un mensajero para solicitar el debido permiso.

—Antonio es tan eremita que no permitirá ninguna visita —dijo Lucrezia, un tanto desconfiada.

—Tonterías, mamina. Es un viejo extraño, pero adora el arte. Se sentirá encantado de poder mostrarnos sus mejores obras. Me acompañarán Verrocchio y Botticelli.

—Oh, bueno, en ese caso… Espero que no descubras allí nada demasiado terrible. Me siento preocupada por los rumores que corren, según los cuales parece ser que la joven Ginebra es muy indisciplinada. Los contratos para el compromiso matrimonial ya están casi terminados, y Pierfrancesco se muestra impaciente. Si tenemos que romper las negociaciones, no sé qué va a pensar.

Lorenzo la besó sonoramente en ambas mejillas.

—No tendremos que hacer eso. Yo me ocuparé de hacer lo que se tenga que hacer. No te preocupes.

Y deseó sentir tanta confianza como expresaban sus palabras. Todo el mundo sabía que Antonio era un hombre difícil de tratar, incluso para ser un Pazzi.

7

Lorenzo nunca había estado en Villa La Vacchia. No era lo que él se había esperado. Las enormes puertas de entrada eran de un intrincado hierro forjado, en lugar de madera sólida, y permanecían abiertas, como dándoles la bienvenida. El portero y su esposa les contemplaron con curiosidad desde la ventana de su pequeña casa, pero no les dijeron nada.

A partir de las puertas de entrada, el camino serpenteaba entre un campo de olivos hasta la cresta de una colina donde se hallaba situada la villa. Ésta era pequeña y muy sencilla, y no poseía ninguna de las características del grandioso palacio que Jacopo de Pazzi poseía en la ciudad. La Vacchia sólo tenía dos pisos de altura, con una pequeña torre cuadrada que se elevaba a partir del centro del tejado cubierto por tejas rojas. No había almenas, ni decoración alguna, a excepción de las retorcidas verjas de hierro que protegían las ventanas.

Y la luneta de los Della Robbia, por encima de la alta puerta de entrada, de madera artesonada.

Lorenzo escuchó el agudo suspiro de Sandro Botticelli, que avanzaba a su lado, y supo que él también se había quedado con la boca abierta. El semicírculo esmaltado era espectacular.

—Bienvenidos, caballeros.

Lorenzo se había sentido tan cautivado que ni siquiera se había dado cuenta de la presencia de Antonio ante la puerta. El anciano les sonreía. Lorenzo se apresuró a desmontar.

—Os ruego que me disculpéis, maese Antonio. Estaba tan…

—No me ofendéis en absoluto, Lorenzo. El arte es lo que más atrae las miradas… Porque sois Lorenzo, ¿verdad? Últimamente veo a tan poca gente que nunca estoy seguro de recordar a las personas.

—Sí, soy Lorenzo. Y os agradezco que nos hayáis recibido. Si me permitís, os presentaré a mis amigos…

Andrea y Sandro ya habían descabalgado situándose a su lado.

—¡Ja! Ya conozco a este brillante pícaro de Verrocchio —dijo Antonio—. Me robó una suma bastante considerable por hacerme un atril, pero como hizo un trabajo tan bueno, no tuve más remedio que perdonarle… En cuanto a vos, debéis de ser Botticelli. Me inclino ante vuestro genio, joven.

Antonio, en efecto, inclinó la cabeza a modo de homenaje. Lorenzo se sintió fascinado por el anciano. Antonio era un hombre alto y delgado, y al igual que su hermano Jacopo mostraba la nariz ganchuda y estrecha característica de los Pazzi. Sin embargo, mientras que los ojos de Jacopo siempre parecían entrecerrados, alertas y suspicaces, los de Antonio parecían hallarse enfocados sobre una especie de horizonte interno. Eran extrañamente transparentes. Lorenzo se dio cuenta de que aquélla era la mirada del erudito, totalmente desconectado del mundo que le rodeaba.

Sus ropas tampoco parecían de este mundo. Iba formalmente vestido con un fino jubón de seda y una túnica sobre el pantalón y la camisa, igualmente de seda. Pero la túnica sólo le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas, al estilo antiguo, y la seda azul era tan vieja que aparecía jaspeada de verde. El cinto del que pendía la espada estaba hecho a base de eslabones de oro, otro detalle pasado de moda, y la espada era del estilo caballeresco, demasiado larga y estrecha para servir de otra cosa que no fuera la simple exhibición. Lorenzo tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sonreír.

—Venid conmigo —dijo Antonio—. Insisto en que dejéis la luneta para el final, puesto que en caso contrario no prestaréis atención a ninguna de las otras cosas que están en el muro del jardín. Seguidme.

Les hizo cruzar apresuradamente el vestíbulo cuadrado de la entrada y un salón amueblado de modo muy austero, y atravesaron el umbral de una puerta que conducía a un jardín amurallado.

—Volveos y mirad —dijo el anciano.

Entre los altos ventanales que llegaban hasta el suelo, y las ventanas del piso superior había siete placas rectangulares que relucían con brillantes colores esmaltados. Representaban escenas de historias extraídas del Antiguo Testamento: Daniel en la cueva

del león, José envuelto en su manto de muchos colores, David y Goliat, Jonás y la ballena, los animales entrando en el Arca, Moisés separando las aguas del mar Rojo.

—¡En el nombre de Dios, esto es magnífico! —exclamó Verrocchio—. Maese Antonio, ¿tenéis una escalera?

—Enviaré a buscar una.

Antonio hizo un gesto hacia un sirviente que era casi tan viejo como él mismo. El hombre se alejó, caminando con los hombros hundidos, y regresó con una sorprendente celeridad, arrastrando una escalera de mano. Botticelli se le acercó presuroso para ayudarle. Luego, los tres jóvenes fueron de una pintura al esmalte a otra, turnándose para subir por la escalera y echar un vistazo más cercano, sin dejar de intercambiar expresiones de asombro.

Antonio escuchaba sonriente las agitadas expresiones de alabanza de las placas pintadas al esmalte. Sus visitantes se mostraron inmediatamente de acuerdo en que se trataba de lo mejor que había salido de los talleres de los Della Robbia. Pero se enzarzaron en una acalorada discusión sobre cuál de las siete era superior a las demás. Y se gritaban con entusiasmo para que los demás observaran con mayor atención el modelaje de tal o cual detalle, o la particular profundidad de color, o la composición de las figuras, o la perfección de la perspectiva o del escorzo. Algunos de los comentarios eran tan técnicos, que Antonio tenía que pedir que se los explicaran.

Entonces, Botticelli y Verrocchio se discutían acaloradamente sobre cuál era la mejor forma de explicarlo.

Lorenzo miraba con nerviosismo a Antonio. Le habría gustado participar en la discusión, pero se daba cuenta de que aquélla diatriba ruidosa y llena de entusiasmo podría parecerle a un extraño algo más cercano a un alboroto callejero que a la búsqueda de palabras exactas con que definir las cosas. Por un momento, temió que Antonio pudiera pedirles que se marcharan de allí, antes de tener la oportunidad de saber si los rumores que se decían sobre Ginebra eran ciertos o no. Tenía que detener a Andrea y Sandro.

Pero antes de que pudiera llamar su atención se vio distraído por otra discusión. Dos hombres entraron en el jardín a través de una pequeña puerta en la pared de ladrillo, ambos hablando y gesticulando vívidamente, casi siseándose el uno al otro. Venían

hablando en latín.

Botticelli y Verrocchio se quedaron callados, observando a la inverosímil pareja. Uno de ellos era un fraile de aspecto diminuto y frágil, embutido en una sotana marrón raída y voluminosa. La tonsura le brillaba con un color rosado, rodeada por un círculo de crespo cabello canoso. El otro era más corpulento, pero parecía casi tan quebradizo como el pequeño fraile. Mostraba las huesudas muñecas por debajo de las mangas de la túnica de algodón negro, y daba la impresión de que las rodillas estuvieran dispuestas a romper el pantalón, también de algodón negro, que llevaba ajustado a las largas y huesudas piernas. Era muy rubio y muy joven, y su gran boca era tan rosada como la tonsura del fraile.

Lorenzo contuvo apenas los enormes deseos de echarse a reír. Toda la escena era como una comedia barata interpretada sobre una carroza de carnaval. El anfitrión anticuado, los artistas que discutían acaloradamente y los latinistas pordioseros. Se preguntó qué papel estaría interpretando él en todo aquello.

—Mateo, Mateo —dijo entonces Antonio—, dejad ya de discutir y venid a conocer a nuestros invitados.

Los recién llegados miraron a los presentes y detuvieron tanto sus movimientos como el flujo de sus palabras. Después, sonrieron y se apresuraron a unirse al grupo. Antonio hizo las presentaciones. Fray Marco era un compañero desde hacía muchos años. Ahora vivía en la villa y decía la misa para quienes habitaban en ella, en la pequeña capilla situada en los sótanos.

—Mateo es el tutor de mi nieta. Se ha unido a nosotros desde hace poco tiempo.

Lorenzo expresó la alegría que le producía aquel encuentro. Luego, actuando con rapidez para aprovechar la oportunidad que se le presentaba, preguntó si podía ver a Ginebra.

—Desde luego —contestó Antonio—. ¿Dónde está, Mateo?

—No tengo la menor idea, excelencia —replicó el tutor parpadeando—. ¿Lo sabéis vos, fray Marco?

El fraile negó con la cabeza. Antonio miró vagamente hacia un limonero cercano, como si la niña pudiera hallarse allí.

—Debe de estar con vuestra esposa, Mateo.

—No, excelencia. Emilia se halla visitando a su familia en Arezzo, ¿no lo recordáis?

Lorenzo sintió que se despertaba su temperamento. Así pues, era cierto. Antonio permitía que la niña hiciera lo que quisiera. Y no serviría de nada hablarle de ello ahora, puesto que estaba demasiado enfrascado en su propio mundo interno como para que nada de todo aquello le importara. En cuanto a los demás, no eran mejores que él. Los dos tenían el mismo aspecto de eruditos distraídos que el propio Antonio. Si Ginebra era devorada por los lobos, probablemente ni siquiera se darían cuenta de su ausencia hasta que alguien pusiera sus huesos descarnados encima de los textos que estuvieran estudiando en esos momentos. Estos estúpidos eruditos estaban poniendo en peligro la proyectada reconciliación de su padre con su primo.

Antonio estaba presentando al fraile y al tutor a los artistas. Lorenzo rechinó los dientes.

Mientras tanto, Ginebra lo observaba y lo escuchaba todo desde la elevada rama del árbol al que se había encaramado, en uno de los lados del jardín.

Contestaría en cuanto alguien la llamara, pero nadie lo hizo. Mientras eso no sucediera, podía mirar y adorar a Lorenzo a su antojo. Al escuchar que él preguntaba por ella, estuvo a punto de bajar de un salto, pero sus brazos parecieron actuar por cuenta propia y la mantuvieron firmemente sujeta al árbol. Podría haber hablado con el amigo que se hizo en la fiesta de cumpleaños, pero no con el heroico maestro del torneo. Sólo era una niña, y además una ignorante, como no dejaba de decirle su propio abuelo. Y los niños no se dirigen a los héroes.

Pero son muy capaces de observar las cambiantes expresiones del rostro de un héroe, y grabarlas en el recuerdo, junto con las palabras pronunciadas por el héroe y el sonido de su risa.

—¡Ginebra! —exclamó con fuerza el pequeño cuerpo de fray Marco—. Tiene que estar por aquí, en alguna parte —añadió con un tono de voz más tranquilo y luego, mirando hacia donde se agitaban las hojas del árbol dijo—: Lo está. Asombroso.

Lorenzo hubiera querido negar la evidencia que contemplaron sus ojos. La niña descendió del árbol como si de un mono se tratara. Tenía la piel bronceada por el sol, y las ropas estaban compuestas por una raída túnica de campesina, de color marrón, atada a la cintura con un deshilachado trozo de cuerda. Llevaba el cabello

medio suelto a partir de la única trenza que le caía por la espalda, salpicada de briznas. Mostraba los pies descalzos y manchados de tierra.

Se quedó de pie junto al árbol y le miró con fijeza, con sus enormes ojos negros muy abiertos.

—Contadina —murmuró Lorenzo.

«Campesina», sí, pero esta vez era un epíteto surgido de la desesperación. Eso sería, al menos, lo que pensaría Pierfrancesco.

Ginebra, sin embargo, lo escuchó como la expresión afectuosa del apodo que él le había dado el día de la fiesta de su cumpleaños, y se echó a reír, con una risa fresca, libre y feliz.

—Saludos, Lorenzo —dijo utilizando las palabras latinas sin darse cuenta de ello.

Lorenzo se sintió intrigado. ¿Era aquello lo que estaba produciendo aquel nido de eruditos? Miró a Antonio ignorando su mirada burlona.

—¿Me permitís dar un breve paseo con vuestra nieta, excelencia?

—Si no teméis la contaminación. Está espantosamente sucia.

Lorenzo se llevó a la niña hacia el extremo del jardín, donde se sentaron sobre un banco de piedra y hablaron. El latín de la pequeña era extremadamente limitado, según descubrió Lorenzo en seguida. Pero su italiano era inmaculado y, además, también hablaba con fluidez el idioma de los campesinos.

Contestó a sus preguntas sin picardía, ofreciéndole una imagen completa de su vida con Antonio. Allí, el aprendizaje era lo que se valoraba por encima de todas las cosas. Desayunaba pan y leche al salir el sol, trabajaba luego con su tutor hasta el mediodía, y por las tardes, mientras Mateo enseñaba griego a Antonio y a fray Marco, acudía a una de las granjas de la propiedad de Antonio para jugar con los hijos de los campesinos y ayudarles en sus tareas en el campo. Cuando el sol ya estaba bajo en el horizonte, regresaba a la villa para tomar un baño y cambiarse de ropa. Luego, participaba en la cena en compañía de sus mayores, dedicada a escuchar sus conversaciones y a aprender de ellas.

—¿Y disfrutas con esta clase de vida, contadina?

—¡Oh, sí, me gusta! —exclamó con los ojos encendidos y las mejillas sonrosadas por el fervor—. ¿Quieres saber lo que pasa,

Lorenzo?

—Me gustaría mucho —contestó él, ocultando la diversión que aquello le producía.

—En tal caso te lo contaré. Mira, Mateo me muestra algo y me lo explica… Puede ser algo de gramática, o cómo se hace un poema… y eso no tiene sentido para mí. Yo le doy vueltas y más vueltas en la cabeza, así y luego asá y luego del otro lado, hasta que me canso y entonces pienso en algo que aprendí el día anterior, o en lo que acabo de escuchar en la mesa. Y entonces, de pronto…, ¡plaf!, todo se me aclara por sí solo. Es muy divertido.

Lorenzo observó el rostro sucio, de expresión cautivadora. Resultaba una sensación muy extraña sentir respeto por una sencilla niña, pero aquella pequeña acababa de describirle una sensación que él mismo había experimentado miles de veces. Y él también había sentido aquella misma excitación, y le había parecido divertido. Y aún se lo seguía pareciendo.

Pero la erudición no sería suficiente para que Pierfrancesco se reconciliara con el proyectado compromiso matrimonial. A Ginebra también se la tenía que entrenar en las cosas de la vida y en el comportamiento social.

—¿Quién es la esposa de Mateo? —preguntó—. ¿Ella también te da lecciones?

—¿Emilia? No, claro que no. Ella no sabe nada. Me lava el cabello y me ata el vestido por atrás. Cuando estoy en la casa me pongo verdaderos vestidos. Éstas son las ropas que me pongo para trabajar en la granja.

—Ya entiendo. ¿Te gusta trabajar en la granja tanto como recibir tus lecciones?

—A veces incluso más. Trabajar en la granja tiene mucho sentido. Si se plantan cosas y se las cuida. Dios nos recompensa. Entonces, se las ve crecer, a las plantas y también a los animales. En una de las granjas hay cinco polluelos y yo los vi salir del cascarón. Es allí a donde suelo ir. Hay una niña que tiene más o menos la misma edad que yo. Su madre es una mujer maravillosa. Dice que yo soy como su hija huérfana. Muchas veces me quedo a comer con ellos, porque en la villa nunca hay comida suficiente. El abuelo dice que un estómago demasiado lleno sofoca la mente.

Lorenzo se encontraba ante un verdadero dilema. Ginebra

llevaba una vida totalmente inadecuada para una niña de buena familia. Se tendría que hacer algo al respecto. Y, sin embargo, hubiera deseado poder dejarla disfrutar de aquella situación, ya que su vida era como una especie de paraíso. A él siempre le había gustado el campo y las gentes del campo, y jamás se cansaba de estudiar y de aprender. Envidiaba a aquella niña que podía disfrutar de ambas cosas en toda su amplitud.

En aquellos momentos no serviría de nada amonestar a Antonio. El anciano se sentiría ofendido y probablemente se olvidaría de lo que se había dicho en cuanto volviera a enfrascarse en sus libros. Lorenzo buscó en su mente, tratando de hallar una solución. Sin darse cuenta de lo que hacía, Ginebra le proporcionó una respuesta a su dilema.

—¿Has visto a Bianca? ¿Está creciendo mucho el bebé? Me alegro mucho de haber podido salir de aquella casa, pero echo de menos a Bernardo. Él también nació el día de nuestro cumpleaños, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —contestó Lorenzo sonriendo—. Y me ocuparé de que puedas verlo. Hablaré mañana mismo con Bianca.

—¿De veras? Gracias, Lorenzo.

—Me satisface mucho poder hacerlo, contadina.

En realidad, era algo más que una simple satisfacción. Bianca podría ocuparse de proporcionarle la educación que necesitaba Ginebra. Su hermana tenía hijas y sabría perfectamente lo que debía hacer. Permaneció muy quieto, disfrutando del alivio experimentado al haber hallado una solución. Por un momento, no fue consciente de la presencia de la niña a su lado.

Ginebra le estaba contemplando, en silencio, con la mirada fija. «Debería haber sabido que Lorenzo arreglaría las cosas de un modo perfecto —estaba pensando—. Puede hacer cualquier cosa. Qué suerte que se me haya ocurrido preguntar por Bernardo. Todo lo que he tenido que hacer ha sido preguntar… ¿Qué pasaría si preguntara por la otra cosa que deseo?… ¿Estaría también dispuesto a hacerla?… ¿Se enfadaría por ello?…».

Los labios de Lorenzo se curvaron en una sonrisa de autosatisfacción. «Se lo preguntaré», pensó Ginebra. Se estremeció, pero a pesar de todo siguió adelante con su propósito.

—¿Podrías encargarte también de hablar con el abuelo,

Lorenzo? ¿De hablar con Bianca y con el abuelo?

—¿Qué? —preguntó Lorenzo, despertando, sorprendido, de su fugaz ensoñación—. ¿Hablar con tu abuelo? ¿Sobre qué?

La extrañeza producida por aquella petición le hizo fruncir el ceño. Ginebra volvió a estremecerse. Se dijo que no debería haber hablado, pero ahora ya era demasiado tarde para detenerse. Su voz sonó balbuceante.

—Sobre un caballo. Desearía tanto tener un caballo. El abuelo no me deja montar en el suyo, y fray Marco sólo tiene un asno. Mateo tiene miedo de los caballos, así que monta en un carricoche, tirado por una enorme mula.

Lorenzo se sintió molesto, pero le conmovió el terror que observó en el rostro repentinamente pálido de Ginebra, y entonces fue plenamente consciente de que, en efecto, se trataba de una niña huérfana.

—No sería correcto que yo hablara con tu abuelo —dijo cuidadosamente—. Él es mucho mayor que yo, y sería un error por mi parte decirle lo que debería tener su nieta.

Lorenzo pensó entonces en los planes que había estado urdiendo poco antes. «No he permitido que en mis propósitos interfiriera ninguna consideración acerca de los derechos de Antonio sobre su nieta —admitió para sí mismo—. ¡Qué hipócritas podemos ser los adultos con los niños!».

—¿De qué te ríes, Lorenzo?

—Porque acabo de darme cuenta de una cosa que me ha divertido. Voy a prometerte una cosa, contadina: llegará el día en que podrás tener un caballo. ¿Te sentirás satisfecha con esa promesa por el momento?

—¡Oh, sí! —exclamó Ginebra, mientras se le iluminaba el rostro.

—Bien, y ahora tengo que reunirme con mis amigos. Ayúdame a encontrarlos.

Verrocchio y Botticelli se hallaban frente a la casa, admirando la luneta situada sobre la puerta de entrada.

—Dejadme turno para subir a esa escalera, bribones —les gritó Lorenzo.

Después de haber echado un vistazo de cerca, recorrió con dedos

reverentes el intrincado modelo de la arcilla esmaltada, resiguiendo la serena curva de la parte superior arqueada y las poderosas curvas de las alas de los ángeles. Bajó luego de la escalera, se apartó un poco de la pared y miró hacia arriba.

Dentro del semicírculo de azul había dos ángeles de alas doradas sosteniendo la figura de Cristo, vestido con una túnica verde; tenía un libro abierto en una mano, con las letras alfa y omega en las páginas. La otra mano aparecía levantada, con los dedos ligeramente curvados. Aquello le pareció a Lorenzo una señal de divina bendición para los planes que se había propuesto.

—¿Que quieres que haga qué? Tienes que haber perdido el buen sentido para pedirme eso, Lorenzo. Las niñeras jamás me perdonarían que trajera de nuevo a Ginebra a esta casa.

El tono de voz de Bianca había perdido toda su placidez y la barbilla había adoptado una actitud de firmeza por debajo de la suave carne.

Lorenzo se sintió extrañado. Siempre había estado mucho más cerca de Bianca que de sus otras dos hermanas, y creía conocerla bastante bien. Pero aquella inexorable resistencia era una parte de su carácter que no había observado hasta entonces con tal intensidad. Hubiera querido sujetarla por los hombros y sacudirla. Sensatamente, decidió emplear primero su poder de persuasión.

—Querida hermana…

—Eso no va a funcionar, querido hermano —le interrumpió Bianca echándose a reír.

—Bianca, tienes que ayudar —dijo Lorenzo levantando las manos en un gesto de impotencia—. La situación es desesperada. Si logras que esa niña se comporte de un modo suficientemente respetable como para pasar por la ceremonia del compromiso matrimonial, no te pediré nada más.

—¿Qué compromiso matrimonial? —preguntó Bianca, con los ojos muy redondos y abiertos, ávida por conocer noticias—. En estos momentos, todos los habitantes de la ciudad se preguntan quién la conseguirá.

—¿No lo sabes? Va a casarse con mi tocayo Lorenzo, el hijo de Pierfrancesco.

—¿Nuestro primo? Eso es espléndido. Esa niña tiene una dote inmensa, y cuando Antonio muera… —De pronto, Bianca frunció el ceño—. Pero la niña es una verdadera abominación, Lorenzo. No podemos permitir que se convierta en una Medici. Será la desgracia de toda la familia, a menos que aprenda a comportarse como debe —Lorenzo esperó a que su hermana se convenciera a sí misma de la necesidad de hacer lo que él quería que hiciera—. De acuerdo entonces. Mañana mismo le enviaré recado a Antonio —dijo finalmente Bianca.

—Eres un ángel —dijo Lorenzo, satisfecho, besándola—. Por un momento, me sentí verdaderamente alarmado. No te reconocía. Claro que supuse que estabas enterada de todo, que Elmo te lo habría dicho.

—Qué joven eres, Lorenzo —dijo Bianca devolviéndole el beso —. Elmo nunca me cuenta nada. No llevas casado el tiempo suficiente como para haberlo aprendido, pero los hombres y las mujeres vivimos en mundos diferentes. Los esposos y las esposas hacemos bebés juntos, e incluso vamos juntos a las fiestas, pero eso es todo. Ya lo comprenderás algún día.

La forma repentina en que Bianca admitió ante Lorenzo su aceptación del modelo de vida matrimonial hizo que éste se sintiera algo mejor. Evidentemente, su hermana se sentía contenta. En cuanto a él, no tenía por qué sentirse responsable de la felicidad de Clarice. Las esposas eran capaces de crearse su propia felicidad.

Al abandonar el palacio de los Pazzi, Lorenzo miró al cielo para calcular la hora por la intensidad de las sombras. Si se daba prisa, aún tendría tiempo de visitar a su amante antes de regresar a casa. Le había enviado recado a Lucrezia Donati, comunicándole que pasaría a verla, y no quería hacerla esperar. Se alejó por la calle, caminando a grandes zancadas.

Aún veía a Lucrezia casi a diario. Se había hecho el propósito de que fuera así, al suponer que su matrimonio haría que Lucrezia se sintiera menos importante para él y, por lo tanto, un tanto insegura en cuanto a su futuro. Sin embargo, resultó que acudía a Lucrezia más para buscar confianza para sí mismo que para proporcionarle seguridad a ella. Hasta la aparición de Clarice, Lorenzo siempre había sido bien recibido en los brazos y en las camas de las mujeres. Pero el acto sexual sin el menor disfrute que mantenía con ella le

hacía sentirse brutal y apagaba su espíritu. La casa situada en la Via de Pucci se había transformado así en un oasis de renovación. Y ahora, mientras caminaba con rapidez, compuso mentalmente un poema para su amada.

8

La ceremonia del compromiso matrimonial entre Lorenzo di Pierfrancesco de Medici y Ginebra de Pazzi se llevó a cabo el diez de octubre en casa de la familia de la novia, y en ella no participó el novio, de acuerdo con la costumbre. Lorenzo actuó como apoderado de su joven primo, y también firmó el contrato en nombre de su padre.

Bianca había realizado un trabajo magnífico con Ginebra. La pequeña permaneció quieta durante todo el largo proceso de firmar y testificar los documentos. Cuando se la llamó, se adelantó y esperó, con los ojos mirando hacia el suelo, dispuesta a desempeñar el papel que le había sido asignado.

Su aspecto era humilde y encantadoramente tímido. Tenía el rostro pálido gracias a la gran cantidad de polvos con los que Bianca le había frotado la piel, y su cabello ligeramente oscuro brillaba a causa de los frecuentes enjuagues con agua de hierbas y a los prolongados cepillados. Lo llevaba envuelto en cintas de perlas. Bianca se había asegurado de que Ginebra fuera una digna representante de la casa de los Pazzi. Su *gamurra* era de seda amarilla y adamasquinada, y la *cioppa* era de lana azul profundo. Los colores de los Pazzi eran precisamente el azul y el dorado. Sobre la manga izquierda de la *cioppa* se habían bordado dos belicosos delfines erguidos sobre las colas, en color oro. Cada escama era distinta; los ojos estaban formados por zafiros, las lenguas extendidas eran rubíes diminutos, y los agudos dientes estaban formados con hilo de plata. Se trataba del escudo de armas de los Pazzi.

Ginebra extendió una mano en cuanto se le pidió que lo hiciera así. Lorenzo deslizó el anillo de compromiso en su dedo pulgar y lo

sostuvo allí un momento. El anillo era un rubí redondo, esculpido con el escudo de armas de los Medici: seis bolas sobre un escudo. Se trataba de una ocasión solemne y Lorenzo no permitió que la sonrisa aflorara a sus labios. La mano no empolvada de Ginebra era tan morena como el nogal.

La niña le miró y le sonrió. Lorenzo necesitó todo su autocontrol para no echarse a reír. La pequeña había perdido algunos dientes de leche, que aún no habían sido sustituidos, de modo que el centro de su sonrisa estaba compuesto por encías brillantemente sonrosadas.

Quitó luego el anillo y se lo entregó al notario presente, como joya que se añadiría a su dote. Ginebra se inclinó ante Lorenzo y luego ante cada uno de los adultos presentes. A continuación, se dirigió hacia donde se encontraba Pierfrancesco, se arrodilló ante él y le besó la mano en prueba de filial sumisión. Bianca contuvo la respiración. Pierfrancesco besó la parte superior de la cabeza inclinada de Ginebra.

La pequeña se levantó, giró con lentitud y salió de la estancia, caminando con la cabeza bien alta y la espalda erguida. Bianca dejó entonces escapar el aire en un prolongado suspiro de alivio. Ginebra había actuado a la perfección.

Aparecieron los sirvientes llevando bandejas con copas de oro llenas de vino y platos de plata llenos de pequeños pastelillos. Las formalidades habían concluido. Ahora, todo el mundo podía disfrutar con los brindis y los comentarios de felicitaciones mutuas. A la ceremonia habían asistido todos los miembros de la familia Pazzi. Allí estaban Jacopo, con una sonrisa tan feroz como la de los delfines de los Pazzi; Antonio, con la mente puesta en otras cosas; el hermano menor de ambos, Andrea, acompañado por sus seis hijos; Elmo y sus hermanos más jóvenes, Giovanni y Francesco. Las esposas de todos ellos se reunieron en uno de los extremos de la sala, dedicadas a hablar sobre sus hijos. Los hombres, por su parte, se dedicaron a hablar de la caza.

Lorenzo captó la mirada de Bianca y le guiñó un ojo. Ella se echó a reír, luego les susurró algo a las mujeres, contándoles el milagro que había llevado a cabo para conseguir que Ginebra estuviera presentable.

Una vez terminada la pequeña fiesta, Lorenzo y Pierfrancesco regresaron juntos a casa, llevando consigo cajas doradas de confetti

con los delfines erguidos. Al llegar a la esquina que daba al palacio de los Medici, Pierfrancesco se volvió hacia Lorenzo.

—Pasaré a ver a tu padre, Lorenzo.

Ahora, Pierfrancesco se había convertido en un visitante regular del palacio. No quedaba mucho tiempo para compensar los numerosos años de distanciamiento. Piero estaba más débil a cada día que pasaba.

Lucrezia de Medici recibió a los hombres en la parte superior de la escalera. Lorenzo contestó su silenciosa pregunta con un sonriente asentimiento de cabeza. Todo había salido bien.

—¿Traes confetti…? Bien. Aquí también hay motivos para festejar. Clarice me acaba de comunicar que está embarazada. Piero se sentirá muy feliz. Eso es lo que más deseaba. Felicidades, hijo mío.

Lorenzo lanzó un grito de alegría, dio un brinco, levantó en el aire a su madre y la hizo trazar un giro en círculo. Cosimo había dicho en cierta ocasión, con expresión de pena, que el palacio de los Medici era una mansión demasiado grande para una familia tan pequeña. Lorenzo recordó aquellas palabras al ver a los fuertes hijos de los Pazzi y a sus alegres esposas, que no dejaban de cuchichear. Pero ahora habría una nueva vida en el palacio de los Medici. Aquella noticia era la mejor que había recibido en mucho tiempo.

—Lorenzo…

Tuvo que acercar la oreja a los labios de su padre para escuchar sus palabras.

—Hijo mío, te amo. Hubiera querido ahorrarte la carga que caerá sobre ti cuando yo me haya ido. Me hubiera gustado vivir para seguir soportándola, pero no puedo.

—Padre, no digas esas cosas. Esto no es más que un agravamiento temporal de tu enfermedad. Ya te ha ocurrido otras veces. No tardarás en recuperar las fuerzas.

—Ya no nos queda tiempo para mentiras, Lorenzo. Préstame atención…

—Sí.

—Cuida de tu hermano. Tienes que portarte con él como lo haría un padre, así como con tu propio hijo.

—Lo haré.

Piero se esforzó por respirar. Lorenzo extendió las manos hacia él, impotente, sabiendo que su contacto no haría más que producirle un mayor dolor. Piero tenía el color de la cáscara de un huevo, y parecía aún mucho más frágil. Tosió débilmente, con unas diminutas lágrimas hinchándose en sus ojos vidriosos. El carraspeo de su garganta se desvaneció.

—Tommaso Soderini —susurró—. Acude a él para que te ayude a gobernar… Y a tu madre para buscar buen juicio…, ¿me has oído?

—Sí, padre. Haré lo que me dices.

El ya deteriorado rostro de Piero se contorsionó horriblemente. Luego se relajó. Mientras Lorenzo le observaba, las líneas que tenía alrededor de la boca y de los ojos perdieron su definición, se suavizaron para sumirse en el olvido, libre de toda tensión. El sufrimiento desapareció y Piero se deslizó hacia el coma.

Murió tres días más tarde, el 3 de diciembre de 1469.

Fue enterrado el 5 de diciembre en la sacristía de la iglesia de San Lorenzo, no lejos de la tumba de Cosimo.

Aquella noche, Lorenzo no pudo dormir nada. Sabía lo que se esperaba de él, lo que sucedería al día siguiente, y al otro. Se le confiaría «el cuidado del Estado», se convertiría en el líder sin título de la república. Deambuló durante largas horas por su despacho, incansable, con la mente y el corazón sumidos en la mayor confusión.

—Es demasiado pronto —dijo en voz alta—. Aún no estoy preparado.

—No es justo —dijo más tarde—. Piero tenía cuarenta y siete años cuando le sucedió. Yo, en cambio, sólo tengo veintiuno.

Los perfiles de los estadistas, destacados en los medallones antiguos que coleccionaba, parecían burlarse de él. Parecía como si le estuvieran diciendo: «Te mostraste muy seguro de ti mismo cuando fanfarroneaste delante de Cosimo».

Hubiera querido aplastarlos a todos con el tacón de su calzado.

Se dirigió, furioso, hacia la vitrina donde estaban expuestos y abrió la puerta…, y empezó a reírse. «Lorenzo —pensó—, no tendrás que preocuparte por tener que aceptar o rechazar el puesto si la Signoria se entera de que escuchas voces en plena noche… No,

la noche ya ha transcurrido. Ahora son voces en la madrugada».

Volvió a cruzar la estancia, esta vez con lentitud, y se quedó de pie ante la ventana. Su inquietud había desaparecido por completo. Contempló la salida del sol sobre Florencia y permaneció inmóvil. ¿Por qué se comportaba como un niño? ¿De qué servía mentirse a sí mismo?

Sonrió sin dejar de observar su querida ciudad y habló en voz alta, dirigiéndose a ella:

—Lo quiero. Quiero el tedio y las exigencias, la gloria y la aventura, los triunfos y los fracasos. Quiero todo eso. Y también los riesgos y los peligros. Lo quiero todo. Haré lo que le prometí a Cosimo. Te amaré, Florencia, te cuidaré y te guiaré. Y te haré mía.

La delegación llegó aquella misma tarde. Tommaso Soderini fue el portavoz. Le comunicó las condolencias del gobierno y le pidió formalmente a Lorenzo que asumiera la tarea de cuidar del Estado.

Lorenzo replicó con un discurso tan cuidado como las palabras empleadas por Soderini. Le dio las gracias al gobierno, tanto por sus muestras de condolencia, como por el honor que le hacía al plantearle aquella petición. Y dijo que no pedía mayor privilegio en la vida que la oportunidad de servir a la república.

Con una sola condición.

La delegación había esperado el discurso de Lorenzo, pero no estaba preparada para oír hablar de una condición.

Lorenzo insistió en que su hermano fuera considerado como compañero suyo en igualdad de condiciones. Se produjo un largo momento de silencio.

Entonces, Soderini aceptó en nombre de los ciudadanos de Florencia.

Lorenzo había puesto a prueba su fortaleza, y había ganado.

9
1470-1471

Su fortaleza no tardó en verse sometida a nuevas pruebas, aunque esta vez por parte de otros. Un grupo de nobles florentinos exiliados contrató a un ejército de mercenarios y atacó Prato, una ciudad sometida situada a treinta y cinco kilómetros de Florencia. Creían que, al contar sólo con un joven que oponerles resistencia, Florencia estaba madura para la empresa.

Pero los ciudadanos de Prato no se unieron a sus fuerzas y su ejército fue derrotado con facilidad. Florencia ni siquiera se enteró de la existencia de tal peligro hasta que éste hubo desaparecido.

Lorenzo se sintió exultante. Sabía que los nobles desplazados constituían siempre una amenaza, que siempre andaban dedicados a conspirar para recuperar el poder. Al igual que toda otra familia poderosa, los Medici disponían de observadores e informadores en todas partes, y recibían informes regulares sobre las actividades y actitudes en toda Europa. Ahora, los disidentes habían hecho su jugada y resultado derrotados. Podía dejar de preocuparse por ellos.

Pero lo más importante era que el pueblo de Prato había permanecido leal, y el pueblo era lo que más le preocupaba a Lorenzo. Se le había confiado el «cuidado del Estado». Eso significaba para él el «cuidado del pueblo».

Pasó más tiempo que nunca caminando por las calles de Florencia, entrando en contacto con la gente, demostrando la preferencia que sentía por su compañía y la defensa de sus intereses, en comparación con la compañía y los intereses de los consejeros, legisladores y burócratas con quienes ahora se veía obligado a pasar mucho más tiempo.

—Hijo mío, te vas a agotar en el plazo de un año —le dijo Lucrezia, temerosa.

—Tonterías —dijo Lorenzo riéndose y abrazándola—. Jamás me había sentido mejor. Me gusta mucho estar ocupado.

Giuliano también se preocupaba por él. Sabía, incluso mejor que la propia Lucrezia, lo poco que descansaba Lorenzo, ya que él mismo era uno de los compañeros habituales de su hermano en la mayor parte de las actividades extragubernamentales. Iban juntos para ver qué estaban haciendo sus amigos artistas, cazaban en los bosques que rodeaban las diversas villas de los Medici, llegando incluso a lugares tan lejanos como Pisa, a dos días de distancia, en busca de la caza de un venado especial. Visitaban las granjas, planificaban nuevas carrozas y espectáculos para el carnaval, aplaudían las más recientes baladas cantadas por Luigi Pulci en las tabernas, participaban en los juegos de balompié que se celebraban en la Piazza Santa Croce. Lorenzo estimulaba a Giuliano para que participara también en el proceso político, pero el hermano más joven rogó que se le dispensara de tal tarea.

—Mantenerme a tu ritmo ya es casi más de lo que soy capaz de hacer. Cualquier otra cosa adicional sería capaz de llevarme a la tumba. ¿Por qué no disminuyes un poco el ritmo, Lorenzo?

—Pero si ya lo he hecho —dijo Lorenzo con una mirada burlona —. ¿Acaso no te diste cuenta que pasé por alto a la pequeña y bonita viuda que necesitaba consuelo en Pisa? Incluso paso menos tiempo con mi Lucrezia. La Signoria debería apreciar los grandes sacrificios que hago en beneficio del Estado.

—Son todos tan viejos —replicó burlón Giuliano—, que ya no recuerdan lo que significan tus sacrificios.

Lorenzo sonrió. Por las conversaciones sostenidas durante las cenas a las que asistía fuera de casa, sabía que Giuliano andaba terriblemente equivocado.

Aquellas conversaciones no eran menos obscenas que las escuchadas en su propia mesa. Ahora, raras veces comía con las mujeres. Con el propósito de ver a sus amigos, siempre que estaba en casa tenía invitados a cenar. Cualquiera de sus amigos íntimos podía acudir en cualquier momento que lo deseara, trayendo consigo a todo aquel que poseyera ingenio y talento. Las risas que surgían de la estancia iluminada resonaban a menudo en la oscura

calle del exterior hasta horas muy avanzadas de la madrugada.

A primeros de junio, Clarice dio a luz a una niña pequeña, sonrosada, gritona y saludable. Lorenzo quedó encantado con la diminuta criatura. Insistió en que la llamaran Lucrezia, el nombre que más le gustaba tratándose de una niña. Giuliano se burló alegremente de él por ello.

—Eres un perro astuto, querido hermano. Ahora, tu amante dejará de sentirse descuidada, y tu madre tendrá que pasar por alto la forma que has tenido de convertir la casa en una taberna.

—Del mismo modo que pasa por alto tus propios pecados —replicó Lorenzo—. Ahora que tengo una hija comprendo por qué. Existe una especie de alquimia muy extraña gracias a la cual una piel manchada de púrpura se transforma en una piel hermosa y cualquier defecto se ve como una virtud.

—Estás entusiasmado.

—Lo admito.

En realidad, Lorenzo se sentía mucho más feliz que nunca en todos aquellos años anteriores, llenos de placer. Disfrutaba participando en los asuntos de gobierno, aunque le molestaba el que los consejeros no le consideraran a veces más que como un muchacho. Disfrutaba de la pompa y la espectacularidad de su papel como anfitrión de los embajadores y dignatarios visitantes. Saboreaba la habilidad de ayudar a quienes se lo merecían con nombramientos en puestos bien pagados del gobierno. En su fuero interno aún le agradaba mucho más nombrar a unos pocos especiales para puestos que no se merecían, simplemente porque destacaban con gran talento en la música o la poesía.

Le gustaba el poder.

Sin embargo, llevaba mucho cuidado de no abusar de él. Su primer amor era siempre Florencia, su pueblo y su forma republicana de gobernarse. Cosimo era su ideal. El título que deseaba alcanzar para sí mismo era el de «Padre del Estado».

El día en que cumplió veintidós años, acudió de nuevo a la tumba de Cosimo para hablar con él.

—Creo que debes de estar contento conmigo, abuelo. Estoy haciendo todo aquello que se me pide, e incluso más, en favor de la

república. Tengo una hija, y hay otro hijo en camino para dentro de siete meses, de modo que el palacio de los Medici pronto se llenará de nueva vida. Me siento lleno de alegría por el hecho de que la ciudad acepte el amor que le entrego y me devuelva su propio amor.

Lorenzo sintió una verdadera paz en la semipenumbra en silencio de la gran iglesia. Permaneció arrodillado durante una hora, rezando con el corazón henchido de gratitud por todas las bendiciones recibidas.

No vio augurios que le advirtieran de lo que le esperaba en un futuro muy próximo.

Dos meses más tarde, Lorenzo fue el anfitrión del más fuerte aliado de Florencia: Galeazzo Sforza, el duque de Milán. Sforza era plenamente consciente de la importancia que para Florencia tenía el apoyo de Milán, y se comportó como un invitado exigente y extravagante. Apareció acompañado por su duquesa, sus hijas, las damas de honor, quinientos soldados de a pie, cien caballeros montados, cincuenta mozos, docenas de trompeteros, tamborileros, mozos de caza, halconeros, halcones y perros. Lorenzo tuvo que disponer comida, alojamiento y entretenimiento para sus huéspedes, durante la visita que duró ocho días, y pagar por todo ello. Declaró fiesta en Florencia durante todo el período y, con la ayuda de su hermano, organizó una serie de espectáculos que encandilaron hasta a los hastiados milaneses.

Clarice participó en las festividades con un entusiasmo nada característico de ella. Ser la anfitriona de un poderoso jefe de Estado era un triunfo, incluso para una mujer procedente de una de las más grandes familias de Roma. Estaba aprendiendo a apreciar más y más los placeres de su posición como esposa de Lorenzo. Del mismo modo que los solicitantes se alineaban en el patio del palacio con la esperanza de ver a Lorenzo, Clarice también contaba con buen número de personas que deseaban verla para pedirle algo. La halagaban y la trataban con exagerada deferencia, rogándole que utilizara su influencia para que su esposo los favoreciera. Clarice tenía la sensación de ser respetada como ella creía merecerse, y eso le gustaba. A su modo, ella también estaba totalmente dedicada a

Lorenzo. No experimentaba ningún placer en las visitas que éste le hacía en la cama, pero le recibía sin repugnancia, y la facilidad con la que quedaba embarazada reforzó su amor propio, ya que tener hijos era el principal deber de toda mujer.

Durante el quinto día de la visita del duque las fiestas se vieron interrumpidas por la tragedia. La iglesia del Santo Spirito se incendió durante la representación de un auto sacramental y cientos de personas resultaron muertas o heridas a causa del incendio o de la precipitada huida del edificio por parte de la gente aterrorizada.

Temerosos, los florentinos dijeron que aquello era el juicio de Dios, una señal de la cólera divina por los impíos milaneses que se atrevían a comer carne durante la cuaresma en los banquetes que se les ofrecían.

Hasta la propia Clarice se asustó. Se pasaba varias horas al día en la pequeña capilla del palacio, rezando con el sacerdote que formaba parte del personal de la mansión.

Lorenzo, por su parte, continuó dedicándose a entretener a Galeazzo. La diplomacia personal era la más fuerte posesión de Lorenzo como líder de la república. La primera misión diplomática la cumplió a la edad de quince años con una visita a Milán. Allí se hizo amigo de Galeazzo y de su hermana Ippolita, por medio de la cual entabló estrechas relaciones con la familia del rey de Nápoles, ya que Ippolita estaba comprometida matrimonialmente con Alfonso, el heredero de la corona, cuyo hermano se encontraba en aquellos momentos en Milán como representante para participar en la ceremonia del compromiso. Las amistades contribuyeron a fortalecer las alianzas con Milán y Nápoles, cruciales para la seguridad de Florencia.

Durante los restantes tres días de permanencia del duque de Milán, Lorenzo se mostró aparentemente despreocupado y entregado a la diversión.

En cuanto el duque y su gigantesco séquito partieron para Milán, su actitud cambió de inmediato. Se puso al frente de un comité dedicado a la triste tarea de localizar a las víctimas del incendio de Santo Spirito para proporcionarles asistencia y apoyo. La de Santo Spirito era la iglesia de los habitantes más pobres de Florencia, los

obreros que trabajaban en las factorías de lana.

Ya entristecido por la tragedia de Santo Spirito, Lorenzo cayó en la desesperación cuando Clarice tuvo un aborto diez días después de la partida del duque Sforza. Por primera vez en su vida, se sintió incapaz de concentrarse y no pudo hallar alegría alguna en su trabajo. Clarice rechazó los intentos que hizo por consolarla. Según le dijo, aquélla había sido la voluntad de Dios, como un justo pago por las blasfemias cometidas por los milaneses.

Lucrezia de Medici sostuvo a su hijo entre sus brazos mientras éste lloraba. Luego, le hizo salir a la ciudad.

—Camina —le ordenó—. Deja que la gente comparta tu dolor, Lorenzo. Ellos curarán las heridas de tu corazón.

Lorenzo hizo lo que se le pedía y descubrió que ella tenía razón. Se vio rodeado por el amor y la compasión, que encontraba allí donde iba. En el *mercato*, los vendedores insistían en que aceptara un ala asada de ave, un trozo de queso, una copa de vino o un pastel de azafrán. La simpatía que le ofrecían era muda y sólo se expresaba en los ofrecimientos que le hacían, y en las lágrimas que surgían en sus ojos. La gente le abría el paso en las calles atestadas, dejando libre una avenida para que él pasara entre ellos, vacilante. Y entonces Lorenzo sentía las miradas de todos ellos sobre él, y escuchaba sus sollozos contenidos. El dolor compartido disminuía la angustia que sentía. Le parecía como si cada florentino estuviera aceptando una parte de su pena y experimentándola en su lugar.

Regresaba a casa al anochecer para buscar a su madre. Mostraba señales de agotamiento en el rostro, pero ya no se veían en él los signos de la amargura. Se arrodillaba junto a la silla de Lucrezia, la tomaba de las manos y le besaba las palmas.

—Gracias por tu sabiduría, mamina.

Lucrezia apoyó ligeramente la mejilla sobre la cabeza inclinada de su hijo.

—Giuliano, voy al taller de Verrocchio para iniciar los planes de construcción de la carroza para el carnaval de este año. Vamos, pon en movimiento tus perezosos huesos y acompáñame.

—Mis huesos están comprometidos con un partido de balompié. ¿Por qué no me acompañas tú a mí?

Lorenzo se sintió tentado de hacerlo así, pero finalmente se resistió. Sentía la necesidad de crear algo, no de dar y recibir moretones. Y se le había ocurrido la idea de un diseño que quería bosquejar mientras aún la tuviera fresca en su mente.

El taller de Andrea del Verrocchio se hallaba situado cerca del río. La brisa que soplaba sobre el agua llevaba consigo el aroma de los campos recién cultivados situados al otro lado de las murallas de la ciudad. Lorenzo percibió el renacimiento anual de la tierra, y recordó que sólo faltaban unos pocos días para la fiesta de la Anunciación y el principio del Año Nuevo. Y al recordarlo, su paso se hizo más ligero, al igual que su corazón.

Dobló una esquina para entrar en el paseo que conducía al taller y tropezó con un hombre joven, alto y delgado.

—Disculpadme —dijo Lorenzo—. Espero no baberos causado ningún daño.

—No, no, excelencia —contestó su víctima negando con gestos de cabeza—. No miraba por dónde iba. Perdonadme.

El hombre se pasó los largos dedos por los pliegues arrugados de su oscura capa profesoral. Lorenzo parpadeó. Intentaba recordar dónde había visto el rostro de aquel hombre. Entonces, observó las delgadas piernas enfundadas en medias negras y lo recordó. Se trataba de Mateo, el tutor de la nieta de Antonio de Pazzi.

—¿Y cómo está maese Antonio, Mateo?

—Está muy bien, excelencia.

—¿Qué me decís de Ginebra? ¿Aprende bien sus lecciones?

—Conmigo sí —contestó Mateo sonriendo con una mueca—. Pero en cuanto a su maestro de música, no tenéis más que escuchar. Ahora está recibiendo su lección.

Lorenzo escuchó una especie de afligido aullido procedente del taller de Verrocchio. Era la voz de un hombre.

—¿Su maestro? —le preguntó a Mateo.

—Siempre sucede lo mismo —asintió el tutor—. Yo me paso todo el tiempo caminando por el paseo y recitando versos en voz alta para no tener que escuchar.

Lorenzo se echó a reír. Entró luego en silencio en el cavernoso taller de Verrocchio y permaneció entre las sombras. Miró en la dirección de donde procedían las notas de un laúd y contuvo la respiración ante la belleza que vieron sus ojos. El joven maestro de

música tenía el cabello rubio rodeado por el halo de luz procedente de la cercana ventana. El nimbo enmarcaba una cabeza y unos rasgos de la más clásica pureza. Apenas si parecía posible que éste fuera un ser humano y no un hombre ideal esculpido en mármol.

De pronto, Andrea del Verrocchio surgió de entre las sombras junto a Lorenzo.

—Yo también me sentí muy extrañado —dijo en voz baja y tranquila—. Se trata de un aprendiz reciente. La mayor injusticia de todas es que se trata de un joven tan bien dotado como guapo. Sin embargo, no posee nada de disciplina. Cada vez que intento enseñarle cómo se hacen las cosas, siempre le da por querer experimentar algo nuevo.

—¿Es un buen músico?

—Brillante. Pero creo que puede haberse encontrado con la más estrepitosa derrota en el caso de la pequeña Pazzi. Observa. Esta escena constituye para mí una diversión que se repite cada semana.

El aprendiz hizo sonar una nota y luego la cantó.

—¿Lo escuchas? —le preguntó a Ginebra—. Son una misma cosa. El sonido del instrumento que tengo en las manos y el instrumento que hay en mi garganta —y volvió a repetir el ejercicio —. La… La… La… Ahora, tañe la cuerda, Ginebra… Bien… Repítelo mientras yo canto… La… La… La… ¿Lo has escuchado bien? Ahora, vuelve a tañer la nota al mismo tiempo que la cantas.

—La… La… La…

—¡Alto! —gritó casi dolorosamente. El joven maestro se llevó las manos a la cabeza—. Es una abominación —gimió. Se sentó de pronto delante de la niña y le tomó la cabeza entre sus manos—. Abre la boca todo lo que puedas —le ordenó. Miró luego en el interior de su garganta, a continuación le palpó el cuello y luego pareció querer mirar en el interior de su oreja. Finalmente, dejó caer las manos y sacudió la cabeza con lentitud, apesadumbrado—. No lo entiendo —dijo con un suspiro.

La voz carrasposa de Ginebra constituía un rompecabezas para él y los rompecabezas eran algo que le fascinaban. Estaba seguro de que podría resolver éste. Cada semana se le ocurría un nuevo método. Y cada semana volvía a fracasar en sus intentos. El suspiro de Ginebra fue como un eco del suyo.

—Yo tampoco lo comprendo. Escucho la canción en mi cabeza.

Después, interpreto en el laúd lo que escucho y tú me dices que está bien. Pero en cuanto me pongo a cantar lo que acabo de escuchar, me dices que está mal y vuelves a empezar con los la, la, las y con «abre la boca». Es la misma melodía, ya sea en el laúd o en el canto. ¿Estás seguro de que no cometes un error?

—Estoy completamente seguro. Jamás había estado más seguro en toda mi vida. Vamos, intentémoslo de nuevo.

Verrocchio empujó ligeramente a Lorenzo y ambos surgieron a la luz.

—Espera. No quiero que mi amigo tenga que sufrir esto con nosotros.

Los músicos se levantaron cuando Andrea y Lorenzo se les acercaron.

—Te presento a Leonardo da Vinci, Lorenzo. Te gustará saber, Leonardo, que Lorenzo no necesita lecciones.

Lorenzo se echó a reír. Andrea sabía muy bien que él era incapaz de cantar mucho mejor que Ginebra. Bajó la mirada hacia la niña. Había crecido bastante desde la última vez que la viera, en la ceremonia de compromiso matrimonial, basta el punto de que si la hubiera visto en otra parte no habría sabido de quién se trataba. A Lorenzo le agradó lo que vio ahora. La joven iba bien vestida y permaneció en silencio, como debía hacer hasta que se dirigieran directamente a ella. Bianca había logrado progresar mucho con ella. Pierfrancesco no tendría ningún motivo de queja.

—¿Cómo estás, Ginebra? —preguntó Lorenzo.

Ella tragó saliva y se inclinó en un grácil saludo.

—Muy bien, gracias —contestó.

Las palabras sonaron apenas en un susurro y eso ya no le gustó a Lorenzo. Ginebra había hablado con toda claridad al dirigirse a Leonardo. ¿Por qué no hablar con él del mismo modo? No se dio cuenta de la adulación que la sofocaba. Para Ginebra, Lorenzo era un ser sobrenatural, un mago capaz de materializar los deseos de su corazón a partir del aire. El caballo que él le había enviado de sus propios establos, un regalo que él ya había olvidado desde hacía tiempo, fue para ella como un milagro.

—¿Te gusta la música? —preguntó él, y Ginebra asintió en silencio. «Esto no puede seguir así. Tiene que aprender a no ser tan tímida», pensó Lorenzo—. En tal caso, te ruego que toques para

nosotros.

Fue una orden, pero Ginebra no se hizo rogar. Haría cualquier cosa que él le pidiera, sintiéndose agradecida por la oportunidad de agradarle.

Leonardo la acompañó y su sutil contrapunto completó y redondeó el vacilante tañido de principiante de Ginebra, logrando arrancar unos sonidos parecidos a la música.

Lorenzo hizo un gesto de asentimiento hacia Andrea. Sí, allí había talento. Una vez terminada la pequeña canción, le pidió a Leonardo que siguiera interpretando.

—Con sumo gusto —replicó éste.

Sujetó el laúd más cerca de él, inclinó la cabeza bada el instrumento como si fuera el gesto de un amante, y sus dedos ágiles y hermosos acariciaron con seguridad las cuerdas, llenando la estancia con el sonido que produjeron. Su música era fuerte y, sin embargo, tierna, y cada nota tan pura que desgarraba el corazón. Lo que aquel joven poseía no era talento, sino genio.

Los demás aprendices se habían acercado mientras Leonardo tocaba. Al terminar, su público le recompensó con el tributo del más absoluto silencio, mientras el recuerdo de su música parecía seguir llenando el taller.

—Bravissimo —dijo Lorenzo al cabo de un rato—. Bravissimo, maestro.

Leonardo sonrió. Luego, sus dedos bailotearon sobre las cuerdas, interpretando una antigua canción popular. Los aprendices se le unieron, cantándola. Finalmente, Lorenzo miró a Ginebra y se echó a reír.

—Vamos, contadina, nosotros también podemos cantar esta canción —le dijo, utilizando el espeso acento campesino que ella conocía.

Ginebra se lo quedó mirando, fijamente, asombrada. Su ídolo cantaba como un asno rebuznando. Los sonidos que emitía eran horribles. Se volvió entonces hacia Leonardo y preguntó:

—¿Es ésa la clase de sonidos que yo hago?

Leonardo asintió con un gesto. Tenía la frente arrugada a causa del dolor que le producía escuchar el canto de Lorenzo, tan brutal para sus oídos exquisitamente afinados.

—Entonces, lo siento —gritó la niña—. Jamás volveré a cantar

para ti… después de esto.

Los demás siguieron cantando la divertida canción popular. Ginebra corrió hacia donde estaba Lorenzo. La imperfección de su canto hacía que le resultara mucho más próximo. Se apoyó contra su brazo y unió sus propias disonancias a las de su héroe.

Una vez terminada la interpretación de la canción, Lorenzo abandonó el taller en compañía de Ginebra, a la que acompañó basta dejarla en manos de Mateo. Aquel basto interludio había restaurado sus energías y el intenso aire primaveral parecía prometer que todo era posible. Experimentó una urgencia de amor por la vida, por todos los seres vivos.

—Dame una mano, contadina. Te acompañaré a casa y le haré una visita a mi otro compañero de nacimiento. ¿Cómo está creciendo Bernardo? ¿Atormenta mucho a su pequeño hermano?

Bianca había dado a luz a otro hijo, en esta ocasión sin el dramatismo de la apresurada salida de la fiesta de cumpleaños de Lorenzo, y ahora volvía a estar embarazada.

—Bernardo está gordo y maravilloso, pero yo no voy directamente a casa —replicó Ginebra—. Antes, Mateo me tiene que llevar a la sastrería. ¿Quieres acompañarnos?

—Sí, os acompañaré. De todos modos, prefiero caminar antes que ir a casa.

La niña dio unas palmadas de alegría y luego tomó a Lorenzo por una de sus manos.

—Este año he crecido siete centímetros —le informó—. Por eso tengo que ir ahora al sastre. Tiene que alargarme los dobladillos de mis ropas, que se me han quedado cortas. Me las tengo que poner para participar en la procesión al *Scoppio*. Nunca he participado en una procesión, ni en nada que se haya hecho por la noche. Porque se hace por la noche, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé.

Ginebra reflexionó un momento. Pues claro que lo sabía. Él debía de saberlo todo.

—Lorenzo, ¿qué es exactamente el Scoppio? —preguntó—. Lo único que sé es que no se debe hablar mientras se camina en la procesión.

—No, no debes hablar. Se trata de una ocasión muy solemne —le dijo con una sonrisa con la que eliminó toda amenaza de sus palabras—. Te gustará mucho. Por encima del altar del Duomo hay una hermosa paloma de seda blanca. Durante la misa de medianoche, el arzobispo enciende un cohete de fuegos artificiales que estaba oculto en el interior de la paloma. Entonces, de su cola surgen brillantes chispas y la paloma vuela a lo largo de un hilo, recorriendo toda la longitud de la catedral hasta salir por la puerta a la piazza. Avanza hasta el centro de un enorme montón de fuegos artificiales, dispuestos allí sobre una carreta, y todo eso explota. Los cohetes se elevan en el cielo, y los pequeños buscapiés de fuego giran enloquecidos sobre el pavimento hasta que se queman. El ruido que todo eso produce es maravilloso. La piazza está llena de gente, y todos lanzan vítores. En el Duomo, todo el mundo echa a correr en cuanto la paloma sale disparada, de modo que ellos también gritan en el exterior.

—¿Y por qué lanzan vítores?

—Porque el Scoppio les dice que las cosechas serán buenas y que nadie pasará hambre. Cuanto mayor sea la explosión, tanto más abundante será la cosecha.

—¡Oh, eso me gustará! El abuelo no me dijo que habría fuegos artificiales y mucha gente. Creí que sólo sería una cosa de tipo familiar.

Lorenzo se echó a reír para sus adentros. Aquello era muy propio de Antonio y, en realidad, de toda la familia Pazzi. Se sentían tan orgullosos de su antigua nobleza. Incluso más que la propia familia de Clarice. La ceremonia del Scoppio era el acontecimiento más importante del año para Jacopo de Pazzi, y probablemente también para Antonio. La víspera de Pascua toda la familia formaba una procesión en el palazzo Pazzi, vestidos todos con los colores dorados y azules propios de la familia y mostrando el escudo de armas de los Pazzi. La capa de Jacopo era un relampagueo de pequeños delfines repetidos cientos de veces en hilo de oro. Dirigía a la familia hacia la iglesia más antigua de Florencia, la de los Santi Apostoli, donde el arzobispo le entregaba la posesión más preciada de los Pazzi: fragmentos de pedernal pertenecientes al Santo Sepulcro, la tumba de Cristo. Un antiguo Pazzi los había traído consigo desde Jerusalén en 1099, después de

regresar de la primera cruzada. Jacopo transportaba entonces el pedernal, al frente de la procesión, recorriendo las calles de la ciudad, iluminadas por antorchas, hasta el Duomo, seguido por el arzobispo, sus clérigos y su coro.

Una vez ante el altar, Jacopo entregaba el pedernal al arzobispo, que éste utilizaba para obtener las chispas con las que se encendía el cohete que ponía en movimiento a la paloma. Muchos florentinos, incluyendo a Lorenzo, estaban seguros de que cuando la gente se arrodillaba a lo largo de la procesión al paso de las santas reliquias, el viejo Jacopo pensaba que le estaban honrando a él, y a los Pazzi.

Por un momento, Lorenzo se preguntó si Ginebra también aprendería aquella insoportable vanidad familiar de su abuelo; en tal caso, podía convertirse en una esposa difícil para su joven primo. Finalmente, decidió que era una tontería preocuparse. Elmo, el esposo de Bianca, no mostraba señales de aquella vanidad, a pesar de que tanto él como sus hermanos habían crecido bajo la dirección de Jacopo después de la muerte de su padre.

Además, la niña estaba siendo educada por Bianca. Y aun cuando Bianca se negaba a ser sobrecargada por la educación de Ginebra más de un día a la semana, Lorenzo confiaba en su hermana, sabiendo que ésta era capaz de causar una mayor impresión en un solo día de lo que lograrían tres eruditos encerrados en la villa durante los otros seis días. Lo más probable era que los tres hombres se olvidaran de la presencia de la niña durante la mayor parte del tiempo.

—¿Continúas visitando las granjas por las tardes? —le preguntó a la niña.

—Bianca dice que el trabajo en las granjas está prohibido —contestó Ginebra negando con un gesto de la cabeza—. Si no puedo ayudar en el trabajo, no hago más que molestar, así que prefiero no ir.

—Entonces, ¿con quién juegas?

—A veces, por las noches, juego al ajedrez con fray Marco, pero no necesito a nadie con quien jugar, porque tengo a «César».

Lorenzo sonrió. Seguramente, los eruditos le habrían dado aquel nombre a su animal de compañía.

—¿Es tu perro?

—Claro que no. «César» es el caballo que tú me regalaste. Lo quiero más que a cualquier otra cosa en el mundo. Y él también me quiere mucho. Acude en cuanto lo llamo, aunque yo no tenga azúcar para darle.

Lorenzo pensó en el primer caballo que tuvo y en lo especial que fue aquel amor. Se alegró de haberla hecho feliz, aunque no logró recordar que le hubiera regalado un caballo.

—Es tan elegante —siguió diciendo Ginebra—, y tan valiente. Corre como el viento y es capaz de saltar cualquier cosa.

—Me alegro de que te agrade —dijo Lorenzo. Habían llegado ya al taller del sastre—. ¡Mateo! —exclamó sujetando el brazo del tutor antes de que éste, despistado, pasara sin darse cuenta por delante, sumido en sus propios pensamientos—. Adiós, contadina. He disfrutado mucho cantando nuestro dúo.

Se inclinó y le besó la mano a Ginebra, como si fuera una mujer adulta. La niña se acercó luego la mano a los ojos, para ver si había cambiado de aspecto, como pensaba que sería lo lógico, después de haber estado entre las manos de Lorenzo y haber sido tocada por sus labios.

Mateo tuvo que tirarle de la larga trenza para llamarle la atención. El sastre les estaba indicando que pasaran al interior del taller. Por primera vez en su vida, Ginebra observó críticamente las ropas que llevaba puestas. Quería tener el mejor aspecto posible en el Scoppio. Lorenzo estaría allí y cabía la posibilidad de que le viera.

Cuando se celebró la fiesta, Ginebra le vio fugazmente al tiempo que llegaba a la puerta de la catedral, cuando ya todo el mundo salía corriendo en pos de la paloma. Gritó su nombre, pero el sonido se perdió entre el griterío procedente de la multitud que llenaba la plaza.

Tommaso Soderini se paseaba pesadamente de un lado a otro en el despacho de Lorenzo. Siguiendo las instrucciones de su padre, Lorenzo buscaba el consejo de Soderini en sus relaciones con el gobierno. Habitualmente, el hombre, ya entrado en años, se

mostraba tranquilo y decidido. Lorenzo nunca le había visto tan agitado.

—Fue el peor Scoppio que recuerdan incluso los más viejos, Lorenzo. La paloma se detuvo, luego le estalló la cabeza y finalmente explotó el carromato con tan mala fortuna que empezó a lanzar el fuego sobre la gente. Murieron tres personas y quién sabe cuántas más quedaron heridas.

—Todo eso lo sé, Tommaso. Yo también estaba allí. Pero a nosotros no nos incumbe oponernos a la voluntad de Dios.

Soderini descartó las palabras de Lorenzo con un movimiento de la mano, mientras seguía caminando y hablando.

—La gente se siente preocupada y alarmada por los malos presagios. Necesitan encontrar una forma de recuperar el favor de Dios. Las iglesias están llenas de gente, desde el amanecer hasta la puesta del sol. Hay escasez de velas debido a que tantos las han comprado —Lorenzo asintió, escuchando con atención, sin poner de manifiesto la impaciencia que sentía por el recital de cosas que le planteaba Sonderini y que todo el mundo conocía—. Necesitan liberarse de su desesperación, Lorenzo. Necesitan creer que se pueden superar los malos presagios de los santos Espíritus y del Scoppio, que existe una forma de recuperar el favor de Dios. Se tranquilizarían mucho si pudiéramos enviarles una señal, una señal que pudiera ver hasta el propio Dios. Tenemos que terminar su catedral, Lorenzo. Debemos coronar el Duomo.

Inmediatamente, Lorenzo se dio cuenta de que Soderini había encontrado la respuesta perfecta. La cúpula que se elevaba por encima de la catedral era el verdadero símbolo de Florencia, incluso más que el león, que era el símbolo oficial. Se trataba de la cúpula mayor y más hermosa del mundo, la característica más espectacular del perfil de la ciudad, la señal visible desde varios kilómetros de distancia, y desde casi todos los lugares de la propia ciudad. A la ciudad acudían constructores procedentes de todo el mundo con el único objeto de estudiarla, para luego intentar copiarla, aunque sin éxito. Era únicamente florentina. Y estaba inacabada.

Filippo Brunelleschi, el gran arquitecto de la cúpula, había muerto antes de poder terminar su obra maestra. Al Duomo le faltaba el toque de la coronación, diseñado por él, en forma de una gran bola dorada destinada a captar y reflejar los rayos del sol, y

servir como relampagueante punto de referencia para los viajeros, mucho antes de que fuera visible la ciudad desde la distancia.

Andrea del Verrocchio había ganado el prestigioso encargo de crear la bola, pero aún no la había terminado.

—Lorenzo, Andrea es tu amigo —siguió diciendo Soderini—. A ti te escuchará. Dile que debe apresurarse.

Lorenzo se dirigió inmediatamente al taller de Verrocchio. Su amigo le recibió con un abrazo.

—Acabo de contar una ingeniosa chanza; has llegado justo a tiempo para que te la cuente antes de que se me olvide.

—Más tarde habrá tiempo para reír, Andrea. He venido para hablar muy seriamente contigo.

La expresión del rostro de Verrocchio se hizo más seria. Nunca había visto a Lorenzo tan preocupado.

—¿Qué sucede?

—Necesito saber qué sucede con la bola del Duomo. ¿Está progresando?

—Ven a verla. Sígueme.

La bola se encontraba en el rincón más alejado del taller, sobre el suelo, protegida por gigantescas telas de muselina a modo de pantallas. Era enorme, ya que tenía un diámetro de dos metros y medio, y brillaba como si se tratara de un sol hecho por el hombre. Había sido hecha de capas de cobre puro martilladas sobre una estructura de madera, pulidas luego basta adquirir un terminado satinado en el que no se observaban junturas ni señales de los martillazos. La tensión desapareció del rostro y de la voz de Lorenzo.

—Andrea, probablemente eres el artesano más exquisito en toda la historia de Florencia —dijo—. La última vez que vi este monstruo no se parecía en nada a lo que veo ahora.

Verrocchio se pavoneó con el elogio.

—Resultará fácil terminarla para el día de San Juan —dijo Lorenzo mirando a su amigo con una sonrisa burlona.

—¿Estás loco? —exclamó Andrea con una mueca—. ¿Has trabajado alguna vez con oro? Primero tienes que martillarlo hasta convertirlo en hojas más delgadas que la seda, luego tienes que aplicar cada una de las hojas con un toque que debe ser como el beso de un ángel, a continuación…

—Lo sé, ya lo sé. Es una tarea insuperable. Pero no para ti.

—Podría ahogarme en las alabanzas que me dedicas, 113Lorenzo. Para eso me servirían. No hay forma de trabajar de un modo tan rápido.

—¿Cuánto pides?

—Ahora me ofendes. No estoy tratando de aumentar mi precio. Te aseguro que no se puede hacer.

—Andrea, te lo estoy implorando. Escúchame. Florencia te necesita —y Lorenzo repitió el argumento que le había expuesto Soderini, añadiendo sus propias convicciones—. Culminaremos la obra en su gloria el mismo día del santo patrón de la ciudad, Andrea. Será como si Florencia estuviera hablando con el propio Dios. Comprenderás ahora por qué se tiene que hacer y cuánto necesitamos que así sea.

La mirada de Verrocchio contempló la vasta extensión de cobre. Sus ojos se estrecharon mientras llevaba a cabo rápidos cálculos mentales.

—Tendré que decirles a todos los aprendices que dejen lo que están haciendo…, y entregar una parte del trabajo a los orfebres…, e instalar anillas donde colocar antorchas para poder trabajar por las noches…, y rezarles a todos los santos…, y entonces quizá, sólo quizá lo logremos. Pero si durante todo ese tiempo se produce un solo estornudo, estaremos arruinados.

Lorenzo le sujetó por los hombros y le besó en ambas mejillas.

—¿Empezarás inmediatamente?

—Casi. Una vez que hayamos apartado todos los demás trabajos y tengamos los vientres llenos. ¿Quieres quedarte a comer con nosotros?

—No puedo. He prometido acudir a la Signoria para informar.

—En tal caso, márchate y déjame que empiece cuanto antes — Andrea abrió las cortinas de muselina que protegían la bola y se apartó para dejar pasar a Lorenzo—. Y diles a los sacerdotes que necesitaré de todas sus oraciones.

10

Verrocchio hizo lo imposible y el 25 de junio la enorme bola dorada fue elevada lentamente hasta ser colocada en su lugar, en la parte más alta de la cúpula del Duomo. El pueblo de Florencia lo celebró con un carnaval que superó a todos los que se recordaban. Y como si, en efecto, la gran bola fuera un sol, las uvas crecieron más llenas en las viñas, y el trigo fue más alto que un hombre.

Un mes más tarde, el 26 de julio, falleció el papa Pablo II. La noticia llegó a Florencia el 1 de agosto, y la ciudad se puso de duelo. En el palacio de los Medici, Lucrezia supervisó a los sirvientes que cubrían de negro las paredes brillantemente pintadas de la capilla privada. Luego, ella y Clarice rezaron durante toda la noche, mientras Lorenzo permanecía reunido con los dirigentes del gobierno en el Palazzo della Signoria. La muerte del papa era una causa de pena para toda la cristiandad. Para los Estados italianos era, además, una fuente de ansiedad política. El papa era el gobernante de los Estados, y comandante de los ejércitos pontificios. Del carácter y de la política que siguiera el sucesor de Pablo II dependían el incierto equilibrio de poder y las inestables alianzas entre los Estados. Tal y como harían todos los demás gobiernos de Europa, Florencia enviaría una delegación diplomática a Roma para conocer al nuevo papa y establecer con él las relaciones más favorables posibles. Finalmente, los más hábiles diplomáticos se mostraron de acuerdo en elegir para dicha misión a Lorenzo, a quien consideraban el más experimentado, a pesar de ser el más joven.

La delegación abandonó Florencia una semana más tarde, al tiempo que caía un fuerte aguacero que aún contribuyó más a deprimir el ya receloso estado de ánimo de Lorenzo. La elección ya se había efectuado y se había nombrado al nuevo papa. Se trataba del cardenal Francesco della Rovere, convertido ahora en el papa Sixto IV. Lorenzo conocía su historia y su reputación. Nacido en un pobre pueblo de pescadores no lejos de Génova, Della Rovere había entrado en la orden de los franciscanos a una edad muy temprana. Utilizó el don que poseía para predicar con el propósito de alcanzar sus ambiciones, hasta que se convirtió en el general de la orden, antes de los cincuenta años de edad. Sólo tres años más tarde, logró hacerse nombrar cardenal y ahora, a los cincuenta y siete, se acababa de convertir en papa. Era conocido por su astuta inteligencia, sus dotes como teólogo y una ambición desaforada para sí mismo y para su numerosa familia. También tenía reputación de deleitarse en el combate.

Era necesario que Lorenzo se hiciera amigo de este hombre sospechosamente beligerante; la paz de Florencia así lo exigía y el futuro de su familia dependía de ello. Más de la mitad de los ingresos del banco de los Medici procedían del papel que éste tenía como recaudador y administrador de los ingresos papales, y los Medici eran socios del pontificado en un negocio que generaba enormes beneficios y poder. El negocio en cuestión era una empresa prosaica y nada complicada: la extracción de alumbre de los ricos depósitos de Tolfa, cercanos a Roma. El alumbre, un sencillo polvo blanco y cristalino, era esencial para el comercio de la lana de Florencia. Permitía fijar los tintes, logrando que se hicieran permanentes sus famosos e intensos colores. Cosimo de Medici había negociado los acuerdos que permitieron el establecimiento de estos valiosos lazos con el Vaticano en 1462, durante el pontificado de Pío II. Piero los había mantenido en plena vigencia tras la muerte de Pío y de Cosimo, renovándolos el mismo año en que Pablo II se convirtió en papa. Ahora le tocaba el turno a Lorenzo. Debía alcanzar éxito. Como parte de su equipaje llevaba diez mulas completamente cargadas de regalos.

Regresó a Florencia al cabo de un mes con las mismas diez mulas, llevando también pesadas cargas. Esta vez eran para él. Sixto había demostrado ser extremadamente afable. Se renovaron los

contratos, le regaló a Lorenzo dos antiguas estatuas romanas de mármol para que aumentara su colección de esculturas, y organizó las cosas para que Lorenzo pudiera comprar a precio muy razonable toda una serie de tesoros de la colección del papa anterior. Lorenzo se mostró jubiloso, pero cauto. Sixto se bahía dejado ganar con excesiva facilidad.

Sus recelos se aquietaron poco después de su regreso a casa. Se había descubierto alumbre en Volterra, una de las ciudades sometidas a Florencia. El banco de los Medici financió la organización de una compañía minera para extraerlo. El comercio de la lana estaría a salvo independientemente de lo que pudiera hacer Sixto.

Si al menos dejara de llover. El Arno bajaba hinchado y tan lleno de barro que ni siquiera se podía lavar la lana, que ya empezaba a amontonarse en los sótanos de los mercaderes, porque ya no quedaba espacio en los almacenes. Se celebraron misas especiales, pero los cielos permanecieron grises y pesados, y la lluvia era incesante. La gente empezó a murmurar sobre el Scoppio. Las cosechas se estaban pudriendo en los campos. La Signoria envió hombres para que reforzaran las puertas de Or San Michele, el granero comunal. Los hombres trabajaron durante la noche, antes del amanecer, para que nadie pudiera ver lo que estaban haciendo.

Pero el pueblo lo sabía. Y también sabía lo que aquello significaba. El gobierno temía la aparición de una hambruna. Antes de que terminara el día todas las tiendas de alimentación de la ciudad agotaron sus existencias de harina. Se había iniciado el acaparamiento.

Finalmente, dejó de llover, pero cuando lo hizo ya era demasiado tarde. Y así, cuando llegó el invierno no hubo alimentos suficientes. La ciudad racionó las existencias conservadas en el Or San Michele, entregando raciones semanales de pan y harina, apenas suficientes para mantener la vida de los habitantes de Florencia. Los débiles murieron.

11
1472

La llegada de la primavera y el principio del Año Nuevo fueron recibidos por los florentinos con una reverente gratitud. Los campos ya estaban cubiertos con las nuevas y saludables plantas verdes, el aire era dulce y el sol una verdadera bendición. En la víspera de Pascua, el Scoppio envió un jubiloso color hacia lo alto del cielo. La ciudad resonó durante horas con los vítores del pueblo. Al día siguiente, las multitudes llenaron las iglesias celebrando la Resurrección.

Lorenzo compró cuarenta libras de velones para el altar de san Lorenzo y aportó el dinero para reconstruir y ampliar el cobertizo destinado a los viajeros y situado fuera de la puerta San Gallo. Fueron ofrendas de acción de gracias por la supervivencia de su querida ciudad y por el nuevo niño que crecía en el vientre de su esposa.

Estaba pletórico de energía.

—Quiero hacer algo grande —le dijo a Lucrezia—, algo que tenga significado, distinto, importante. Tengo una idea.

Lucrezia plegó la labor de punto que estaba haciendo y la dejó a un lado.

—Te escucho —dijo ella.

Lorenzo cruzó la estancia de un lado a otro, sintiéndose demasiado excitado como para quedarse quieto.

—Te comunicaré primero los ingredientes, mamina, Sé paciente conmigo… En primer lugar, la ciudad de Pisa —Lorenzo extendió la mano izquierda y con la derecha dobló el dedo meñique—: Una ciudad vasalla durante los últimos sesenta años, enojada por estar

sometida a Florencia —dobló luego otro dedo—. Antes era un gran puerto, pero éste posteriormente quedó obstruido por los sedimentos, y ahora sólo lo pueden utilizar los barcos de pequeño calado —dobló un tercer dedo y siguió diciendo—: Una vez desaparecido el comercio marítimo, también desapareció la prosperidad. Y con ella la mitad de la población. Hay allí cientos de casas vacías que están empezando a desmoronarse. Los pantanos cubrieron la zona obstruida y aparecieron las fiebres —el dedo índice se unió a los otros que ya habían sido doblados sobre la palma de la mano, dejando el dedo gordo sobresaliendo del puño, que sostuvo ante él como un trofeo—. Este dedo es la Universidad de Pisa, que fue el orgullo de toda la Toscana durante cien años —giró la muñeca y el dedo gordo señaló hacia el suelo—. ¡Está muerta!

Hundió los hombros e inclinó la cabeza con una actitud de pesar. Lucrezia aplaudió su representación. Luego, Lorenzo se enderezó, sonrió con una mueca y volvió a inclinarse en un gesto de saludo.

—¡Veamos ahora! —exclamó volviendo a elevar la mano—. La ciudad de Florencia —se llevó la mano al rostro y miró por entre los dedos extendidos—. Siempre vigilando a Pisa, preocupada por una posible insurrección —bajó la mano izquierda y con los dedos índice y gordo de la derecha rodeó los dedos extendidos, apretándolos—. Muros…, los muros hacen que la gente esté apelotonada y que no haya más espacio para edificar —retorció entonces los dedos atrapados—. Los estudiantes universitarios, que cada año son más, se hacinan en pocas habitaciones —los dedos se abrieron de pronto, liberándose de la presión—. Se producen entonces problemas en las calles —sostuvo las dos manos delante de él, con las palmas extendidas, haciéndolas temblar a partir de las muñecas, al tiempo que movía la cabeza con una actitud de pesadumbre—. Y tampoco queda mucho de la universidad. Ya no hay buenos profesores dispuestos a cargar con los rebeldes estudiantes y a esperar largo tiempo a disponer de un salón de conferencias —le sonrió a Lucrezia y siguió diciendo—: Supongo que ahora ya sabrás cuál es mi idea.

—Me parece estupenda, Lorenzo. ¿Qué dejarás en Florencia?

—Filosofía y filología. Pisa puede tener medicina, derecho y

teología. Ésas son las clases a las que asisten más estudiantes.

—Y las que menos te interesan a ti —añadió Lucrezia echándose a reír.

—¡Mamina! Eso no es más que una consideración secundaria… ¿Qué te parece?

—Creo que es una idea muy brillante.

—Eso es lo que yo pensé también —admitió Lorenzo echándose a reír—. Pisa recuperará su orgullo, y la fuente de ese orgullo será el regalo concedido por Florencia. Secaremos los pantanos y plantaremos hierba. Habrá parques para pasear y para jugar, y aire limpio —empezó a pasear de nuevo por la estancia, entusiasmado por el futuro que veía en su imaginación—. Todo el mundo dice que Bolonia es la sede del conocimiento en Italia. Lo que quieren decir es que allí se encuentran los mejores profesores. Sé que podré atraer a algunos de ellos. Les diré: «Podéis diseñar vuestro propio currículum, maestro, y también vuestro estudio, y vuestra sala de conferencias». —Lorenzo mostraba la piel enrojecida, cuando normalmente la tenía cetrina. El cabello se le había pegado a la frente, humedecido por el sudor—. Si lo consigo, mamina, estaré ofreciendo aprendizaje al pueblo de la república. No existe mayor regalo que ése —se detuvo de pronto y sonrió con una mueca—. Puedo jurar que sólo pensaba en los beneficios que todo eso reportaría para Florencia, Pisa y la república como un todo. Pero se me ocurre pensar ahora que, una vez hecho todo eso, también aumentarán de valor las propiedades que poseemos cerca de Pisa. Eso también estará bien.

—Estoy de acuerdo —admitió Lucrezia—. Y otro aspecto positivo es que no tendré que preocuparme por si Giuliano o tú contraéis las fiebres cada vez que vais a cazar por aquella zona… ¿Has pensado en la forma de lograr el apoyo del gobierno para tu idea?

—Todavía no. He estado demasiado ocupado con la visión de los fines como para pensar en los medios. ¿Dispones de tiempo para hablar conmigo sobre eso? ¿Tienes alguna sugerencia que hacerme?

—Dispongo de todo el tiempo que quieras, querido hijo. Y sí, tengo dos sugerencias que hacerte. Lo primero es sugerirte que te sientes. Me duele el cuello de tanto levantarlo para mirarte. En segundo lugar, sugiero que consideres la idea de hablar antes con

los hombres de negocios del barrio de los estudiantes. Hay mucho vandalismo y pillaje y estarán interesados en reducir la población estudiantil. Su influencia será suficiente para acallar los aullidos de los propietarios de las bodegas.

Estuvieron hablando durante más de tres horas. Una vez transcurrido ese tiempo, Lorenzo ya se había trazado un claro plan de acción. Sabía a quién debía ver, por qué orden debía verlos, y qué argumentos debería emplear para conseguir el apoyo que necesitaba.

—Creo que nunca había estado tan quieto durante tanto tiempo en toda mi vida —dijo al fin, levantándose y desperezándose—. Me vendrá muy bien dar un paseo. Creo que podré entrevistarme por lo menos con cinco o seis personas antes de que termine el día. Muchas gracias, consejera.

Acarició con suavidad una de las mejillas de su madre y Lucrezia tomó la mano entre las suyas.

—Hay algo que quiero decirte antes de que te marches —le soltó la mano y le miró directamente a los ojos—. Tu abuelo me dijo en muchas ocasiones que el más orgulloso logro de toda su vida fue el haber podido traer a Florencia a Johannis Argyropoulos. Antes de eso no había aquí nadie que supiera griego y fuera capaz de leer las obras de Platón, tal y como Platón las escribió. Cosimo dijo, como lo has dicho tú, que el aprendizaje es el mejor regalo.

Lorenzo permaneció inmóvil, con una actitud solemne, en silencio. Sólo habló al cabo de un largo rato y su voz sonó empañada por la emoción.

—No lo sabía… Gracias por decírmelo.

—Detengámonos aquí, hermano. Me encanta contemplar el paisaje desde este lugar.

Lorenzo se detuvo en la cresta de la colina. Giuliano se detuvo a su lado. Sus caballos bufaron y sacudieron las cabezas para desprenderse de las gotas de sudor. Los dos jóvenes se llevaron las manos a los rostros y se limpiaron el sudor de la frente con la punta de los dedos. Era el mes de agosto y habían cabalgado con brío bajo el calor, recorriendo en sólo dos días los ciento cincuenta kilómetros que separaban Pisa de Florencia.

Por debajo de ellos, Florencia parecía palpitar bajo el calor. La gran bola dorada del Duomo relucía acariciada por los rayos sesgados del sol de últimas horas de la tarde.

Lorenzo respiró profundamente. Sintió los fuertes latidos de su corazón golpeándole el pecho, llenándole de vida y de amor por su hermosa y resplandeciente ciudad.

Saboreó la sal del sudor en su lengua y disfrutó del momento de la llegada al hogar, del final del viaje llevado a cabo con éxito, del entusiasmo que le producía alcanzar el éxito en todo aquello que emprendía.

Sus planes para la universidad se desarrollaban incluso con mayor rapidez de lo que él mismo había esperado, y habían sido recibidos con entusiasmo por todas las partes implicadas. Gracias a ellos había cambiado su papel en el gobierno de la república. Se había transformado en un verdadero líder, en un planificador, en un emprendedor, y ya no era el simple heredero de un liderazgo honorario.

Los eruditos ya empezaban a escribir preguntando cuándo se abriría la nueva universidad, y si se tendría necesidad de ellos. El Vaticano había intervenido en apoyo de la facultad teológica, aportando fondos, así como estudiantes y profesores.

Era cierto que el papa Sixto había justificado los primeros recelos que experimentara Lorenzo con respecto a su persona; les había quitado a los Medici su participación en la concesión de la explotación del alumbre, al mismo tiempo que le ofrecía su apoyo para la nueva universidad. Pero la pérdida fue mucho más pequeña que la ganancia obtenida con la nueva situación. Después de todo, ahora se disponía de alumbre en Volterra.

Y el papa era menos importante que los profesores y eruditos. Lorenzo descontó a Sixto como un factor de importancia en el futuro de Florencia, ya que todos los informes que recibía de Roma decían lo mismo: el papa dedicaba toda su atención al progreso de sus sobrinos y de sus hijos ilegítimos. La última chanza que se contaba a orillas del Tíber decía: «¿Quién es el hombre más rico de Roma?». Y la respuesta era: «Hay dos: los vendedores de tintes rojos y los que fabrican sombreros». Sixto ya había elevado a cardenales a sus seis sobrinos sacerdotes; él mismo les colocó sobre la cabeza el birrete rojo característico de ese puesto.

El caballo de Lorenzo se agitó inquieto, moviéndose hacia un lado para evitar el sol y continuar a la sombra alargada de un ciprés.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Regresemos a casa.

Giuliano lanzó vítores, espoleó a su caballo y se lanzó al galope por el camino.

—¿A que no me pillas? —gritó, desafiante.

Lorenzo se echó a reír y se lanzó al galope tras él.

Durante los meses de verano, las familias más ricas de Florencia se trasladaban a sus villas, donde podían disfrutar de un aire algo más fresco. Las mujeres de los Medici se encontraban en la villa de Fiésole, y Giuliano se les unió allí. Lorenzo acudía diariamente a caballo para almorzar, pero seguía viviendo en el palacio de la ciudad.

Los viajes a Pisa le habían ocupado casi todo su tiempo desde el principio de la primavera. Ahora quería volver a establecer el contacto con la ciudad. Cenaba en la *loggia* abierta, compartiendo con los amigos, hablando con los que pasaban por allí, invitando a algunos de ellos a detenerse y tomar una copa de vino.

Al igual que sucedía con todas las demás calles de la ciudad, la Via Larga contenía una mezcla de distintos edificios. Además del palacio de los Medici y de la gran mansión de Pierfrancesco de Medici, había tiendas, pequeñas casas, viviendas y talleres. Muchos de los hombres que frecuentaban la calle adquirieron la costumbre de unirse al grupo de la *loggia* después de la cena, para hablar en las horas en que se desvanecía la luz del día.

Hablaban acerca del tiempo y los efectos que éste ejercía sobre los negocios y las cosechas, ya que en Florencia todo el mundo, excepto los más pobres, poseía un pequeño trozo de tierra en el campo del que obtenían productos frescos y un poco de vino. Hablaban sobre los ganadores del más reciente partido de balompié, sobre el último Palio, y hacían apuestas sobre las competiciones que estuvieran a punto de celebrarse. Hablaban del jardín que Bernardo Rucellai estaba llenando de plantas jamás vistas hasta entonces en Florencia, y sobre el astrólogo oriental que había instalado una tienda en el *mercato*. Hablaban con lentitud, como medio dormidos,

porque hacía calor y la noche estaba a punto de caer. Y conversaban tuteándose familiarmente porque eran ciudadanos de la república de Florencia, donde cualquier hombre era igual a otro, independientemente de su ocupación y de su bolsa.

A finales de agosto, Clarice dio a luz a un hijo. Lorenzo se llevó a su hija pequeña desde la villa y cabalgó con ella montada en sus hombros, paseándola por todas las calles de la ciudad, entregando confetti a todo el mundo e instándoles a compartir su alegría. A su hijo le impuso el nombre de Piero.

Para honrar a su padre, encargó a Verrocchio que diseñara y construyera una tumba que debería ser la más hermosa jamás construida. Y pagó una lujosa fiesta en el taller de Andrea, para festejar el hecho de que Leonardo da Vinci hubiera sido aceptado en el gremio artístico de San Lucas.

El joven artista fascinaba a Lorenzo. Sus habilidades con la música no se detuvieron con la interpretación más hermosa que Lorenzo hubiera escuchado nunca; el propio Leonardo se fabricaba los instrumentos, algunos de los cuales fueron diseñados de un modo imaginativa mente grotesco. Una mandolina se convirtió así en el abultado vientre de un hombre en actitud de reír, mientras que a un laúd le dio la forma de la cabeza de un caballo. Pero lo cierto era que, al margen de la forma que tuvieran, todos ellos producían un sonido excepcionalmente puro, sobre todo cuando era Leonardo quien los tocaba.

Como todos los hombres educados, Lorenzo era músico y poeta. A pesar de su voz, que más bien parecía la de un cuervo, sus habilidades y su oído musical eran tan buenos como los de sus compañeros. Como poeta estaba genuinamente bien dotado. Era capaz de producir música y poesía con facilidad, algo que a él le agradaba mucho y en lo que destacaba.

Pero la música de Leonardo parecía de un orden diferente. Lorenzo incluso se sintió tentado de tomar clases del joven Leonardo, pues ahora disponía de más tiempo del habitual, dado que la mayor parte de los funcionarios del gobierno se habían retirado a sus villas.

Recibió entonces una nota perfumada introducida en un

ramillete de flores. Se la enviaba la hermosa y joven esposa de un rico mercader en maderas que había emprendido un viaje de negocios a Venecia. Le decía que ella había acudido a la casa que tenían en la ciudad para supervisar unos cambios que estaba haciendo en el jardín, y que se sentía aburrida y estaba sola.

Ella también era una amante muy glotona y hábil. Lorenzo decidió que las lecciones de música podían esperar. El esposo sólo estaría lejos unas pocas semanas.

La relación sólo duró tres días. Entonces, un correo cubierto de polvo trajo noticias de que se había producido un levantamiento en Volterra. El pueblo había asaltado y ocupado la mina de alumbre.

—Lorenzo, no hay necesidad de emplear la fuerza —le aconsejó Tommaso Soderini, con la confianza de que el asunto se podría arreglar mediante la negociación y el compromiso.

Lorenzo, sin embargo, estaba decidido a poner fin a la rebelión de acuerdo con sus propios términos. El alumbre era demasiado importante para Florencia, y sin la mina de Volterra, el papa tenía el monopolio de su explotación, por lo que podría imponer el precio que quisiera. Los Medici ya no tenían nada que decir en las operaciones de las minas de Roma.

Por otro lado, si Volterra se rebelaba y no era castigada, otras ciudades sometidas podrían seguir su ejemplo.

Se extendió además el rumor de que en el asunto se bailaban implicados los exiliados florentinos, quienes estimulaban a los habitantes de Volterra para que atacaran Florencia y derrocaran el gobierno de los Medici.

Pero lo más importante era que ya empezaba a cansarle el que Soderini tuviera que decirle siempre lo que debía hacer. No sólo se debía obligar al pueblo de Volterra a reconocer a Florencia como dueña y señora, sino que a los ancianos del consejo también se les debía obligar a reconocer que Lorenzo ya no era un joven inexperto. Durante los tres últimos años se había mostrado agradable y deferente, como un aprendiz dedicado al aprendizaje de las reglas del buen gobernar. Pero ahora había llegado el momento de afirmarse.

Así pues, insistió en contratar un ejército. Quería el mejor, el

más profesional: los mercenarios dirigidos por el famoso *condottiere* Federigo da Montefeltro, duque de Urbino. La Signoria lo autorizó.

Volterra se rindió después de un mes de asedio. Lorenzo había triunfado.

Hasta que llegó un segundo correo a Florencia, éste con ojos enloquecidos, de mirada fija, inyectados en sangre.

—Nos rendimos —gritó—, abrimos nuestras puertas. El ejército entró en nuestra ciudad con bandera de tregua y entonces… y entonces… ¡oh, que Dios se apiade de nosotros!… Lo destruyeron todo… Todo. Incendiaron, saquearon, asesinaron, violaron incluso a las niñas.

Lorenzo cabalgó inmediatamente hacia la ciudad rebelde. No podía creer en el informe recibido. La guerra tenía sus reglas, del mismo modo que los torneos. La rendición significaba seguridad para el rendido.

Al acercarse a lo más alto de la colina en la que se levantaba la ciudad vio las puertas abiertas y estuvo seguro de que todo debía de estar bien… hasta que observó las aves de carroña en los muros.

El aire vigorizante de octubre hizo que todo el mundo regresara desde las villas a Florencia. Durante varios días, las amistades se dedicaron a saludarse en las misas, a comunicarse los chismes acumulados durante la separación del verano. Luego, todos hablaron sobre el cambio que se había producido en Lorenzo.

Sus sedas y terciopelos habían desaparecido. Ahora se vestía con el *lucco*, un austero vestido de lana de color oscuro, con una túnica que le llegaba hasta los tobillos. Se trataba de la ropa que preferían los ancianos y los eruditos, y parecía algo incongruente con su cuerpo juvenil y atlético.

La gente susurraba que llevaba luto por el saqueo de Volterra. Habitualmente, su *lucco* era de color negro.

Lorenzo sabía lo que se rumoreaba, pero no dio explicación alguna. El *lucco* no era un símbolo de pesar por el pasado, sino una promesa visible para el futuro. Cosimo siempre había llevado el *lucco*. Cosimo jamás había actuado impetuosamente, ni siquiera

para gratificar su propia importancia. Cosimo había traído la paz a la república, no el pillaje. Ante el altar de Dios, Lorenzo juró que preservaría aquella paz. Trabajó con mayor intensidad que nunca, durmió menos y unas profundas líneas fueron abriéndose paso sobre su rostro.

Pero siguió escribiendo poesía, haciendo el amor y divirtiendo a sus compañeros. Y a medida que fue transcurriendo el tiempo, la gente se acostumbró a sus arrugas, y al *lucco*.

12
1475

—Ojalá Lorenzo se pusiera otra cosa que no fuera ese terrible *lucco*.

Lucrezia de Medici pronunció las palabras tan en alta voz que se despertó. «¿En qué debía de estar soñando?», se preguntó, sin poder recordarlo.

Se sentó en la cama y luego se reclinó contra las almohadas. No tenía ganas de levantarse.

—Debe de estar pasándome algo —dijo hablando de nuevo en voz alta.

Se llevó una mano a la frente. La tenía fría y seca. Luego movió los brazos y las piernas, se apretó el cuello, los senos y el abdomen. No experimentó dolor alguno en ninguna parte.

A pesar de todo, no tenía ganas de levantarse. Jamás se había sentido de este modo en toda su vida. Se asustó. Hizo un verdadero esfuerzo de voluntad para levantarse, bañarse y vestirse. Luego acudió presurosa a las habitaciones de Lorenzo.

—Veré a mi hijo —dijo.

El secretario de Lorenzo derramó tinta sobre el escrito que estaba preparando, se incorporó de un salto y se apresuró a informar que madonna Lucrezia se encontraba en la antecámara y que no parecía sentirse bien.

Lorenzo no estuvo de acuerdo con las intenciones anunciadas por su madre.

—Déjame al menos llamar a un médico o dos.

—Si quisiera ver a un médico, Lorenzo, soy perfectamente capaz de hacerlo llamar yo misma. No estoy enferma, sólo cansada y algo

fuera de mí. Quiero marcharme a los baños de Morba y sólo te pido que me asignes una escolta. ¿Es eso algo tan difícil?

—No, claro que no, pero no deberías viajar si no te sientes bien.

—No estoy enferma. Ya te lo he dicho.

Lucrezia empezaba a sentirse cada vez más irritada.

—Entonces yo mismo te acompañaré. No quiero dejarte a solas.

—No me acompañarás a ninguna parte. Precisamente lo que quiero es estar a solas. ¿Es que te estás volviendo sordo? Ya te he dicho lo único que quiero de ti: que me asignes una escolta.

Lorenzo nunca había visto a su madre perder los nervios de aquel modo. Se sintió alarmado, e incluso un poco asustado. Habló con el suave tono de voz que utilizaba para aplacar a un animal asustado.

—Muy bien, mamina. Puedes marcharte. Y sola. Pero te lo ruego, no vayas a Morba. Hay otros sitios con mejores instalaciones en los que estarás más cómoda.

—A mí me gusta Morba —replicó Lucrezia haciendo rechinar los dientes.

—Lo que tú digas, mamá —capituló Lorenzo—. Se hará lo que tú digas.

Lucrezia se sintió mejor incluso antes de llegar a los baños. No había emprendido un viaje largo desde hacía varios años, y después del primer medio día de cabalgar se sintió rígida y dolorida de ir en la silla, pero los dolores que sentía le parecieron infinitamente preferibles a la fatiga sin causa aparente que se había apoderado de ella. Cuando el capitán de la escolta le preguntó si estaba preparada para detenerse para pasar la noche, Lucrezia le ordenó que continuara la marcha. Ya casi había oscurecido cuando cruzaron las puertas de un monasterio situado en lo alto de una colina, donde buscaron refugio para pasar la noche. Lucrezia permaneció despierta el tiempo suficiente para tomar una sopa, y luego se extendió sobre un duro jergón como si fuera el más exquisito de los colchones, y se quedó dormida incluso antes de rezar sus oraciones de la noche.

Al amanecer, en cuanto se despertó, se sintió como si tuviera rotos todos los huesos del cuerpo. «Y eso es lo que me merezco —

pensó—. Sólo una vieja estúpida y tozuda como yo habría cabalgado durante tantas horas después de haber empezado a sentir la rigidez». Se echó a reír de su propia estupidez, parpadeó ante el agudo dolor que le causó la risa y se sintió agradecida al ver que había recuperado su sentido del humor.

Lo necesitó cuando llegó a Morba, al día siguiente. La casa de baños había perdido la mitad de su techo y estaba casi completamente rodeada por espesos matojos de espinos. Las habitaciones de los huéspedes estaban casi abandonadas, y faltaban la mayor parte de las puertas y de las ventanas. Percibió el olor a col podrida y a sábanas sucias incluso antes de entrar.

Lucrezia recordaba el balneario como un lugar austero, pero extraordinariamente limpio, con hermosos jardines y un numeroso y competente personal. La comida también había sido deliciosa.

—No puedo ni imaginarme lo que le ha ocurrido a este lugar —le dijo al capitán de la escolta, que lo miraba todo con aire inmóvil.

Sólo entonces recordó que la última vez que acudió a Morba fue tras el nacimiento de Giuliano. Y de eso hacía ya veintidós años.

—Decididamente, ser una Medici tiene sus ventajas —dijo Lucrezia. Inhaló el olor acre procedente del agua caliente que la cubría hasta la barbilla—. Y una de ellas es que la gente se siente aterrorizada ante mí… Me refiero a la mayoría de la gente, claro, no a ti. Porque yo no te asusto, ¿verdad?

No hubo respuesta alguna. La anciana cadavérica con la que estaba hablando era completamente sorda. Y desdentada. Lucrezia sonrió ante la expresión beatífica de la vieja mientras chupaba un limón azucarado. La mujer se llamaba Caterina y era su asistente en los baños. Se encargaba más o menos de vigilar que no se deslizara bajo el agua y se ahogara. Y le tenía preparada una toalla para cuando saliera del baño. De vez en cuando le ofrecía un limón azucarado y si ella lo rechazaba, la anciana se señalaba a sí misma y una vez que Lucrezia asentía con un gesto, se lo comía.

Era inútil como masajista, ya que sus arrugadas y viejas manos eran demasiado débiles, y no tenía capacidad para obedecer órdenes porque no podía escucharlas. No obstante, para Lucrezia representaba el mayor de los lujos y era para ella una compañera in

estimablemente valiosa, ya que podía hablarle.

Durante más de treinta años Lucrezia no había tenido a ninguna persona en quien confiar. Piero y los niños habían necesitado de su fortaleza y su serenidad, por lo que ella jamás pudo admitir insatisfacción o temor. Y como una Medici que era siempre tuvo que cuidar lo que decía al hablar con sus amigos. Todo aquello que sucediera en el palacio de los Medici se convertía en motivo de murmuración intrigante para el resto de la ciudad, y en una información potencialmente valiosa para los muchos informantes que trabajaban al servicio de sus enemigos políticos o de sus rivales comerciales.

Ahora, por fin, podía hablar abierta y libremente, sin tener que pensar lo que iba a decir. Pero el mayor lujo de todos para ella era que se podía quejar. Caterina no sabía quién era, y no sabía que de todas las mujeres del mundo Lucrezia de Medici era la que menos motivos tenía para quejarse. Cuando la anciana veía moverse los labios de Lucrezia, asentía vigorosamente, con un ignorante estímulo.

—Tengo cuarenta y ocho años —le dijo Lucrezia—, por lo que ya soy una mujer vieja. El problema consiste en que yo no me siento vieja. Y no me gusta que se me trate como si lo fuera…

»¡Qué frescura la de Lorenzo tratando de llamar a un médico! Eso habría sido casi como si me hubiera enviado a la tumba antes de tiempo, porque si lo que una quisiera fuese morir no tendría que hacer otra cosa que enviar a buscar a un médico. Los médicos ya se encargan de descubrir formas de matarla a una, aunque no esté enferma…

»He quedado de médicos hasta la coronilla, y los he tenido que aguantar durante todos esos años en que tanto tuvo que sufrir mi pobre Piero. Llegaban con sus ropajes de terciopelo grasiento y sus ribetes de piel comidos por las polillas, con los dedos llenos de anillos de cristal coloreado, y se dedicaban a leerle las estrellas y a contarle mentiras y alimentarle con algún remedio semivenenoso, y al cabo de una temporada ya se les veía vestidos con el terciopelo más grueso, las más ricas de las pieles, los mejores rubíes y joyas de oro macizo. Ladrones, eso es lo que deberían llamarse a sí mismos, y no médicos. No son más que astrólogos con un grado obtenido en Salerno que les faculta para vestirse como señores y robarles a los

enfermos… ¿Cómo se ha atrevido mi propio hijo a pensar que su madre sería tan estúpida como para escuchar a un médico? Estoy segura de que a ti no te ha visto un médico en toda tu vida, Caterina. Y, sin embargo, mírate. Debes de tener por lo menos doscientos años de edad… No, en realidad, lo más probable es que no seas mucho más vieja que yo misma. Lo que sucede es que tu vida no ha sido tan cómoda como la mía.

»Ni siquiera ahora es cómoda. Mírate. Sigues teniendo que trabajar, a pesar de lo poco que puedes hacer en realidad. Al menos crees que puedes ser útil, que sirves para algo.

»Yo, en cambio, ya no sirvo para nada —Lucrezia se estremeció y empezó a llorar. Unas lágrimas calientes rodaron por sus mejillas y cayeron sobre el agua caliente de su baño—. ¿Qué me está sucediendo? —preguntó entre sollozos—. Nunca me había pasado nada igual.

La anciana sorda observó el rostro contorsionado de Lucrezia. Se apartó el limón de la boca y sonrió.

—Bien —dijo Lucrezia—, bien. Limpia por dentro y por fuera.

Miró después el limón que había estado chupando, lo arrojó al suelo y tomó otro del frutero que tenía al lado de la bañera.

Cuando ya no le quedaron más lágrimas que derramar, se levantó y aceptó la toalla que le tendieron las nudosas manos de Caterina.

—Gracias —le dijo.

—Gracias —volvió a decirle una vez que estuvo vestida—, tienes mucho más sentido común que yo misma, anciana. Ahora me siento limpia por dentro —sonrió—. Me dedicaré ahora a aterrorizar un poco más a mi anfitrión. Eso también me hace sentir un poco mejor.

Lucrezia supervisaba la limpieza y reparación de los edificios del balneario. Daba órdenes, se negaba a escuchar las excusas, amenazaba con terribles consecuencias si no se obedecían sus órdenes, exigía que se hicieran esfuerzos aún mayores, tanto por parte del despreocupado propietario como de su maleducado personal.

Y con todo ello disfrutaba inmensamente. Aquel lugar representaba un desafío para ella. Aquello era como sus propios establos de Augias, y ella era Hércules.

Hacía mucho tiempo que no se enfrentaba de ese modo a un

verdadero desafío.

Después de que Lucrezia estuviera tres semanas en el lugar, el balneario de Morba quedó restaurado hasta casi recuperar su antiguo estado. Las paredes fueron estucadas y pintadas de nuevo, y las nuevas tejas rojas de los techos brillaban cálidamente bajo el sol otoñal. Los jardines habían quedado casi completamente limpios, con pequeños montones de malas hierbas pudriéndose en los rincones, y un trazado geométrico perfectamente visible. La propia Lucrezia podó los rosales más espesos. En medio del jardín se encontró con un rosal con exceso de brotes. La poda permitió el paso de la luz y el aire, basta que finalmente floreció.

Ella lo tomó como un buen presagio. Sus letanías de quejas expresadas ante la sorda Caterina también eran como una especie de poda espiritual. Le liberaban el corazón de agravios guardados en su pecho durante demasiado tiempo. Ahora que por fin pudo expresarlos en voz alta, le parecieron mucho más pequeños, e incluso llegó a la conclusión de que no valía la pena preocuparse por ellos.

¿Qué pasaba si Clarice la suplantaba y la desilusionaba como hija? Después de todo, le había dado a Lorenzo dos bijas y un hijo, y eso era todo lo que debía hacer una verdadera esposa. Además, eso había permitido que en la casa hubiera tres nietos de los que ella también podía disfrutar.

En cuanto al carácter casquivano de Giuliano, bueno, no era realmente nocivo para nadie, ni siquiera para él mismo. Tenía veintidós años y aún era más un muchacho que un hombre, a pesar de que Lorenzo había organizado un torneo para celebrar su mayoría de edad formal, que se convirtió en el acontecimiento de la temporada. Pero veintidós años no era una edad muy avanzada, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba del segundo hijo que, por tanto, no necesitaba asumir responsabilidad alguna. A Giuliano le gustaba ser rico, elegante y libre de compromisos. ¿Quién podría echárselo en cara? Desde luego, no la gente de Florencia. Todos ellos le adoraban, ya fuera por su aspecto, o porque siempre era el mejor atleta, o porque poseía la despreocupada dulzura de un muchacho muy querido para el que todo resultó siempre fácil y

jamás hubo una nube en su cielo. Lucrezia también le quería. Resultaba absurdo desear que fuera diferente a como era.

Sobre todo porque poseía exactamente aquella misma dulzura infantil que poseyó su esposo, y que tanto le hizo a ella amarlo, hasta el punto de que aún echaba de menos su presencia. Piero no habría deseado que Giuliano fuera diferente. Había reconocido su propia naturaleza en aquel muchacho, había comprendido a Giuliano. En realidad, Giuliano siempre había sido su hijo favorito entre los cinco que tuvo. Jamás había podido querer a Lorenzo del mismo modo.

—Mientras que ella… Lucrezia pensó en lo que había logrado hacer en Morba. Lo había hecho muy bien.

Pero aún no había terminado. Lo había evitado durante todo el tiempo que le fue posible, pero ahora ya no le quedaba más remedio que afrontarlo. Todos sus demás problemas se evaporaban con facilidad en el vapor caliente de los baños. Lorenzo era la verdadera espina clavada en su corazón.

—¡Lorenzo, Lorenzo! —gritó Lucrezia en voz alta, y las paredes del baño le devolvieron el eco de su llamada—. Caterina, ¿sabes lo que significa ser traicionada por aquél al que más amas, aquél en el que confías más que en todos los demás? ¿Sabes lo que representa el dolor de verlo cambiar poco a poco? ¿De verlo alejarse de ti cada vez más?

»¡Volterra! ¡Que una plaga se apodere de ese condenado lugar! Fue Volterra lo que le cambió, y no porque las minas demostraran no tener valor alguno, sino que sucedió mucho antes, cuando el ejército saqueó la ciudad. ¿Cómo se imagina él que son los hombres? Los hombres matan, y saquean, y violan. ¿Acaso tiene él la culpa de que los hombres actúen como hombres? Debería saberlo. Se sienta en el consejo que juzga los crímenes. Ve las horcas que se levantan fuera de la Puerta de la Justicia, y a los hombres que ahorcan allí. Sin duda alguna debe de haber visto a las multitudes que acuden a las ejecuciones para reír, beber y comer mientras los condenados todavía patalean en el aire. Debe conocer la existencia de los bandoleros que esperan ocultos para matar y robar en los caminos, ya que, de otro modo, ¿para qué habría

aceptado mi petición de ser escoltada por un fuerte grupo?

»¿Por qué tiene que ser él algo más que un hombre?

»Cosimo. Quiere ser como Cosimo. ¡Estúpido! Cosimo no fue ningún santo. Yo le conocí bien. Cosimo veía a los hombres tal y como son. Se hubiera olvidado de Volterra en una semana. No, lo habría considerado como un error que había que volver a cometer. Porque el gran Padre del Estado cometía errores, oh, sí, y los ocultaba para que nadie se enterara.

»Yo podría habérselo dicho a Lorenzo si hubiera acudido a pedirme consejo. Pero no lo hizo. Lo de Volterra sucedió hace ahora tres años y durante todo ese tiempo no me ha pedido el menor consejo, no me ha comunicado nada sobre sus planes. Ya no soy nada para él. Soy una inútil.

Lucrezia se atormentó hasta ponerse a llorar frenéticamente. La anciana Caterina la observó, asintiendo con gestos de estímulo y chupando un limón azucarado. Cuando Lucrezia se sintió agotada, Caterina la ayudó a salir del baño, la envolvió en una gran toalla y luego le puso la capa sobre los hombros.

—Ahora duerme —dijo Caterina.

Más tarde, Lucrezia se despertó y se sentó en la cama, contemplando por la ventana el cielo profusamente estrellado hasta que las estrellas empezaron a desvanecerse. Las turbulentas emociones que había experimentado se desvanecieron también con ellas, y decidió marcharse de Morba. Estaba dispuesta para regresar a casa.

Ya no había ninguna necesidad de disponer de oídos sordos que escucharan sus quejas. Su corazón había quedado en calma y sus pensamientos en orden. Se dio cuenta de que llenar su vida era algo que dependía por completo de ella misma. La metamorfosis que se había producido en el balneario había sido obra enteramente suya, y se sentía orgullosa por ello.

«Casi tanto como lo estaba de mis hijos —se dijo con una seca sonrisa sobre los labios—. Ah, maternidad, qué demonio más engañoso eres. El amor y la vanidad mezclados de tal forma que son imposibles de separar».

Lorenzo tenía razón al seguir su propio camino,

independizándose de ella. Tenía ahora veintiséis años y llevaba casi seis a cargo del Estado. Ni siquiera ella misma respetaría a un hombre que acudiera corriendo en busca de su madre cada vez que tuviera que tomar una decisión. Y tampoco lo respetaría nadie.

Así pues, tenía que dejarlo seguir su camino. Ya era hora de que fuera así.

Recordó vívidamente su rostro, y su corazón se contrajo, inundado por una sensación de amor. «Mi hijo más querido —se dijo en silencio—. En tu caso, la belleza ha pasado de largo. Quizá sea por eso por lo que siempre has sido mi favorito, porque todo el mundo apartaba la mirada en cuanto veía esa enorme nariz cuadrada y esa boca tan ancha en tu rostro infantil, y porque todos los demás tenían hijos tan encantadoramente hermosos. Yo misma bordé tus pequeñas camisas, para rodearte con todo mi amor. Y cuando te fuiste haciendo mayor me aseguré de que en la confección de tus ropas sólo se utilizaran las lanas más exquisitas y con los colores más brillantes».

Sacudió la cabeza con una sensación de extraña tristeza. «No te has hecho ningún favor al decidir llevar el *lucco* —reprendió en silencio a su hijo—. Eso te hace parecer incluso más feo de lo que ya eres. No es extraño, pues, que eso me cause verdaderas pesadillas».

Lorenzo la estaba esperando en las afueras de Florencia.

—¿Cómo sabías que venía? —preguntó ella asombrada.

—Tengo mis espías. Tu aspecto es maravillosamente bueno, mamina. Morba te ha sentado muy bien.

—Sí, así ha sido. Es un lugar delicioso. Un poco austero quizá, pero muy fresco y limpio. Me gusta tanto que he tomado las disposiciones necesarias para comprarlo. Haciendo un poco de esfuerzo se puede convertir en el mejor balneario de toda la Toscana. Me voy a convertir en una mujer de negocios y estoy dispuesta a ganar mucho dinero.

—Eso son buenas noticias para variar —dijo Lorenzo intentando sonreír—. Confío en que no te sientas demasiado agotada, mamá. Tengo muchas cosas que contarte. Necesito de tus buenos consejos.

La decisión de Lucrezia de dejar que su hijo siguiera su propio

camino se disolvió en un instante.

—No me siento nada cansada —le aseguró.

13

—Vuelve a contármelo, Lorenzo, y no hables tan deprisa. No entiendo una sola palabra de lo que me has dicho.

Lorenzo dejó caer el puño sobre la mesa de su despacho.

—Es una vil traición contra la república, eso es lo que estoy diciendo. También es una traición contra mí, pero a mí no me deben ninguna lealtad. Todo florentino se la debe al Estado.

—Empieza desde el principio… ¿Dijiste que el papa acudió al banco para solicitar un préstamo?

—Sí, de cuarenta mil florines. Se trata de una fortuna, pero, desde luego, lo habríamos concedido. Somos los banqueros del Vaticano, y no tenemos razón alguna para denegar préstamos; ganamos diez veces más de lo que prestamos. Sin embargo, esto no estaba destinado para ser gastado en asuntos del Vaticano. Sixto lo quería para comprarle un reino a su sobrino, o a su bastardo, sea lo que sea. Ahora que ya ha convertido a todos sus sobrinos sacerdotes y campesinos en príncipes de la Iglesia, quiere convertir a ese Riario en señor de su propio Estado. Y amenazar a Florencia al mismo tiempo.

»Cuando Imola se puso a la venta, no creí que tuviéramos nada de qué preocuparnos. Se trata de una pequeña ciudad sin importancia, aunque se encuentra en nuestras fronteras y en la ruta que siguen nuestros mercaderes para ir al puerto de Rávena. La república estaba dispuesta a comprarla, pero el precio nos pareció demasiado elevado; yo estaba negociando para conseguir una cifra mejor. Entonces entró en escena Galeazzo y la compró para Milán, de modo que seguíamos sin tener nada de qué preocuparnos. Es un aliado de confianza porque nos necesita tanto como nosotros a él.

—Entonces, ¿cuál es el problema? No acabo de comprenderlo.

—El problema es Sixto. Es un viejo y astuto diablo. Le ofreció a Galeazzo a su hijo bastardo, Riario, como esposo de la hija bastarda de Galeazzo, siempre y cuando éste le vendiera Imola para convertirla en el bogar de los novios. Y Galeazzo aceptó. Esa muchacha no ha tenido pretendientes debido a su origen ilegítimo…, y por todo lo que cuentan de ella, es una verdadera arpía.

»Luego, Sixto solicitó el préstamo. Tan suave como el aceite recién prensado. No dejó de alabar las virtudes de Riario, de quien todo el mundo sabe que no es más que un vicioso patán. Y actuó como si lo que menos le importara fuera la extensión de los Estados pontificios hasta la frontera oriental de la república.

»Entonces, nuestra sucursal en Roma me preguntó qué debía hacerse en tal circunstancia. Les dije que se mostraran tan corteses en rechazar la petición del préstamo como el pontificado lo había sido al presentarla.

El hermano de Lucrezia era el director de la sucursal bancaria de Roma. Ella sabía muy bien con qué exquisita cortesía y firmeza podía decir «no» su hermano.

—Eso quiere decir que Sixto no ha conseguido el dinero. ¿Dónde ves tú la traición?

—¡Es que no me estás escuchando! Los traidores son los Pazzi. En Roma existen por lo menos treinta bancos, pero los Pazzi poseen el único lo bastante rico como para hacer un préstamo tan grande. A excepción del nuestro, claro está. Antes de avisar a mi tío, fui al palacio de los Pazzi. Hablé con Jacopo, Elmo y Giovanni. Antonio se encontraba en la cama de su villa, aquejado por unas fiebres. Francesco estaba en Roma, visitando a su primo Renato. Les expliqué el peligro que representaría permitir que el sobrino de Sixto se instalara en Imola, y les pedí el compromiso de que su banco no garantizaría el préstamo solicitado. Todos estuvieron de acuerdo conmigo.

»Así pues, le escribí a Renato, le conté todo lo que había sucedido y le envié la carta con el mismo mensajero que llevó la carta a nuestra sucursal bancaria de Roma.

»Esta misma mañana he recibido un informe según el cual en Roma se rumorea que los Pazzi tienen la intención de financiar a Sixto. Sólo se trata de un rumor, pero procede de un hombre de

confianza. Si es cierto, se trataría de la más nauseabunda traición que se pueda imaginar.

Lucrezia comprendía el grave peligro que supondría para Florencia el que el papa controlara Imola. Y estuvo de acuerdo en que, si los rumores eran ciertos, Renato y Francesco Pazzi habían causado un grave perjuicio a la república. Pero no disponían de confirmación del informe. Ella ya había visto cómo muchos rumores terminaban por ser absolutamente falsos, y aquel día había cabalgado durante seis horas por caminos muy polvorientos.

—No malgastes tus energías con la cólera para la que es posible que no tengas ningún motivo, Lorenzo. Espera a saber algo con seguridad. Yo voy a lavarme, luego descansaré un rato y finalmente visitaré las habitaciones de los pequeños. ¿Cómo están mis nietos?

—Bien —contestó Lorenzo.

Se sentía demasiado enojado como para pensar en cualquier otra cosa que no fuera en los Pazzi.

Los niños estaban muy bien. Eran encantadores. Lucrezia, de cinco años, era ya bastante mayor para su edad, y muy alborotadora. Cuando su abuela entró en las habitaciones de los pequeños estaba gritando su protesta por el hecho de que su hermano menor le hubiera destruido una de sus muñecas. Piero la ignoró; Maddalena, de dos años, estaba durmiendo, sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

«Es maravilloso tener la casa llena de vida joven —pensó Lucrezia—. Es para eso que se construyen las casas».

—Buenas noches, María —le dijo a la niñera.

Piero dejó en seguida la muñeca y se acercó corriendo a su abuela, seguido de cerca por su hermana mayor.

—¿Nos has traído algo? —preguntó el niño.

Menos de un mes después, el once de diciembre, las habitaciones de los niños recibieron a un nuevo centro de atracción. Clarice había dado a luz a un niño, al que se impuso el nombre de Giovanni.

El bebé era prematuro, ya que había nacido con varias semanas

de antelación, pero pesaba cuatro kilos y era tan fuerte que sus llantos resultaron ser casi tan fuertes como los de su hermana mayor.

—Es como el rugido de un león —dijo Clarice, medio asustada.

Ya le había contado a Lorenzo el sueño que había tenido la noche antes del nacimiento de Giovanni. Era un sueño tan vivido que tenía que estar lleno de significado. Ella estaba en el Duomo, revolcándose de dolor sobre el brillante suelo de mosaico en el mismo momento del parto. Pero cuando apareció el bebé resultó que no era un niño humano, sino un enorme león.

Lorenzo comprendió en seguida el significado del sueño. Giovanni estaba destinado para servir en la Iglesia. Él sería allí el protector de Florencia, su león, el símbolo de la ciudad.

El nacimiento de su hijo, acompañado por el portentoso sueño anunciador de su esposa, quebró la extraña melancolía que había sentido últimamente Lorenzo, y que se había ido haciendo más y más negra a medida que recibía una mala noticia tras otra.

En primer lugar, el rumor sobre el préstamo de los Pazzi al papa resultó ser cierto.

A continuación, se recibió un documento oficial del Vaticano anunciando que el lucrativo negocio papal se transfería del banco de los Medici al de los Pazzi. Con ello desaparecía más de la mitad de los ingresos del banco de los Medici.

—No sé nada sobre el negocio bancario —se quejó Lorenzo con amargura—. Nunca tuve tiempo de aprenderlo, si bien es verdad que tampoco sentí interés. Siempre tuvimos mucho más dinero del que necesitábamos. Ahora, las necesidades siguen siendo las mismas, pero los ingresos han disminuido mucho. La sucursal de Londres tuvo que cerrar porque las guerras de los Plantagenet destruyeron el país y el rey Eduardo no pudo devolver sus préstamos. Lo mismo está sucediendo en Brujas, con el duque de Borgoña. ¿Qué se supone que debo hacer?

—No puedes hacer otra cosa que lo que estás haciendo —replicó Lucrezia—. Debes dejar que sean los directores de las sucursales los que las dirijan. Eso fue lo que hizo tu padre y tu abuelo. Aunque fueras el mayor banquero del mundo, no puedes estar presente en diez ciudades al mismo tiempo. Tu sitio está aquí, en Florencia, dirigiendo el gobierno.

—Sí, sí. Y tú sabes muy bien lo que eso significa: pagar por la atención debida a los huéspedes del Estado, pagar por los castillos de fuegos artificiales del carnaval, pagar por las carrozas, por las vestiduras de los autos sacramentales que se organizan todos los días festivos, hacer contribuciones para esto y para aquello, hacerles regalos al rey de Francia, al de Nápoles, a los duques de Milán, de Urbino, de Ferrara, al dogo de Venecia e incluso a ese viejo satán de Sixto, propiciando el favor de todo aquel que pueda constituir una amenaza para la república. Pero ¿cómo voy a poder hacerme cargo del cuidado del Estado si cada vez nos hundimos más en la pobreza?

Su madre le acarició con suavidad los hombros hundidos.

—Tranquilízate, Lorenzo. Estás exagerando. Aun cuando hayamos perdido la mitad, e incluso tres cuartas partes, la fortuna de los Medici sigue siendo lo bastante grande como para hacer todo aquello que desees hacer. Si los Pazzi son ahora más ricos, ¿qué importa? Después de todo ellos están relacionados con nosotros por el matrimonio de Bianca con Elmo, y también por el futuro matrimonio del hijo de Pierfrancesco con Ginebra. Es mucho mejor tener alianzas con los ricos, ya que son los que probablemente no te pedirán ningún favor.

»No te muestres tan apesadumbrado, hijo mío. Has dejado que te ganen la partida en los negocios, eso es todo. Eso le sucede a todo el mundo. En cuanto al sobrino del papa, te he oído decir en muchas ocasiones que Riario es un estúpido. No representa un verdadero peligro, ni para ti ni para Florencia. Es posible que no seas el mejor banquero de Italia, pero sin duda alguna eres el mejor hombre de Estado. Podrás contener sus ambiciones sin el menor problema. Eso es algo que también saben los Pazzi. El préstamo que le hicieron a Sixto no fue una verdadera traición. Simplemente, se trató de una forma astuta de hacer negocios, aunque quizá con ciertos matices que a ti no te han gustado. Olvida tus agravios y sigue con tu propia vida. Posees numerosas bendiciones; piensa en ellas y no te obsesiones con tus pérdidas.

Lorenzo besó la mano de su madre.

—Eres un verdadero consuelo para mí, mamina, incluso cuando expresas verdades que yo preferiría no escuchar. Tienes razón. Estoy actuando como un niño al que le acaban de quitar un juguete.

Sólo un estúpido pierde su tiempo apesadumbrándose cuando cada hora de su vida podría verse llena de alegría. Gracias por recordármelo.

Dos días más tarde, Lorenzo se dirigió a los establos que poseía en Careggi. Regresó a la ciudad al galope, cantando a voz en cuello y desafinando, claro.

—¡Por fin! —exclamó al ver a Giuliano—. Por fin hay un caballo que posee la velocidad de un verdadero cohete. Lo he visto correr, tan rápido que mis ojos apenas podían seguirlo. Te aseguro que el año que viene los Medici ganaremos el Palio.

Giuliano abrazó a su hermano y transformó el abrazo en una apretada sujeción por el cuello.

—Y yo lo montaré. Dime que sí o te rompo el cuello.

Lorenzo se libró de la trampa hundiendo el codo en el estómago de su hermano. Luego, lanzando gritos y risas, los dos hermanos se enzarzaron en una furiosa pelea en la que forcejearon hasta que ambos se encontraron empapados de sudor y llenos de cardenales.

Su madre contempló admirada los rostros de ambos cuando los moretones adquirieron su más vivido color azul y púrpura.

—Sois como un par de decoraciones de mayólica —les dijo—. Me gusta el color vivo en una habitación.

Tras escuchar esto, Lorenzo desapareció durante unos minutos y regresó llevando consigo el regalo que había estado reservando para la fiesta de Epifanía, en la que se tenía la costumbre de entregar regalos. Ya no valía la pena seguir esperando; éste era el momento más perfecto para entregarle a su madre aquel regalo especial.

Se trataba de un par de bustos en terracota. Tenían un tamaño natural y parecían asombrosamente llenos de vida. Lorenzo llevaba puesto el *lucco*, fruncía ligeramente el ceño y tenía un aspecto impresionante. Giuliano parecía a punto de sonreír. Los bustos estaban elaboradamente decorados; el de Lorenzo tenía una réplica en arcilla de la armadura de plata que había llevado el día en que se celebró el torneo por su mayoría de edad.

Lucrezia lanzó un grito de sorpresa al verlos y extendió las dos

manos.

—Son tan hermosos que tengo que tocarlos —pasó delicadamente las yemas de los dedos sobre los rasgos de terracota de sus hijos, observando al mismo tiempo la carne amoratada de sus modelos vivos—. De todo lo que poseo, nada me ha gustado nunca tanto —dijo—. Os lo agradezco con todo mi corazón —siguió tocando, acariciando y contemplando los bustos desde todos los ángulos, admirándolos—. Seguro que los ha hecho Andrea del Verrocchio, ¿verdad? Debe de amaros mucho para haber hecho esta obra de arte. Casi tanto como yo os amo.

Dejó los bustos y abrazó a sus hijos con suavidad, besándoles los moretones con los labios, como si quisiera curarlos con sus besos.

14
1476

—Este año el carnaval será el mejor de toda la historia —anunció Lorenzo.

Se sentía muy animado, como lo había estado desde bacía varios meses. Había observado su promesa de alejarse de las sombras, y la vida se lo había recompensado con días de placer y paz, llenos de luz. Acarició al caballo de carreras, apoyó la mejilla contra su cuello y murmuró palabras de estímulo junto a sus vibrantes orejas.

—Mi elegante «Morello». «Morello», mi Pegaso. Mi querido «Morello». Dejarás tan atrás a todos los demás que pensarán que no fuiste más que un zafiro relampagueante de su imaginación.

Giuliano sonrió con nerviosismo y se inclinó sobre la cintura, tratando de alejar la tensión de sus agarrotados músculos.

—Quisiera haber empezado ya —dijo.

La misma escena se repetía más o menos igual en diversos puntos de la ciudad. La hora que precedía al Palio era un momento de creciente excitación, para los espectadores, que atestaban la ruta e incrementaban sus apuestas sobre quién sería el primero en pasar por aquel punto en concreto; para los jueces, que se contaban historias de los años anteriores y ocultaban sus preferencias individuales; para los propietarios de los caballos, cuyo prestigio quedaba confiado al escudo de armas bordado en la gualdrapa de lana extendida sobre los lomos de los caballos; pero, sobre todo, para los jinetes, ya que sabían que dentro de poco encontrarían la gloria o la desgracia que les perseguiría ya para siempre. El Palio no era en modo alguno una carrera ordinaria.

El premio en dinero era muy valioso, pero aún era mayor como

símbolo. El *palio* era un trozo de tela de aproximadamente un metro de longitud, con un borde dorado. Como quiera que era pagado por las ciudades sometidas de la república, representaba todo el poderío y la fuerza de Florencia. Debido a que era una obra maestra de diseño y tejido, se lo consideraba como una cristalización de la preeminencia de Florencia en las artes y en la manufactura de las telas. Se trataba del premio por el que se competía con una mayor desesperación en toda Italia.

Y la carrera era también la más peligrosa.

—Y ahora no te olvides de las flores —dijo Lorenzo.

—Me lo has dicho miles de veces.

—«Morello» es un caballo de campo, y todavía es joven. No sabrá lo que está sucediendo.

—¡Lorenzo! Ya tengo bastantes problemas con estar dentro de mi piel como para tener que escuchar encima todas sus advertencias.

—Discúlpame. Lo harás de un modo extraordinario.

Y también «Morello». Sólo tienes que recordar…

—¡Silencio, por el amor de Dios!

Jacopo de Pazzi miró burlonamente al joven paje que montaba en nombre de su casa.

—Recuérdalo, muchacho, éste no es ningún caballo ordinario. Vale mucho más que tú y que toda tu familia. Si se tiene que romper alguna pata, mejor que sea una tuya que no una de este animal.

El muchacho, llamado Santino, tragó saliva y juró por la tumba de su abuelo que así lo recordaría. Pero en lo único en que pensaba era en los cien florines que el viejo le había prometido si lograba que aquel caballo extranjero fuera el primero en llegar. Cien florines representaban el salario de diez años, y éste sólo pensamiento era suficiente para que se le secara la boca. Volvió a tragar intentando producir algo de saliva.

El gran caballo gris pateó con nerviosismo. No estaba acostumbrado a sentir las piedras bajo sus cascos. Había sido traído

a Florencia de modo clandestino y procedía de las blandas arenas del desierto de Arabia.

Sonó la gran campana del Palazzo della Signoria. Toda la ciudad se estremeció a un tiempo. Aquélla era la primera señal, la que convocaba a los participantes para que avanzaran hacia el punto donde se iniciaría la carrera.

—Vete con Dios —dijo Lorenzo.

Abrazó a Giuliano y le ayudó a montar. Para participar en el Palio no se utilizaban ni sillas de montar ni estribos.

Giuliano se echó a reír. La espera ya casi había terminado. Ahora podía empezar a disfrutar del verdadero deporte.

La segunda campanada fue la señal para que los jinetes ocuparan sus puestos. Este año el grupo era más numeroso que nunca: treinta y seis caballos y jinetes formaban una larga y nerviosa línea sobre el ancho prado justo en la parte interior de Porta al Prato, casi tocándose con las rodillas. Ofrecían una imagen festiva. Los jinetes llevaban los colores de las casas a las que representaban, tanto en los pantalones de colores partidos, como en las túnicas sujetas por cinturón y en los gorros suaves y ribeteados de plumas. Giuliano le sonrió a su amigo Matteo de Tornabuoni, que iba vestido con los colores verde y oro y mostraba un rostro igualmente verdoso. Había hecho una atrevida apuesta en un momento en que estaba borracho y ahora hubiera deseado hallarse en cualquier otra parte. Alberto Palmieri estaba a su lado, vestido de azul y negro. Estaba inquieto, ávido por empezar. Alberto tenía cuarenta años y había participado veinticinco veces en el Palio. Aseguraba que no había ninguna otra cosa en la vida, ni la bebida, las mujeres o la caza, capaz de proporcionarle la misma sensación de excitación que el cabalgar en el Palio. El mejor puesto alcanzado en toda su carrera era el quinto, pero seguiría intentándolo hasta que muriera, o hasta que la carrera lo matara, de modo que se encomendaba a Dios. Los gemelos Alessandrini participaban también, cabalgando uno de ellos en nombre de la casa de su madre. Eran los más jóvenes, ya que sólo contaban con catorce

años. Giuliano estaba situado entre los dos gemelos, repitiéndose mentalmente la advertencia de Lorenzo sobre los peligros de que las flores asustaran a los caballos. Los espectadores se asomaban a las ventanas y balcones a lo largo de toda la ruta, expectantes, y sucedía a menudo que las jóvenes arrojaban flores al paso de sus caballos favoritos.

Sonó la tercera campanada y empezó la carrera. La multitud congregada alrededor del prado se puso a gritar. El nombre de «Giuliano» se escuchaba por encima de todos los demás.

El prado se extendía ante ellos a lo largo de unos ciento sesenta metros, y los jinetes se inclinaron sobre los cuellos de sus monturas, espoleándolas con palabras y taconazos en los flancos, esforzándose por ser los primeros en llegar al cuello de botella de la calle que se extendía delante de ellos. El Borgo Ognissanti era una calle relativamente ancha para ser florentina, lo bastante como para que pudieran avanzar por ella cuatro caballos juntos, uno al lado del otro, siempre y cuando lo hicieran al paso, o bien tres caballos lanzados a la carrera.

Los espectadores también echaron a correr, añadiendo un peligro adicional a la carrera, ávidos por ver quién era el primero en ganar en el campo. Al ver entrar a los primeros, gritaron sus nombres: «Rucellai» y «Giuliano». Y entonces fue cuando verdaderamente se inició el Palio. Los jinetes buscaban cualquier posible ventaja, utilizando los codos y los pies para desplazar al caballo y al jinete que corrían a su lado. Los caballos se encabritaban y corcoveaban, apretujándose los unos contra los otros, arrastrando y golpeando a sus jinetes contra las paredes de piedra de las casas. A veces se producían dolorosas mutilaciones. Matteo de Tornabuoni se cayó al girar su caballo, que se negó a participar en la lucha. Rodó sobre sí mismo, convirtiéndose en una pelota, y se protegió la cabeza con las manos. Cuatro jinetes lanzaron sus caballos sobre él. Uno de los cascos le alcanzó en un costado, desgarrándole la túnica y rompiéndole tres costillas. «Gracias a Dios», suspiró Matteo. Ahora ya estaba a salvo.

Allá adelante, continuaba la carrera. Después de atravesar el Borgo llegó a la pequeña plaza situada junto al río, al pie del Ponte alla Carraia, lleno de espectadores que dejaban un espacio más amplio donde la velocidad y el valor podían lograr que un caballo

se adelantara y ocupara una mejor posición en la lucha por llegar a Via del Parione, una calle más estrecha que la del Borgo. Santino, el jinete de los Pazzi, vio un hueco afortunado, se encomendó a todos los santos y lanzó un grito feroz. Su actitud le permitió ganar medio cuerpo a su más inmediato competidor. Fue el noveno en entrar en la estrecha calle. Giuliano iba a la cabeza, con Alberto Palmieri siguiéndole a escasos centímetros. El ruido era ensordecedor: los cascos repiqueteando sobre el empedrado, los bufidos de los caballos, los gritos de los espectadores y de los jinetes, sobre todo cuando se golpeaban las piernas contra las paredes en el recodo que formaba la calle.

Los caballos irrumpieron impetuosamente en la Piazza Santa Trinità, mayor que la plaza anterior, pero con un recodo a la izquierda antes de enfilar la calle siguiente; los caballos enloquecidos a causa del ruido y de la caída de flores. Uno de los gemelos Alessandrini perdió el control de su montura y cargó contra la multitud. Su hermano intentó detenerle. La presión de los de atrás le hizo perder el equilibrio y le envió a él y a su montura al suelo. Permaneció allí, quieto y vulnerable; los espectadores se adelantaron bada él para retirarlo, al tiempo que los jinetes que le seguían intentaban desesperadamente evitarlos. Santino lo consiguió. Otros dos jinetes cayeron. Sus monturas siguieron cabalgando, sin jinete, atrapadas por la locura que las rodeaba.

Llegaron a Via Porta Rossa, más ancha que la de Parione, lo que daba una cierta posibilidad de empujar a los competidores, abrirse paso entre ellos y adelantarlos. Detrás de los que seguían en la competición había quedado un rastro de jinetes caídos, y los caballos más débiles empezaban a perder terreno. Los primeros ya se habían adelantado bastante, arracimados en un pequeño grupo, despertando gritos de entusiasmo lanzados desde las ventanas y las peligrosas puertas abiertas al nivel de la calle. Santino rezó, espoleó a su caballo y lanzó una maldición.

La parte más peligrosa de la carrera era el giro a la derecha que se debía dar en la Via dei Calzaiuoli. Una barricada de madera protegía a la multitud situada tras ella. Parecía como si los jinetes dirigieran sus monturas directamente contra la muralla de madera, o como si parecieran dispuestos a saltar sobre ella y caer encima de la gente. «Morello» intentó negarse, y Giuliano resbaló hacia

delante sobre su cuello, deslizándose de su lomo. Logró conservar el control y obligó a «Morello» a obedecer y a girar en el ángulo. Alberto Palmieri comprendió que la victoria estaba al alcance de su mano después de sus veinticinco intentos anteriores. Pasó galopando junto a Giuliano entrando en la espaciosa Piazza della Signoria en la que había una gran multitud cuyo griterío fue como una verdadera muralla de ruido. Palmieri se quitó la gorra y la balanceó de un lado a otro, inclinado sobre el cuello de su montura.

Detrás de él. Giuliano cayó al suelo: al ver la ruta que se abría ante él, «Morello» se lanzó velozmente al galope antes de que Giuliano fuera capaz de recuperar el equilibrio sobre su lomo. El joven Medici se deslizó de un modo ridículo del lomo de su caballo, cayó sobre su propio trasero, rodó hacia atrás en una voltereta de campana y terminó por quedar de pie con una especie de truco de saltimbanqui. «Giuliano», gritaron los espectadores. El joven sonrió, se encogió de hombros, se echó a reír y se apartó del camino de los caballos que le seguían, llegando al centro de la plaza.

El caballo y el jinete de los Strozzi pasaron velozmente junto a él; luego los de Soderini, Rucellai y Pazzi, con Santino prometiéndole a la Virgen que jamás volvería a decirle otra palabra descortés a su madre si ganaba esta carrera. Giuliano empezó a correr. El caballo de Alessandrini, sin jinete, apareció en la piazza, enloquecido, con los ojos en blanco y los belfos flanqueados de espuma. Estaba aturdido y empezaba a disminuir la velocidad de su carrera. Giuliano echó a correr, situándose paralelamente al animal, acercándosele desde atrás, agarró al vuelo las riendas sueltas, se sujetó luego a las crines y pegó un bote, izándose sobre su lomo. La multitud aulló de placer, pero Giuliano ya se alejaba, tranquilizando y al mismo tiempo haciendo galopar al desconocido caballo, obligándole a regresar a la carrera, seguido por otros once jinetes. Diecinueve de ellos se habían quedado en el camino, ya fuera a causa de un accidente o de las heridas sufridas.

En el Borgo dei Greci, Alberto Palmieri perdió la cabeza de la carrera, que pasó a ocupar un joven que no dejaba de aullar, vestido de azul y amarillo, montado sobre un gris caballo árabe. Se trataba de Santino, que taconeaba los flancos de su caballo, lanzaba gritos, rezaba y movía uno de los brazos contra los competidores al llegar a su altura, logrando sobrepasarles. Aquel caballo era una

maravilla, y galopaba de una forma sin igual cada vez que disponía de un poco de espacio para correr. Cruzó la Via de Benci y entró en la Piazza Santa Croce como si poseyera alas. Fue el ganador. Aquí, al final de la carrera, era donde más espectadores había, donde los vítores eran más fuertes y las flores formaban casi un muro de colorido. Santino refrenó al caballo con suavidad. Estaba llorando. Se inclinó sobre el animal para besarle el cuello palpitante. Después, se enderezó sobre el caballo, levantó una pierna sobre su lomo y se incorporó sobre él en perfecto equilibrio. Tenía los pantalones y las mangas hechos jirones ensangrentados, la túnica manchada y todo su cuerpo temblaba. Cabalgó de pie sobre el lomo del caballo basta el estrado de los jueces y una vez allí saltó al suelo. Tenía el rostro humedecido por el sudor y las lágrimas, y mostraba una refulgente expresión de triunfo.

—Hermano, te he fallado. Deberías ahorcarme.

Giuliano encontró a Lorenzo en los establos del palacio, cuidando una larga herida que «Morello» se había producido en el flanco. Lorenzo levantó la mirada, observándole con una sonrisa.

—No seas tonto. Sólo ha sido su primera carrera y todo era nuevo para él. El próximo año, en cambio, todo será diferente. Si no ganas el año que viene creo que te mataré con mis propias manos. Y ahora dime, ¿cómo fue todo? ¿Qué tal se comportó mi tesoro «Morello»?

Los dos hermanos disfrutaron del carnaval como nunca hasta entonces. Su carroza fue aclamada al ser considerada incomparablemente la mejor. Y la canción que escribió Lorenzo para acompañarla captó la fantasía de todos los que participaron en la fiesta, se extendió por toda la ciudad y no tardó en ser cantada por todos. Su mensaje hedonista era la esencia misma de la fiesta:

Quant'è bella giovinezza
Che si fugge tuttavia!
Chi vuol esser lieto, sia;
di doman non c'è certezza[1]

15

Lo que más molestó a Lorenzo no fue perder el Palio, a pesar de que no le gustaba perder en nada, sino el hecho de que lo hubieran ganado los Pazzi. Eso lo amargaba.

Les veía con frecuencia. Era inevitable, teniendo en cuenta la vida callejera que se desarrollaba en Florencia. Y siempre se preguntaba si la sonrisa de estafador de Jacopo se mofaba de él, o si Francesco fanfarroneaba ante los demás por haberle quitado al banco de los Medici la cuenta del Vaticano.

El peligro que había temido si el papa instalaba a su sobrino en Imola no se había materializado. Riario pasaba muy poco tiempo en su nuevo dominio, y los mercaderes de Florencia siguieron viajando a Rávena sin encontrar la menor interferencia, y sin ver aumentado su peaje. Al parecer, lo único que le preocupaba a Sixto era el vecino meridional de los Estados pontificios. Había establecido un tratado con Ferrante, el rey de Nápoles, y ahora se dedicaba a abrumar a su nuevo aliado con atenciones y ricos regalos.

Se trataba de una situación incómoda para Florencia. Los cambios en las alianzas siempre eran un motivo de graves preocupaciones. Como banquero pontificio, Lorenzo habría podido intercambiar opiniones con Sixto, y quizá influir en él. Ahora, en cambio, no disponía de ningún contacto directo con el Vaticano. Pero, después de todo, el equilibrio de poderes en Italia siempre había sido incierto y potencialmente peligroso desde el fin del imperio romano.

Lorenzo se dijo a sí mismo que debía permanecer tranquilo, aunque vigilante. En realidad, los Pazzi no habían causado ningún daño a la república y él no tenía motivo alguno para alimentar resentimientos a causa de un revés en sus negocios personales. La

esencia misma de la actividad bancaria consistía precisamente en intentar robarles las cuentas a los competidores.

A pesar de todo, le resultaba difícil mantener relaciones de amistad con Jacopo, y casi imposible con Francesco. Incluso con Elmo se sentía en falso cada vez que se encontraban. Y eso que Elmo era un amigo desde hacía más de diez años, además de ser el esposo de su propia hermana.

¿Por qué su caballo y su hermano no pudieron haber sido derrotados por cualquier otro que no hubieran sido los Pazzi?

—¡Lorenzo, no debes hacer lo que te propones!

Elmo de Pazzi sujetó a Lorenzo por el brazo y le apartó del grupo en el que se encontraba en un rincón de la iglesia, durante la misa matinal.

—¿A qué te refieres? No entiendo lo que me dices, Elmo.

—No lo disimules. En la ciudad todo el mundo habla de lo mismo. Alessandra era la única hija viva del viejo Borromeo. Al morir éste, ella debería haber heredado todas sus posesiones. Y así habría sido si no se tratara de la esposa de mi hermano. Pero tú has desenterrado esa vieja ley sólo para abalanzarte por la espalda sobre los Pazzi.

Lorenzo reanudó el paso lento por el interior de la iglesia, librándose de la mano de Elmo, que seguía sujetándole el brazo.

—No soy yo quien hace las leyes, Elmo, lo sabes muy bien. Esa ley en particular ha estado en vigor durante los cien últimos años. Si un hombre muere sin haber dejado su voluntad por escrito, sus propiedades pasarán a sus parientes masculinos más próximos. En el caso de Borromeo, eso significa a sus sobrinos.

Elmo mantuvo su mismo paso, elevando la voz al hablar.

—Lorenzo, soy tu amigo. Y tu hermano por matrimonio. No hagas eso, te lo ruego. Sabes muy bien que la ley ha sido olvidada durante décadas. Todo el mundo lo sabe, del mismo modo que se sabe que fuiste tú quien convenció a la Signoria para que aplicara la ley ahora.

Lorenzo le hizo un gesto para que guardara silencio. La campanilla estaba tocando para avisar a los fieles de que se acercaba el momento cumbre de la misa. Inclinó la cabeza,

moviendo los labios en una oración.

Elmo también se inclinó, pero no rezó. Esperó basta que hubo transcurrido el momento solemne y la gente volvió a moverse y a hablar. Entonces, tomó por segunda vez a Lorenzo por el brazo.

—Te lo digo por tu propio bien, Lorenzo. De ese modo te creas enemigos. No me refiero tanto a Giovanni, aunque Alessandra sea su esposa, sino más bien a Francesco. Está tan enfadado que tiene intenciones de trasladarse a Roma. Dice que no puede soportar el vivir en la misma ciudad que tú.

—¿De veras? —preguntó Lorenzo echándose a reír—. Pues le deseo un buen viaje, y cuanto antes lo emprenda tanto mejor. A mí no me gusta Francesco más de lo que yo le gusto a él —contestó el saludo de un amigo y miró a Elmo, sonriéndole—. Y ahora tengo que hablar con Luciano. Discúlpame, Elmo.

La gente lo conoció con el nombre de «el escándalo Borromeo» y dio mucho que hablar a las lenguas a principios del otoño. Casi todo el mundo se sintió encantado por la limpieza de la venganza de Lorenzo. Jacopo de Pazzi era un notorio mal perdedor, y fue una gran alegría privarle de la tremenda fortuna de Borromeo, que fue a parar a su sobrino.

Lorenzo estaba demasiado ocupado como para disfrutar de su éxito. Ahora tenía que hacerse cargo de unas propiedades bien diferentes. Su primo Pierfrancesco murió de repente, dejando a sus dos hijos bajo su tutela.

Lorenzo se hizo cargo de sus nuevas responsabilidades del mismo modo que bacía todo lo demás; aplicó toda su concentración y energía, y tomó decisiones rápidas sobre la mejor forma de llevar a cabo aquella tarea.

La casa de Pierfrancesco no estaba bien amueblada, y necesitaba reparaciones; ni siquiera poseía una villa. Siempre se había quejado de que su pobreza le impedía vivir con comodidad. Lorenzo decidió que los dos chicos se trasladaran al palacio de los Medici y pasaran a formar parte de su familia.

Pero, según le comunicó el abogado, el testamento de

Pierfrancesco especificaba que sus hijos tuvieran su propia casa.

En tal caso, pensó Lorenzo, quizá debiera acelerar el matrimonio concertado por su pupilo. El joven Lorenzo había sido comprometido con Ginebra de Pazzi, cuya dote era inmensa, y con ésta se podría sostener la clase de vida que pensaba deberían llevar los chicos.

Claro que el joven Lorenzo sólo tenía trece años, pero su novia también tenía la misma edad y muchas jovencitas se casaban a esa edad. A partir de ese momento ya se podían tener hijos, y a Lorenzo no le cabía en la cabeza que a su pupilo no le gustara llevar a cabo sus deberes como esposo en ese sentido. Tal y como recordaba las cosas de cuando tenía trece años, a esa edad se habría sentido feliz de tener hasta diez esposas.

Se echó a reír. Se trataba de una solución ingeniosa que, además, dejaría un sustancioso dividendo. Francesco de Pazzi se enfurecería al saber que la pequeña heredera no sólo le iba a permitir recuperar las propiedades de los Medici, sino incluso aumentarlas. Los chicos tendrían una villa propia. En realidad, ni siquiera se tendría que comprar una, ya que el viejo Antonio de Pazzi se sentiría probablemente muy feliz de permitirles utilizar La Vacchia como casa de verano.

Cuanto más pensaba en aquel matrimonio, tanto más le gustaba la idea.

Siempre y cuando Ginebra no se hubiera transformado demasiado en una Pazzi. Su joven primo era responsabilidad de él y no podía inducirle a un matrimonio prematuro con una versión femenina de Francesco.

Lorenzo intentó recordar cuántos años habían transcurrido desde la última vez que viera a Ginebra… Debían de ser por lo menos cinco. ¿Seguiría siendo la encantadora contadina, o habría aprendido de los Pazzi la altivez propia de aquella familia?

Decidió cabalgar hasta la villa de Antonio y comprobarlo por sí mismo. Era un día muy hermoso después de casi una semana en la que no había hecho más que llover.

Las puertas de acceso a la villa estaban abiertas y no eran atendidas por nadie. También estaba abierta la puerta de la casa.

Lorenzo sujetó las riendas del caballo en la argolla de hierro incrustada en el muro, junto a la puerta, y retrocedió unos pocos pasos para admirar la luneta de los Della Robbia. Se había olvidado de lo perfecta y hermosa que era.

Todo estaba muy quieto. No había viento, y las hojas de los olivos permanecían en silencio, sin moverse. Habría creído que el lugar estaba desierto de no haber sido porque hasta él llegaba el bajo murmullo de unas voces procedentes de alguna parte del interior de la casa. Aspiró aire dispuesto a lanzar un grito de saludo, pero finalmente lo exhaló con lentitud. No le pareció correcto aparecer como un intruso rompiendo con su grito la paz que lo rodeaba todo. Se dirigió tranquilamente en la dirección de donde procedían las voces.

El sonido se fue haciendo más fuerte y claro a medida que se aproximaba a ellas. Lorenzo reconoció las palabras. Un hombre recitaba en latín un pasaje de *Sobre la naturaleza de los dioses*, de Cicerón. Lorenzo se detuvo en el umbral de la puerta que daba al comedor, y esperó basta que el hombre hubo terminado de recitar.

La escena que se desarrollaba ante él resultaba curiosamente apropiada para las palabras del gran estoico romano. Era un ambiente erudito y austero. La larga y barnizada mesa de roble del centro de la estancia estaba cubierta con montones de papel, plumas cuidadosamente dispuestas, tintero y un cortaplumas. Las cuatro personas que se bailaban tomando la comida del mediodía estaban sentadas ante una mesa más pequeña situada frente a las ventanas de la pared de la izquierda. Tomaban sopa y pan, con la sopa servida en cuencos de madera.

El orador era Mateo, el tutor de Ginebra. Él y el viejo fraile se hallaban sentados en un banco, situado directamente bajo la ventana. Su aspecto era tan andrajoso como el que Lorenzo recordaba.

Antonio de Pazzi estaba sentado de cara a Lorenzo. La luz de la ventana brillaba sobre su cabello canoso, arrojando profundas sombras sobre los pliegues de su jubón de terciopelo, de estilo anticuado. Iluminaba también su rostro delgado y patricio, como el de un balcón. Lorenzo sonrió al observar la expresión concentrada de Antonio, pero la sonrisa se desvaneció en cuanto vio los pálidos ojos azules del hombre. Tenían un aspecto lechoso y no enfocaban

bien. Antonio estaba ciego.

Mateo terminó y los demás golpearon la mesa con las puntas de los dedos en un semisilencioso aplauso. Fray Marco sugirió que los dioses romanos eran mucho menos parecidos a Dios que los dioses griegos. Lo dijo en latín. Inmediatamente, Antonio y Mateo empezaron a discutir la afirmación, uno de ellos hablando en latín y el otro en griego. Ginebra se echó a reír ante la repentina discusión. Fray Marco sonrió con placer: había logrado embromar una vez más a sus dos amigos.

Ginebra estaba sentada, dándole la espalda a Lorenzo, frente al fraile y al tutor. Lorenzo observó que su espalda era más delicada y recta, que llevaba el cabello muy bien arreglado en una sola trenza que le caía casi hasta la cintura. Era evidente que comprendía y disfrutaba con la conversación de los hombres, y esto lo impresionó. En Florencia, la educación de una mujer se consideraba una buena cosa, pero a muy pocas de ellas se les enseñaba a discutir sobre Cicerón en las comidas. Y apenas había nadie, ya fuera mujer u hombre, que supiera griego. Incluso él mismo sólo había estudiado traducciones latinas de los escritores griegos. «Mi joven primo se va a llevar una esposa muy notable —pensó para sí—, si su disposición resulta ser tan exquisita como su educación».

—Disculpad por mi interrupción —dijo en voz alta—, ¿me permitís unirme a vuestra discusión?

Las palabras que pronunció en latín sonaron como si fuera música.

—¿Quién es? —preguntó Antonio.

Ginebra se giró con rapidez hacia la puerta.

—Es Lorenzo de Medici —dijo.

Lorenzo observó que la joven había cambiado muy poco. Tenía la misma nariz larga, la mandíbula puntiaguda en un rostro que habría sido irremediablemente feo de no ser por esos enormes y profundos ojos oscuros y por una boca graciosa y bien modelada. Pensó que la niña tenía un aspecto pálido muy poco saludable.

No podía saber que el color le había desaparecido del rostro en cuanto escuchó su voz. Desde la última vez que le vio, la adoración infantil de Ginebra por su héroe no había hecho más que aumentar, magnificarse, confundirse con las historias aprendidas sobre Jasón y Ulises, Aquiles y Hércules, Perseo y Belerofonte. Que ahora

apareciera de pronto en el umbral de la puerta era como si una leyenda se hubiera convertido repentinamente en realidad. La joven estuvo a punto de desmayarse.

—Bienvenido, Lorenzo —dijo Antonio—. Entra, por favor.

Lorenzo le dio las gracias, saludó a los demás, cruzó la estancia y se sentó en el banco, cerca de Ginebra. Para la joven fue como si el sol hubiera abandonado el cielo para posarse a descansar a su lado. Casi no podía creer que aquello hubiera sucedido. Le fue imposible prestar atención al debate sobre los dioses, ya que sólo escuchaba la voz de Lorenzo.

«Deja ya de andar por la luna», se dijo a sí misma reuniendo toda su capacidad de autodisciplina. Hizo un pequeño gesto y la vieja camarera trajo un cuenco de sopa humeante, que dejó delante de Lorenzo. Ginebra observaba atentamente a Antonio, como hacía siempre, colocándole una copa de agua mineral en la mano cuando su voz se hizo más ronca al contestar a las preguntas de Lorenzo con voz firme y clara, ofreciéndole respuestas bien razonadas. Cuando comprendió que las energías del anciano se habían agotado, puso punto final, a la conversación.

—Ya es hora de que descanses, abuelo.

—Eres una tirana, Ginebra —dijo Antonio con un suspiro, aunque había un gran amor en el tono de su voz.

Lorenzo se dio cuenta de que en aquella casa se habían producido numerosos cambios. La irritable aceptación de responsabilidad por parte de Antonio se había transformado en una intimidad y un afecto mucho mayores del que podía haber imaginado, mayores incluso que el existente entre sus propios padres. Aquello era un extraordinario nido de sabios.

Ginebra retiró la silla donde se había sentado su abuelo y luego se volvió de modo que la mano derecha extendida del anciano se posó sobre su hombro.

—He disfrutado mucho con tu compañía, Lorenzo —dijo Antonio—. Espero que aún seguirás aquí cuando haya terminado mi descanso. Me gustaría hablar un poco más contigo.

—Gracias, maese Antonio. A mí también me gustaría.

Y era cierto. A Lorenzo le había gustado mucho el espíritu de la discusión.

Antonio sonrió y se inclinó. Después, caminó con lentitud y

confianza, atravesando la estancia, con el apoyo y la guía de Ginebra. Se trataba, evidentemente, de una rutina que habían venido practicando desde hacía ya bastante tiempo.

—Es una joven encantadora —comentó Lorenzo.

Fray Marco y Mateo compitieron entre sí por exponer en voz alta las virtudes de Ginebra. La querían tanto como el propio Antonio.

Al regresar, Lorenzo le pidió que le mostrara de nuevo la obra de los Della Robbia en el jardín.

—Hace mucho tiempo que no la contemplo.

Se encontraba ante un ligero dilema. La actitud serena y la avanzada educación de Ginebra hacían que pareciera tener muchos más años de los que tenía en realidad. Quizá intimidara a su joven primo. Lorenzo había visto matrimonios en los que era la mujer la encargada de dirigir las cosas; era algo detestable.

Por otro lado, Ginebra se mostraba obediente y deferente. ¿Se comportaría también del mismo modo con el joven Lorenzo?

Necesitaba conocer mejor a la muchacha.

Su cuerpo era como el de un muchacho, lo que no representaba una buena señal en cuanto a su capacidad para quedar embarazada. Pero parecía fuerte, y no era tan pálida como había creído en un principio. Lorenzo se dio cuenta de que la joven se sonrojaba. El escrutinio al que la sometía la turbaba.

—Perdóname, contadina. Sólo estaba contemplando lo mucho que has crecido. Supongo que ahora ya no debería usar apodos infantiles con una mote a una jovencita tan bien educada como tú.

—¡Bueno, pero a mí me gusta que me llames así!

Las mejillas se le colorearon aún más y bajó los ojos para mirarse los pies.

Sin tener que preocuparse ahora por Antonio, estaba perdiendo con rapidez su disciplinada serenidad. Se sentía torpe e insegura de sí misma. Una furtiva mirada dirigida hacia Lorenzo logró enderezar la situación. Él estaba sonriendo y su sonrisa era de agrado ante la respuesta de ella; no se estaba riendo de ella. Su mirada era amistosa, cálida, interesada y estimulante. De pronto, tuvo el convencimiento de que podía contarle cualquier cosa, y que

él no lo desaprobaría. Era su amigo.

—Nadie más me ha llamado nunca por ningún apodo —le confió —. Eso me produce la sensación de que somos amigos especiales, como el hecho de haber nacido en el mismo día… Siempre me encantan los confetti que me envías. ¿Recibes las cartas que te envío para darte las gracias?

—Desde luego —Lorenzo recordó ahora que cada año recibía un pequeña carta, cuidadosamente formal, en respuesta a los pequeños obsequios enviados por su secretario. Eso, al menos, era algo más de lo que bacía su sobrino Bernardo, con quien también compartía el día de nacimiento. Tendría que hablar con aquel muchacho. Dentro de poco cumpliría los ocho años, edad más que suficiente para escribirle—. Disfruté mucho leyéndolas. La mayor parte de las cartas que recibo me dan mucho trabajo, y nada de placer.

Ginebra sonrió. Tenía un aspecto muy joven y parecía ávida por agradar. Desde luego, sería una buena esposa para el muchacho de Pierfrancesco.

—Sabes que algún día te casarás con mi primo, ¿verdad, Ginebra?

—Sí.

La joven volvió a ruborizarse. Se sentía totalmente hechizada por Lorenzo, pero había ciertos secretos que no podía compartir con él. Hasta hacía muy poco había creído que era con Lorenzo con quien iba a casarse. Recordaba que él le había puesto el anillo en el dedo durante la ceremonia de compromiso, y no podía imaginar que en el mundo hubiera más de un Lorenzo. Demasiado ignorante como para saber lo que significaba la palabra «esposa», o cómo un hombre podía tener dos esposas, se inventó un futuro en el que se veía a sí misma viviendo en el palacio de los Medici, formando parte de su familia, cada día convertido en una mágica bendición de fiestas de cumpleaños, canciones cantadas en compañía de los aprendices de Verrocchio y estimulantes cabalgatas juntos sobre caballos que jamás se cansaban.

—«César» está bien —dijo de pronto—. ¿Quieres verlo? Me refiero a mi caballo, que tú me regalaste.

—Claro que sí. ¿Continúas montando?

—Todos los días, mientras el abuelo descansa.

—Entonces hoy te estás perdiendo tu sesión de montar.

—No me importa. Preferiría salir a pasear contigo.

—¿Y por qué no cabalgar? Mi caballo ya ha descansado bastante.

Ginebra contuvo la respiración por un momento antes de preguntar:

—¿De veras? ¿Los dos juntos?

Tomó a Lorenzo por la mano y echó a correr atropelladamente hacia los establos, arrastrándole tras ella.

Montaba a pelo y explicó que, de ese modo, «César» y ella estaban más cerca y podían comprender mejor los deseos del otro, sin necesidad de emplear las riendas.

Y montaba como nadie que hubiera visto Lorenzo antes. Con la falda sujeta por una tira de cuero atada alrededor de la cintura, las rodillas desnudas y las piernas moldeándose a los flancos de «César», Ginebra y su caballo parecían casi un centauro, un solo ser. Su rostro aparecía iluminado con una expresión de total abandono a la felicidad que sentía. Galopó junto a Lorenzo, adelantándole a veces, gritándole para que la alcanzara, comportándose como si fuera una criatura místicamente espiritual, como si formara parte del mundo de la naturaleza, y no del de los hombres. Cuando el camino adquirió una mayor pendiente y se hizo más ancho, ella le desafió a una carrera. Lorenzo se mostró de acuerdo e inmediatamente hincó las espuelas en los flancos del animal, experimentando la salvaje alegría de un gitano, al igual que Ginebra. Se lanzó a todo galope, pero ella fue la primera en llegar a lo más alto de la colina. La joven levantó los brazos, abriéndolos por completo, en un gesto de triunfo y alegría que Lorenzo reconoció en su propia alma como el verdadero significado de la libertad.

Tras abandonar la villa regresó cabalgando lentamente a la ciudad. Deseaba disponer de tiempo para pensar antes de volver a entrar en su mundo ocupado y complicado.

¿Cómo podía soportarlo aquella niña? Llevaba una vida de reclusión, de largas horas de estudio, de una incesante devoción a las necesidades y comodidades de los demás, y eso la hacía feliz. Así se lo dijo cuando él se lo preguntó, asombrada por el hecho de que

la interrogara sobre cómo se sentía por lo que le había tocado en suerte.

Sin embargo, y al mismo tiempo, aquel estilo de vida restringido no contenía sus emociones. Ginebra tenía pasiones en lugar de sentimientos. Cuando le dijo que amaba a los tres hombres con los que vivía, él percibió en su sencilla afirmación una feroz capacidad de protección que asustaba en una persona tan joven como ella.

Según le explicó Ginebra, la esposa de Mateo le había abandonado porque odiaba la tranquilidad de la villa. Regresó junto a su familia en Arezzo y, según le dijo la cocinera, vivía en una forma de matrimonio con otro hombre. Había acudido en dos ocasiones a La Vacchia para pedirle dinero a Mateo. En cada ocasión, éste le entregó todo lo que tenía y luego experimentó de nuevo las semanas de desesperación que le producían su partida.

—Le dije que si volvía a poner los pies en esta casa la mataría —dijo Ginebra con un tono de voz terminante, y Lorenzo la creyó capaz de hacerlo.

Si era así, ¿cómo reconciliaba ella los aspectos conflictivos de su naturaleza? ¿Cómo era posible que un corazón tan salvaje pudiera llevar una vida doméstica tan tranquila como si tuviera ya una edad prematuramente avanzada? ¿Y sentirse contenta con ello, además?

Lorenzo sintió que un escalofrío le recorría la nuca. Estaba seguro de que las respuestas a sus preguntas eran un misterio. No un rompecabezas que pudiera ser resuelto, sino un misterio como los que descubrían los hombres antiguos en fuentes y cuevas ocultas y para los que hacían sacrificios propiciatorios.

Experimentó un extraño lazo de unión con este espíritu niña—mujer, como si ella le fuera a descubrir las respuestas definitivas que jamás podría encontrar por sí mismo. Ella conocía la tranquilidad que él anhelaba tan a menudo, la incontrolada emoción que jamás se atrevía a liberar, y la absoluta libertad de naturaleza que había creído sólo eran metáforas poéticas.

Ella compartía su mismo signo astrológico. Luego, quizá compartiera su alma y se convirtiera en una extensión de sí mismo, la parte que él echaba en falta.

No sabía qué hacer con respecto al matrimonio. A su mente acudió una desagradable imagen de un ave con las alas rotas, pero se obligó a rechazarla.

El abogado de Pierfrancesco le visitó aquel mismo día y fue él quien sin quererlo le solucionó el problema. Resultó que la herencia de los muchachos estaba compuesta por una fortuna estupenda. La miserable tacañería de Pierfrancesco le había inducido a guardar e invertir prácticamente cada florín que tocaban sus manos.

La boda podía posponerse indefinidamente.

—Y que sea bueno. Agnolo —dijo Lorenzo—. Tienes que ayudarme. Mis jóvenes primos son los muchachos peor educados de toda Florencia. Su padre economizó en su educación, del mismo modo que ahorró en todo lo demás. Pensar que Lorenzo pueda casarse con una mujer como Ginebra cuando apenas es capaz de leer *La guerra de las Galias*, o distinguir un caballo bueno de otro malo. Es algo abominable. ¿Me ayudarás a encontrarle un tutor?

—Lo intentaré, Lorenzo —contestó Agnolo Poliziano con expresión solemne—, pero debo decir que no me siento precisamente esperanzado. Si no hay el menor deseo de aprender, resulta imposible enseñar a un muchacho de esa edad. Y si el deseo hubiera estado presente, habría aprendido por muy poca cosa que haya podido ser su tutor.

—Supongo que tú no…

—¡No! Tus hijos son una cosa. Por amor a ti, los amaré y me haré cargo de su tutoría. Pero no estoy dispuesto a hacer lo mismo con tus primos, sobre todo después de la descripción que me has hecho de ellos.

—Tienes razón, claro —asintió Lorenzo con una gran sonrisa—. No debería haberte hablado de ellos. Habría sido muy divertido ver cómo te rompías la cabeza sobre las rocas de su ignorancia.

Poliziano vaciló y finalmente se echó a reír. No siempre era capaz de saber cuándo estaba bromeando Lorenzo. Y por esto mismo, a Lorenzo le encantaba burlarse de él, pero sólo lo bacía cuando se bailaban a solas. Agnolo era vulnerable, y Lorenzo llevaba buen cuidado de no hacerle sentirse en ridículo delante de sus otros amigos. Sentía un respeto infinito por la mente de Agnolo, y sabía ser delicado para con sus sensibles sentimientos.

Se habían conocido bacía dieciocho meses, cuando Poliziano le envió un poema épico que había escrito sobre el torneo de Giuliano,

en el que se repitió e incluso se superó el espectáculo ofrecido en el torneo organizado con motivo de la mayoría de edad de Lorenzo. Poliziano andaba a la búsqueda de un mecenas.

Varias docenas de poetas habían tenido la misma idea. Pero el talento de Poliziano distinguía su oferta de la de los demás. Su poesía era sublime y contenía graciosas metáforas, imágenes sorprendentes, alusiones eruditas e imaginativas a la mitología clásica que era una parte integral de la filosofía neoplatónica que tanto gustaba a Lorenzo.

Mandó llamar inmediatamente a Agnolo. El joven poeta tenía veinte años, es decir, seis años más joven que Lorenzo. Parecía más un soldado que un intelectual, ya que poseía un cuerpo musculoso y fornido, y un rostro nudoso, dominado por una nariz enorme y ganchuda. No se mostró humilde, como sucedía con la mayor parte de los suplicantes de Lorenzo, y éste le admiró por su gran confianza en sí mismo.

Llevaba varios años estudiando con los eruditos que más respetaba Lorenzo, los hombres que habían formado la «Academia Platónica». Al preguntarle por qué no les había convencido para que le recomendaran. Agnolo contestó que no deseaba ningún ascenso que no hubiera ganado con su propio talento.

Lorenzo le invitó a vivir en el palacio de los Medici y le garantizó unos ingresos anuales. Durante los meses que siguieron. Agnolo se transformó en el amigo más íntimo de Lorenzo, después de Giuliano. También era uno de los favoritos de Lucrezia, y de los cuatro niños.

Lorenzo tuvo muy pocas dificultades para convencer a Agnolo de que se hiciera cargo del delicado trabajo de encontrar un tutor para los hijos de Pierfrancesco. Agnolo sentía verdadera devoción por Lorenzo y estaba totalmente dedicado a su servicio. Admiraba su energía y su amplia escala de actividades, respetaba sus habilidades políticas y diplomáticas, apreciaba su ingenio y su imaginación. Pero reconocía más que ningún otro su asombrosa capacidad para la poesía. Pensaba que era casi una verdadera tragedia que Lorenzo no pudiera dedicar todo su tiempo a llevar a cabo un trabajo serio como poeta.

—Así pues, espero que soluciones mi mayor problema, Agnolo. Me siento profundamente agradecido por ello. Una vez que hayas

escudriñado el ambiente, me uniré a ti para efectuar la elección final. Mientras tanto, yo mismo me ocuparé de las cuestiones menores.

Lorenzo contrató a trabajadores para que se dedicaran a reparar y mejorar la casa de sus primos. Pasaba todas las horas que podía con los muchachos, con objeto de conocerlos e introducirlos a los placeres de ser un Medici en Florencia.

A finales de aquel mismo año estaba más que dispuesto para entregarlos en manos de un tutor. A pesar de todos sus esfuerzos, los muchachos seguían mostrándose hostiles a los planes que había trazado para ellos, y resistían sus intentos de impartirles un deseo por la educación.

—Cualquiera será adecuado para la tarea —le dijo a Poliziano casi gimiendo—. A estas alturas ya contarás con candidatos adecuados.

—A la semana que viene te traeré por lo menos a tres. Entonces podrás elegir.

Pero para entonces, Lorenzo tuvo que dirigir toda su atención hacia exigencias más vitales.

16
1477

El día de su cumpleaños Lorenzo recibió la noticia de la muerte de su aliado más fuerte, Galeazzo Sforza, duque de Milán.

Había sido asesinado a la puerta de la iglesia a la que se disponía a entrar para asistir a misa el día después de Navidad.

Lorenzo tuvo que sentarse, petrificado. Bruno, su secretario se llevó al correo que le había comunicado la noticia, y le recompensó por la peligrosa velocidad con la que había viajado por los helados caminos montañosos desde Milán.

En su despacho, Lorenzo imaginaba horribles visiones para el futuro.

—La república se halla en un peligro mortal —susurró en la estancia vacía—. Unos pocos pasos más lo habrían salvado. Si al menos hubiera entrado en el santuario de la iglesia. Unos pocos pasos…

Las noticias llegaron a Roma tres días después de ser conocidas en Florencia. El papa Sixto gimió y cayó de rodillas.

—La paz de Italia ha muerto —dijo.

Aquella noche, en un palacio de la colina Palatina, Girolamo Riario, el sobrino de Sixto, atendía a su amigo Francesco de Pazzi con cena y música. Tal y como sucedía en aquellos momentos en numerosos lugares de Roma, de Florencia, Venecia, Perugia, Asís y en otras muchas ciudades, grandes y pequeñas, hablaron sobre el asesinato del duque de Milán.

—Casi no puedo creerlo —dijo Francesco—. Sforza siempre estaba rodeado por guardias armados. Si se hubiera tratado de Florencia, habría sido diferente. Lorenzo de Medici va a todas

partes sin ninguna protección…

Su voz se desvaneció en un resonante silencio y miró a Riario.

El absentista señor de Imola le devolvió la mirada.

El complot para asesinar a Lorenzo tuvo sus inicios en aquel intercambio de miradas, inducido por un simple e inofensivo comentario.

Tras los minutos iniciales de conmoción al recibir las noticias procedentes de Milán, Lorenzo actuó. Se convirtió en un remolino de toma de decisiones dedicado a impartir órdenes, escribir cartas, mantener conferencias y convocar reuniones de urgencia.

El heredero de Galeazzo, el nuevo duque de Milán, era un niño, por lo que el gobierno quedaba en las manos inexpertas y débiles de su madre, la duquesa Bona. Y Galeazzo tenía tres hermanos menores, cada uno de los cuales intentaría hacerse cargo del control. Y ninguno de ellos había mostrado nunca una lealtad especial a la alianza establecida entre Milán y Florencia.

Lorenzo decidió enviar inmediatamente a Milán a su viejo consejero Tommaso Soderini y a Luigi Guicciardini, un experimentado diplomático. Llevaban consigo las autorizaciones pertinentes para obtener de la sucursal del banco de los Medici en Milán cualquier cantidad, así como cartas dirigidas a Bona en las que Lorenzo ofrecía el apoyo de Florencia y expresaba su profundo dolor y simpatía. «Os envío a dos mentes sensatas, de nobles corazones, para aconsejaros —escribía—. Podéis confiar en ellos de modo absoluto para guiaros y ayudaros a recorrer el mejor camino para la seguridad y el futuro de vuestro Estado y de vuestro hijo huérfano».

Al mismo tiempo que él escribía a Bona de su puño y letra, Bruno le transcribía las cartas dictadas, dirigidas a los jefes de Estado de todos los gobiernos italianos y europeos. En dichas cartas se expresaba la determinación de Florencia de apoyar a la regente viuda.

Después de eso, Lorenzo ya no podía hacer otra cosa sino esperar: esperar los informes que le llegaran desde Milán y de los informadores que tenía diseminados por todas partes; esperar las acciones de los demás para saber cómo debería responder; esperar

las indicaciones de desplazamientos en el delicado equilibrio de poder existente en Italia, y aquellas amenazas que se pudieran cerner de repente sobre la vulnerable república. Ahora, más que nunca, la información era algo esencial para él. Se reservó las horas de la noche para el trabajo en su despacho, dedicado a leer el gran flujo de despachos que le llegaba todos los días. Los estudiaba, los comparaba, analizaba la posible existencia de pautas, escribía urgentes peticiones de mayores detalles y que se acudiera a las fuentes que le parecían más importantes.

No se preocupó por el informe de un rumor no confirmado procedente de Roma, según el cual existía un complot para asesinarle. Aquella clase de rumores había existido siempre y estaba seguro de que no tenía nada que temer. La república no tenía un gobierno déspota y él no tenía ninguna necesidad de tomar precauciones especiales, ni de guardia personal. Los propios ciudadanos de Florencia eran sus mejores guardias.

Mientras tanto, y hasta que los acontecimientos no exigieran una acción gubernamental, había otras cosas que necesitaban su atención.

A finales de enero le nació una nueva bija, que vino acompañada por todas las fiestas que exigía una ocasión tan feliz. Luisa se pasó las fiestas durmiendo plácidamente.

Y había que atender también todas las fiestas tradicionales de los santos, con las procesiones y los autos sacramentales que habían añadido significado porque ofrecían oraciones a los santos suplicando su protección para Florencia.

Y era necesario prestar una atención adicional a su amante, aunque dicha necesidad se iba haciendo cada vez más onerosa. Lucrezia Donati estaba desgarrada porque creía que iba a morir. Sólo tenía veintiún años y era muy hermosa, pero había observado unas diminutas arrugas en los ángulos de los ojos, y juraba que era capaz de detectar una cierta aspereza en la textura de su sedosa piel. Estaba envejeciendo, según le dijo a Lorenzo, echándose a llorar entre sus brazos.

Hacía dos años desde que viera terminar bruscamente su reinado como la mayor belleza de Florencia, al regresar Marco Vespucci de Génova con su recién desposada. Simonetta Vespucci se convirtió, de la noche a la mañana, en la incontenible amada de todos los

hombres que habían cortejado a Lucrezia. Los poemas, las canciones, las flores, los dulces, los pequeños regalos eran enviados ahora al Palazzo Vespucci.

Lucrezia soportó la deserción con una gran calma exterior. Lorenzo seguía mostrándose asiduo en sus regalos y visitas, y Lucrezia dijo alegremente que su forzada abdicación no era más que una bendición porque eso le permitía disponer de más tiempo que dedicarle a él, y disfrutar igualmente de una cierta intimidad largo tiempo deseada.

El día en que se celebró el torneo de la mayoría de edad de Giuliano, Lucrezia sonrió radiante desde el trono de Reina del Torneo, a pesar de que Simonetta fue entronizada junto a ella como Reina del Amor y la Belleza.

Pero luego, tras sólo un año y medio de triunfo, Simonetta murió. Nadie sabía que estaba tísica, ni siquiera ella misma. Tras la aparición de los primeros síntomas, el fin se produjo con gran rapidez, y tuvo lugar al cabo de unas pocas semanas.

Lucrezia se sintió aterrorizada. Era la primera vez en su vida que se veía obligada a reconocer que la muerte le sobrevenía a todo el mundo, incluso a las mujeres hermosas y jóvenes. Si no ocurría de un modo repentino, como le había sucedido a Simonetta, se producía de un modo lento, mediante la acumulación de los años. Y llegaría el día en que también le sucedería a ella.

Lucrezia no fue la única persona que se sintió profundamente afectada por la muerte de Simonetta. Giuliano había estado enamorado de ella y el dolor que sintió fue desesperado. Ciertamente, también fue de corta duración, ya que se vio agotado por su intensidad.

Pero un año después del entierro de Simonetta, Sandro Botticelli seguía llorándola.

Al principio, Lorenzo se quejó por lo que no consideraba más que como un facsímil de la muerte en su viejo amigo. Sandro no había creado nada durante todo aquel año. Luego, Lorenzo se enojó.

—Te encontrabas en la cúspide de tu profesión, Sandro, en la mayor altura alcanzada por tus poderes. Sigo queriéndote, pero mi respeto ha muerto porque tú estás muerto. ¿Qué es un pintor

incapaz de pintar?

Botticelli giró la cabeza hacia otra parte. Unas débiles lágrimas rodaron por sus mejillas hundidas.

—No me atormentes, Lorenzo, te lo ruego. Ya me siento mucho más atormentado de lo que soy capaz de resistir.

Lorenzo cruzó el estudio en semipenumbra y abrió las ventanas.

—Deja que la luz y el aire penetren en esta tumba que te has construido para ti mismo.

La luz del sol cayó sobre los brillantes colores de pinturas secas de la mesa de trabajo situada bajo las ventanas. Sandro se cubrió los ojos.

Lorenzo le apartó las manos de la cara, sujetando las muñecas de Sandro con firmeza, haciéndole incluso daño.

—Escúchame —le espetó—, no puedes hacer esto.

Has sido tocado por Dios, has recibido un don que no tienes ningún derecho a desperdiciar. Es una verdadera blasfemia alejarte de tu arte, esconderte de él. Mira tus pinturas. Están secas e inútiles ahora. Igual que tú mismo. Eres una verdadera abominación para los santos.

Sandro se desprendió de las manos que lo sujetaban con la fuerza de un loco.

—Entonces deja que sean ellos quienes me maten —gritó—. Eso es todo lo que espero. Entonces podré volverla a ver, entre los ángeles.

Lorenzo retrocedió. Su cólera febril había desaparecido como por ensalmo y sintió un frío temor ante la locura de su amigo.

—Déjame —le pidió Botticelli—. Si me amas, déjame, Lorenzo, te lo ruego.

El sonido de las ventanas al ser cerradas siguió a Lorenzo a lo largo de la calle, mientras regresaba apresuradamente a su casa.

—No puedo comprender la locura —le dijo a su madre—. Después de la llegada de Simonetta a Florencia, Sandro ya nunca estuvo cuerdo del todo. La vio en el Mercato, llevada en una litera, y se enamoró de la perfección de su belleza. Muy bien. Eso fue lo mismo que le sucedió a todo aquel que amara la belleza en la ciudad. Pero…, ¿recuerdas, mamina, que se negó a conocerla? ¿Que

incluso se negaba a estar en la misma habitación que ella? Nos burlamos tanto de su timidez. Si al menos se hubiera convertido en su amante en la realidad. Si hubiera tomado posesión de su cuerpo. Si ella le hubiera correspondido a su amor, entonces quizá habría tenido un cierto sentido esta exageración del dolor. Pero esto… es una locura.

Lucrezia empezó a ponerse los zapatos que utilizaba para salir al exterior.

—No tenía ni la menor idea de que las cosas estuvieran tan mal —dijo—. Voy a traerle a casa. Y tú te mostrarás paciente con Sandro. Tú mismo tienes parte de culpa en todo esto, Lorenzo.

—¿Yo? Estás tan loca como él. ¿Acaso maté yo a Simonetta?

—Tú hiciste que Sandro entrara a formar parte de tu Academia Platónica. Excitaste su imaginación con el concepto del ideal. Él no es un filósofo, sino un artista. Cuando vio a una mujer que era para él el propio ideal de la belleza, no se dedicó a permanecer sentado junto a una mesa para discutir las obras de Platón sobre el tema, sino que le rindió su corazón y su alma. Ahora, yo tengo la intención de recuperar ambas cosas.

Lucrezia rindió a Sandro con los cuidados y la aceptación de un amor de madre, y el cuerpo del joven artista se fue fortaleciendo poco a poco.

Pero fue Lorenzo el que le rescató en realidad.

Cada semana, Lorenzo y Giuliano salían varias veces al campo, a caballo, dedicados a buscar una villa que pudieran comprar para los hijos de Pierfrancesco. Lorenzo estaba decidido a lograr que los muchachos salieran de la ciudad en el verano y experimentaran los placeres y los desafíos de estar fuera de casa. Agnolo Poliziano les había encontrado un tutor que no era precisamente muy brillante como erudito, pero que compensaba sus deficiencias como profesor con su voluntad para enseñar a sus alumnos a cabalgar y a cazar y a aceptar los riesgos que se esperaba de los hombres.

A primeros de mayo, Lorenzo compró Villa Castello con el dinero procedente de la herencia de Pierfrancesco. Se trataba de un pequeño y elegante castillo situado a casi cinco kilómetros de Prato, al pie de una montaña de suaves laderas. Luego convenció a

Botticelli para que le acompañara una tarde allí. La montaña estaba alfombrada de color, con delicadas flores silvestres agitadas por la suave brisa.

—Esto es algo que casi se acerca a la perfección, ¿no te parece, Sandro?

Los aturdidos ojos del artista eran una confirmación.

—¿Quieres pintar la perfección para mí, amigo mío?

¿Para colgar el cuadro en este lugar, entre las ventanas desde donde se contempla la montaña? ¿Estás dispuesto, puedes y quieres poner tu corazón en el lienzo, para darle color e historia?

—Quiero intentarlo —dijo finalmente Botticelli—. Quiero ver bien las ventanas, el espacio que hay entre ellas. ¿Es lo bastante grande? La pintura debe ser bastante grande.

Lorenzo contuvo el impulso que sintió de abrazar a su amigo. Ahora no debía presionarle, alora que empezaba a regresar de nuevo a la vida.

—Entremos —le dijo—. Si el espacio te parece demasiado pequeño, haré correr las ventanas.

—Nuestro Sandro está curado, gracias a Dios —dijo Lucrezia.

Después de la visita a la villa, Botticelli había entrado precipitadamente en el palacio llamando a gritos a Agnolo Poliziano. Durante dos semanas trabajó de un modo frenético, acompañado por Agnolo, haciendo un boceto tras otro para la pintura que ya veía en su mente. Agnolo se sintió muy honrado por la necesidad que Sandro tuvo de su presencia. El artista deseaba utilizar muchas de las imágenes alegóricas que Agnolo había imaginado en su poema para la justa de Giuliano.

—No puedo deciros lo que está haciendo —comunicó Poliziano a la familia—. Me ha hecho prometérselo.

Lorenzo se sentía consumido por la curiosidad, pero no se ofendió por la exclusión. Era demasiado feliz por el hecho de que Sandro hubiera vuelto a trabajar.

Lucrezia, por su parte, se sintió gratificada cuando el artista empezó a quejarse de que siempre tenía hambre. Todo volvía a ser como en los viejos tiempos, cuando Sandro no era más que un muchacho en pleno crecimiento que vivía con ellos.

Cuando el calor del verano cayó sobre la ciudad, Lucrezia y Clarice, acompañadas por los niños, se trasladaron a la villa de Fiesole. Giuliano se quedó en Careggi; allí estaban los establos, y ya sólo faltaban unas pocas semanas para el Palio.

—Voy a mimar a «Morello» para que me quiera tanto como te quiere a ti, Lorenzo —le dijo a su hermano—. Este año ganaremos los Medici.

A Lorenzo le habría gustado mucho ayudarle con el entrenamiento del caballo, pero tuvo que quedarse en la ciudad para sopesar los informes diarios que le Llegaban desde Milán. Contando con el apoyo de Florencia, la duquesa había logrado conservar el control, a pesar de la sangrienta revuelta ocurrida en Génova y la agitación de los tres hermanos Sforza.

Siguió su habitual rutina veraniega de largas conversaciones sociales al atardecer, en la *loggia*, que representaban un verdadero respiro de las demandas cotidianas sobre sus capacidades para el disimulo. Tanto en la misa, como en las calles y en las reuniones del gobierno, todo el mundo deseaba sentir que Florencia estaba a salvo, aun cuando la situación en Milán fuera confusa.

No obstante, Lorenzo también se reservó tiempo para actividades más felices. La Villa Castello necesitaba diseños para los muebles, órdenes para la renovación, planes para los jardines. Él se hizo cargo de todo ello. Pero lo mejor de todo fue que tuvo que decidir sobre las pinturas. Desde la pérdida de la cuenta papal a manos de los Pazzi, no había tenido dinero para encargar nada de arte.

Ahora, gastó con generosidad de las propiedades de Pierfrancesco, comprando para sus hijos, revitalizando así el mecenazgo de los Medici, tan necesario para los artistas de Florencia. En el taller de Antonio Pollaiuolo escuchó con sumo respeto las sugerencias del pintor. Piero, su padre, había considerado a este hombre como el mayor pintor de la época. Lorenzo le consideraba como el mejor narrador en cualquier forma que eligiera, y le encargó una representación de la batalla entre Hércules y Anteo, en una pintura y en forma de estatua de bronce.

Se mostró algo menos formal en la visita a Luca Signorelli. Luca tenía su misma edad y aún no era considerado por nadie como un verdadero maestro, aunque Lorenzo creía en su talento.

Luca deseaba hacer una enorme madonna con niño. Lorenzo, en cambio, prefería el heroísmo clásico. Discutieron ruidosamente, comieron pan, queso y rábanos y finalmente llegaron a un arreglo que les hizo feliz a ambos. La Villa Castello tendría un *guardaroba*, una habitación revestida de guardarropas, cuyas puertas estarían decoradas con el asedio de Troya. Y habría una pequeña madonna con niño decorando la parte superior del altar, en la capilla.

Lorenzo también se pasó algún tiempo en el taller de Verrocchio, seleccionando lámparas, cuchillos y tenedores, copas, atriles, diseños de tapices, bancos de jardín, fuentes y gran cantidad de cofres de todos los tamaños o *cassone*.

—¡Cómo me gusta que vengas por aquí! —exclamó Andrea—. ¡Eh, polluelos! Nos vamos a hacer ricos.

Los aprendices lo vitorearon.

—No os alegréis tanto todavía —replicó Lorenzo riendo—. No voy a pagar hasta que no se haya hecho el trabajo. Quiero las decoraciones en témpera y no hechas con el vino que os compraríais en tal caso.

Pero no opuso objeción alguna cuando todos se dedicaron a beber para celebrarlo y uno de los aprendices hizo un boceto sobre la limpia madera de la mesa con un dedo mojado en el Chianti. Inmediatamente, Piero Perugino obtuvo el monopolio de la pintura de todas las arcas, en las que se mostrarían escenas de las fiestas de Florencia.

Lorenzo también le encargó a Filippino Lippi frescos para las paredes de la capilla de la villa. El padre del joven había sido el notorio monje libertino fray Filippo Lippi, que fuera íntimo amigo de Cosimo. Filippino sólo contaba con doce años de edad cuando murió su padre. Durante los ocho años transcurridos desde entonces había estudiado con Sandro Botticelli, haciendo luego cuanto estuvo en su mano por seguir manteniendo el taller en funcionamiento durante el año en que Sandro no hizo nada.

En cuanto al propio Botticelli, Lorenzo lo dejó a su aire. Se había trasladado de nuevo a su taller y ahora trabajaba febrilmente. Y las ventanas estaban completamente abiertas.

Los gastos hechos por Lorenzo fueron enormes, incluso a escala

de un Medici, pero apenas representaban una pequeña parte de las propiedades dejadas por Pierfrancesco. Lorenzo extendió documentos para concederse a sí mismo un préstamo de sesenta mil florines. El mantenimiento de la paz en Milán era algo costoso. Y en Borgoña, donde había muerto Carlos el Temerario dejando a deber noventa y cinco mil florines a la sucursal bancaria de Brujas.

Los pupilos de Lorenzo se sintieron encantados con la villa y con los nuevos y relucientes muebles que no dejaban de llegar. Decidieron que su primo era un tutor maravilloso, y empezaron a encontrar agradables las visitas que ésta les hacía.

Los muchachos aprendieron a montar lo bastante bien como para acompañarle una vez a Careggi para ver cómo Giuliano se entrenaba para el Palio. Y ambos se sintieron incluso más desilusionados que el propio Lorenzo cuando Giuliano cayó enfermo y no pudo participar en la carrera. En la de aquel año participó un caballo de los Medici, montado por un mozo de caballos, pero terminó de los últimos. Lorenzo no habría permitido que otro que no fuera Giuliano hubiera montado a «Morello».

Después de haberlo intentado veintiséis veces, esta vez ganó Alberto Palmieri. Para celebrarlo, llenó de vino las fuentes de cuatro piazzas, y el carnaval fue más alegre que nunca. La canción que Lorenzo había compuesto el año anterior sonó día y noche en las calles, convertida en el tema aceptado por todos los que andaban de jarana… «¡Qué bella juventud que tan rápido se desvanece!».

Lorenzo sonreía al escucharla.

—Ya veo que disfrutas de la inmortalidad —gruñó su amigo Luigi Pulci—. Me muero de envidia. La injusticia me molesta. Después de todo, soy mucho mejor poeta que tú.

Lorenzo le empujó hacia una de las fuentes llenas de vino. Pulci aseguró que por fin había encontrado su verdadero hogar.

—Creo haber olido a algo bueno.

Sandro Botticelli cruzó la puerta con la nariz ligeramente levantada y olisqueando. Lorenzo se levantó de un salto de la silla y corrió al encuentro de su amigo. Después de un fuerte abrazo, miró a Botticelli de arriba abajo. Sandro iba bien ataviado, estaba bien

alimentado y sonreía. Volvía a ser el mismo de siempre.

—Ven a comer —dijo Lorenzo.

Apartó la nieve que Sandro llevaba en los hombros. El día de diciembre era bastante frío. Agnolo Poliziano se movió hacia un lado, dejando espacio a su lado, sobre el banco. Botticelli se sentó y empezó a engullir tranquilamente la cena de Agnolo.

En el palacio de los Medici se alojaba como invitado un joven enviado desde Milán que contempló la audacia del joven artista con la boca abierta. Pero no le sorprendió. Ahora, ya nada podía sorprenderle en la casa del nada convencional jefe de la república florentina. En el castillo de la duquesa de Milán existía una estricta formalidad y protocolo cortesanos. Aquí, en cambio, reinaba la anarquía. Todo el mundo se dirigía a Lorenzo por su nombre de pila, le tuteaba, hablaba con él tan libremente que, de haber estado en Milán, el que así lo hubiera hecho podría haber sido enviado a las mazmorras.

—Embajador —dijo Lorenzo—, este zascandil es el gran pintor Sandro Botticelli… Sandro, nuestro visitante es el marqués Stefano Vallambroso. Nos ha traído la buena noticia de que todo está tranquilo en Milán. Espero que tú también tengas buenas noticias que comunicar.

Botticelli hizo un gesto de asentimiento hacia el milanés, a modo de saludo, declaró que se sentía encantado de conocerlo y luego empezó a rebañar la salsa que quedaba en el plato que tenía ante sí. Empleó un laborioso cuidado para trocear el pan, que aplicó exactamente en el centro del plato, desde donde lo movía en círculos concéntricos.

—Siento que la daga se sacude en su vaina, a mi costado —comentó Luigi Pulci—. Quiere matar a Sandro. ¿Debo permitírselo?

—Ayúdala —gruñó Andrea del Verrocchio—. Nunca me ha gustado la competencia.

Agnolo se apartó espectacularmente de Sandro, al tiempo que decía:

—No me salpiques las ropas, por favor. La sangre siempre deja manchas.

—Estoy temblando de miedo —murmuró Sandro con la boca llena, sin dejar de masticar.

Lorenzo dio unos golpes sobre la mesa con la cuchara.

—Atención. Mirad esto —dijo levantando la tapa de la sopera y enviando con una mano el vapor que surgió de su interior hacia donde se hallaba Botticelli. Luego, volvió a dejar la tapadera en su sitio con un chasquido—. Hay mucho más para todo aquel que esté hambriento, siempre y cuando deje de volverme loco.

Sandro le miró y sonrió.

—Ya está terminado —dijo por fin—. Os invito a todos a venir mañana al taller para verlo.

Tomó el plato vacío de Agnolo y lo extendió hacia delante. Lorenzo empujó la sopera en su dirección.

—*¡Bravo!* —gritó—. *¡Bravissimo!* —Hizo gestos hacia el camarero que estaba ante la puerta—. Trae más pan para un pintor hambriento.

—Y un plato para un filósofo hambriento —añadió Poliziano.

17

El taller de Botticelli no era muy grande, puesto que no llegaba ni a una cuarta parte del tamaño del tremendo almacén de Verrocchio transformado en taller. Era también donde el pintor tenía su casa, con la cama y la cocina en un rincón, y su aprendiz Filippino vivía en un pequeño cobertizo adosado al edificio. Con objeto de habilitar espacio para los amigos a los que había invitado, la cama, la cocina y el cofre habían sido apilados uno encima del otro, apoyados contra la pared.

Aun así, apenas quedaba espacio suficiente. Verrocchio se lo había dicho a todos los que conocía, y éstos se lo habían contado a otros, y la noticia se había extendido por entre el amplio mundillo amante del arte de la ciudad. La calle que daba al taller aparecía llena de gente, ávida e impaciente al mismo tiempo, en espera de que le tocara el turno de ver lo que Sandro había hecho.

Abrieron paso para que Lorenzo pasara entre ellos, y él aceptó el favor porque había acudido acompañado por el embajador milanés. Y también porque se sentía ávido por ver la pintura.

Era algo asombroso. Diferente de todo lo que Sandro había hecho hasta entonces, de todo lo que hubieran hecho otros artistas de Florencia. Y era enorme, puesto que tenía dos metros de altura por más de tres de anchura. Para verlo había que retroceder hasta el fondo del taller, donde la inestable pila de muebles amenazaba con caerse en cualquier momento.

Normalmente, el enviado de Milán era un hombre tímido, pero se olvidó del peligro en cuanto vio la pintura; incluso comprendió entonces por qué todo un jefe de Estado permitía tales familiaridades en su mesa a un artista como el que había hecho aquel cuadro. El hombre capaz de crear una obra de arte como

aquélla no tenía necesidad alguna de servir a nadie.

Junto al embajador, Lorenzo permaneció de pie, con el brazo apoyado en el hombro de Botticelli. No dijo nada. No había necesidad.

La pintura era una alegoría de la primavera. Venus aparecía bajo una enramada de árboles fantásticos, de los que pendían bolas doradas en forma de naranjas, y brillantes racimos de flores. El prado aparecía alfombrado por las flores silvestres de la pradera cercana a Castello.

Las figuras simbólicas del poema de Poliziano estaban representadas de una forma extraordinaria. Se trataba de Eros, Mercurio, la diosa Flora, el dios Céfiro. Y tres Gracias, en actitud solemne, transportadas por su danza, separadas de las demás figuras y conectadas entre sí por medio de los dedos entrelazados. Eran como la personificación de la belleza, la juventud y la eterna celebración de la vida. En posturas diferentes, con túnicas etéreas diferentes, con diferentes guedejas de cabello claro, las tres Gracias eran retratos de la misma Simonetta.

Sandro había expresado y poseído su amor para siempre.

—¿Has visto la pintura de Sandro, Lorenzo? Es grandiosa. Y él está en plena forma.

Al entrar en tromba en el despacho de Lorenzo, Giuliano mostraba las mejillas sonrosadas a causa del frío y de la excitación.

—La he visto. Y sí, es grandiosa. Y lo sé. Anoche vino a cenar con nosotros. Me habría gustado que hubieras estado allí. Pulci compuso una balada sobre artistas, modelos y las cosas que se pueden hacer con los pinceles que impresionó mucho al milanés.

—Siento habérmelo perdido. Estaba con mi amante.

Al decir esto, Giuliano adelantó desafiante la barbilla. Lorenzo frunció el ceño.

—¿Estás bromeando? Sí, debes estarlo.

—No, hermano, no bromeo. Sé lo que me dijiste, que las amantes son mucho más exigentes que las esposas, que no debería sentirme obligado. Pero Fioretta no es nada parecido a Lucrezia Donati. Ella no espera ninguna atención por mi parte, no me plantea ninguna exigencia.

Giuliano hablaba con rapidez y Lorenzo extendió una mano para detenerle.

—Espera un momento. Tranquilízate. Apenas puedo comprender una sola palabra de lo que dices. ¿Fioretta? ¿Quién es Fioretta? Fioretta… ¿qué?

—Fioretta Gorini. Su hermano es Gorini, el sastre, el jugador de balompié.

—Gracias a Dios, ahora sé que debes de estar bromeando —dijo Lorenzo echándose a reír—. Recuerdo a la hermana de Gorini, que acudía a todos los partidos. Es tan sencilla como el barro. No deberías asustarme de ese modo. Giuliano. Por un momento creí que hablabas en serio.

—Y tú no deberías reírte así de mí. Estoy hablando en serio. He convertido a Fioretta en mi amante. He hablado con su hermano sobre las disposiciones a tomar, porque su padre ha muerto. Ella vive en su casa, y no tiene un pequeño palacio propio como Lucrezia. Fioretta no quiere aprovecharse de mí.

Las manos de Giuliano se habían convertido en puños.

—Está bien, está bien —Lorenzo se sintió como si estuviera sosteniendo una conversación por adelantado con sus propios hijos —. No tienes por qué comunicarme tus propios asuntos. Ya eres un hombre adulto… Sin embargo, quiero preguntarte una cosa, aunque no tienes por qué contestármela. Sólo siento curiosidad… ¿Por qué precisamente esa muchacha? Florencia está llena de mujeres hermosas, divertidas y educadas, y la mayoría de ellas andan medio enamoradas de ti. ¿Por qué, pues, elegir a ésta…?

Se detuvo a tiempo, temeroso de ofender a su hermano, quien sonrió.

—Precisamente por eso, porque no es hermosa, ni educada, ni ingeniosa. Todo lo que tiene que ofrecer es un corazón lleno de amor, algo que al parecer nadie valora demasiado… ¿No lo comprendes, Lorenzo? Si yo no la amo, ella no tendrá nunca a nadie que se preocupe de su bienestar. En cambio, todas esas otras mujeres hermosas lo encontrarán.

—Ya comprendo —dijo Lorenzo. «No es extraño que le quiera tanto, que todo el mundo le quiera tanto», pensó para sí mismo. Luego, echándose a reír, añadió—: Vamos, veamos si está libre el camino que conduce al taller de Sandro. Le pediré que haga un

retrato de tu Fioretta. Sandro hará que parezca hermosa. Te prometo que a ella le gustará, sobre todo a medida que vaya envejeciendo.

—Gracias, hermano. A mí no se me habría ocurrido. Será mejor que te pongas la capa y las botas. Mira por la ventana. Está nevando.

La nieve caía con persistencia, en forma de pequeños copos que se revolvían como si bailotearan al tiempo que descendían de un cielo encapotado y gris.

Se amontonaba sobre los delfines de piedra montados en un rincón del palacio de los Pazzi. Junto a ellos había una ventana con una luz encendida, a pesar de que sólo eran las dos de la tarde. La luz hacía brillar la nieve cuando pasaba ante ella, despidiendo un brillo dorado sobre las coronas.

En el interior de la estancia iluminada había tres hombres agrupados frente a un montón de leños situados junto a la chimenea. Los sirvientes no podían alimentar el fuego que ardía en ésta porque la puerta de acceso a la habitación estaba cerrada con llave.

—No me gusta esto —dijo Jacopo de Pazzi—. Es algo que debería decidir toda la familia.

Francesco consiguió contener su mal genio y habló con la voz de la fría razón.

—No afecta a toda la familia, tío. No hasta que se haya hecho, y luego todos se sentirán agradecidos porque se haya hecho. Los Pazzi volverán a ser lo que tienen derecho a ser… En estos momentos somos nosotros tres los únicos que contamos. Y podemos celebrar nuestro pequeño consejo. Si lo supieran demasiadas personas no habría la menor posibilidad de guardar el secreto, y la sorpresa es esencial en este caso.

Jacopo asintió con un gesto, admitiendo el razonamiento.

—¿Cómo sé que nos estás diciendo la verdad, que el papa nos apoya?

El rostro de Francesco enrojeció, pero el tono de su voz permaneció tranquilo.

—Te enviaré confirmación. Será un soldado, un capitán del

ejército pontificio. Él será el que utilizará la espada. Tiene experiencia en asesinatos. Y me acompañó a mí y a Riario a ver a Sixto. Sabe que Sixto nos apoya, incluso con armas y dinero si fuera necesario. —Francesco se volvió entonces hacia su hermano—. ¿Elmo? Tú eres el único que falta. Nuestro tío está de acuerdo, ¿estoy en lo cierto, Jacopo?

Jacopo volvió a asentir con un gesto, sin decir nada. Elmo se apartó de la mesa y sacudió la cabeza.

—Yo no puedo estar de acuerdo. No puedo.

Francesco puso una mano sobre la silla de su hermano para contenerle.

—Tienes que estarlo. Piensa en lo que significará para tu familia, para tus hijos. Nuestro tío será tu consejero, pero tú gobernarás. Eres el mayor. Florencia volverá a ser un reino, como debería ser, con las clases inferiores por debajo de nosotros, en el lugar al que pertenecen. Y tú serás el gobernante, Elmo. Y tu hijo será un príncipe.

—¡Pero Bianca es su hermana!

—Sí. Y los hijos son sus hijos. ¿Cuál crees que es una lealtad mayor para una mujer, la de hermana, o la de madre? ¿No comprendes la belleza de todo esto? Si hay quienes apoyen a los Medici que se muestren vacilantes, les resultará fácil entregarte su fidelidad porque los herederos del reino serán medio Medici. Tú no tienes que hacer nada, Elmo. Ni siquiera tienes que ver cómo sucede. Todo lo que tienes que hacer es conseguir el apoyo del pueblo una vez que se haya hecho.

El rostro de Elmo brillaba con un sudor frío.

—En tal caso, voto que sí.

—Muy bien entonces —dijo Jacopo—. Regresa a Roma y envíame a ese capitán. ¿Cómo se llama?

—Montesecco.

—Muy bien. Si él confirma lo que has afirmado acerca de Sixto, procederemos. ¿Has elaborado un plan? ¿Has elegido el momento?

—Todavía no. Encontraremos una forma que esté por encima de toda posible sospecha. Ya tendrás noticias mías.

—¿Es realmente necesario…? —preguntó Elmo humedeciéndose los labios—. ¿También a Giuliano? Él no tiene nada que ver con el gobierno.

Jacopo intercambió una mirada con Francesco. Sin decir una palabra entre ellos, ambos estuvieron de acuerdo en que el papel de Elmo no sería más que decorativo en cuanto se hubieran hecho con el poder.

—Es necesario —dijo el viejo—. Una vez que Lorenzo haya desaparecido, al pueblo no le debe quedar nadie a quien volver su mirada. Nadie… excepto tú.

18
1478

—¿Quién es ella, Lorenzo? Prometiste que me lo dirías.

Lorenzo respondió al tirón que le habían dado en la manga.

—Ah, sí. Déjame que la vea.

Se encontraba justo en el interior de la puerta de entrada al Duomo, acompañado por sus pupilos, Lorenzo y Giovanni, y era la víspera de Pascua. Le había mencionado al joven Lorenzo que su futura esposa estaría en la procesión de los Pazzi que llevaban las piedras de pedernal para el Scoppio, y el muchacho había insistido en que Lorenzo le llevara a la ceremonia y le señalara quién era Ginebra.

Lorenzo comprendía la curiosidad de su joven primo, pero ahora habría deseado haber acudido sin el muchacho. Quería observar todos los instantes del Scoppio, para ver cuáles eran los presagios. Se suponía que eran una predicción relacionada con la cosecha del año, pero ¿por qué no utilizarlos para adquirir una idea sobre la salud del Estado al mismo tiempo que sobre la salud de las cosechas de las viñas y campos? Las noticias que se recibían desde Milán eran perturbadoras.

—¡Lorenzo! ¿Quién es ella?

—Todavía no. Espera…, allí. Allí viene. ¿Ves aquel viejo vestido de terciopelo dorado que lleva la mano apoyada en el hombro de la joven? Pues esa joven es Ginebra.

Ella no distinguió a Lorenzo entre la multitud. Mantenía la mirada dirigida directamente al frente, con una expresión reverente, con la espalda erguida y fuerte como apoyo para el débil brazo de su abuelo. Los enjoyados delfines dorados de su manga relucían a la

luz de los miles de velas encendidas en la catedral.

—Parece mala —dijo Giovanni.

—Silencio —ordenó su tutor—. Ésta es una misa muy importante.

Giovanni se apoyó primero en un pie y luego en otro, sonriendo.

—Parece mala… La novia de Lorenzo parece como si fuera capaz de arrancarle la cabeza de un bocado.

Antes de que Lorenzo pudiera hacerle callar de una vez, el joven Lorenzo agarró a su hermano por el brazo y se lo retorció.

—Cállate o te haré daño —le dijo—. Y no parece mala, estúpido, sino importante. Todos esos que llevan su insignia dorada parecen importantes. Los Pazzi son muy importantes, ¿verdad, Lorenzo?

—Eso es lo que ellos creen —dijo Lorenzo en voz baja. Luego, elevando un poco el tono de voz, añadió—: Mira allí, Lorenzo. Ésa es tu prima Bianca, mi hermana, a quien ya conoces.

Sonrió. Bianca siempre le hacía sonreír, aunque casi nunca sabía por qué. El paso solemne de la procesión le sentaba muy bien, ya que su nuevo embarazo estaba ya muy avanzado. Su vestimenta había sido diseñada con los delfines de los Pazzi bordados desde el pecho hasta las rodillas sobre una *cioppa* de brocado de seda azul, mostrando uno a cada lado del frente abierto. Parecía como si sus lomos estuvieran soportando el vientre protuberante cubierto de seda amarilla. Llevaba de la mano a Bernardo, el ahijado de Lorenzo, ignorando sus intentos por liberarse del agarrón y conservando la majestuosa indiferencia de la madre experimentada, «Bernardo cumplirá los diez años en nuestro próximo cumpleaños —pensó Lorenzo—. Le llevaré a Careggi para que elija un buen caballo. Es ridículo permitir que la irritación que me produce Francesco me impida ver a mi hermana y a mi ahijado. Y a mi amigo Elmo. Ya me he dado cuenta de que me evita en estos últimos días. Mañana mismo lo haré —decidió—. Iré a verles mañana. Será Pascua, un momento muy adecuado para el renacimiento y la reconciliación».

Durante la misa, se preguntó por el misterio eterno de la Resurrección y el misterio algo menor pero igualmente intenso del nacimiento. La orgullosa maternidad de Bianca, su propia familia en constante crecimiento, con su hija recién nacida, Contessina, de sólo tres semanas y que ya era un ser humano distinto y diferente de sus

otros dos hermanos y tres hermanas. «Mis hijos son mi verdadera fortuna», pensó, y ofreció humildes oraciones de agradecimiento por ello.

Como si de una bendición se tratara, la paloma voló directamente hacia los fuegos artificiales, que estallaron en gloriosas explosiones de color. Del corazón de Lorenzo se desprendió el peso de la preocupación. Ahora estuvo seguro de que la república estaría bien protegida. Los problemas de Milán se resolverían.

Permaneció de pie en los escalones de acceso a la catedral y gritó su júbilo, uniéndose al pandemónium de alegría que se extendió por la piazza atestada de gente. Los cohetes se elevaban y explotaban y las luces de colores blanco, rojo, verde y azul permitían a la multitud ver dónde estaba él.

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! —gritaron todos.

Él abrió los brazos como para abrazar a su pueblo, sin dejar de reír, vitorear y festejar con ellos, como un florentino más entre los florentinos, como un toscano entre los toscanos y un republicano entre los republicanos.

A unos treinta metros de distancia, un hombre alto, con un rostro de rasgos duros y curtidos, se enderezó para mirar por encima de las cabezas de la gente que le rodeaba. Era un romano, un capitán del ejército pontificio. Era Montesecco. Había llegado a Florencia mezclado con un grupo de peregrinos que habían acudido para celebrar la Semana Santa en la capital de la república. Las puertas de la ciudad estaban completamente abiertas, y los guardias no le preguntaron qué asuntos le traían a la ciudad, como solían preguntar a los visitantes.

De ese mismo modo entraron en la ciudad veinte soldados de Perugia.

Una vez en el interior de la ciudad, sólo tuvieron que esperar a que llegara el momento de actuar.

19

—Te lo aseguro, Francesco, tenemos que renunciar al plan —suplicó Elmo agarrando a su hermano por el hombro—. Préstame atención. ¡Escúchame!

Lentamente, Francesco se incorporó y sujetó por la muñeca la mano de Elmo, quitándola de su hombro. Luego se volvió y dejó caer la mano como si se tratara de un objeto sucio.

—Ya te he escuchado —dijo—, y no he oído nada más que palabras procedentes de la imaginación de un cobarde.

—No me imagino nada. Lorenzo tiene sospechas. Se ha mostrado demasiado agradable, demasiado amistoso. Desde hace dos semanas, es decir, desde Pascua, no ha hecho más que buscarme, invitarme a comer con él, acudir a mi palacio para ver a Bianca, para visitar a mis hijos. Debe de saber algo. Tiene que estar tendiéndonos una trampa —Elmo extendió las manos, suplicando a los presentes en la estancia—. ¿Es que no lo comprendéis? —gritó —. Tenemos que detenernos antes de que sea demasiado tarde.

Las manos le temblaban. Los demás hombres miraron a Francesco.

—Ya es demasiado tarde, Elmo —dijo éste mordiendo las palabras—. Nuestros ejércitos sólo están a un día de marcha de Florencia. Todo está preparado y nada saldrá mal si tú eres capaz de controlarte —indicó una hoja de papel a su asustado hermano—. Ya has visto esto. Es una invitación de Lorenzo para cenar en su villa de Fiesole. Eso es precisamente lo que planeábamos. Jacopo le escribió comunicándole que el cardenal y el arzobispo habían llegado aquí, a nuestra villa, y Lorenzo contestó inmediatamente, invitándoles a cenar e indicándoles que acudieran con el acompañamiento que prefirieran. Se hará hoy mismo. Vete a tus

habitaciones y espera. Ya te comunicaremos cuando todo baya pasado.

Francesco lanzó un bufido y empujó a Elmo. Éste se tambaleó, pero no se movió de su sitio.

—Es una trampa. Estará acompañado de guardias, soldados.

—Eso es una estupidez. El arzobispo cuenta con diez sirvientes, todos ellos hombres aguerridos. Los hombres de Montesecco estarán detrás de nosotros. Los sacerdotes que acompañan al cardenal van armados. Y Lorenzo no sospecha nada.

Elmo empezó a discutir de nuevo, pero un hombre situado detrás de él se echó a reír.

—Mira allí, mi querido y preocupado amigo —dijo señalando y haciendo relucir suntuosamente la rica seda púrpura de su manga al levantar el brazo. Era el arzobispo de Pisa, Francesco Salviati, un hombre enjuto, con un rostro de buitre que proclamaba su avaricia y su naturaleza viciosa—. Ahí llega ahora tu cuñado tan lleno de sospechas. No está tendiendo ninguna trampa, sino que es tan buen anfitrión que hasta nos está evitando tener que cabalgar hasta él para matarlo. Por eso viene a vernos con sólo dos compañeros por toda escolta, uno de los cuales no es más que un muchacho.

Francesco y Elmo acudieron presurosos a la ventana.

—Giuliano —dijo Francesco—, ¿está Giuliano con él? ¿Dónde está Montesecco? ¡Qué golpe de suerte!

Los otros dos hombres presentes en la estancia eran sacerdotes, vestidos con sencillas sotanas negras. Uno de ellos corrió presuroso hacia la puerta.

—Yo encontraré a Montesecco —dijo.

El segundo se introdujo una mano en la manga.

—Espera, Stefano. No reconozco al otro hombre, pero no es Giuliano. Vete a avisar al cardenal.

Elmo cruzó presuroso la estancia.

—Yo no estoy aquí. A mí no me habéis visto —balbuceó—. Me esconderé en mi dormitorio.

Francesco lanzó el brazo hacia la espalda de su hermano que emprendía la retirada.

—Es nauseabundo —dijo—. Le ahogaría aquí mismo si no le necesitáramos. Es demasiado popular entre la canalla y tiene a una Medici por esposa. Me siento avergonzado de que sea mi hermano.

—No hay necesidad de disculparse, amigo mío —intervino Salviati encogiéndose de hombros—. No elegimos a nuestros hermanos, del mismo modo que no elegimos a nuestros padres. Es útil, y eso es todo lo que importa —se alisó las ricas vestiduras en pliegues simétricos y se ajustó el sombrero a la cabeza para dejar el rostro bajo la sombra de su ala—. ¡Cuántos deseos tenía de que llegara esta noche! —exclamó con un voluptuoso tono de placer en su voz profunda—. Espero que Lorenzo muera muy despacio. Le odio desde hace mucho tiempo.

El nombre del cardenal era Rafaello Riario y sólo contaba con diecisiete años de edad. Su vida había estado tan llena de cambios que se hallaba en un estado de perpetua confusión y desconcierto. En primer lugar, su sencilla familia campesina se había convertido en la más próspera de todo el pueblo; luego, a él lo habían hecho sacerdote, aunque apenas sabía leer y escribir; a continuación, cuando sólo contaba con quince años de edad, se le envió de pronto a la Universidad de Pisa, donde los profesores se mostraron extraordinariamente pacientes con él; y hacía apenas dos meses había sido nombrado cardenal, pudiendo disponer de los enormes ingresos de toda la región de Perugia.

El tío abuelo de Rafaello era el papa Sixto IV.

El muchacho cardenal observó la cabeza desnuda de Lorenzo de Medici cuando el hombre mayor que él hincó una rodilla para besarle el anillo, y él se sintió como un muchacho vestido con unas ropas de adulto que no le encajan.

Lorenzo le hizo sentirse mucho mejor cuando, una vez rendido el saludo obligatorio, se incorporó, sonrió y le preguntó si le había gustado la universidad.

—Yo sólo he oído decir lo que piensan los profesores —comentó Lorenzo—, y me sentiría muy agradecido si me contarais cómo son realmente las cosas para los estudiantes.

Rafaello se apresuró a complacerle. Tenía numerosas quejas que plantear, y nadie había querido escucharlas nunca hasta ahora. Lorenzo, en cambio, parecía sentirse verdaderamente interesado por el tema, al igual que el hombre que lo acompañaba y al que Lorenzo presentó como el tutor de su hijo, Agnolo Poliziano.

—Y éste es mi hijo, eminencia. Se llama Piero y ya tiene casi seis años de edad. En cuanto tenga la edad conveniente también será estudiante en la universidad.

Piero era un niño pequeño que se sentía muy extrañado ante las nuevas vestiduras carmesíes de Rafaello y el enorme anillo de zafiro. Su presencia lograba que el joven cardenal pareciera extremadamente maduro, de modo que, por primera vez, empezó a disfrutar del hecho de ser una eminencia, y de pasárselo bien en el viaje que el arzobispo le había planeado.

No sabía nada sobre la conspiración que se había tramado, ni sobre los verdaderos propósitos ocultos tras su elevación de rango, ni sobre el motivo de su viaje, a través de Florencia, hacia sus territorios eclesiásticos en Perugia. Como jefe de la república, se esperaba que Lorenzo atendería a cualquier visitante de la distinción de Rafaello.

—Esperamos teneros como nuestro invitado en Fiesole, eminencia —dijo Lorenzo—. Hemos venido para acompañaros a vos y a vuestros amigos. A lo largo de la ruta hay algunos paisajes muy interesantes.

—El cardenal espera con verdadero placer la visita —dijo el arzobispo. Rafaello se mordió un labio. Eso lo podría haber dicho él mismo. Pero Salviati continuó hablando—: Y también espera conocer a vuestro hermano, que suponemos estará allí, claro.

—Me temo que mi hermano no estará hoy con nosotros, eminencia —contestó Lorenzo dirigiéndose a Rafaello—. No se siente muy bien y se quedará en la ciudad.

Salviati volvió a hablar. Su tono de voz fue cálido, suave, sin dejar entrever la menor señal de la frustración que experimentaba, ni de la urgencia que sentía por tener a los dos hermanos Medici juntos y vulnerables.

—Su eminencia ha escuchado maravillosos informes sobre vuestra colección de antigüedades. Sé que confiaba en poder verlas, pero que es demasiado modesto como para plantearos sus esperanzas.

Rafaello no pudo recordar haber oído hablar jamás de la colección de antigüedades de Lorenzo, y no sentía tampoco ningún deseo particular de verla. Pero sí deseaba estar en compañía de Lorenzo, para hablarle de las muchas formas en que se podría

convertir la universidad en un lugar mucho más feliz. Cuando éste respondió a la evidente indirecta del arzobispo invitando a Rafaello para que acudiera al día siguiente al palacio de los Medici, el joven cardenal aceptó la invitación con un agradecimiento nada disimulado.

—Estaré en la ciudad —dijo intentando aparentar una actitud natural—. Se ha dispuesto que asista a la misa mayor en la catedral. Llevaré toda mi vestimenta. ¿Estaréis vos allí?

—Desde luego, estaré —dijo Lorenzo—, y luego acudiremos a mi casa para la comida del mediodía. Entonces podréis ver mi colección, y también conocer al resto de mi familia.

Salviati miró casualmente en dirección a donde se encontraba Francesco. «Bien hecho», parecieron decirle los ojos de Francesco.

El domingo por la mañana el canto de los pájaros despertó al joven cardenal antes de que el sol fuera algo más que una tenue promesa en el horizonte. Se despertó de muy buen humor, preguntándose por qué, y luego recordó el placer sentido la noche anterior. Había habido una divertida sesión de cómicos y juglares en la villa Medici, donde también se cantaron canciones llenas de atrevidas alusiones sexuales. Rafaello se había sentido muy excitado y también muy sofisticado. Su nuevo amigo Lorenzo le había prometido escribirle las palabras y la melodía en un papel. Se había hecho el propósito de aprenderlas e interpretarlas para los demás estudiantes en cuanto regresara a la universidad. «Mi amigo Lorenzo de Medici me enseñó esto cuando fui su huésped en Florencia —les diría—. Y me escribió esta canción».

Rafaello abandonó la cama caliente sin hacerlo con su habitual mala gana. Se sentía ávido de que empezara el nuevo día.

El cielo aparecía manchado de rosa y oro cuando Ginebra de Pazzi se despertó. Por un momento, sostuvo el edredón de plumas sobre ella y luego saltó de la cama. El suelo de baldosas estaba frío, y cambió de un pie a otro, estremeciéndose, mientras se lavaba y se vestía. Luego abrió del todo las ventanas y respiró el vigorizante aire fresco de las flores humedecidas por el rocío. Iba a ser un día

glorioso.

«Organizaré el desayuno en el jardín», decidió.

Después de haber asistido a la misa, condujo a su abuelo desde la capilla basta su silla junto a la mesa del jardín, y luego se sentó a su lado. Sintió el calor del sol en su espalda y cerró los ojos para disfrutarlo mejor, liberándose de las fascinantes distracciones que la rodeaban en el jardín.

Antonio, Mateo y fray Marco hablaban sobre la descripción de la muerte y del mundo inferior en la leyenda de Perséfone.

Ginebra se quedó medio dormida, arropada por la feliz somnolencia del calor y la fragancia. Se sintió repentinamente alerta cuando escuchó a fray Marco decir:

—… Lorenzo de Medici.

—¿Qué ocurre con Lorenzo? Estaba medio dormida.

—Ayer fui a la ciudad y oí decir que Lorenzo estaba atendiendo a un cardenal. Me pregunté si no lo traería para que contemplara nuestros Della Robbias… Yo nunca he conocido a un cardenal, ¿sabes?

—No creo que lo haga, fray Marco. Hay muchas obras de arte que ver en la ciudad.

El tono de voz de Ginebra fue muy afable. De haber sabido que para el viejo fraile significaba tanto conocer a un cardenal, le habría escrito a Lorenzo para rogarle que acudiera a verlos, o que invitara a fray Marco a la ciudad.

—Supongo que fue terriblemente atrevido por mi parte —dijo el fraile—, pero el caso es que dejé una nota en el palacio de los Medici, diciendo que nos sentiríamos muy felices de enseñárselos si el cardenal quería venir a verlos.

—Eres maravilloso —exclamó Ginebra echándose a reír—. No fue en modo alguno atrevido, sino sólo generoso.

—Me temo que no —replicó fray Marco sacudiendo la cabeza—. Mañana tendré que ir a ver a mi confesor. Y ahora me dedicaré a limpiar los candelabros del altar.

Emitió un suspiro y se levantó. Los pesados candelabros de plata mostraban unos relieves tan complicados, que limpiarlos constituía una tarea larga y agotadora. A menudo, fray Marco se la imponía a sí mismo como una penitencia por sus actitudes excesivamente mundanas.

Mateo también se incorporó y pasó un brazo sobre los delgados hombros del anciano fraile.

—Como bien sabes, padre, yo tengo muchos más pecados de los que soy capaz de recordar, de modo que te ayudaré a limpiar esos candelabros.

—Buenos hombres y buenos amigos —dijo Antonio una vez que se hubieron marchado.

—Sí, lo son —asintió Ginebra—, igual que tú, abuelo.

—Que Dios te bendiga —dijo Antonio, extendiendo una mano hacia ella—. Toma mi mano y comparte el día conmigo. Descríbeme lo que yo no puedo ver.

Ginebra sostuvo entre sus dos suaves palmas los nudosos dedos de Antonio y empezó a describirle lo que veía.

—Es un día maravilloso y se ve el mundo lleno de nueva vida. Los olivos han levantado los lados plateados de sus nuevas hojas para sentir la brisa, y la parra muestra pequeños brotes ensortijados alrededor del enrejado. En el nido que hay en la higuera hay pequeños polluelos y su madre se siente orgullosa y nerviosa, todo al mismo tiempo. Escúchala cantar… ¿Acabas de oír eso? Ha sido uno de los peces dorados de la fuente que ha pegado un salto. Debe de estar celebrando la primavera. Hay una abeja zumbando sobre las macetas de la terraza. En los limoneros hay frutos y flores al mismo tiempo. La abeja parece mareada de tanto aroma, o quizá sólo es a causa del aire dulzón —apoyó la cabeza contra el brazo de Antonio e inhaló profundamente—. Pruébalo, abuelo. Parece como si el aire tuviera burbujas.

Antonio sonrió y respiró, viéndolo todo a través de los ojos de Ginebra. En cierto modo bien curioso, su vida resultaba ser mucho más llena desde que padecía la ceguera. Ahora «veía» las cosas a las que antes nunca había prestado atención, cuando tenía vista para verlas, y ahora era capaz de apreciar aquellas cosas que siempre le habían parecido seguras. El mundo se le aproximaba a través de la perspectiva de la juventud, y se sentía rejuvenecido.

—Gracias, querida nieta. Ahora ya estoy preparado para marcharme.

Antonio se levantó. Ginebra le condujo hacia la casa. Sonrió al escuchar a lo lejos el sonido de Mateo y de fray Marco, dedicados a cantar al mismo tiempo que trabajaban en la capilla.

En la ciudad, Bianca de Pazzi también escuchó un canto al entrar en su casa, pero ella no sonrió.

—Agradece que he sido yo la que te he escuchado cantar esa nota en falso y no el maestro —le dijo a la cocinera que en aquellos momentos levantaba un cubo de agua que acababa de extraer del pozo—. Deja eso en el suelo y ayúdame a subir la escalera. En silencio.

Bianca ya tenía treinta y cuatro años y estaba a punto de terminar su duodécimo embarazo. Se sentía muy vieja, pesada y desanimada.

A medio camino de la larga escalera de piedra estuvo a punto de ser derribada por Francesco, que la bajaba a toda prisa.

—Por el amor de Dios, Bianca, ¿es que no puedes apartar ese vientre del camino de los demás? —espetó.

—¿Y tú no puedes mirar por dónde vas? ¿Acaso tratabas de matarme?

Los gritos de Bianca aún fueron más ruidosos. Francesco se sintió como si le hubieran golpeado con un puño. ¿Acaso sabía ella algo? ¿Es que Elmo se lo había contado? Apartó a la cocinera de un empujón y tomó a Bianca por el brazo, disculpándose, insistiendo en que le permitiera ayudarla a seguir subiendo.

Por un momento, Bianca lamentó su estallido de malhumor. No era propio de ella elevar tanto la voz o perder los estribos con tanta facilidad. Le dio las gracias a Francesco e hizo un gran esfuerzo para no apoyarse demasiado pesadamente en él.

—Lo siento —dijo ella—. No debería haberte gritado de ese modo.

—No, no. Todo ha sido por culpa mía.

Francesco respiró más tranquilo a pesar del peso que ahora se apoyaba en su brazo. Sin lugar a dudas, su alarma no había estado justificada.

Bianca hablaba socialmente, tratando de suavizar la molestia de su explosión de ira. Pero cuando Francesco se dio cuenta de lo que ella estaba diciendo, sintió como si le hubieran dado otro golpe. Este sobresalto no era nada imaginario.

—¡Que Dios envíe a Giuliano de Medici a la perdición eterna! —maldijo al entrar pocos minutos después en el estudio de su tío.

Había siete hombres en la estancia. Todos ellos abrieron

asombrados la boca al escuchar las palabras de Francesco y se apresuraron a hacer la señal de la cruz. La muerte e incluso el asesinato eran un acontecimiento muy común, pero la condenación eterna era algo demasiado terrible como para nombrarlo siquiera.

Francesco cruzó la habitación al tiempo que movía los brazos y maldecía. Según les explicó, Giuliano aún se sentía enfermo. Bianca había visto a su madre durante la primera misa, enterándose así de que el joven hermano Medici no iba a asistir a la cena que Lorenzo celebraría para honrar al joven cardenal.

—En el palacio hay demasiados sirvientes y guardias como para que nosotros nos dediquemos a buscar su habitación sin levantar sospechas —espetó Francesco—. Debemos encontrar a los dos hermanos juntos y desprevenidos.

Los conspiradores se miraron ansiosamente los unos a los otros. Hasta aquellos momentos, Francesco había sido el líder, el que más confianza tenía. La cólera y la incertidumbre que mostraba ahora eran desmoralizantes.

El arzobispo Salviati se adelantó hacia el centro de la habitación.

—Tranquilizaos, Francesco —dijo con un tono de voz bajo y suavizante. Miró luego de un rostro a otro, con una ligera y segura sonrisa en los labios—. Existe una solución sencilla, un plan mejor que el que estábamos siguiendo —se dirigió lentamente hacia donde estaba Francesco y se detuvo. Más alto, de mayor edad y controlándose mejor a sí mismo, eclipsó a Francesco y se hizo cargo de su papel dominante. De pronto, Salviati se puso al mando—. Esto es lo que haremos —dijo.

Los balbuceos de protesta de Francesco remitieron, hasta que sólo le quedó una expresión hosca en el rostro. Los otros hombres lo ignoraron.

Formaban un grupo extraño, con motivos que iban desde un ferviente y vengativo patriotismo por parte de Antonio Maffei, sacerdote de Volterra, hasta la esperanza de participar en el saqueo de las propiedades de los Medici.

Los saqueadores eran dos elegantes derrochadores llamados Baroncelli y Bracciolini.

Jacopo de Pazzi deseaba el poder; el segundo sacerdote presente en la estancia, Stefano da Bagnone, era su secretario privado y su criatura. Podía hacer cualquier cosa que deseara su amo, incluido el

asesinato.

Salviati no tuvo la menor dificultad para conseguir el acuerdo de todos ellos a su nuevo plan. El único que disintió fue Montesecco, el soldado profesional.

—El asesinato es mi trabajo —dijo—. Pero no le quitaré la vida a un hombre ante el altar de Dios. Eso es una blasfemia.

Salviati había propuesto que los dos Medici fueran asesinados durante la misa. Giuliano podía negarse a asistir a la cena, pero no podía dejar de asistir a la misa del domingo, a menos que se sintiera mucho más enfermo de lo que había informado Bianca.

El arzobispo rugió ante las objeciones de Montesecco. ¿Quién era él, como laico, como soldado común, para interponerse en el camino de un arzobispo y dos sacerdotes, y basta de los deseos del propio pontífice en cuanto a su interpretación de lo que era aceptable para Dios?

Pero Montesecco se mostró inexorable y el tiempo transcurría. Finalmente, Salviati tuvo que capitular.

—Entonces, esto será lo que haremos —dijo—. Francesco, tú y Baroncelli os encargaréis de Giuliano. Los dos sacerdotes se encargarán de Lorenzo. La señal será el momento en que suene la campanilla, el sacerdote eleve la hostia y se inclinen todas las cabezas. Yo me marcharé poco antes y dirigiré a los soldados de Perugia al Palazzo della Signoria, donde mataremos a los priores y nos apoderaremos del reducto. Una vez que lo hayamos hecho haré sonar la gran campana; como respuesta a ello, los florentinos acudirán corriendo a la piazza, y les comunicaré entonces que la tiranía de los Medici ha pasado, y que los Pazzi se han hecho cargo del control. La campana será también vuestra señal, Jacopo, para que dirijáis a vuestros hombres por las calles para estimular al populacho en nuestro apoyo. Todo habrá pasado antes del anochecer, y los ejércitos aparecerán ante las murallas antes de que haya transcurrido el día, para ocupar la ciudad y controlar cualquier rebelión que pueda producirse… Ahora, el sol ya está alto. El pequeño cardenal ya debe de estar de camino a la ciudad para prepararse para la misa. Así pues, pongámonos en marcha. Francesco, traed ante mí a vuestro cobarde hermano. Rezaré una oración para bendecir nuestra empresa y asegurarnos el éxito.

20

—¿Tengo buen aspecto, Lorenzo?

Las manos del joven cardenal se movieron aleteantes ante él. Tenía miedo de tocarse las vestiduras ceremoniales. La rica capa de brocado dorado estaba bordada con amplias cenefas de colores rojo y verde, rodeados de cruces maltesas hechas de perlas.

—Estáis espléndido, eminencia —dijo Lorenzo. Ajustó la túnica más confortablemente sobre los delgados hombros del muchacho—. Quizás el birrete no está del todo recto. Os lo ajustaré.

Ajustó mejor el birrete de seda roja sobre la cabeza del cardenal.

—Sois muy amable —dijo el muchacho—. Yo solo no podía hacerlo. Y no me gustaba la idea de tener que cruzar toda la ciudad completamente vestido en una litera. Gracias por haberme permitido cambiarme las ropas en vuestra casa.

—Hacéis un honor a mi casa, eminencia.

—¿No me podríais llamar Rafaello? —le pidió el muchacho, sonrojándose.

Lorenzo sonrió y sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo Lorenzo con suavidad—, pero sería un error. El papa puede llamaros por vuestro nombre de pila, e incluso es posible que lo hagan otros cardenales, pero no debe hacerlo un sacerdote de rango inferior y mucho menos un laico como yo. Los altos puestos tienen sus recompensas, pero también su precio. Hay cosas a las que un hombre debe renunciar al convertirse en príncipe de la Iglesia. Y la intimidad, eminencia, es una de ellas.

—¿Renunciasteis vos a muchas cosas cuando os convertisteis en príncipe de Florencia?

Lorenzo se echó a reír, se dio cuenta de que su risa era hiriente y se detuvo.

—Perdonadme —se apresuró a decir—. No me estaba riendo de vos, sino sólo de la idea de que se pueda llamar a alguien príncipe de Florencia. Somos una república, eminencia, y nos sentimos orgullosos de ello. No tenemos príncipe. Excepto hoy, en que un príncipe de la Iglesia nos visita. Vamos. El Duomo estará lleno de florentinos ávidos de veros.

Rafaello siguió a Lorenzo obedientemente. A lo largo del corto trayecto que separaba el palacio de los Medici del Duomo, hizo el signo de la cruz en dirección a la gente que estaba en la calle y que se inclinaba reverentemente al verlo. Lorenzo le había enseñado cómo debía hacerlo mientras se vestía. El joven cardenal no tardó en descubrir que resultaba extremadamente agradable el hecho de que todo el mundo se inclinara ante él. Cuando entró en la catedral ya caminaba con la espalda erguida y con el paso firme.

Lorenzo le indicó el camino a seguir a lo largo de la larga nave, en dirección a la plataforma elevada de forma octogonal situada en el centro del crucero, donde estaba el altar. El sacerdote oficiante se apresuró a abrir la puerta de la baja balaustrada de mármol que rodeaba la plataforma del altar. Se arrodilló con rapidez y besó el anillo de Rafaello.

—Es un honor, eminencia —murmuró.

El joven cardenal inclinó ligeramente la cabeza, con una graciosa aceptación. Lorenzo contuvo una sonrisa y se apartó. Tal y como había anunciado, el Duomo se llenaba con rapidez de gente que deseaba ver al cardenal. Lorenzo se movió por entre la multitud, saludando, respondiendo a los saludos, deteniéndose de vez en cuando para hablar un momento. Allí estaban sus tres hermanas, todas ellas embarazadas. Bianca era la de estado más avanzado. Mostraba la frente brillante de sudor, y se apoyaba con pesadez en el brazo de Elmo. «Elmo no parece tener muy buen aspecto —pensó Lorenzo—, e incluso me da la impresión de estar peor que otras veces de las últimas que le he visto». Intentó abrirse paso hacia donde estaba Elmo, con la intención de ocupar su lugar como apoyo de Bianca, pero Sandro Botticelli se le interpuso en el camino.

—Tu joven invitado ofrece una imagen muy bonita, Lorenzo —comentó Sandro—, y si me permites añadirlo, tú también.

El artista ladeó ligeramente la cabeza para admirar los suntuosos

ropajes de Lorenzo. En honor de la visita del cardenal, Lorenzo había dejado de lado el habitual *lucco* y llevaba un jubón de seda de color verde subido, con mangas rasgadas para mostrar el forro carmesí. Sus pantalones eran de colores partidos, verde y amarillo, y la capa de color carmesí, con soles dorados bordados y mostrando en el centro racimos de esmeraldas cosidas. Esmeraldas y rubíes de mayor tamaño relucían en el cinturón de oro y en la empuñadura de su espada. Botticelli asintió con un gesto de aprobación.

—Me gusta el color. Deberías llevar esas ropas con mayor frecuencia. Pero no te he parado para dedicarte tantos cumplidos. Sólo quería quejarme. Giuliano no ha aparecido para asistir a las sesiones que teníamos previstas, y no puedo terminar su retrato hasta que lo haga. ¿Dónde lo ocultas?

—¿Por qué me acusas a mí? —replicó Lorenzo aparentando sentirse herido—. Yo no controlo las idas y venidas de Giuliano.

—Lo haces en la medida en que le ofreces la posibilidad de hallar placer. La semana pasada me abandonó para irse a cazar contigo.

Lorenzo sonrió, se acercó más a Sandro y le habló cerca de la oreja.

—Y fue castigado por ello. Su caballo le golpeó contra un árbol y apenas ha tenido la posibilidad de caminar desde entonces. Cuenta la historia de que tiene la garganta inflamada, para que nadie sepa lo estúpido que fue. Imagínate a Giuliano incapaz de controlar un caballo.

Sandro se echó a reír, encantado. Todo el mundo conocía la buena reputación de Giuliano como el jinete más hábil de toda la Toscana.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Agnolo Poliziano abriéndose paso entre la multitud para unirse a ellos.

—Le estaba contando a Sandro lo que sucede con el cuello inflamado de Giuliano —dijo Lorenzo.

Poliziano se echó a reír con ellos, ya que él había participado también en la partida de caza donde se produjo el incidente.

—La misa ya ha empezado —dijo Agnolo—. Será mejor que te acerques más a la ceremonia, Lorenzo, o el pequeño cardenal puede sentirse ofendido… ¿Quieres venir con nosotros, Sandro?

—No, quiero encontrar a Giuliano para preguntarle cómo está

del cuello.

—Eres una criatura malvada, Sandro —dijo Lorenzo sonriendo —. Y sin suerte, porque Giuliano no va a venir.

—En ese caso ya le veré mañana —replicó Botticelli encogiéndose de hombros—. Mientras tanto, podré contarle la historia a treinta o cuarenta personas por lo menos. No tengo tiempo que perder con príncipes de la Iglesia.

Lorenzo y Agnolo se alejaron y pocos segundos después Sandro ya se inclinaba sobre la oreja de un amigo, susurrándole algo.

La gente que ocupaba el crucero se movía de un modo bastante más ordenado que la multitud que llenaba el resto de la catedral. Era habitual caminar con lentitud y hablar en voz muy baja cerca del altar y del coro, avanzando siempre en la dirección de las agujas del reloj alrededor del gran octógono. Lorenzo y Poliziano se unieron a un grupo de cinco jóvenes a quienes Lorenzo favorecía para ocupar puestos políticos. El mayor de ellos era Antonio Ridolfi, que contaba con veintinueve años de edad, la misma que Lorenzo. Ocupó un lugar al lado de Lorenzo, como si tuviera derechos de mayoría de edad. Los demás caminaron ligeramente por delante, con Agnolo entre ellos.

Lorenzo captó la mirada que le dirigió el joven cardenal y sonrió. Rafaello empezó a devolverle la sonrisa, pero recordó entonces el lugar donde se hallaba y asumió una actitud solemne y atenta hacia las palabras y la música de la misa. Lorenzo siguió avanzando, haciendo un breve gesto de aprobación.

—Dime, Antonio —preguntó dirigiéndose a Ridolfi— ¿crees que tienes amigos dignos de confianza en Venecia? Hace varias semanas que no recibo noticias dignas de confianza desde allí, y tengo la intención de inventarme una misión diplomática y enviar a alguien para que descubra qué andan planeando los dogos.

—No conozco Venecia tan bien como para hacer eso —replicó Antonio de mala gana—. Nori tiene parientes allí; él sería un emisario mucho mejor que yo.

—En tal caso, hablaré con él. No te preocupes. También habrá una misión para ti. Reflexiona sobre el lugar en el que te parezca que puedas ser más efectivo y házmelo saber. En estos tiempos, toda Italia está conmocionada.

Lorenzo se volvió de nuevo hacia el cardenal, antes de seguir

avanzando con la intención de hablar con Francesco Nori. Por un instante, creyó haber visto a Giuliano en la parte opuesta del coro, pero decidió que debía de estar equivocado.

Sin embargo, no lo estaba. Francesco de Pazzi y Bernardo Baroncelli habían acudido al palacio de los Medici y convencido a Giuliano para que acudiera al Duomo con ellos. Ahora, ambos le acompañaban, uno a cada lado. En el fondo de la catedral, una figura alta vestida de seda ribeteada de púrpura cruzó el umbral de la puerta con rapidez y bajó presurosa los escalones. Era el arzobispo Salviati.

Lorenzo se dio cuenta de que la misa había llegado casi a su clímax. La gente redujo sus movimientos y se preparó para detenerse allí donde estuviera. «Esperaré para hablar más tarde con Nori», decidió. Se volvió para ver si el joven cardenal continuaba arreglándoselas bien; aquel muchacho ofrecía una imagen conmovedora, tan joven, tan inseguro y tan perdido embutido en sus voluminosas y ricas vestiduras. Lorenzo vio que el sacerdote estaba tomando en sus manos el pan, la sagrada hostia, preparándose para elevarla y exponerla a la adoración como el cuerpo de Cristo. Lorenzo inclinó la cabeza.

Al hacerlo, miró por el rabillo del ojo para ver quién se hallaba tan incómodamente cerca de él. Vio una vestidura de color negro y una manga negra. «Un sacerdote que empuja para ver mejor al cardenal», pensó. Procedente del altar, escuchó un tenue sonido tintineante. Era el de la campanilla, que sonaba en el momento de levantarse la hostia. Levantó los dedos para santiguarse y sintió entonces una mano que le sujetaba por el hombro. Abrió los ojos, deteniéndose en medio de su oración y distinguió un destello relampagueante.

Sus reflejos actuaron con mayor rapidez incluso que la comprensión de su mente, apartando de un tirón el cuerpo de las garras del extraño y del destello metálico. Algo frío y luego caliente le tocó en la nuca, y su mano izquierda arrancó la capa de sus hombros, enrollándosela alrededor del brazo, al tiempo que su mano derecha, detenida en el gesto de hacer la señal de la cruz, descendió hacia la empuñadura de su espada. Le ardía todo el cuerpo, y se enfrentaba a su atacante, con la espada medio desenvainada, con el brazo envuelto en la capa levantado en

posición defensiva. Se trataba de dos sacerdotes, no de uno. Eran dos dagas las que se abalanzaban sobre él, una de ellas manchada ya de sangre.

¿Cuántos más había? ¿Dónde estaban? Lorenzo no podía permitirse en aquellos momentos apartar la mirada de sus enemigos más cercanos. Lanzó la espada contra ellos, y sintió el aire agitarse a sus costados, detrás de él, escuchó gritos, sintió una sacudida, y un empujón, vio que Agnolo Poliziano extendía los brazos y saltaba delante de él, como un escudo humano interpuesto entre su persona y los sacerdotes.

—Corre, Lorenzo —jadeó Agnolo.

—Rápido —gritó Antonio Ridolfi—, hacia la sacristía. Tiene que haber más de éstos.

Lorenzo tomó a Poliziano por el brazo.

—Ven conmigo, Agnolo —gritó—. No ocupes mi lugar. Ven.

Saltó por encima de la barandilla de la balaustrada del coro y cruzó corriendo la plataforma del altar, con Poliziano a su lado, apartando al cardenal de un empujón. Volvió a saltar luego al otro lado de la balaustrada y se dirigió hacia la puerta de la sacristía. Los sacerdotes asesinos les siguieron, estorbados en su paso por las sotanas, con los rostros pálidos y los ojos ardientes. Frente a la puerta de la sacristía, Francesco Nori estaba luchando con alguien, las espadas desenvainadas, intercambiándose estocadas. Lorenzo apenas tuvo tiempo de reconocer a Francesco de Pazzi como el adversario de Nori. Luego, se encontró en el interior de la sacristía, empujado por Poliziano, al tiempo que Ridolfi gritaba:

—¡Estás herido!

Otros tres de sus protegidos se esforzaban por cerrar las macizas puertas de bronce contra los sacerdotes que se precipitaban hacia ellos, seguidos por un grupo de enormes hombres de armas que llevaban los colores de los Pazzi y blandían dagas y espadas.

—¡Nori! —gritó Lorenzo—. ¡Entra!

Pero mientras la puerta se cerraba despacio, muy despacio, vio cómo la espada penetraba en el pecho de Nori, escuchó su terrible y gorgoteante grito de agonía y luego el sonido metálico de las puertas al cerrarse de golpe.

Los gruesos paneles de bronce amortiguaron los ruidos de la catedral, pero no los extinguieron del todo. Hubo gritos, golpes

contra las puertas, sonido de pasos que corrían. Antonio Ridolfi sujetó a Lorenzo por los hombros, y lo sacudió.

—Te han herido —gritó—, y el arma podría haber estado envenenada. No te muevas, Lorenzo.

Le aplicó la boca sobre la nuca y chupó sangre de la herida. Lorenzo apenas se dio cuenta de lo que hacía Ridolfi. Sólo pensaba en una cosa. ¿Había visto a Giuliano? ¿O se lo había imaginado? ¿Estaba su hermano allí? ¿Había sido herido?

—Giuliano —dijo—, ¿ha visto alguien a Giuliano? ¿Está a salvo? Dejadme salir. Tengo que encontrarlo.

Sus gritos se perdieron entre el sonido producido por una gran campana que empezó a sonar en la torre del Palazzo della Signoria. Su tañido vibró y llenó el aire que les rodeaba. Cuando dejó de sonar se produjo un silencio fantasmagórico. Luego, se escucharon golpes de puños al otro lado de las puertas.

—Somos amigos —se escuchó decir débilmente—. Somos amigos.

Pero las voces llegaban distorsionadas por la barrera de las puertas, y eran irreconocibles.

El pequeño grupo de seis que se encontraba en el interior de la sacristía no tenía forma de saber si pretendían rescatarlos o estaban siendo atraídos hacia una trampa asesina.

—La galería del órgano —dijo Poliziano—. ¿Dónde está la escalera?

Antonio Ridolfi y un joven llamado Cavalcanti trajeron una escalera de mano desde la parte del fondo de la sacristía y la apoyaron contra las puertas. Lorenzo sintió asco al ver todo aquello. El jubón de Cavalcanti aparecía manchado de sangre de una herida que tenía en el costado; los labios de Ridolfi estaban pálidos bajo las manchas de sangre que podrían haberle envenenado cuando chupó con su boca la herida de Lorenzo. Los Pazzi pagarían por todo aquello.

Sigismundo della Stufa, el más joven de todos ellos, subió a la escalera y se introdujo en la galería del órgano.

Desde allí pudo mirar hacia la catedral. Se arrastró, apoyado en manos y rodillas hacia el balcón de mármol labrado. El suelo vibraba bajo su peso; la gran campana estaba sonando de nuevo.

Casi dos kilómetros hacia el sur, el único sonido que se escuchaba era el precipitado aleteo de los pájaros, turbados por la proximidad de un gato a su nido. Ginebra de Pazzi acarició al gato y lo apartó de allí en cuanto salió al jardín.

—Bueno, ya podéis dejar de comportaros como histéricos. Sois unos pájaros muy tontos, ¿sabéis? Éste es el gato de la cocina. Es demasiado perezoso y está muy bien alimentado como para que os moleste.

Se ató un delantal alrededor de la cintura, y se puso un par de guantes antes de dirigirse al jardín para cortar flores para los jarrones de la villa.

Cantó desafinadamente al tiempo que cortaba tulipanes y los dejaba en una cesta. Luego empezó a llenar una segunda cesta con margaritas y lirios. El crujido de unos pasos sobre la gravilla la hizo detenerse. Casi nunca permitía que los demás la escucharan cantar.

Fray Marco apareció en la arcada que conducía al jardín. Ginebra le miró y le sonrió. Luego giró con rapidez la cabeza hacia un lado y escuchó.

—¿Qué ocurre, Ginebra?

—Creí haber escuchado una campana. Ha sido muy débil. Debo haberme equivocado.

Cortó unos tallos de espuela de caballero y los añadió a las cestas llenas de flores.

—Este año las flores han aparecido antes de lo que es habitual —dijo el viejo fraile—. Creo que el verano llegará antes de que nos demos cuenta.

—Así parece —Ginebra volvió a sonreír. Fray Marco decía lo mismo todos los años—. El Día de Mayo habrá hermosos ramos de flores.

Entonces, recordó que ella también decía lo mismo todos los años y se echó a reír. Fray Marco rió con ella, recordándolo él también. Tomó una de las cestas y Ginebra la otra y se dirigieron hacia una mesa que había en la terraza, donde se habían dispuesto los jarrones, dispuestos para ser llenados. Hablaron tranquilamente, mientras Ginebra preparaba las flores para la casa y fray Marco hacía lo mismo para la capilla. Se escuchaba un constante y musical zumbido de abejas por encima de los jarrones terminados de arreglar, y algún que otro chapoteo ocasional de los peces en el

estanque, alrededor del delgado chorro de la fuente.

Una pequeña ráfaga de viento movió las hojas de los árboles y luego se desvaneció.

—Otra vez —dijo Ginebra—. ¿Lo has oído? Estoy casi segura de que la brisa ha traído consigo el sonido de una campana… No importa…

Sigismundo llegó al borde del balcón y levantó la cabeza lentamente. Por debajo de él los grandes espacios de la catedral estaban casi desiertos. Frente a él pudo ver a un sacerdote que se alejaba acompañando al joven cardenal; las manos del muchacho se cerraban, crispadas, sobre la estola del sacerdote, y sus rígidas vestiduras se agitaban por el temblor del cuerpo que cubrían.

Inmediatamente debajo del balcón había un grupo de una docena de hombres jóvenes. Ahora, Sigismundo los escuchó con claridad, y reconoció las voces de amigos. Pero no pudo ni mirarlos ni llamarlos. Se sintió paralizado por el horror. El suelo de mosaico de la catedral, de un ligero color verde, rosado y blanco, aparecía horriblemente manchado. Un charco de sangre ennegrecida señalaba el lugar donde había caído Francesco Nori.

Frente al altar había un cuerpo tumbado en la más grotesca posición de una muerte brutal. Era un cuerpo manchado de sangre, con las vestiduras desgarradas, con el cabello antes brillante pegado ahora al cráneo roto, con las manos vacías y extendidas en una actitud suplicante. Era el cuerpo salvajemente asesinado de Giuliano de Medici.

Sigismundo se dijo que Lorenzo no debía contemplar aquella escena. La desesperación le dio la fuerza suficiente para apartar la mirada, para llamar a los hombres que estaban abajo, para controlar su voz de modo que no pudieran escucharlo desde el interior de la sacristía. Les dijo a los demás lo que debían hacer, y se enteró de que el cuerpo de Nori ya había sido retirado por su padre. Luego, se volvió y gritó a los que estaban dentro de la sacristía:

—Abrid las puertas a nuestros amigos. El Duomo está vacío.

Rodeado por sus amigos, llevado apresuradamente, atormentado por la preocupación y la ignorancia, Lorenzo atravesó corriendo la catedral, ominosamente vacía, sin ver el cuerpo mutilado de su hermano. No había nadie en la piazza, ni en las calles que la rodeaban. Las ventanas y las puertas de todas las casas estaban cerradas, como barricadas levantadas contra el peligro que se había desatado en la ciudad.

Había cuatro guardias en la parte exterior del palacio de los Medici. Echaron a correr hacia el grupo de Lorenzo, con las espadas desenvainadas. Al ver a Lorenzo, corrieron con mayor rapidez para protegerle hasta que llegara a la casa y a la pequeña puerta situada junto a la gran entrada de madera cerrada a cal y canto. Una vez en el interior, Lorenzo siguió corriendo.

—No estoy herido —gritó por encima del hombro a los hombres armados reunidos en el patio—. Regresaré en seguida con órdenes para todos vosotros.

Encontró a su madre, que le esperaba en la parte superior de la escalera.

—¡Lorenzo! Tu cuello.

—Sólo es un rasguño, mamina. Gracias a Dios que estás a salvo. ¿Y Clarice? ¿Y los niños?

—Todos estamos bien. Déjame que te vende la herida.

—No hay tiempo para eso ahora. Debo descubrir lo que está sucediendo en la ciudad —su brillante jubón verde aparecía manchado de gotas de sangre seca; llevaba el cuello envuelto en la manga de seda blanca de la camisa de Poliziano, manchada también por la sangre que seguía fluyendo—. Mamina, ¿dónde está Giuliano? —Lucrezia no pudo hacer otra cosa que mirarle fijamente —. ¿Mamina?

Los labios de Lucrezia temblaron y le abrió los brazos.

—Pobre hijo mío, creí que lo sabías.

Lorenzo retrocedió, rechazando su abrazo.

—¡No! —rugió—. ¡No! No puede ser.

—Bianca lo vio, Lorenzo. No hay error posible.

—¿Bianca? ¿Está aquí? ¿Casada con un Pazzi y está aquí? Miente. Un Pazzi miente. Le sacaré la verdad a golpes.

—Lorenzo —la voz de Lucrezia fue el sonido mismo de la autoridad, de la razón, el de una madre hablando con su hijo.

Lorenzo la miró sin comprender, convertido momentáneamente en un niño, abrumado por el dolor, la confusión y la rabia—. Lorenzo —volvió a decir ella, poniendo todo su corazón en las sílabas—. Hijo mío, tú estás vivo. Doy las gracias a Dios por ello. Mañana lloraremos la muerte de mi otro hijo, pero ahora no hay tiempo para la pena. Florencia te necesita. Esto es lo que sé…

Bianca había traído consigo a Elmo, en busca de protección. Él sollozó, balbuceó y confesó todos los detalles del complot.

Lorenzo escuchó atentamente el informe que le transmitió Lucrezia. Tenía el rostro pálido y duro como el granito.

—Mantenlo fuera de mi vista o lo mataré —dijo una vez que Lucrezia hubo terminado—. Le perdono su miserable vida sólo porque me lo has pedido tú; pero los otros Pazzi no serán tan afortunados.

Regresó presuroso al patio y empezó a dar órdenes sin la menor emoción en su voz. Pocos minutos después los hombres se ponían en camino hacia todos los rincones de la ciudad para enterarse de lo que estaba sucediendo. Una fuerte guardia acompañó al sacerdote que vivía en el palacio, para protegerle en su misión de administrar los últimos sacramentos a Giuliano y traer su cuerpo de regreso a la casa.

Lorenzo no confió lo bastante en sí mismo como para ver a su hermano. Todavía no. Regresó al piso superior, utilizó el gran salón a modo de cuartel general, se ocupó de que se le vendara la herida a Cavalcanti, escribió mensajes para que les fueran entregados a los hijos de Pierfrancesco, a Lucrezia Donati, a los capataces de las villas más cercanas de los Medici, y a la Signoria, si es que seguía existiendo.

Aún estaba escribiéndolos cuando los hombres empezaron a regresar con sus informes. Se entretuvo en terminar una frase con un cuidado extraordinario, retrasando el momento en que se enteraría de si los Pazzi habían logrado o no hacerse con el control de la ciudad, de saber si era un prisionero en su propia casa. Luego, levantó la mirada y las expresiones de los rostros que tenía ante él le indicaron que los Pazzi habían fracasado.

Salviati y sus seguidores habían sido capturados por los priores de la Signoria. El sonido de la campana no había sido más que la alarma que se daba a la ciudad, una señal de que se había

producido una rebelión.

Creyendo que se trataba de la señal que indicaba el éxito, Jacopo se había puesto al frente de sus hombres y atravesado la ciudad con cien seguidores, gritando al pueblo para que le siguiera. La gente le respondió lanzando el grito de «*Palle! Palle!*», el grito de carga de los Medici. Al llegar al Palazzo della Signoria fue recibido por una descarga de piedras lanzadas desde la torre, y se vio obligado a huir de la ciudad, acompañado por Montesecco. Los guardias de la puerta los habían visto alejarse a uña de caballo.

Francesco y los demás asesinos huyeron del Duomo después de que Lorenzo lograra escapar de sus garras, pero no se tenían noticias sobre su paradero.

La ciudad hervía de excitación ante la noticia del asesinato de Giuliano, los rumores sobre la muerte de Lorenzo, la rabia y los deseos de venganza contra los Pazzi.

Lorenzo se levantó, se acercó a cada uno de sus hombres, les estrechó la mano y les agradeció lo bien que habían hecho su trabajo.

—Entregad ahora estos mensajes —les dijo—. Y encontrad a los Pazzi y a sus hombres. Traedlos a la Signoria. Me dirigiré allí después de haber hablado con la milicia de la ciudad. Hay ejércitos que marchan contra nosotros, y tenemos muchas cosas que hacer.

Giró la cabeza hacia los sonidos que se elevaban desde la calle.

—Mucha gente nos ha seguido hasta aquí —dijo un guardia—. Se negaron a creer que no habían logrado asesinarte.

Lorenzo se dirigió hacia la ventana.

—Tienes aspecto maltrecho y estás ensangrentado. ¿No deberías cambiarte de ropa antes de aparecer en público? La multitud podría asesinar a cualquiera que haya sido amigo alguna vez de un Pazzi.

Lorenzo se tocó la seda manchada de sangre que llevaba alrededor del cuello.

—Que lo vean —dijo con ojos enrojecidos y de mirar terrorífico —. Esto no es nada. Mi hermano…

Abrió la ventana y se asomó al exterior, con una terrible expresión de cólera en el rostro.

Agnolo Poliziano llevó el mensaje de Lorenzo a la Signoria. Tuvo que abrirse paso a la fuerza por entre la masa de gente que llenaba las calles que conducían a la Piazza. Cuando logró llegar a ella, todo

el espacio estaba repleto de florentinos que lanzaban gritos en demanda de justicia.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Agnolo, abriéndose paso a empujones y codazos, rogando que le dejaran pasar, renunció finalmente a todos sus esfuerzos, fascinado, aun en contra de su voluntad, por el drama que se desarrolló ante él. Se enteró, por los gritos de la multitud, del momento en que Francesco de Pazzi fue entrado a rastras en el palazzo. Había sido descubierto en el palacio de Jacopo, oculto bajo la cama.

El propio Agnolo, aun en contra de su voluntad, lanzó un primitivo grito de triunfo, junto con todos los demás, cuando los guardias de la Signoria aparecieron sobre la plataforma elevada situada delante de las puertas. Llevaban sobre sus lanzas las cabezas goteantes de los soldados de Perugia, que acababan de cortar.

Luego, sus ojos siguieron las manos de la multitud que señalaban hacia las ventanas de la torre, y vio al Gonfaloniere y a los priores allí de pie. Les vitoreó, junto con la multitud que le rodeaba y, al igual que todos ellos, lanzó repetidos gritos de «¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!».

Sintiendo alegría en su corazón, vio cómo los priores de la Signoria ataban una cuerda al parteluz de piedra de la ventana, forcejeaban con Bracciolini, el cómplice de Salviati, le ataban el otro extremo de la cuerda alrededor del cuello y lo arrojaban a continuación por la ventana. Los gritos que dio mientras caía llenaron de satisfacción a Agnolo; la sacudida que dio su cuerpo al quedar estrangulado hizo que Agnolo rechinara los dientes en un gruñido de venganza triunfal.

El arzobispo Salviati fue el siguiente. Aún llevaba las ricas vestiduras eclesiásticas y la reluciente seda flotaba como un estandarte festivo ondulado por el viento, mientras él pataleaba al extremo de la cuerda.

Francesco de Pazzi siguió inmediatamente. Le quitaron todas las ropas antes de colgarlo, la multitud exultó de alegría con su humillación y le gritó insultos cuando se le aflojaron los esfínteres y le apareció la erección de la agonía mortal. Todos los presentes se alegraron con el terrible espectáculo que se les ofreció desde arriba: Salviati, en un último espasmo mortal, colisionó con Francesco y fijó los dientes sobre su cuerpo desnudo. Los dos conspiradores

perdieron la vida juntos.

En cuanto a los servidores de Salviati, no fueron colgados, sino que fueron arrojados por las ventanas. Sus gritos parecieron quedar suspendidos en el aire y permanecer mucho más arriba que sus cuerpos, que chocaron con un sonido nauseabundo contra la plataforma de piedra, como si fueran en parte de líquido y en parte de sólido; la muchedumbre guardó silencio por un instante y luego se volvieron a elevar los vítores, con un rugido mucho más profundo y frenético. Los hombres y las mujeres se abalanzaron sobre los cuerpos destrozados y les arrancaron las ropas. Surgió entre los espectadores una lucha por la posesión del botín, una clase de lucha extrañamente amistosa. Los florentinos se hallaban unidos contra un enemigo común. No sentían la menor cólera los unos contra los otros. Al final, cientos de personas fueron abandonando la piazza con tiras de ropas o puñados de cabellos o de dientes rotos, como fantasmales recuerdos de la derrota de sus enemigos.

Todos ignoraron la figura inclinada de Agnolo Poliziano, que estaba arrodillado, vomitando, liberándose de las náuseas que le habían hecho exultar de alegría ante los cuerpos ahorcados. Sin embargo, no logró librarse del todo del horror que le produjo el darse cuenta de que hubiera tales profundidades ocultas en el alma de todo ser humano, incluso en la de un filósofo.

Cuando ya no le quedó nada en las entrañas, excepto su propia vergüenza, se puso en pie tambaleante y se dirigió vacilante hacia la fuente cercana al Palazzo, donde hundió la cabeza en el agua una y otra vez. Luego, se sintió por fin lo bastante limpio como para entregar el mensaje de Lorenzo.

21

El sonido de los cascos sobre la gravilla hizo que fray Marco saliera al pequeño porche situado frente a la capilla.

Ginebra también los escuchó. Se encontraba en la habitación de su abuelo, colocando un jarrón de flores sobre la mesa situada entre las dos ventanas. Desde allí, miró hacia los elegantes uniformes rojos y blancos, los altos y gallardos jinetes montados en sus excelentes caballos.

—Tenemos visita, abuelo. Han llegado tres hombres de los Medici. Supongo que son una escolta. Creo que Lorenzo va a traer al cardenal para que vea los Della Robbias.

Hubiera deseado haber estado mucho mejor vestida que con aquellas viejas ropas que llevaba para trabajar en el jardín. Se limpió las manos en el delantal y se las llevó a la espalda para desatárselo.

Fray Marco les sonrió a los visitantes. Luego miró por encima del hombro bada la pequeña capilla. Sí, consideró que estaba bien preparada para recibir a un cardenal. Las flores no eran más que el propio regalo de Dios a sus hijos, y su aroma era casi tan intenso como el del incienso.

Los jinetes desmontaron y se aproximaron a la alta puerta de la villa. Formaban un apretado grupo, dispuestos a defenderse contra cualquier ataque si tras la puerta se ocultaban hombres armados y desesperados. El primero de ellos llamó a la puerta con la empuñadura de su espada.

—¡Abrid! —gritó.

En la ventana de arriba, Ginebra frunció el ceño. Pensó que aquellos hombres eran muy mal educados y que así se lo diría a Lorenzo. Miró hacia el camino, con la esperanza de verle llegar.

Fray Marco salió de entre las sombras formadas en el porche de la capilla, con una mano levantada a modo de saludo. Los tres hombres se volvieron con rapidez, asustados por el sonido de sus pasos tras ellos. El brazo levantado trazó una sombra larga y amenazadora sobre la pálida gravilla.

Ginebra vio cómo los hombres se abalanzaban sobre Marco y le derribaban al suelo. No podía creer lo que estaban viendo sus propios ojos. Las manos dejaron las cintas del delantal, encontraron el alféizar de la ventana y se apoyaron en él.

La puerta delantera se abrió y el viejo sirviente salió corriendo y gritando. Los hombres se volvieron. Ginebra abrió la boca, asombrada al ver sus relucientes espadas desenvainadas.

—No —susurró.

Uno de los brazos uniformados se movió, el sirviente se detuvo de pronto y se tambaleó al tiempo que levantaba los brazos, formando con su boca un agujero negro y silencioso. La reluciente hoja plateada le había atravesado el pecho.

—¿Qué estás haciendo, Ginebra? —preguntó la voz quejumbrosa de Antonio—. Tengo que bajar para saludar a nuestros invitados. Vamos, ayúdame a bajar.

—Sí, abuelo, sí. Debemos marcharnos.

«Debemos marcharnos —se repitió a sí misma—. Esto no tiene sentido. No hay tiempo para intentar comprenderlo… Peligro, peligro…, correr… Oh, Dios mío, ¿qué está ocurriendo?».

Escuchó un grito.

«La torre. Puedo llevar al abuelo hasta la torre. Puedo atrancar la puerta y apilar contra ella todos los toneles de grano».

—Abuelo, escúchame. Tenemos que movernos con mucha rapidez y sin hacer ruido. Ven, pon tu mano aquí, sobre mi hombro. Ahora, caminaremos todo lo rápidos que podamos. Y en silencio, debemos hacerlo con mucho silencio.

—¿De qué estás hablando, Ginebra? ¿Quién hace ese ruido tan horrible?

—Ssshhh. Vamos, vamos. Hay hombres…, ladrones…, han entrado. Vamos a la torre. Pero tenemos que darnos prisa, y hacerlo en silencio.

—¿Ladrones? ¿Qué quieres decir?

—¡Cállate! Por favor, abuelo, tenemos que guardar silencio.

Le condujo a través del vestíbulo, hacia la escalera. La puerta que daba a la torre estaba en el descansillo, a medio camino del gran salón y de los sonidos de caos que llegaban desde abajo.

Ginebra colocó la mano sobre la de Antonio y la golpeó con suavidad, la señal para que el anciano bajara, un escalón cada vez.

Bajaron lentamente. Los pasos de Antonio eran muy lentos, y tenían que llevar mucho cuidado en la escalera de piedra. Ella siempre le había rogado que llevara cuidado al bajarla.

Llegaron al descansillo. Ginebra escuchó la voz de Mateo, lanzando gritos y maldiciones.

«Tengo que moverme. Tengo que hacerlo. La puerta está ahí». Se volvió y condujo a su abuelo hacia la mitad del descansillo que quedaba al descubierto, por encima del resto de la escalera que daba al salón. Ginebra inclinó los hombros, preparándose para escuchar gritos de alerta procedentes de abajo, indicando que los habían descubierto. Pero no escuchó ninguno.

Su mano tocó la manija de la puerta. «Gracias, Dios mío —pensó —. No mires allá abajo». Pero no pudo obedecer su propia orden. Su mirada se volvió hacia la izquierda y hacia abajo al mismo tiempo que los dedos hacían girar la manija.

«¡Oh, santa madre de Dios!». La cocinera aparecía espatarrada en el suelo, junto a la puerta del comedor. Pero no era la cocinera, sino una horrible masa de sangre y carne acuchillada, con su misma cabeza y unos ojos de mirada fija. Al pie de la escalera, Mateo estaba cayendo, lenta, muy lentamente, encogiéndose sobre sí mismo, doblándose, con las manos extendidas, acuchilladas por la espada que había intentado detener, la misma espada que se levantó y le atravesó el cuello, haciendo que su caída fuera tan lenta, como contenida por el acero sostenido por el fuerte brazo vestido de rojo y blanco, con el blanco manchado de un rojo más intenso que la propia tela roja.

Ginebra hizo un esfuerzo por apartar la mirada y la fijó en la manija. La puerta no se abría. Estaba cerrada con llave.

«No hagas ruido —se dijo a sí misma—. No serviría de nada». En su mente, vio con toda claridad el lugar donde se encontraba la llave, dejada de modo descuidado sobre la mesa de despacho de Antonio… en su estudio, más allá del salón.

Pero aquella puerta no podía estar cerrada con llave. Nunca lo

estaba. Empujó y volvió a empujar, negándose a aceptar la verdad. Pero tuvo que aceptarla. Tenía que pensar en alguna otra cosa.

En la parte superior de la cocina había una pequeña terraza a la que se llegaba por una puerta existente en la habitación de fray Marco. Si llevaba a su abuelo hacia allí, si se quedaban muy quietos, si se tumbaban sobre las tejas, sin asomarse por encima del parapeto, invisibles desde abajo… Era su única posibilidad. Tocó la mano de Antonio, reclamando su atención, y ambos se movieron en silencio, despacio, muy despacio, volviendo a subir la escalera que acababan de bajar.

—¡Ahí está! —Sonó un grito procedente del salón.

Ginebra miró hacia abajo y empezó a correr en cuanto vio al hombre que los señalaba. Al hacerlo, la mano de Antonio se separó de su hombro. Ginebra se detuvo, se volvió, le agarró por la mano.

—Corre, abuelo, corre conmigo.

Le rodeó la cintura con el brazo, medio le arrastró y medio le empujó escalera arriba, sosteniéndole el peso cada vez que tropezaba.

Por detrás de ellos el sonido de unas botas repiqueteó sobre los primeros escalones.

Ginebra se detuvo en el vestíbulo y cerró la puerta de golpe, haciendo girar la gran llave en la cerradura.

—Ginebra —dijo Antonio—, necesito saber qué pasa.

Ella le puso la mano en el hombro.

—Date prisa —le susurró.

Escuchó a sus perseguidores al otro lado de la puerta, golpeando sobre ella, gritando. Caminó ahora con rapidez, llevando a Antonio.

—Necesito saber qué pasa, Ginebra.

—Quieren matarnos, abuelo. No sé por qué. Están matando a todo el mundo…, a Mateo y a los sirvientes —se sintió incapaz de decirle lo que le había pasado a fray Marco—. Te voy a llevar al tejado. Quizá no miren allí.

Antonio la detuvo. Ginebra le agarró la muñeca y tiró de ella.

—No —dijo él—. Vete tú. Me quedaré aquí y les detendré mientras tú te escondes.

Y se llevó la mano a la empuñadura de su decorativa espada.

—No.

Ginebra sostuvo con firmeza la mano de su abuelo y le obligó a

cruzar el vestíbulo. La resistencia de Antonio fue inútil en contra de la determinación de la joven.

La barrera que habían dejado tras ellos se astilló en el momento en que entraban en la habitación de fray Marco.

—Estamos perdidos, abuelo —dijo Ginebra—, pero debemos intentarlo.

Le llevó apresuradamente hasta un rincón de la habitación y le hizo salir a la terraza del tejado, a las sombras que había detrás de las ventanas y puertas abiertas.

Pero los tres hombres aparecieron sobre la terraza apenas unos segundos más tarde.

—Deténla —dijo uno de ellos.

El hombre agarró a Ginebra por el brazo y la lanzó hacia los otros. Uno de ellos la rodeó con un brazo, aprisionándole los brazos e impidiéndole moverse.

—¡Suéltame! —gritó la joven.

—Soltadla —ordenó Antonio desenvainando su espada.

La espada de uno de los hombres se extendió y tocó la de Antonio.

—¡No! —gritó Ginebra—. Mira sus ojos. ¿Es que no te das cuenta de que está ciego y es viejo? No puede hacerte ningún daño.

Forcejeó contra la garra de acero que la sostenía inmovilizada.

—¿Ciego? ¿Un gallo de pelea y ni siquiera puede ver? —Los dos hombres situados cerca de Antonio se echaron a reír—. Entonces es un Pazzi del que podemos reírnos.

Insultándolo y mofándose, bailotearon delante del anciano, desviando con suma facilidad las estocadas que Antonio dirigía hacia los lugares donde escuchaba sus voces, pasando las puntas de sus espadas sobre la barbilla y las mejillas del anciano, dejando allí trazos rojos de sangre, que se mezclaban con las lágrimas que derramaban sus lechosos ojos.

Ginebra asistió a su tortura durante momentos fragmentados, al tiempo que luchaba contra su captor. Se retorció, tratando de liberarse los brazos. Lanzó salvajes patadas, pero las blandas zapatillas que llevaba no produjeron el menor impacto sobre las piernas del hombre. Finalmente, logró hundir los dientes en el hombro, girando la cabeza todo lo que pudo, y él la soltó, lanzándola contra el áspero estuco de la pared. Luego, Ginebra se

abalanzó contra los que atormentaban a Antonio.

Los hombres se volvieron, sin prestar atención a la espada del ciego que trataba de encontrarles, y que golpeó contra la cota de malla del pecho de uno de los hombres. Éste dio un salto, lanzó una maldición y hundió su hoja en el corazón de Antonio, en el instante en que su compañero recibía todo el peso del ataque de Ginebra, trastabillaba y caía contra el parapeto bajo de la terraza.

Antes de que se pudiera abalanzar sobre él, el asesino de Antonio la golpeó en la sien con el puño. Los otros dos la golpearon, haciéndole hincar la rodilla.

Sintió dolor, mareo y tuvo la borrosa visión de las baldosas rojas y cuadradas de la terraza, de la mano de su abuelo, abierta, extendida y extrañamente fláccida. Unas manos brutales y unas voces duras, y sus brazos que eran levantados, doblados, desgarrándola por los sobacos. Ginebra trató de sacudir la cabeza, de despejar la negrura que le impedía enfocar la visión. Pero al moverse las náuseas acudieron a su garganta y la negrura aún se hizo peor.

Le retorcieron el cabello y le echaron la cabeza hacia atrás.

—Mira ahora a tu amo, bruja —escuchó decir.

Vio a su abuelo, con los brazos y las piernas extendidas y las rodillas dobladas, sin vida, sin dignidad alguna. Sintió un dolor mucho mayor que el de la cabeza o los brazos, una agonía de dolor por la degradada muerte de su abuelo y porque ella no había logrado impedirla.

—Ahí va un regalo de Lorenzo, viejo —escuchó decir, y vio cómo la bota golpeaba el rostro de Antonio.

La cólera eliminó el dolor. Anheló agarrar la pierna que había golpeado el cadáver, sus manos se transformaron en garras y se liberaron. Pero antes de que pudiera agarrar la pierna sintió un peso aplastante sobre los hombros y la espalda y su barbilla golpeó contra el duro suelo. Las risotadas rugieron en sus oídos.

—Nos lo hemos pasado bien con el viejo, ¿qué os parece esta pequeña bruja? Tiene demasiado espíritu, y necesita un poco de doma.

—Debería recibir con gusto la polla de un hombre después del

tallo arrugado del viejo.

—Tú recibiste el bocado, Guido. Tuya es la primera pasada.

—Esa bruja puede volver a morderme. Prefiero sujetarla para ti.

—Sujetadla entonces entre los dos. Mi espada ya necesita una vaina.

Ginebra respiró agradecida cuando el peso que la oprimía la soltó. Luego, le volvieron a doblar los brazos y la nuca golpeó contra las baldosas. Sintió unas uñas arañándole el cuello, escuchó el sonido de la ropa desgarrada, sintió un frío y un calor repentinos cuando sus pechos desnudos percibieron el aire calentado por el sol.

Unos dientes agudos se cerraron sobre la tierna carne al descubierto. Ginebra escuchó un grito, sintió la garganta en carne viva. «Yo debo de haber producido ese sonido», pensó. Y se juró en silencio que ya no gritaría más, y que tampoco lloraría. Vio un rostro aproximarse a ella y encontró en su boca la humedad suficiente como para escupirle. Una mano le golpeó la boca, y luego la mandíbula. Otras manos la golpearon, la sobaron, la sujetaron, le abrieron los brazos y las piernas. Rostros, voces, el brillo de los cinturones metálicos, los cuadrados rojos y blancos de la seda.

—De parte de los Medici —escuchó decir.

Y un nuevo dolor le atravesó el cuerpo, arqueándole la espalda. «Medici, Medici, Medici, Medici». A cada nuevo dolor desgarrador resonaba el nombre, y una respiración jadeante se expelía sobre su rostro.

«Perdóname, abuelo —lloró interiormente—. No puedo cumplir mi juramento». Y gritó. Siguió gritando hasta que perdió el conocimiento.

Los tres hombres de la villa formaban parte de un grupo de seis mandados por un teniente, que se había puesto al mando de los otros tres, dedicándose al registro de las casas de campo cercanas, en busca del lugar donde pudiera ocultarse Jacopo de Pazzi. No encontraron nada, y el teniente se sentía enojado cuando llegó a caballo a la villa para hacerse cargo de su prisionero y reunir a sus hombres. La carnicería que vio aún le puso más furioso.

Entró como una tromba en la casa y finalmente llegó a la terraza que daba al jardín.

—Estúpidos —gruñó—. Os dije que lo detuvierais, no que lo matarais.

—Sacó la espada. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

El oficial se encogió de hombros. Se sentía enojado por el hecho de que no hubieran cumplido su orden, no por la muerte de Antonio. Los Pazzi habían matado, de modo que todos ellos se merecían la muerte.

Se acercó al cuerpo maltrecho e inerte de Ginebra. Sus piernas desnudas y abiertas aparecían manchadas de sangre.

—¿Es que no habéis podido encontrar más que una mujer? A ésta la habéis dejado hecha una piltrafa.

Avanzó la pierna y con la punta de la bota empujó la cara amoratada, que giró del otro lado, dejando sus facciones al descubierto. El oficial se quedó con la boca abierta.

—¡Santo Dios! ¿Sabéis lo que habéis hecho, idiotas? Ésta no es una sirvienta. La conozco. Una vez le traje un caballo como regalo del propio Lorenzo. Está comprometida en matrimonio con un sobrino suyo. Seréis ahorcados por haberla violado.

—Pero ella es una Pazzi.

—Ya os lo he dicho: está comprometida en matrimonio. Es propiedad de los Medici. Que Dios os ayude.

El más viejo de los violadores se arrodilló junto a Ginebra y la levantó en sus brazos.

—Si muere no podrá contárselo a nadie —la llevó hasta el borde de la terraza—. Pudo haber intentado escapar. Pudo haberse caído. Tendrían que haber hecho este parapeto más alto.

Y diciendo esto arrojó el cuerpo por encima del bajo parapeto. El cuerpo pareció un montón de andrajos cayendo por el aire.

El teniente sonrió con una mueca.

—Informaré del accidente —dijo—. De todos modos, probablemente habrían roto el compromiso matrimonial.

22

Era a últimas horas de la tarde cuando Lorenzo regresó de sus reuniones con la milicia y la Signoria. Se sentía exhausto, como jamás se había sentido. El alboroto de los acontecimientos del día, el dolor y la pérdida de sangre de su herida, la necesidad de tomar decisiones sobre la defensa de la ciudad, las incertidumbres y los miedos…, todo había cobrado su precio. Pero se sentía agotado sobre todo por el esfuerzo de voluntad que había necesitado hacer para no pensar en su hermano hasta que no hubiera terminado lo que tenía que hacer.

La mesa del gran salón estaba cubierta por montones de papeles. Eran informes procedentes de cientos de fuentes sobre los acontecimientos ocurridos en la ciudad. Lorenzo los miró, se tambaleó y se derrumbó sobre una silla.

—Lorenzo, tienes que descansar —le dijo su secretario, impresionado por el rostro ojeroso y los hombros hundidos de Lorenzo.

—Cuando termine —replicó él.

Tomó entre sus manos el primero de los informes del montón más cercano.

Media hora más tarde se encontró con el informe del teniente sobre el «accidente» ocurrido en Villa La Vacchia. El dolor contenido en su corazón se desbordó. No se podía permitir el pensar en Giuliano; había demasiados recuerdos, demasiado amor. Pero podía sentir el dolor menor de la muerte de Ginebra de Pazzi. Vio en su mente un caleidoscopio de recuerdos, de escenas que cambiaban con rapidez, desde el sombrero cómicamente puntiagudo que llevaba la niña al llegar, hasta la niña feliz y sonriente en su lección de música, o el espíritu libre y salvaje que

había saltado a pelo sobre el caballo, abriendo luego los brazos para abrazar el mundo entero y el futuro, que ahora ya no conocería jamás. Tuvo la sensación, como la había tenido otras veces, de que Ginebra, nacida el mismo día que él, formaba parte de él mismo, que compartía con él un rincón de su propia alma. Y ahora había muerto. Su inocencia y su alegría de vivir habían desaparecido, destruidas en un instante. Lo mismo le había sucedido a él. Tenía la sensación de que toda felicidad, confianza y afabilidad habían desaparecido para siempre de su corazón. Su alma estaba muerta. Sus manos se transformaron en puños, con el informe arrugado en una de ellas.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó, con un incomprensible grito animal que expresaba toda la pérdida, la agonía y la desesperación del mundo. Era una protesta, al mismo tiempo que una oración.

Y no hubo respuesta.

Finalmente, miró a su atemorizado secretario. Los ojos de Lorenzo estaban enrojecidos, rodeados por las sombras del sufrimiento. Pero estaban secos. No le estaba permitido tener el alivio de las lágrimas. Al hablar, su voz sonó muy calmada, sin vida.

—Entrégale este informe a Agnolo Poliziano —dijo—. Dile que pido que tome un sacerdote y algunas mujeres y que prepare los cuerpos para su entierro.

23

Lucrezia de Medici interrumpió el trabajo de Lorenzo, algo que no había hecho nunca hasta entonces. Pero este día interminable no se parecía a ningún otro.

—Lorenzo —dijo con voz entrecortada—. Agnolo acaba de llegar. Ha traído consigo a Ginebra. ¡Ella vive, Lorenzo! Está terriblemente malherida, pero respira. No ha muerto.

Lorenzo se levantó, tirando la silla al suelo al hacerlo, olvidada de repente toda su fatiga. Su contadina estaba viva. La que compartía su mismo signo, la sombra de la imagen de sí mismo. Más que nunca, le pareció entonces que Ginebra era un augurio en persona, cuya vida se había entrelazado misteriosamente con la suya. Había sido herida el mismo día que lo fuera él. Al creerla muerta, temió el presagio de su propia muerte. Pero no había muerto. La esperanza y la energía volvieron a recorrerle las venas. Dios no había permitido que Ginebra muriera. No le había dado la espalda a Florencia, ni a los Medici, ni a Lorenzo.

—Envía a buscar a los médicos —ordenó a su secretario.

—¡No! —gritó Lucrezia—. No permitiré que ningún médico la torture más. Envía a buscar hermanas enfermeras al hospital de los Inocentes. Yo misma curaré a Ginebra con su ayuda.

Lorenzo golpeó la mesa con el puño.

—¡Os ocuparéis de vuestra propia salud, señora, y no de la de esa muchacha! Es posible que nos ataquen en cualquier momento. Habrá guerra, y no quiero que mi familia esté aquí cuando eso suceda. Clarice y los niños irán a un lugar más seguro, y tú irás con ellos.

—No, no iré.

Madre e hijo se enfrentaron desde un extremo y otro de la

amplia estancia. El secretario de Lorenzo contuvo la respiración.

Entonces, Lucrezia caminó con lentitud, cruzando el espacio que los separaba. Al llegar a su lado, colocó con suavidad una mano sobre el brazo rígido de Lorenzo.

—Hijo mío —susurró—, mi único hijo. No me alejes. Mi corazón se rompería si perdiera a mis dos hijos el mismo día.

Lorenzo se echó a llorar. Las palabras de su madre acababan de derribar el muro que él mismo se había construido para protegerse de los pensamientos sobre Giuliano.

Se abrazó a su madre y ambos lloraron juntos, compartiendo la pérdida y el dolor.

El secretario de Lorenzo abandonó la estancia en silencio y él mismo se encargó de acompañar a las hermanas enfermeras al palacio.

Ginebra estaba rota. Un sacerdote le administró los últimos sacramentos ya que parecía imposible que pudiera seguir con vida. Las hermanas susurraron mientras la bañaban, rezando y exclamando horrorizadas ante la amplitud de sus heridas. Tenía los dos brazos rotos y una de las piernas aparecía fracturada por tres lugares, así como las clavículas, varias costillas, la pelvis y la mandíbula. Encajaron los huesos y los ataron, sintiéndose agradecidas por el coma profundo que impedía que la joven se moviera, aun cuando eso la mantuviera al borde de la muerte.

Lucrezia ayudó a las enfermeras a aplicar ungüento sobre su lacerada piel, y fue ella quien curó y vendó la desgarrada y sangrante vagina de la muchacha, llorando ante los daños que le habían causado y comprender el verdadero motivo de todo lo ocurrido. No le diría a Lorenzo que Ginebra había sido violada. Si los hombres que lo habían hecho eran castigados como merecían, eso no ayudaría a detener la hemorragia. Luego, se unió a las monjas en sus oraciones, mezcló una poción de hierbas y limpió con ellas las heridas de la cabeza, que quedaron al descubierto cuando se le cortó el cabello.

Finalmente, ayudó a las monjas a envolver a la muchacha en vendajes y colocó un edredón sobre el maltrecho cuerpo de la muchacha, tan envuelto en vendas como el de una momia.

—Llévate estas ropas y quémalas —le ordenó a una sirvienta empujando con el pie los restos de las ropas manchadas de sangre de Ginebra—. Luego dile a mi hijo que ya puede entrar si aún lo desea.

Lorenzo se quedó con la boca abierta al ver el rostro hinchado y amoratado que era la única parte visible del cuerpo de Ginebra.

—No habría podido reconocerla —dijo.

Se llevó luego una mano a la boca y acercándose a Lucrezia preguntó junto a su oreja, con un murmullo:

—¿Vivirá?

—Así lo espero, con la misericordia de Dios —contestó su madre hablando en voz alta—. No necesitas bajar la voz; ella no puede escucharnos. Y tampoco siente ningún dolor. Es posible que el coma la haya salvado.

Lorenzo se arrodilló junto a la cama.

—Contadina —dijo en un susurro, a pesar de lo que le había dicho Lucrezia, ya que sus palabras sólo iban dirigidas a Ginebra—. Sé valiente, contadina. Tienes que vivir. Has sido un buen presagio para mí en muchas ocasiones. No cedas ahora que yo necesito de toda mi fortaleza.

Observó durante un rato la forma inerte tendida en la cama, buscando algún tipo de respuesta, un movimiento, la contracción de un párpado. Pero Ginebra continuó inmóvil, como si estuviera muerta. Incluso su respiración, lenta y superficial, no producía el menor sonido y no perturbaba para nada el edredón que la cubría. Se hallaba profundamente sumida en la oscuridad.

Durante las semanas que siguieron Ginebra flotó en la inconsciencia, como si fuera un océano cálido y reconfortante. De vez en cuando surgía a la superficie, escuchaba sonidos y sentía el tubo de plata que las monjas le colocaban entre los labios para alimentarla. Pero siempre se alejaba nuevamente del dolor que acompañaba toda recuperación de la conciencia, agradecida por el olvido que le producía la profunda oscuridad en la que quedaba eliminado el dolor, tanto de su cuerpo como de su mente.

Poco a poco, sin embargo, y en contra de su voluntad, los períodos de conciencia se fueron haciendo más prolongados y

frecuentes. Sus piernas y brazos vendados no se movían y tenía los ojos demasiado hinchados como para abrirlos, pero su mente registraba la palpitante y desgarradora agonía que atormentaba su cuerpo, recordaba la pesadilla del ataque de que había sido objeto, volvía a vivir la impotente desesperación, los crueles asesinatos de las personas a las que más amaba, la degradada muerte de su abuelo.

Escuchó hablar a las monjas y sus palabras añadieron nuevos horrores a sus pensamientos. Según dijeron con tono aliviado, Jacopo de Pazzi había sido encontrado cerca de la frontera de Toscana, traído a Florencia cargado de cadenas, torturado y ahorcado de una ventana del Palazzo della Signoria.

—Y con su último aliento encomendó su alma al diablo —dijo la hermana Serafina.

—Una compañía muy adecuada para todos los Pazzi —dijo enfáticamente su compañera.

—Renato de Pazzi, al menos, tuvo un fin adecuado —comentó la hermana Serafina—. Confesó sus pecados y besó la cruz antes de ser ahorcado.

—Deberían colgarlos a todos. Enviar a todos los hombres a las mazmorras de Volterra es un castigo demasiado fácil.

—¡Hermana Constantia! Eso no es cristiano.

—Los Pazzi son la semilla del diablo. Hay mala sangre en todos ellos.

Ginebra se hundió en la oscuridad, pero ya no fue la ausencia total, la paz. Por todas partes veía figuras agonizantes que se abalanzaban sobre ella vestidas con sudarios.

A veces, hubo otras monjas que se mostraban menos condenatorias que la hermana Constantia. Pero en las voces de todas ellas se percibía la misma satisfacción por la destrucción de los Pazzi. Fueron muertos más de doscientos sirvientes y personas partidarias de los Pazzi, y sus cabezas fueron paseadas por las calles clavadas en las picas de los soldados. El apellido Pazzi fue declarado distintivo de vergüenza. La Signoria decretó que todo florentino que se casara con una mujer de la familia perdería sus derechos de ciudadanía. Se abolió el Scoppio. Se destruyeron los orgullosos delfines allí donde aparecían, y se confiscaron todas las propiedades de los Pazzi, que pasaron a manos de Lorenzo de

Medici.

Ginebra abandonó sus intentos de continuar perdida en la inconsciencia. Estaba segura de hallarse en excesivo peligro como para permitirse ese lujo. Creía que Lorenzo había matado a su familia para apoderarse de su riqueza. Pero ella no tenía riquezas.

¿Por qué la había mantenido con vida, como una prisionera en su palacio? ¿Disfrutaba acaso sabiendo lo que ella estaba sufriendo? Hizo un esfuerzo por permanecer consciente durante períodos de tiempo más prolongados. Aceptó el dolor que le produjo la conciencia porque ése era el precio que debía pagar por la recuperación de su capacidad para escuchar y pensar. Y se inventó una forma de sobrevivir. Aparentó seguir hallándose en coma como una forma de protección contra la justicia de los Medici, sometiéndose a los cuidados de las monjas sin gritar por el dolor que le causaban, manteniendo los ojos cerrados, aun cuando la hinchazón empezó a disminuir. Quería que su cuerpo siguiera fláccido y pesado a pesar de que sus huesos rotos le producían dolores insoportables en los nervios.

Sus sentidos se fueron haciendo más y más agudos, su mente empezó a pensar con mayor claridad. Con el tiempo, se enteró de que se hallaba en el palacio de los Medici, pero no como prisionera, tal y como creyó en un principio. Lucrezia de Medici deseaba que se recuperara. Visitaba su habitación una docena de veces al día, y había un tono de verdadera preocupación en su voz, y un verdadero consuelo en las suaves manos frías que la acariciaban. Ginebra anhelaba responderle, entregarse al tacto y al espíritu curativo de Lucrezia.

Pero no podía hacerlo. Sus recuerdos eran mucho más fuertes que su necesidad de consuelo; veía una y otra vez la bota de aquel hombre golpeando el rostro de su abuelo, diciéndole que era «un regalo de Lorenzo»; volvía a sentir las manos rudas sobre su carne y la desgarradora penetración entre sus piernas, escuchaba de nuevo el canto «Medici, Medici, Medici», mientras los soldados abusaban de ella. Y entonces su corazón se endurecía.

Mientras su cuerpo permanecía inmóvil, hora tras hora, su mente trabajaba, progresando desde el temor hasta el delirio y la más fría determinación. Sentía cómo disminuía la fiebre de su cuerpo, terminaba la hemorragia, disminuía el dolor. Y supo que

estaba siendo curada por el odio, y no por la afabilidad. El odio era suyo, y surgió en ella como una cura abrasadora que le proporcionó la fuerza necesaria para vivir.

«Ya no me queda nada —pensó—. Lo he perdido todo y a todos, incluyendo a Ginebra, el día en que los hombres de Medici cabalgaron por entre los olivos de La Vacchia. Pero no puedo morir aún. No puedo morir hasta haberlos vengado a todos: al abuelo, a fray Marco, a Mateo, a los sirvientes de La Vacchia, el honor de mi familia, mis propias heridas y vergüenza».

Ginebra movió los dedos, los curvó, maldijo su debilidad. «Volveré a daros fuerza —se prometió en silencio—, tanto como la de mi propio odio. Y lo mataré. No me queda nada por lo que vivir, excepto eso. Una vez que lo haya hecho, podré morir y liberarme así del recuerdo.

»Se lo haré pagar.

»Mataré a Lorenzo».

Libro Segundo

Ginebra

1478-1483

24
1478

Ginebra se había convertido en maestra del engaño. Después de los esfuerzos sobrehumanos necesarios para aparentar hallarse en la inconsciencia durante semanas, el nuevo papel que tuvo que representar le pareció risiblemente sencillo. De hecho, algunas veces sonreía al pensarlo así, y cuando las monjas le preguntaban por qué sonreía, ella contestaba:

—Me siento tan feliz por estar poniéndome bien.

Su nuevo papel consistía ahora en prolongar la recuperación. Pero su verdadera actividad era la de recuperar la fortaleza en secreto. Incluso antes de abrir los ojos y gemir para pedir un vaso de agua, ya había extendido y flexionado los atrofiados músculos durante las horas nocturnas, cuando las monjas dormían. Una vez le hubieron quitado las tablillas y los vendajes, se concentró en una zona de su cuerpo, por turno, ocultando el movimiento de la rodilla, o del tobillo, o del abdomen, bajo las ligeras ropas de la cama. Sus esfuerzos fueron constantes y tan feroces que incluso le produjeron otro período de fiebre alta, lo cual no hizo más que debilitarla.

Pero jamás permitió que la debilidad le hiciera olvidar o abandonar su objetivo. Y el propósito le proporcionó la capacidad para ir superando cada uno de los numerosos retrocesos que experimentó en su recuperación. No obstante, siempre aparentaba sentirse débil, patética y agradecida, incluso cuando su corazón ardía de rabia y deseos de venganza, al mismo tiempo que su demacrado cuerpo iba adquiriendo fortaleza y empezaba a ser controlado con precisión, tanto que incluso fue capaz de dejarlo fláccido y sin vida cuando Lorenzo la levantó entre sus brazos y la

transportó al dormitorio de la planta baja que había sido el suyo de joven.

—Creo que aquí te sentirás mucho más feliz, contadina. Puedes contemplar la gran pintura de caballos que hay frente a la cama y pensar en ponerte lo bastante bien como para volver a cabalgar.

Ginebra emitió unas pocas lágrimas y expresó un débil «gracias». Luego cerró los ojos, fingiendo un desvanecimiento, y Lorenzo la depositó con suavidad sobre su antigua cama. Por detrás de los párpados semicerrados, ella había visto su pecho, muy vulnerable, cerca de su mejilla, y sus brazos, cargados con su cuerpo e incapaces de defenderse. Si hubiera tenido una daga en aquellos momentos, y la fortaleza suficiente para hundirla donde quería…

A partir de entonces, redobló sus ejercicios, hechos a escondidas.

Pronto descubrió que el nuevo dormitorio tenía numerosas ventajas. Era a finales del verano, y la puerta se dejaba abierta para que la estancia se ventilara, lo que le permitía escuchar las conversaciones de los hombres de armas apostados en el patio, y vigilar las idas y venidas que se producían en la entrada del palacio.

Se dio cuenta así de que Lorenzo siempre se hallaba rodeado de guardias cada vez que salía a la ciudad, ante lo que ella se echó a reír, ya que era mucho más vulnerable en el interior de su propia casa, donde ella estaba.

Oyó hablar de la guerra que se había desatado, con los ejércitos de Roma y Nápoles que capturaban una tras otra las ciudades sometidas de Florencia. Los guardias estaban preocupados. Florencia sólo contaba con un ejército compuesto de chusma y de pequeños contingentes enviados por Milán, Bolonia y los Orsini, los parientes de Clarice de Medici. El rey de Francia, que había sido aliado de Medici desde hacía mucho tiempo, le envió un mensajero con una carta de apoyo y el ofrecimiento de quinientas lanzas, pero los soldados no habían aparecido por ninguna parte, mientras que su enviado, Philippe de Commines y su séquito permanecieron como invitados en el palacio de Lorenzo, creando así obligaciones de escolta adicionales para los guardias, y exponiendo quejas continuas.

Ginebra, que no sabía nada sobre la guerra, se sintió encantada con las angustiosas conversaciones de los guardias. Se sentiría muy feliz si Florencia caía en manos del enemigo, siempre y cuando eso

significara la destrucción de los Medici.

Y que ella y sólo ella pudiera dar con su propia mano el golpe mortal a Lorenzo.

Aunque había sido educada en los escritos de los filósofos griegos y los poetas y estadistas romanos, Ginebra no sabía nada sobre los caminos del corazón. Si alguien le hubiera dicho que su odio consumidor contra Lorenzo se había visto intensificado por el hecho de que le había considerado como un héroe desde su niñez, habría considerado al que eso le dijera como un loco. Quería venganza por los daños mortales que se le habían causado a ella y a quienes más amaba. Jamás sospechó que también anhelaba vengar un sueño traicionado.

Ahora que Ginebra ya estaba visiblemente fuera de peligro, ya no se necesitaba tanto a las monjas enfermeras. Sólo una se quedó a su lado y por la noche dormía en la habitación contigua a la de la enferma. De ese modo, Ginebra pudo aumentar su actividad, realizar sus ejercicios de un modo más vigoroso, e incluso dar los primeros pasos vacilantes alrededor de la cama, apoyándose en el elevado colchón.

Los esfuerzos, realizados durante las noches, la dejaban exhausta, por lo que se pasaba la mayor parte del día durmiendo. El sueño le permitía recuperar las energías y mantener así la ficción de su estado de invalidez.

Lucrezia se sentía alarmada.

—Confiaba en que experimentara una rápida recuperación, una vez pasada la crisis —le dijo a la monja enfermera—. Ya han transcurrido casi seis meses desde que fue herida, y aún está demasiado débil como para resistir la enfermedad y demasiado frágil como para trasladarla a un lugar seguro.

La plaga se había desatado en Florencia. Todo aquel que podía hacerlo abandonaba la ciudad, lleno de pánico. La primera víctima fue descubierta en los escalones de la iglesia de Santa Croce, el primero de octubre. Ahora, apenas una semana más tarde, las campanadas a muerto sonaban hasta nueve veces en un mismo día.

Lucrezia ordenó fregar con lejía y vinagre todos los suelos y paredes del palacio. Se sellaron con cera todas las ventanas, y los

braseros de metal llenos de hierbas humeaban día y noche en cada una de las setenta y seis habitaciones, estuvieran ocupadas o no.

Había tres incensarios en la habitación de Ginebra. Lucrezia también preparaba espesas sopas de col y carne troceadas, y despertaba a la joven cada dos horas del día para alimentarla.

—Tienes que hacer un esfuerzo por comer —le rogaba Lucrezia —. Ésa es la única forma de fortalecerte.

Ginebra cooperó ávidamente. Se había sentido desesperadamente hambrienta durante semanas, ya que su cuerpo, sometido al duro ejercicio, exigía mayor sustancia que el pan y la leche caliente que constituían la dieta propia de una persona inválida.

Lucrezia observó a Ginebra mientras comía y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Mi pobre niña —dijo—. Creo que eso es lo que has estado necesitando durante todo este tiempo. Y yo sin darme cuenta. Te ruego que me disculpes.

Ginebra no dijo nada. Estaba demasiado ocupada alimentándose como para hablar. Y tampoco diría «te disculpo» a una Medici, ni siquiera a esta mujer tan parecida a la madre que la huérfana Ginebra se había inventado cuando sólo era una niña.

La nutritiva sopa sólo la satisfizo durante un corto espacio de tiempo. El alimento le permitió continuar realizando sus ejercicios con menor fatiga, y sus piernas se fueron fortaleciendo, permitiéndole primero caminar, luego flexionar el cuerpo y finalmente saltar del suelo a la cama. En cuanto a los brazos, casi podía levantar los escalones de madera situados a un costado de la cama; sabía que no tardaría en poder levantarlos varios centímetros, luego varias decenas de centímetros y finalmente elevarlos hasta la altura de la cabeza si así lo deseaba.

Pero necesitaba más alimento, algo más sustancial. Anhelaba un trozo de pan o una gruesa salchicha con especias, algo que masticar y que no se le deslizara por la garganta antes de poder saborear su gusto. No podía decirle a Lucrezia lo que deseaba porque no se atrevía a descubrir hasta qué punto había avanzado su recuperación. Si alguien se enteraba de que ya casi estaba bien, la

enviarían lejos de la ciudad y de la plaga. Y para ella era vital permanecer en el palacio de los Medici, ya que sólo aquí podría sorprender a Lorenzo y tomarlo desprevenido.

«Debo de estar soñando», pensó Ginebra. Se dio un pellizco en el brazo y parpadeó, al tiempo que olisqueaba el aire. El olor del queso era muy intenso. La boca se le hizo agua.

Caminó con suavidad y seguridad por la penumbra de su habitación. Sus ojos ya se habían acostumbrado desde hacía tiempo a la débil iluminación procedente de los braseros llenos de hierbas colgados del techo. Hizo girar la manija de la puerta con lentitud, preparada para regresar corriendo a la cama si producía algún ruido, preguntándose si la monja la habría cerrado con llave al cerrarla por la noche. Percibió que el pestillo se abría y tiró con cuidado de la puerta.

La luz penetró por la estrecha rendija; Ginebra retrocedió, segura de haber sido descubierta. Entonces reconoció los sonidos que se producían al otro lado de la puerta. Alguien estaba roncando, tal y como solía hacer fray Marco cuando daba una cabezada en su silla después de la cena.

Aquel vivido recuerdo la pilló desprevenida y la garganta se le llenó de unas lágrimas picantes. Tragó saliva, recuperó el control y la concentración y abrió la puerta un poco más.

Había cinco hombres vestidos con el uniforme de los Medici durmiendo en el patio, con los cuerpos extendidos en el suelo, frente a las puertas de la calle, el jardín, la loggia y las entradas arqueadas a la escalera que conducía a los pisos superiores e inferiores. Dormían sosteniendo entre las manos una espada y una lanza.

Ginebra se sujetó a la puerta necesitada de apoyo, sintiendo las piernas repentinamente débiles. Había escuchado a los guardias durante semanas, sin pensar en ellos más que como en voces sin cuerpos. Pero la visión de aquellos hombres la hizo temblar de temor. Las antorchas que iluminaban el patio hacían que las túnicas de seda roja y blanca brillaran bajo la luz, al igual que la cota de malla que les cubría los brazos y las armas, que parecían moverse a cada ligera oscilación de la luz.

Todo acudió a su recuerdo, de un modo abrumadoramente horrible. Aquella seda blanca salpicada por el rojo de la sangre, los diminutos anillos de metal de la armadura presionándose contra su piel desnuda, las espadas que ensartaban, cortaban y mataban. Fray Marco muerto a golpes, la vida de Mateo escapándose por el agujero abierto en su pecho, su abuelo…

Se acurrucó, hundiéndose, cubriéndose la cabeza con los brazos, mordiéndose el hombro para detener el ruido de sus dientes que castañeteaban, y los pequeños e involuntarios gemidos.

Tuvo la impresión de haber permanecido así durante toda una eternidad, volviendo a experimentar el horror, esperando que volviera a producirse todo de nuevo, paralizada e impotente por el temor.

Los ronquidos se detuvieron; el temor se transformó en terror, y Ginebra se arrastró sobre el vientre hacia el interior de su habitación.

Al amanecer, la monja la encontró acurrucada debajo de la cama, agitada por las convulsiones, con la mirada perdida, los labios mordidos y en carne viva. La monja lanzó gritos de auxilio. Un guardia contestó a su llamada, se asomó, miró y echó a correr para buscar a Lucrezia.

—Debemos meterla en la cama y calentarla —dijo Lucrezia—. Y luego rezar.

Pidió a todos los presentes en la casa que unieran sus oraciones a las suyas.

Lorenzo acudió presuroso a la habitación de Ginebra en cuanto recibió el mensaje que le envió su madre. Se arrodilló con ella durante un minuto, junto a la cama de Ginebra, y luego subió al primer piso y recorrió de un lado a otro el largo pasillo que conducía a su estudio, incapaz de descansar. El día anterior había recibido un mensaje comunicándole que su ahijado Bernardo había muerto a causa de la plaga. El muchacho debería haber estado a salvo, aislado como estaba en la villa campestre a la que Elmo y Bianca habían sido exilados. Pero el caso es que había muerto el niño nacido el mismo día que Lorenzo, el día del cumpleaños de Ginebra, el día en que ella llegó a Florencia, el día en que Lorenzo alcanzó su mayoría de edad.

Y ahora Ginebra se hallaba afligida por una enfermedad tan

misteriosa y caprichosa como la Muerte Negra. Precisamente cuando había empezado a mejorar de un modo tan notable.

Lorenzo se sintió abrumado por su impotencia ante el destino, por su incapacidad para comprender el significado de todos aquellos presagios. Si es que existía algún significado. Si es que el colapso de Ginebra y la muerte de Bernardo eran presagios.

No lo sabía. Tenía la sensación de que no había nada de lo que pudiera estar seguro.

La incertidumbre y la impotencia eran experiencias que le eran extrañas, que no formaban parte ni de su naturaleza, ni de su vida pasada. Le resultaban intolerables, de modo que durante horas caminó de un lado a otro del vestíbulo, tratando de sacudírselas de encima, de aplastarlas bajo los talones, de recuperar la capacidad de decisión que se esperaba de él por parte de la Signoria, del pueblo de Florencia, de él mismo.

Le llegaban correos, mensajeros y representantes del Consejo de Guerra. Todos le planteaban preguntas, y él las contestaba. Todos necesitaban órdenes y él las daba. Todos buscaban liderazgo en él, trataban de obtener confianza de él, y él los satisfacía a todos.

Después se dirigía a su estudio y se sentaba ante la mesa, dispuesto para atacar la masa de correspondencia que requería su atención. Había tantas cosas, tantas personas que dependían de él, y no podía desperdiciar su precioso tiempo preocupándose por aquellas cuestiones que no tenían respuesta.

La contadina se pondría bien. Lo sabía. Ella formaba parte de él de una forma que jamás había sucedido con Bernardo, y ella no abandonaría la lucha por ganar, como tampoco lo haría él. Extendió sobre la mesa un mapa de la Toscana y marcó las posiciones de los ejércitos de sus enemigos, tal y como señalaban los últimos informes.

Tres horas más tarde Ginebra emitió un suspiro. Sus estremecimientos cesaron y se relajó por completo. Lucrezia besó sus párpados cerrados.

—Se ha quedado dormida. Gracias a Dios.

Al despertar, Ginebra estaba descansada y tranquila. Por primera vez en mucho tiempo su sueño no se había visto perturbado por

pesadillas, y ella se dio cuenta de que había experimentado un gran cambio en su vida. Permaneció tranquila, pensativa, hasta que lo comprendió así.

«Lo que me aterrorizaba hasta casi hacerme perder la razón era el pasado —pensó—, lo que ya ha sucedido. Pero precisamente porque ha terminado, no hay necesidad de temerlo. Y en el futuro no hay nada que se me pueda hacer capaz de hacerme tanto daño. Ya he conocido lo que es el infierno. Así pues, ¿de qué tener miedo ahora? De nada. Ya no le tengo miedo a nada, ni siquiera a la muerte. La muerte no es más que una inconsciencia más profunda, y yo sé que es un alivio. Sólo existe dolor cuando es necesario volver a la vida».

Se desperezó lentamente, apreciando la suave y obediente respuesta de los músculos que tanto había trabajado para fortalecer, relamiéndose ante la nueva sensación de la invencibilidad.

Aquella misma noche cruzó a hurtadillas el patio en silencio, encontró la pequeña habitación donde se preparaba la comida y la bebida para los guardias y comió su ración de queso, olivas y pan.

Tres noches más tarde descubrió el lugar donde se hallaba la sala de armas. Eligió una daga de empuñadura corta, perfectamente equilibrada, y una piedra de afilar, y se llevó ambas a su habitación. Las ocultó en la parte superior del alto baldaquino que había sobre su cama, que sostenía los pesados tapices con brocado de seda. Era fácil subirse por los postes de madera labrada, tan gruesos como un árbol. Podría afilar el puñal por las noches, mientras esperaba que apareciera la oportunidad de utilizarlo.

—Estoy preparada —susurró en voz alta ante los fantásticos caballos al pastel que decoraban las paredes.

Y se echó a reír.

25

Lucrezia se dio cuenta inmediatamente del cambio experimentado por Ginebra.

—Nuestra paciente se siente feliz, hermana. Mira, muestra una sonrisa en el rostro mientras duerme.

Al despertar a Ginebra para administrarle la sopa, sugirió que quizá le vendría bien levantarse de la cama y salir de la habitación.

—He hecho bajar una silla para ti. Fue la de mi esposo. Como él no podía caminar, estaba diseñada para ser transportada. Si quieres, te asignaré a dos sirvientes y podrás salir alrededor de la casa, e incluso salir al jardín cuando haga buen tiempo.

—Oh, gracias, madonna Lucrezia. Eso me encantará.

Ginebra se sintió realmente agradecida. Necesitaba conocer bien la casa, saber dónde encontrar a Lorenzo a solas y sin despertar sospechas. De ese modo, nadie sabría que ella era capaz de caminar, lo cual le daría ventaja.

Ante su desilusión, apenas había empezado a investigar la disposición de las habitaciones en el piso superior cuando Lorenzo se marchó.

—Echa terriblemente de menos a sus hijos —le explicó Lucrezia —, y se ha marchado a nuestra villa de Cafaggiolo para pasar algún tiempo con ellos. Clarice se los llevó allí por motivos de seguridad, a causa de la guerra, cuando ésta empezó en el pasado mes de junio. Es un lugar bastante remoto y la villa posee buenos y gruesos muros y un foso con puente levadizo.

—¿Ha terminado ya la guerra?

—No —contestó Lucrezia, con una expresión repentinamente ensombrecida y gris. Luego sonrió—. Pero se ha detenido durante varios meses. Los ejércitos tienen reglas muy definidas sobre lo que

quieren y lo que no. En el invierno se retiran a una ciudad donde los hombres y los caballos se puedan cobijar y estar cómodos. A la primavera que viene volverán a luchar.

»Mientras tanto, la casa estará prácticamente a nuestra disposición. Cuando Lorenzo no está apenas hay visitantes. Tengo la intención de disfrutar de la paz y la tranquilidad, especialmente con tan buena compañía. Lorenzo me dijo que eres una persona con amplios conocimientos clásicos; quizá podamos dedicar algún tiempo a la lectura y la discusión. Nuestra biblioteca es bastante buena, y hay muchas cosas que me gustaría aprender, si tú estás dispuesta a ayudarme.

Ginebra se quedó asombrada. Jamás se le había ocurrido pensar que una persona mayor pudiera buscarla para pedirle que la ayudara en su educación. Miró a Lucrezia con sospecha, pero no pudo encontrar en su aún hermoso rostro el menor signo de superioridad o de engaño.

—Me sentiré muy feliz de hacer lo que esté en mi mano —replicó.

El invierno transcurrió feliz. Fue como un regalo hecho por el tiempo, libre de odio, de maquinaciones, de la persecución de la muerte. Primero sería la de Lorenzo, y luego, inevitablemente, la suya propia. Ginebra aceptó este regalo sin cólera. Esperaría a cumplir su venganza. No por ello perdería su dulzura. Apartó de su mente todos los pensamientos relacionados con Lorenzo y se entregó a la orientación de Lucrezia.

—Iremos primero a la biblioteca —dijo Lucrezia.

Ginebra no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos las tranquilas horas de lectura hasta que entró en la estancia y sintió cómo le latía el corazón, lleno de excitación. Nunca había visto tantos libros juntos. Se consideraba que una casa era rica si contenía cinco libros. Pero en el palacio de los Medici había por lo menos quinientos.

Las riquezas, sin embargo, no se detenían en eso. El palacio era una verdadera mansión llenas de obras de arte. Lucrezia le fue mostrando las pinturas, las esculturas, los tapices y las alfombras orientales que contenía, haciéndolo una a una, para que tuviera tiempo de estudiarlas y saborearlas poco a poco. También le contó maravillosas historias sobre los artistas que habían creado muchas

de aquellas obras maravillosas.

—Donatello fue quizá el amigo más íntimo del padre de mi esposo. Era un hombre dulce y encantador, así como un gran escultor. La fuente del jardín, la que representa a Judit triunfante sobre Holofernes, la hizo él. Mi suegro se la encargó por una cifra bastante elevada porque le preocupaba mucho el estilo de vida de Donatello. Parecía no poder disponer nunca de una capa abrigadora, ni de tomar jamás una comida decente. Cosimo le pagó por adelantado, en oro, y le dio a Donato el nombre de un director en el banco, diciéndole: «Ve a ver a este hombre, entrégale tu dinero y dile que lo invierta en tu nombre. Así dispondrás de ingresos suficientes para vivir con comodidad».

—No es nada extraño que después de tanta generosidad se convirtiera en un amigo tan íntimo —comentó Ginebra con una mueca.

—El dinero no significaba nada para Donatello —dijo Lucrezia echándose a reír—. Aceptó el oro de Cosimo e hizo con él lo que siempre hacía con todo lo que ganaba: lo dejó en una cesta que colgaba del techo de su taller. Su cocinero, sus aprendices, sus amigos…, todos se servían de él cada vez que necesitaban algo. Apenas se lo podían creer cuando extrajeron una moneda y descubrieron que se trataba de un florín, y no de un escudo.

Ginebra se echó a reír con Lucrezia.

—¿Y qué hizo entonces Cosimo? —preguntó.

—Le encargó que hiciera la estatua de David que tanto te gusta a ti, la que está cerca de la puerta de tu habitación.

—¿Y le pagó por adelantado?

—Pues claro. Jamás dejó de intentarlo.

—¿Y el dinero fue a parar a la misma cesta?

—Desde luego.

A Ginebra le encantaba escuchar aquellas historias. A partir de entonces sustituyó una pretensión de inmovilidad por un modo de caminar dubitativo, y de esa forma podía moverse por cuenta propia para contemplar sus obras de arte favoritas cada vez que así le apetecía.

Una de ellas era la Procesión de los Magos, que cubría tres paredes en la pequeña capilla de la familia. Aquella pintura estaba llena de sorpresas y cada vez que la contemplaba veía algo que le

había pasado inadvertido hasta entonces, una flor o un animal exótico, un detalle en las elaboradas vestiduras de los reyes, o un diminuto insecto posado sobre una pluma del ala de un ángel.

A Lucrezia se le dijo que Ginebra permanecía sentada a menudo en la capilla, a solas, incluso durante toda una hora. Estas noticias la tranquilizaron, ya que se sentía preocupada por la salud espiritual de la muchacha. Ginebra no solía asistir a la misa diaria que se celebraba en la capilla, y cuando lo hacía mostraba con frecuencia una dura expresión en el rostro.

Pero si acudía a la capilla cuando no había nadie allí, Lucrezia llegó a la conclusión de que lo hacía porque deseaba rezar sus oraciones en privado. Eso le pareció comprensible. El padre Paolo era un hombre exigente y nervioso que también ponía nerviosos a todos los que le rodeaban. Cada vez que celebraba la misa lo hacía con apresuramiento, confundiendo las palabras sagradas y haciendo chocar los vasos sagrados.

Lucrezia hubiera deseado invitar a otro sacerdote para que sirviera como clérigo de la casa, pero eso era imposible. Habría sido un golpe demasiado cruel para el padre Paolo. Llevaba viviendo en el palacio desde hacía casi veinte años. Y, para ser justos, debía admitir que su nerviosismo procedía de un sincero dilema espiritual, iniciado inmediatamente después de la rebelión de los Pazzi, cuando el papa excomulgó a Lorenzo y exigió que la ciudad lo entregara a la jurisdicción de Roma si no quería sufrir interdicción.

La Signoria se negó a entregar a Lorenzo a lo que habría sido una muerte segura, por lo que se pronunció la interdicción y se excomulgó a toda la república. Se ordenó el cierre de las iglesias, se prohibió la administración de los sacramentos y la celebración de matrimonios y funerales cristianos. Los obispos de Toscana, sin embargo, se negaron a reconocerlo. En lugar de eso, redactaron una condena del papa y la hicieron circular por toda Europa.

El padre Paolo, hijo fiel de la Iglesia, temía arriesgar su alma cada vez que celebraba la misa en el palacio de los Medici. Había sido educado para seguir las leyes del papa, y no el desafío cismático de los obispos. Pero, por otro lado, tampoco era capaz de considerar como papa legítimo a un hombre como Sixto, capaz de haber emprendido una conspiración de asesinato en la catedral de

Dios. Así pues, sus conflictivas emociones eran la fuente de su nerviosismo.

Lucrezia lo comprendió y se mostró paciente con él. También lo fue con Ginebra, y no esperó que ella lo comprendiera. No se atrevía a plantearse lo que sabía la muchacha sobre la conspiración de los Pazzi. Prefirió creer que Ginebra era inocente de toda complicidad porque le había cobrado mucho afecto y cada día le tenía más.

Dicho afecto se puso de manifiesto el día después de Navidad, cuando la tomó de las manos y la condujo hacia un banco situado frente al fuego encendido en la chimenea del gran salón.

—Siéntate conmigo, querida, y ayúdame en una tarea muy difícil.

Ginebra se mostró de acuerdo sin la menor vacilación.

—Sólo tienes que decirme lo que quieres que haga.

—Lo que quiero que hagas es que me escuches muy atentamente a lo que tengo que decirte. Me temo que escuchar te resultará mucho más doloroso para ti que para mí el decirlo, pero lo haré con toda la rapidez de que sea capaz…

»Ginebra, tu compromiso matrimonial con mi joven primo ha sido roto. No te casarás con él.

—¿Y eso es todo? —preguntó Ginebra sonriendo—. Madonna Lucrezia, no deberías asustarme de ese modo. Por un momento temí que fueras a comunicarme noticias realmente malas. No me importa no contraer matrimonio con alguien al que nunca he llegado a conocer.

—Eso no es todo, Ginebra —siguió diciendo Lucrezia apretándole aún más las manos—. Será difícil encontrarte un esposo digno de ti.

Ginebra apartó las manos y volvió la cabeza para que Lucrezia no pudiera verle el rostro.

—Eso ya lo sé —dijo con un duro tono de voz—. He oído cuchichear a las monjas enfermeras. La ley dice que nadie puede casarse con un Pazzi.

Lucrezia contuvo las lágrimas.

—Las leyes son obstáculos que se pueden salvar. Resulta fácil cambiarse el nombre, y eso no es nada insólito. Se te puede entregar una dote. Pero no se puede hacer nada por curar el daño que se te

ha hecho. Mi pobre Ginebra, nunca podrás tener hijos. Intenté detener la hemorragia. Utilicé todas las medicinas, todo lo que sabía… —Las lágrimas corrieron libremente sobre las mejillas de Lucrezia—. Ginebra, ya no tienes útero. Eres estéril para siempre. Y un hombre toma esposa para que ésta le dé hijos. Lo máximo que podemos esperar es que el padre de unos hijos cuya madre haya muerto consienta en…

—Por favor —dijo Ginebra volviendo el rostro hacia ella—, no llores, madonna. Tu pena me parte el corazón —rodeó con sus brazos los hombros de la mujer, en un abrazo un tanto desmañado —. No importa. De veras que no importa. No me importa no tener ni esposo ni hijos.

Estoy viva, gracias a ti, y soy feliz, también gracias a ti. No tienes ninguna razón para llorar.

Colocó la mejilla junto a la de ella y sintió las lágrimas cayéndole por el rostro y mezclándose con las de Lucrezia. «No debería haber permitido que me amara tanto —pensó Ginebra—, ni que yo misma la amara. Ahora será mucho más duro tener que matar a su hijo».

26
1479

A Lucrezia le costaba creer que Ginebra no se sintiera desolada por el hecho de ser estéril. Los niños eran no sólo la alegría de toda mujer, sino también su deber. No podía dejar de pensar en la historia de Ginebra. Había permanecido aislada en el campo, teniendo por toda compañía a hombres y sirvientes ancianos. La muchacha no tenía la menor experiencia con niños, y no abrigaba ni la menor idea de lo que significaba ser madre, por lo que no experimentaba el deseo de algo que ni siquiera podía imaginar.

Ginebra lo aprendió un cálido día de febrero que casi parecía de primavera.

Sintió la fuerza del sol atravesar los delgados cristales de la ventana de la biblioteca y la poseyó el abrumador anhelo de encontrarse en el jardín de La Vacchia. Necesitaba el olor de la tierra, la vista de las plantas creciendo, el sonido de los pájaros y de los chorros de agua de las fuentes. El jardín que había tras el palacio le había parecido un lugar muy triste, a excepción de la estatua de Donatello. Se trataba de un lugar despejado, sin color y frío.

Pero en un lugar como éste sin duda sería diferente. Por lo menos habría pájaros bebiendo de la fuente y la luz del sol le caería sobre los hombros. En su apresuramiento, se olvidó de guardar el libro en su anaquel. No quería perderse ni un solo minuto más de luz solar.

Al aproximarse al jardín creyó escuchar el canto de un ave desconocida y se apresuró a recorrer los pasos finales. De pronto, se detuvo con brusquedad en la puerta que daba al jardín.

Directamente delante de ella había una reluciente manta de lana verde extendida sobre la hierba invernal, todavía marrón. Sobre la manta había un bebé, que reía encantado y jugaba a atraparse los dedos de los pies. Estaba casi desnudo, con el babero desabrochado y dejándole al descubierto la rosada piel satinada.

Ginebra miró a derecha e izquierda. No había nadie en el jardín. Avanzó hacia el niño y se arrodilló junto a él, extendiendo cautelosamente una mano para tocarle el grueso piececillo desnudo.

—¡Eres tan suave! —exclamó.

El bebé emitió una risa alegre.

Lucrezia encontró a Ginebra media hora más tarde. Estaba haciéndole cosquillas al bebé en el estómago, riendo ante los gritos de alegría del pequeño, aparentando resistir los tirones de los pequeños puños que se cerraban sobre el pañuelo que llevaba en la cabeza y el pelo corto que había por debajo.

—De modo que has conocido a Giulio —dijo Lucrezia—. ¿No es delicioso?

—Creo que le he gustado —contestó Ginebra con una radiante sonrisa.

—Seguro que sí. He escuchado sus risas al salir al patio… Qué pequeño diablillo. Siempre se las arreglas para librarse de sus ropas. Que el cielo nos ayude cuando aprenda a andar —Lucrezia se sentó sobre la hierba, junto a Ginebra, se liberó de las manos del bebé que trataban de sujetarle el cabello y le besó los dedos regordetes—. Creía que a estas alturas ya estaría aullando. Se ha pasado la hora de su comida.

Como si hubiera comprendido aquellas palabras, el bebé hizo pucheros y pareció a punto de echarse a llorar.

Ginebra le hizo cosquillas, intentando hacerle reír, pero finalmente se inició el llanto.

—¡Oh, no! —se lamentó—. ¿Qué he hecho mal? ¿Le he hecho daño? No tenía intención de hacerlo.

Una mujer joven apareció corriendo en el jardín, desatándose los lazos que le sujetaban el vestido a la nuca.

—Lo siento, madonna —se disculpó—. No me di cuenta del tiempo.

Se inclinó sobre el bebé y lo tomó en sus brazos, sin que pareciera perturbarla en lo más mínimo el fuerte llanto de éste. Ginebra observó fascinada cómo María se sentaba en el banco del jardín y extraía un seno lleno, como un globo. El llanto de Giulio se transformó inmediatamente en sonoros chupetones.

—Es un pequeño monstruo hambriento —dijo Lucrezia con afecto—. ¿Qué te ha parecido, Ginebra?

—Creo que es maravilloso. No sabía que aquí hubiera bebés. ¿Hay otros muchos?

Lucrezia se sintió confusa ante aquella pregunta.

—Lorenzo y Clarice tienen seis hijos, pero están todos en Cafaggiolo.

—No me refería a ellos, sino a los sirvientes. María es una sirvienta, ¿no?

—Oh, ya entiendo. No, los hijos de los sirvientes no viven en el palacio. Cuando una muchacha tiene un bebé la trasladamos a ella y a su esposo, si es que lo tiene, a una de nuestras villas. Aquí, en la ciudad, no es lugar para que ande corriendo un niño. Los hijos del propio Lorenzo se pasan la mayor parte del año en la villa de Fiesole.

—Pero… —empezó a decir Ginebra mirando a María.

—Es la nodriza de Giulio. Es mi nieto, hijo de mi hijo más joven, Giuliano. Su madre fue la amante de Giuliano. Lorenzo la convenció para que le entregara a su hijo después de nacer. Giulio será criado junto con los hijos de Lorenzo, como si fuera un hijo suyo.

—¿Y por qué no se hace cargo de él el propio Giuliano? ¿Cómo puede soportar que sea su hermano el que se ocupe de su hijo?

La respiración de Lucrezia fue entrecortada, y su rostro estaba muy pálido cuando contestó:

—Giuliano está muerto.

—Lo siento. No lo sabía. Espero que no te haya entristecido.

—No te preocupes —dijo Lucrezia acariciándole el cabello—, estoy segura de que no era esa tu intención —al acariciarla, sintió las recientes cicatrices en el cuero cabelludo. Giuliano no había sido la única víctima. Luego abordó un tema mucho más feliz—. Giulio llegó aquí en agosto. Ahora tiene seis meses de edad. Me parece una edad excelente para los bebés. Los más pequeños se pasan durmiendo todo el día, y los mayores están siempre moviéndose.

Una vez que tenga el estómago lleno, dormirá una hora y luego estará preparado para jugar durante toda la tarde. Le pediremos a María que nos lo traiga a mi salón. ¿Te gustaría eso?

—Oh, sí, mucho.

Ginebra se convirtió en la esclava que adoraba al bebé. Abandonó toda pretensión de seguir estando enferma y empezó a disfrutar abiertamente de la vida. Durante más de un mes estuvo en una especie de semiparaíso, compartiendo con Giulio la proximidad de la primavera, diciéndole los nombres de los pájaros y de las flores, jugando y enseñándole a dar palmadas, a saludar con la mano a modo de despedida, a pronunciar un sonido que ella estaba segura de que era su nombre. Lucrezia se les unía a menudo en el jardín, dedicada a dar pequeñas puntadas en un tapiz, mientras compartía con ellos las risas y la felicidad.

El idilio se vio conmocionado a principios de abril. Lorenzo regresó a casa.

De pronto, el palacio se transformó en un hervidero de actividad. La gente entraba y salía a todas horas; el patio estaba abarrotado de hombres de armas que permanecían en guardia ante los que querían ver a Lorenzo; el jardín estaba rebosante, los pasillos y las escaleras ocupados por mensajeros, pajes, secretarios y consejeros que iban y venían. Hasta la biblioteca se hallaba ocupada por estudiosos de la Universidad de Pisa, a quienes Lorenzo había conocido en una visita e invitado a venir y quedarse a estudiar en el palacio.

Menos de veinticuatro horas después de la llegada de Lorenzo, María llevó al pequeño Giulio a la habitación de Ginebra para despedirse. Lorenzo lo enviaba a Cafaggiolo. El pequeño la saludó con la mano tal y como Ginebra le había enseñado y luego se echó a llorar repentinamente cuando Ginebra lo abrazó con excesiva fuerza. Lo último que Ginebra vio de él fue un rostro rosado asomado por encima del hombro de María, con los redondos ojos morenos llenos de lágrimas.

Lucrezia no le ofreció comprensión.

—Siempre se había tenido la intención de que Giulio se uniera a los demás niños. Cuando nació, los caminos estaban llenos de soldados, y el invierno era demasiado frío para que un bebé viajara a tanta distancia.

Se alejó presurosa hacia las cocinas. Una casa llena de gente exigía una dirección muy cuidadosa.

Más tarde, cuando dispuso de algunos minutos para pensar, lamentó la brusquedad con la que le había hablado a Ginebra. La muchacha se sentía terriblemente unida al bebé, incluso de un modo excesivo. Lo más probable es que hubiera sido mucho mejor haber roto aquella unión antes de que se hiciera demasiado fuerte.

En cualquier caso, ahora ya no disponía de tiempo para preocuparse por eso. Lorenzo la necesitaba. El coste de la guerra significaba impuestos más altos, y los florentinos empezaban a preguntarse si valía la pena apoyar a Lorenzo en su batalla contra el papa Sixto, sobre todo porque era evidente que Florencia estaba perdiendo la guerra. Lorenzo tenía que planificar sus movimientos con todo cuidado si es que quería seguir siendo el líder del gobierno. Él y Lucrezia hablaron durante toda la noche, calibrando las posibilidades y haciendo planes.

Ginebra también pasó una noche de insomnio, a solas. El brusco desprecio con que la había tratado Lucrezia le había dejado un amargo regusto de desilusión. Pero sabía que la presencia e incluso el afecto de Lucrezia no le servían de ninguna ayuda.

La pérdida de Giulio le había hecho darse cuenta del significado de todo aquello que Lucrezia le había dicho. Era una mujer estéril. Nunca podría tener hijos. Ahora sabía lo que significaba tener a un bebé en los brazos, sentir sus pequeños brazos alrededor del cuello, experimentar el enternecedor anhelo de amor por él cada vez que lo veía dormido, o cuando el pequeño le daba un beso en el cuello. Si un bebé extraño podía haberse convertido para ella en todo eso, ¿cómo sería entonces el amor de una madre? Ginebra se llevó las manos a los pequeños pechos y se los apretó, hasta que le dolieron, mientras se le desgarraba el corazón al pensar en lo vacíos que estaban. Nunca se llenarían de leche, nadie mamaría de ellos con avidez y no podrían dar alimento ni sueño satisfecho a nadie.

Tenía ahora dieciséis años de edad. Era una mujer y, sin embargo, no lo era y nunca lo sería.

En su vientre jamás crecería la vida; aunque caminara, respirara y hablara, ella ya estaba muerta en vida.

Se echó a reír en voz alta, como una especie de nervioso contrapunto de humor. «Ya sé por qué estaba tan segura de no temerle a la muerte —pensó—. ¿Por qué iba a tenerle miedo? Si ya estoy muerta».

Sintió el frío del invierno acumulado en la habitación penetrar en ella desde sus gruesas paredes de piedra. Se estremeció y se abrigó los hundidos hombros con un edredón.

Una oleada caliente de odio le recorrió el cuerpo, calentándola y eliminando el escalofrío de su rendición a la desesperación. Lorenzo. Sus víctimas pedían venganza a gritos. Todos aquéllos a quienes había amado y todos aquéllos a quienes nunca tendría que amar, los bebés que nunca nacerían, los niños que se le habían negado para siempre.

Subió con rapidez por el poste de la cama y buscó y encontró la daga que había ocultado. Se había oxidado y su brillo se había apagado durante los meses que había permanecido allí oculta. Ginebra escupió sobre la hoja y empezó a afilarla.

Matar a Lorenzo no era tan sencillo como Ginebra había pensado que sería. Se pasaba la mayor parte del día fuera de la casa, de la que permanecía ausente a veces durante días enteros. Cuando se encontraba en casa siempre estaba acompañado de gente, y siempre había gente esperando para verle. Ella ya conocía bien el palacio, sabía dónde encontrarle, pero no había forma de encontrarle a solas. Y eso era vital para sus propósitos. Tenía que atacarle pillándole desprevenido, cuando le diera la espalda; nunca lograría ganarle si tenía que forcejear con él. Y no podía arriesgarse a que una tercera persona le lanzara un grito de advertencia del peligro; los reflejos de Lorenzo eran demasiado rápidos. Luego ya no existiría una segunda oportunidad. Todo tenía que ser perfecto.

El momento más vulnerable para él era por las noches, cuando conferenciaba en privado con Lucrezia, en su despacho. Ginebra estaba segura de que Lucrezia era tan ignorante de sus propósitos, que todo habría terminado antes de que supiera lo que había ocurrido. Pero no lograba decidirse a traicionar el afecto y la confianza de su única amiga.

Al principio le pareció excitante el desafío de encontrar la

oportunidad, casi como si se tratara de un juego. Pero a medida que fueron transcurriendo las semanas se fue sintiendo cada vez más frustrada. No podía soportar la sensación del fracaso.

Los días se hicieron más cálidos y prolongados. Lucrezia le dijo a Ginebra que había dado instrucciones para introducir alteraciones en la rutina habitual, según indicaban los cambios de estación. Los limoneros de las grandes macetas de terracota serían sacados del invernadero, como siempre. Pero no serían colocados en el jardín, sino que los llevarían al piso de arriba y los dejarían en el techo plano del invernadero, para formar allí un seto para la terraza.

—Ahora, el jardín siempre está lleno de gente, aunque no por ello tendríamos que renunciar al sol y al aire libre. La terraza será nuestro lugar privado.

Las ventanas del estudio de Lorenzo solo se encontraban a pocos pasos por encima de la terraza. «Por fin —pensó Ginebra—. Por fin. Todo lo que tengo que hacer ahora es esperar y estar atenta para cuando se me presente la oportunidad».

Y ésta se presentó ya durante el primer día.

27

—… Gracias por venir a verme, Luca. Tenías razón, como siempre. El códice es maravilloso y te estoy agradecido por habérmelo ofrecido primero a mí. Será uno de los tesoros de mi biblioteca… Bruno, por favor, acompaña a mi amigo hasta la calle. Protéjelo de la horda que espera en el patio. Un vendedor de libros es demasiado valioso como para ser empujado por un político —Ginebra escuchó al anciano arrastrando los pies al alejarse, acompañado por el paso firme del secretario de Lorenzo—. Y haz que todo el mundo espere mientras puedas, Bruno. Me gustaría pasar un poco de tiempo con san Agustín.

La puerta se cerró. Se escuchó el ruido de unas páginas al ser pasadas. Ginebra se tocó la manga. El estilete se hallaba debidamente oculto allí. El ritmo de su sangre se aceleró y se sintió ligeramente mareada por la excitación. Tuvo la impresión de que todo su cuerpo se hallaba estimulado, de que casi flotaba, en el momento en que se aupó sobre el alféizar de la ventana.

Escuchó el grito de Lorenzo, le vio saltar de la silla, volverse, dirigir la mano hacia la daga que llevaba colgada al cinto. Ella habría jurado que no había producido el menor ruido.

—¡Contadina! Por las heridas del Salvador, me has asustado —la daga volvió a hundirse en la vaina. Lorenzo sacudió la cabeza—. No deberías sorprender nunca a un hombre apareciendo tan de súbito por detrás. Podría haberte matado antes de saber que eras tú.

Se dirigió hacia la ventana en el momento en que dos guardias irrumpían en la habitación, con las espadas desenvainadas.

—Todo está en orden —les dijo Lorenzo—. Regresad a vuestros puestos… —Y dirigiéndose a Ginebra—. Entra, contadina, me alegro de verte.

Le sonrió y extendió una mano hacia ella para ayudarla a descender. Ginebra no había visto a Lorenzo desde hacía varios meses. Ahora saltó con agilidad, ignorando la mano que se le tendía.

«¿Cómo te atreves a pretender que eres mi amigo, que te alegras de verme? —Le hubiera querido gritar—. ¿Por qué clase de estúpida me tomas?».

Apenas pudo escuchar la alegre narración de Lorenzo acerca del descubrimiento que había hecho el librero sobre unas páginas olvidadas en un monasterio abandonado para hacer como que le escuchaba con interés, y sonreír cuando él la condujo hacia la puerta y la abrió.

—Por aquí es por donde se entra en una habitación —le dijo con una carcajada.

A Lucrezia no le pareció nada divertido el incidente. Regañó a Ginebra durante una hora, llamándola tonta, descuidada, desagradecida, consentida, inconsciente, alocada.

—Lorenzo está ocupado con cuestiones de la máxima importancia —dijo—. No dispone de tiempo para jugar contigo. No deja de preocuparse por ti, Ginebra. Se mantiene informado de tus progresos gracias a mí. Y a pesar de las graves preocupaciones que recaen sobre sus hombros, ya ha dado los primeros pasos para encontrarte un hogar y un esposo. Cierto que, por ahora, sin éxito, pero no has sido olvidada. Tu comportamiento ha sido infantil y vergonzoso, y me siento amargamente desilusionada contigo…

Ginebra soportó con serenidad la regañina, con los ojos bajos. Al final, dijo:

—Lo siento mucho, madonna Lucrezia. Jamás volveré a hacer nada igual.

Y era cierto. Jamás volvería a hacerlo. Porque ahora sabía que no tendría ningún éxito. Debía encontrar otra forma… Y a mediados de noviembre la encontró.

Se dedicó a escuchar subrepticiamente todas las noches, escondida bajo la ventana de Lorenzo. La oscuridad la ocultaba. De ese modo pudo enterarse de los planes y la información confidencial que él sólo compartía con Lucrezia, en conversaciones urgentes y

secretas en las que se dedicaban a estudiar estrategias, una vez que todo el mundo ya se había acostado en el palacio.

En Florencia no se le permitía a nadie saber lo mal que iba la guerra, ni siquiera a los priores del Consejo de Guerra. Nadie era consciente de la amplitud y gravedad de la peligrosa situación que se había desarrollado en Milán. Los milaneses habían sido débiles aliados bajo el tembloroso gobierno de la duquesa regente, pero en septiembre apareció una posibilidad real de que el Estado vecino pudiera convertirse en un enemigo activo. La duquesa estaba siendo atacada por sus tres cuñados; Florencia era incapaz de desviar hombres o dinero de su propia defensa para ayudarla. Ella aceptó la oferta del más fuerte de los tres hermanos, para unir las fuerzas de ambos y destruir a los otros dos. De ese modo, Ludovico Sforza se convirtió en corregente del joven duque. Inmediatamente, empezó a enviar insinuaciones al rey Ferrante de Nápoles, dándole a entender que Milán podría estar dispuesto a considerar un cambio de bando. Ferrante respondió inmediatamente.

Los espías de Lorenzo pudieron interceptar muchas de las cartas que se intercambiaron y copiárselas. La correspondencia sugería la existencia de una amenazadora posibilidad.

—Mamina, creo que la jugada vale la pena.

—Quisiera verlo así, Lorenzo, pero no lo veo. Creo que no haces más que leer tus propios deseos en esas cartas.

—¿Y qué si es así? La situación es desesperada. Los ejércitos de Roma y de Nápoles están a menos de cincuenta kilómetros hacia el sur; el maldito sobrino de Sixto tiene un ejército dentro de las fronteras de Toscana, hacia el norte; nuestro aliado real, el rey de Francia, nos envía correos exigiendo regalos y favores, pero las quinientas lanzas que nos prometió se hallan trabajando para él en sus batallas contra el emperador Habsburgo; Venecia se halla tan debilitada por la guerra contra los turcos que no podemos confiar en recibir ninguna ayuda por ese lado.

»Lo único que nos ha salvado hasta ahora de la aniquilación ha sido el calendario. Acaba de empezar la tregua de invierno. Si puedo hacer algo, lo tengo que hacer durante estos cuatro meses que nos quedan.

»Ahora digo que Ferrante está mostrando una gran falta de entusiasmo acerca de las propuestas de Sforza, y que ya no alaba a

su aliado el papa con un fervor convincente. Creo que puedo persuadirle para que abandone a Sixto y renueve sus antiguos tratados con Florencia. En tal caso. Sforza tendrá que seguir siendo nuestro aliado. Quiero ir a Nápoles. Iré disfrazado, abandonaré Florencia sin ser observado, sólo llevaré conmigo a un puñado de buenos compañeros. La audacia le gustará a Ferrante. Siempre ha tenido un cierto gusto por lo dramático.

—Y por la traición. Temo por ti, hijo mío.

—Del mismo modo que yo temo por nuestro Estado, mamina. Sixto quiere destruirme, y está a punto de conseguirlo, arruinando a la república con tal de hacerlo. Nápoles es mi única posibilidad, y debo aprovecharla.

Ginebra asintió en silencio y oculta, animándose. Lorenzo se disfrazaría, apenas estaría protegido y se encontraría lejos de Florencia. Ella se ocuparía de que nunca llegara a Nápoles.

El plan consistía en que el pequeño grupo que acompañaría a Lorenzo abandonara Florencia uno a uno, vestidos con ropajes de monjes que cubrirían la armadura y las armas y ocultaría los rostros bajo las amplias capuchas. La puerta que daba al camino de Pisa era la Porta San Frediano. En los campos situados más allá había un monasterio. Ningún guardia interrogaría a un monje que pasara por ella, sobre todo si lo hacía poco antes de la puesta del sol, cuando el tráfico era más denso. Luego se encontrarían todos más allá del monasterio, donde habría caballos esperándoles.

Ginebra robó uno de los hábitos del padre Paolo. Se lo puso en el interior del vacío invernadero, se dirigió luego hacia el jardín, cruzó por entre los grupos de hombres que entraban y salían por la pequeña puerta que daba a la calle. El guardia de la puerta la saludó militarmente al pasar. Ella controló el acceso de risa que sintió hasta encontrarse a varios pasos de distancia, ya en la calle. Se sentía tan contenta que incluso le resultó difícil caminar con lentitud y bajar la mirada. Hubiera querido echar a correr, ponerse a bailar, a cantar, a reír en voz alta y gritar su alegría.

Su estado de ánimo no se debía sólo al hecho de que por fin se veía cercana al cumplimiento de su objetivo, sino también a que se veía libre de muros y del confinamiento en el palacio. Por muy

lujoso que fuera el palacio de los Medici, había sido su prisión durante más de un año. Las muchachas jóvenes y solteras no salían solas por las calles de Florencia, excepto para ir a misa, y Lucrezia ni siquiera le había permitido eso. Le había parecido peligroso que una Pazzi apareciera en público.

Ginebra anhelaba mirar a su alrededor, investigar los sonidos y olores que le llegaban desde todas partes. Sin embargo, contuvo su curiosidad. Primero tenía que introducirse en el pequeño grupo de Lorenzo. Luego le mataría. Y sólo entonces se sentiría realmente libre.

Llegó al lugar de la cita con bastante antelación, de modo que pudo disponer de la luz del día para ver. A diferencia de los hombres que esperaba Lorenzo, Ginebra no había visto nunca ni el monasterio ni el camino por el que viajarían. También tenía que localizar el mejor sitio para tenderle una emboscada. Se esperaba la presencia de cinco hombres, de modo que un sexto llamaría la atención de inmediato.

Era el seis de diciembre. El atardecer trajo consigo un viento frío, a pesar de lo cual Ginebra sudaba en el lugar donde se había ocultado, entre las sombras. Las manos le resbalaban sobre el grueso trozo de madera que sujetaba a su lado. Ahora que actuaba en lugar de imaginar, se dio cuenta por primera vez de lo que estaba a punto de hacer. Se disponía a cometer un asesinato. Quizá incluso más de uno. Lorenzo se lo había merecido, se dijo a sí misma, y sus guardias también. Cualquiera de ellos podría haber sido el que mató a fray Marco, la criatura más inocente que jamás existió. O a Mateo, o a su abuelo.

Pero ¿podría hacerlo? ¿Sería capaz de levantar la mano, de golpear? Estaba temblando y sintió el brazo débil.

«Tienes que hacerlo —se dijo—. Posees la fuerza y puedes hacerlo». Reunió toda la feroz fuerza de voluntad que le quedaba, la determinación y la disciplina que le habían permitido superar el dolor y resistir la dulce llamada del descanso prometido por la muerte. Había conseguido que su cuerpo la obedeciera, de modo que ahora podía controlar la temerosa imaginación de su mente.

Se frotó las sudorosas palmas de las manos contra el basto tejido del hábito, cuya rudeza le sentó bien al rozarle la piel, permitiéndole regresar al presente, a la realidad, lejos de las

atemorizantes visiones que aparecían en su cabeza. Dispuso sus manos para actuar con firmeza.

Una figura vestida de monje pasó ante ella dirigiéndose hacia la cuadra, y pocos segundos después pasó una segunda. El viento agitó las hojas de los matorrales que la ocultaban, y le fue difícil escuchar las voces bajas de los dos hombres. Creyó que uno de ellos era el propio Lorenzo.

Luego pasó una tercera figura encapuchada, y supo entonces que había estado en un error. El paso rápido y el porte orgulloso de la figura no podían corresponder más que a un solo hombre, del mismo modo que la serena voz de mando.

—Desatad los caballos. Debemos estar dispuestos para cabalgar en cuanto aparezcan Sebastiano y Guido.

«¿Quién seré yo?», hubiera querido preguntar ella en voz alta.

Entonces, contuvo la respiración. Unos pasos se aproximaron advirtiéndole de que había llegado el momento de actuar. «Espero que no sea muy alto —pensó—. Confío en poder hacerlo». Levantó el garrote.

Tuvo suerte. El hombre que apareció recortado contra el cielo rojizo del atardecer era un poco más bajo de estatura que ella misma. Absorbido por cumplir con su propósito, el hombre no la escuchó moverse a su espalda. Cuando ella le alcanzó en la parte lateral de la cabeza, el hombre sólo emitió un suave gruñido. Cayó en un pozo de sombras por el terraplén inclinado y rodó hacia abajo, lejos del camino. Ginebra se ocultó de nuevo en su escondite.

—¿Qué ha sido eso? —Escuchó preguntar.

Ella se llevó una mano a la boca para ahogar la rápida y jadeante respiración. El último de los acompañantes de Lorenzo llegó apenas un instante después, casi corriendo.

—Tranquilo, Guido —dijo alguien en voz baja—. Tus pisadas resuenan como tambores.

—No hay tiempo para quedarnos tranquilos —dijo Guido—. Creo que me han reconocido. Vayámonos.

—No podemos. Todavía no ha llegado Sebastiano.

—Nos vamos —decidió entonces Lorenzo.

Ginebra escuchó el sonido de los arneses y el de los cascos de los caballos moviéndose con nerviosismo mientras los hombres montaban. Entonces, se ocultó bien el rostro con la capucha y echó

a correr hacia el patio.

—Ahí está Sebastiano.

Alguien le entregó las riendas de dos caballos y ella se dio cuenta de que cada hombre cabalgaba en una montura y llevaba otra de repuesto. El primero de ellos era Lorenzo. Ya había salido por la puerta del patio iniciando el galope a lo largo del camino. Los otros le siguieron, con Ginebra ocupando la última posición.

Sus manos y su cuerpo se ajustaron al paso del caballo y al temperamento nervioso del animal, como si lo hubiera montado toda su vida. Por debajo de la capucha, sus ojos estaban llenos por unas lágrimas de entusiasmo. «Cuánto había echado esto de menos —pensó—. Si me descubren y me matan dentro de los próximos cinco minutos, habrá valido la pena, aunque sólo fuera por volver a cabalgar».

Cabalgaron agotadoramente, demasiado como para conversar. El camino se extendía paralelo al curso del Arno, encontrándose a menudo junto a sus orillas. Contaban con la luz de la luna llena. «Parecemos fantasmas», pensó Ginebra con un estremecimiento. El camino polvoriento amortiguaba el sonido de los cascos, el viento hacía ondear los oscuros hábitos como si fueran capas que oscilaban a espaldas de los jinetes, el viento frío hacía que los alientos parecieran plumas plateadas lanzadas en la noche. De vez en cuando, el hombre que llevaba delante volvía la cabeza para asegurarse de que Ginebra mantenía el paso con ellos. No parecía existir rostro alguno en las profundas sombras que se observaban bajo su capucha, sólo la oscuridad.

Observó que cada hombre cambiaba de montura siguiendo su propia iniciativa, y esperó a ser la última en hacerlo para así recuperar automáticamente la última posición.

Cabalgaron sin descanso hasta que la luna se hizo más pálida sobre el río y el agua adquirió un frío color acerado. Entonces, Lorenzo les gritó:

—Nos detendremos en la granja que hay delante.

28

La puerta de la casa se abrió en el instante en que Lorenzo desmontó. Abrazó al hombre que salió corriendo.

—Bien, gracias, Mario —dijo, contestando la pregunta que le hizo el campesino—. No hubo el menor problema. Todos estamos bien, aunque fatigados, y sobre todo estos valientes caballos. Haz que tus hijos los cepillen con el cuidado con el que tratarían a una mujer hermosa. Y que luego los alimenten con la misma generosidad con la que nos alimentarás a nosotros… ¿Dónde está Claudia, la más querida de mi corazón? Ah, estás ahí —besó a la esposa del campesino en ambas mejillas—. Esta vez dejarás por una vez al bruto de tu marido y vendrás conmigo para vivir como gitanos al aire libre, ¿verdad?

Claudia era una mujer ya anciana, delgada y de aspecto duro, pero las palabras de Lorenzo la hicieron sonrojarse como una muchacha. Se cubrió la sonrisa con una mano para ocultar las encías casi sin dientes. Sus morenos ojos reían en sus cuencas de piel arrugada.

—Es lo mismo que me pides cada vez que apareces por aquí —replicó—, y un día te voy a decir que sí, ¿y qué será de ti entonces, bribón?

Ginebra escuchó aquellas palabras como a través de una neblina producida por el agotamiento. Sentía su fortaleza física y sus nervios agotados hasta el límite, y sus percepciones oscilaban de un modo mareante desde lo más agudo hasta lo más apagado. El lenguaje hablado por Lorenzo y por los campesinos tenía el acento y empleaba el vocabulario propio de los campesinos, que era el primero italiano que ella había aprendido de niña. Le resultaba confuso, y de pronto claro y correcto al oído. Una amortiguada

sensación de bienestar calentó su cuerpo rígido y medio congelado, apoderándose de él una amalgama de amor por la niñera de su infancia y por esta afable pareja de campesinos, de alivio por el hecho de que hubiera terminado el agotador viaje nocturno, de ávida respuesta al olor de la comida caliente y a la luz de la hoguera que relucía en la chimenea, y que se vislumbraba por la puerta abierta de la pequeña casa. «Soy feliz», pensó, conturbada por aquellas emociones que le impedían tomar conciencia del tiempo.

Desmontó y avanzó tambaleante hacia el calor de la casa.

—… Y éste es Sebastiano, el último de mis compañeros y el de menor estatura, pero no por ello el menos valeroso —la voz de Lorenzo sonó con fuerza y Ginebra se hundió en el interior de la protección que le proporcionaba la capucha del hábito—. ¿Sigues teniendo tanto frío, Sebasto? —preguntó Lorenzo—. Vamos, acércate al fuego y caliéntate.

Llevó la mano hacia la punta de la capucha y la deslizó hacia atrás, dejándola caer sobre los hombros de Ginebra.

Cuando la luz iluminó su rostro, ella experimentó una maniaca oleada de fuerza y energía. Enderezó la espalda, levantó la barbilla y se echó a reír con una salvaje bravuconería.

Lorenzo se quedó con la boca abierta y la mirada fija, incrédulo. Luego se echó a reír con fuerza. Los demás presentes en la habitación le miraron, extrañados y alarmados a un tiempo. Lorenzo se volvió hacia ellos. Parecía diez años más joven.

—Tengo buenas noticias —dijo, con la risa entrecortando aún sus palabras—. Ahora estoy seguro de que nuestra misión va a tener éxito, porque se nos ha enviado una señal. Esta persona que no es Sebastiano, ha nacido el mismo día que yo, y siempre me ha traído muy buena suerte. Ahora nos traerá buena fortuna a todos — Lorenzo habló con rapidez a Ginebra, por debajo de las exclamaciones de sus compañeros—. ¿Cómo es que estás aquí, contadina? ¿Y por qué? ¿Acaso te han enviado los ángeles? ¿Dónde está Sebastiano?

Con una amplia e hipócrita sonrisa, ella le contó lo que había escuchado bajo la ventana de su estudio y lo que le había hecho a

Sebastiano. Se sentía medio mareada por la fatiga, por la sorprendente reacción de Lorenzo, y porque se dio cuenta, aunque confusamente que, de un modo incomprensible para ella, era una especie de heroína.

—Pero ¿por qué? —insistió Lorenzo—. Vamos a arrostrar un gran peligro.

—Quería cabalgar. Las imágenes de caballos no son suficientes. Y quería escapar. No puedo soportar el permanecer encerrada. En cuanto al peligro, no me importa. Me gusta la aventura.

Escuchó sus propias palabras, pronunciadas en el dialecto de los contado, y se dio cuenta de que expresaban la verdad. Antes de que pudiera revelar la verdad más profunda, poniendo al descubierto la razón que la había movido a unirse a ellos, encontró la astucia que necesitaba para sobrevivir. Bostezó y lanzó un suspiro.

—Tengo hambre, Lorenzo. Y estoy muy, muy cansada.

Los viajeros comieron vorazmente y luego cayeron sobre los colchones rellenos de paja tendidos en el suelo y se quedaron dormidos. Lorenzo se despertó al cabo de una hora. Estaba fresco, listo para continuar, pero sabía que los demás necesitaban descansar. Le escribió una carta a su madre, comunicándole que Ginebra estaba con él y a salvo. Escribió otra carta a la Signoria, comunicándoles, y a través de ellos a la ciudad, que dejaba a Tommaso Soderini como sustituto mientras él iba a Nápoles. Prometía asegurar la paz por medio de la diplomacia si le era posible. En caso contrario, estaba dispuesto a sacrificar su vida y dar satisfacción así a los enemigos de Florencia. Dos de los hijos del campesino partieron inmediatamente hacia Florencia para entregar las cartas.

—Yo ocuparé el lugar de tus hijos, Mario —dijo después—. Déjame ayudarte en tu viña.

Mientras preparaba nuevos soportes para las viñas y ataba los sarmientos secos y grises, Lorenzo disfrutó del contacto del sol sobre sus hombros y del aire fresco y vigorizante en sus narices. «Esto es lo que necesitaba —pensó—. Trabajo honrado y sudor, y no el mundo de los espías y la política, las discusiones, los sobornos, la intimidación y los compromisos. Y olvidarme de todas esas

interminables reuniones y comités, con el maldito sudor del temor a cada esquina que doblo porque ya no puedo confiar en nadie.

»Ferrante es mi enemigo declarado, y con él sé al menos contra quién me enfrento. Ganaré o perderé. Pero el resultado será lo que yo consiga, y no un voto por mayoría comprado con dinero y proyectos, o una batalla luchada con hombres de otra provincia que han sido comprados».

Se enderezó todo lo alto que era, desperezando los nudos de sus músculos, y se estremeció al sentir el frío sobre la camisa empapada de sudor. Se sintió libre. El riesgo de la muerte era un bajo precio que pagar a cambio de aquella sensación.

Recordó que la contadina lo había denominado aventura. «¿Cómo puedo culparla por buscar la aventura? Pero, por otro lado, ¿cómo puedo permitirlo? Tendrá que quedarse aquí. Le dejaré dinero a Mario para que le compre una escolta que la acompañe de regreso a Florencia».

—Dijiste que era nuestra señal de buena suerte, Lorenzo. No podemos dejar atrás a nuestra buena suerte.

—Guido tiene razón. Te dije que te seguiría a todas partes, pero esto lo cambia todo.

—Yo no soy un estúpido supersticioso como estos dos, y por eso afirmo que estaremos mejor sin ella.

Ginebra escuchaba mientras los compañeros de Lorenzo discutían. Mostraba una expresión serena en el rostro, pero interiormente se sentía alegre. Las opiniones eran de dos a uno a favor de ella. Tres a uno si contaba a Lorenzo, y estaba segura de poder contar con él. Se había alegrado mucho de verla, y ella lo sabía. Nadie en su sano juicio le daría la espalda a la buena suerte. Por primera vez, se sintió poderosa, segura del éxito. Lorenzo no era una figura tan terrible a la que temer. Tenía que ser un verdadero estúpido si era capaz de confundir la mano de la venganza por la personificación de la buena suerte.

Antes de que cambiara de opinión, Lorenzo se llevó a Ginebra fuera de la casa para mantener con ella una conversación en privado.

—Contadina, debes pensar muy seriamente ahora. Ya no se trata

de juegos. Querías correr una aventura. Bien, ya has tenido una. El disfraz, cabalgar en la oscuridad, todo eso ha sido muy excitante. Pero en el fondo no corriste verdadero peligro. La aventura, sin embargo, no tardará en convertirse en un juego en el que apostaremos la vida. No puedes saber lo que eso significa.

Ginebra le miró directamente a los ojos. Juntó saliva en la boca y luego escupió en el suelo, entre el espacio que les separaba.

—No me digas lo que puedo y lo que no puedo saber, Lorenzo. He estado más cerca de la muerte de lo que estoy ahora de ti. ¿Acaso puedes decir tú lo mismo? No, no puedes. Te aseguro que no tengo miedo de morir.

Lorenzo apartó la mirada de la intensidad de sus ojos.

—Hay otras cosas…, peligros que no existen para un hombre…, cosas que son mucho peores que una muerte rápida…

Se sintió incómodo, molesto, incapaz de encontrar las palabras para expresarle con claridad lo que pensaba a una mujer joven de la que él creía que seguía siendo virgen.

Ginebra no le ayudó. No podría haber hablado aunque hubiera querido. Se sintió paralizada por la rabia. Al parecer él se había olvidado de lo que le habían hecho sus hombres. Había ordenado la destrucción de tantas vidas, que la suya no se diferenciaba lo más mínimo de todas las demás, y era tan poco importante que él ni siquiera lo recordaba.

—… No puedo garantizar ni siquiera la conducta de mis propios hombres —estaba diciendo Lorenzo—, y habrá docenas de marineros. Si vienes con nosotros deberás permanecer cerca de mí durante todo el tiempo, día y noche.

A Ginebra el corazón le dio un salto de alegría. No podía haberle pedido nada mejor. Hizo un esfuerzo y encontró fuerzas para hablar, con un tono en el que palpitaba la sinceridad.

—Te doy mi palabra de que así lo haré, Lorenzo.

Ginebra conservó sus hábitos de monje. Lorenzo imaginó una historia para protegerla.

—No podemos correr el riesgo de que a alguien se le ocurra pedirle al monje que diga misa o que lo bendiga —les explicó a todos—, de modo que viajaremos con la persona a la que dedico mi

caridad personal, uno de esos débiles mentales de Dios llamado… Tino, un diminutivo de *cretino*.

Se echó a reír, contento por aquel sencillo juego de palabras y mucho más al darse cuenta de la naturalidad con que reía, algo que no le había salido con facilidad desde hacía meses.

—Tino es un cretino, de modo que las peculiaridades de su comportamiento serán atribuidas a esa característica, al igual que el tono agudo de su voz. Pero recordad siempre que Tino es un hombre. Si lo olvidáis podemos perder la vida una vez que nos hallemos en el mar. Los marineros creen que las mujeres traen mala suerte en un barco. Si la gente se pregunta por qué Lorenzo lleva consigo a un cretino, decidle que tiene la creencia de que la presencia de Tino le trae buena suerte. Eso, al menos, es cierto.

—Si voy a ser un cretino, al menos voy a disfrutarlo —le comentó Ginebra a Lorenzo.

Cabalgaba a su lado, al frente del grupo, disfrutando por completo del viaje. Pocas horas después de haber dejado la casa de campo, abandonaron el camino principal para tomar una estrecha senda que atravesaba las montañas. Cuando empezó a nevar, los hombres que iban tras ellos lanzaron maldiciones. Lorenzo les recordó entonces que, de ese modo, las pruebas de su paso quedarían cubiertas por la nieve, lo que no dejaría de ayudar al secreto de su misión, y que los bandoleros dedicados a asaltar a los viajeros no era muy probable que abandonaran sus guaridas con aquel tiempo. Ginebra nunca había visto tanta nieve en toda su vida. La capturó con la lengua, se maravilló ante la belleza de los árboles recubiertos de blanco y suplicó a Lorenzo hasta que éste estuvo de acuerdo en detenerse un momento para permitirle bajar una suave ladera deslizándose sobre la nieve.

El camino les llevó por encima de la tormenta, que dejaron más abajo, y salieron a la brillante luz del sol que relucía sobre un paisaje totalmente blanco.

—¡Oh! ¡Qué hermoso! Esto debe de ser lo que ven los ángeles cuando miran a su alrededor.

Ginebra se echó la capucha hacia atrás y abrió los brazos saludando con alegría el brillante mundo que se extendía ante ella.

Lorenzo ya le había visto ese gesto en otras ocasiones, cuando ella cabalgó hasta lo más alto de la colina en La Vacchia. Reconoció una vez más el espíritu libre que era Ginebra, y pensó que tenía razón al haberla admitido en el grupo. Su preocupación se evaporó, así como la vieja envidia que sintió por la libertad de que ella disfrutaba. Ahora, él también era libre. Y empezó a cantar.

Ginebra se echó a reír, se unió a la desafinada melodía y entregó su corazón en brazos de la alegría.

Tres días más tarde llegaron a la costa.

—Creía que jamás vería nada tan hermoso como los campos cubiertos por la nieve —dijo Ginebra—, pero ahora veo que me equivocaba.

Se encontraban sobre la cresta de una colina, por encima de la estrecha franja de terreno llano que bordeaba el mar. El Mediterráneo llenaba toda la vista que se extendía ante ellos, extendiéndose hasta el horizonte que se confundía con el cielo. El azul se mezclaba con el azul y éste con el azul, en un infinito de gradaciones de color tan rico que empobrecía cualquier joya extraída de la tierra.

—Quisiera tocarlo —dijo Ginebra.

—Y lo tocarás —dijo Lorenzo espoleando su caballo.

Ginebra se hallaba en un éxtasis de descubrimiento. Mientras los demás comían las últimas provisiones de pan y queso que quedaban en las alforjas, ella deambuló por entre las cálidas olas superficiales, sintió la agudeza de la arena entre los dedos de los pies, deslizándose por ellos, corrió de un lado a otro de la playa, lanzando exclamaciones ante la maravillosa delicadeza de todas las conchas marinas que encontraba.

—Odio tener que marcharnos —exclamó cuando Lorenzo la llamó.

—Ya es hora —dijo éste.

Cabalgaron durante varios kilómetros a lo largo de la playa.

Lorenzo había planeado muy bien la ruta que iban a seguir. La playa era estrecha, sin islotes ni cuevas y, por lo tanto, sin pueblos de pescadores. No vieron a ninguna otra criatura viviente, excepto a las grandes aves blancas que se mecían en las corrientes de aire que soplaban sobre las aguas. La soledad, el aire cálido y la espuma salada eran muy estimulantes, y todos se sintieron excitados por una alegría infantil, hasta el punto de que incluso Maurizio, el más sombrío de los guardias acompañantes, no tardó en cabalgar por el borde del agua, entrando y saliendo de él con el caballo, jugueteando con el desigual avance de las olas que se extendían sobre la arena.

El sol empezó a descender hacia el horizonte, haciéndose más grande, tiñendo el mar azul de color violeta. Sin decir una sola palabra, todos ellos disminuyeron el galope hasta que los caballos avanzaron al paso, sin ruido, sobre la suave arena y ellos se vieron rodeados por el silencio expectante del final del día. La parte inferior del sol carmesí tocó el mar púrpura y ellos contuvieron la respiración, en un susurro colectivo de admiración.

A modo de contestación, una ligera brisa les llegó desde el mar, haciendo rodar las crestas de las suaves olas teñidas de rosa. El sol se ensanchó, se aplanó, se estremeció, pareció elevarse por un instante y finalmente fue tragado por el mar repentinamente oscurecido. Ginebra se estremeció.

La pálida arena se extendía ante ellos, como un puente peligrosamente estrecho. Los caballos se detuvieron.

La tranquila risa de Lorenzo la hizo saltar en la silla.

—Ahora tendremos nuestra propia luz —dijo él—. Seguidme.

Puso su caballo al trote, dirigiéndolo hacia el borde del agua, y el chapoteo del agua se vio iluminado por unas lucecillas verdes fantasmagóricas.

—¡Es magia! —exclamó Ginebra, lanzando su caballo al trote.

Los demás no tardaron en seguirla. Sus risas alejaron la temerosa presencia oscura del mar, al tiempo que jugaban con la suave marea cargada de fósforo.

Lorenzo les ordenó guardar silencio al tiempo que se aproximaron a lo que aparentemente era una muralla de roca.

—Ya casi hemos llegado —dijo—. Veréis una fogata encendida cuando rodeemos ese promontorio. Nos estarán esperando unos

pescadores, con la cena preparada. Tino, recuerda quién eres. En cuanto a los demás, dedicaros a escuchar más que a hablar. El sonido viaja por el agua, y los hombres de Ferrante no están muy lejos.

La fogata fue como un faro de bienvenida en la oscuridad, y el aroma del caldero suspendido sobre ella les recordó que el aire salado del mar abría el apetito. Ginebra nunca había probado nada tan delicioso como el cocido de pescado y mariscos que les sirvieron. No sintió el menor deseo de hablar, sino que sólo se vio abrumada por un gratificante cansancio al final de un día perfecto. Se envolvió con los pliegues de su hábito y acurrucó su cuerpo contra un montículo de arena todavía caliente. El susurro rítmico del oleaje la transportó en volandas hacia el sueño, en el que se hundió con una sonrisa en los labios.

Se despertó al amanecer, escuchó el acuñador sonido, recordó dónde se encontraba y su sonrisa se hizo más ancha. Giró la cabeza despacio para mirar el mar.

Un barco aparecía anclado cerca de la orilla. Sólo era un perfil algo borroso en la luz grisácea del amanecer, una baja forma oscura con mástiles altos y desnudos velados por la neblina, que flotaba sobre lenguas de niebla que se movían lentamente sobre la superficie del mar. Tenía una hilera de hendeduras negras a lo largo del costado, como ojos vigilantes.

«El juego ha terminado —se dijo a sí misma—. Esto es la aventura. Vigila tus pasos, Tino».

29

El haber escuchado subrepticiamente bajo la ventana del despacho de Lorenzo le había proporcionado a Ginebra una imagen completa del riesgo de lo que éste se proponía hacer. Ferrante, el rey de Nápoles, era un tirano enormemente caprichoso, con un gusto por lo macabro que sobrepasaba incluso la legendaria crueldad del antiguo duque de Milán. No se podía confiar en él para nada. El año anterior había violado una de las reglas inquebrantables de la guerra al invitar a parlamentar a un general enemigo, al que envió un salvoconducto por escrito, para luego ejecutarlo en cuanto éste llegó a Nápoles.

Ella se preguntó si el gesto generoso de Ferrante de enviarle a Lorenzo un barco para el viaje era el equivalente de un salvoconducto. O mejor aún. O peor.

Buscó con la mirada a Lorenzo. Quizá viera una respuesta en su rostro. Él estaba sentado junto a los pescadores, cerca de la hoguera, comiendo, hablando con tranquilidad y riendo.

Ginebra se levantó y corrió hacia ellos. Su propia misión podía esperar un poco más. Lo que más deseaba en aquellos momentos era que empezara la aventura.

Lorenzo había enviado el equipaje por delante, y los botes de pescadores cercanos a la orilla aparecían atestados de arcones, bolsas de cuero y fardos envueltos en seda aceitada. Lorenzo subió a uno de ellos y abrió la tapa de uno de los cofres, del que sacó elegantes vestiduras para sus hombres, de colores brillantes, rojos, azules, amarillos y verdes, y un suntuoso *lucco* de terciopelo azul, ribeteado de piel, para él mismo.

De una de las bolsas extrajo monedas de oro para los pescadores y una cadena de oro macizo, incrustada de zafiros. Ginebra observó que los eslabones de la cadena tenían la forma de la *fleur-de-lis*, el símbolo del rey francés. Era una forma de recordarle a Ferrante que Luis XI era el aliado de Lorenzo, como vasallo autonombrado, quien había garantizado a los Medici el privilegio de desplegar el emblema de Francia en su propio escudo de armas.

«Bravo, Lorenzo —pensó ella—. Nada de suplicar la paz, sino la amenaza de un gran poder». Sabía por lo que había escuchado que Francia tenía aspiraciones sobre el reino de Nápoles, que podía utilizar en cualquier momento como pretexto para lanzarse a la conquista. El trono de Ferrante se apoyaba sobre piernas temblorosas. Su padre había sido el primer rey de la casa real, habiendo capturado Nápoles a sus gobernantes franceses. Ferrante era sólo el segundo y se trataba, además, de un hijo ilegítimo. Siempre se sentía preocupado por las intenciones de Francia.

Ginebra sonrió y comió su desayuno con un excelente apetito. Nunca se había sentido tan hambrienta como ahora, estimulada por el aire salino del mar, que se movía con suavidad bajo el sol recién salido. Sólo la apenaba que su papel la obligara a llevar siempre puesta la capucha de su hábito de monje. Le habría gustado que sus vestiduras fueran tan brillantes como su estado de ánimo.

El barco estaba mandado por un «capitán caballero», Filippo Gambassi, conde de Ardenza. Era la imagen viva de la opulencia, envuelto en pieles, brocados y joyas. Llevaba incluso una gran perla en forma de pera colgando del lóbulo de una oreja. Mostraba un rostro enjuto y oscuramente sardónico. Parecía como si sus botas pudieran ocultar cascos claveteados. A Ginebra no le resultó difícil reír como una idiota cuando la presentaron con el nombre de Tino.

—Este santo estúpido es mi mascota, conde, el que me trae buena suerte. Cree ser un sacerdote, como veis. Se llama Tino.

Gambassi inclinó la cabeza. Se sintió divertido e impresionado. Todos los gobernantes tenían bufones, pero solían ser hombres de ingenio y actitudes cortesanas. Pensó que Lorenzo había sido muy original al tener consigo un bufón que era realmente un estúpido.

Su extrañeza aumentó cuando Lorenzo le comunicó que el bufón

compartiría su alojamiento para invitados. Gambassi era un hombre mundano, procedente de una ciudad libertina. Así pues, no le resultaba nada extraordinario que un hombre rico tuviera a un *protégé* consigo, aunque jamás había visto que un simple que se creía sacerdote pudiera ser considerado como compañero de juegos. Su admiración por la originalidad de Lorenzo aumentó.

Ginebra percibió los interesados ojos del hombre mirándola con fijeza, y se sintió agradecida por el hecho de llevar la capucha puesta. Estaba segura de que su rostro la habría puesto al descubierto, ya que ahora debería de estar sonrojado de excitación. Todo empezaba a encajar en su lugar. La aventura parecía destinada a ella sola, sobre todo ahora que sabía que compartiría el alojamiento de Lorenzo. Estaría a solas con él. Todo lo que tendría que hacer sería esperar a que se durmiera y entonces… Lorenzo incluso le había entregado un puñal para que lo llevara escondido entre las ropas, sin sospechar siquiera que ella ya tenía uno.

Pero antes dispondría de todo el día para disfrutar de la belleza del mar y de la novedad de hallarse a bordo de un barco por primera vez en su vida. Y como si le hubiera leído el pensamiento, Lorenzo le dijo a Gambassi que le gustaría recorrer todo el barco.

Se trataba de una galera, lujosamente acondicionada, con una cubierta superior construida sobre la zona donde estaban los remeros. Las velas eran de rayas azules y rojas, y los mismos colores decoraban los bancos almohadillados que había en el salón y las camas de los grandes camarotes. Cuadros de seda de colores azul y blanco habían sido cosidos para formar un toldo extendido sobre una mesa y unas sillas instaladas en cubierta. Ginebra se sentó en silencio, mientras Lorenzo bebía una copa de vino y jugaba con Gambassi. Le gustó disponer de un momento de tranquilidad después de una mañana tan estimulante. Había muchas impresiones y experiencias que asimilar: el crujido de la vela al ser izada y azotada por el viento; la impresionante vista de la vela desplegada, contrastando el azul y el rojo contra el azul del cielo y del mar; el movimiento de balanceo de la cubierta, y el triunfo de mantener el equilibrio sobre ella; el sonido del agua al pasar velozmente junto al casco; el sabor de la sal en las gotas que le salpicaban sobre la cara;

la maravilla de la velocidad a la que se movían, con mucha mayor rapidez que de cualquier otro modo que ella hubiera conocido.

Hubiera querido que aquello continuara para siempre.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Nápoles? —le preguntó a Lorenzo cuando ambos se retiraron a los camarotes que le habían sido asignados.

—Eso depende. Hoy hemos tenido buen viento. Mañana es posible que no sea así, y los remos no son tan rápidos. O es posible que nos veamos azotados por una galerna y tengamos que acercarnos a la costa y esperar. Un viaje perfecto debería tardar entre seis y siete días.

«Tan corto —pensó Ginebra—. Ya ha transcurrido un día». Empezó a hablar, pero entonces se dio cuenta de que Lorenzo se había quedado dormido, con la cabeza apoyada contra el alto respaldo de una silla situada bajo el balanceo de la lámpara. El cierre de su *lucco* aparecía desabotonado a la altura del cuello, dejándole al descubierto la garganta.

«Puedo hacerlo ahora», pensó Ginebra. Su mano derecha se movió con lentitud hacia la manga izquierda y la daga que ocultaba allí, atada al brazo. Le pareció que la respiración le sonaba excesivamente ruidosa.

Los dedos se cerraron sobre la empuñadura.

Luego se abrieron y se retiraron. «Quedan muchos días por delante —se dijo—. Prefiero pasar un poco más de tiempo en el mar. Ya tendré otras muchas oportunidades como ésta. En cambio, sólo habrá un viaje en barco».

A la noche siguiente ocurrió lo mismo, y a la otra, y también, la otra, y en cada una de las ocasiones Ginebra dejó que pasara la oportunidad. Se sentía demasiado ávida por disfrutar de las horas que pasaba a bordo del barco. Había conocido el placer y la satisfacción, pero nunca había sabido lo que era divertirse. Y cada uno de los minutos pasados en la galera estaba lleno de diversión.

Lorenzo quería verlo todo, aprenderlo todo, probarlo todo. Ginebra sentía lo mismo. Y, según descubrió, todo era posible para ella. Todos creían que era un hombre. Lorenzo hablaba con los marineros, les hacía preguntas sobre las velas, los aparejos, la forma

de leer los vientos. Ginebra, a su lado, aprendía al mismo tiempo que él. Y cuando él se unió a los marineros de cubierta para tirar de un cabo, ella hizo lo mismo, detrás de él.

Aprendieron a hacer nudos al mismo tiempo y a producir círculos de cuerda entrelazada, y ambos subieron al puesto de vigía, en lo más alto del mástil, haciéndolo uno por cada lado. El arco del balanceo allá arriba era terrorífico y muy excitante. Se miraron a los ojos y se echaron a reír, cada uno de ellos contento de observar el temor en la mirada del otro.

Vieron un par de marsopas y las observaron en silencio durante largos minutos, compartiendo la maravilla de la gracia y la belleza de los animales, recordando la abundante mitología que iba unida a ellos.

Por la noche, en el camarote, hablaron sobre el misterio del mar, sobre la magia del viento, sobre Ulises y Jasón, las Hespérides y Céfiro, sus libros y sus poetas favoritos. Ginebra recitó pasajes de Homero. Lorenzo aseguró que algún día le gustaría aprender griego.

—A mí me gustaría aprender a nadar —dijo Ginebra—. Parece tan divertido. Y además, están las marsopas.

—Sí, es divertido, y sencillo. Te enseñaré cuando regresemos a casa, en Florencia.

Ninguno de ellos admitió que podían no regresar nunca a Florencia.

Ginebra era muy consciente del cambio que se producía en Lorenzo cuando se encontraba con el conde. En tales ocasiones pensaba en él como en el Lorenzo de Nápoles. Durante las comidas, o mientras ambos hombres caminaban por la cubierta, hablando, ella permanecía en silencio, dejaba la boca abierta y ponía los ojos en blanco. Pero observaba la batalla que se libraba entre ambos, la astucia y las sutiles amenazas de Gambassi, la actitud de Lorenzo, aparentemente inconsciente de las corrientes subterráneas existentes entre ambos, seguro de su propia posición y poder. Ginebra tenía la impresión de que Gambassi se encogía un poco más cada día, como si se viera disminuido por la presencia de Lorenzo. Permanecía en su camarote durante períodos cada vez más prolongados, como si Lorenzo se hubiera ido haciendo cargo del mando de la nave. Ginebra se sintió contenta por ello. Jamás se cansaba de descubrir nuevos rincones cada día.

Lorenzo, al parecer, también se sentía contento. Podía ser mucho más humano cuando el capitán no estaba a la vista. En la mañana del cuarto día, Gambassi no apareció para desayunar. Lorenzo le hizo un guiño a Ginebra.

—Vamos —le dijo.

Bajaron allí donde Gambassi les había prohibido mirar, y vieron las filas de remeros, esclavos encadenados por los tobillos. Lorenzo habló con algunos de ellos, llamó a Ginebra para que le tradujera las palabras de un griego, puso una mano sobre las de ella al ver que la pena le hacía contraer la boca. Luego les pidió a los hombres que le enseñaran las canciones que cantaban cuando remaban, y al cantarlas con Ginebra hicieron reír a todos con su desafinación.

Más tarde, el viento desapareció, y Lorenzo ocupó el lugar del griego. Remó durante una hora. Ginebra permaneció junto al capataz que marcaba el ritmo con el tambor, enojada por el hecho de que sus manos fueran demasiado delicadas como para hacer lo mismo.

—Has sido muy astuta —le dijo Lorenzo más tarde—. Estaba listo para detenerme apenas cinco minutos después de haber empezado, pero no me atreví a admitirlo.

Le enseñó las ampollas abiertas que le habían aparecido en las manos. Más tarde, cuando inició con Gambassi la partida de dados que jugaban antes de cenar, le dijo:

—Tino tirará los dados en mi lugar. Tengo las manos hechas una pena.

—Había oído hablar de vuestra república y de sus teorías, Lorenzo —dijo Gambassi con una sonrisita de superioridad—. Cuando me dijisteis que queríais tomar un remo, temí por un momento que pudierais incitar el sentimiento republicano en mi nave.

—No perseguía ningún tipo de política, Filippo. Sólo se trató de una curiosidad excesiva y de bravura masculina. Pero creo que he sido castigado en exceso. Confío en que los dados no aumenten mi dolor. Vamos, Tino, tira y vuelve a traerme la suerte.

Así lo hizo Ginebra. También ella se sintió atrapada por la febril excitación del juego, de ver girar el dado deseando que saliera el número que ella quería.

Lorenzo le entregó las monedas que ganaron, así como una bolsa

para guardarlas. Sin embargo, la hizo jurar que no jugaría con los marineros.

A pesar de todo, ella lo hizo mientras él dormía la siesta. Y perdió todo su dinero, aunque eso no le importó. Jugó con tres grumetes de cubierta, todos ellos de su misma edad e incluso más jóvenes. Era la primera vez que tenía compañeros de su propia edad.

Lorenzo la regañó con fuerza, pero a Ginebra no le importó. Observó el temblor en las comisuras de sus labios y se dio cuenta de que él apenas podía controlar la risa.

—Y ahora, prométeme que no volverás a hacerlo —concluyó—. Y en esta ocasión dilo en serio.

—Pues claro que no volveré a hacerlo. Ya no me queda nada de dinero.

Ante esta respuesta, Lorenzo ya no pudo contener más la risa.

Ginebra le miró, observó su rostro curtido por el sol, las manos doloridas y las diminutas arrugas blancas que aparecían en las esquinas de los ojos cuando los entrecerraba bajo la intensa luz, y donde el sol no podía broncearle la piel. Se preguntó si la piel pálida sería suave y la mejilla curtida dura. El sonido de la risa pareció disminuir y ella escuchó su voz y sus palabras resonando en su propia mente como un eco. «Me he estado mintiendo a mí misma. No puedo matar a este hombre. Le amo. No importa lo que haya hecho ni lo que pueda hacer. Siempre le he amado y siempre le amaré».

30

—Ginebra. Contadina —casi gritó Lorenzo.

—¿Qué? Lo siento. No te había oído. Estaba pensando en otra cosa. ¿Qué me habías dicho?

—Te había preguntado si no te gustaría subir a cubierta para dar un paseo antes de acostarnos. La noche es cálida, ahora que ya estamos bastante al sur.

—Sí, me gustaría.

Ginebra sentía la necesidad de encontrar mayor espacio. Se sentía aprisionada, envuelta en una oleada de emoción, confusa ante el descubrimiento de sentimientos demasiado fuertes, demasiado nuevos para ella. Deseaba tan desesperadamente tocar a Lorenzo que hasta temía encontrarse a solas con él en el camarote, temerosa de perder el control sobre sí misma. Necesitaba alejarse de él e incluso de aquella parte de sí misma que le resultaba tan extraña.

—Ven entonces.

Le tendió la mano llena de ampollas, ofreciéndose a levantarla de la posición enroscada que había adoptado sobre el banco. Ginebra se puso en pie de un salto y se deslizó corriendo hacia la puerta. «Si me toca, no sé lo que haré —pensó—. Ponerme a llorar. Contárselo todo. Echar a correr».

Caminó sobre la cubierta, con pasos urgentes y rápidos, acosada por su corazón turbulento, ciega al paisaje y sorda a los sonidos que la rodeaban. Lorenzo se colocó a su lado y la detuvo sujetándola por los pliegues del hábito, tirando de ellos por la espalda.

—He sugerido caminar un rato, no echar a correr —dijo con un tono de voz cálido, indulgente y extrañado—. Mira, contadina, contempla el cielo.

El cielo meridional era diferente, pensó Ginebra. Las estrellas parecían más cercanas y cálidas, emitiendo radiaciones más suaves, en lugar de distantes brillos agudos. «¿O soy yo la que es diferente? No conozco a esta nueva persona que ha aparecido dentro de mí; no comprendo sus pasiones que tanto me debilitan».

Con una actitud natural, Lorenzo puso el brazo sobre su hombro, sin dejar de contemplar el cielo. Ginebra tuvo que apoyarse contra uno de los aparejos. «No debes apoyarte en él —se dijo a sí misma —, porque si lo haces estás perdida». No sabía cómo podía estar tan segura, pero lo cierto es que estaba absolutamente convencida de que no debía hablarle a Lorenzo sobre su amor.

—Ésas son nuestras estrellas —dijo él—, moviéndose según su propio propósito en las constelaciones que configuran nuestro signo y gobiernan nuestras vidas. Creo que yo estaba destinado a encontrarme con Ferrante en el momento en que aparece Capricornio. Eso significa que mi fortaleza se encontrará en su punto más alto. Y la tuya también, Ginebra, y tú estás conmigo, lo cual significa que mi fortaleza se ve duplicada. Agradezco mucho el tenerte aquí conmigo.

Su brazo se tensó en un breve abrazo y la miró directamente a la cara, con una sonrisa en su rostro.

—¿Te has divertido, contadina?

—Oh, sí.

—Yo también. Ha sido estupendo haber podido disfrutar de estos días en el mar, lejos del mundo, sin responsabilidades, con todas las preocupaciones aplazadas. Casi me vuelvo a sentir como si fuera un niño. Es extraño, pero a veces he estado a punto de llamarte Giuliano. Él y yo hicimos tantas cosas juntos, lo pasamos tan bien, nos reímos tanto…

La voz de Lorenzo disminuyó hasta un balbuceo y Ginebra se entrelazó las manos con fuerza para evitar que sus brazos le abrazaran mientras él lloraba en silencio. Al cabo de un rato, Lorenzo se aclaró la garganta.

—Ahora tenemos que hacer nuestros planes para Nápoles —dijo —. Llegaremos allí mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó ella casi con dolor en su voz.

—Hemos tenido un viaje perfecto. Ha sido muy rápido. Es probable que mañana tengamos menos velocidad. Esta noche,

Gambassi ha hecho desembarcar a unos hombres para que cabalguen por delante para anunciar nuestra llegada; les dará el tiempo suficiente para entregar su mensaje. Probablemente levará el ancla después del desayuno y utilizará la vela más pequeña. Casi con toda seguridad que nos estará observando muy atentamente, en busca de señales de temor que pueda informar a Ferrante. De modo que habrá poco tiempo para hablar.

»Voy a nombrar a Guido como tu guardián. Él estará a tu lado para protegerte. Supongo que a mí me llevarán inmediatamente ante la presencia de Ferrante. Es demasiado taimado como para iniciar la guerra de nervios haciéndome esperar para concederme una audiencia.

—¿Cuándo te veré?

—No lo sé, contadina. No sé qué es lo que puedo esperar.

—¿Tienes miedo?

—No —contestó Lorenzo echándose a reír—. Si me he equivocado en mi apuesta, ya habrá tiempo suficiente para sentirlo después. ¿Y tú, pequeña hermana, tienes miedo tú?

La risa de Ginebra pareció real.

—¿Por qué iba a tenerlo? ¿Quién se atrevería a hacerle daño a uno de los bufones de Dios? Sobre todo a alguien tan sucio como Tino. Tengo que conseguir ropas nuevas. Huelo como una cabra salvaje.

—¿De veras? Eso es excelente. No me extraña que el bueno del capitán haya preferido permanecer encerrado en su camarote. Esta nariz mía, ¿sabes?, tiene otras bendiciones, además de la belleza. No poseo el menor sentido del olfato. Eso es lo que me permite considerar Roma y Nápoles como lugares tolerables. Mañana comprenderás a qué me refiero. No es nada parecido a Florencia.

Se arrió la vela de la galera, que entró en la bahía de Nápoles con sus bancos de remos moviéndose al perfecto unísono. Una flotilla de barcos más pequeños, adornados con banderolas, esperaba para escoltarla a su punto de atraque. En la proa de cada una de ellas los trompeteros hicieron sonar sus saludos, y los pajes ondearon estandartes con el escudo de armas de Ferrante y de Lorenzo. Fue una recepción regia.

Lorenzo levantó un brazo en contestación a los saludos. Sus vestiduras eran espléndidas, con el *lucco* abierto a un lado y la cadena con el dibujo de la *fleur-de-lis* mostrándose de modo destacado. Parecía tranquilo, pero sus ojos registraban las cubiertas de los barcos, en busca de rostros familiares. Tenía amigos en Nápoles y sabía que podría necesitarlos.

Ginebra se hallaba a cierta distancia, junto a los tres acompañantes ricamente ataviados. Apenas se dio cuenta de la bienvenida, ya que estaba muy impresionada por el panorama de la gran bahía. Sus aguas eran del mismo azul que había observado durante toda la semana, pero aparecían recorridas por líneas y manchas de otras tonalidades de azul, turquesa y verde. La galera avanzó majestuosamente como sobre un campo de joyas. Su mirada recorrió las aguas hasta la orilla, donde otros colores llamaron su atención: casas que parecían fragmentos del arco iris, flores, las vestiduras de la gente agolpada en la costa atrajeron su mirada casi hipnóticamente hasta su punto más lejano, situado mucho más allá, al fondo, donde se elevaba la misteriosa montaña humeante del Vesubio. Observó fijamente la pálida pluma de humo que se elevaba de ella, llena de admiración y temor, casi creyendo que el propio Vulcano se hallaba trabajando en su taller, por debajo de la tierra.

La galera se aproximó a tierra y Ginebra inhaló extasiada el olor. Lorenzo debía de estar loco, pensó. El olor de Nápoles le pareció como el perfume de las flores. Era el diecisiete de diciembre y parecía primavera. Le apenó que Lorenzo no fuera capaz de percibir aquel olor. Le miró, arrobada, paladeando su nombre en la boca, tan dulce como el olor del perfume en su nariz. Gracias a la capucha que le ocultaba el rostro pudo disfrutar de la visión que le ofrecía Lorenzo sin ser observada por nadie. Qué erguida mantenía la espalda y qué anchos eran sus hombros. El cabello le relucía tanto como la capa de seda cubierta de joyas engastadas, y las piernas, embutidas en pantalones de seda, parecían tan fuertes como columnas de mármol de Carrara.

«Ha dicho que le alegra tenerme consigo —pensó—, y me apretó con su brazo».

Su corazón estaba lleno por una sensación de primavera mucho más dulce que la que se extendía ante sus ojos. Toda la poesía que había leído sin llegarla a comprender, le llenó de pronto el alma,

llena de significado, y su música cantó en su corazón.

Aquella felicidad perfecta duró hasta que la galera se detuvo ante los amplios escalones de piedra del muelle, sobre los que Lorenzo saltó con agilidad, para subir después a la plataforma de piedra alfombrada. Luego, se perdió inmediatamente en un círculo de personas sonrientes que no hacían más que hablar y gesticular, y a las que fue abrazando una tras otra, lo mismo a los hombres que a las mujeres, hasta que se alejó del barco sin mirar hacia atrás.

Ginebra se sintió como si el sol se hubiera ocultado tras una nube.

El rey Ferrante y su corte vivían en un bulboso castillo de ladrillo desde el que se dominaba la bahía. Le asignó a Lorenzo un pequeño palacio situado frente al castillo. Un pomposo chambelán de la corte napolitana, con una expresión de desdén en el rostro, condujo allí al pequeño grupo que acompañaba a Lorenzo. Un séquito de sólo cuatro personas, una de las cuales no era más que un tambaleante idiota. Fue él quien distribuyó las habitaciones. A Ginebra se le asignó una habitación situada cerca de la capilla. Cada vez que se le acercaba a menos de cinco pasos de distancia, el chambelán olisqueaba ostentosamente un pequeño tarro de color naranja lleno de olorosas especias.

Ginebra reprimió las ganas de echarse a reír ante los gestos afectados del hombre, y también contuvo las mordaces palabras que pugnaron por acudir a su lengua. Durante el trayecto desde el muelle al palacio había descubierto aquello por lo que Lorenzo le había advertido sobre Nápoles. Una amplia avenida empedrada conducía hasta el castillo de Ferrante, pero las calles laterales eran como pequeños pantanos de barro, cubiertos por las basuras y las aguas sucias derramadas desde las ventanas de las casas. Le habría gustado decir que, en comparación, el hábito de monje que llevaba tanto tiempo sin lavar emitía una verdadera fragancia.

Exploró su habitación y luego el palacio. Era ligero y bien aireado, con ventanales abalconados que daban al mar, y decoraciones policromadas o doradas de conchas marinas, ninfas, marsopas, peces y vegetación fantástica en cada una de las habitaciones. La frivolidad, llena de colorido, hizo que se sintiera

muy animada. Resultaba imposible creer que allí pudiera existir peligro alguno. Por detrás de las puertas cerradas de su habitación, se puso a girar en una espontánea danza de felicidad, y eso a pesar de que su habitación estaba muy alejada de la de Lorenzo, y aun cuando él se había olvidado de ella en cuanto vio a sus amigos. Lo cierto es que estaba en primavera y se sentía enamorada.

Al día siguiente, Ginebra no quiso levantarse de la cama. Apenas si había logrado dormir. Demasiado excitada para descansar, luego se mantuvo despierta debido a la agitación experimentada en su corazón y en su mente.

«Tengo que encontrarle algún sentido a todo lo que ha sucedido —se dijo—. ¿Qué significa estar enamorada? ¿Qué debería hacer? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué piensa Lorenzo de mí, qué siente por mí?

»Sé que le importo…, ¿o no? Me ha traído consigo, me ha dicho que yo era su buena suerte…, y en cuanto llegamos se ha marchado sin despedirse siquiera».

Tal y como han hecho siempre los amantes, a lo largo de todas las épocas, examinó los recuerdos conservados de cada palabra, de cada mirada y acción de Lorenzo, dándole vueltas al incidente en su mente para observar cada faceta, para intentar comprender su significado en cada uno de los gestos o entonaciones, buscando el mensaje y el significado que ella misma deseaba encontrar.

Sus emociones eran muy vivas y se sentía muy inquieta. Se sentaba e inmediatamente volvía a levantarse. «Me estoy torturando —pensó—, y tengo que detener esto, porque no hago más que confundirme más y más».

Pero la tortura le resultaba dulce, y no pudo detenerse. Se inventó conversaciones entre ambos, pequeñas escenas dramáticas en las que ella le confesaba su amor y él se mostraba sorprendido y luego abrumado al darse cuenta, lleno de alegría, de que él también la amaba. En otras ocasiones él admitía en seguida que siempre la había amado, pero le decía que nunca había confiado en que ella le correspondiera. En otras, él no decía nada, sino que se limitaba a estrecharla entre sus brazos y… luego ya no podía completar la escena en su imaginación. Sus brillantes ensoñaciones no permitían ningún recuerdo del toque de unas manos sobre su piel o del brutal

placer experimentado por los hombres que la habían violado.

Se arrodilló junto a la ventana y contempló las estrellas que, según Lorenzo, ellos compartían, y les rezó, de un modo incoherente, así como a Dios, a todos los santos, a la Virgen y al bendito Jesús, a la luna y al océano. «Que me ame… no como yo le amo a él, porque eso sería pedir demasiado, pero que me ame al menos un poco…, y si eso es mucho, que me permita al menos amarle yo a él».

Aún estaba arrodillada allí cuando finalmente se quedó dormida. Los gritos de las gaviotas hambrientas la despertaron a la salida del sol. Gimió al sentir la rigidez de la espalda, las piernas y el cuello doblados; se dirigió tambaleante hacia la cama y se dejó caer sobre ella, entregándose en seguida a un sueño muy profundo.

Tuvo la impresión de que sólo habían transcurrido unos pocos segundos cuando escuchó los golpes sobre la puerta. Abrió los ojos y la deslumbrante luz del sol cayó sobre ellos. Se dio cuenta de que ya debía de ser muy tarde.

—Ya voy —gritó—. Un momento.

Se apartó el cabello del rostro y se puso el maloliente hábito de monje. Corrió el cerrojo que cerraba la puerta y la abrió de golpe.

—¿Qué queréis?

La sirvienta que apareció ante ella la miró aterrorizada y retrocedió unos pasos, balbuceando unas palabras con un acento del que Ginebra apenas si pudo comprender lo suficiente como para encontrarle sentido. Entonces la fatiga y el malhumor desaparecieron por completo. En la habitación a la que la conduciría la doncella le esperaban agua caliente, una bañera y hábitos frescos. Su excelencia, el honrado invitado de Florencia, los había ordenado para su sacerdote.

Lorenzo no la había olvidado.

Un oficial de la guardia de Ferrante escoltó a los tres acompañantes y al santo bufón de Florencia para que hicieran una visita al castillo antes de la comida del mediodía. El mundo de Ginebra dio un verdadero vuelco.

El salón del trono, las amplias salas de recepción, el salón de banquetes y las salas de baile eran inmensos y aparecían

lujosamente decorados y amueblados. Eso era exactamente lo que se suponía que debía tener un rey napolitano, según comentó Maurizio, uno de los hombres de Lorenzo. Los otros dos se echaron a reír. Los florentinos, orgullosos de la austera belleza de piedra de su ciudad, consideraban como algo cómico la abundancia de querubines dorados.

La expresión del rostro del oficial que les acompañaba se oscureció. Decidió entonces ampliar la visita.

—Ésta es la zona favorita de nuestro rey en el castillo —dijo.

Abrió una gruesa puerta de madera e introdujo a los florentinos a las habitaciones que había más allá.

Luego empezó una hora de verdadero horror. El oficial les mostró los ingenios utilizados para torturar, muchos de ellos ingeniosos instrumentos de los que jamás habían oído hablar los curtidos guardias de los Medici. Luego les acompañó a un tremendo jardín amurallado. Ginebra creyó que la visita había terminado y se felicitó a sí misma por haber mantenido la compostura.

Hasta que vio la primera jaula. Contenía a un hombre, desnudo, enflaquecido, con el cabello y la barba opacos y enmarañados. Tenía los ojos de un loco y emitió lastimeros gritos animales, extendiendo hacia ella las manos, a través de los barrotes de la jaula.

—Se cree que ha llegado el momento de comer —dijo el oficial con una risotada—. Habitualmente, la gente acude a ver a los cautivos en el momento de comer. Es muy divertido. En ocasiones les arrojamos trozos de madera pintada como si fuera carne o pan. Éste sería capaz de morderlas con tanta dureza como para sacar astillas.

—¿Cuántos…? —preguntó Maurizio que intentó aparentar indiferencia y sólo un ligero interés.

—Eso varía. En estos momentos sólo hay cuatro o cinco. Los veremos a todos. Seguidme.

Ginebra creyó que aquéllos debían de ser los locos de Nápoles y se sintió incómoda por su mascarada como idiota. Guido, el guardia a cuyos cuidados había sido confiada, se sintió preocupado por lo mismo. Después de que el oficial exhibiera con orgullo al hombre encerrado en la tercera jaula, Guido preguntó si todos los locos de Nápoles eran mantenidos en jaulas.

—¿Locos? —repitió el oficial—. No estaban locos cuando llegaron aquí. Se trata de enemigos del rey. Todos ellos fueron nobles en otros tiempos. A él le agrada verles suplicar que los deje en libertad, luego suplicarle que los mate, o que los alimente para conservar la vida. Hace apuestas con sus amigos sobre cuánto tiempo tardará en quebrar la voluntad de cada uno de éstos —el oficial sonrió, mirando a los visitantes de Florencia. Sabía muy bien que todos ellos se imaginaban a Lorenzo de Medici en una de aquellas jaulas—. Pero ya está bien de ver el jardín de los cautivos —dijo al fin—. Termina por ser aburrido.

Todos le siguieron contentos de alejarse de allí por el camino que se apartaba de las jaulas como una cinta cubierta de verde.

El oficial había conseguido su propósito, pero estaba disfrutando demasiado como para omitir el momento cumbre de la gira.

Al principio, Ginebra creyó que el oficial había cometido un error, y que había entrado de improviso en la recepción. El elegante salón en el que entraron estaba lleno de ricos tapices, enormes jarrones llenos de flores instalados en los alféizares de las ventanas, hombres elaboradamente ataviados y sentados en sillones sobredorados, o de pie en los rincones del salón.

Entonces, Ginebra percibió el hedor que las flores no lograban enmascarar, y se tambaleó.

—Éstos son los enemigos más valiosos del rey —dijo el guía—. Se trata de todos los hombres a los que admiró y que consideró como amigos. Una vez que dicha amistad demostró ser falsa, se vio obligado a ejecutarlos, claro está. Pero no quiso perder por ello el placer de su compañía. Al embalsamarlos, pudo tenerlos a su disposición en cualquier momento que deseara hablar con ellos… Ha hecho un trabajo excelente, ¿no os parece? Casi se podría jurar que cualquiera de ellos sería capaz de moverse o de hablar en cualquier momento… ¿Queréis que os presente? Aquí tenemos a tres generales, dos duques y una serie de condes…

«Y éste es el rey con quien Lorenzo intenta razonar, al que pretende persuadir para que detenga su guerra contra Florencia —pensó Ginebra—. En este preciso instante es muy probable que esté con él, como el ratón con el que juega el gato Ferrante».

Se despreció por preocuparse por algo tan inconsecuente como sus propios anhelos amorosos cuando Lorenzo se encontraba a

merced de Ferrante, sin ninguna otra protección que los caprichos de su enemigo. En un solo instante dio el salto desde los ensueños románticos centrados en sí misma, hasta el más completo reconocimiento de Lorenzo como hombre. Allí había valor, audacia y la actitud propia de un gran estadista preocupado por el Estado.

«Y yo comparto sus mismas estrellas —se dijo con orgullo—. Debo encontrar alguna forma de ayudarle. Sin duda alguna, los cielos me enseñarán cómo hacerlo».

31

En Nápoles había una notable población de toscanos. El banco de los Medici poseía allí una sucursal, lo mismo que otros bancos más pequeños, mercaderes de lana, empresas navieras, comerciantes en joyas, especias y vino. Además, había toscanos ricos que preferían el estilo más relajado de vida del sur, y algunos otros que eran adictos a los refinados vicios que florecían allí.

Lorenzo fue ávidamente bien recibido por todos ellos. Las invitaciones inundaron el palacio incluso antes de que él llegara.

Sus más íntimos amigos, sin embargo, no estaban entre sus compatriotas, sino que eran miembros de la familia de Ferrante. Casi quince años antes, cuando él tenía quince de edad, había representado a Florencia en una misión diplomática durante la cual conoció a Federigo, el hermano menor de Ferrante, encontrándose ambos en Génova, desde donde fueron a Milán para conocer a Ippolita, la hija del duque que gobernaba en aquella época. Luego, Federigo escoltó a Ippolita a Nápoles para que ésta se casara con su hermano mayor Alfonso, heredero del trono y duque de Calabria. Durante el trayecto a Nápoles, todo el grupo de boda fue invitado de Lorenzo en Florencia durante más de una semana.

Los tres jóvenes tenían aproximadamente la misma edad, y compartían el entusiasmo y la energía de la juventud, así como otros rasgos más duraderos. Federigo era poeta, tan educado como se pudiera esperar de un joven, y se sentía apasionadamente interesado por la feroz defensa que hacía Lorenzo del italiano vernacular como el mejor idioma para expresarse poéticamente. Ippolita era una joven muy brillante, que se sentía fascinada por las ideas de la Academia Platónica que iniciara Cosimo de Medici.

Entre ellos nació una buena amistad que se fortaleció con el

curso de los años. Las cartas y los manuscritos se intercambiaban con regularidad entre Florencia y Nápoles.

Lorenzo se había preguntado hasta qué punto habría afectado la guerra de Ferrante a la actitud de sus amigos. El general del ejército que amenazaba Florencia era Alfonso, hermano de Federigo y esposo de Ippolita.

—Los tratados y las guerras vienen y van, pero la poesía dura siempre —dijo Federigo—. Es maravilloso devolverte por fin la hospitalidad. Sólo confío en que podamos disfrutar tanto en Nápoles como disfrutamos en Florencia.

Ippolita dijo que estaba decidida a que así fuera. Su sonrisa sugirió que podría ofrecerle a Lorenzo una hospitalidad a la que Federigo ni siquiera podía aspirar.

Lorenzo había ganado la primera partida.

Encontró a Ginebra en la capilla, rezando fervientemente.

—Ven conmigo, contadina. Quiero mostrarte una especialidad de Nápoles.

Acababa de dejar a sus amigos y se sentía muy animado. Ginebra, por su parte, acababa de regresar de la espantosa visita hecha con el oficial. Hubiera querido lanzarle un grito de advertencia, rogarle que huyera de Ferrante. Pero en lugar de eso le sonrió y le acompañó. No serviría de nada decirle lo que él ya sabía, y estaba segura de que él jamás saldría corriendo.

Acudieron juntos a la catedral para ver la asombrosa representación mecánica de un nacimiento de Navidad. En un establo se habían agrupado figuras de tamaño natural que representaban a la Sagrada Familia, con ángeles suspendidos por encima y animales maravillosamente representados. Un camino que giraba lentamente transportaba a los pastores y sus ovejas desde detrás de una colina hasta delante de una cueva, ante la que pasaban para perderse luego tras un bosquecillo de árboles. Al desaparecer los pastores, surgía la procesión de los tres Reyes Magos, procedentes de detrás de la misma colina. Cada rey iba acompañado por pajes, caballeros y esclavos. Había camellos y elefantes, cebras, caballos de todos los colores. Ginebra jamás había visto una cosa igual. Se quedó con la boca abierta ante las figuras,

hermosamente talladas, las ropas que llevaban, el cabello natural que cubría sus cabezas, las joyas, monturas y regalos que llevaban para el niño Jesús.

Cuando el último paje hubo desaparecido tras el bosquecillo, se volvió para mirar a Lorenzo, que se sentía tan deslumbrado como ella.

—Había oído hablar de estas figuras, pero no lo había creído. Tengo que conseguir un nacimiento igual para Florencia.

—Oh, mira, Lorenzo, no ha terminado aún. Hay un gaitero.

—Sí, y un campesino con una guadaña. Y también su esposa, conduciendo una cabra.

—Y esa anciana detrás de ella. Se parece a Claudia, en la casa de campo en la que estuvimos cuando salimos de Florencia.

Ante ellos se movían docenas de hombres, mujeres y niños. Representaban a todas las clases, todas las ocupaciones, todas las variedades del pueblo que vivía en la región de Nápoles.

Lorenzo y Ginebra lanzaron exclamaciones de asombro ante la naturalidad de todo ello. Aquello era arte, un arte familiar, quizá el único que no se practicaba en Florencia. Lorenzo hubiera deseado que lo vieran sus amigos artistas, lo que aún aumentó más su determinación de tener uno.

Luego, volvió a aparecer el primer pastor. Ginebra lanzó un suspiro.

—Podría contemplarlo cientos de veces.

—Yo también lo desearía, pero dispongo de muy poco tiempo. Quería decirte que las estrellas trabajan a nuestro favor, y que no debes preocuparte por nada. ¿Estás cómoda? ¿Te han ofrecido una habitación agradable?

—Sí, es muy bonita. Y me siento mucho mejor con mis ropas limpias. Gracias, ha sido muy amable por tu parte el habérmelas enviado.

—No ha sido más que un gesto de autodefensa —replicó Lorenzo sonriendo burlón—. No quería que el mal olor me arrojara a la calle —y poniéndose serio siguió diciendo—: Escúchame con atención, Ginebra. Todo aquello que hagamos o digamos puede ser observado. No hables con los sirvientes más que lo imprescindible, y deja la puerta cerrada con llave por la noche. Eres un monje, ¿recuerdas?, así que es importante que asistas a misa por lo menos

dos veces al día. Puedes venir aquí tantas veces como quieras, siempre que lo hagas acompañada por Guido.

»En cuanto a mí, estaré muy ocupado, pero intentaré pasar por la capilla hacia la puesta del sol siempre que pueda. Si necesitas preguntarme algo, búscame allí.

»Espero poder completar la misión que me ha traído aquí en una semana o dos. ¿Encontrarás cosas en las que ocuparte durante ese tiempo?

—Estaré bien —asintió Ginebra—. Siempre encontraré algo que hacer.

—Buena muchacha. Y ahora, tenemos que apresurarnos.

La besó con rapidez en ambas mejillas. «No pensaré en esto ahora —se prometió Ginebra—. Lo reservaré para esta noche, cuando me sienta sola y asustada». Pero sus mejillas ardían. Se las tocó con los dedos, marcándose el lugar donde había recibido los besos para recordarlo más tarde.

Lorenzo estaba enfurecido. Verdaderamente enojado.

—Quiere la paz, el bastardo, y sabe perfectamente bien que su trono está más seguro teniendo a Florencia como aliado, que con el papa en sus fronteras, ávido de lanzarse a la expansión. Pero le gusta tirar de las cuerdas con sus monstruosos dedos en forma de salchichas, aunque sólo sea para verme bailar como una marioneta. Condenado Ferrante.

Ginebra le advirtió que bajara el tono de voz.

—Seguro que hay espías intentando escuchar al otro lado de la puerta, Lorenzo. Se supone que acudes a la capilla para rezar, y se supone que yo soy un imbécil y no alguien capaz de comprender los problemas de la diplomacia.

Habían transcurrido dos semanas y no por ello se encontraba Lorenzo más cerca del cumplimiento de su misión. La forzada ociosidad le estaba mortificando. Había tenido que encontrar ocupación para su tiempo. Ofreció banquetes para los toscanos que vivían en Nápoles, y atendió a banquetes ofrecidos en su honor. Compró la libertad de los esclavos de la galera que le habían transportado a Nápoles, y contribuyó con dinero a las dotes de una docena de doncellas seleccionadas por el arzobispo. Escribió cartas

a su familia, a sus amigos, a la Signoria, a los directores de sus establos y villas, a los profesores de la Universidad de Pisa. Leyó y escribió poesía, participó en la caza de cetrería con Federigo, e inició un elegante flirteo con Ippolita. Pero no estaba logrando nada de lo que pretendía.

La advertencia de Ginebra le obligó a concentrarse en ella, en lugar de en la furia que sentía.

—Perdóname —dijo con tranquilidad—. Tienes razón. Si pierdo la compostura no seré más que un juguete en manos de Ferrante. Pensaré en cosas más alegres. Mañana es nuestro cumpleaños, ¿lo recordabas? ¿Qué te gustaría recibir como regalo?

—Dinero —contestó ella de inmediato.

Eso ofendió a Lorenzo.

—¿Por qué no? —dijo al final, para luego añadir con un tono de voz incisivo—: Después de todo, eso es lo que quiere todo el mundo.

Se desató una pesada bolsa que llevaba al cinto y la dejó caer al suelo, delante de Ginebra. Las monedas de oro que contenía produjeron un apagado sonido metálico.

Ella se sintió como una Judas, que era lo que él quería, pero se inclinó y recogió la bolsa.

—Gracias —se limitó a murmurar.

Tenía un plan y para ello necesitaba dinero. Y era para ella mucho más importante que el disgusto que pudiera sentir Lorenzo.

32
1480

Al día siguiente puso en marcha su plan. Se había pasado más de una semana paseando alrededor del castillo, con la mirada perdida, sin ningún objetivo concreto, hablando de un modo inconexo, salpicando las palabras con risas sin el menor significado y bruscas peroratas sobre religión. Su representación produjo sospechas al principio, pero resultó ser tan convincente que los sirvientes y soldados del castillo no tardaron en aceptarla y empezaron a disfrutar de la diversión, burlándose de «Tino» con crueles mofas e insultos. Tino no comprendía nada y se limitaba a sonreír con una expresión idiota y a dar palmas para llamar la atención. El juego terminó por ser aburrido, y Tino se transformó en una presencia nada importante que empezó a pasar inadvertida. Ahora, Ginebra podía empezar a actuar.

Había identificado a Cario, el ayuda de cámara de Ferrante, había observado sus costumbres, y sabía en qué lugar podría encontrarle con mayor probabilidad siempre que estuviera libre de servicio. Estaba segura de que era cosa del destino, pero lo cierto es que el ayuda de cámara era un inveterado jugador con muy mala suerte. Ginebra se puso en la boca una moneda de oro y dobló la esquina del patio de las cuadras, donde Cario jugaba a los dados con el caballerizo mayor y su capataz principal.

No le fue difícil permitirles descubrir su tesoro y dejarse convencer para jugar. El engaño era evidente, pero Tino parecía demasiado estúpido como para darse cuenta de nada. Además, era demasiado incoherente como para ser motivo de discreción, de modo que los tres hombres hablaron con toda libertad. Cario

fanfarroneó ante los demás gracias a su conocimiento especial del rey y de sus estados de ánimo. Al parecer, Ferrante fanfarroneaba igualmente con su ayuda de cámara y confiaba en él.

Ginebra perdió un florín casi cada día. Luego, por la noche, cuando se encontraba con Lorenzo en la capilla, le contaba todo aquello de lo que se había enterado.

Lorenzo quedó encantado e impresionado por su audacia.

—¡Por todos los santos, eres una maravilla, contadina! Me alegro de que estés a mi lado.

La información que le pasaba era a menudo capaz de quebrar los nervios. Ferrante se encontraba bajo la constante presión de su hijo para que incrementara la fortaleza del ejército y conquistara Florencia en cuanto se reanudara la guerra. El rey también era un verdadero monstruo de vanidad, y se sentía tentado por la idea de convertirse en el conquistador de Lorenzo de Medici, o de añadir a Lorenzo a su museo de figuras embalsamadas.

Pero la presión de Federigo también era constante, así como la de Ippolita. Por otro lado, Ferrante era astuto, y sabía que Nápoles estaría más seguro si se contenían las ambiciones del papa, si Florencia al norte y Nápoles al sur mantenían a raya a Sixto. La gran cantidad de cartas que recibía de Sixto tenían un tono irascible y exigente que ofendía la importancia que Ferrante se daba a sí mismo.

Por lo tanto, el rey vacilaba, contemporizaba, jugaba con Lorenzo, ponía a prueba su paciencia. Transcurrieron así las semanas, que se convirtieron en meses.

Mientras tanto, Ginebra sirvió como ancla y conspiradora de Lorenzo. Aprendió a conocer su naturaleza compleja y contradictoria, sus momentos de abatimiento y de entusiasmo, su impetuosidad y su control de hierro, su capacidad para el juego y su sobrio sentido del deber. Creció así el respeto y la admiración que le despertaba, enriquecido además por el amor que sentía por él y que la consumía. Se alimentaba con la intimidad del peligro compartido, se sentía aliviada con las conversaciones susurradas en la capilla, que luego volvía a recordar cientos de veces. Y lloraba cuando se encontraba a solas en su habitación porque comprendía con claridad que Lorenzo no le devolvía su amor, no pensaba en ella como en una mujer. Ella sólo era para él su compañera en la

peligrosa empresa, casi una persona igual a él.

«Somos amigos —se dijo ella—, y eso ya es mucho. Confía en mí, me admira, me ama con el amor de un buen amigo. Tengo mucha suerte por poder disfrutar de eso. Es suficiente. Tendrá que serlo. Si no me sintiera tan cansada. Estas mascaradas están acabando con todo mi entusiasmo. Odio tener que pasarme todo el tiempo fingiendo, vigilando cada palabra que pronuncio, cada parpadeo de los ojos, dedicada siempre a escuchar y tratando de comprender lo que hay detrás de lo que escucho. Odio tener que jugar el papel de estúpida con el despreciable Cario, y actuar con Lorenzo como si no fuera más que un hermano menor. No sé si podré resistirlo hasta que Ferrante tome una decisión. Pero tengo que conseguirlo».

A finales de febrero, después de diez semanas interminables, Ferrante firmó un tratado de paz y alianza con Florencia.

—Lo hemos conseguido, contadina, tú y yo. Ahora ya podemos regresar a casa.

El barco para el viaje de regreso era un mercante propiedad de un negociante florentino afincado en Nápoles. No era una nave lujosa, como la galera de Ferrante, pero el capitán y la tripulación no cobraban del enemigo. Lorenzo pudo relajarse, y también Ginebra. Así pues. Tino quedó atrás para siempre. A excepción del hábito de monje, que Ginebra siguió llevando como disfraz.

Ya no había tensión, ni alegría febril. Los dos se sentían agotados y perezosos, con la sensación de la tarea terminada y del descanso bien merecido. Paseaban por la cubierta o se sentaban cómodamente entre los fardos y barriles de la carga estibada, contemplando el mar, respirando el aire estimulante, disfrutando del ilimitado espacio que les rodeaba después de la atmósfera sobrecargada en la que habían vivido en Nápoles.

Hablaban a veces, pero con mayor frecuencia permanecían en silencio, sin plantear exigencia alguna, ni a sí mismos ni al otro. Lorenzo comentó con naturalidad que le habría gustado que Giuliano hubiera estado con ellos, y que le habría encantado la

intriga y la aventura.

—Creo que nunca llegué a conocer a tu hermano —dijo Ginebra —. Sé que le echas mucho de menos. ¿Cómo murió? ¿Fue a causa de la plaga?

Lorenzo le habló entonces del asesinato de Giuliano, del intento llevado a cabo por la familia de ella para apoderarse del Estado.

Ginebra se sintió demasiado conmocionada como para decir una sola palabra.

Sólo horas más tarde fue capaz de decirle lo mucho que lo sentía.

—Ya pesar de lo que te hicieron los Pazzi, tú y tu madre me aceptasteis y me cuidasteis. ¿Por qué no me dejasteis morir?

—Tú eras inocente. Jamás quise que se hiciera el menor daño a los inocentes. Desgraciadamente, le sucedió a cientos de personas, pero tú fuiste la única que llegó hasta nosotros. Además, ¿cómo habría podido celebrar si no mi cumpleaños sin tener a mi contadina?

Las horas se le deslizaban como arena entre los dedos. Ginebra trataba de contenerlas, de permanecer despierta hasta bien entrada la noche, lo mismo que solía hacer Lorenzo, como si con su sola fuerza de voluntad pudiera evitar que el sol se pusiera y saliera cada día. Sabía que el tiempo que pudieran pasar juntos habría terminado en cuanto llegaran a Livorno. Lo miraba fijamente mientras él escribía, leía o dormía, intentando memorizar cada rasgo de su rostro, de su cuerpo, sus manos y sus pies, la forma en que el pelo se le ensortijaba en la nuca, la delgada cicatriz que se le veía en el cuello, la forma cuadrada de sus uñas.

—¡No! —gritó cuando él le comunicó que atracarían a la mañana siguiente—. Me gusta tanto el mar —se apresuró a añadir.

—Ya disfrutarás de otros viajes por mar, me aseguraré de que así sea. ¿Qué más te gustaría, Ginebra? Te debo mucho por la gran ayuda que me has prestado en Nápoles.

«Quiero quedarme contigo», gritó su corazón. Pero Ginebra permaneció en silencio, con la mirada baja para ocultar las lágrimas.

—No se permite la timidez —dijo Lorenzo levantándole la

barbilla y echándose a reír—. Eso no va bien contigo. Vamos, habla. Debe haber algo que quieras…, ¿qué es, contadina? ¿Estás Llorando? ¿Qué te sucede? —Ginebra intentó girar la cabeza, pero los dedos de Lorenzo le sujetaron la barbilla con firmeza. Tenía el rostro muy cerca del de ella—. Dímelo.

—Quiero quedarme contigo —susurró ella.

Lorenzo la soltó y retrocedió, como si se hubiera quemado. De algún modo, Ginebra supo que otras mujeres, quizá muchas, ya le habían dicho antes aquellas mismas palabras, que habían tratado de retenerle, de atarle a ellas. Lo acababa de estropear todo, incluso la forma en que él la recordaría.

—Ha sido todo tan divertido —siguió diciendo—, tan excitante y tan extraño: aparentar ser un bufón santo, jugar a los dados, actuar como espía. Quisiera que eso no hubiera terminado nunca. La vida será tan triste para mí, mientras que tú seguirás corriendo aventuras todo el tiempo.

Lorenzo le creyó. Así lo puso de manifiesto la expresión de su rostro, la relajación de su cuerpo.

—Confío en que te equivoques —dijo sonriendo—. Creo que yo podría pasar perfectamente bien sin otra aventura como la que acabamos de pasar. Sécate esas lágrimas, Ginebra, y deja de llorar. Ya veremos qué podemos hacer para impedir que tu vida sea triste… Mi prudente y maravillosa madre quiere que te encuentre un esposo. Supongo que tendré que buscarte un hombre que esté algo loco, alguien a quien le guste correr aventuras de modo regular. ¿Qué te parece un capitán de barco? Podrías viajar con él y prácticamente vivir en su barco.

—No tengo la menor intención de casarme.

Ahora estaba enfadada. Él se proponía disponer del resto de su vida como si ella no fuera más que una de aquellas muchachas pobres de Nápoles para las que había entregado una dote; le compraría un esposo como si se tratara de una recompensa, de un regalo de despedida, de un recuerdo de Nápoles.

—Pues claro que te casarás. Eso es lo que hacen todas las mujeres.

—Yo no soy una mujer. Lo que hacen las mujeres es tener hijos, y yo soy estéril.

—Lo sé —dijo Lorenzo tomándola de la mano—. Mamina me lo

dijo. La caída te produjo…

—¡La caída! —exclamó ella apartándole, furiosa—. Soy estéril debido a la forma en que me violaron tus soldados. Jamás permitiré que ningún hombre me toque porque nunca podré olvidar lo que me sucedió. Mira, Lorenzo —se abrió la túnica y le mostró los pechos desnudos—. ¿Ves esas marcas? Son las cicatrices que me produjeron los mordiscos. Y estas otras de aquí son los lugares donde los eslabones de la cota de malla me desgarraron la piel. Tú eres un hombre. ¿Te gustaría tener por esposa a una mujer que mostrara en su cuerpo las señales dejadas por otros hombres, que haya sido usada peor que cualquier prostituta y luego tirada como basura? ¿A qué clase de degradada nulidad podrías comprar como para que aceptara ser mi esposo?

La vacilante linterna que colgaba sobre sus cabezas era como un foco de luz sobre la piel blanca horriblemente marcada de Ginebra. Lorenzo trató de apartar la mirada de aquellas cicatrices, negar la tragedia que ponían de manifiesto. Finalmente, cayó de rodillas frente al banco en el que ella se sentaba.

—Déjame que te cubra —dijo—. Mi pobre y pequeña contadina. No lo sabía. Te aseguro que no lo sabía —sus dedos levantaron los pliegues de la túnica y los unieron, sin tocarla. Luego dejó caer las manos, impotente y la miró, encontrándose con unos ojos secos que le devolvían una mirada enfurecida—. No puedo pedirte perdón. Hay cosas que no se pueden perdonar. Descubriré quiénes fueron y los mataré.

—No quiero que hagas eso —dijo Ginebra sacudiendo la cabeza con fuerza—. Sólo quiero olvidarme de todo —sus ojos mostraron una expresión apagada, eliminada ya la rabia. Colocó una mano sobre la cabeza de Lorenzo, acariciándola ligeramente, como si fuera una pluma—. Hace ya tiempo que te perdoné. Pero creo que jamás podría perdonarte si me obligaras a casarme.

—Tienes mi palabra.

—Gracias —dijo Ginebra, cerrando los ojos y suspirando.

En Livorno les recibieron con banderas, música y multitudes que les vitoreaban. Las noticias sobre la firma del tratado les habían precedido. Los consejeros de la ciudad les esperaban nerviosos,

vestidos con todos sus ropajes de ceremonial. Se inclinaron, volvieron a inclinarse, contemplaron a Lorenzo como si se tratara de un dios.

—Magnífico —dijo su líder—, la ciudad de Livorno da la bienvenida a su salvador y rinde un humilde homenaje y un agradecido tributo a la república.

Un grupo de muchachos vestidos de blanco presentaron un estandarte ribeteado de oro y bordado con los símbolos de Livorno, Florencia y los Medici.

Lorenzo pronunció un elocuente e improvisado discurso para dar las gracias por la bienvenida que les había dispensado Livorno, y por la misericordia de Dios que no permitió que los justos sufrieran una derrota a manos de los impíos.

Ginebra se cubrió la sonrisa con una mano. Lorenzo había redactado el discurso tres días antes y lo había ensayado, utilizándola a ella a modo de público, para perfeccionar las pausas y las frases a medio pronunciar que darían la impresión de ser unas palabras improvisadas.

De pie sobre el muelle, pudo ver a la multitud de hombres vestidos con los colores de los Medici, situados por detrás de la multitud. Sostenían las riendas de varios caballos, algunos de ellos con monturas y otros con pesados fardos. El regreso a Florencia sería mucho más tranquilo de lo que había sido la partida.

Lorenzo estaba pronunciando otro discurso con el que rechazaba graciosa y elogiosamente la invitación a participar en un banquete de celebración. Ginebra bajó por la pasarela. Deseaba volver a montar a caballo, cabalgar como el viento, expresar su excitación por medio de la velocidad y los gritos sin palabras con que azuzaba al caballo. «Compartirás todas mis aventuras —le había dicho Lorenzo—. Serás como mi hermano, libre de las restricciones propias de la vida de una mujer, mi compañera y amiga. Será una ley si fuera necesario».

Y conocía la existencia de un río, a sólo unas pocas horas de distancia, donde le enseñaría a nadar.

33

«Magnífico», «Magnífico», «Magnífico». Todas las ciudades y pueblos situados a lo largo del camino aparecían decoradas con brillantes banderolas y estandartes. Sus plazas estaban llenas de gente que esperaban ver a Lorenzo, que le agasajaban con flores, vino y pastas. En todas partes se dirigían a él llamándole el «Magnífico».

No se trataba de un honor creado especialmente para él. La grandilocuencia era en toda Italia el modo normal de expresión. En la república no existían títulos de nobleza, ni dueño oficial o *signore*, de modo que todo hombre rico o poderoso era llamado «excelencia», «patrón», «alteza», «honorable», «ilustre». Y «Magnífico». Lorenzo ya había sido llamado de ese modo en otras muchas ocasiones. Pero ahora se convirtió en toda la Toscana en «el Magnífico», y eso fue algo que sucedió de un modo unánime y misteriosamente espontáneo.

Ginebra se burló de él por ello. Recogió unas ramas de laurel y confeccionó con ellas una corona.

—Toma —dijo, colocándosela sobre la cabeza—. Una corona para el «Magnífico». Creo que en el futuro te llamaré «Lauro».

Era la palabra italiana para designar el laurel y también resultaba un apodo aceptable para llamar a Lorenzo. Ginebra no supo por qué razón Lorenzo reaccionó de un modo tan extraño. Se puso pálido y luego su rostro se ruborizó. Se quitó la corona de laurel de la cabeza y la sostuvo en las manos durante largo rato.

—Confío en que me lo baya ganado de veras —dijo. Estaba contemplando el símbolo de la victoria. Luego la miró, sonriente—. Gracias… por algo más de lo que tú crees. Hacía muchos años que no escuchaba pronunciar ese nombre. Así es como solía llamarme

mi abuelo cuando se sentía especialmente contento con algo que yo hubiera hecho.

—¿Por qué nos desviamos aquí, Lorenzo? Si casi estamos a punto de llegar. Ya distingo la bola dorada del Duomo.

—Nos quedaremos aquí a pasar la noche y entraremos mañana en la ciudad. He enviado la noticia de nuestra llegada para que sea una fiesta. Será un día muy ajetreado y quiero estar bien descansado… Además, Careggi es el hogar donde más me gusta estar. Quiero ver cómo están mis viñedos.

Ginebra comprendió inmediatamente por qué la villa llamada Careggi tenía tal importancia para Lorenzo. Se trataba de una casa pequeña, rodeada por un huerto de olivos y por otros edificios muy hogareños, así como por los campos propios de una casa de labor. Le recordó tanto a La Vacchia que hasta se sintió débil. Careggi era un hogar de un modo que jamás sería el gran palacio de la ciudad.

Una vez que Lorenzo hubo saludado a cada uno de los sirvientes, escuchó con atención sus informes sobre la situación durante su ausencia, y luego se llevó a Ginebra a los establos. Al acercarse al bajo edificio donde se encontraban éstos emitió un silbido. Le contestó un relincho intenso y prolongado. El rostro de Lorenzo se iluminó con una amplia sonrisa.

—«Morello» no se ha olvidado de mí —dijo—. Vamos, te lo presentaré.

Acarició al gran animal y lo condujo hacia el patio del establo, rodeado por una verja.

—No, querido bruto, no tengo azúcar. Tendrás que conformarte para ser feliz con verme. Y ahora presta atención a lo que voy a decirte. Ésta es Ginebra. Es capaz de montar sobre todo animal que pueda correr, incluyéndote a ti, a pesar de todos los pequeños y traviesos trucos que conoces. Espero que seáis muy buenos amigos.

Ginebra extendió la palma de la mano bajo la nariz de «Morello», y el caballo la olisqueó ávidamente. Luego, antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, ella se sujetó a las crines, pegó un brinco de costado y montó sobre su lomo.

Lorenzo se apartó y observó cómo el caballo y el jinete se enfrentaban para intentar conseguir el control. «Morello» tembló y

se preparó para desbocarse. Ginebra se apresuró a hablarle, con voz suave y sin dejar de apretarlo con las piernas. En menos de un minuto se había ganado la confianza del caballo.

—Bravo, contadina. Eso era precisamente lo que esperaba. Ahora te reconocerá… «Morello», te has ganado algo de azúcar. Enséñale a Ginebra dónde lo guardamos.

Ella bajó del caballo y, manteniendo una mano en su cuello, caminó junto al animal hasta el armario cerrado con pestillo.

—Es una verdadera belleza —dijo ella mientras lo alimentaba—. No veo las horas de montarlo. He podido sentir el poder que tiene.

—Es lo mejor de mis establos —asintió Lorenzo con tono orgulloso—. Nadie lo monta excepto yo. Y ahora tú. Y Giuliano, antes de morir.

Ginebra permaneció muy quieta, ignorando los insistentes empujones de «Morello».

—Me siento muy honrada —dijo con voz apenas audible.

«No quiero ocupar el puesto de un muerto —gritó en su fuero interno—. Quiero que me ames tal y como soy, no como un fantasma que regresa». Miró a Lorenzo y se mordió un labio. Si pudiera permanecer a su lado, no le importaría la razón que se lo permitiera. Con el tiempo se olvidaría de Giuliano. «Y entonces me querrá a mí. No debo destruir mi felicidad imponiéndole condiciones».

—Debes vestirte de un modo adecuado, Ginebra. Ya ha pasado el período de llevar hábito de monje.

—Pero ha sido tan cómodo y tan fácil de llevar.

—Ahora ya no necesitas ir disfrazada. Estamos en casa.

—Bueno, no estoy dispuesta a montar de lado, como suelen hacer las mujeres. Eso es seguro.

—Lo harás. Vamos a hacer una entrada ceremonial y no quiero que tu forma de montar conmocione a toda la ciudad… ¿De qué te ríes ahora?

—¿No crees que en Florencia ya lo saben todo sobre mí? Maurizio y Guido fueron ayer a la ciudad. A estas alturas ya habrán contado toda clase de historias sobre sus heroicidades, sus éxitos en Nápoles y la peculiar mujer que acompaña al Magnífico.

Lorenzo se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Tienes razón, claro —exclamó y se echó a reír—. Supongo que para ellos eres mi querida, una bruja y una idiota, todo al mismo tiempo. Probablemente, ya hay cientos de poetas con epopeyas que ofrecerte, y media docena de escultores dedicados frenéticamente a fabricarte una estatua representándote como Palas Atenea.

—O una multitud esperando para lapidarme. Creo que será mejor que me quede aquí hasta que todo haya terminado, y luego entrar tranquilamente en la ciudad, yo sola.

Al final, logró convencer a Lorenzo de que su idea era la mejor. Entró en Florencia del mismo modo que la había abandonado, pasando por la puerta a pie, con la capucha del hábito ocultándole el rostro. Sólo que en esta ocasión lo hizo sin el menor temor… y sin deseos de venganza. A su alrededor, escuchó las voces excitadas del pueblo de Florencia, compitiendo los unos con los otros en sus alabanzas a Lorenzo, para lo que utilizaban los más elaborados superlativos. Bebió de aquellas palabras como si se tratara de un vino fuerte, mostrándose de acuerdo en su fuero interno con cada una de ellas.

«Todo esto es muy diferente a lo que Tino oyó decir en Nápoles», pensó, sintiéndose muy feliz e impaciente por contárselo a Lorenzo.

La puerta que daba al jardín estaba custodiada por un centinela, pero abierta de par en par. «Para mí», pensó Ginebra. Le sonrió al centinela, sin preocuparse de que éste no pudiera verla.

Una de las doncellas estaba esperando al otro lado de la puerta.

—Madonna Lucrezia te ruega que vayas a verla —dijo intentando no mirarla fijamente—. Sí —añadió—, está en tu habitación.

El patio estaba lleno de gente que deseaba ver a Lorenzo para felicitarle. Ginebra avanzó a lo largo de los muros, entre las sombras, sintiéndose como si fuera una espía, incluso más de lo que se había sentido en Nápoles. Aún estaba riendo cuando entró en su habitación.

Lucrezia cruzó la estancia con los brazos abiertos.

—Bienvenida a casa, hija mía.

Ginebra inhaló la suave fragancia del cabello y la piel de Lucrezia, aceptando su cálido abrazo.

—Soy tan feliz por estar de vuelta —dijo—. Siento mucho haberme marchado sin decírtelo.

—Silencio —dijo Lucrezia. Apartó a Ginebra, con las suaves manos pálidas en contraste con el hábito marrón, y la besó en ambas mejillas—. Lorenzo me avisó, de modo que sólo estuve sorprendida durante un día. Y ahora déjame que te mire. Estás bronceada y saludable, tienes buen color y unos ojos brillantes. El mar ha sido como un tónico para ti.

—Oh, sí, me ha gustado mucho. Todo ha sido un tónico, madonna Lucrezia. Tengo tantas cosas que contarte.

—Lo sé —asintió Lucrezia—. Lorenzo ha sido de todo menos incoherente acerca de las historias que ha contado sobre tus aventuras. No hace más que alabarte, Ginebra. Dice que has sido una verdadera bendición para él. Ven, tengo aquí una bandeja con vino y pastas. Podemos celebrar tu regreso… Pero ¿quieres hacerme antes un favor?

—Lo que me pidas.

—Gracias, querida. Me sentiría mucho más cómoda si te quitaras ese hábito. Te he dejado tus cosas sobre la cama. Me dedicaré a contemplar las pinturas mientras te cambias. Me gustan mucho y tengo muy pocas oportunidades de observarlas. Avísame cuando estés preparada para que te ate las cintas a la espalda.

Las ropas eran nuevas: una camisa de seda blanca satinada, una *gamurra* de seda rosada, y la *cioppa* de pesada seda blanca, bordada con rosas abiertas y forrada de terciopelo del tierno color verde de las hojas de la flor. También había unos pantalones de seda blanca y unas zapatillas de terciopelo verde.

Ginebra se sintió encantada por la delicada belleza del regalo de Lucrezia. Pero aquellas ropas le parecieron incluso un mayor disfraz que el hábito que había llevado como Tino. Tenía la piel bronceada por el sol y el aire, y el cuerpo se le había endurecido, desarrollando sus músculos. La imagen que tenía de sí misma era la de una aventurera, y no la de una doncella vestida de rosa y blanco.

Sin embargo, no podía ofender a Lucrezia. Se quitó las botas y dejó caer sus demás ropas sobre el suelo. Se puso la camisa y la *gamurra*. Sintió la ropa como algo extraño y frío sobre su piel, y

extrañamente ajustado a su cuerpo. Se volvió hacia Lucrezia.

—Ya estoy preparada.

Lucrezia le ajustó los lazos con dedos ágiles.

—Unas rodajas de limón serán suficientes para blanquearte la piel —dijo—. Diré a la cocina que las preparen.

—Madonna Lucrezia —dijo Ginebra poniéndose rígida—, he hablado con Lorenzo. Todo está acordado y planeado. No voy a vivir como suele vivir una mujer, dentro de casa y envuelta en sedas…

—Lo sé todo —la interrumpió Lucrezia—. Lorenzo me lo contó… Bueno, ya está hecho el lazo… Ven y siéntate conmigo, Ginebra, y permíteme que te hable.

Ginebra hubiera querido echar a correr, encontrar a Lorenzo, reírse con él acerca de la estupidez que significaba ver a Tino envuelto en seda rosada. Tenía miedo de escuchar lo que Lucrezia estaba a punto de decirle, que Lorenzo lamentaba la promesa que le había hecho, que se había arrepentido y la abandonaba a una vida de prisión doméstica y a contraer un matrimonio conveniente.

Pero Lucrezia le sostuvo la mano, la condujo hacia una mesa sobre la que había una bandeja con sus pastas favoritas de almendra, y ante la que había un banco acolchado.

—Mi querida niña —empezó a decir Lucrezia—. Creo que eres como una hija para mí, y te quiero, Ginebra. Te ruego que lo creas así. La primera vez que te vi no eras más que una diminuta criatura muy asustada, y hubiera querido arroparte entre mis brazos y consolarte. Ahora siento exactamente lo mismo.

»Me imagino muchas de tus emociones…, cólera, confusión, temor. Incluso el entusiasmo de todo lo que conseguiste en Nápoles y cómo lo lograste.

»Pero, querida mía, no puedes vivir el resto de tu vida en una mascarada continua. Eres una mujer, tienes el corazón de una mujer y las necesidades de una mujer. Deberías tener un hogar y un esposo que se ocupara de ti.

De un tirón, Ginebra apartó la mano de entre las de Lucrezia, que la habían sostenido con suavidad.

—No quiero casarme. No quiero. Deseo ser libre.

—Nadie es libre, Ginebra, ni las mujeres ni los hombres, por mucho que tú pienses de otra manera. Estamos rodeados por el

mundo y sus reglas nos limitan a todos. Lo que tú quieres es actuar como un hombre. No, no como un hombre, sino como un muchacho libre de toda preocupación. Eso es imposible, y no es natural. No eres un muchacho y nunca lo serás. Dios te ha hecho mujer, y si tratas de llevar la vida de un muchacho, serás como una de esas míticas criaturas combinadas que tienen la cabeza de un animal y el cuerpo de otro. Algo monstruoso. Y eso no puede ser.

Ginebra apartó la mirada de la tierna expresión de Lucrezia, deseando desesperadamente escapar a la trampa de su sabiduría y su amor. Los muros de la habitación parecieron cerrarse sobre ella, y el aire agotarse a su alrededor. Hubiera querido llevarse las manos a las orejas o extenderlas sobre la boca de Lucrezia, para no haber tenido que seguir escuchando sus palabras.

—… Más sensible —estaba diciendo Lucrezia—. Él siempre ha sido impetuoso. Y a veces también algo imperioso. Pero tú eres capaz de comprender la razón, tu mente es mucho más disciplinada y se deja llevar mucho menos por los entusiasmos pasajeros.

Ginebra rechazó el brazo de Lucrezia.

—¿Estás diciendo que Lorenzo no está de acuerdo contigo?

—No, no lo está. Se limitó a poner esa mandíbula de granito que pone cuando quiere, y a decir algo sobre una promesa.

Entonces, fue Ginebra la que rodeó el cuello de Lucrezia con sus brazos y la besó en la mejilla una y otra vez, riendo, florando, balbuceando.

—No me va a abandonar.

Lucrezia la abrazó, acariciándole la espalda y el cabello.

Una vez que hubo pasado el incontrolado estallido de Ginebra, Lucrezia le limpió las lágrimas con dedos suaves.

—Mi querida hija, ¿tanto le quieres?

Frenéticamente, Ginebra intentó recuperarse, negar todo lo que no fuera un anhelo de libertad y aventura. Pero no podía mentirle a Lucrezia.

—¿No se lo dirás? —dijo al fin—. Por favor, madonna, te lo ruego. Prométeme que no se lo dirás.

Los ojos de Lucrezia brillaron, llenos de lágrimas.

—Oh, no, querida niña, no te traicionaré. No haré nada de eso. Pero si yo estimulara ese loco deseo tuyo de llevar la vida de un hombre, sería como otra clase de traición. No creo que puedas

encontrar la felicidad de esa manera, Ginebra. Y si empiezas a recorrer ese camino, no habrá forma alguna de retroceder. Quedarás marginada del resto del mundo normal.

—No me importa. No quiero regresar. Sólo quiero tener aquello de lo que he disfrutado en estos últimos meses. Me he sentido tan viva, tan feliz, mucho más allá de cualquier felicidad que haya podido experimentar antes.

—¿Debido a Lorenzo?

—Sí, pero no sólo a él. He sentido la vida en mí incluso antes de darme cuenta de que estaba enamorada de él.

—En tal caso, no tengo nada que decir —asintió Lucrezia inclinando la cabeza—. Me siendo desgarrada, Ginebra. Tengo miedo por ti, pero también por mi hijo. Él ha perdido la fe en las personas; no confía en nadie porque hubo una época en que confió demasiado y Giuliano tuvo que pagar con su vida por ello.

—Confía en ti.

—Sí, desde luego. La familia es diferente. Pero ha abandonado a sus amigos, se ha convertido en una persona distante y cuidadosa. Tú te has ganado su confianza; no siente el menor temor de mostrarse relajado contigo. Confío en que recupere su antigua actitud con sus amigos gracias a la naturalidad con que se comporta contigo.

»Y eso es algo que le deseo de todo corazón. Él lo necesita… Pero utilizarte como puente para relacionarse con sus amigos es un trato muy pobre para ti, Ginebra. Sabes muy bien que él no te ve como mujer.

—Lo sé. Y no me importa. No es eso lo que deseo.

—No lo comprendo —dijo Lucrezia sacudiendo la cabeza. Miró a Ginebra y le sonrió, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero tienes mi bendición, hija mía, y mi gratitud. Creo que tú podrás aportarle felicidad a Lorenzo. Y sólo rezo para que no se te desgarre el corazón al hacerlo.

Ginebra besó las manos de Lucrezia y su rostro bronceado por el sol se iluminó con una sonrisa.

—Gracias, madonna. Te prometo que todo será maravilloso. Quiero hablar con Lorenzo sobre el paseo que acabo de dar por la ciudad. ¿Dónde está?

—Está en el gran salón, en compañía de los niños y de Clarice,

abriendo los regalos que les ha traído a todos de Nápoles. Vamos. Iremos juntas a verlos.

Por un momento, Ginebra permaneció tan rígida como la piedra. Claro, él querría ver a su esposa y a sus hijos, se dijo. Hasta ese momento, no habían sido reales para ella. Hizo un esfuerzo por moverse, por hablar.

—Tengo que terminar de vestirme. Subiré en seguida.

Se volvió rápidamente hacia la cama y tomó el tenue pantalón de seda. Una vez que Lucrezia se hubo marchado, lo sostuvo contra su pecho como si con él pudiera ocultar el dolor que sentía en el corazón.

34

Ginebra odió a Clarice en cuanto la vio. Odió la mirada arrogante y burlona de la mujer mayor cuando Lucrezia se la presentó; odió sus irritadas quejas, según las cuales Lorenzo estimulaba a los niños para que se comportaran mal; odió la forma en que Clarice apartaba los pliegues de su *cioppa* de sus hijos.

Los hijos eran abrumadores. Había tantos —ocho— y eran tan bulliciosos. Todos gritaban, incluso el bebé Giuliano, que sólo tenía seis meses de edad, aullaba en su cuna. Todos acosaban a Lorenzo, le tiraban de las ropas y de los cabellos, exigían que los montaran a caballo sobre sus hombros y su espalda; todos gritaban para llamar su atención.

—¡Mírame! ¡Mírame!

Ginebra pensó que tendría que pedirle a Lucrezia que se los identificara a todos. Excepto a Giulio, que había sido su primer amor aun cuando había pasado muy poco tiempo con él. Lo reconoció inmediatamente. Tenía ahora más de un año de edad, y era tan ruidoso y tan activo como sus hermanos, pero las piernas cortas y fuertes sobre las que caminaba tambaleante seguían siendo tan gruesas y cubiertas de hoyuelos como lo habían sido, y su nariz seguía siendo el mismo botón en su rostro rosado y redondo.

Lorenzo vio a Ginebra de pie junto a la silla que ocupaba Lucrezia y gritó en voz más alta que los niños, exigiendo silencio. A excepción de unas risitas incontroladas, todos obedecieron. Entonces se los presentó, uno a uno, empleando un tono solemne que aún hizo reír más a los pequeños.

—Mi hija mayor Lucrezia, que tiene ahora diez años de edad y que se imagina que todos nosotros somos muy tontos… Piero, de casi ocho años, que ya cree tener veinte… Maddalena, que pronto

cumplirá los siete si no explota de tanto comer dulces… Giovanni, de cinco, y la desesperación de su tutor… Luisa, que ya es la mujer más hermosa de toda Florencia a la edad de tres años… Contessina, de casi dos y una extraordinaria bailarina… Giulio, el mejor cantante de todos…, y Giuliano, que tiene el buen sentido de estar medio dormido en su cuna.

»Y ahora, niños, comportaros por una vez en la vida y saludad a Ginebra. Ya os he hablado de ella. Me ayudó a dirigir el barco hasta Nápoles.

Los niños rodearon a Ginebra, y los mayores le pidieron si podían ver el hábito de monje con el que se había disfrazado…, si les enseñaría a poner expresiones de un idiota…, si era cierto que había subido a lo más alto del mástil del barco…, si era capaz de montar a «Morello» sin que el caballo la derribara… Los niños más pequeños se limitaron a mirarla, Giulio con el dedo pulgar metido en la boca.

—Te harán la vida imposible si se lo permites —dijo Clarice después de que los niños fueran alejados por las niñeras, no sin protestas—. Lorenzo les consiente demasiado.

—Yo consiento demasiado a todo el mundo —replicó Lorenzo—. Y ahora que ya se ha marchado el ejército infantil, creo que se puede sacar el resto de los regalos —abrió un arcón y extrajo de él una caja cuadrada cubierta de terciopelo—. Para celebrar la paz —dijo, colocando la caja sobre el regazo de Clarice y dándole un beso en la mejilla—. Y esto para mamina —dijo levantando un montón de encajes.

—¡Lorenzo! ¡Qué hermoso! —exclamó Lucrezia adelantando la cara para recibir el beso de su hijo.

—Gracias, Lorenzo —dijo Clarice.

Se sostuvo el enorme collar de perlas contra la luz para admirar su brillo. Lorenzo volvió a agacharse sobre el arcón. Levantó la mirada y le sonrió a su esposa.

—He visto cómo los muchachos buceaban para buscar perlas. Debían de tener pulmones mucho mayores que los de nuestros propios hijos —extrajo un gran envoltorio cubierto de seda a modo de protección—. Y esto es un recuerdo para Lorenzo —levantó cuidadosamente la tela que lo envolvía para revelar un jarrón en bajorrelieve de color rosado jaspeado, y acarició con dedos

cariñosos la suave piedra—. Ha valido la pena hacer ese viaje aunque sólo sea para haber visto esto. Lo haré montar en plata, con dibujos de conchas y marsopas, para que me recuerden a Nápoles. En cuanto al resto, contadina, es para ti —dijo, haciéndole un gesto a Ginebra—. Me siento demasiado cansado, después de tanto batallar con los niños, como para entregártelo todo.

Ella corrió a su lado. El arcón contenía otros muchos objetos envueltos en material de relleno. Ginebra casi tuvo temor de tocarlos. Le temblaban tanto las manos que estaba segura de que se le caería el primero de los objetos en cuanto lo tomara. Se arrodilló, sosteniendo el arcón abierto.

Lucrezia se le acercó y se arrodilló a su lado.

—Me encantan los regalos —dijo—. Déjame que te ayude.

El regalo de Ginebra era una colección de figuras para montar un pesebre. Tenían aproximadamente una quinta parte del tamaño de las figuras móviles que habían visto en la catedral de Nápoles, y los pastores tenían poco más de treinta centímetros de altura, pero el detalle de la talla era casi tan exquisito, al igual que las vestiduras. Lucrezia y Ginebra lanzaron exclamaciones de asombro ante cada manga, cada par de botas, collar o diminuta joya incrustada. Clarice se unió a ellas, sintiéndose tan fascinada como las dos mujeres.

—Al paso que vas, creo que verás la última pieza justo poco antes de Navidad —dijo Lorenzo, disponiéndose a marcharse—. Tengo que ver a otras personas.

—Se me olvidó darle las gracias —dijo Ginebra más tarde—. Qué terrible. Me sentía tan encantada…

—No hay mejor modo de agradecer un regalo —dijo Lucrezia echándose a reír—. Lorenzo se ha sentido más que recompensado con nuestra atención absorta en estas figuras. Estoy segura de que él ha debido pasarse mucho más tiempo eligiéndolas, ya que de no ser así no se habría marchado tan pronto.

Así lo admitió Lorenzo cuando Ginebra le dio las gracias, algo más tarde.

—Te contaré en otra ocasión todo lo que sé sobre esas figuras —le dijo—. Tengo planes especiales para ellas.

Ginebra tuvo que marcharse en compañía de Lucrezia, y no pudo preguntarle qué planes eran aquéllos.

—Quiero que estés a mi lado cuando llegue la familia. De ese modo estaré seguro de que conocerás a todo el mundo.

Lorenzo asistía a un banquete organizado en su honor por la Signoria, aquella misma noche, pero antes debía saludar a toda la familia.

Y todos parecieron llegar en el mismo momento. Ginebra perdió la esperanza de recordar todos los nombres y rostros que se le presentaron en apenas tres minutos. Las hermanas de Lorenzo, sus esposos y sus hijos mayores, un tío cuya existencia ella no conocía, sus primos más jóvenes, la familia ampliada que vivía en el palacio o que había vivido allí alguna vez, el nuevo sacerdote para la capilla del palacio y el astrólogo de los Medici, los antiguos tutores de Lorenzo y los directores del banco familiar, de las empresas de lana, de la empresa naviera…

Hasta que no estuvo en la cama, Ginebra no se dio cuenta de que la corpulenta mujer que la había abrazado y besado era Bianca de Pazzi, la hermana de Lorenzo. La última vez que había visto a Bianca fue en la reunión de la familia Pazzi celebrada antes de la procesión y del Scoppio. Pero todo aquello ya había desaparecido para siempre… Después de largo rato, Ginebra se quedó finalmente dormida, agotada de tanto llorar.

En las semanas que siguieron, Ginebra se convirtió en parte de la familia que vivía en el palacio. Lucrezia fue como la madre que ella siempre había anhelado tener. Clarice fue como una hermana mayor distante y nada interesada. Pero lo más importante fue que Lorenzo cumplió la promesa que le había dado, haciéndolo con tal energía y efectividad, que ella casi se sintió como arrebatada por un torbellino.

La llevó consigo en la gira que llevó a cabo por todas las granjas, villas y casas de campo de los Medici, y ella disfrutó del enorme placer de cabalgar por entre paisajes desconocidos, libre para poner a prueba la potencia del caballo en entusiasmadas galopadas por caminos desconocidos.

En las casas de campo recuperaba la fluidez con la que

comprendía y utilizaba el dialecto de los campesinos, y aprendía las canciones populares que, según aseguraba Lorenzo, eran la verdadera poesía del pueblo toscano. Ella conmocionaba a los campesinos y divertía a Lorenzo tratando de aprender a tocar las gaitas que se reservaban tradicionalmente para los rebaños de ovejas.

—Si cantaras producirías exactamente el mismo sonido horrible —le dijo Lorenzo.

Pasaron juntos un período alegre y despreocupado.

Ya de regreso en la ciudad, Lorenzo llevó a Ginebra al banco de los Medici y dio instrucciones en el sentido de que la firma de ella sería suficiente autorización para la entrega de cualquier cantidad de dinero que ella misma solicitara. Luego la condujo a la casa cercana de un notario.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le preguntó Ginebra.

—Vamos a firmar algunos documentos. Te voy a transferir La Vacchia a tu nombre. Es un lugar que conoces muy bien, y con una buena dirección te proporcionará unos buenos ingresos. Si quieres libertad, contadina, debes disponer de tu propio dinero. Toma del banco lo que quieras mientras lo necesites, pero dedícate también a incrementar tu patrimonio.

No hubo necesidad de que le dijera nada más. Ella no disponía del tejido de apoyo que proporcionan los lazos familiares. Toda su familia había muerto. Y los Medici no eran una verdadera familia, por mucho que ella tuviera la impresión de que el palacio era ahora su hogar. Si a Lorenzo le sucedía cualquier cosa… Se negó a pensar en ello, y pretendió que no había nada de insólito en los guardias armados que les acompañaban por las calles de la ciudad.

Firmó los documentos con una rúbrica ejecutada con rapidez.

—Ya está. Ése es mi nuevo nombre.

Los ojos del notario brillaron.

—Eso exigirá documentos adicionales. Magnífico —le dijo a Lorenzo—. Y, desde luego, los honorarios habituales por llevar a cabo un cambio de nombre.

Lorenzo sonrió y se encogió de hombros.

—Habla con la dama. Es ella la que dirige sus propios asuntos; te hará una transferencia desde su cuenta bancaria.

Al abandonar la casa del notario, Lorenzo se inclinó ante

Ginebra.

—Muy bien, Ginebra di Antonio della Vacchia, ¿quieres utilizar tu nuevo título en el taller de un viejo amigo? Quiero ir a ver a Andrea del Verrocchio.

—Me gustaría mucho, Lorenzo di Piero de Medici. De veras que me gustaría mucho. Sentí mucho que se interrumpieran mis lecciones de música y tuviera que dejar de ir allí.

El taller de Verrocchio era un pandemónium.

—¡Hola! —gritó Lorenzo—. Andrea, ¿qué sucede?

El rostro de Andrea se iluminó en cuanto vio a su visitante. Dejó caer la brazada de largos rollos de papel y se acercó presuroso hacia los recién llegados. Sus pasos se hicieron más lentos después de haber recorrido la mitad del camino.

—Me alegra veros y felicitaros por vuestro éxito, excelencia.

Lorenzo golpeó a Verrocchio en el pecho con el puño. No fue un golpe enojado, pero sí lo bastante fuerte como para hacer tambalear al artista. Atrapó luego a su vacilante amigo y sus brazos lo rodearon en un fuerte abrazo.

—Eso es lo que te merecías por tu fría bienvenida —dijo Lorenzo —. ¿Acaso crees que nuestra amistad ha terminado, estúpido?

La risa de Verrocchio era alegre.

—Te habría aplastado la nariz en prueba de mi afecto, pero el buen Señor estaba ahí delante de mí. ¿Cómo estás, Lorenzo? He echado de menos tu belleza durante los últimos meses. No he podido disponer de modelo para los duendes de mis pinturas —pasó un brazo sobre los hombros de Lorenzo y le llevó suavemente hacia la puerta—. Vamos. Salgamos del taller para alejarnos un poco de todo este ruido y poder hablar con tranquilidad. Haré que uno de los aprendices nos traiga una botella de vino… ¿Qué? ¿Quién es éste? —preguntó, deteniéndose ante Ginebra—. Toda Florencia habla de las hazañas de Tino. ¿Se trata de él? ¿De ella? ¿Es en efecto la misma Ginebra que solía mezclarme los colores cuando terminaba de atormentar a Da Vinci? ¿Tú bebes, pequeño héroe? Quiero escucharlo todo sobre el excelente truco que empleaste con Ferrante.

Lorenzo hizo pasar a Andrea y Ginebra por las amplias puertas.

—No puedes escuchar nada —gritó—, aunque ella te hable. En primer lugar debido al ruido del interior y en segundo lugar porque no dejas de hablar ni un momento. Utiliza tu voz para pedir que nos traigan ese vino, y luego guarda un rato de silencio.

Sus ojos mostraban una expresión divertida. Había echado mucho de menos el intercambio de insultos con Andrea.

Se sentaron en los peldaños de piedra que bajaban desde el extremo de la calle hasta el Arno, extrayendo agua para mezclarla con el vino y dedicándose a hablar. Los guardias de Lorenzo formaban una barrera humana en la parte superior de la escalera.

Ginebra apenas habló. Se contentó con escuchar la conversación de los dos hombres y percibir la felicidad en el tono de voz de Lorenzo. Observó la corriente, que bajaba llena y rápida con las lluvias de la primavera.

En otros grupos de escalones, y sobre plataformas de piedra que se introducían en el río, los hombres se dedicaban a lavar la lana. Madejas de lana se extendían desde sus manos, introduciéndose en el agua, arrastradas por el río. Las piezas que ya habían sido sometidas al proceso de tinte desprendían su exceso de color en forma de tiras de rojo, verde, marrón, azul, amarillo. Eran como cintas que se iban desvaneciendo a medida que se movían río abajo, configurando nuevos colores allí donde surgían, convertidas en burbujas entintadas cuando la corriente se arremolinaba y producía espuma.

Ginebra se sentía encantada, hipnotizada. Apenas escuchó las palabras de despedida de Verrocchio. Lorenzo la empujó para llamarle la atención.

—Adiós, maestro —se despidió ella—. Dile a Leonardo que le envío mis saludos.

—Se lo diré. Tienes que volver e interpretar para nosotros algo de música. No te hemos olvidado.

—Gracias, me gustará hacerlo —saludó con la mano hasta que Andrea desapareció por la esquina—. Me gusta —le dijo luego a Lorenzo—. Y me gustaría volver a su taller.

—Es un buen hombre —asintió Lorenzo—. Si perdiera su amistad, me sentiría empobrecido. Esta guerra con Nápoles y Roma

me ha costado mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. He perdido el contacto con tantas personas que significan tanto para mí. ¿Has visto a Andrea? Se ha mostrado formal y distante. No me había dado cuenta de todo el tiempo transcurrido en el que no veía más que a generales y políticos, hasta que Andrea me lo ha recordado. He echado mucho de menos la mejor parte de mi vida, y a mis mejores amigos.

»Aún disponemos de tiempo para ir a ver a Botticelli antes de mi siguiente conferencia. Apenas se quedó cinco minutos en la fiesta familiar. Vamos, contadina.

Lorenzo se levantó y entonces se tambaleó.

Por encima de él, los guardias avanzaron hacia ellos, pero él les hizo una seña, deteniéndolos. Extendió la mano para colocarla sobre el hombro de Ginebra, en busca de apoyo.

—¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño? —preguntó ésta, aterrorizada.

—No seas como un Tino. No es nada. La humedad del río me ha dejado un poco rígidas las piernas, eso es todo. Ayúdame a subir los escalones y pronto volveré a ser yo mismo.

Lorenzo habló con tranquilidad y sin el menor esfuerzo mientras caminaban.

—¿Has oído lo que ha dicho Andrea? El jaleo que hay en su taller se debe a que se traslada. Su gremio le ha garantizado el arrendamiento del taller situado detrás del Duomo que antes fue de Donatello. Está enfebrecido por la excitación y el orgullo. Estoy seguro de que cree que el polvo de las paredes hará que su trabajo sea tan grandioso como el del maestro. Fue aprendiz con Donato.

»Le he hecho jurar que me permitirá tener la primera escultura que haga allí. Quizá sea una fuente para Careggi. ¿Qué te parece a ti? El jardín que hay frente a la villa siempre está lleno de hierbas y parece un tanto abandonado. Es posible que le pida a Andrea que haga una nueva planificación, colocando su fuente en el centro.

Ginebra sugirió que la escultura fuera de un san Francisco.

—De ese modo, cuando los pájaros desciendan para beber, serán como una parte de la escultura.

Pero Lorenzo no parecía estar escuchándola, ya que seguía hablando, casi consigo mismo.

—… He perdido el contacto con la ciudad. Todo el mundo debe

saber que Andrea se traslada de lugar, a pesar de lo cual yo no me había enterado. Antes yo conocía todo lo que ocurría. Antes… de esto —y giró la cabeza de un lado a otro, mirando a los guardias—. Voy a tener que despedirlos. No puedo permitir que me separen de Florencia —luego volvió a concentrar su atención en Ginebra—. Y bien, contadina, ¿qué piensas de la fuente de Andrea?

Escuchó con atención, habló con entusiasmo sobre las variedades de aves que había visto en el jardín y sobre las que podrían sentirse atraídas y acudir si plantaba más arbustos con bayas. Volvió a ser él mismo, tal y como había dicho.

Pero las percepciones de Ginebra se hallaban agudizadas por el amor y se dio cuenta de que Lorenzo cojeaba muy ligeramente de la pierna izquierda.

Y ya no se volvió a hablar de ir a ver a Sandro Botticelli antes de regresar al palacio.

Ginebra habló con Lucrezia sobre el incidente ocurrido en la escalera junto al río.

—Por un momento, temí que se fuera a caer. Y luego caminó casi cojeando. ¿Crees que debería ver a un médico? Me siento preocupada.

El afable rostro de Lucrezia mostró una mueca. Parecía envejecido.

—No habrá médicos si es que yo puedo evitarlo —dijo—. Llevo ya algún tiempo esperando que suceda algo parecido, y rezando para que no suceda. Es la gota, Ginebra, la maldición de los Medici —se miró las manos y al darse cuenta de que las tenía entrelazadas y retorcidas, hizo un esfuerzo por relajarlas—. No le digas nada a Lorenzo ni a nadie. Voy a conseguir que vaya a tomar los baños. Eso le ayudará. Le diré que necesito ver cómo va la inversión que he hecho en Morba; eso, al menos, tiene la ventaja de ser verdad. ¿Quién sabe lo que puede haber ocurrido durante esta guerra tan absurda en la que no he podido ir personalmente por allí? Le pediré su consejo. Eso es algo que siempre les gusta a los hombres. Gracias, cariño, por habérmelo dicho… Aunque, claro, tú no me has dicho nada. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, desde luego, madonna. Recuerda que ya tengo mi

experiencia en conspiraciones y en aparentar ser una idiota.

35

Lucrezia y Lorenzo estuvieron fuera durante dos semanas. Un período de tiempo que a Ginebra le pareció mucho más largo.

Al principio, los minutos transcurrieron con mucha lentitud porque ella se encerró en su habitación revolcándose en la compasión por sí misma. ¿Por qué no se me ha pedido que vaya? —se preguntó casi gimiendo—. Madonna Lucrezia sabe lo mucho que habría significado para mí, aun cuando Lorenzo no se diera cuenta. Yo tenía derecho a ir. Fui yo quien se dio cuenta del dolor que él sentía. Se apoyó en mi hombro al sentir el dolor. «Yo debería estar con él».

La idea de que Lorenzo pudiera estar sufriendo la hizo sufrir a ella. Incluso tuvo la impresión de que la pierna se le ponía rígida, como si con ella pudiera aliviarle de su aflicción y soportarla en su lugar. Suspiraba por él, imaginándoselo a caballo, cazando, sacudiendo la pierna sobre el tortuoso camino, y se sintió angustiada al darse cuenta de que no podía hacer nada, y ante la idea del dolor que él sufría.

Poco a poco, la imagen de Lorenzo a caballo desapareció de su imaginación para ser sustituida por el recuerdo y le vio con la espalda erguida cabalgando delante de ella, como le había visto en tantas ocasiones. Observó la elevación y descenso de sus hombros al ajustarse al movimiento del caballo, la repentina inclinación cuando lo espoleaba para pasar del paso al galope, el intercambio de luces y sombras que caían sobre él al cabalgar bajo los árboles, por entre los olivos de las casas de campo que habían visitado…

Recordó luego las comidas en las que habían participado, alrededor de las mesas instaladas en las cocinas de las casas, y las canciones, y el rostro de Lorenzo calentado por el fuego de las

chimeneas y por el contento de la compañía.

Ginebra rememoró uno tras otro sus recuerdos, repasando su riqueza. Y su corazón voló a lo largo del camino que conducía a Morba, gritando: «No me dejes, necesito estar contigo».

Escuchó el grito en su mente y lo sintió como un jarro de agua muy fría que le hubieran arrojado a la cara.

«No debes decir eso —se dijo a sí misma—. Ni siquiera debes pensar en ello, o lo perderás. Ya lo viste en el barco cuando te preguntó qué querías y le contestaste que sólo querías estar con él. Se puso inmediatamente a la defensiva.

»¿Y por qué no iba a ponerse así? Esa clase de exigencia es parásita, agotadora, capaz de absorberle la vida a él para conservar la tuya».

Miró la habitación, recordando, y se dijo a sí misma que había logrado superar la debilidad de su cuerpo herido por medio de la disciplina y la determinación. Ahora, conquistaría del mismo modo el dominio sobre sus emociones.

Después de eso, el tiempo ya no transcurrió con lentitud. Estuvo tan ocupada que parecía como si el día no tuviera horas suficientes.

Le pidió a uno de los sirvientes que la acompañara mientras iba de compras. Las mujeres no salían a la calle sin ir acompañadas. Al menos, las mujeres de su clase. Fue primero al banco, luego al mercato, mezclándose con la gente dedicada a regatear ante los tenderetes en los que se vendía ropa usada, y luego fue escoltada de regreso al palacio con un montón de paquetes que el sirviente transportó con evidente embarazo. Después de eso, ya no necesitó disponer de escolta.

Se había comprado una *gamurra* de delgada lana, remendada en varios puntos, y una *cioppa* nada elegante. Aquélla era la clase de ropas que llevaban las mujeres trabajadoras, de las que no se esperaba que obedecieran las reglas de las damas educadas de los palacios.

También se había comprado un *lucco* de segunda mano, la vestidura propia de los hombres, que llegaba hasta los tobillos, y que era la preferida de Lorenzo. Era habitual que la llevaran los estudiantes, aunque las suyas no solían ser de materiales tan exquisitos como las de Lorenzo. Ginebra se puso la que había comprado. Era más de quinta que de segunda mano, decidió,

echándose a reír. Ahora podía ir adonde quisiera. Disponía de dos disfraces, y no de uno solo como le había sucedido en Nápoles. Desde luego, estaba progresando.

Abrió los otros paquetes, dejó a un lado el delantal y el pantalón gastado, y se puso el *cappuccio*, el sombrero propio de los estudiantes, y las botas usadas. Aún tenía el cabello corto, y no parecía mucho más largo que el de la mayoría de los hombres. Ginebra aplaudió con las manos, felicitándose por su propia astucia.

Ahora podía recorrer la ciudad, conocer sus calles y sus barrios, escuchar lo que dijera la gente, convertirse en los ojos y los oídos de Lorenzo, y ofrecerle como regalo aquello que él había perdido al verse obligado a rodearse de guardias.

Florencia la fascinó. Había visto tan poco de la ciudad mientras fue una niña en crecimiento; ahora se sintió sorprendida por el tamaño y la diversidad de la urbe, excitada por la vida que bullía en sus calles, extrañada y furiosa por las murmuraciones que escuchaba por todas partes.

Al referirse a ella misma, la gente decía que era escandalosa. Y valiente…, idiota, patética, ridícula, brillante, simple, romántica, descarada, trágica y monstruosa. Ante su propia sorpresa, supo que casi todo el mundo estaba enterado de que había estado a punto de morir a causa de sus heridas, y de que la versión oficial de su accidente era una mentira. Las especulaciones que se hacían sobre lo ocurrido en realidad a menudo se acercaban bastante a la verdad. Todo el mundo parecía mostrarse de acuerdo en afirmar que había sufrido tanto que había terminado por enloquecer un poco. Eso explicaba su marcha repentina a Nápoles y el éxito alcanzado allí aparentando ser una estúpida. También explicaba casi cualquier aberración de su comportamiento actual.

Ginebra se sintió encantada al enterarse de esto último.

Lo que escuchó decir sobre Lorenzo le hizo sentir la necesidad de montar una plataforma y darles a los florentinos toda una conferencia sobre la ingratitud. Todos ellos se quejaban diciendo que no había presionado lo suficiente al rey Ferrante, que el tratado de paz era demasiado oneroso para Florencia. Decían que Nápoles debería haber pagado por obtener la paz. En lugar de eso, ahora

resultaba que los impuestos eran más altos, porque se tenía que pagar a los ejércitos y había que pagar una indemnización anual a Alfonso, el hijo de Ferrante, que seguía conservando Siena, a sólo sesenta kilómetros al sur. Lorenzo también debería haber hecho que el papa doblara la rodilla. No les parecía suficiente el hecho de que Sixto hubiera reconocido la paz y hubiera retirado su ejército. Las ciudades capturadas no habían sido devueltas a la república. Y Sixto tampoco había levantado la excomunión que había proclamado. En conjunto, la gente creía que Lorenzo no había hecho las cosas tan bien como hubiera debido.

Al mismo tiempo, la gente también decía que había actuado mucho mejor de lo que hubiera podido hacer cualquier otro líder. Lo consideraban como el hombre más valiente de toda Italia. Y había logrado la paz para la república, reabierto las rutas comerciales, librando las cosechas y las casas de campo de la destrucción de la guerra, renovando la prosperidad para todos. Era el Magnífico, y era de ellos. Sólo Florencia era lo bastante grande como para merecerse un dirigente como él.

Ginebra se pasó la mayor parte de los días conociendo Florencia, pero no todos. Fue en varias ocasiones a La Vacchia.

La primera vez que lo hizo necesitó emplear toda la autodisciplina que pudo reunir para entrar en los terrenos de la villa. En el camino que conducía desde la puerta de entrada hasta la parte superior de la colina donde se hallaba la casa, estuvo a punto de dar media vuelta en tres ocasiones. Obligó a su mente a concentrarse en el estado de los olivos que se elevaban a ambos lados del camino. Necesitaban una buena poda; tendría palabras duras para el capataz que había contratado Lorenzo.

El hombre salió de la casa al escuchar su llamada a la puerta. Ginebra apartó la mirada de las sombras del vestíbulo de entrada, más allá de la puerta abierta y atacó al capataz con tal ardor por sus errores, que éste se alejó de inmediato para mejorar los cuidados que dedicaba a la propiedad.

Luego entró en la casa para enfrentarse a sus recuerdos y exorcizar a sus fantasmas.

Después de esta primera visita, cada una de las siguientes le

resultaron más sencillas. Empezó a recordar los buenos tiempos, a captar de nuevo el placer que le producía estar en el jardín, a contemplar las maravillosas placas hechas por los Della Robbia, a rechazar la conclusión de su vida en La Vacchia, manchada de sangre. Su vida ya no pertenecía a aquel lugar, sino que estaba con Lorenzo. La Vacchia volvería a ser un lugar hermoso y productivo, ella se ocuparía de conseguirlo, pero ya nunca volvería a ser su verdadero hogar.

Su hogar y su familia se encontraban ahora en el palacio de los Medici.

Por las tardes, Ginebra se dedicaba a conocer a los niños. Lorenzo la había convertido en una especie de heroína ante sus ojos, y ellos gritaban por el placer que experimentaban cada vez que ella aparecía.

Agnolo Poliziano puso mal gesto.

—Soy el tutor de Piero y de Giovanni —dijo entre unos labios delgados y un gesto de desaprobación—, y no puedo permitir que se interrumpan sus horas de estudio.

Ginebra se sintió confusa. Sabía que Agnolo era íntimo amigo de Lorenzo. Durante el viaje a Nápoles, él le había hablado con tanta frecuencia y en tono tan elogioso de Poliziano, que a ella ya le había gustado incluso antes de conocerlo. Había leído sus poesías, que encontró en la biblioteca del palacio, y deseaba decirle lo mucho que las admiraba. Esperaba que fueran buenos amigos.

Pero Agnolo se comportó con frialdad y rudeza.

Ginebra no tardó en hallar la explicación. «Está celoso porque Lorenzo está más cerca de mí que de él. Qué infantil y qué tonto por su parte. Si a uno le importa realmente alguien, lo único que desea es que sea feliz. Y uno ama a las personas que lo hacen feliz, y no se las odia porque eso sea así. Me alegro mucho de no ser tan mezquina y egoísta como Agnolo», pensó con presunción.

Su hinchada vanidad estaba madura para reventar, lo que se produjo apenas unos días después del regreso de Lorenzo.

—¡Qué buen aspecto tienes! Bienvenido a casa.

—Gracias, contadina. Me siento rejuvenecido. Los baños de mamina son todo lo que ella había prometido, incluyendo los gastos

exorbitantes. Es la mejor negocianta de toda la familia… Y ahora, querida Ginebra, y hablando del aspecto, ¿qué son esos feos andrajos que llevas?

Ginebra se quitó el sombrero y lo dobló en un arco al tiempo que se inclinaba en un ostentoso saludo.

—Un humilde estudiante a vuestro servicio. Magnífico. Oh, Lorenzo, me lo he pasado tan bien. Por fin me siento como una verdadera florentina. Permíteme que te cuente todo lo que he oído decir…

Lorenzo se sintió extrañado, luego divertido y finalmente interesado.

—Espera, Ginebra, quiero que mamina escuche todo esto. Precisamente lo que nos falta es información para que pueda ayudarme en mis planes.

De ese modo, Ginebra se convirtió en el tercer miembro del círculo interno de los Medici.

Lucrezia tuvo que contener su desaprobación ante las andanzas de Ginebra; la información que les proporcionaba era demasiado valiosa, y el placer experimentado por la muchacha demasiado importante. Desde el punto de vista de Lucrezia, Ginebra necesitaba construirse una vida propia, aparte de Lorenzo. Sin embargo, no tenía por qué vestirse como una pordiosera para que fuera así.

—Lleva el *lucco* si te parece, pero encarga uno decente.

36

—Éste es mi amigo estudiante, Tino —dijo Lorenzo cuando llevó a Ginebra al taller de Sandro Botticelli.

Sandro y su aprendiz Filippino hicieron grandes elogios cuando Lorenzo les explicó el disfraz de Ginebra.

—Imagínatelo. Puede ir a cualquier parte en Florencia, algo que una mujer no ha hecho nunca. Casi tengo la esperanza de que uno de estos días sea elegida prior de la Signoria.

Los elogios de Sandro hicieron que Ginebra se ruborizara de placer. Lo mismo le sucedió con los elogios algo más contenidos que le dedicó el joven pintor Ghirlandaio, a quien Lorenzo visitó a continuación.

Pero lo mejor de todo se produjo cuando Lorenzo sugirió que pusieran a prueba su disfraz pasando por una taberna. Ella aceptó en seguida e insistió para que realmente lo hicieran.

Más tarde, Ginebra dijo que la *Sandracca* estaba tan en penumbras que habría podido entrar desnuda y nadie se habría dado cuenta de que era una mujer.

—No debería haberte permitido entrar —dijo Lorenzo—. Tu mente ha quedado bastante contaminada por Gigi.

Luigi Pulci se encontraba en la *Sandracca* y pasó el rato con ellos, mostrándose, como siempre, extraordinariamente ingenioso. Y, también como siempre, su sentido del humor resultó ser bastante obsceno. Lorenzo no pudo hacer nada para proteger la sensibilidad femenina de Ginebra sin poner al descubierto la mascarada. A ella le pareció que la incomodidad de Lorenzo era mucho más divertida que los poemas de Gigi.

—No seas tan remilgado —le dijo luego a Lorenzo—. En las calles escucho historias mucho más picantes, aunque no tan

divertidas.

En realidad, las fanfarronadas que expresaban los hombres sobre sus conquistas y su virilidad la horrorizaron al principio, haciéndole recordar a los soldados de la Vacchia. Pero más tarde también oyó hablar a las mujeres, y con la misma lujuria, de modo que llegó a la conclusión que era mucho mejor mantener en privado su propia revulsión; las demás personas eran diferentes.

—Ginebra, eres para mí una sorpresa perpetua y un verdadero tesoro —ella retuvo aquellas palabras en su mente como si de un regalo de perlas se tratara—, pero ahora nada de bromas. Vamos a ver a un escultor de edad avanzada, que se sentiría insultado si supiera que es engañado. Así pues, ante él serás Ginebra la excéntrica, no Tino el disfrazado.

—Sabré comportarme. ¿De quién se trata?

—Se llama Bertoldo. Trabajó con Donatello y jamás le abandonó. Es un hombre humilde. Hubo un momento en que dijo que aportaría más al arte puliendo los bronces de Donatello que con cualquier otra cosa que pudiera hacer por sí mismo. Yo heredé su colaboración de mi abuelo. Cosimo fue el jefe de Donato, y yo me hice cargo del ayudante de éste. El viejo Bertoldo aprendió de su maestro el desprecio por el dinero, de modo que a mí no me facilita las cosas. No puedo limitarme a darle lo que necesita, sino que también tengo que encontrarle trabajo que hacer. Creo que la respuesta adecuada sería el pesebre que vimos en Nápoles. Si fuera capaz de copiar las pequeñas figuras que te regalé a tamaño natural, eso le mantendría ocupado durante varios años.

Pero Bertoldo dijo que no. Se sintió insultado.

—¿Copiar unas obras napolitanas? ¿Yo, que trabajé con el gran Donatello? Vete de aquí, muchacho, y encárgaselo a un juguetero. No quiero tu dinero. Me las arreglo bastante bien con mis estudiantes. En este mundo todavía quedan algunos que sienten respeto por los niveles del verdadero arte. Ésos son los que acuden a mí para aprender.

Lorenzo se marchó del taller lo mejor que pudo. Una vez que hubo dejado las lastimosas quejas del anciano, se detuvo y se echó a reír.

—¿Has oído cómo me ha llamado «muchacho»? He tenido suerte de que no me haya hecho correr a bastonazos. Debe de aterrorizar a

esos estudiantes, si es que existen en realidad.

—¿Qué harás entonces… muchacho?

—Como no me muestres el respeto adecuado te aseguro que te meto la cabeza en esa fuente, con sombrero y todo. En cuanto a Bertoldo, ya se me ocurrirá algo.

—Quizá Andrea tenga alguna idea. Vayamos a visitar el nuevo taller.

La ruidosa jovialidad de Verrocchio fue el antídoto perfecto para el malhumor del viejo escultor.

—Vamos, hombre —casi rugió—, estaba pensando ahora mismo en el carnaval. No disponemos de mucho tiempo para encontrar un tema. ¿Qué te parece si hacemos una representación de Palas y el centauro para la carroza? Podemos sacarle el mejor partido posible a la abotargada cara de Ferrante.

—Y que mi amigo sea Palas, si es que ella decide volver a llevar un vestido alguna vez —dijo Lorenzo rodeando con un brazo la cintura de Ginebra.

—¿Qué es esto? —preguntó Andrea inclinándose para mirar por debajo del sombrero—. Pero si no es un estudiante. Parece tener un aspecto demasiado inteligente. No me engañaría ni por un momento.

—A Gigi le ha engañado.

—Seguro que mientes. ¿A Gigi? Cuéntamelo todo. ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Dónde? ¿Qué dijo?

Verrocchio dio unas pataditas en el suelo, lleno de alegría. Ginebra estaba segura de no haber sido tan feliz en toda su vida. Era aceptada, gustaba a los demás, formaba parte del grupo de Lorenzo, y de entre todos ellos era la que más cerca estaba de él.

Aquella noche se unió a los hombres que compartieron la mesa de Lorenzo, en lugar de cenar con Lucrezia y Clarice. Lorenzo la sentó a su derecha.

Agnolo Poliziano apenas dijo una palabra en toda la velada. Pero Ginebra tampoco le prestó gran atención.

A la mañana siguiente sí tuvo que prestar atención.

—Conocerás a las personas más importantes de mi vida —dijo Lorenzo tras invitarla a que le acompañara a Fiesole.

Se dirigieron a una casa pequeña, no mayor que la más pequeña casa de campo de La Vacchia. Ginebra se preguntó si Lorenzo bromeaba. Pero en el rostro de él había una gran avidez causada por la expectativa.

Tres hombres salieron por la puerta al escuchar los caballos. Uno de ellos llevaba las vestiduras de un obispo. Lorenzo saltó del caballo y corrió hacia él, arrodillándose. El obispo trazó la señal de la cruz sobre su cabeza.

—Mis bendiciones, Lorenzo —dijo—, y bienvenido.

Su sonrisa era radiante. «¡Qué elegante es! —pensó Ginebra—, y qué joven resulta su rostro por debajo del cabello blanco. Y a pesar de todo, hay algo que no es en absoluto joven. Su mirada parece demasiado sabia. Podría tener cien años de edad. ¿Quién será?».

Se trataba de Gentile de Becchi, según supo Ginebra poco después. Había sido el maestro de Lorenzo y ahora era obispo de Arezzo. Los otros hombres eran Cristoforo Landino, un maestro posterior, y Marsilio Ficino, el propietario de la casa.

Todos ellos abrazaron a Lorenzo y le dieron la bienvenida a Ginebra con cálidos saludos.

—Hay vino —dijo Ficino.

Hizo entrar a todo el mundo en la casa y luego salir a 349la terraza desde la que se dominaba el Arno, que era como una cinta plateada, y Florencia al fondo. Agnolo Poliziano estaba esperando allí.

—*Ave* —dijo.

Aquellos hombres formaban la Academia Platónica, y el latín era la lengua en la que se expresaban habitualmente.

—Debería ser en griego —explicó Lorenzo—, sólo que yo no lo sé. Por una actitud de generosidad hacia mí, todos aparentan preferir el latín. Tendrás que ser tan amable como todos ellos, Ginebra, aunque estoy seguro de que preferirías utilizar el griego, como probablemente hacen todos ellos cuando yo no estoy presente.

Ginebra se quedó con la boca abierta y ella lo sabía. Tragó saliva, buscó en su mente alguna graciosa frase en latín que decir en respuesta a las palabras de Lorenzo, pronunciadas también en latín. Sólo encontró unos confusos fragmentos de poesía, conjugaciones, formas de verbos irregulares, declinaciones. El pánico parecía haber

borrado de su memoria casi todo lo que sabía.

A medida que transcurrió el tiempo recuperó su vocabulario y las lecciones que había aprendido. Fue capaz de comprender prácticamente cada una de las palabras que dijeron los filósofos. Pero el significado de aquellas palabras le resultaba desesperadamente elusivo.

No discutían sobre Platón y Aristóteles de la misma forma que solían hacer su abuelo y su maestro. Antonio y Mateo hablaban acerca de las obras como temas académicos; estos hombres, en cambio, hablaban sobre ellas como componentes de sus vidas diarias. El bien ideal y el ideal de belleza de Platón se aplicaban al arte y al gobierno, a la naturaleza y al hombre.

Discutieron, rieron, se estimularon y criticaron. Todos ellos se mostraron elocuentes, eruditos y creativos. Pero Poliziano fue el más brillante de todos. Hablaba latín con mayor facilidad de lo que se expresaba en italiano, y se sentía como en su propia casa en el mundo de la intelectualidad, como no le sucedía en ninguna otra situación.

Sus otros compañeros mayores le escuchaban llenos de atención y admiración. Ginebra también le escuchó con atención, no sin cierta vergüenza por haberse considerado en algún momento como superior a él.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Lorenzo durante el trayecto de regreso a caballo a la ciudad—. Has estado muy tranquila.

—Soy muy ignorante —contestó ella—. Pero he disfrutado mucho. Se me había olvidado lo excitante que es estudiar y aprender. Voy a intentar encontrar un rincón en la biblioteca en cuanto lleguemos al palacio —se instaló mejor el gorro sobre la cabeza y añadió—: Qué sensata he sido al comprarme ropas de estudiantes. Ahora tendré incluso más razones para llevarlas.

37

Gigi Pulci lanzó una enorme risotada al escuchar el engaño de que había sido objeto por parte de Ginebra y Lorenzo. Anunció a todos los que pudieron escucharle que «por las heridas de Cristo, un hombre debería enamorarse de una mujer por eso». Después, se dirigió hacia el palacio de los Medici con una brazada de flores primaverales con las que elogiar a Ginebra.

Ante la sorpresa de todo el mundo, y especialmente del propio Gigi, fue él quien se enamoró de ella.

De un modo característico, se tomó a broma sus propias emociones, jurando que había sucumbido a la perversidad.

—Ésa es la idea que se tiene de una mujer que lleva ropas de hombre —declaró—. Todo el mundo sabe que se pueden bajar los pantalones a un estudiante y encontrar un trasero brillantemente rosado, pero la idea de unos pechos y del vientre redondo y suave de una mujer… hace que me sienta bañado de un sudor febril.

Le dedicó un poema, aunque no fue ni un soneto ni una lira amorosa. Siendo Pulci, escribió una parodia épica, brillante e ingeniosa, de una epopeya, repleta de romances caballerescos, puyas y bromas desenfrenadas y pasajes líricos de gran belleza.

—El título es *Morgante* —dijo al presentarle a Ginebra el grueso fajo del manuscrito—. No quiero que te engañes sobre quién es realmente el héroe. La historia es, claro está, autobiográfica.

Morgante era un gigante, tan inmenso que arrancaba abetos de sus raíces para utilizarlos como mondadientes. Era la misma encarnación de la maldad, interviniendo constantemente en las batallas de los hijos heroicos de la familia Chiaramonte, Orlando y Rinaldo, para conquistar la maldad en el mundo.

Ginebra intentó leerlo en voz alta al grupo sentado alrededor de

la mesa, durante la cena, pero no tardó en echarse a reír tanto, que tuvo que pasarle las hojas a Gigi para que fuera él quien las leyera.

Morgante se convirtió en el entretenimiento favorito de quienes participaban en las cenas. Cada noche, alguien ofrecía un nuevo incidente para la epopeya, o bien le pedía a Gigi que añadiera uno.

Pulci nunca les falló. Y siempre ofrecía como prefacio una floreada dedicatoria a «Tino, mi musa y mi enloquecedor deseo».

Según declaró tristemente, sólo abrigaba una única ambición. Anhelaba que se le permitiera convertirse en el perro de compañía de Ginebra.

—Pégame una patada, mi inalcanzable amada —gimoteaba—, para que pueda lamer el adorado pie con el que me rompes las costillas.

Llevaba una cinta atada al cuello y a menudo la seguía por la estancia, avanzando a cuatro patas.

Lorenzo y sus amigos aplaudían las extravagancias de Gigi y su poesía. Sólo una persona sabía cuánta pasión real se ocultaba tras ellas. La inverosímil confidente de Gigi era Lucrezia de Medici.

—Durante muchos años, me urgiste para que abandonara mi vida estúpidamente despilfarrada, madonna Lucrezia. Me advertías que llegaría el día en que lamentaría todos estos años perdidos y anhelaría alcanzar la respetabilidad. Ahora ha llegado ese momento.

»Amo la valentía y el brillante espíritu de Ginebra. Si yo fuera un pretendiente adecuado, la cortejaría con toda la poesía que fuera capaz de producir. Lavaría todo lo que ha sufrido con oleadas de devoción, y me pasaría el resto de la vida haciéndola feliz.

»Pero no tengo nada que ofrecerle, excepto risas. Sólo soy Luigi Pulci, bufón, poeta de taberna y juglar de corte del palacio de los Medici.

Lucrezia sonrió y sacudió la cabeza.

—Más hipérboles, Gigi. Tú has hecho mucho más que un viaje diplomático de éxito para Lorenzo. Y que negociar con habilidad. Hay muchas personas que te respetan y te aman, incluyéndome a mí.

—Me haces un honor, madonna —dijo Pulci besándole la mano —. Pero sabes que lo que digo es cierto. No soy caballero adecuado para entablar una justa en la que conseguir los favores de Ginebra.

No tengo fortuna, ni profesión, ni nada que ofrecerle. Y además, ella ama a Lorenzo. Yo no soy magnífico.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Lucrezia quizá con excesiva rapidez.

—Tú misma te acabas de delatar, madonna —replicó Gigi echándose a reír—. Pero no importa, porque ya lo sabía. El amor agudiza la vista de un hombre. Cuando ella cree que nadie se da cuenta, le mira de tal modo… Supongo que es la misma forma que tengo yo de mirarla a ella cuando nadie me observa. Es una situación tan antigua como el tiempo, y ésa es la materia de la que se hacen las farsas. ¿Por qué, entonces, llora el humorista Pulci cuando debería estar riendo?

Se sentó a los pies de Lucrezia y apoyó la cabeza sobre su rodilla. Ella le acarició el cabello despeinado.

—Lloro contigo, poeta —dijo ella con suavidad—. Contigo y por ti. Y también por Ginebra.

La pena experimentada por Lucrezia le habría parecido incomprensible a Ginebra. A ella sólo le apenaba tener que perder algunas horas para dormir. La vida era demasiado maravillosa como para despilfarrar un solo minuto.

Estaba segura de que las atenciones de Gigi sólo eran una broma, pero le resultaba muy emocionante sentirse admirada. Eso la hacía sentirse diferente, más femenina, aun cuando habitualmente vestía como un hombre.

Creía que Lorenzo también la admiraba por eso, gracias a la admiración de su amigo, o la que le aseguraba profesarle, eso no importaba. Todo lo que importaba era que cada día se veía lleno de cosas excitantes que hacer y ver. Y cada noche participaba en el grupo de comensales sentados a la mesa de Lorenzo.

Lorenzo estaba muy ocupado la mayoría de los días. No había guerra, pero la amenaza seguía existiendo. El hijo de Ferrante continuaba en Siena, acompañado por su ejército. Y Girolamo Riario, el sobrino del papa, se dedicaba a aumentar sus tropas en el norte, preparándose para atacar Ferrara, según el decir del pueblo.

Riario también apoyó otro complot de asesinato contra Lorenzo. Los conspiradores no llevaron ningún cuidado y sus planes fueron

descubiertos, y ellos capturados y ejecutados, pero con ello Lorenzo se vio obligado a abandonar todos sus planes de renunciar a sus guardias.

Los informes de Ginebra sobre lo que escuchaba en las calles se hicieron más valiosos que nunca. Buena parte de las conversaciones se referían a Sixto. ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Por qué se había negado a levantar el interdicto? ¿Era cierto que el rey de Nápoles iba a renovar su alianza con Roma?

El pueblo de Florencia se sentía ansioso. Hubo rumores de que habían nacido terneras con dos cabezas y durante dos noches consecutivas se produjeron lluvias de estrellas fugaces. Se vio a una hechicera en las calles, cerca de Santa Croce, quitándose un ojo de su cuenca y sosteniéndolo en la mano al tiempo que pronunciaba predicciones de perdición. Once nuevos astrólogos se instalaron en el mercato y la gente se arremolinó ruidosamente a su alrededor, tratando de acercarse para conocer su futuro.

—El carnaval debería ser este año mejor que nunca —dijo Lucrezia—. Eso permitirá renovar su fe en la república.

—Para mí será el mejor —dijo Ginebra—, porque será el primero al que asista.

Se sentía como una niña excitada. Rondó por el taller secreto donde se estaba construyendo la carroza de Lorenzo, y se dedicó a trabajar en cualquier pequeña tarea que Verrocchio quisiera asignarle.

También asistía a lecciones de música que tomaba de su aprendiz Leonardo y en las que practicaba las canciones tradicionales del carnaval, e intentaba componer una canción propia.

Además, hacía visitas a La Vacchia para vigilar el progreso de las cosechas y recordar sus deberes al capataz.

Y cada vez que disponía de un momento libre se dedicaba a estudiar a Platón, o los comentarios de sus obras. A menos que estuviera jugando con Giulio y con los otros jóvenes Medici. Procuraba mantenerse fuera del camino de Poliziano.

El carnaval sobrepasó todas las expectativas de Ginebra. Ella lo vio todo, aplaudió en todos los espectáculos, comió todo lo que le

ofrecieron los vendedores callejeros, bailó y apenas durmió.

Según le dijo a Lorenzo, lo mejor de todo fue cuando salió con Gigi y un grupo de sus amigos para desfilar detrás de la carroza. Todos ellos iban ataviados de carnaval, como era tradicional, con máscaras y ropas de mujer. Para ella fue como un disfraz doble: una mujer que pretendía ser un hombre disfrazado de mujer. Y eso hizo que fuera doblemente excitante.

No le habló a Lorenzo del brazo de Gigi rodeándole la cintura para evitar que la multitud la arrastrara lejos. Ni de las cosas que el poeta le susurró al oído.

—Lo único que no me gustó fue que los Strozi ganaran el Palio. Ojalá hubiera montado yo. En tal caso habríamos ganado.

Después del carnaval, Florencia aminoró el ritmo para adaptarse al verano. Clarice y los niños se trasladaron a la villa situada sobre la colina en Fiesole. Lucrezia se dirigió a Careggi.

—Quiero estar una temporada tranquila y a solas —dijo.

Ginebra prefirió quedarse en la ciudad, con Lorenzo. Según explicó, por nada del mundo faltaría a las cenas y a la continuación de las aventuras de *Morgante*, que se perdería de otro modo. Lorenzo se echó a reír cuando se lo dijo así.

—Gigi se las arreglaría para irse allí donde tú pudieras estar —comentó.

«Pero tú no lo harías», pensó Ginebra.

Se había imaginado ensoñaciones acerca de los meses de verano, escenas idílicas de ellos dos juntos, a solas, tal y como se habían encontrado a menudo en el barco, durante el viaje a Nápoles.

La realidad se impuso.

Ayudó a Lorenzo a poner en práctica su último plan para encontrarle trabajo al viejo escultor Bertoldo. Escudriñaron mapas y registros de extrañas propiedades de los Medici, y se dedicaron a visitar todas aquellas que les parecieron apropiadas, hasta que eligieron un jardín en desuso cerca del monasterio de San Marco.

—Mi abuelo reconstruyó San Marco —le dijo Lorenzo—. De todo lo que hizo por la ciudad, ésta fue su iglesia favorita, incluso

más que ampliar la iglesia familiar de San Lorenzo.

»Hizo construir una biblioteca en el centro de las celdas de los monjes; yo aún contribuyo a aumentar la colección de obras religiosas con que él la dotó. Disponía de una celda que tenía reservada para su uso exclusivo. La utilizaba para retirarse a estudiar y meditar, para apartarse del mundo. Su celda se mantiene preparada para mí, pero nunca he podido retirarme a un ambiente apacible. Yo necesito estar en actividad. Quizá cuando sea más viejo sepa qué es eso.

»Este jardín será la adición de Lorenzo a la contribución de Cosimo. Los monjes ya no cultivan verduras, de modo que ahora lo utilizaré para cultivar artistas. Me ocuparé de que Bertoldo tenga los estudiantes que desea. Si es que no me envía a tomar viento fresco cuando se lo sugiera.

El viejo escultor aceptó la idea con placer, aunque no por ello dejó de gruñir, dando a entender que era un gran favor el que el mantenedor de la tradición de Donatello condescendiera en enseñar en el jardín de un Medici.

Lorenzo se mostró elocuente y agradecido. A continuación, puso a trabajar a los hombres para limpiar el jardín, construir un cobertizo para el anciano, y trasladar algunas de las antiguas estatuas romanas y griegas del palacio a los terrenos recién preparados.

—El propio Donatello estudió estas esculturas para buscar en ellas su inspiración, de modo que supongo que Bertoldo les permitirá ocupar un buen espacio.

Al mismo tiempo que empezaba a convencer al escultor para que aceptara su ayuda, Lorenzo decidió abordar a un artista mucho más irascible.

Se trataba de Antonio Squarcialupi, el organista del Duomo. Antonio era famoso en toda Europa como músico y compositor. También era legendario por su temperamento irascible y su mordaz invectiva.

—Dicen de mí que soy buen diplomático —comentó Lorenzo, burlándose de sí mismo—. Lo que me propongo hacer ahora será una prueba mucho mayor que el episodio de Nápoles. Quiero convencer a Squarcialupi para que se convierta en profesor.

Ginebra sintió un nudo en la garganta. Cuando Lorenzo se

entusiasmaba por una nueva idea, parecía casi como si tuviera luz propia. Se le iluminaban los ojos, sonreía con mayor frecuencia y su piel relucía, llena de color. Caminaba de un lado a otro al mismo tiempo que hablaba, con las palabras barbotando de su boca cada vez con mayor rapidez, con sus largos y gráciles dedos dibujando en el aire lo que veía en su mente.

—La música es arte, quizá el arte más perfecto de los dos —dijo —, porque sólo ella es capaz de capturar la verdadera armonía, el más perfecto equilibrio. ¿Por qué no convertir la música en otra herramienta del artista que expresa la vida con su pincel o su cincel? ¿Acaso el hombre capaz de crear la belleza en pintura, en bronce o en mármol no posee un don mucho mayor que los hombres ordinarios para el arte que es la música?

»Mira por ejemplo a tu Da Vinci. Se dedica a pintar cajones en el taller de Verrocchio, y arcas, y supongo que también cuadros. Quizá esos talentos sean la razón de que sus dotes para la música sean casi las de un genio.

»Quiero que Squarcialupi dirija una escuela de armonía. Los estudiantes serán pintores y escultores. Podemos organizar recitales aquí, en el jardín, donde los muros proporcionarán la necesaria resonancia. O en las plazas de la ciudad, donde todos podrán escuchar e introducir el don de la armonía en sus vidas… ¿Qué te parece, contadina? ¿No crees que será espléndido?

—Espléndido —admitió Ginebra. «Lo que verdaderamente creo es que te amo tanto que apenas puedo respirar», pensó para sus adentros.

Un nervioso ayudante le informó que Squarcialupi estaba componiendo y que no podía ser molestado por nadie, ni siquiera por el Magnífico.

—Mi reputación como diplomático se halla a salvo por el momento —dijo Lorenzo—. Vayamos a hablar con el cuidador de los leones. Tengo guardadas para Squarcialupi una serie de frases respetuosas en la cabeza, y no me gustaría desperdiciarlas.

El león era el símbolo del valor y el poder y, por lo tanto, el símbolo de Florencia. La ciudad mantenía una casa de fieras detrás del Palazzo della Signoria en la que vivían una docena de leones en

cuevas hermosamente diseñadas y rodeadas por un profundo foso, para que pudieran hacer ejercicio. También había otros animales, como tres osos y un elefante, pero se trataba de simples curiosidades. Los leones eran contemplados con reverencia.

Era un crimen tocar a uno de ellos. La pena impuesta consistía en la pérdida de la mano que hubiera tocado al animal. Si un hombre le hacía daño a un león, la pena impuesta era la muerte.

Todos consideraban a estos animales como presagios. La enfermedad o la muerte de uno de ellos significaba la próxima aparición de una catástrofe; el nacimiento, sobre todo de una amplia camada, era una garantía de prosperidad para la ciudad.

El hombre que alimentaba y cuidaba a los leones era venerado por todos, y tratado con la misma reverencia con la que en otros tiempos se trataba a los sumos sacerdotes de las religiones antiguas y paganas. Era un hombre enorme y fornido con brazos y manos cubiertas de espeso vello, y una exuberante barba leonada, la única de aquellas características existente en toda la república. No se le conocía nombre alguno y se le llamaba siempre «el cuidador de los leones».

Lorenzo y Ginebra se apoyaron sobre la verja de hierro que rodeaba el foso y observaron a los leones, que dormían a la sombra de los toldos que se extendían sobre los rincones del foso durante los meses de verano. En su fuero interno, Ginebra se sentía mucho más interesada por el elefante, pero sabía que era mucho mejor no expresar en voz alta tales sentimientos.

El cuidador de los leones salió de las sombras de su casa y se les acercó.

—Enhorabuena, cuidador de los leones —le dijo Lorenzo—. Tus animales se ven extraordinariamente bien hoy.

El hombre le hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cómo está la pata del pequeño? —le preguntó Ginebra.

El cuidador de los leones se apoyó en la verja, junto a ellos y describió con todo detalle la nueva cataplasma que estaba utilizando: qué hierbas, cuánto había que picar algunas, cuánto había que hervir otras, en qué proporción se mezclaban, de qué tamaño se hacía la cataplasma, con qué frecuencia las aplicaba, durante cuánto tiempo la dejaba…

—Está extrayéndole el veneno —concluyó con expresión de

felicidad—. Esta mañana ha utilizado la pata para desgarrar la carne.

Lorenzo añadió sus felicitaciones a las de Ginebra.

—Y dicen de mí que soy un diplomático —comentó cuando se alejaron del foso—. ¿Cómo te las has arreglado para establecer una amistad tan buena con el cuidador de los leones?

—En realidad, no lo sé. A menudo paso por aquí y hablo un rato con el elefante. Un buen día, el cuidador de los leones empezó a hablar conmigo.

La capacidad diplomática de Lorenzo se vio puesta a prueba hasta sus límites cuando Squarcialupi terminó por fin su composición. El resultado fue un gran éxito. La escuela de armonía se inició en septiembre.

Pero antes de que eso se produjera, la reputación de Lorenzo como maestro de la diplomacia alcanzó tal nivel que hizo que su título de Magnífico fuera conocido en toda Europa.

Las primeras noticias que llegaron a Florencia eran ominosas: Alfonso, duque de Calabria, estaba movilizando el ejército que había hecho acampar alrededor de Siena. Los soldados se preparaban para emprender la marcha, y se disponían los cañones para ser arrastrados.

Los espías de Lorenzo vigilaban día y noche las columnas del ejército; los correos cabalgaban, ocupando relevos de caballos, para informar del avance.

Finalmente, se hizo evidente que Alfonso no se disponía a atacar la república, sino que regresaba a Nápoles.

El mismo día llegó al palacio de los Medici un mensajero con un despacho procedente de Pisa. Se había producido un desastre que afectaba a toda Italia. Los turcos habían enviado su armada y capturado Otranto, ciudad situada al sudeste de Italia, asesinando a más de las dos terceras partes de su población. Un ejército turco de siete mil hombres se posicionó firmemente en el tacón de la bota

italiana.

Se necesitaba el ejército de Alfonso para que protegiera a Nápoles. Si los turcos abrían las hostilidades, toda Italia estaría amenazada.

El papa envió mensajes a todos los Estados, urgiendo a olvidar todas las disputas internas y a organizar todas las fuerzas para la defensa contra los infieles. Indicaba a los florentinos que cualquier clase de disculpa que presentaran obtendría el perdón papal y permitiría la supresión del interdicto.

«Lorenzo el Magnífico dispuso el ataque de los turcos —dijeron las malas lenguas—. Es bien sabido que tiene buenos amigos en la corte de Constantinopla. Su riqueza supera la de cualquier monarca y su influencia no tiene límites».

—Lorenzo, ¿es cierto lo que se dice de ti en las calles? ¿Has recurrido a los turcos para salvar a Florencia?

—No he hecho nada de eso, y no podría haberlo hecho aunque hubiera querido. Pero eso es un secreto que debe quedar entre nosotros, contadina. No nos hace ningún daño el permitir que la gente lo crea así.

38

Con la seguridad de Florencia asegurada y su reputación en un nivel tan elevado, Lorenzo decidió que aquél era el momento propicio para ocuparse del futuro de sus hijos. Cabalgaba cada día a Fiesole o a Careggi para consultar al respecto con Clarice y Lucrezia.

La hija mayor, que también se llamaba Lucrezia, había sido considerada casi desde su nacimiento como una novia de lo más valioso prácticamente por todos los padres de hijos casaderos de Florencia. Hasta el momento, Lorenzo se había deshecho de todos los pretendientes, no estando muy seguro de saber cuál sería la mejor alianza posible. Pero Lucrezia no tardaría en cumplir once años, por lo que sólo le faltarían tres o cuatro para contraer matrimonio, así que había que tomar una decisión al respecto. En consecuencia, se mostró de acuerdo en iniciar negociaciones con los Salviati. Se trataba de una de las familias más ricas de Toscana y las expectativas que planteaban con respecto a la dote eran más bien modestas. Parecían ávidos por demostrar que eran partidarios de los Medici, que no habían tenido nada que ver con las acciones de su pariente, el arzobispo Salviati, conspirador en el asesinato de Giuliano.

Por su parte, Lorenzo también quería curar todas las heridas que la conspiración había producido en la sociedad de Florencia. Sin embargo, no tenía la intención de suavizar la brecha con los Salviati sin impresionarlos con la magnitud del crimen que él mismo ignoraba ostensiblemente. Antes de que se produjera la primera reunión para discutir sobre el matrimonio de Lucrezia con Jacopo Salviati, Lorenzo hizo saber que se había mostrado de acuerdo en una futura unión entre su hija Contessina, de dos años de edad, con

el hijo de Antonio Ridolfi, el amigo que había arriesgado su vida chupando la sangre del cuello herido de Lorenzo.

Luisa, que tenía un año más que Contessina, quedó prometida con Giovanni, el segundo hijo de Pierfrancesco de Medici.

Clarice insistió en que sólo una novia de la nobleza romana sería lo bastante buena para su hijo, y Lorenzo se mostró de acuerdo. Él mismo había tenido que aprender, a un coste terrible, lo que podía significar tener por enemigo al pontificado, y no se había olvidado tampoco del ejército enviado por la familia de Clarice cuando Florencia necesitó ayuda. Los Medici necesitaban desplegar una mayor influencia en Roma.

Le escribió al tío de Clarice, el jefe de la familia Orsini. En la carta se expresó con franqueza sobre sus deseos: encontrar una novia para Piero entre los Orsini y toda la posible ayuda en el Vaticano para el progreso en el seno de la Iglesia de su segundo hijo, Giovanni. Tenía la intención de dedicar a su segundo hijo al servicio de Dios. Quería que su hijo se convirtiera en cardenal.

La preocupación de Lorenzo por los asuntos de familia resultaba comprensible y natural, se decía Ginebra a sí misma. Era infantil que ella se sintiera triste y abandonada, sobre todo porque tenía la compañía de Gigi Pulci siempre que quería, y porque Lorenzo regresaba siempre a la ciudad para cenar con el grupo de artistas.

Pero entonces, una noche, Lorenzo no regresó como era su costumbre.

De todos modos, la cena fue servida y los artistas asistieron a ella, como era su costumbre. «Tino» fue elegido como huésped de honor.

Ginebra miró a todos los presentes, con los ojos humedecidos. Se daba cuenta de que había sido plenamente aceptada. Era uno de ellos, por sí misma, y no como la sombra de Lorenzo. Aquel grupo de genios e ingenios, de poetas, pintores y escultores eran sus amigos. Podía considerarse como la mujer más afortunada y rica del mundo.

39

—Soy la mujer más afortunada del mundo —fanfarroneó ante Lucrezia una vez terminado el verano, cuando ya todo el mundo se había trasladado de nuevo a la ciudad—. Dispongo de mi libertad, tengo unos amigos maravillosos y todo aquello que deseo. ¿Lo ves, madonna? Yo tenía razón: me siento feliz con mi vida.

—En tal caso, yo me siento feliz por ti, querida.

—Lorenzo también es mi amigo —dijo Ginebra, contestando así a la pregunta no planteada por Lucrezia—. Me incluye prácticamente en todo aquello que hace, excepto en los asuntos de gobierno —tomó la mano de Lucrezia entre las suyas y añadió—: Eso es todo lo que deseaba, y es suficiente. De veras.

Una semana más tarde, Ginebra apoyaba la cabeza en el regazo de Lucrezia y lloraba amargamente.

—Debería haberme dicho que me quedara en casa, que hiciera algo independiente. Fue muy cruel por su parte el llevarme allí.

Lorenzo había llevado a Ginebra a una fiesta dada por Lucrezia Donati, su amante.

Lucrezia de Medici intentó razonar con Ginebra. Hubo otros invitados en la fiesta, muchos de los cuales eran amigos de los que ella se sentía muy orgullosa. Sandro Botticelli estaba allí, al igual que Andrea del Verrocchio. Agnolo Poliziano la acompañó a ella y a Lorenzo. Cada uno de los invitados era un poeta o un artista, las mismas personas con las que ella tanto disfrutaba en las cenas.

—Además —añadió Lucrezia afrontando el núcleo del problema de Ginebra—, la relación amorosa ya es una cuestión que pertenece al pasado. Lucrezia Donati se convirtió en amante de Lorenzo hace

muchos años. Sigue conservando esa posición, pero no existe pasión alguna entre ellos desde hace bastante tiempo. Lorenzo mantiene la ficción porque se siente un tanto responsable de ella.

—Pero es tan hermosa. Y yo soy tan fea.

—Deja ya de hablar así —le exigió Lucrezia sacudiéndola por los hombros—. No puedes tener ambas cosas, Ginebra. Elegiste ser como un compañero, aparentar ser un muchacho. No puedes medir ahora tu valor según características femeninas —levantó ligeramente el rostro anegado en lágrimas de Ginebra y sintió lástima de la pena que vio reflejada en él—. La belleza es el menos duradero de todos los atributos humanos, Ginebra. Reflexiona por un momento. ¿Cambiarías tu papel por el de Lucrezia Donati? ¿Te gustaría saber que el hombre a quien amaste una vez sólo te visita ahora cuando el deber lo impulsa a ello? Un espejo no es precisamente una buena compañía.

—Tienes razón —admitió Ginebra secándose las lágrimas con la manga—. Y lo siento. Ya no volveré a comportarme como una tonta.

Pero fue una promesa que no pudo cumplir. Regresó una y otra vez a las habitaciones de Lucrezia, buscando su consuelo y su sabiduría inflexible y compasiva.

La aceptación que ella valoraba tanto también tenía su precio. Los amigos de Lorenzo, e incluso el propio Lorenzo, la trataban como si fuera uno más entre ellos. Así pues, se enteró de cosas, gracias a sus burlas obscenas, que fueron para ella como cuchillos clavados en su corazón. Supo de las complicadas artimañas empleadas por Lorenzo para facilitar su relación secreta con Ippolita, en Nápoles. Se enteró de las extraordinarias habilidades de la prostituta egipcia que había llegado recientemente a Florencia; y de los sonetos de amor que Lorenzo les escribía a varias mujeres un tanto descuidadas por sus maridos; de los cortos viajes que hacía en compañía de Gigi Pulci a los pueblos cercanos en busca de ávidas y frescas muchachas campesinas.

Para Ginebra no fue ningún consuelo saber que todos los demás hombres se comportaban del mismo modo, que las reglas de la sociedad les daba amplio margen para la práctica de una sexualidad libre de preocupaciones. Y mucho menos le ayudó el que Lucrezia le explicara que, probablemente, Gigi se había encargado de tirarle a

Lorenzo de la lengua, para que hablara de sus éxitos amorosos.

—Gigi quería que supieras que Lorenzo no es ningún santo. Confiaba en que, de ese modo, al valorar menos a Lorenzo, le apreciarías más a él. Gigi está celoso. Es humano.

—Es un demonio al tentar a Lorenzo para que sea tan depravado como él.

Lucrezia decidió que Ginebra necesitaba alejarse de allí durante una temporada.

—Me gustaría que vinieras conmigo a Morba —dijo en un tono que era más bien una orden—. Voy a pasar allí una semana para tomar los baños antes de que el invierno dificulte demasiado el viajar.

Lucrezia confiaba en que Ginebra ganaría una mayor perspectiva con la distancia. Podría volver a examinar la elección que había tomado, incorporar la nueva comprensión del precio que se veía obligada a pagar, y encontrar la mejor forma de vivir. La libertad de la que ella hablaba con tanta sinceridad era algo real y precioso. Por otro lado, ser amigo de Lorenzo significaba hallarse constantemente entretenido, estimulado, educado, obligado a desplegar toda su inteligencia e imaginación. Gracias a él, ella se encontraba en el centro mismo de todo lo que era excitante en Florencia, en Italia y en Europa.

La noche anterior a su regreso a Florencia, Ginebra acudió a la habitación de Lucrezia para darle las gracias por su sabiduría, y por haberle proporcionado la oportunidad de pensar con claridad.

Llamó a la puerta de la habitación de Lucrezia y la abrió sin esperar a que le dieran permiso, con las palabras ya quemándole en los labios. En el interior de la estancia había una asistenta. La mujer se precipitó hacia la puerta e intentó cerrarla.

—Vete —dijo con urgencia—. Vete.

Ginebra retrocedió, empujada por el peso de la puerta que se cerraba. Pero antes alcanzó a escuchar la tos ronca y desgarradora. Y por encima de los hombros de la mujer vio la figura de Lucrezia doblada sobre sí misma, y el pañuelo manchado de sangre que sostenía ante la boca.

—Es cierto —le confirmó Lucrezia más tarde—. Tengo la tisis. Se

me declaró desde hace ya algún tiempo, pero sólo ha adquirido gravedad durante este pasado año. Ésa fue la razón por la que quise pasar el verano sola en Careggi. Ocultarlo es muy agotador.

»Ginebra, en cierta ocasión me pediste que guardara el secreto de tu amor por Lorenzo, y así lo he hecho. Ahora te pido que guardes el secreto de mi enfermedad mientras sea posible.

—Haré todo lo que me pidas, madonna. Todo.

—Entonces, haz esto por mí: prométeme que no habrá médicos. Y trata de no compadecerme mucho, hija mía. Dispongo de tiempo, incluso quizá de mucho tiempo, antes de que se produzca el final.

Cuando regresaron a casa, todo el mundo en Florencia se estaba riendo. Lucrezia también rió al enterarse de la razón de tanta hilaridad. Ginebra siguió su ejemplo.

La historia comentada por todos era el informe sobre la reconciliación final entre el papa Sixto y la república. El papa había insistido en que Florencia diera una muestra pública de su contrición. La delegación tuvo que arrodillarse en los escalones de San Pedro y recibir un golpe simbólico de la vara que portaba el pontífice, mientras sus miembros se disculpaban en voz alta por los pecados que habían causado la excomunión.

—Nos arrodillamos, tal y como se nos había ordenado —comentaron los delegados con todo el que quiso escucharles—. Y el papa nos tocó con la vara en los hombros. Pero lo que nosotros murmuramos no fue una disculpa, al margen de lo que él creyera haber escuchado.

Las iglesias nunca habían permanecido cerradas, a pesar de las órdenes impartidas por el papa, pero el regreso oficial al seno de la Iglesia representó un verdadero alivio para todos, incluso para aquellos que se habían mostrado más desafiantes. Muchos de los bautizos, los matrimonios y los funerales celebrados durante los años del interdicto volvieron a celebrarse por segunda vez, casi a hurtadillas.

Y entonces se acercaron las Navidades. Lucrezia y Ginebra se dedicaron a preparar el escenario del pesebre napolitano sobre una

plataforma en la loggia, para que así todo el pueblo de Florencia pudiera contemplarlo con la frecuencia que deseara. Frente a ella y a lo largo de todo el día había siempre una hilera de personas que desfilaba lentamente.

40
1481

—Odio tener que admitirlo —dijo Lorenzo—, pero admiro el descaro de ese viejo pirata —sacudió la cabeza y lanzó una risotada mezclada con un gruñido. El papa le había escrito pidiéndole que enviara a Roma a los mejores pintores de Florencia para decorar una capilla que había construido—. Hizo todo lo que pudo por destruirnos, su sobrino continúa en nuestras fronteras del norte, intentando establecer una alianza con Venecia para poder apoderarse así de nuestros territorios fronterizos, y Sixto pretende que le entregue lo que es la verdadera gloria de Florencia: sus mejores pintores.

—¿Qué harás? —quiso saber Ginebra.

—Se lo preguntaré a ellos. No es cualquier cosa convertirse en pintor del Vaticano. Un hombre puede llegar a ser famoso por ello. Todas las iglesias de Italia que necesitan ser decoradas querrán contratar a un hombre que ha pintado para el papa.

—Y le estará haciendo un regalo a Dios con su talento —intervino Lucrezia, a quien empezaba a preocuparle la creciente mundanería de Lorenzo.

Su hijo pensaba demasiado en el dinero, y muy poco en las cuestiones espirituales. Nunca le había comentado nada, ni a ella ni a nadie, sobre el estado desesperado de los bancos de los Medici. La sucursal de Brujas, que en otros tiempos fuera la más fuerte, estaba a punto de ser cerrada. Pero las finanzas nunca formaban parte de las discusiones políticas que él sostenía con su madre, y que se centraban exclusivamente en la diplomacia y la política. Ginebra era incluida con frecuencia en tales reuniones, debido al principio a

su papel como persona capaz de obtener información, y más tarde porque ya se había convertido en un hábito. Ella nunca ofrecía una opinión a menos que se la pidieran así. Ahora, Lorenzo se sorprendió cuando ella habló:

—El papa te deberá un gran favor si tú le ayudas. Le debe importar mucho esa capilla si está dispuesto a sentirse obligado contigo.

—Astuta contadina. Haré que las cosas le resulten fáciles. Lo que quiero en realidad es que se encargue de amordazar a su sobrino. Eso es una imposibilidad, de modo que me limitaré a llamarle la atención sobre la existencia de Giovanni. No quiero que interponga ningún obstáculo en su avance en la jerarquía de la Iglesia cuando sea mayor.

Lucrezia asintió con un gesto de aprobación.

—¿A qué artista enviarás? —preguntó Ginebra—. Quiero decir, ¿con quién hablarás?

Tenía razones privadas para esperar que Lorenzo no hubiera pensado en Sandro Botticelli. Lorenzo le contestó en seguida.

—A Ghirlandaio, desde luego. Sixto quiere que se pinten frescos extraídos del Testamento, y Domenico es el más exquisito pintor narrativo de que disponemos… Verrocchio, no. El fresco no es su fuerte. Le deja la mayoría de esas pinturas a Perugino, de modo que él también irá. Y también enviaré a ese reciente aprendiz. Bernardino Pinturicchio, al que Andrea tiene en tanta estima.

Ginebra sugirió entonces a Leonardo da Vinci.

—Absolutamente no —dijo Lorenzo—. Es un buen pintor, pero demasiado indisciplinado. Desde que dejó a Andrea se ha pasado mucho más tiempo haciendo experimentos que dedicándose a trabajar.

Ginebra se mordió un labio. No podía negar lo que acababa de decir Lorenzo, pero hubiera deseado serle de alguna ayuda a Leonardo. Aún seguía viéndole para tomar sus lecciones de música, y sabía que lo que ella le pagaba era prácticamente su única fuente de ingresos, con lo pequeña que ésta era.

—Y, desde luego —siguió diciendo Lorenzo—, enviaré a Sandro. Él puede convertirse en el director de todo el proyecto.

Ginebra reprimió su protesta.

Al día siguiente, en cuanto salió el sol, corrió al taller de Botticelli. Hacía frío en las calles empedradas cubiertas por las sombras, y en el taller no hacía mucho más calor.

—¡Brrr! —exclamó a través de unos dientes castañeteantes—. Sandro, me da pena tu diosa apenas vestida.

Botticelli se echó a reír y diluyó la pintura de las envolturas sedosas que estaba pintando con seguros trazos de su pincel.

—Las diosas tienen icor en las venas, no simple sangre como vosotras, las criaturas mortales. Jamás sienten frío.

Ginebra le miró con una mueca grotesca y se dirigió a un rincón, donde se hallaba la estufa de azulejos, que apenas estaba caliente. Removió un poco el carbón para avivar las brasas y añadió madera. Luego se acomodó en una silla que había entre dos fuentes de calor, y esperó pacientemente. Acudía a menudo a ver trabajar a Sandro. Era el único, de entre todos los artistas, a quien no le importaba tener público viéndole trabajar. Ginebra se sentía fascinada por el desarrollo de la pintura, momento a momento.

También había descubierto que, a veces, a Botticelli le gustaba hablar mientras trabajaba. A poco que se le animara a ello, recordaba los años que había vivido con la familia de los Medici, o hablaba de Lorenzo cuando era joven.

Hoy no parecía ser uno de sus días más locuaces. Se estaba concentrando en un detalle de las vestiduras de la diosa. Ginebra se mantuvo en silencio, no sin gran esfuerzo. Se sentía casi a punto de retorcerse de impaciencia.

Filippino, el aprendiz de Sandro, llegó trayendo pan recién hecho del mercato, metido dentro de su jubón para conservarlo caliente, y para calentarse él mismo. Inmediatamente, Sandro dejó el pincel.

—Tengo hambre —gritó—. Comamos.

Filippino calentó unas salchichas y sacó un queso de su habitación.

—Esto es un festín —dijo Ginebra—. Gracias, Filippino.

Le gustaba el joven pintor, que era un trabajador serio y abnegado y que, con sus veintitrés años, era el que más se le acercaba en edad.

Mientras comían, Ginebra les hizo jurar que guardarían un secreto, y luego le contó a Sandro que Lorenzo no tardaría en acudir

para hablar con él y con qué propósito lo haría.

—Así que todo tiene que ser terminado mucho antes de lo que habíamos pensado. Es posible que tengas que quedarte en Roma durante varios años.

La pintura que estaba sobre el caballete era un regalo que la Signoria le hacía a Lorenzo. Se trataba de la versión de Sandro sobre el mismo tema empleado por Lorenzo para el carnaval: Palas y el Centauro. En esta ocasión, sin embargo, el centauro no era una caricatura del rostro del rey Ferrante, aunque el significado de la alegoría era inconfundible. La diosa portaba una corona de laurel sobre la cabeza, y al fondo se veía la bahía de Nápoles. Se decía que Lorenzo había domesticado a la bestia dé Nápoles.

—No me quedan muchos más días de trabajo en esto, Ginebra. No te preocupes tanto. Nadie puede viajar a ninguna parte mientras no haga más calor.

—Pero está la otra pintura, Sandro, que todavía no has empezado.

—Quizá sea mejor esperar con ésa. Disponer de un poco más de tiempo ayudará a suavizar la conmoción.

Botticelli había prometido completar el retrato de Giuliano en el que estaba trabajando en el momento en que fue asesinado el joven Medici. Ginebra quería regalárselo a Lucrezia el día de su cumpleaños, en junio.

—No —dijo Ginebra—, no puede esperar. He puesto todo mi corazón en él.

Había revelado los planes de Lorenzo sin ninguna otra intención oculta. Pero nada le haría traicionar la confianza de Lucrezia. No podía contarle a Sandro su temor de que Lucrezia pudiera morir antes de que él regresara de Roma.

Cuatro días más tarde volvió a abandonar la casa al amanecer, pero en esta ocasión para acudir al mercato y escuchar lo que decía la gente sobre el proyecto de que los artistas florentinos fueran a Roma. Lorenzo ya había hablado con los hombres elegidos, y todos se habían mostrado de acuerdo. Los pregoneros anunciarían hoy mismo la noticia, empezando por hacerlo en el mercato. No había forma de saber cómo reaccionarían los florentinos. ¿Se sentirían

orgullosos de que el pontífice reconociera que los artistas de Florencia eran los más grandes del mundo? ¿O se enfurecerían por el hecho de que se alejara de ellos a sus artistas, para enviarlos al gobernante con quien Florencia había estado en guerra hasta hacía bien poco? Fuera cual fuese la reacción, Lorenzo sería debidamente informado de las alabanzas o las condenas que se produjeran.

Había recorrido ya la mitad de la distancia y empezaba a escuchar el ruido del mercado, cuando se detuvo de pronto, echó la cabeza hacia atrás y olisqueó el aire.

Había en él un aroma de primavera.

Aún seguía haciendo bastante frío, pues aún no había terminado el mes de enero, pero en el aire ya se percibía un leve atisbo de suavidad, un cambio con respecto al día anterior, una promesa de nacimiento, de crecimiento y de tiernos colores verdes.

Ginebra pegó un salto y se echó a reír de alegría. Su paso se hizo más ligero y rápido y recorrió presurosa el resto del camino.

Florencia respondió positivamente al anuncio de los pregoneros. Eso no sorprendió a Ginebra. Nada más que cosas buenas podían suceder en un día tan lleno de promesas.

Escuchó con habilidad ya muy experimentada, hasta que estuvo segura de que no necesitaba escuchar más. Luego, regresó corriendo al palacio.

—Necesito un caballo —le dijo al guardia de la puerta—. Ordena que me preparen uno, por favor, mientras me arreglo. Si alguien pregunta hoy por mí, di que me he ido a La Vacchia.

Era el momento de plantar, de repartir las cosechas, de ordenar nuevas semillas y ganado. Este año decidiría por primera vez lo que se había de hacer en la tierra. Su tierra. Su oportunidad de transformar La Vacchia en algo mucho mejor de lo que había sido hasta entonces.

—Nuestra Ginebra está obsesionada —se quejó Gigi en voz alta.

—Es una buena obsesión —dijo Lorenzo sonriendo—. Es feliz.

—Pero está tan abstraída. No creo que sea capaz de escuchar una sola *stanza* de la *Morgante* de esta noche. Y mírala. Tiene las uñas negras. Y empeora cada día que pasa.

—Tu orgullo de poeta se siente herido, Gigi. Deja tranquila a la

contadina. Se encuentra en su elemento, vigilando de cerca al capataz, hablando con todos los campesinos de la región, aprendiendo todo lo que puede sobre la tierra. Una vez que se hayan plantado los campos y se hayan podado las viñas, se limpiará las uñas y aplaudirá todas tus ingeniosas chanzas. Por el momento eso no le importa lo más mínimo, y no debería importarle a nadie.

El 25 de marzo, día en que empezaba oficialmente el Año Nuevo, Florencia se despidió de los cuatro artistas. Su comitiva de caballos, mulas y guardias que les protegerían a lo largo de los peligrosos caminos, abandonó la ciudad bajo una lluvia de flores y un griterío de vítores.

La noche anterior se había celebrado un banquete en el palacio de los Medici, incluyendo músicos, payasos y la representación de una obra especialmente escrita por Agnolo Poliziano para la ocasión.

Botticelli presentó a Lorenzo la pintura con la que se conmemoraba su triunfo en Nápoles y las celebraciones empezaron de nuevo.

—Hoy no avanzarán mucho —comentó Lorenzo cuando el último caballo hubo desaparecido tras un recodo del camino—. Todos ellos bebieron anoche demasiado vino y durmieron muy poco… Creo que a mí también me vendría bien un pequeño sueñecito. ¿Regresamos a casa hasta la hora de la procesión al duomo, contadina?

—Vete tú. Nos veremos después en casa. Antes tengo que hacer algo.

Tenía que ir al taller de Sandro y hablar con Filippino. El retrato de Giuliano había quedado terminado y las últimas pinceladas se habían dado sólo pocos minutos antes de que empezara el banquete de la noche anterior. Ahora se tenía que secar. Ginebra necesitaba recordarle a Filippino que lo mantuviera fuera de la vista, y que le avisara en cuanto pudiera pasar a recogerlo.

«Espero que esté aquí», pensó al empujar la puerta.

—Filippino —llamó en cuanto se abrió la puerta—. Soy Ginebra

—entró sin esperar a que le dieran permiso y de pronto se detuvo—. Perdóname.

Filippino estaba trabajando. Ni siquiera levantó la vista. Su mano se movía con rapidez sobre una hoja de papel, trazando un boceto con carboncillo. Estaba haciendo los dibujos preliminares de un retrato.

El modelo era un hombre joven. Éste se volvió y miró a Ginebra.

Había algo en su indolente mirada que le hizo desear desesperadamente que volviera a empezar el día para así poder limpiarse las uñas y ponerse un vestido, en lugar de llevar el *lucco*.

41

Según le dijo a Ginebra, se llamaba Franco Soranzo y era de Milán.

—Sólo llevo unas pocas semanas en vuestra hermosa Florencia y aún me siento como un extranjero.

Ginebra balbuceó unas torpes e incoherentes palabras de bienvenida en nombre de la ciudad.

«¿Qué me está ocurriendo? —se preguntó—. Escucho mi propia voz y suena como la de una estúpida. Y estoy como una idiota, con la boca abierta y mirando fijamente».

—Giró entonces la cabeza y miró hacia donde estaba Filippino, pero sólo vio los dibujos que él había hecho, el rostro del milanés. La barbilla era redondeada, con un curioso cojín de carne que se curvaba para formar un hueco sombreado por debajo del labio inferior. Su rostro también parecía formar huecos, como si los dedos de un escultor hubieran presionado la arcilla trayéndola hacia delante. Tenía los labios gruesos, perfectamente delimitados y casi protuberantes. El labio inferior aparecía hundido, con una línea que se elevaba por el centro, hacia el arco puntiagudo del labio superior. Se trataba de una boca exagerada, demasiado curvada, demasiado llena y sensual.

Una boca que hacía juego con sus ojos. Éstos se hallaban situados de un modo insólitamente apartados bajo unas cejas elevadas, arqueadas y claramente marcadas.

Los iris eran del color del topacio claro, con una extraña transparencia que les daba la impresión de no tener fondo, de ser misteriosos, secretos, desafiantes, experimentados.

—Quizá tengáis la amabilidad de mostrarme las festividades de hoy, madonna Ginebra —dijo Soranzo. Su voz era velada y densa,

como la miel—. En Milán tenemos un Año Nuevo diferente, y el vuestro me interesa mucho.

La mirada de Ginebra se vio atraída magnéticamente hacia sus ojos y ella se encontró respirando superficialmente, de un modo insatisfactorio.

El milanés se levantó del banco con un poderoso movimiento fluido. Los gruesos músculos de sus piernas se abultaron visiblemente bajo el ajustado pantalón de seda roja. Se volvió y se inclinó para recoger una capa forrada de piel que había dejado sobre el banco.

Llevaba el jubón corto que estaba de moda en Milán, y que sólo llegaba unos pocos centímetros por debajo de la cintura, terminando en un borde bordado que enmarcaba las ajustadas y musculosas nalgas.

Soranzo se puso la capa sobre los hombros, haciéndola oscilar al hacerlo, y se volvió hacia Ginebra.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Sus fuertes dedos apretaron el cierre de la capa y alisaron después los pliegues del jubón sobre el delgado estómago. El borde de brillante color azul del jubón se repetía en las cintas que sujetaban esta pieza de seda amarilla, muy acolchada, al pantalón de seda rojo.

—Regresaré por la mañana, pintor —dijo mirando un instante a Filippino.

Luego, sus labios se curvaron en una lenta sonrisa dirigida a Ginebra y extendió una mano hacia ella. La joven retrocedió.

—No puedo —dijo—. Yo… tengo una reunión… un amigo.

Soranzo frunció el ceño con una expresión de desilusión.

—Entonces será en otra ocasión —dijo.

Su hombro rozó a Ginebra al pasar junto a ella para dirigirse hacia la puerta, y pareció arrastrarla consigo, y ella, incapaz de contenerse, giró hasta que se encontró mirando a la calle, viéndole marcharse.

«Se mueve como un león», pensó.

—Milán —gruñó Lorenzo—. De Milán no vienen más que problemas.

Ginebra dejó caer el brazo y el vino de su copa se derramó.

—¿Por qué dices eso?

Lorenzo dobló el mensaje que le acababan de entregar.

—La duquesa y su hijo están fuera de juego —dijo con un tono de voz que sonaba abatido—. Ludovico Sforza se ha cansado de ser regente adjunto. Se ha hecho cargo de la dirección del Estado y ha exilado al muchacho y a su madre. Era algo que estaba destinado a suceder tarde o temprano, pero confiaba en que no ocurriera ahora. Eso significa que hay que establecer una nueva alianza, y que hay que ganarse la amistad de un nuevo duque. Me pregunto cuál será su precio —Lorenzo apartó el plato y apoyó los brazos sobre la mesa dejando descansar la frente sobre las manos—. Me siento cansado, contadina.

Ginebra sacudió la cabeza en un gesto de protesta. Jamás había visto a Lorenzo tan cansado como a otros hombres; nunca había imaginado siquiera que pudiera admitir la fatiga. Extendió una mano hacia él, la retiró, temerosa de tocarle los hombros inclinados, temerosa de hacer nada en este mundo que de pronto le parecía inestable.

Lorenzo levantó la cabeza y sonrió, y los asustados latidos del corazón de Ginebra recuperaron su ritmo normal.

—Termina de comer —dijo Lorenzo—. No queremos llegar tarde a la procesión —se tocó la nariz con el dedo—. Pequeño y pálido conejito, no te alarmes. Tengo un poco de gota, y eso me pone de mal humor.

—No deberías salir si tienes dolor. Deberías dejar descansar la pierna.

—Come y deja de decir tonterías. No me duele nada. Y el pueblo espera verme en la fiesta.

Ginebra permaneció cerca de él, observando cada uno de sus pasos y de sus gestos, preparada para ofrecerle el brazo y el hombro a modo de apoyo. Lorenzo no demostró sentir ningún dolor y su malhumor había desaparecido. Dejó a sus guardias detrás y se abrió paso entre la multitud, hablando y riendo, obteniendo fortaleza de su contacto con su pueblo.

Pero aquella noche, cuando Ginebra y Lucrezia se reunieron con

él para hablar sobre el significado de los acontecimientos ocurridos en Milán, Lorenzo mantuvo la pierna extendida sobre un banco, dejándola apoyada sobre unas almohadas blandas. La rodilla aparecía hinchada y pulposa.

—Tienes que ir a Morba —dijo Lucrezia—, en seguida.

—No puedo hacer eso, mamina. Tengo que estar aquí por si llegan mensajes de Milán.

—Entonces vete a Bagno a Ripoli. No está tan lejos. Los correos te pueden llevar las cartas allí. Tu secretario puede acompañarte para contestarlas. Debes tomar los baños de sulfuro, Lorenzo. Tienes que hacerlo. Conozco estas cosas mucho mejor que tú.

—Me marcharé con las primeras luces del día —asintió Lorenzo —. Y ahora tenemos que considerar a Ludovico Sforza. ¿Qué sabemos sobre él, aparte de su cutis moreno? Le llaman «Ludovico el Moro». Eso suena más a nombre de payaso que de gobernante.

Lorenzo tenía la mirada brillante a causa del dolor, pero su voz sonó natural y la expresión de su rostro era de diversión.

Ginebra esperó hasta que Lucrezia regresó a sus habitaciones. Entonces le preguntó a Lorenzo si podía acompañarle a tomar los baños.

—No —contestó él.

—Por favor, Lorenzo. Es importante.

Él se frotó el puente de la nariz, suavizándose las líneas de su ceño fruncido.

—No, Ginebra. Es posible que me lleve a los muchachos mayores y a Agnolo, pero eso es todo. ¿Por qué quieres venir? ¿Es que estás enferma?

—No, estoy muy bien. Sólo que tengo ganas de salir de la ciudad.

—Entonces vete a una de las villas, o a La Vacchia. Dedícate a ver cómo crecen tus viñas. Haz lo que quieras. Y ahora, sé una buena contadina y déjame. Quiero acostarme.

—Permíteme ayudarte.

—Me las puedo arreglar yo solo.

Su irritación aumentaba por momentos y Ginebra le deseó buenas noches.

Tuvo problemas para quedarse dormida, lo que para ella fue una rara experiencia. Sentía la cama desigual y no encontraba una

posición cómoda en la que conciliar el sueño; su propio cuerpo le parecía extraño, con la piel demasiado tierna ante el simple contacto de las sábanas, y los músculos incapaces de relajarse.

«Quizá estoy enferma de veras —pensó—. Quizá sea eso lo que me pasa». Pero en el fondo de sí misma sabía que no se trataba de eso.

La taberna situada cerca de la universidad había cerrado sus puertas desde hacía tiempo, cuando la puesta de sol trajo consigo el toque de queda. Los tres hombres que había en su interior tendrían que quedarse allí durante toda la noche, o arriesgarse a ser detenidos si salían a la calle. El propietario estaba somnoliento, pero no le importaba. Este pequeño grupo daba la impresión de poder seguir bebiendo hasta el amanecer, y estaban pagando bien por su mejor vino.

—Hoy he conocido a la alocada amante del Magnífico —dijo Franco Soranzo. Estaba medio tumbado sobre un banco, con la cabeza apoyada contra la pared y los pies levantados y apoyados sobre la mesa—. Es una muchacha de aspecto divertido y escuálido. O bien este Lorenzo es un hombre extrañamente pervertido, o quizá ella posea algunos talentos muy ocultos. Creo que lograré descubrir de qué se trata.

—Tú eres el único que estás loco, Franco —dijo uno de los hombres, que tuvo algunas dificultades para pronunciar las palabras —. Lorenzo de Medici es el propietario de esta ciudad, y es capaz de arrancarte los huevos.

—Eso hace que la cosa sea mucho más excitante, ¿no te parece? Siempre añade un poco de pimienta si el descubrimiento lleva aparejado un cierto peligro.

El tercer hombre lanzó una sonora risotada.

—Escucha la voz mundana de Milán. ¿Qué te hace pensar que una mujer puede mirarte a ti, Franco, cuando tiene a Lorenzo el Magnífico? Tú no eres más que un muñeco bien parecido. Él en cambio es un hombre que está por encima de otros hombres.

—Eso es lo que decís vosotros, los florentinos —replicó Franco enarcando las cejas—. Este milanés, en cambio, afirma que puede tener a esa mujer, y apostaría por ello cualquier cantidad.

—Mil florines.

—Y otros mil para mí.

—Muy bien, dos mil florines entonces —dijo Franco sonriendo.

—¡Tráenos otra jarra, tabernero! Quiero celebrar la fortuna que no tardaré en tener.

—¡No iré! —gritó Ginebra en voz alta, y el sonido de sus propias palabras la despertó.

Se sentó en la cama e intentó librarse del lío de ropas que había formado durante su inquieto sueño, sin que sus esfuerzos lograran otra cosa que revolverlas aún más.

«Te estás comportando como una imbécil —se dijo—. Tino, vuelves a ser como Tino». Aquella idea la hizo sonreír. Se sentía orgullosa de lo que había logrado hacer en Nápoles.

Encendió una vela, bajó a gatas de la cama, extendió toda la ropa de cama sobre el suelo y luego rehízo la cama y suavizó la ropa. Finalmente, ahuecó las almohadas y las dispuso en forma de una pirámide. Retrocedió para inspeccionar el resultado de sus esfuerzos. Las suaves ropas de la cama y las almohadas ofrecían un aspecto cálido e invitador.

Subió con rapidez al nido que se había preparado. Apenas hubo apagado la vela se quedó profundamente dormida. La luz del sol penetró por las altas ventanas, cayendo sobre sus párpados y despertándola.

Ginebra parpadeó y apartó la cabeza. Ella nunca dormía hasta tan tarde.

Pero había dormido muy bien. «Me marcharé caminando a La Vacchia —pensó—, o quizá eche a correr». Se desperezó señalando hacia los dedos de los pies, sintiendo el tirón de las piernas, anticipando el placer de caminar por los caminos que subían las colinas, de respirar el aire dulzón de la primavera.

Abandonó el palacio una hora más tarde, después de haber desayunado y de haber hablado con Lucrezia, que la tranquilizó: Lorenzo se había sentido mucho mejor aquella mañana; él. Agnolo y los chicos habían emprendido la marcha hacia Bagno a Ripoli, mostrando todos una actitud festiva.

«Cortaré unas flores y se las llevaré a Lucrezia —pensó Ginebra

—. Los lirios y los tulipanes ya deben de estar listos». Estaba disponiendo los colores en su mente, eligiendo de entre la gran colección de jarrones de Lucrezia, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo en realidad. Caminaba en la dirección equivocada. Se dijo a sí misma que no debía continuar, pero eso no pareció servir de nada. Aminoró el paso, pero no se volvió ni se apartó de su camino. Continuó caminando como si estuviera hipnotizada, dirigiéndose hacia el taller de Botticelli.

42

Siempre sucedía lo mismo. Ginebra luchaba consigo misma y perdía. Su mente no lograba ejercer ningún poder sobre sus acciones y su fuerza de voluntad la abandonaba. No lograba mantenerla alejada de Franco Soranzo.

Se despreció a sí misma por su debilidad, y se dijo una y otra vez que debería despreciarle también a él. Era todo lo que ella odiaba: estudiante en la universidad, aunque no tenía el menor interés por aprender; bebía demasiado, era perezoso y muy condescendiente consigo mismo; no poseía el menor ingenio, ni humor, trataba a las personas ordinarias como si fueran sirvientes, y a los sirvientes como animales.

Pero a ella la trataba como a una mujer, una mujer a la que deseaba.

Nunca se lo dijo así. No tenía una conversación interesante, no había nada de poesía en él. Sólo sus ojos pálidos que observaban los labios mientras ella hablaba con una alegría falsa y nerviosa con la que llenar el silencio y mantener la distancia entre ambos. Y aquella boca que siempre parecía a punto de sonreír ante sus evidentes excusas por aparecer en el taller durante sus sesiones de pose. Y aquel cuerpo compacto y musculoso que cada día se acercaba más al de ella cuando se dirigía a la mesa para llenarse la copa o cuando permanecía cerca de ella mientras bebía el vino.

—Este retrato estará terminado pronto —le dijo un buen día—, y entonces vendrás a mis habitaciones… para elegir el mejor lugar donde colgarlo.

Y Ginebra sabía que iría.

Hubiera querido hablar con Lucrezia, confiar en ella, pedirle su ayuda. Se sentía confundida y asustada por su incapacidad para controlar su propio comportamiento, temerosa de perder el control de su mente, del mismo modo que había perdido el control sobre su voluntad, aterrorizada ante las insistentes y nuevas sensaciones de su cuerpo, ante los sueños que conturbaban su descanso y que no era capaz de recordar al despertarse.

Pero Lucrezia estaba enferma. Tenía buen aspecto, sus ojos mostraban una mirada brillante y el color florecía en sus mejillas, pero su piel estaba caliente y seca cuando Ginebra la tomaba por la mano, y se pasaba demasiadas horas a solas en sus habitaciones. Ginebra sabía que Lucrezia debía estar allí, doblada sobre sí misma, acosada por la tos, tal y como la había visto en Morba. No podía aumentar los problemas de Lucrezia sobrecargando aún más su enfermedad.

Se pasaba la mayor parte del día en La Vacchia, intentando apagar el torbellino de sentimientos que percibía, tratando de concentrarse en el trabajo que más le gustaba hacer y trabajando también en las viñas y en los establos, hasta que su cuerpo le palpitaba a causa de la fatiga, en lugar de plantearle exigencias incomprensibles y no deseadas.

A menudo se quedaba a pasar la noche en la villa. Ahora que Sandro se había marchado a Roma y que Lorenzo no estaba presente, los comensales en las cenas celebradas en el palacio de los Medici parecían diferentes. Andrea del Verrocchio se quejaba de que no lograba hacer su trabajo sin contar con sus dos mejores aprendices. Otros artistas, que se sintieron contentos por haber sido incluidos en el grupo, se afirmaban ahora con discusiones en voz alta sobre aspectos técnicos y comentarios cáusticos acerca de los proyectos de los demás.

Gigi intentaba mantener el tono cómico. Su humor laceraba los nervios de Ginebra, quien no podía soportar la sensualidad subyacente, la sexualidad claramente señalada.

Era incapaz de admitir ante sí misma que existía una relación entre las historias contadas por Gigi y lo que le estaba sucediendo a ella misma.

«Volveré a sentirme bien en cuanto Lorenzo regrese a casa —se dijo—. Saldremos a cazar y haremos un recorrido por las casas de campo, como hicimos la pasada primavera, y le mostraré lo que estoy haciendo en La Vacchia, y las cenas volverán a ser divertidas, y cada día sabré que él está aquí y que voy a verle, y yo no pensaré en ninguna otra cosa. Cuando Lorenzo regrese a casa».

Pero Lorenzo se quedó en los baños durante más de tres semanas. Una vez que regresó se mostró muy preocupado por las amenazas procedentes del norte, por el progreso errático de la misión diplomática que le había enviado a Ludovico Sforza. En la reunión que sostuvo con Lucrezia y Ginebra la misma noche de su regreso, habló constantemente de la situación en Milán.

Cada vez que pronunciaba esa palabra, el corazón de Ginebra parecía detenerse durante un instante largo y mareante. Para ella, Milán significaba Franco, su extraño cabello rojizo que cambiaba de textura y se transformaba en seda en la tenue línea final que empezaba a la altura de los omoplatos para desaparecer en la entrepierna de sus nalgas.

Lorenzo había permanecido ausente durante demasiado tiempo. Las habitaciones cerradas de Franco Soranzo se habían convertido en el nuevo centro de la vida de Ginebra.

No disimuló ni ante sí misma ni ante Franco que acudía allí para hacerle una visita aceptable a un nuevo conocido. Ni siquiera la primera vez. Franco dijo que deseaba su aprobación en cuanto a la luz que le daría a su retrato, pero Ginebra ni siquiera le dirigió una sola mirada. Permaneció en el centro de la habitación, esperando a que él dejara de hablar. Estaba allí, incluso en contra de su voluntad, porque tenía que estar. Para ser acariciada por sus anchas manos, para sentir la piel de él bajo sus palmas, para probar sus labios pletóricos y oler su arrogante masculinidad.

Él la sujetó por los brazos, por encima de los codos, y la miró intensamente a los ojos, observando la rendición reflejada en ellos.

—Vaya —dijo él.

La lengua de Franco le recorrió lentamente la línea de la boca; Ginebra se estremeció y abrió los labios ante el beso de tanteo.

Cuando pensó que Franco se movía como un león, su percepción

fue mucho más exacta de lo que ella quiso reconocer. Franco era un predador, y su presa favorita eran las mujeres. Vivía lujuriosamente en Florencia, a expensas del noble milanés que estaba dispuesto a pagarle bien con tal de mantenerlo alejado de su esposa.

La madre de Franco había muerto cuando éste contaba con doce años de edad. La segunda esposa de su padre no había esperado muchos meses antes de iniciar la educación de su hijastro en el arte de complacer a las mujeres. Franco contaba entonces con catorce años de edad. A los dieciséis años fue a entregar una capa que su padre, sastre de profesión, había hecho para la viuda de un mercader. A partir de ese momento, ya no volvió a regresar a casa.

Su acento mejoró notablemente, así como sus maneras. Sus víctimas fueron como una escalera ascendente de creciente riqueza y poder. Poco después de cumplir los veintidós años, la condesa Alessandra le contrató como guardaespaldas personal y le compró tantas ropas y joyas que el esposo de la dama tuvo que pujar hasta encontrar una elevada cantidad, con tal de que Franco cambiara Milán por Florencia.

Habitualmente, las mujeres que aparecían en la vida de Franco solían ser mayores que él, aunque a veces se divertía con sirvientas más jóvenes que trabajaban en las casas donde él vivía. Todas ellas se sentían ávidas de sexo y respondían con prontitud al repertorio de placeres que ofrecía Franco, quien se había convertido en un virtuoso en la tarea de hacer el amor.

Pero a lo largo de su amplia experiencia, nada le había preparado para alguien como Ginebra.

Su primer beso desató una llama apasionada de mujer, una voluptuosidad que le encendió por la intensidad de la temblorosa respuesta de la muchacha a las caricias que él prodigó sobre su cuerpo. Los senos se elevaron para salir al encuentro de sus manos en cuanto le abrió las ropas, con los pezones altos, duros y calientes, con las cicatrices en forma de media luna enrojecidas y ardientes. Su piel caliente enrojeció, se hizo tan febril que él casi sintió quemazón en las palmas de las manos. Los invisibles pelos de la parte inferior de su cuerpo se elevaron, rígidos, como uñas diminutas capaces de arañar, inflamando los dedos de Franco, sus labios, su pecho cuando se desembarazó de la camisa para apretar su piel desnuda contra la de ella. Su abdomen se ondulaba bajo sus

manos con oleadas de contracciones musculares que vibraban, produciendo otras vibraciones que le recorrían todo el cuerpo, haciendo que las manos del hombre descendieran por el atractivo triángulo de pelo erecto. Entre sus piernas abiertas había una espesa y caliente humedad, y los dedos de él penetraron en la carne febril e hinchada, para poner en marcha una convulsión de estremecimientos y liberar fuego líquido. Ginebra gimió, y él escuchó el gemido mezclado con el suyo, sintió su propio y desgarrador clímax, eruptando con fuego fundido surgiendo desde las profundidades de su cuerpo tembloroso.

El grito de alivio fue el único sonido que produjo Ginebra, quien le cubrió la boca con los dedos cuando él intentó pronunciar las practicadas frases de amor que tan bien conocía. No permitió la aparición de un amor imaginario y desgarrador, no dejó la menor duda de que la fuerza que crujía en el aire que les rodeaba fuera otra cosa que la más pura y ligera carnalidad.

Una carnalidad irresuelta. Porque ella no estaba dispuesta a permitirle la penetración. Le apartó con un empujón, con tal fuerza que, por un momento, él creyó en la leyenda según la cual ella era una demente, y sintió su cuerpo recorrido por un escalofrío de temor.

Luego, silenciosamente, ella tocó y probó el cuerpo de él con manos ardientes, brazos, piernas y labios, hasta que él se sintió tan febril como ella y dispuesto a aliviar sus mudas y exigentes demandas con el calor de sus caricias.

A lo largo de las posteriores semanas de encuentros diarios, él se convirtió en su servidor, cautivo por las pasiones de ella, atrapado en la trampa de su propio fracaso por dominarla. De ese modo, el predador se convirtió en presa de una fuerza elemental que le resultaba incomprensible.

Y entonces, ella le dijo que todo había terminado entre ellos.

—Te he utilizado, Franco —le dijo—, y me siento avergonzada por ello. Me has permitido saber lo que significa ser una mujer, y me siento agradecida por ello, pero ahora ya he terminado.

—Vale la pena el dinero con tal de librarse de ella —dijo Franco con una risotada después de pagar su deuda a sus compañeros de

juerga—. Tenía miedo de que fuera difícil desprenderse de ella.

Actuaba igual que siempre, sólo que ahora caminaba contoneándose. Pero sus amigos estuvieron de acuerdo en que, de algún modo, Franco había cambiado.

También hubo una diferencia en Ginebra, pero fue tan sutil que sólo Lucrezia la percibió e incluso ni ella misma fue capaz de definirla.

Ginebra creía poder hacerlo. «Estoy consumida —se dijo a sí misma—, y doy gracias a Dios por ello. Ahora me siento en paz. Ni siquiera me siento disgustada por mi debilidad y por mis deseos furtivos y sórdidos. Hay una bestia dentro de todos nosotros, como comprendieron tan bien quienes crearon los mitos. Si esa bestia se libera, su poder es demasiado grande y ya no puede ser controlado. Mi bestia particular ha tenido su día de florecimiento y su muerte; ahora ya no tengo por qué temerla más».

Cuando llegó el carnaval, con su insistente despliegue de sexualidad, ella tomó parte en todas las fiestas, llena de entusiasmo. Consciente ahora de los significados, sin dejarse confundir más por la excitación incomprensible, pero alejada de todo verdadero compromiso unido al despliegue de las pasiones, se sintió inconmensurablemente madura y sabia.

Cantó con las alegres multitudes que abarrotaban las calles, y se alegró al comprender que había dejado atrás su juventud.

Incluso pudo comprender por qué Lorenzo se enamoró de una mujer disfrazada a la que conoció en la Piazza Ognissanti. Y ello a pesar de la pesada carga de celos que Ginebra sentía en su corazón.

43

—Lorenzo, ¿quién es esa tal Luisa Felceroccia? —preguntó Lucrezia—. El mensaje que me ha enviado Clarice ha sido histérico. Alguien le ha dicho que te estás poniendo en evidencia delante de todo el mundo.

—Mamina, no estoy dispuesto a tolerar ni que tú me interrogues, ni que Clarice me critique. Ella no tiene ningún derecho a interferir en mi vida privada, y tú tampoco.

La voz de Lorenzo sonaba estridente, con un temblor de furia reprimida. Se sentía furioso ante el interrogatorio al que le sometía su madre, mucho más porque sabía que no dejaba de haber cierta verdad en su velada acusación. Su relación con Luisa Felceroccia no era lo convencionalmente discreta que habían sido sus otras aventuras. El encaprichamiento que sentía por aquella mujer era como una enfermedad, capaz de marearle y destruir su sano juicio.

Ginebra le rescató de la cólera de Lucrezia. Asomó la cabeza por la puerta entreabierta del despacho y preguntó si podía interrumpirles. Lucrezia miró enojada a su hijo y dijo que tenía que marcharse.

—¿Qué quieres, Ginebra?

Lorenzo pareció querer dirigir su cólera contra ella, una vez que Lucrezia se hubo marchado, pero Ginebra la ignoró.

—Quiero que vengas a mi habitación para mirar algo —le dijo —. Se trata del regalo que le voy a hacer mañana a tu madre, con motivo de su cumpleaños, y no quiero que a ti te pille desprevenido… Es el retrato que Sandro le hizo a Giuliano.

Lorenzo se olvidó inmediatamente de todo lo demás.

—¿Conseguiste que lo terminara? ¡Eres una maravilla, contadina! Qué feliz se sentirá ella. Y yo también. Vamos,

muéstramelo —se puso en pie casi de un salto y en seguida tuvo que sujetarse a la mesa en busca de apoyo. Ginebra empezó a acercársele, pero él la rechazó con un gesto—. No te preocupes. Por un momento olvidé que ya no puedo hacer lo que solía, y ahora lo he agravado —el ataque de gota más reciente le había afectado a ambas rodillas—. Préstame tu brazo y acércame ese bastón. Luego ya me las arreglaré yo solo.

Ginebra le rodeó los hombros con un brazo.

—Puedo sostenerte —le dijo.

—No, es mejor así. Tengo que acostumbrarme a moverme. Si no lo hago así temo que las articulaciones se quedarán rígidas hasta agarrotarse y convertirse en inútiles.

—Ah, sí —dijo Lorenzo, casi conteniendo la respiración. La mano que se apoyaba en Ginebra apretó con más fuerza—. Es mi hermano Giuliano.

Ambos contemplaron juntos el retrato.

—Hubiera deseado conocerle —dijo Ginebra—. Comprendo por qué todo el mundo le quería.

La pintura mostraba a un hombre joven en tres cuartos de perfil. Parecía a punto de sonreír, quizá de reír, de un modo cuyo buen humor sería contagioso.

El tono de su piel era dorado, arrebolado por la juventud y la salud. Pero tenía la mirada dirigida hacia abajo, con los párpados casi cerrados. Era el símbolo de su verdadero estado: se trataba del retrato de un hombre que había muerto.

Se le había situado frente a una ventana con contraventanas interiores, una de las cuales aparecía cerrada, como otra representación más de la muerte. La segunda se abría hacia el exterior, al espacio y a un luminoso y distante cielo azul de Toscana. Era el simbolismo de la eternidad, el destino del alma que había partido.

La pintura no permitía sentir el dolor de la pérdida.

—Lo amaba tanto —dijo Lorenzo.

Ginebra acercó más el hombro a él y le transmitió su propia fortaleza, en silencio.

—Me has hecho muy feliz, Ginebra —dijo Lucrezia—. Atesoraré este regalo por encima de cualquier otra posesión —besó a Ginebra y luego a Lorenzo y luego se sentó frente a la imagen de su hijo menor—. Y ahora me gustaría hablar con Giuliano —dijo, y los dos la dejaron a solas.

—¿Qué sabemos sobre la muerte? —preguntó Lorenzo.

Sostuvo en la mano una pequeña rama que había cortado de una olivera, en el jardín situado frente a la pequeña casa de Marsilio Ficino. Entre las hojas había cinco olivas y sus largos dedos fueron arrancándolas una a una mientras hablaba.

Era a primeros de diciembre, la época de la cosecha de la aceituna, y el momento en el que todas las demás plantas del jardín aparecían de colores pardos y sin vida.

Agnolo Poliziano fue el primero en contestar. Mientras su voz de poeta citaba las enseñanzas de Platón, Ginebra observó los rostros absortos de los hombres sentados alrededor de la mesa. Ahora ya se sentía muy cómoda entre estos filósofos, en esta Academia. «Soy muy afortunada al poder formar parte de esto —pensó—, al poder dejar atrás las preocupaciones diarias y pasar algunas horas compartiendo sus discusiones en las que buscan significados más amplios y la verdad eterna».

Su mente siguió el sentido de las palabras de Agnolo y luego el del comentario de Ficino acerca de lo que se había dicho. Al mismo tiempo, siguió una secuencia paralela de especulación propia. ¿Por qué había planteado Lorenzo precisamente aquella pregunta? ¿Acaso se había dado cuenta de la creciente debilidad de Lucrezia? No daba la impresión de que fuera así. ¿Pretendía no haberse dado cuenta de nada porque suponía que ella deseaba ocultárselo? ¿O era su propia enfermedad la que le había inducido a pensar en la mortalidad? Los nudosos huesos de sus muñecas estaban cubiertos por los volantes de la camisa, pero Ginebra sabía que se hallaban inflamados por la gota. Ahora ya no sólo le atacaba las rodillas.

Se concentró de nuevo en la discusión, contribuyó citando un pasaje de Aristóteles, rió con los demás cuando Lorenzo interpretó, entre burlones sollozos, una oración que le había escuchado rezar a un campesino por una cerda que había muerto al parir.

«Este Lorenzo es maravilloso —pensó—. Landino y los demás se merecen todo el respeto del mundo por su brillantez, pero son estrechos de miras al lado de él. Su mente está a la misma altura que la de ellos, pero abarca además miles de otras cosas. Él es el que mantiene el calor en esta habitación, lo mismo que sucedió la última vez que se reunió la Academia».

—¿Qué es el amor? —preguntó entonces Lorenzo hablando en esta ocasión de modo prolongado sobre sus propias opiniones.

Eso se debía a la relación amorosa con la Felceroccia que, según decían los rumores callejeros, ya había terminado.

La satisfecha sonrisa de Ginebra pasó inadvertida dentro de la alegría generalizada de los contertulios.

44
1482

—Feliz cumpleaños, Lorenzo.

—Feliz cumpleaños, contadina. ¿Ves el regalo que nos han enviado los cielos?

Durante la noche anterior había empezado a nevar, un acontecimiento raro en Florencia.

Después del desayuno, todos salieron a pasear por la nieve recién caída: Ginebra, Lorenzo, los guardias. Agnolo, las niñeras y los niños. Las calles estaban abarrotadas de gente, todo el mundo dedicado a patinar, a reír, a coger nieve con las manos o con la lengua. La nieve caía con suavidad, sin viento, pero los copos eran gruesos y húmedos y ya se habían amontonado hasta alcanzar casi treinta centímetros de altura.

—Podemos construir una estatua —dijo Lorenzo—. ¿Quién quiere ayudarme?

Los niños se arremolinaron en seguida a su alrededor, gritando:

—¡Yo te ayudo! ¡Yo te ayudo!

—Yo te ayudo —gritó Ginebra con ellos.

Construyeron tres en el jardín de detrás de la casa. Lorenzo envió a los tres niños mayores al interior de la casa, a buscar sombreros para las estatuas y luego levantó a los tres más pequeños para que se los pusieran a las pesadas figuras. Luisa y Giovanni, los dos niños que se quedaron sin nada, miraban con expresión triste. Ginebra se arrodilló junto a ellos.

—Luisa —le dijo—, la fuente de Judit parece tener frío. Si le

quitas la nieve que tiene encima de la cabeza, entonces Giovanni podrá ponerle encima mi sombrero.

Se incorporó y tomó a la pequeña niña en sus brazos.

Giovanni, que no tardaría en cumplir siete años, rechazó toda ayuda. Se subió él sólo a la estatua de bronce cubierta de nieve, sosteniendo el sombrero de Ginebra entre los dientes. Todos los presentes aplaudieron cuando coronó la obra maestra de Donatello colocándole el *cappuccio* rojo de Ginebra.

—Algún día, el propio Giovanni tendrá una gorra roja —dijo Lorenzo aquella tarde.

Había dejado de llover y el cielo había adquirido un claro color azul con un sol brillante que hacía relucir y relampaguear la nieve caída. Ginebra le miró, sorprendida por la certidumbre que apreció en su tono de voz.

—¿Has tenido alguna noticia del papa?

—He recibido noticias de que está muy contento con la decoración de su capilla… y de que está favoreciendo ahora a un nuevo sobrino. Giuliano della Rovere cuenta ahora con todo su interés, y Giuliano odia a Girolamo, el antiguo favorito. Puesto que Girolamo es mi enemigo. Giuliano es mi amigo. Eso es algo que parece favorable para mi hijo. Es casi seguro que Giovanni será nombrado cardenal cuando llegue el momento —Lorenzo sonrió y extendió los brazos, desperezándose—. Pero basta ya de política y de ambición. Voy a deslizarme por la nieve. ¿Quieres echarme una carrera?

Ginebra no se detuvo ni siquiera a contestar. Extendió los brazos y se apartó de la pared deslizándose de un modo desequilibrado y remolineante a lo largo de las huellas que una carreta había dejado en la calle.

—¡Eso no es justo! —gritó Lorenzo deslizándose tras ella.

Ambos terminaron tumbados en el mismo montón de nieve, riendo y escupiendo la nieve que les había entrado por las bocas abiertas, y volviendo luego a reírse por ello. Ginebra señaló hacia donde se encontraban los guardias de Lorenzo, que patinaban y se caían intentando correr hacia él, lo que aún aumentó más la intensidad de sus risotadas.

«¡Qué feliz soy! —pensó Ginebra—. Es nuestro cumpleaños. Ya tengo diecinueve años, y Lorenzo treinta y tres, y nos divertimos como si fuéramos niños. Incluso más, porque ahora sabemos lo raros que son estos momentos… y qué pocos días le deja libre de dolores la gota».

Lorenzo la ayudó a incorporarse y se limpiaron mutuamente la nieve. Luego prosiguieron su camino hacia su objetivo: el jardín y la escuela de escultura de Bertoldo. Tal y como habían esperado, el anciano utilizaba la nieve como un medio para impartir instrucción en el modelaje de figuras. Los nueve estudiantes estaban haciendo copias de las antiguas estatuas de mármol que Lorenzo había hecho colocar en el jardín.

—Por el amor de Dios, no le digas a Bertoldo que le pusiste tu sombrero a la Judit de Donatello —le susurró Lorenzo cuando se acercaron al anciano escultor.

Contemplaron la rápida creación de una belleza efímera, hasta que las prolongadas sombras de la tarde hicieron que la nieve adquiriera tintes azulados. Luego regresaron a casa.

Como si el invierno se hubiera agotado a sí mismo con la nevada, el tiempo cambió y adquirió tintes primaverales. Un día tras otro, la gente decía: «Esto no puede durar, será mejor que lo disfrutemos mientras podamos». Pero sí que duró. A principios de febrero las colinas que rodeaban Florencia mostraban un tierno hálito de verde fresco.

Los artistas regresaron de Roma, bendiciendo el calor que permitía viajar.

—No puedes ni imaginarte lo feliz que me siento de estar de regreso en casa —le dijo Sandro Botticelli a Ginebra—. Cuéntame todas las habladurías. Las cartas que me enviaba Lorenzo eran tremendamente insuficientes, no hacía más que hablar de política y de Platón… ¿Dónde está? Quiero burlarme de él acerca de su gran amor. Afortunadamente, tengo otros amigos que me comunicaron las noticias que son más de mi gusto. Voy a recomendar la celebración de espectáculos. Mi amigo en cuestión me dijo que la tal Luisa era tan plana como una pared.

—Lorenzo está ahora en la Signoria —dijo Ginebra—.

Probablemente, regresará en cualquier momento. Sabía que se esperaba hoy tu llegada, y me dijo que organizara para esta noche una cena especial. Gigi ha escrito una canción de bienvenida, y yo interpretaré el acompañamiento. Contiene más de treinta versos, de modo que no te hagas a la idea de acostarte pronto esta noche.

»Ah, Sandro, y no seas demasiado cruel con Lorenzo. Está sufriendo. Madonna Lucrezia se encuentra terriblemente enferma.

—¿Qué tiene? ¿Puedo verla?

—Sí. Quiere verte. Pero debes prepararte. Se está muriendo, Sandro… Perdóname, ya vuelvo a llorar, y le prometí que no lo haría. Lo único que le preocupa es que todos nosotros nos sintamos desgraciados.

Ginebra se llevó la mano a los labios, incapaz de seguir hablando.

—Es muy propio de ella —dijo Botticelli—. Pobre mamina. Iré a verla y le contaré historias graciosas de Roma. Yo mismo me reiré al contarlas —se limpió las lágrimas que también habían acudido a sus ojos y sonrió ampliamente—. Puedo hacer todo lo que sea necesario con tal de verla feliz… Y sé lo que debo hacer. Le rogaré que me dé algo de comer… Y hasta me lo comeré.

Lucrezia de Medici murió pacíficamente mientras dormía, justo en el momento de salir el sol del 25 de marzo, el día de Año Nuevo. La iglesia de San Lorenzo no fue suficiente para contener a todas las personas que la habían querido y habían acudido para llorar su pérdida.

Lorenzo se mostró tan controlado que Ginebra incluso se sintió alarmada. Aceptó personalmente los pésames de todos los asistentes, escribió de puño y letra respuesta a todas las cartas de condolencia que recibió, consoló a los niños, compuso una elegía y diseñó el monumento funerario en el que sería esculpida, eligió el lugar donde se instalaría, en el hospicio que era la obra de caridad preferida de Lucrezia, seleccionó al arquitecto que se encargaría de reconstruir y agrandar el hospicio en nombre de su madre, e hizo todo esto además de cumplir con su trabajo regular en nombre de la república. Era como un extraño para Ginebra.

Hasta el día en que recibió una convocatoria para que acudiera a su despacho. Estaba sentado ante la mesa, con un montón de documentos delante. Al levantar la mirada hacia ella, Ginebra pudo

ver que sus ojos estaban llenos con todo el dolor que había estado ocultando hasta entonces.

—Éste es el testamento de mamina —le dijo, tendiéndole una hoja de pergamino enrollada y atada con una cinta. La mano le temblaba—. Te ha dejado la propiedad de Morba, y esto es la transferencia.

—No —dijo Ginebra, creyendo por un momento que Lorenzo se sentía dolido por el hecho de que Lucrezia le hubiera dejado a ella el balneario, en lugar de a él.

Pero las palabras que pronunció Lorenzo a continuación la sacaron de su error.

—Debes aceptarlo, contadina. Esto es lo que ella ha dicho —leyó del documento que tenía sobre la mesa con una voz temblorosa, igual que la mano que lo sostenía—: «Dejo los baños de sulfuro de Morba a Ginebra della Vacchia, con la esperanza y la confianza de que ella convencerá a mi hijo para que acuda allí a tratarse de sus enfermedades». —Lorenzo trató de sonreír y añadió—: Ahora la comprendo. Odiaba tanto a los médicos. ¿Recuerdas cómo sus manos se convertían en pequeños puños que blandía en el aire cada vez que hablaba de ellos? Esto hace que sea todo tan real… Ah, Ginebra, mi vida ha quedado tan vacía sin ella.

La miró como buscando su ayuda, con una expresión de la más absoluta desolación.

—Lo sé —dijo ella—. Lo sé.

Se acercó a él y lo tomó en sus brazos, apretándole suavemente la cabeza contra su pecho. Los brazos de Lorenzo le rodearon la cintura y la apretó con fuerza contra sí, con la cabeza pesadamente apoyada sobre ella. Y luego se echó a llorar, desconsolado.

Ginebra le acunó con suavidad. Sus dedos le acariciaron el cabello. Las lágrimas le humedecieron el vestido, lo empaparon, y las notó cálidas sobre su corazón, con una especie de desgarrada alegría entremezclada con el dolor que compartía con él. «Esto es todo lo que siempre he querido o necesitado —pensó ella—. Amarle y lograr que él desee mi amor».

Cuando los estremecidos sollozos de Lorenzo se convirtieron poco a poco en suspiros, Ginebra apartó las manos para sostenerle

el rostro y levantarlo hacia ella.

—Duerme un poco ahora —le susurró.

Le cerró los párpados con las yemas de los dedos y luego se los besó.

Abandonó la habitación sin hacer ruido, con el sabor de la sal en los labios, debido a las lágrimas que aún humedecían las pestañas que había besado.

45

«¿Cómo será el día de hoy?». Ginebra se despertó con esa pregunta en la cabeza. «¿Qué dirá él? ¿Qué debería decir yo? ¿Cómo debería actuar ahora que todo ha cambiado?».

Al levantarse de la cama, bailó llena de felicidad, canturreó mientras se lavaba, se rió de sí misma al frotarse la piel con el perfume que había permanecido sin tocar durante más de un año.

Luego, se situó frente a la puerta del armario y su alegría desapareció.

«¿Qué debería ponerme? ¿Un *lucco* para darle a entender que sigo siendo su compañera? Es posible que salgamos a cabalgar, que vayamos a las casas de campo, o a una de las villas. ¿O debo ponerme la remendada *gamurra* que suelo ponerme como disfraz? Entonces parecería como una verdadera contadina. Es posible que eso le guste. O quizá quiera que me ponga muy elegante, después de lo de anoche».

Se apretó las manos contra el pecho, en el lugar donde había reposado la cabeza de Lorenzo, y balanceó su cuerpo de un lado a otro, tal y como había hecho con su cabeza.

Sacó del estante la *cioppa* rosada y la extendió ante la luz para disfrutar de los estremecedores colores de la seda.

«No —decidió con brusquedad—, me vestiré como siempre, con el *lucco*. Nadie más tiene por qué saber que hoy es un día especial. Eso puede ser un secreto entre los dos. Pero estaría más guapa poniéndome ropas de mujer».

—Clarice —dijo en voz alta.

El sonido de su propia voz la sobresaltó y se llevó una mano a la boca.

Nunca le había gustado Clarice, raras veces pensaba en ella y ni

siquiera la veía. Clarice llevaba una vida aparte. Ginebra se imaginaba que debía de sentirse contenta en un mundo llena de amigas en el que sólo se hablaría de partos, de sirvientas perezosas y de ropas nuevas. Siempre había despreciado a Clarice y su mundo de frivolidad y superficialidad.

Pero Clarice era la esposa de Lorenzo. Tenía derecho a que se la tomara en cuenta; su orgullo debía quedar protegido.

Ginebra arrojó la festiva *cioppa* sobre la cama y tomó un *lucco* del armario. Todo debía parecer exactamente igual. Ella y Lorenzo no eran nada más que buenos amigos.

Antes de vestirse, se lavó otra vez para eliminar el perfume.

—No me lo creo —dijo Ginebra.

—Pues así es, madonna. Se marchó a primeras horas de la mañana, en compañía de Piero y de su tutor. Creo que dijo que iban a visitar a los primos en Castello.

Ginebra despidió a la sirvienta y se quedó mirando fijamente el plato de su desayuno. Se había equivocado. Había cometido un error al pensar lo que había pensado, al hacer lo que había hecho.

«Ya has pasado en otras ocasiones por esto —se dijo—, al desear lo que no puedes tener, al permitirte creer que el simple deseo permitirá que las cosas salgan como tú desearías que salieran. Tendrás que superarlo. Tienes que hacerlo del mismo modo que lo has hecho en otras ocasiones».

No tocó la comida. Comería más tarde, en La Vacchia. Y una vez hubiera quedado satisfecha tras comprobar que todo iba bien en la villa, se marcharía a Morba, y se enteraría de cuáles iban a ser sus responsabilidades allí.

Después de eso ya habría transcurrido el tiempo suficiente como para poder volver estar con Lorenzo de nuevo, como amiga.

46

—¿Por qué no haces que la Academia se reúna en tu villa de Fiesole? —preguntó Ginebra a Lorenzo—. Marsilio nunca sale de su pequeña casa, y un cambio le vendría muy bien.

—Él nunca cambiará —contestó Lorenzo—. Ninguno de ellos lo hará. Mi abuelo inició la Academia y le entregó la casa a Ficino para que viviera en ella mientras trabajaba en una traducción de Platón. Se reunían allí cuando yo aún no era más que un muchacho; ése es el hogar de la Academia. Y ninguno de ellos cambiará el ritual a menos que se produzca una explosión.

La explosión se produjo en mayo.

Ostentaba el nombre de Pico della Mirándola.

—Ha sido un augurio —dijo Marsilio Ficino.

Acababa de terminar la traducción en la que había estado trabajando durante más de veinte años, cuando su sirviente le dijo que un joven erudito había llamado a la puerta preguntando por él.

Pico era un fenómeno. A los principios del neoplatonismo, que él comprendía en toda su complejidad, añadió nuevas, amplias y elaboradas teorías basadas en sus estudios de las religiones orientales, lo oculto y la cábala hebrea. Había aprendido hebreo solo, uno de los veintidós idiomas que dominaba.

—Tengo que pintarlo —dijo Sandro Botticelli.

Y lo mismo dijeron todos los demás artistas de Florencia.

Pico era la personificación ideal de la masculinidad joven. Su ondeante cabello era del color del oro, sus ojos tenían el azul del cielo de Toscana. Poseía un cuerpo ágil y perfectamente proporcionado, y un rostro hermoso y simétrico que irradiaba

gracias a la deslumbrante excitación intelectual que animaba su naturaleza.

—Es un santo —dijo la gente de Florencia.

A pesar de su viril aspecto atlético y de su belleza. Pico era soltero. No condenaba la vida libertina que le rodeaba, pero no tomaba parte en ella, ni en la popular persecución a las mujeres, ni en la prevalente y relajada práctica de la homosexualidad.

—Es como un cometa —dijo Lorenzo—, que llena el mundo de luz y excitación.

Se sintió fascinado por el genio de Pico e inmediatamente le asignó habitaciones en el palacio de los Medici.

«Es mi fantástico nuevo amigo», pensó Ginebra. La mente de Pico también la fascinó a ella, como a todo el mundo. Pero lo que más le agradaba a ella era el hecho de que sólo contara con diecinueve años de edad, que fuera sólo unos pocos meses más joven que ella misma. Por primera vez en su vida, tenía un compañero de su misma edad.

Pico estaba interesado por todo; su inteligencia no conocía límites. Ginebra le acompañó a que conociera a Leonardo da Vinci, y Pico emuló su propio entusiasmo por los inventos y las ideas de Leonardo. Según declaró Pico, su paracaídas haría que el viaje por las montañas fuera infinitamente más práctico, y el plan de Leonardo para canalizar el Arno se debería poner en práctica de inmediato. Eso haría que la ciudad fuera más geométricamente agradable, y requeriría la destrucción de los edificios más feos de Florencia.

A pesar del apoyo de Pico, todo el mundo, incluyendo a Lorenzo, continuó riéndose de los inventos de Da Vinci. Pero Pico logró alcanzar éxito allí donde Ginebra había fracasado: convenció a Lorenzo para que concediera al artista un mecenazgo limitado. Ludovico Sforza le había pedido a Lorenzo que le enviara a algunos de los mejores talentos de Florencia. Lorenzo le encargó a Leonardo que confeccionara un laúd con forma de cabeza de caballo, pero esta vez en plata.

—No estoy convencido de que este inventor sea un artista, pero sé por experiencia propia que es un músico maestro. El duque de Milán decidirá sobre sus talentos como artista cuando vea el laúd que será el regalo que le haré. Se lo enviaré con una carta alabando la música de Da Vinci; Leonardo podrá entregarle ambas cosas.

El laúd y el músico sólo fueron dos de los numerosos regalos que Lorenzo envió a Milán. La alianza con Sforza era para él mucho más vital que nunca. El sobrino del papa, Girolamo Riario, apoyado esta vez por Venecia, atacó Ferrara a finales de abril.

En mayo declaró la guerra a la pequeña ciudad-estado, en nombre de la alianza entre Venecia, Génova, Siena y su propio Estado de Imola, con Roma como socio implícito a través de su parentesco con el papa Sixto.

Lorenzo ya se había preparado para el peligro. Levantó un frente contra Riario, con Florencia y sus aliados, Milán y Nápoles. Para representar a Florencia contrató un ejército dirigido por Costanza Sforza, un pariente del duque de Milán.

No podía hacer ninguna otra cosa, excepto mantener un flujo constante de despachos entre los aliados y los ejércitos que luchaban en el norte. Y tranquilizar las preocupaciones de la Signoria y de los ciudadanos de la república.

Aquel verano viajó bastante, a pesar de los recurrentes ataques de gota. En cada una de las ciudades súbditas de la república ofreció banquetes para los funcionarios y hombres de negocios locales y tomó parte en las fiestas y los espectáculos públicos de los ciudadanos.

—Tendrás que hacerte cargo de los preparativos para el carnaval —le dijo a Ginebra.

Ella aceptó, sintiéndose feliz. Contaría con la ayuda de Pico y tenía en mente un proyecto propio.

Pico quedó tan deslumbrado por la ciudad de Florencia como la ciudad de Florencia por él. Lo que más le impresionó fue la diversidad y riqueza del arte. Había pasado los diez años anteriores en universidades, graduándose en leyes en Bolonia cuando apenas contaba con quince años de edad, y yendo luego de una institución a otra en busca de mayores conocimientos. Había recibido

educación en lenguaje, poesía, historia, filosofía y teología. Ahora podía educar su vista y su tacto.

Ginebra le acompañó de un taller a otro, presentándole a todos los pintores, escultores, orfebres y artesanos en oro, plata, madera y cerámica. También le enseñó los tesoros de Florencia, conservados en iglesias y capillas, en las calles y las plazas, en el palacio de los Medici y en La Vacchia. El entusiasmo y la curiosidad de Pico eran ilimitados.

—Que los ángeles me salven —gimió Andrea del Verrocchio—. Tu amigo es tan agotador como tú, Ginebra. «¿Cómo haces esto?», y «¿Cómo haces aquello?», y «Déjame que lo intente yo». Es como tenerte a ti por aquí cuando eras más joven.

Pero Andrea se sentía encantado por verse admirado y distinguido por el joven genio convertido en el ídolo de Florencia. Él se mostró inmediatamente de acuerdo en trabajar con ellos en la preparación de la carroza del carnaval.

Lorenzo regresó de una visita a Pisa justo a tiempo para participar en el carnaval.

—¿Se ha terminado la carroza? —quiso saber—. ¿Qué tema habéis decidido finalmente emplear? Según me dijo Andrea cuando me marché, cambiabais de opinión casi a cada hora.

Ginebra y Pico intercambiaron unas miradas conspiratorias.

—Sólo disfruta de los espectáculos, Lorenzo —le contestó Ginebra—. Será una sorpresa.

La sorpresa se produjo varias horas antes de que apareciera la carroza. «Morello», el caballo de carreras de Lorenzo, ganó el Palio, montado por Ginebra, vestida como un paje.

Era la primera vez en toda la historia de Florencia que se descalificaba a un ganador. Incluso con un corte de pelo distinto y un nuevo disfraz, era demasiado conocida en la ciudad como para hacerse pasar por hombre, y era algo inconcebible que una mujer participara en el Palio. Lorenzo ni siquiera intentó aparentar que se sentía enfadado con ella.

—Has sido una desgracia para mí y para la casa de los Medici —le dijo sonriente—, dándome el mayor triunfo de mi vida. «Morello» tendrá todo el azúcar que quiera mientras viva, y tú, endiablada

contadina, tendrás lo que quieras sólo con nombrarlo.

—Ya tengo todo lo que deseo —dijo Ginebra haciendo casi honor a la verdad.

El diseño hecho por Pico para la carroza era tan elaborado y tan eruditamente metafórico que nadie en Florencia fue capaz de comprender su significado. En consecuencia, fue aclamado como el más exquisito de todos.

—Te diré con toda confianza que yo tampoco sé lo que representa —le murmuró Lorenzo a Ginebra.

—Yo tampoco —replicó Ginebra echándose a reír—, y te aseguro que yo estaba allí, asintiendo con vehemencia, mientras Pico se lo explicaba todo a Andrea.

De todos los artistas fue Sandro Botticelli el que se hizo más amigo de Pico. Sandro era un ardiente neoplatónico y fue el que más rápidamente comprendió el rápido discurso de Pico y los saltos de su pensamiento.

—Es como un castillo de fuegos artificiales —dijo Sandro—. Dispara una palabra detrás de otra, superponiéndolas, lanzando ideas en todas direcciones al mismo tiempo, como en explosiones de gran brillantez… Me maravilla que esa hermosa cabeza suya no haya estallado ya.

Botticelli acababa de empezar a trabajar en una gran pintura que Lorenzo le había encargado para la villa de su joven primo. El tema era el Nacimiento de Venus. Pico anunció que trabajaría como ayudante de Sandro.

—Te hablaré sobre los cultos de adoración a Venus y, desde luego, sobre la más interesante adoración de Afrodita. De ese modo te ayudaré mientras pintas.

—Y yo te enseñaré a separar huevos y a mezclar pigmentos con las claras, y a fijar otros con las yemas —replicó Sandro riendo—. Después de eso, ambos podremos trabajar mientras tú hablas.

Pico también sirvió como modelo para uno de los céfiros que soplaban hacia la orilla la concha sobre la que aparecía la figura de Venus.

Ginebra mezcló las pinturas.

—Los genios —dijo riendo— parecen tener muy poca habilidad

con los dedos. Pico estaba tan ocupado hablando que no dejaba de aplastar los huevos con la mano.

A Ginebra le gustó mucho disponer de un proyecto tan amplio y divertido como la pintura. Lorenzo estaba preocupado con una nueva relación amorosa. Violaba todas las leyes del toque de queda y del buen sentido y todas las noches se dirigía a la villa de Bartolommea dei Nasi, regresando al palacio al amanecer. Sus guardias gruñían más y más a medida que aumentaba el frío. Tenían que esperar fuera mientras él se enfrascaba en su aventura amorosa.

47
1483

El nacimiento de Venus fue colgado en su lugar en Castello poco después del principio del año. El tiempo era lo bastante frío como para helar la superficie del camino, y Lorenzo organizó una procesión de gala para acompañar un carromato construido especialmente para transportar la pintura de poco más de tres metros de longitud.

Las crines y colas de los caballos se adornaron con cintas, y los rosetones de cintas se agitaban sobre el carromato y en las mangas de todos los jinetes que lo acompañaban. Pico abría la comitiva, portando un estandarte que Sandro había pintado, con una escena de una procesión como la que él mismo dirigía.

Lorenzo y Sandro le seguían, uno a cada lado del carromato, vigilando con ojos ansiosos el envoltorio que mantenía el cuadro en pie, sujetándolo con firmeza. Como conductor se instaló al más hábil y precavido de toda la Toscana.

Poliziano y Ginebra cerraban la marcha, vigilando con ojos igualmente ansiosos a los niños, todos los cuales participaban en la comitiva. Incluso Giuliano, que aún no contaba con cuatro años de edad, fue instalado en una pequeña silla de montar dispuesta delante de uno de los guardias de Lorenzo.

Cuando Lorenzo reconstruyó Villa Castello para los hijos de Pierfrancesco, incluyó en ella muchas más chimeneas de lo habitual, y los chicos se pasaban casi todo el año en la villa, en lugar de quedarse en la casa de la ciudad, más oscura y menos cómoda. Cuando la congelada comitiva llegó, ya se habían encendido cálidos fuegos en todas las habitaciones.

—¡Qué lujo! —exclamó Ginebra en cuanto vio el fuego encendido en la chimenea del vestíbulo de entrada.

Inmediatamente, empezó a calcular cuántos barriles de vino y aceite tendría que producir La Vacchia para ganar lo suficiente como para añadir unas cuantas chimeneas más allí.

El tocayo de Lorenzo le ofreció mostrarle los otros lujos de Castello. Estaba muy orgulloso de ser el dueño de una casa tan exquisita.

Ginebra y Pico aceptaron con avidez su oferta. Ninguno de ellos había estado antes en la villa. Sus exclamaciones de sorpresa y admiración hicieron sonreír de placer al joven Lorenzo.

«Qué extraño —pensó Ginebra—, yo podría haber estado viviendo en esta casa y haberme casado con este joven si no se hubiera producido ninguna conspiración para asesinar a Giuliano y a Lorenzo. Qué extraño y qué terrible. Él sólo es un niño. Tiene mi edad, pero sólo es un niño. Habría sido una vida muy desdichada, por muchas chimeneas y otras elegancias que hubiera podido tener la casa».

Únicamente había visto al joven Lorenzo en las grandes reuniones familiares y ésta era la primera vez que hablaba con él. Llegó a la conclusión de que le gustaba, siempre y cuando no tuviera que casarse con él.

Y aún le fue gustando más a medida que transcurrió el día. Aun cuando mostró las buenas maneras propias de un anfitrión, Ginebra no tardó en comprender que al joven Lorenzo no le gustaba Piero, el hijo mayor de Lorenzo, como tampoco le gustaba a ella.

Lo intentaba, pero no encontraba en Piero nada que le permitiera conceptuarlo como una persona agradable. No era particularmente inteligente. Giovanni, que aún no había cumplido los siete años, ya había avanzado más que Piero en sus estudios, cinco años mayor que él. Pero lo peor de todo era que Piero no poseía ningún encanto. Ginebra no comprendía cómo era posible que a un hijo de Lorenzo le pudiera faltar justamente aquella cualidad que Lorenzo poseía en tan amplia medida.

Los otros niños eran encantadores, cada uno a su manera. A Ginebra le encantaba sobre todo Giulio, aunque admitía tener un prejuicio en favor suyo. Era el primer bebé que había sostenido alguna vez entre sus brazos, y también se sentía protectora para con

él. Tenía la edad suficiente como para saber que no era en realidad uno de los hijos de Lorenzo, aunque éste le llamara hijo. Ginebra habría apostado a que fue Piero quien le dijo a Giulio que era un bastardo. Era la clase de acción que Piero era capaz de cometer.

Por lo que ella podía ver, a Giovanni, el hermano del joven Lorenzo, tampoco le gustaba. Ella le sonreía, pensando en lo mucho que le agradaba que él estuviera comprometido con Luisa. De todas las chicas, Luisa era su favorita.

Una vez se hubo colgado el cuadro, se hubo brindado por él y se hubo felicitado a Sandro, y cumplimentado a Pico por ser un céfiro tan excelente, se iniciaron los alborotados juegos habituales. Al cabo de pocos minutos, los niños habían conseguido que todos los adultos estuvieran actuando como Lorenzo, luchando o jugando al escondite o sirviendo como caballos en los que montar. Hasta los hijos de Pierfrancesco abandonaron su dignidad como anfitriones y se transformaron en caballos para la justa que Lorenzo organizó entre los dos equipos que él mismo seleccionó con un cuidadoso equilibrio de edades y entusiasmo.

Botticelli, llevando a horcajadas a Contessina, que lo espoleaba y le gritaba que cabalgara más rápido, declaró finalmente que ya no podía seguir jugando.

—Otros cinco minutos más y sentiré tanta simpatía por los caballos que habré quedado condenado a caminar así por el resto de mi vida.

A pesar de las protestas de los niños, Lorenzo dijo que había llegado el momento de regresar a casa.

Sin tener que cuidarse ahora del carromato, el viaje de regreso a la ciudad fue mucho más fácil y rápido. Al detenerse en la puerta de San Gallo, Lorenzo, que hablaba con los guardias sobre su trabajo y sus hijos, se volvió en la silla y sonrió, preguntando:

—¿Os gustaría correr una pequeña aventura, diablillos mal educados?

Los vítores de los niños hicieron que la gente se volviera a mirar, sonriente, a la gran y feliz familia.

—Muy bien —siguió diciendo Lorenzo—. En tal caso no regresaremos todavía a casa. Nos iremos todos a cenar temprano a

la trattoria.

Los niños se quedaron extasiados. Hasta entonces, ninguno de ellos había estado nunca en un restaurante.

El hospicio de San Gallo era un largo edificio de dos pisos situado junto al monasterio, justo en la parte exterior de la puerta del mismo nombre. Originalmente había sido un sencillo cobertizo para los viajeros que llegaban a la ciudad una vez que se habían cerrado las puertas de ésta, a la puesta del sol. Pero cuando Lorenzo lo reconstruyó en recuerdo de su madre, lo amplió y mejoró, dotándolo de habitaciones cómodas en lugar de dormitorios comunes, y de un comedor en el que, durante el día, se servían comidas a cualquier ciudadano necesitado de Florencia, y a los viajeros que pernoctaban allí durante la noche.

El complejo se había inaugurado apenas unos meses antes, pero ya había cundido la noticia de que la comida que se servía allí era la mejor de cualquier trattoria de Florencia. Por ello, muchos florentinos acudían allí y pagaban por su cena.

El restaurante era dirigido por una familia que participaba en los beneficios obtenidos. Lorenzo, que les había proporcionado el trabajo, fue tan bien recibido como si del propio Zeus se tratara.

En menos de un minuto se empujaron las largas mesas, dejándolas instaladas en nuevas posiciones, de tal modo que una de ellas quedó en el centro de la estancia, con un amplio espacio separándola de las demás. Se cubrió la mesa con un mantel blanco y se instalaron cojines en los bancos, y jarras de vino en las cuatro esquinas.

—Los rumores son ciertos, para variar —dijo Sandro una hora más tarde—. La comida es excelente.

—Creo que es mejor aquí que en casa —comentó Maddalena—. ¿No podríamos venir aquí todos los días, padre?

—No, no podemos —contestó Lorenzo—, y será mejor que no les digas a los cocineros de casa lo que acabas de decirme a mí, o no se te dará nada más que pan y agua durante varias semanas… Y ahora, limpiaos las manos y las caras e id todos a decirle al *padrone* lo mucho que habéis disfrutado con la comida que nos ha servido. Ya no falta mucho para que se ponga el sol, y tenemos que darnos

prisa.

Mientras los niños se arremolinaban alrededor del propietario y de su esposa, Lorenzo se sirvió una copa de vino.

—Agnolo…, Ginebra…, ¿queréis llevar a los niños a casa? Creo que me voy a quedar un poco para ver cómo funciona el hospicio. Sandro…, Pico…, podéis marcharos o quedaros, como queráis.

—Se me podría convencer para comer un poco más —dijo Sandro extendiendo la mano hacia la jarra de vino.

Pico dijo que él se marcharía. Tenía que ocuparse de unos escritos. El aire del campo siempre le daba nuevas ideas.

La camarera trajo un plato más de *osso buco* para Sandro; Lorenzo apartó el cucharón de su cuenco y lo tomó entre las manos, pero no llegó a beber. Sus ojos siguieron a la muchacha que se alejaba.

—¿Un nuevo interés, Lorenzo? —preguntó Sandro con una sonrisa—. ¿Qué se ha hecho entonces de la intrigante Bartolommea?

—No te burles de mí, Sandro —replicó Lorenzo con una mueca —. El dolor de mis huesos fue castigo más que suficiente por esa tontería. A veces me pregunto si la gota me afecta a la cabeza, al mismo tiempo que a las piernas.

Botticelli siguió masticando con lentitud y una expresión pensativa. La muchacha trajo más comida, pero él negó con un gesto de la cabeza.

—¿Magnífico? —preguntó la muchacha.

Se había situado detrás de Lorenzo, con sus pechos casi tocándole los hombros. Sandro volvió la cabeza, la miró y ella se apresuró a retroceder.

—Quizá más tarde —dijo él.

La muchacha se ruborizó y se alejó. Lorenzo se volvió en el banco para mirar a su amigo. Mostraba una expresión de enojo.

—Supones demasiadas cosas, Sandro.

—Creo que es una suposición bastante segura —dijo Botticelli echándose a reír.

Su broma no aligeró la tensión surgida entre ellos. Se encogió de hombros, retiró las piernas que estaban sobre el banco y se levantó.

—Tengo la sensación de que debería marcharme a casa —dijo Sandro. Empezó a ajustarse la capa y entonces se detuvo y la dejó de nuevo sobre el banco—. Escúchame, Lorenzo —dijo volviéndose a sentar y bajando su tono de voz para que sólo le escuchara Lorenzo—. Deja tu enojo a un lado. Debes saber que te amo como a un hermano. Tengo algo que enseñarte y creo que ya he esperado demasiado.

La curiosidad de Lorenzo superó a su malhumor.

—Será mejor que se trate de algo verdaderamente interesante, bocazas.

—Ya lo veremos —asintió Sandro.

Se levantó y se dirigió con rapidez hacia la chimenea. Extrajo del fuego un ligero leño medio quemado; lo golpeó con fuerza y apagó la llama. Regresó a la mesa y se sentó de nuevo. Empezó a dibujar con el carbón sobre el mantel blanco, después de haber apartado los platos a un lado. El conflicto entre ambos quedó olvidado de inmediato y Lorenzo se le acercó más.

—Y ahora, amigo mío, dime de quién se trata.

La mano de Botticelli se movió haciendo trazos amplios y seguros. Un rostro les miró desde la mesa.

—Es la sirvienta —dijo Lorenzo—. Bravo, Sandro. Haré que monten y enmarquen este mantel. Será un buen regalo.

Extendió las manos para hacerse cargo del retrato, pero Botticelli le detuvo un brazo con el leño.

—Un momento, amigo mío. El artista está trabajando —dijo trazando ocho líneas y un segundo retrato apareció mágicamente ante él—. La ilustre Bartolommea —su mano izquierda limpió de vajilla la mesa, haciéndola caer al suelo. Mientras aún sonaba el estrépito de los platos rotos, dibujó otro rostro sobre el mantel que acababa de dejar libre—. Madonna Luisa Felceroccia.

Entonces, levantándose, Botticelli abrió espacio para dibujar otros tres rostros, haciéndolo con tal rapidez que Lorenzo apenas podía seguir los movimientos de su mano.

—La viuda campesina cuando fuimos a cazar el verano pasado; la prostituta a la que visitas con tanta frecuencia; la esposa de tu último nombramiento para el comité financiero —y el carbón dibujaba cada uno de los rostros, a medida que Sandro los identificaba—. Los recuerdas, ¿verdad? —preguntó a Lorenzo con

una sonrisa—. Has estado muy ocupado durante estos últimos meses. Magnífico.

Lorenzo se encogió de hombros. Tenía el ceño fruncido, pero su amplia boca delgada temblaba con una risa apenas reprimida.

—Soy un hombre como cualquier otro —dijo con suavidad—. Afortunadamente, tú ya no me acompañas con tanta frecuencia en mis viajes. En tal caso habríamos necesitado un mantel mucho más grande.

Botticelli levantó una mano en un gesto con el que pedía que se le prestara atención.

—Y ahora mira esto, Lorenzo —dijo sin reír.

Su dedo gordo tocó el retrato de la prostituta, tiznando el perfil de la barbilla, añadiendo una sombra junto a la nariz. Luego, se movió hacia el siguiente rostro, suavizando sus rasgos, curvándolos, añadiéndoles dimensión. Y continuó con el siguiente, y con el otro y el otro. Lorenzo emitió un profundo gruñido que le surgió de lo más profundo de la garganta, mientras la mano de Botticelli se dirigía hacia el rostro dibujado de Luisa Felceroccia.

—¡Alto! —exigió Lorenzo sujetando la muñeca de Sandro.

—Ya he terminado —dijo Sandro con serenidad—. ¿Lo ves, amigo mío? Y sucedería lo mismo con esta última.

Los retratos dibujados sobre el mantel habían quedado transformados por las diminutas alteraciones hechas por el dedo del artista. Ahora, todas las imágenes eran aspectos diferentes de una misma mujer. Se trataba del rostro de Ginebra, repetido seis veces.

—No comprendo —dijo Lorenzo sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Es alguna clase de truco.

—No se trata de ningún truco. Sólo es tu ceguera. Tú no tienes los mismos ojos que un artista. Lo extraño es que precisamente tú, un poeta, hayas sido tan sordo a la voz de tu corazón.

48

—¿Por qué me miras así, Lorenzo? Me estás poniendo nerviosa —dijo Ginebra arreglándose el cabello con los dedos—. ¿Tengo alguna mancha en la cara? ¿Me ha quedado algo de espinacas en los dientes?

—No, no es nada —replicó Lorenzo forzando una sonrisa—. Estaba pensando en otra cosa y en realidad no veía dónde ponía la mirada. Te ruego que me disculpes.

La revelación de Botticelli había logrado que se sintiera incómodo. Se decía a sí mismo una y otra vez que no podía ser cierto que estuviera enamorado de Ginebra. Un hombre siempre sabe si desea o no a una mujer. Y todas las tonterías que le había dicho Sandro sobre la diferencia existente entre amar y desear no eran más que eso…, tonterías. En cuanto a la cuestión de buscar a Ginebra en los brazos de aquellas otras mujeres…, jamás había escuchado nada tan absurdo en toda su vida. Aquélla era precisamente la clase de exagerada idea romántica medieval que uno podía esperar en un hombre que casi se había destruido a sí mismo, hasta estar a punto de morir, por una mujer a la que no había llegado a conocer.

Lo problemático era que, de un modo que se sentía incapaz de comprender, Ginebra le parecía ahora una persona diferente. Era como si una desconocida hubiera ocupado de pronto su lugar. Hasta su aspecto era distinto. Tenía la impresión de que era mayor. Ya no era la niña que él recordaba, con su temeridad ignorante y traviesa. Era una mujer, y las vestiduras masculinas que llevaba no eran en realidad un disfraz adecuado. Tenía la piel bronceada, como la de un hombre, pero se extendía sobre los huesos de su rostro en contornos suaves, cubriendo la carne firme y suave…

—Ya basta, Lorenzo. Mira a la pared cuando tu mente esté tan distraída, y no a mí.

Varias semanas después Ginebra se sentía tan inquieta que acudió a Gigi Pulci en busca de ayuda.

—No comprendo lo que le sucede a Lorenzo, Gigi, y me está volviendo loca. ¿Sabes de qué se trata? ¿Se siente preocupado por algo? ¿Tiene alguna enfermedad? No se trata de la gota, de eso estoy segura. Parece que últimamente no ha tenido problemas, de lo cual doy gracias a Dios.

Pulci se frotó la barbilla, una costumbre que empleaba cuando quería retrasar el dar respuesta a una pregunta.

—¡Ja! Tú lo sabes. ¿De qué se trata? —exclamó ella, apartándole de la cara la mano con la que se masajeaba la barbilla. Gigi se echó a reír.

—Te das cuenta de demasiadas cosas… En realidad, no lo sé. He visto la forma en que ha actuado contigo en la cena. Pensé que habrías tenido una discusión colosal con él, y confiaba en que se hubiera solucionado… ¿Ha pasado algo así, Ginebra? ¿Habéis peleado? ¿Sobre qué?

—Si hemos discutido, no lo recuerdo —contestó ella sacudiendo la cabeza—. Sin lugar a dudas, recordaría cualquier pelea. Un buen día, sin ninguna razón aparente, empezó a ser diferente; eso es todo lo que recuerdo. Empezó a mirarme como si yo fuera una estatua que estuviera examinando para incluirla en la colección del jardín de Bertoldo. Luego empezó a evitarme. Ahora incluso desayuna en sus habitaciones. No sé qué hacer, Gigi. ¿Debo decirle que siento mucho lo que hice, aunque no sepa qué fue lo que hice?

—¿Lo sientes?

—Desde luego que no —exclamó Ginebra poniendo de manifiesto su temperamento—. No soy yo quien ha cometido alguna falta. No tengo nada de qué disculparme como para… Pero últimamente me siento muy inquieta. Sólo quisiera que hiciera más calor para poder ir a La Vacchia y agotar mi nerviosismo trabajando en los campos. Me gustaría alejarme de esta casa.

—Déjame a ver qué puedo descubrir —dijo Pulci—. Me llevaré a Lorenzo a dar una gira por las tabernas para soltarle la lengua.

—¿Y luego me lo dirás?

—Palabra de honor.

—Eres un buen amigo, Gigi —dijo Ginebra abrazándole—. Te quiero entrañablemente.

«Y me conformaré con eso», pensó Gigi. Ya no le hacía a Ginebra elaboradas protestas de amor. El humor de su adoración había sido tan breve como debe serlo el de toda buena comedia. Pero el amor que sentía por ella formaba parte de su vida, la única parte verdaderamente decente, según admitía él mismo.

Sin embargo, Gigi no tuvo la oportunidad de enterarse de nada por boca de Lorenzo, ya que éste se marchó a tomar los baños el mismo día en que Ginebra le pidió su ayuda a Gigi.

Desde Bagno a Ripoli envió dos semanas más tarde la noticia de que se dirigía a Pisa para tener unas reuniones en la universidad. También le envió una invitación a Pico para que se le uniera.

Ginebra se sintió furiosa. Ella y Pico habían estado disfrutando juntos, ella más que nunca, libre de la tensión que le había producido el estado de ánimo de Lorenzo. Se dedicaban ahora a ayudar a Domenico Ghirlandaio a terminar el ambicioso fresco que estaba realizando en la pequeña y antigua iglesia de Santa Trinità.

El fresco lo habían encargado los Sassetti como un ofrecimiento votivo para celebrar la recuperación de su hijo de una grave enfermedad, de modo que, evidentemente, los padres serían retratados en él. Pero en los grupos de gente que asistían a la milagrosa resurrección de san Francisco iban a quedar retratados otros muchos florentinos. Pico había logrado hacer lo imposible. Todos los eruditos miembros de la Academia Platónica aceptaron acudir al taller de Ghirlandaio para ser dibujados.

Mientras Domenico se dedicaba a dibujar, Pico les mantenía ocupados discutiendo sobre los argumentos más exquisitos de su teoría más reciente acerca de la verdadera naturaleza de las brujas.

Ginebra traducía al latín las preguntas de Ghirlandaio para que los miembros de la Academia no tuvieran que interrumpir el flujo de sus pensamientos cambiando al toscano.

«Ahora que Pico se marcha, supongo que se esperará de mí que me haga cargo de las dos cosas —gruñó para sí—: discutir sobre el

origen del mal y colocar el brazo de Ficino allí donde Ghirlandaio quiere que lo ponga. No lo haré. Les avisaré para que no vengan. No soy una compañía adecuada para nadie, ni siquiera para mí misma».

Le escribió una carta a Ficino, y cuando ya se la había entregado al mensajero, se la arrebató siguiendo un impulso.

—Espera —le dijo—, ya te la traeré dentro de una hora.

Su irritabilidad no era justificación suficiente para explicar la carta de letra emborronada y casi ilegible. Subió con rapidez la escalera hasta el tercer piso del palacio.

Se trataba de una zona que casi nunca tenía oportunidad de visitar. El sacerdote tenía su habitación allí, así como el astrólogo, los sirvientes, los hombres en armas y guardias. También vivían allí la docena de escribas que empleaba Lorenzo para hacer copias de libros de su biblioteca. Una vez terminados, Lorenzo regalaba los libros, ya fuera a la biblioteca de San Marco, a los gobernantes de las ciudades-estado, a los miembros de la Academia, o a las universidades. Había estado configurando una colección para Poliziano desde que Agnolo se instaló a vivir en el palacio. Ya se habían copiado cuatro libros para Pico.

En el tercer piso también vivía un encuadernador, que tenía allí su taller, cerca del *scriptorium*, dotado de numerosas ventanas, donde se copiaban los libros.

Ginebra entró en el *scriptorium*.

—Buenos días —dijo—. ¿Quiere alguien escribirme una carta elegante? Hoy no me sale muy bien la letra.

Ante aquella petición, todas las cabezas se levantaron para mirar al escriba más joven. Ginebra le dirigió una sonrisa y le entregó el papel que sostenía en la mano.

—Es una suerte que seas tú —le dijo—. Sólo papel, por favor, no pergamino. Y nada de letras mayúsculas decoradas, ni dorados, ni dibujos florales ni nada elaborado. Regresaré a recogerla dentro de media hora.

Y se marchó antes de que el joven pudiera discutir.

Deambuló por entre el laberinto de pasillos que se entrecruzaban, sintiendo cierta curiosidad, como si hubiera alojado algún embajador en alguna de las habitaciones que siempre estaban

preparadas para recibir a los visitantes oficiales que acudían a Florencia. Habitualmente, siempre era muy interesante hablar con personas procedentes de otra ciudad.

—Buenos días —le dijo una voz carrasposa.

Ginebra miró al otro lado de una puerta semiabierta. Era la habitación del astrólogo. Ginebra intentó retroceder, pero él la urgió a que entrara, y parecía tan sólo que ella le hizo caso.

Se quedó allí durante más de una hora.

Al salir de la habitación se sentía tan preocupada que giró en una dirección equivocada y se encontró paseando por uno de los comedores del tercer piso, en lugar de dirigirse hacia el *scriptorium*.

—Debo volver ahora a recoger la carta —murmuró disponiéndose a volver sobre sus pasos.

Una vez que encontró la puerta que buscaba, halló al joven escriba extendiendo arena secante sobre la carta.

—Ya he terminado, madonna —dijo el joven, exhibiendo su trabajo.

—Gracias —dijo Ginebra.

Ni siquiera se dio cuenta de la espléndida letra A en rojo y dorado con la que se iniciaba la carta. Tampoco prestó ninguna atención a la marcada expresión de fastidio del mensajero, que esperaba con impaciencia. Sus pensamientos eran caóticos, y se revolvían incontroladamente en su mente.

Caminó de un modo automático, como si se encontrara envuelta en un sueño, dirigiéndose al único lugar de la gran mansión que en el pasado había sido para ella como un refugio ante la confusión mental: el salón que había pertenecido a Lucrezia de Medici.

Nada había cambiado en el confortable salón iluminado por el sol. Incluso se percibía un débil eco del perfume de rosas que siempre se ponía Lucrezia, y que procedía de la sencilla cesta de mimbre llena con la mezcla que Lucrezia preparaba con las flores del jardín. Su doncella la agitaba cada día en recuerdo de la dama a la que tanto había amado.

Ginebra se paseaba erráticamente, tocando las mesas, las arcas, la mesa de Lucrezia, el banco situado bajo la ventana desde la que se contemplaba el jardín, y finalmente la silla que había ante la

mesa y en la que Lucrezia había escrito sus poesías. La silla estaba situada frente a una pared cubierta por un brocado de seda verde. El retrato de Giuliano se hallaba colgado en el centro de la pared. Debajo del retrato había dos pedestales de terracota que sostenían los bustos de los dos hijos de Lucrezia.

Ginebra se acercó con lentitud al de Lorenzo.

—¿Por qué? —le preguntó al busto—. No comprendo nada de lo que está ocurriendo.

Le tocó el rostro con las yemas de los dedos, luego emitió un solo sollozo y le apretó las manos contra las mejillas, sosteniéndole la cabeza entre ambas. Sus dedos exploraron los huesos situados bajo las cejas, el pliegue dentado por encima de los ojos, los contornos irregulares de su nariz y la línea recta y fina de su boca. Así le habría gustado acariciarle personalmente.

La escultura era dura al tacto. Y estaba fría, aunque ella habría querido calentarla con sus manos.

Ginebra se apartó, con los dedos todavía extendidos hacia el busto. Emitió un prolongado y emotivo suspiro y se volvió.

—Madonna Lucrezia —lloró—, te necesito tanto —se arrodilló junto a la silla de Lucrezia como había hecho tan a menudo, ocultando el rostro entre los cojines del asiento. Luego lloró como si hubiera estado llorando en el regazo de Lucrezia—. Me siento tan aturdida, y no tengo a nadie con quien hablar, nadie que pueda ayudarme a comprender la razón de todo lo que ha sucedido. Lorenzo me evita. Soy odiosa a sus ojos, y yo ni siquiera sé por qué… Ya no le conozco. Se muestra tan frío y tan lejano. Ya no es el Lorenzo que yo conozco.

»Ha visitado al astrólogo, madonna. Sabes muy bien que ésa no es su forma habitual de actuar. No me refiero a cosas ordinarias como elegir el mejor día para iniciar un viaje o firmar un tratado o abrir el suelo para iniciar la construcción de un nuevo edificio. Eso es algo que siempre hizo, igual que cualquiera. Pero esto es diferente. Estoy asustada. Ha ordenado que me confeccionen la carta astrológica a mí, para toda mi vida y mi futuro. ¿Por qué? ¿Qué es lo que anda buscando? ¿Acaso me he transformado de repente para él en una Pazzi, en alguien contra quien debe protegerse?

Ginebra se incorporó sobre las rodillas y giró para mirar hacia el

busto.

—No tenías ningún derecho —le gritó sacudiendo un puño hacia él—. Si querías saber algo de mí, sólo tenías que preguntármelo. Te lo habría dicho todo…, excepto el secreto de mi corazón, y eso es algo que tú no habrías querido conocer. ¿Por qué has actuado a mis espaldas, y has puesto a ese horrible anciano a que espíe mis estrellas?

Las lágrimas descendieron por su rostro y ella se las apartó con los puños, tratando de ahuyentar la cólera que sentía. Cuando ya no le quedaron lágrimas, volvió a apoyarse en la silla de Lucrezia y extendió las piernas sobre el suelo.

—Me siento tan desgraciada, madonna —dijo en un susurro.

Contempló el sol que penetraba por la ventana iluminando las aves cantoras pintadas en el suelo de baldosas. Al cabo de un largo rato los colores empezaron a desvanecerse a medida que iba muriendo el día. «Debo lavarme y cambiarme de ropa antes de la comida», pensó. Pero no se movió. Se sentía demasiado cansada para hacerlo.

Las cortinas se agitaron y ella se volvió con rapidez hacia la puerta que en aquellos momentos se abría en la pared cubierta por las sombras. Se puso en pie, tambaleante, preparada para ofrecer una disculpa por haberse introducido subrepticiamente en la habitación de Lucrezia.

—¿Ginebra? —Era Lorenzo—. ¿Qué haces aquí?

—Perdóname. Lo siento. Sé que no debería estar aquí. Me marcho ahora mismo y nunca más…

Pero Ginebra permaneció donde estaba. El oscuro perfil de Lorenzo se hallaba frente a la puerta, interponiéndose en su camino.

—No te marches —le pidió Lorenzo—, por favor —se dirigió hacia ella, a la débil luz del atardecer, con una mano extendida. Ginebra se la quedó mirando fijamente y luego le miró a la cara—. ¿Quieres quedarte conmigo, contadina? —Ella puso una mano sobre la de él—. Tienes la mano muy fría.

—La tuya está caliente.

La mirada de Lorenzo recorrió la habitación de un extremo a otro.

—Mamina —murmuró—. Me alegro de que nada haya cambiado —le dijo a Ginebra—. Casi puedo percibir su presencia. ¿La sientes

tú también? ¿Es ésa la razón por la que estás aquí?

—No —contestó Ginebra. A él no podía mentirle—. He venido buscándola, pero no la he encontrado.

—En su lugar me has encontrado a mí —dijo Lorenzo apretándole la mano.

«¿De veras? —se preguntó Ginebra—. ¿Por qué? ¿Por qué me sostienes la mano, por qué has cambiado, por qué te has convertido en un Lorenzo diferente al que no conozco?».

—Creía que te habías marchado a Pisa —dijo ella casi en un tono de acusación.

Lorenzo le soltó la mano y se alejó de ella.

—Iba a marcharme, pero cambié de opinión. Me encontré con Pico en el camino y le hice volver —miró por la ventana, abrió una contraventana y luego la volvió a cerrar—. Ginebra —dijo volviéndose al hablar—. Contadina, ayúdame.

La luz le daba por la espalda y Ginebra no podía distinguirle el rostro con claridad. La voz de Lorenzo había sonado ronca por la necesidad. Ella corrió hacia él, pero Lorenzo la detuvo con un gesto.

—Déjame que te hable desde la distancia —dijo—. Vine antes aquí para decirle a mamina lo que tenía que decir, como habría hecho si ella hubiera estado aquí. Pensé… confiaba…, es tan difícil de explicar…, que si podía decírselo a ella, entonces quizá se me aclarara del todo al expresarlo en voz alta… Eso es lo que solía sucederme cuando hablaba con ella. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí. Quizá.

Lorenzo se echó a reír. Fue un sonido duro y breve.

—Claro que no. ¿Cómo podrías comprenderlo? Estoy hablando como un estúpido, sin ningún sentido. Ginebra, ¿quieres volverte de espaldas, por el amor de Dios? No puedo hablar de estas cosas si me miras, si la luz te da en la cara y si tengo que mirarte.

—En ese caso, me marcharé.

—¡No! —exclamó con un rugido de cólera—. Esto ya está resultando bastante malo. No podría pasar una segunda vez por lo mismo. Ginebra, no me estás ayudando.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ella, también con un grito tan fuerte como el de él.

—Quiero que me digas que me amas —dijo Lorenzo con un rugido—. En ese caso no me sentiré tan estúpido al decirte que yo

te amo… ¿Qué estás mirando ahora, Ginebra?… ¿Acaso te ríes de mí? Te aseguro, por lo más sagrado, que te mataré si te ríes de mí.

Ginebra se llevó las manos a la boca, aunque no pudo evitar el sonido de la risa. Dejó caer las manos, con las palmas extendidas en un gesto de súplica, rogándole su perdón.

—Te amo más que a mi vida —dijo entre risas entrecortadas—. Te amo. Te lo juro.

Lorenzo cruzó el espacio que los separaba y la sujetó por los hombros, sacudiéndola.

—¡Deja ya de reír! ¿Acaso me encuentras tan cómico?

Ginebra se puso inmediatamente seria. Cubrió las manos de Lorenzo con las suyas y las apretó.

—Lorenzo —dijo, y él dejó de sacudirla. Los dedos de ambas manos se entrelazaron y los ojos de ella buscaron los de él. Lorenzo la sintió temblar y cuando habló, sus palabras sonaron estremecidas por la emoción—. Escúchame, amado mío. He anhelado siempre que me declararas tu amor. El mío siempre ha sido tuyo, aun cuando tú no lo sabías. Ahora sigue siendo tuyo y lo será mientras yo viva. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? ¿Me crees?

Le miró directamente a los ojos, diciéndole con los suyos mucho más de lo que pudiera comunicarle con las palabras. A través de ellos, Lorenzo comprendió lo que había en su corazón. Y entonces las líneas duras de su expresión se transformaron en la radiante suavidad del retrato del amor. Ginebra se llevó las yemas de los dedos a los labios.

—No digas nada —susurró—. Permíteme…

Levantó las manos hasta el rostro de Lorenzo y acarició su textura, su poderosa estructura, y eso fue todo lo que había soñado, una posesión en la que casi no se había atrevido a confiar.

No hizo ninguna pregunta sobre el regalo de esta exquisita felicidad. Ni a Lorenzo, ni tampoco a sí misma ni al cielo. Su desesperado «¿por qué?» era algo del pasado. Aceptaba y se sentía inundada por una alegría trascendente.

Lorenzo se llevó a los labios las palmas de Ginebra y las besó. Luego habló a través de los dedos de ella.

—¿Por qué te echaste a reír?

El ceño fruncido hizo aún más profunda la arruga existente entre sus ojos.

—Mi Magnífico, no de ti —contestó Ginebra. La boca se le estremeció y en sus ojos había una gran alegría—. Me había imaginado, había soñado e inventado tantas formas de escucharte decir que me amabas… Pero jamás se me había ocurrido que me lo dijeras a gritos y encolerizado. No era eso lo que esperaba del poeta más musical que ha existido desde Dante. Pero ha sido precisamente por eso por lo que he sabido que es cierto.

En esta ocasión fue Lorenzo el que tuvo que echarse a reír. Y en cuanto lo hizo, Ginebra levantó los labios hacia los suyos y ambos se perdieron en el solemne misterio de su primer abrazo de amor.

Libro Tercero

Careggi

1483-1492

49
1483

Aquella noche, Lorenzo y Ginebra fueron juntos a cenar. Caminaron el uno junto al otro, sin tocarse, sin tomarse de las manos, sin comportarse de modo diferente a cualquier otra noche en la que los amigos se hubieran reunido alrededor de la mesa de Lorenzo. Se tenía la costumbre de que los primeros invitados en llegar ocuparan los lugares situados a ambos lados de la silla de Lorenzo, y los que iban llegando después ocupaban los lugares vacantes a partir de la cabecera de la mesa. Ginebra se dirigió, pues, hacia el lugar disponible más cercano, como si se tratara de un día igual que otro.

Pero no lo era. En cuanto ambos entraron en la estancia, los catorce hombres sentados ante la mesa se dieron cuenta en seguida de que algo notable había sucedido. Existía entre ellos dos una poderosa corriente de emoción que cargaba la atmósfera con excitación, y una radiante felicidad iluminaba sus rostros, hasta el punto de que cada uno de sus amigos tuvo que apartar la mirada al sentirse casi como un intruso.

Lorenzo ocupó su lugar y golpeó la mesa con la palma de la mano. Una vez todas las miradas se hubieron concentrado en él, dijo:

—Me siento muy bien esta noche y afortunado al poder estar de nuevo entre mis amigos. Hagamos una ronda de *rispetti*. Yo mismo empezaré —a continuación, marcando el ritmo con una cucharilla, cantó con su voz disonante—:

—A Sandro vengo a saludar,

el de los dibujos sin par,
y si sus cuadros quieres colgar,
los lienzos habrás de remendar.

Todos golpearon la mesa con las manos y rieron. Se conocía muy bien la costumbre de Botticelli de dibujar en todo aquello que tuviera a mano, por lo que si se querían conservar sus dibujos había que cortar a menudo las telas y manteles donde los hacía, lo que era motivo de burla entre ellos.

Filippino Lippi se encontraba sentado a la derecha de Lorenzo. Ahora añadió sus versos al tema iniciado por Lorenzo.

—Como ayudante he de sufrir,
mi desnudez exhibir
A las que miran por la ventana
cuando me quita la sábana.

Volvieron a escucharse los golpes sobre la mesa, en señal de aprobación. Todo el mundo conocía la historia de lo que sucedía en el taller: Sandro le quitaba a Filippino la sábana con la que se cubría para dormir cada vez que se le terminaban las grandes hojas de papel que solía utilizar para hacer bocetos de tamaño natural.

A continuación, todos miraron a Pico, que estaba sentado junto a Filippino. Los *rispetti* eran una costumbre importada de Sicilia, un juego infantil lleno de ingenio cuyo empleo se perdía en el tiempo. Los versos improvisados se tenían que cantar uno tras otro, tocándole por turno a los que estaban sentados ante la mesa, y finalizaba una vez que regresaba basta el que hubiera iniciado el tema. Fallar, balbucear o romper el ritmo hacía que uno se ganara las críticas e incluso los insultos de todos los participantes.

La mente de Pico estaba ocupada con una idea un tanto esquiva que se le acababa de ocurrir acerca de la conexión que creía haber encontrado entre las matemáticas y la jerarquía de los ángeles. No se dio cuenta de que le había llegado el turno a él hasta que ya fue demasiado tarde. Los trozos de pan le cayeron viniendo desde todas partes, y Agnolo Poliziano, que estaba sentado a su lado, reanudó el juego cambiando de tema.

—Cuidado con el gran pensador,
que es un lamentable tipo,
dice que no es bebedor,
pero un borracho es más listo.

Los *rispetti* continuaron, burlándose del aspecto de Pico, su verbosidad, su perpetua lentitud y su ardoroso temperamento. Los versos de Gigi Pulci fueron los más aplaudidos de todos. Vació su copa de vino e hizo gárgaras al tiempo que cantaba:

—Por Pico brindo yo ahora,
por el oro que su cabeza dora;
de su virginidad se desprenda,
antes que la vejez lo prevenga.

El rostro del joven filósofo se ruborizó y empezó a levantarse del asiento. Ginebra, que se hallaba sentada junto a Pulci, cantó tan fuerte que sus notas desafinadas hicieron gruñir a los demás.

—Si Pico sigue mi pensamiento,
Gigi no turbará su sentimiento;
en veinte lenguas él decirle puede
Lo pésimo que su chiste huele.

Pico volvió a sentarse, dirigiéndole una sonrisa a Ginebra, y los *rispetti* continuaron, dirigiendo esta vez sus ataques contra el humor de Gigi, quien aceptó el desafío y replicó a cada cantor con unos versos propios, duplicando el ritmo y la estridencia del juego, que terminó en cuanto los sirvientes trajeron la comida. Pico ofreció entonces su nueva teoría para que fuera discutida, y la argumentación que se inició fue intensa.

Sin perder el complicado hilo de la discusión que se estaba produciendo, Lorenzo captó la mirada de Botticelli. No le dijo nada, no había necesidad de hacerlo. Su verso de apertura de los *rispetti* fue su forma de reconocer que Sandro le había mostrado el camino hacia la felicidad que conocía ahora, y la expresión sesgada de la

gratitud que sentía por ello.

Al final de la velada, Lorenzo dispuso que sus amigos fueran acompañados hasta sus casas por unos portahachones y una escolta de guardias. Así era como siempre terminaban las veladas durante los meses en que se hacía demasiado pronto de noche y se imponía el toque de queda.

Ginebra dio las buenas noches sin mostrar el torbellino de emociones que estaba sintiendo. ¿Cómo podía decirle a Lorenzo que su amor no conocía límites, que deseaba expresarlo de todos los modos posibles, que anhelaba hacer el amor con él… pero no todavía?

No en aquella casa, con su esposa y sus hijos durmiendo tranquilamente bajo el mismo techo que cobijaba la unión de su cuerpo con el de Lorenzo.

Porque para su amor no había calificaciones. Había existido un terror de sumisión en lo más profundo de su alma desde que fuera violada, pero eso no tenía ahora cabida en sus emociones. Deseaba ser una parte de él, que él fuera una parte de ella por muy grande que pudiera ser el dolor de su cuerpo.

Pero su corazón anhelaba algo más que una invitación a visitar las habitaciones de Lorenzo, o invitarle a visitar las suyas. El secreto y la hipocresía empañarían la belleza del momento más importante de su vida, la plenitud de todos sus sueños.

¿Cómo podía hacerle comprender a Lorenzo que su renuencia no significaba que su amor fuera menos intenso?

Los invitados se habían marchado, pero Pico no mostraba signos de retirarse a su habitación. Empezó inmediatamente a defender la tesis que había propuesto antes. Lorenzo levantó ambas manos.

—*Pax* —dijo riendo—. Me sentiría feliz de discutir contigo toda la noche, filósofo, pero Ginebra no se merece un castigo tan cruel. Guarda tus argumentos hasta que haya regresado —se dirigió hacia Ginebra con una mirada de amor en sus ojos—. Ven conmigo, contadina.

Ella se levantó del banco, mientras en su cabeza seguía dando

vueltas el conflicto entre su anhelo de estar con él, y la aversión que le producían las circunstancias.

El brazo de Lorenzo le rodeó la cintura con fuerza conduciéndola hacia el vestíbulo. Ya ante la escalera, él se detuvo y le hizo girar la cabeza.

—Buenas noches, mi amor. ¿Te verás conmigo a la hora del desayuno?

El corazón de Ginebra latió con fuerza y alegría. Qué estúpida había sido. Pues claro que Lorenzo había comprendido, y sin necesidad de palabras.

—Te veré por la mañana —le dijo.

—¿Me amas?

—Con todo mi ser.

—Como yo a ti.

Le besó la mano, y fue todo lo que ella necesitó para sentirse extasiada, como una promesa de las caricias que vendrían. No sabía que Lorenzo no tenía planes de llevarla a su cama aquella noche, ni ninguna otra noche.

A medida que fueron transcurriendo los días y las semanas, Ginebra se fue convenciendo más y más de que el amor que Lorenzo le profesaba era de una clase muy diferente a lo que ella sentía por él.

Sus miradas, sus palabras, sus besos y sus manos sosteniéndola eran una verdadera fiesta para su corazón. Pero no tenía suficiente con aquella clase de fiesta. El amor que ella sentía era muy glotón. Se pasó largas horas de desánimo atormentándose por sus propios fallos. Se dijo que si ella fuera más inteligente, él la amaría más, y para conseguirlo se dedicó a estudiar por las noches. Si tuviera un gran talento…, y se dedicó a practicar con el laúd durante largas horas. Se miraba una y otra vez en el pulido cristal de azogue de su habitación y se echaba a llorar desconsolada. Era tan fea.

Finalmente, se dirigió a una de las casas de la *via delle Belle Donne*, la calle de las Mujeres Hermosas. Se dio cuenta de que la gente se la quedó mirando en cuanto entró en la calle, a cuyos dos lados se alineaban las casas de prostitución. Ginebra irguió la cabeza, adelantó la barbilla y llamó a la más grande de todas ellas.

—Quiero ver a la dueña —dijo a la sirvienta que le abrió la puerta—. Tengo dinero.

Hizo sonar la abultada bolsa que llevaba del cinturón cuando fue introducida en el estudio de la señora.

—Le pagaré bien para que me ponga hermosa —le dijo.

Y así empezó un verdadero día de tortura.

Primero la desnudaron y refregaron desde la cabeza a los pies con piedra pómez. Luego, mientras se empapaba en un baño de zumo de ortigas para blanquearle la piel, la dueña le fue depilando las cejas. Las prostitutas trabajaron por turnos para depilarle el cabello de la frente, y darle así la exagerada frente alta que era lo último en cuanto a ideal de belleza.

—Ahora ha quedado un trozo de cuero cabelludo blanco sobre ese rostro bronceado, estúpidas —siseó la dueña una vez que hubieron terminado—. Rápido, id a los mercados y conseguid los ingredientes de la poción más fuerte para broncear el cutis —y volviéndose luego hacia Ginebra, añadió—: Ahora ya eres una buena rival para cualquier belleza de Florencia. Pero al final del día serás la reina.

Ginebra no tuvo nada que decir. El zumo de ortigas era como fuego aplicado sobre su piel previamente refregada, y sentía la cabeza como si le hubieran hecho mil pequeñas heridas.

Sin embargo, se sometió al proceso de ser secada con toallas rugosas, y a ser cubierta por una pasta negra de olor nauseabundo, y envuelta en tiras de lino, como una momia, empapadas en clara de huevo. «Esto es mucho peor que cuando me vendaron para curarme los huesos rotos —pensó—. Pero a pesar de todo lo soportaré».

Le lavaron el cabello en vinagre, luego lo pasaron por la corona abierta de un sombrero de ala ancha y lo cubrieron con un ungüento de color blanco.

—Ahora iremos al tejado para dejar que el sol haga sus efectos durante un rato —dijeron alegremente las prostitutas.

Mientras Ginebra se tostaba, le picaba todo el cuerpo y sudaba, las mujeres jugaron a los dados y le gritaban a todos los hombres que entraban en la casa: «Vete a casa y sorprende a tu esposa con su

amante. Hoy tenemos cerrado».

Los fuertes olores que se elevaban de la puerta abierta de la casa hacían que la nariz de Ginebra se torciera y el estómago protestara con retortijones. «¿Cómo es posible tener tanta hambre cuando estoy sufriendo tanto?», se preguntó. Pero la tenía, y comió el pan y la sopa de coles que le trajo la dueña con un muy saludable apetito.

—¿Qué otra cosa has cocinado? —le preguntó—. Huele deliciosamente.

La dueña se echó a reír de un modo extravagante, sacudiendo encantada todos los rollos de rosada grasa de su cuerpo. Según le explicó, no se trataba de comida, como se podía pensar por el olor, sino de una loción cosmética mejor de lo que sería capaz de hacer cualquier boticario. Orgullosa de su experiencia, la mujer le dio a Ginebra la receta: una paloma blanca, del blanco más puro, muerta y desplumada, decapitada, desmembrada, extraídas las patas y las alas, lavada cien veces con cantidades iguales de mosto y aceite de almendras dulces, a lo que se añadía un puñado de lepidio. Más tarde, la solución de lavado se hervía y se filtraba una y otra vez para destilar la blancura de la paloma.

—Es una loción que he inventado yo misma, y en todas las demás casas de esta calle andan desesperadas por conocer su proceso de fabricación.

Ginebra le juró solemnemente no revelar el secreto.

Cuando ya se estaba preguntando si podría seguir resistiendo un minuto más sobre las calientes baldosas del tejado, las mujeres la hicieron entrar de nuevo en la casa para someterla a posteriores tratamientos. Perdió la cuenta del número de veces que le lavaron y fregaron su cuerpo y su cabeza con destilaciones secretas.

Finalmente, la vistieron con una camisa y la sentaron cerca de una mesa que contenía un amplio surtido de tarros de cristal de roca y cajitas doradas de pomadas como ella jamás había visto, ni siquiera en la calle de los orfebres. «¡Qué buen negocio debe de ser la prostitución! —pensó—. Le preguntaré a Lorenzo lo que cuesta visitar una casa como ésta».

Y entonces, por primera vez desde que Llegara aquella misma mañana, Ginebra recordó por qué razón se encontraba allí.

—¿Quedaré hermosa? —preguntó con un ligero temblor de esperanza en su voz.

—Pues claro que sí —contestó la dueña—. Sé lo que me llevo entre manos. Y ahora, cierra los ojos para que nada te entre en ellos.

Ginebra obedeció. Le resultó muy emocionante la sensación de unos dedos experimentados actuando sobre su rostro, sus hombros y su cabello. Sí, quedaría hermosa, y Lorenzo diría que ni siquiera Lucrezia Donati le había parecido más deseable que ella.

—*Ecco*, madonna —dijo la dueña con acento triunfal.

Ginebra abrió los ojos. Una de las prostitutas sostenía un espejo ante ella, para que se mirara. Se trataba de uno de aquellos espejos venecianos, fabulosamente valiosos, hechos de azogue que ni siquiera se encontraban en el palacio de los Medici. Le ofrecía el más exacto reflejo que hubiera contemplado jamás.

El rostro que vio era el suyo y, sin embargo, no lo era. Estaba cubierto por una pasta blanca y brillantemente enrojecido, y se extendía muy hacia arriba, hasta la parte superior de la cabeza. Unas líneas negras le rodeaban los ojos, formando delgados arcos por encima; en una comisura de la boca tenía un aterciopelado lunar negro.

Entre todo ello se encontraba la nariz, prominente y larga, que seguía siendo la suya, pero que era más larga y más visible por su blancura, entre el rojo de las mejillas.

Lunares de terciopelo negro también le punteaban el cabello, pero éste no era la ligera trenza morena que había conocido, sino que aparecía con una tonalidad mucho más pálida y enrojecida, y casi invisible en las intrincadas construcciones del cabello postizo de reluciente seda amarilla.

En el hueco del cuello, también pintado de blanco, aparecía un lunar de terciopelo rojo.

Era una visión grotesca. Lorenzo se sentiría repelido en cuanto la viera.

Ginebra se contempló en el espejo con desesperación. Más allá de los hombros pintados y empolvados observó los rostros llenos de orgullo de la dueña y de sus prostitutas.

—Es una transformación —dijo la más joven de ellas—. Debes de sentirte muy feliz, madonna.

—Oh, sí —dijo Ginebra—. Habéis logrado producir un milagro.

¿Por qué iba a hacerlas sentir tan desgraciadas como ella se sentía?

—¿Tienes algo adecuado que ponerte? ¿Una seda roja, quizá, o una capa de terciopelo amatista? ¿Y joyas?

Ginebra les prometió que así lo haría. Se puso encima la *gamurra* y la *cioppa* de segunda mano y entregó a la dueña la abultada bolsa.

—Tomaré dos florines, madonna —dijo la mujer con avidez—. Como comprenderás, el precio de las palomas en estos tiempos es un verdadero escándalo, y mis chicas podrían haber ganado…

—Sí —le interrumpió Ginebra—, lo comprendo. Quédate con la bolsa, con todo el dinero. Has sido muy amable, todas vosotras lo habéis sido. Tengo que marcharme… Alguien me está esperando.

En cuanto estuvo fuera de la vista de las mujeres, que se despidieron de ella saludándola con la mano, echó a correr. Mantuvo la cabeza todo lo baja que pudo, mirando hacia el empedrado, para que nadie pudiera reconocerla. Una vez cruzado el río disminuyó el paso y recuperó el aliento.

Luego subió por el camino de la colina que conducía a La Vacchia, dejando a los lados del camino brillantes tiras de cabello postizo dorado, que se iba arrancando de la cabeza mientras caminaba.

50

Ginebra se dedicó a arrancar las malezas con las brillantes uñas de las que las prostitutas se habían sentido tan orgullosas el día anterior. Deseaba borrar los rastros de su estúpido intento por cambiar lo que era. Sólo así podría eliminar quizá el recuerdo de todo aquello.

—¿Dónde está ella? —preguntó la voz de Lorenzo entrando en la casa.

Ginebra se bajó aún más el pañuelo sobre la frente, para cubrirse la repugnante piel blanquecina y pelada, y se inclinó más sobre el macizo de flores que estaba cuidando, deseando poder ocultarse en él. Intentó no hacer caso de sus pasos sobre el camino de gravilla, hizo un esfuerzo por no girar la cabeza para mirarle, a pesar de lo mucho que anhelaba hacerlo.

—¡Ginebra! —Su voz sonó enojada al tiempo que la sujetaba por los hombros—. Ginebra, mírame.

No pudo dejar de hacerlo.

Los brazos de Lorenzo estaban llenos de flores. Por encima de los suaves capullos rosados aparecía su rostro sombrío como una nube de tormenta.

—¿Por qué no regresaste anoche a casa? —preguntó con un gruñido—. Hice salir a los guardias a las calles, hasta el amanecer, buscando tu cuerpo muerto.

—¿De veras?

—Pues claro que lo hice, tonta. ¿Y qué se suponía que 443iba a hacer yo esta mañana con todas estas flores para el día de Mayo? El carromato de Careggi fue el primero en pasar las puertas de la ciudad en cuanto se abrieron, con los ramos para Ginebra. Pero ¿dónde estaba Ginebra? Jugando a esconderse en su villa.

El cuerpo de Ginebra se sintió como si de pronto lo hubieran llenado con burbujas, como si pudiera flotar en el aire transportada por una exuberante sensación de felicidad. Él la amaba. Se preocupaba por ella. Le entregaba ramos de flores para el día de Mayo. En Florencia, el día de Mayo los pretendientes preparaban un ramo de flores que dejaban a la puerta de la casa donde vivía su amada.

Lorenzo la miró fijamente y entonces lanzó una exclamación de asombro, dejó las flores a un lado y se arrodilló junto a ella.

—Mi corazón, disculpa mi enojo —le dijo—. Déjame sostenerte —y un brazo la atrajo hacia sí—. ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo te has hecho daño?

La mano de Lorenzo le tocó con suavidad las cejas, empujando hacia atrás el pañuelo que le cubría la frente. Ginebra forcejeó para liberarse de su abrazo.

—No quiero que lo veas. Detente, párate, Lorenzo, te lo ruego.

—¿Qué es? Tengo que saberlo. Mataré a quien te lo haya hecho.

Ginebra se cubrió la cabeza con los brazos.

—Yo misma lo hice —confesó, y empezó a llorar.

Lorenzo la abrazó contra su pecho, acunándola como ella había hecho en una ocasión con él.

—Tranquilízate —le dijo con voz tierna—, tranquilízate, pequeña, tranquila, cariño mío, mi pequeña contadina. No hay nada que merezca tus lágrimas.

—Tengo el aspecto de un payaso —dijo ella con un gemido.

—No, no, en absoluto. Pareces más bien una sucia muchacha campesina a la que le ha sucedido algo en el cabello. Pero el cabello crece, contadina. Y me encantan las muchachas campesinas por encima de todas las demás.

—He sido tan tonta —dijo ella balbuceante, disfrutando de lo mal que se sentía porque el consuelo que recibía era tan precioso.

—Sí, lo has sido… Pero ahora los dos lo somos por estar arrodillados aquí, sobre la tierra cubierta de barro, cuando la fiesta del día de Mayo ha empezado en el pueblo. Deja de llorar y vayamos a unirnos a la fiesta.

Ginebra se levantó, deseando marcharse. Le encantaban las fiestas populares, y nunca había estado en una del día de Mayo. Entonces, se llevó las manos a la frente.

—Alguien me verá —exclamó con un gemido.

—Te apretaré más el pañuelo, y te sujetaré una flor en él.

El día de Mayo en los pueblos campesinos era una fiesta mucho más viva que la tradición urbana de regalar flores de un modo respetuoso y tranquilo. Siempre había música; a veces acudían gaiteros desde las colinas, y a menudo había un ajado burro con timbales sujetos a los costados y un badajo atado a la cola para hacerle moverse constantemente y producir así un sonido resonante.

Y la vieja y antigua tradición del palo del día de Mayo había sobrevivido lejos de las ciudades, de modo que aquí había música y baile. Las muchachas jóvenes del pueblo, llevando guirnaldas de flores, saltaban, bailaban y desplegaban sus encantos al tiempo que entretejían relucientes cintas de colores alrededor del palo.

La música ya había empezado a sonar cuando Lorenzo y Ginebra llegaron al pueblo. Se unieron al grupo de campesinos que reían al ver al burro, y no dejaban de golpear los timbales como contrapunto al sonido del badajo.

—El baile del día de Mayo, que empiece el baile —gritó la multitud.

Los ojos de los hombres ya estaban encendidos ante la expectativa de ver a las muchachas, mientras que las mujeres mostraban la expresión de quienes recuerdan otros momentos de su juventud, y los niños hacían cabriolas, llenos de alegría.

Una brisa hizo ondear las cintas sujetas en lo más alto del palo, pero sueltas en la base, aunque reunidas en un nudo flojo, que el viento terminó por liberar. Entonces, el aire las levantó, girando a cierta distancia del palo, casi formando una tienda de vivas cintas de colores. La multitud avanzó riendo para apoderarse de los extremos de las cintas, y las manos ávidas se elevaron para intentar capturar la elusiva viveza de los colores. Lorenzo extendió las manos alrededor de la cintura de Ginebra y la levantó entre los colores ondeantes.

—¡Ya tengo una! —gritó ella—. No, dos…, tres…, oh, se me ha escapado una.

Las doncellas echaron a correr a partir del lugar en el que

habían estado esperando, en la capilla. Ellas también fueron levantadas por las fuertes manos de los campesinos, para capturar sus propias cintas.

—Que empiece el baile —exigió la gente—. Que empiece el baile.

Todo el mundo se apartó hacia los rincones de la pequeña plaza del pueblo, aplaudiendo, dando patadas en el suelo, silbando y gritando.

—¿Puedo? —preguntó Ginebra a las muchachas que la rodeaban.

—Con placer —contestó una, y luego otra y otra.

—Empieza —le dijo una de las muchachas.

Ginebra se situó frente a ella y levantó los brazos imitando el paso de la muchacha. Luego, siguiendo la pauta de las demás bailarinas, se introdujo bajo un puente hecho de cintas, pasó la que ella sostenía por encima de la cabeza que se acercó a ella, luego por debajo, por encima, por debajo, sin dejar de reír, haciéndolo cada vez con mayor rapidez, acercándose más y más al palo, hasta que sus brazos lo rodearon, mezclados con los brazos de las demás muchachas, abarcando los colores entretejidos de las cintas alrededor del palo.

Por encima de sus cabezas, las cintas que no habían encontrado bailarinas que las sujetaran ondeaban sueltas al viento.

—Otra vez —gritaron los del pueblo.

Y los muchachos jóvenes corrieron para levantar a las doncellas. Lorenzo tomó a Ginebra de la mano y la hizo salir de allí.

—Tenemos que marcharnos —le dijo en voz baja—. Alguien me ha reconocido y eso lo ha echado todo a perder.

—Por encima del muro —le dijo Ginebra—. Yo te mostraré el camino.

Los terrenos de La Vacchia limitaban por el sur con el extremo del pueblo; Ginebra se había sentado en el muro que rodeaba la propiedad cientos de veces, cuando era una niña, para contemplar la contenida y ajetreada vida de la plaza del pueblo. Dirigió a Lorenzo hacia el lugar donde las raíces de un árbol habían debilitado el equilibrio de las piedras del muro, hasta desmoronar la

mitad de ellas.

La hierba del campo de heno sólo tenía unos pocos centímetros de altura. Las flores silvestres de colores amarillo, rojo y blanco sobresalían por encima del verde. Ginebra correteó en espiral por entre los vividos colores y terminó al lado de su amado, jadeante y alegre.

—Es maravilloso, Lorenzo, ver lo desanimada que estaba y lo contenta que me siento ahora. Hasta me siento mareada de tanta felicidad.

—Yo también —dijo él.

Se sentía intoxicado por la libertad que percibía en ella, por su abandono a la vida, a su música y colorido.

El pañuelo se le había caído un poco hacia atrás, y la parte blanquecina de la frente puesta al descubierto representaba una terrible vulnerabilidad sobre su rostro moreno y sonrosado. Lorenzo la detuvo posando unas manos firmes sobre sus hombros. Luego, con dedos vacilantes, tiró de la punta del pañuelo. Ginebra retrocedió y le apartó las manos, volviendo a colocarse el pañuelo sobre la parte blanca de la cabeza.

—No —le dijo Lorenzo—. No hagas esas cosas. Te haces daño. ¿Por qué te has depilado el cabello de ese modo, contadina? ¿Y qué ha sido de tus encantadoras cejas?

—Quería estar hermosa —dijo Ginebra bajando la mirada hacia la tierra cubierta de flores silvestres—. Fui muy estúpida —se tragó sus temores y le miró directamente a los ojos. Tenía que saberlo, tenía que preguntárselo, aunque la respuesta pudiera destrozarla—. ¿Es mi fealdad lo que no puedes soportar, o se trata de algo más, de algo que no puedo cambiar? Haría cualquier cosa, Lorenzo, fuera lo que fuese.

—No sé de qué estás hablando, ni lo que quieres decir —replicó él con el rostro contraído en una expresión de desconcierto—. Te amo, contadina. Amo todo lo que se refiere a ti. Me encanta mirarte, oírte hablar, observar cómo te mueves. ¿De qué me hablas ahora?

—No me haces el amor.

Lorenzo se quedó boquiabierto. Sacudió la cabeza, tratando de aclararse las ideas, de pensar, de encontrarle sentido a las palabras que ella acababa de decirle, a la mirada de sus ojos muy abiertos,

interrogantes y recelosos.

—Ginebra, siéntate aquí, a mi lado —dijo por fin.

Le rodeó una muñeca con los dedos y tiró de ella con suavidad, haciéndola sentarse sobre la hierba. La miró intensamente a los ojos y habló con lentitud, tratando de explicarle todo lo que, para él, seguía siendo un misterio.

—Tengo treinta y cuatro años, Ginebra, y me siento como un crío gracias a este amor que siento por ti. Creía saber lo que era el amor; he amado a menudo, y con intensidad. Pero esto…, no conocía nada como esto.

»Cuando hablas de "hacer el amor" te estás refiriendo a lo que yo solía llamar "amor". Aunque no siempre era así. Un hombre puede tener a veces a una mujer sin razones más complicadas que el simple placer. Pero cuando yo creía amar, me estaba refiriendo en realidad a la toma, la posesión de lo que deseaba.

»Contigo, amor mío, todo es diferente. Tengo la sensación de que eres mía y de que lo has sido desde siempre; eras mía incluso antes de que empezara el mundo, del mismo modo que yo siempre he sido tuyo. Formas parte de mí igual que yo formo parte de ti.

»Y, sin embargo, te amo de una forma que no tiene nada que ver conmigo…, o más bien te amo mediante la ignorancia y la erradicación de mí mismo. Cuando mi cuerpo se excita y mis manos anhelan acariciarte, mi corazón los controla. Te amo demasiado, tanto que no puedo permitir que conozcas de nuevo la agonía de la lujuria de un hombre… Recuerdo tus cicatrices y pienso en tus sufrimientos, y toda mi alma retrocede.

Ginebra le tomó las manos entre las suyas. Sus ojos mostraban el brillo de la ternura.

—He sido mucho más estúpida de lo que creía. Te prometo que no permitiré que mis preocupaciones vuelvan a amargarme. Y tú debes prometerme que no me ocultarás nada. Ni tus más bajos pensamientos, ni tus más nobles ideas. Si los dos vamos a comportarnos como estúpidos, al menos seámoslo juntos.

»Te deseo, Lorenzo. Deseo que me toques los pechos…, así —y le colocó las manos sobre sus pechos—. Ah, cuánto tiempo hacía que lo deseaba.

Debajo de las palmas los pechos se hincharon presionándose contra las manos de Lorenzo, que emitió un gemido, los sostuvo y

apretó los labios sobre el corazón de Ginebra, percibiendo sus rápidos latidos.

Se amaron el uno al otro en un lecho de flores, con lentitud y, sin embargo, con urgencia, explorando sus partes más íntimas con una suavidad que se transformó en fortaleza, hasta convertirse en un poder que los inundó, fundiendo sus corazones, sus almas y sus cuerpos hasta que ambos fueron uno solo.

Después, se miraron profundamente a los ojos, llenos con la languidez de la pasión y el amor consumados. Lorenzo besó las curvadas cicatrices de los pechos de Ginebra. Y ella le besó la cicatriz recta que él tenía en el cuello. Y de ese modo quedó definitivamente curada la tragedia iniciada por los asesinos de la familia Pazzi.

51

—Quiero enseñarte mi trabajo —dijo Ginebra una vez que se hubieron vestido.

Le condujo hacia La Vacchia, a través de los campos, los viñedos y los huertos de olivos. En un momento en que se cruzaron con uno de los campesinos, la reacción temerosa del hombre al ver a Lorenzo le hizo comprender a Ginebra por qué se habían marchado con tanta rapidez del pueblo. Para aquellas gentes, Lorenzo era el Magnífico, y se sentían semiparalizadas en su presencia.

—¿Siempre son las cosas así? —le preguntó ella.

—Excepto con mis amigos. A veces sucede incluso con ellos, si es que quieren pedirme algo.

—Es muy triste y debes de sentirte muy solo —dijo ella apretándose más contra su brazo.

—No lo consideres con romanticismo, contadina —dijo Lorenzo riendo—. De joven tuve la oportunidad de elegir, y elegí tener el poder. Jamás me ha parecido que el precio a pagar haya sido demasiado alto.

Pero ella seguía considerando que su aislamiento era algo muy triste y se prometió a sí misma, en silencio, que haría todo lo posible por envolverlo de tal modo en su amor que no volviera a conocer lo que era la soledad.

Al mediodía prepararon pan, queso y vino y se lo llevaron todo al campo cubierto de flores, donde comieron y luego volvieron a hacer el amor.

—Jamás cortaré esta hierba —dijo Ginebra con un suspiro—. Quiero que permanezca intacta para siempre, como un santuario para conmemorar el día de hoy.

—Te lo recordaré cuando llegue el mes de septiembre y

contemples el buen heno que se podría obtener de aquí —dijo Lorenzo echándose a reír y esquivando los juguetones golpes que ella le lanzó con sus puños.

Por la tarde cabalgaron hasta Careggi.

—Éste será nuestro hogar —dijo Lorenzo—. Siempre me he sentido muy feliz aquí; es el lugar correcto para que seamos amantes.

Poco más de dos semanas más tarde, Lorenzo entró precipitadamente en el jardín de Careggi, en busca de Ginebra. Ella se hallaba dedicada a trasplantar sus lirios favoritos desde La Vacchia a un terreno recién arado situado junto a una mesa que había bajo los árboles. Lorenzo la levantó por la cintura y la balanceó en el aire, trazando un círculo.

—Ya te dije que me traías muy buena suerte —gritó—. Está empezando a suceder lo que más deseaba que sucediera.

La instaló sobre la mesa y la besó. Ginebra tenía la respiración demasiado entrecortada como para preguntarle qué había pasado. Sin embargo, no necesitó hacerlo. Lorenzo caminó hacia delante y atrás, ante ella, al tiempo que le comunicaba las buenas noticias.

El rey de Francia había contestado por fin a las cartas escritas por otros jefes de Estado, embajadores y nobles, a quienes Lorenzo había escrito a su vez. Le concedía la abadía de Font Doulce a Giovanni, el hijo de Lorenzo. Eso significaba que el muchacho disponía ahora de una cierta posición en el seno de la Iglesia. Se había convertido en abad.

O lo sería en cuanto el papa le confirmara en el puesto.

—Algunos de estos días, mi hijo llegará a ser cardenal —declaró Lorenzo—. Esto no es más que el principio.

—No comprendo cómo puedes confiar en que Sixto se muestre amable contigo cuando la guerra ha vuelto a estallar en Ferrara —dijo Ginebra frunciendo el ceño—. Creo que Roma es enemiga de Florencia.

—Pero Francia es amiga mía —replicó Lorenzo sonriendo—, y es mucho más poderosa que Roma. Sixto no puede permitirse ofender al rey Luis. Ésa es la razón por la que le escribí todas aquellas cartas.

—Ya entiendo —dijo Ginebra con un guiño—. Eres un astuto zorro. Vuelve a ser el mismo truco de la cadena con la *fleur-de-lis* que te pusiste en tu viaje a Nápoles. No es nada extraño que seas tan buen jugador de ajedrez.

La sonrisa de Lorenzo fue incluso más amplia que la suya.

—La razón por la que soy tan buen jugador de ajedrez es que tú siempre te dejas ganar a mitad de la partida para que así podamos acostarnos antes. Juguetona.

Le besó la suave arruga de su frente. En el poco espacio de tiempo transcurrido desde que eran amantes, ambos se habían creado una vida en común que se adaptaba muy bien a los dos. La ciudad seguía siendo el centro de sus vidas, que seguían estando muy ocupadas, incluso por separado. Pero Careggi sólo estaba situado a un corto trecho a caballo de las puertas de la ciudad, y encontraban con facilidad las ocasiones para retirarse a su tranquila intimidad.

A veces se quedaban allí durante la noche, y otras veces solo para comer al mediodía bajo los árboles. En ocasiones se dedicaban a llevar a cabo por separado los cambios que habían planeado juntos, destinados a conseguir que la villa fuera específicamente suya. Careggi era para ellos un retiro y un santuario, el lugar donde ambos eran más ellos mismos, donde podían entregarse sus corazones, sus mentes y su amor sin la menor reserva. Careggi les permitía que la vida en la ciudad les resultara soportable tal y como siempre había sido, como simples amigos. No existía el menor engaño, pero ellos jamás desplegaban su amor ante los demás. Se trataba de una especie de tesoro privado, demasiado nuevo como para ser compartido con nadie.

El 31 de mayo llegó un mensaje procedente de Roma. El Vaticano había aprobado el beneficio concedido por el rey Luis a Giovanni.

Eso era lo que estaba esperando Lorenzo, quien ya había previsto el siguiente paso. Al día siguiente acudió al palacio su viejo maestro. Gentile de Becchi, en su calidad de obispo de Arezzo. La familia se reunió en la pequeña capilla para asistir a la ceremonia en la que confirmó a Giovanni, y luego le peló el cabello en la coronilla para formar una tonsura.

Durante la fiesta que siguió, Lorenzo brindó por su hijo,

utilizando el título clerical de Giovanni, *Messire*. Pico estaba de pie, cerca de Ginebra.

—Esta república de Florencia tiene un curioso sistema —le comentó—, en el que un niño puede ostentar un título mientras que su padre, el gobernante, no tiene ninguno.

—No entiendo nada de todo esto —admitió Ginebra—. ¿Cómo es posible que un niño de siete años sea el abad de un monasterio, aunque se trate de una abadía francesa?

La hermosa sonrisa de Pico le iluminó el rostro.

—Ginebra, a veces me encantas. ¿Acaso crees que la Iglesia es algo tan sencillo como un sacerdote que conduce al pueblo hacia Dios? La Iglesia es política, diplomacia y poder… y por detrás de todo eso es la depositaria de la verdad y la guardiana del cielo. Cualquier cosa es posible en la Iglesia.

Ginebra recordaría aquellas palabras una semana más tarde cuando llegó la noticia de que Giovanni también había sido nombrado arzobispo de Aix-en-Provence.

—Creía que nuestros oponentes debían de estar a punto de empezar a pelearse entre ellos —dijo Lorenzo un buen día, a mediados de julio—. Ahora estoy seguro de ello. Venecia va a dejar que el sobrino del papa se cave su propia tumba.

Acababa de llegar procedente de la ciudad y estaba caluroso y polvoriento a causa del viaje a caballo. Ginebra vertió agua en un cuenco y humedeció un trapo para que se humedeciera el rostro y el cuello.

—Gracias, mi amor.

Una vez eliminada la suciedad, los labios de Lorenzo mostraron el revelador matiz de palidez que indicaba el dolor que sufría. En silencio, Ginebra maldijo la guerra que le exigía cabalgar diariamente a la ciudad para trabajar en su despacho y asistir a las conferencias con el gobierno. Este último ataque de gota no había sido tan grave como algunos anteriores, pero había durado más de una semana. La guerra estaba ensombreciendo el verano que estaban pasando en Careggi.

Ella sabía que ésta apenas afectaba a Florencia. Todos los combates se libraban bastante hacia el norte, y no existía el menor

peligro para la república. El único papel de Florencia consistía en apoyar a Milán, que podría haberse encontrado en riesgo si las ambiciones de Venecia se extendían más allá de la pequeña ciudad-estado de Ferrara, que era el objetivo anunciado. Pero ni siquiera esa participación limitada permitía que Lorenzo desviara su cuidadosa atención de los informes que llegaban cada día al palacio, procedentes de sus informadores, y de las interminables reuniones a las que tenía que asistir con los diversos comités y funcionarios.

—Si Venecia rompe con Riario, ¿cuánto tardará en terminar la guerra? —preguntó ella.

—Probablemente, los combates no terminarán hasta la tregua invernal. En cuanto al reparto de los despojos podría tardar años. Necesitaremos poner en marcha una serie de negociaciones —la expresión de Ginebra era sombría—. Vamos, contadina, alégrate. Hasta una guerra puede proporcionar beneficios inesperados. ¿No quieres saber por qué razón estoy seguro de que Venecia se dispone a abandonar a Riario?

—¿Por qué?

—Porque los dogos le han preguntado a Andrea si estaría dispuesto a aceptar un encargo. Quieren un artista florentino, aun cuando Riario es enemigo de todo lo que tenga que ver con la república. Es evidente que no les importa si a él le gusta o no. Por lo tanto, esa alianza no es tan firme como lo fuera en otros tiempos.

Ginebra se sintió verdaderamente interesada.

—¿Y qué ha contestado Andrea? ¿Va a aceptar el encargo?

—Ya lo conoces —contestó Lorenzo echándose a reír—. Verrocchio siempre está interesado si los emolumentos son lo bastante elevados. Pero es un hombre al que le gusta conservar sus comodidades. No sé si estará de acuerdo en abandonar su taller y su hogar, ni siquiera por toda la riqueza de Venecia. Debe de hallarse ante un grave dilema. He recibido las noticias de un informador que tengo en Venecia, no de él. Supongo que se siente incapaz de tomar una decisión. Le he enviado recado diciéndole que echamos de menos el ruido que arma en la mesa; espero que acudirá a cenar. Quiero verle en nuestras reuniones.

Careggi había sustituido al palacio como el lugar regular de reunión con sus amigos. Los largos días les permitían regresar a Florencia antes de que cerraran las puertas. Y la unión entre

Ginebra y Lorenzo era tan completa que ellos no necesitaban protegerla de la intrusión de los demás.

—Te equivocaste en tus suposiciones —se burló Ginebra—. La de Andrea era la mente más decidida que jamás he visto. Jamás he conocido a nadie que se sintiera tan entusiasmado.

Venecia quería que Verrocchio hiciera una estatua para conmemorar al general que había dirigido su ejército en guerras anteriores. No se trataba de una simple estatua, sino que además era ecuestre y debía hacerse en bronce. Y debía ser de un tamaño natural o incluso mayor. Padua, una pequeña ciudad existente en el Estado veneciano, era la única que poseía una estatua de este tipo y que había sido ejecutada con éxito desde los tiempos del Imperio romano. También ésta era un monumento a un general veneciano y se trataba de una figura de bronce a caballo. Era una de las maravillas de la época y había sido hecha por el gran Donatello.

La voz de Andrea había sonado con un tono insólitamente bajo al hablar de ello.

—Y pensar que tendré una oportunidad para emular al maestro. Es el trabajo más desafiante que jamás se me ha pedido que haga. Y si tengo éxito, habré hecho algo que posiblemente no pueda hacer ningún otro hombre vivo. Eso me ganará la inmortalidad.

Se marchó un mes más tarde. Durante la cena de despedida que le ofrecieron Lorenzo y Ginebra, todo el mundo bebió mucho y más de uno lloró. Andrea estaría ausente durante varios años.

Ginebra ya había llorado aquella misma tarde, cuando Andrea llegó a Careggi, antes del regreso de Lorenzo desde la ciudad.

—Antes quería verte a solas —dijo Andrea—, y entregarte un pequeño regalo. Se trata de una clase de monumento diferente. No podría decirte estas cosas si no tuviera que marcharme, Ginebra, pero como tengo que irme, puedo decírtelas. Me he sentido orgulloso de ti desde que eras una niña pequeña, pero este verano he llegado a amarte. Por la felicidad que le has aportado a mi amigo Lorenzo y por la lección que le has enseñado a este viejo corazón cínico. Vosotros dos sois la prueba de que puede existir un amor

perfecto. Jamás creí que pudiera llegar a creer tal cosa.

—Andrea…, gracias.

—Deja de lloriquear, Ginebra, o tendré que sonarme la nariz. Ni siquiera has visto todavía el regalo que te he traído. Es una de las mejores cosas que he hecho nunca, una cosa muy feliz para este oasis de felicidad que tú has creado.

Andrea desenvolvió el paquete que había tomado de su bolsa, y Ginebra contempló la encantadora y juguetona sonrisa de un querubín de bronce. Era muy joven, con los pies rechonchos, con una arruga en las muñecas y los tobillos, las mejillas redondeadas y el estómago lleno que hacían que los niños pequeños fueran tan encantadores. Unas pequeñas alas, adecuadas para su edad, le sostenían equilibrado sobre un pie, mientras sujetaba un pez graciosamente retorcido, que intentaba escapar de sus manos.

—Andrea, me encanta. Y tú también. Es una obra maestra y…

—Ya está bien, Ginebra. Es una fuente para el jardín que estás creando aquí. El agua surgirá de la boca del pez. No me gustaría saber que has ordenado instalar algo tan vulgar como un san Francisco y los pájaros.

52
1484-1486

—Tenemos que estar locos —dijo Lorenzo.

—Tienes un aspecto algo extraño —dijo Ginebra echándose a reír—, pero estás definitivamente magnífico.

La lluvia le recorría el nudoso cuerpo de atleta y le aplastaba el cabello contra la cabeza hermosamente configurada. Desde las pobladas cejas le caían riachuelos de agua sobre el hinchado pecho.

—Eres como una ninfa de agua que se hubiera caído al río —dijo Lorenzo con una sonrisa apartándole una gota que colgaba de la punta de la nariz.

Ella también estaba desnuda, con una guirnalda de flores silvestres formando un círculo empapado de agua. Lorenzo había recogido las flores silvestres poco antes de que empezara a llover y le había confeccionado la guirnalda con sus dedos largos y hábiles. Estaban en el campo de La Vacchia, donde habían hecho el amor por primera vez tres años antes. Cada día de Mayo volvían para recrear la alegría de aquel descubrimiento. Ésta era la primera vez que les había llovido.

Ginebra se incorporó y se ajustó la guirnalda; las manos de Lorenzo tocaron las de ella, que tiró de él, levantándolo, hasta tenerlo cerca de sí. Le pasó las manos por el cuello y sus ojos se encontraron, intercambiando silenciosas promesas, y sus risas cesaron. En el momento en que se encontraron sus labios dejó de llover tan repentinamente como había empezado, y una brisa cálida alejó el escalofrío de sus cuerpos húmedos.

Ginebra sostuvo una mano sobre el rostro de Lorenzo para protegerle los ojos del sol mientras dormía. Con la otra mano le apartó el cabello húmedo que le caía sobre la frente. Se sentía feliz siempre que él dormía sus pequeñas siestas que le restauraban la fortaleza que tan a menudo le fallaba a medida que su enfermedad le iba debilitando más y más. Esas siestas también le proporcionaban a ella la oportunidad de contemplarlo, de relamerse con el tesoro de su amor del mismo modo que un avaro se relame con su montón de oro. Era algo que sólo hacía cuando él dormía, ya que se sentía incómodo si ella le observaba de ese modo y, según decía, le hacía sentirse como uno de los barriles de aceite de oliva que ella contaba con tanta avidez una vez terminado el prensado de la cosecha recogida en La Vacchia.

Ella le había hablado de aquella sensación de relamerse, del mismo modo que le hablaba de todo lo que había en su corazón y en su mente, igual que hacía él. La intimidad que compartían era completa, y la unión de sus cuerpos sólo era una parte del todo.

Ginebra apartó un insecto del hombro de Lorenzo e inhaló el dulce aroma de la tierra y de las flores secándose bajo el sol. Sólo ella sabía que, en el fondo, Lorenzo era un sentimental. Aquel ceremonial de aniversario había sido idea suya, igual que lo era la fiesta que organizaba cada año con motivo de su mutuo cumpleaños. Aquella noche nunca había invitados a cenar. Sólo se encontraban ellos dos, en Careggi. Mientras cenaban a solas, celebraban todas las cosas buenas que habían sucedido desde el cumpleaños anterior y luego, tras la cena, brindaban el uno por el otro y decían: «Te entrego el regalo de mi corazón», antes de hacer el amor.

Ella sonrió al recordar el primer año. Casi se habían quedado congelados de frío. Careggi había sido diseñado para pasar los veranos, y no para rondas nocturnas desnudos el día primero de enero. Aquella primavera, Lorenzo ordenó construir la loggia. Se extendía hasta el fondo de la casa, hacia el sur, y los arcos estaban cubiertos con paneles de cristal. Todas las personas que conocían quedaron conmocionadas ante tal herejía. Una loggia dejaba de serlo si era cerrada.

Pero todos tuvieron que tragarse las palabras cuando llegó el invierno y acudieron a comer al mediodía en la estancia calentada

por el sol, rodeada por limoneros cubiertos de brotes prematuros.

—¿No se te cansa el brazo de actuar de ese modo como parasol? —preguntó Lorenzo al despertar.

—Ahora que lo dices, sí, se me cansa —contestó Ginebra flexionando el brazo—. Ni siquiera me había dado cuenta. Estaba recordando el primer cumpleaños que pasamos en Careggi.

—En esa ocasión estábamos aún más locos que hoy —comentó Lorenzo echándose a reír—. Estabas azulada de tanto frío.

—¡Ja! Pues tú estabas verde.

—No digas tonterías, mujer. Yo soy un italiano de sangre caliente. Ven aquí y te lo demostraré.

Ginebra se acurrucó contra él y su cabeza encontró el hueco situado cerca de su cuello, donde le encantaba dejarla descansar. Las manos de Ginebra iniciaron la lenta exploración del cuerpo que tan bien conocían.

—Eso está muy bien. Un poco más arriba y a la izquierda. Eso es, rasca ahí. Algo me ha picado.

—¿Qué tal así?

—Perfecto. Ya es suficiente. Ahora ya puedes seguir.

—Con gran placer, siempre y cuando estés dispuesto a dejar a Pico esperando.

Lorenzo emitió un gruñido.

—Se me había olvidado. Tendremos que marcharnos.

Se volvió hacia un lado y la cabeza de Ginebra resbaló y cayó sobre el suelo.

—Bruto —dijo ella—. Sólo por eso tendrás que marcharte solo. Me voy a dedicar a echarles un vistazo a las viñas mientras los campesinos están ocupados en el pueblo, emborrachándose.

—Cobarde —replicó Lorenzo y se echó a reír ante el vehemente gesto de ella—. No creas que vas a escapar tan fácilmente —le advirtió—. Esta noche te contaré todo lo que me diga él.

—Eso no me importa. No sueles insistir en que me muestre de acuerdo con todas las palabras.

Ginebra se sentía molesta con Pico y le molestaba doblemente el hecho de que a Lorenzo le pareciera divertida su irritación. Admitió de mala gana que la Academia Platónica era mucho más excitante

desde que Pico se había convertido en miembro de la misma. Y también en más agradable. Estimulados y aguijoneados por la presencia de Pico, los eruditos habían terminado por adoptar actitudes más flexibles y humanas. Ahora acudían a Careggi, donde las reuniones eran mucho más cómodas. Y cuando el fresco de Ghirlandaio quedó terminado, acudieron un día tras otro a Santa Trinità, sólo para asegurarse de que los miles de personas que acudían a ver el cuadro los reconocían como los mismos hombres que se encontraban en el grupo que contemplaba la pintura a su izquierda.

Pero, según insistía Ginebra, el amor propio de Pico había excedido todo lo decente. Dos años antes se había marchado a Roma presentándole a la curia una monumental lista con novecientas preguntas. «Puedo contestarlas todas —fanfarroneó—, y estoy dispuesto a debatirlas públicamente con todo aquel que se atreva».

Las preguntas planteadas abarcaban todos los temas, desde las matemáticas a la teología, y sus respuestas se basaban en los textos que había estudiado en hebreo, árabe y caldeo, incluyendo su favorita; la cábala. No hubo ningún debate. Los cardenales examinaron la lista y declararon que trece de aquellas preguntas eran heréticas.

Pico escapó de Roma antes de que lo pudieran arrestar y huyó a Francia. Pero la influencia del Vaticano cruzó con facilidad la frontera y fue hecho prisionero en Vincennes. Lorenzo tardó casi un año y tuvo que utilizar toda su influencia para conseguir su liberación de la mazmorra donde fue encerrado.

Ginebra creyó que Pico se sentiría agradecido por haber recuperado la libertad. En España, por ejemplo, los herejes eran conducidos a la hoguera. Pero, tras su regreso a Florencia, Pico anunció inmediatamente que él tenía razón y que la Iglesia estaba equivocada.

Ahora pretendía mostrarle a Lorenzo el tratado que había escrito para «demostrarlo», según afirmaba.

Lorenzo ató los lazos de la *gamurra* de Ginebra y le dio una palmadita en el trasero.

—Bueno, ya está —dijo—. Me gustas con las ropas húmedas, contadina. No hacen más que resaltar tus encantos.

—Pues a mí me gustas más cuando no llevas ropas húmedas —replicó Ginebra con una exagerada mirada impúdica—. Es una pena que tengas que marcharte para escuchar la prueba absoluta de que una palabra con siete letras y ninguna vocal significa que Pico della Mirándola es el hombre más astuto del mundo.

—Eres cruel —dijo Lorenzo sonriendo—. Mordaz y cruel. ¿Cómo es posible que yo quiera tanto a una mujer tan malvada? —Le tomó una mano entre las suyas—. Acompáñame hasta donde está el caballo, arpía. ¿Estás segura de que no quieres venir?

—Será mejor que no vaya. Sería capaz de hundirle a Pico su hermoso cuero cabelludo con un objeto pesado.

Antes de montar, Lorenzo la abrazó estrechamente.

—Feliz aniversario, cariño mío.

—Muy feliz —susurró Ginebra—. Siempre.

Esperó a que Lorenzo se hubiera alejado bastante en dirección a la ciudad, y luego cabalgó hasta Careggi. En realidad, no deseaba examinar el estado de las viñas; aún era demasiado pronto ese año. Y la villa ya no representaba su principal interés. Vigilaba de cerca la marcha de las cosas en La Vacchia, del mismo modo que hacía con los baños de Morba que Lucrezia le había dejado en su testamento. Pero Careggi era como su hogar; lo demás solo eran negocios.

Ambas propiedades le producían un dinero que ella guardaba como una ardilla, en una caja con llave diseñada para guardar joyas. Lorenzo intentó convencerla para que lo depositara en el banco y lo invirtiera, pero Ginebra se limitó a contestarle que ella tenía el alma de una campesina y quería tener sus monedas de oro allí donde pudiera contemplarlas.

—Las cosería en el fondo del colchón, pero sé que tú te quejarías entonces de los bultos.

Lorenzo raras veces dormía en su propio dormitorio cuando estaba en Careggi.

En cuanto llegó a casa, Ginebra entregó el caballo a uno de los mozos y sostuvo una larga charla con Emilio, el tiránico anciano

que estaba a cargo de los establos. Los caballos de carreras de Lorenzo eran conocidos ahora en toda Europa, gracias a Emilio, que era tanto su criador como su entrenador.

Ginebra necesitó de toda su paciencia y encanto para escuchar las enojadas quejas del viejo y para suavizar su ofendido orgullo. Lorenzo había vendido el caballo del que Emilio estaba convencido que ganaría el Palio de este año.

Después de salir de los establos, se detuvo ante la valla del prado y lanzó un silbido para llamar a «Morello». Siempre le encantaba observar al elegante animal trotando con las crines al viento en respuesta a su señal.

—Hola, cariño —le dijo, acariciándole las crines—. Le he robado a Emilio un poco de azúcar para ti —extendió la palma de la mano y sonrió ante la precisión con que «Morello» lo tomó de su mano—. Tendrás que conformarte con eso, campeón. Lorenzo no regresará hasta mañana.

Estaba segura de que él se quedaría en la ciudad para pasar allí la noche. No había visto a sus hijos desde hacía tres días, un largo período de tiempo para él.

«Morello» le empujó el brazo, pidiéndole más.

—Lo siento, amigo, eso es todo lo que tengo —dijo Ginebra. Acercó entonces la boca a la oreja de «Morello» y le susurró—: Emilio ha perdido a su ganador del Palio, y está enfadado con todo el mundo. Pero a nosotros no nos importa, ¿verdad? Cuando tuvimos nuestra oportunidad, ganamos.

Antes de entrar en la villa, Ginebra caminó por el huerto de olivos hasta el cobertizo de los cerdos, que representaban algo nuevo en Careggi. Se trataba de una raza que Lorenzo había importado desde el sur de Nápoles. Tenían fama de dar un jamón digno de los dioses.

Tomó un palo y le rascó el lomo a una cerda, mientras el cuidador le informaba sobre la alimentación que estaba poniendo a prueba, y cuánto peso habían ganado sus pupilos.

Una vez que hubo llegado a su habitación, Ginebra anotó las cifras en su diario. Mantenía un registro de todo lo que sucedía en Careggi, incluyendo las fechas en que se iniciaban las tareas de plantado, la cosecha, los cambios importantes de tiempo, los resultados de los experimentos llevados a cabo por Lorenzo en

busca del queso más perfecto.

También tomaba notas sobre los acontecimientos que sucedían en su vida, incluyendo los más tristes. Una página con una espesa escritura señalaba el día de febrero en el que murió Gigi Pulci. Pero, afortunadamente, en las páginas del libro tenía que introducir pocas penas. Y, en cambio, había muchas alegrías. Al final de la información sobre los cerdos, escribió: «día de Mayo. Lluvia».

No necesitaba anotar más que eso para que su mente pudiera volver a recordar toda la experiencia de aquel día.

Sus labios se contrajeron en una sonrisa. Lorenzo tenía razón: ambos debían de estar locos.

Aquella noche, al arrodillarse para rezar sus oraciones, le dio gracias a Dios por aquella bendita locura.

53

—Tu amigo Pico está realmente loco —dijo Lorenzo en cuanto regresó a casa al día siguiente. Se estaba riendo tanto que apenas era capaz de pronunciar las palabras. Ginebra se cruzó de brazos—. Ha escrito una brillante defensa de su supuesta herejía —siguió diciendo Lorenzo—, incluyendo una introducción en la que afirma que sería realmente innecesario defenderse, ya que cualquier persona educada comprenderá con tal facilidad lo mal redactado que está el pronunciamiento de la curia, que llegará a la conclusión de que los cardenales deben de ser demasiado ignorantes como para comprender su tesis. En consecuencia…, que es lo que trataba de probar…, le condenaron porque las conclusiones a las que él había Llegado eran demasiado difíciles para ellos, y no porque estuviera en el error.

—¿Cómo te puede parecer divertido eso, Lorenzo? —preguntó Ginebra, horrorizada—. Si envía ese documento al Vaticano, harán algo mucho peor que enviarle a prisión.

Ella misma se sentía enojada con Pico, pero no deseaba que se le hiciera ningún daño. Su solicitud se acabó en cuanto Lorenzo terminó de contarle la historia.

—Además, el estúpido me ha dedicado a mí la defensa de su tesis, como forma de gratitud por mi apoyo.

—¡Oh, no! Eso ya es demasiado. No puedo creer que Pico sea tan idiota como para no saber lo que eso significará para ti. Deberías encerrarle en una mazmorra tú mismo, Lorenzo. Y amurallar la puerta. Él se encargará de destruir todo aquello por lo que has trabajado. El papa se revolverá contra ti.

El papa era ahora Inocencio VIII, sucesor de Sixto, el antiguo enemigo de Lorenzo, que había muerto dos años antes. Inocencio

tenía buena fama, era un hombre amable, interesado sobre todo por las comodidades y placeres que le proporcionaba su posición, así como por sus hijos ilegítimos.

Lorenzo era una de las principales fuentes de tales comodidades, y la influencia que ejercía sobre Inocencio ya era bastante fuerte.

Confiaba en aumentar dicha influencia, y muy pronto. El acceso de cólera de Ginebra contra Pico no tenía la menor base. Los pocos meses siguientes serían cruciales para el éxito de Lorenzo con el papa.

—Tranquilízate, contadina, no voy a permitir que Pico me meta en la boca del león. Le convencí para que dejara en mis manos la defensa, de modo que mis calígrafos pueden hacer una copia adecuadamente impresionante. Probablemente se habrá arrojado en brazos de cualquier otra pasión para cuando regrese, y entonces todos nos habremos olvidado de esto.

—¿A dónde se va? Confío que sea a la China.

—Al mejor sitio al que podría ir. A Mirándola, para ver a su familia. Su padre dejó de enviarle la subvención cuando fue arrestado. Hasta Pico necesitará su tiempo para recuperar el favor del príncipe.

Ginebra decidió entonces cambiar de tema. La discusión sobre Pico le estaba dando dolor de cabeza.

—Creo que los cerdos van a ser un gran éxito. Se les está administrando ahora una nueva mezcla de comida…

Aquella noche los filósofos de la Academia acudieron a Careggi. Ginebra se concentró en charlar con los jóvenes a los que Lorenzo había invitado como participantes invitados en la reunión. Simpatizaba con la timidez que mostraban porque ella misma recordaba vivamente lo que había sentido al principio de ser incluida. Y le gustaban además porque no eran Pico.

No obstante, no pudo evitar el darse cuenta de que sin la presencia de Pico las discusiones adquirían un tono predecible y eran incluso un tanto apagadas.

La Academia se quedó allí a pasar la noche. Al día siguiente la Escuela de Armonía daba un recital en Careggi. Ginebra observó con nerviosismo el cielo durante la mayor parte del día, y

finalmente decidió que parecía seguro organizar la sesión al aire libre, en el jardín.

La música se mezcló con el rico perfume de las magnolias, y el cielo se tiñó de rosa. Ginebra suspiró inaudiblemente ante la perfección del momento.

—Ha sido perfecto, ¿verdad? —preguntó en voz alta cuando todo el mundo hubo regresado a casa y se encontró a solas con Lorenzo.

—Sí, perfecto —asintió él.

—¿Te das cuenta de que tú eres el responsable? Fuiste tú quien inició la Escuela de Armonía.

—Eso me lo recuerdas después de cada recital —dijo Lorenzo besándole una mano.

—¿De veras? No lo había notado. Entonces, dejaré de hacerlo.

—No hay necesidad de llegar a esos extremos. Ya me gusta que me lo recuerdes. En realidad, me gusta todo lo que tú haces.

Le sostuvo la mano y ambos permanecieron en silencio, compartiendo la tranquilidad de su hogar y la belleza de las magnolias iluminadas por las estrellas que brillaban sobre los árboles que les rodeaban, como cientos de diminutas lunas pálidas. La fuente de Verrocchio dejaba oír el agua que chapoteaba con suavidad en el silencio de la noche.

Una vez que Pico se hubo marchado, la relación de Lorenzo con el papa estuvo asegurada, al menos por el momento. A mediados de verano decidió que había llegado el momento de ofrecerle al papa la alianza capaz de cimentar su influencia sobre él.

Ginebra se había marchado a Morba cuando llegó a Florencia la respuesta de Inocencio. En cuanto ella regresó a Careggi, una simple mirada al rostro de Lorenzo le indicó que la oferta había sido aceptada.

—Que Dios bendiga a esos pequeños pájaros —exclamó ella. Durante dos años, Lorenzo había incluido una jaula con dos hortelanos bien cebados que acompañaban cada una de las cartas que enviaba a Roma. A Inocencio le encantaba el delicado sabor de la carne de esas aves—. Ha dicho que sí, ¿verdad?

—Sí, ha dicho que sí a todo —asintió Lorenzo—. Todos mis

problemas están solucionados.

Franceschetto Cibo, el hijo de Inocencio, fue prometido con Maddalena, la hija de Lorenzo. Y la cuenta pontificia regresó de nuevo al banco de los Medici.

—¡Hurra! —gritó Ginebra al saberlo.

Se puso a bailotear de alegría. Nadie, excepto ella, sabía lo desesperado que había estado Lorenzo por encontrar fuentes de ingresos. Para celebrar el matrimonio de Lucrezia, su hija mayor, tuvo que venderle a Ludovico Sforza el gran palacio donde estaba instalado el banco de los Medici en Milán, con objeto de obtener los fondos necesario para proveerla de la dote. Y cuando su joven primo Lorenzo alcanzó la mayoría de edad, tuvo que entregarle la villa de Cafaggiolo, y las casas de campo que poseía en Mugello, para cubrir el préstamo que se había hecho a sí mismo varios años antes.

—¡Hurra! —volvió a gritar Ginebra—. Vamos, baila conmigo. Magnífico.

Ginebra tomó a Lorenzo por la mano, tratando de arrastrarle a sus alocados giros.

—¡No, contadina! —exclamó él, tambaleándose y cayendo sobre ella.

Ginebra se detuvo en seguida, le rodeó la cintura con los brazos y le sostuvo. Luego le sonrió, como si no hubiera pasado nada.

—Tengo una idea. Iremos a tomar los baños para celebrarlo. Morba está ahora muy hermoso y hace fresco allá arriba, en las montañas.

—Nunca has podido decir una mentira de un modo convincente, mi amor —dijo Lorenzo acariciándole una mejilla—. No hay nada que celebrar. Lo que quieres es que me someta a un tratamiento contra la gota.

—Sí, en efecto. El año pasado te hizo mucho bien. Pasaste varios meses sin ningún dolor. Y yo me tendría que haber quedado más tiempo en Morba. Estoy construyendo una nueva serie de habitaciones, y debería estar allí para comprobar cómo las terminan. Si nos marcháramos mañana…

—Ya está bien —la interrumpió Lorenzo poniéndole un dedo sobre los labios—. Iré a los baños. En realidad, tenía la intención de hacerlo en cuanto recibiera la respuesta de Inocencio —apartó el

dedo y la besó—. Pero no iré contigo a Morba. No me gusta eso de ser «el amigo de la dueña». Prefiero un lugar donde pueda quejarme y ser tan desagradable como todos los demás gotosos sometidos a tratamiento. Esta vez lo intentaré en Spedaletto. Tú puedes terminar tu edificio mientras yo estoy allí, y luego los dos regresaremos a casa al mismo tiempo.

—No, iré a Spedaletto contigo. A mí también me gustará saber cómo le va a la competencia. He oído decir que tienen allí a un nuevo y espléndido masajista, y es posible incluso que lo contrate.

Y así era, en efecto; había oído hablar de aquel masajista, y tenía intenciones de tomar lecciones de él. Las piernas de Lorenzo se ponían rígidas durante el invierno, y los masajes que ella le daba no parecían ya servirle de gran ayuda.

54
1487-1488

Había nieve en la terraza, al otro lado de la loggia acristalada. Ginebra y Lorenzo arrojaron sobre ella trozos de pan para que los pájaros pudieran compartir la fiesta de su cumpleaños.

—¿Cuál ha sido para ti el acontecimiento favorito del año? —preguntó Ginebra dando comienzo a la ceremonia ritual.

—El día de Mayo bajo la lluvia —contestó Lorenzo en seguida—. ¿Y el tuyo?

—Eso es lo mismo que yo iba a decir. Ahora tendré que encontrar alguna otra cosa… Creo que elegiré la canción que escribiste para el carnaval. Fue tan divertida que los chicos que la cantaban no dejaban de parar para reírse… ¿Recuerdas al del pelo rojo rizado? Pues era tan torpe que ni siquiera se había enterado de qué iba la cosa después de tantos ensayos.

—Y entonces —siguió diciendo Lorenzo echándose a reír—, uno de los otros se lo explicó y el pobre se ruborizó tanto que tenía la cara como el pelo… Vamos, toma los instrumentos, contadina, y cantemos algo.

—Mira, Lorenzo, hemos espantado a las aves.

Ginebra tañó otro acorde y Lorenzo empezó otra canción. Estaban sentados en bancos, uno frente al otro, Lorenzo con el laúd y Ginebra con la mandolina. Y rieron al escuchar sus propias voces desafinadas y ante la maravilla de hallarse en compañía de la única otra persona en el mundo a quien no le importaba la cacofonía.

A menudo interpretaban música juntos porque a ambos les encantaba la música y eran buenos instrumentistas. Pero cuando se ponían a cantar el placer era incluso más serio. El día de su

cumpleaños, el placer procedía de compartirlo todo, incluso las debilidades comunes.

La regla establecida era que el día de su cumpleaños sólo se podía tratar de temas agradables, de modo que Lorenzo esperó al día siguiente para contarle a Ginebra el problema surgido en las relaciones con el papa Inocencio.

—Nunca pensé que ese anciano perezoso tuviera prisa por nada —gruñó—, pero ayer se recibieron cuatro cartas de él. Cuatro. Todas dictadas en un mismo día. Y ésas se añaden a las cinco que llegaron la semana pasada. Dice que su hijo se siente impaciente, pero eso no puede ser cierto porque Cibo es incluso más indolente que Inocencio.

El papa quería que el matrimonio entre su hijo y Maddalena tuviera lugar en la primavera siguiente, en cuanto el tiempo permitiera el viaje de Maddalena a Roma.

Lorenzo, sin embargo, necesitaba esperar hasta que la cuenta pontificia acumulara dinero suficiente para la tremenda dote que había prometido entregarle a su hija.

—¿Recuerdas que dije que todos mis problemas financieros estaban solucionados? Pues ahora resulta que la falta de dinero está a punto de arruinar la misma alianza con la que se suponía que se solucionaría todo. No puedo decirle a Inocencio por qué razón tiene que esperar, eso es evidente. Debo encontrar una excusa plausible.

—¿La edad de ella?

—Ya tiene casi catorce años; no, eso no servirá. Tendré que intentar algo que sea por lo menos razonablemente creíble. Podría decir que Clarice no la deja marchar. Eso se ajusta bastante a la verdad, pero no sé si sonará a una excusa plausible. No obstante, Clarice es una Orsini y eso aún tiene mucha importancia en Roma, incluso para un papa.

»Eso es, Ginebra. De todos modos, creo que vale la pena intentarlo. Le diré a Inocencio, con toda la elocuencia de que pueda hacer gala, que deseo tanto como él la celebración de esa boda, pero que debo pedirle un período de espera. Se lo pediré en nombre de Clarice. Ella no puede soportar que se marche su hija favorita, justo ahora. Me ruega que deje a Maddalena con ella un poco más,

porque no se siente bien y su hija favorita es un gran consuelo para ella.

»Eso también es cierto. Y así lo confirmarán los espías de Inocencio. Clarice no se siente bien desde hace varias semanas. Tiene una grave indigestión…

Ginebra le miró fijamente. Lorenzo acababa de violar una de las reglas establecidas entre ellos: había hablado de Clarice.

Era permisible hablar de ella como un elemento de diplomacia, pero no como una mujer real capaz de sentir dolor. En el fondo de su mente, Ginebra siempre había sido consciente de ser una adúltera, de que Lorenzo era esposo, además de padre. Pero se las había arreglado para que dicha conciencia quedara reprimida en el fondo de su mente, evitando a Clarice, tanto en persona como en las conversaciones.

—Me siento celosa —le había dicho a Lorenzo. Y cuando él intentó convencerla de que los celos no valían la pena en este caso y eran indignos, Ginebra se había enfurecido—. No me importa nada de todo eso, Lorenzo. Lo cierto es que estoy celosa, y no quiero hablar sobre Clarice. Tendrás que respetar mis sentimientos, tanto si son razonables como si no.

Hasta ese momento, él lo había recordado. Y ahora, al ver la expresión en el rostro de Ginebra, lo volvió a recordar.

El papa Inocencio aceptó las excusas de Lorenzo y se mostró de acuerdo en posponer todos los preparativos para la boda hasta que mejorara la salud de Clarice. También le envió a ella un regalo: un crucifijo que él mismo había bendecido y un vial de agua del río Jordán para que rociara con ella su habitación.

Lorenzo se limitó a contarle a Ginebra que el retraso había sido aceptado.

Ella le abrazó con un afecto feroz.

—Nunca ha existido un diplomático capaz de hacerte sombra —le dijo.

Se lo volvió a decir varios días más tarde, cuando Ludovico Sforza le envió un regalo a Lorenzo. Se trataba de un mazo de cartas, cada una de ellas pintadas de un modo intrincado con escenas, símbolos y figuras sobre un fondo sobredorado. Las cartas eran algo nuevo en Europa, y ni siquiera Lorenzo poseía un juego.

—La carta de Sforza dice que se pueden utilizar para adivinar el

futuro o para jugar —dijo—. ¿Qué es lo que prefieres? Podría enviar a buscar a uno de los gitanos para que nos haga una predicción.

—Prefiero el presente al futuro. Nosotros mismos podemos imaginar la forma de utilizarlas para apostar. Jugaremos después de cenar. Todo el mundo puede ayudar a inventar el juego.

Las cartas causaron sensación entre sus amigos. Botticelli intentó convencer a Lorenzo para que le encargara pintar un juego. Lorenzo se negó a ello con una risotada.

—Ya tengo este juego, Sandro, y no puedo permitirme comprar otro.

Y al escuchar estas palabras, todo el mundo se echó a reír.

El regalo que recibió Lorenzo en la primavera causó una gran sensación en toda la Toscana. El sultán de Egipto le envió una jirafa.

Los florentinos se enamoraron de esta fabulosa y graciosa criatura. Se alineaban en las calles cuando era paseada por la ciudad, y se apelotonaban para verla en el establo especialmente alto que se le construyó cerca de la iglesia de Santa Maria Novella. Cuando la noticia sobre la existencia del maravilloso animal se extendió, la gente empezó a acudir desde el campo, las ciudades cercanas e incluso pueblos y ciudades situados a ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

El gremio de orfebres hizo una cadena para atarla; se crearon ropas de seda con dibujos que imitaban los de su piel, y que llevaron tanto hombres como mujeres; las prostitutas copiaron sus movimientos ondulantes al caminar, y se engomaron rígidos pelos negros para imitar las pestañas en forma de abanico; todos los artistas de la ciudad la dibujaron, la pintaron, la modelaron en arcilla, la esculpieron en mármol; las mujeres elegantes de todas las edades se peinaron el cabello con un estilo que mostraba dos pequeñas masas de cabello retorcido en la parte delantera, como los suaves cuernos de la jirafa.

El día de Mayo Lorenzo introdujo la fiesta popular del palo de

Mayo en la ciudad. El primero de mayo, las monjas de Santa Trinità tenían la costumbre, desde hacía tiempo, de alimentar a los pobres en la pequeña plaza situada frente a la iglesia. Lorenzo hizo montar el palo de mayo en el centro de la plaza. Convenció a las familias de una docena de doncellas jóvenes de que era perfectamente respetable que sus hijas ejecutaran el baile del palo de mayo.

—Mi propia Maddalena será una de las muchachas —dijo.

A Ginebra se le encomendó la tarea de enseñar a bailar a las muchachas; Agnolo Poliziano se encargó de escribir el poema para la música compuesta por Lorenzo; un cantante y un tañedor de laúd aprendieron la canción.

—Personalmente, creo que el burro con los timbales es mucho más divertido —dijo Ginebra aquella tarde—, pero ha sido encantador y le ha parecido perfecto a todo el mundo.

—Ya hablaremos más tarde de eso —dijo Lorenzo—. Después de la celebración de nuestro aniversario.

Le desabrochó el vestido y la tendió sobre la alfombra de flores que cubría el campo.

Aquel año fueron a un nuevo balneario. Era el de Filetta, cerca de Siena, y se trataba de lo más novedoso en cuanto a lujo. Ginebra apenas si tuvo tiempo para tomar los baños ya que estuvo muy ocupada haciendo dibujos y tomando notas sobre las mejoras observadas, para aplicarlas después en Morba.

A Lorenzo le encantaba burlarse de ella, diciéndole que el edificio con columnas de mármol no tenía la menor importancia para la fuente de aguas sulfurosas. Las aguas de Filetta eran mejores que las de Morba y él se sentía mucho mejor de lo que se había sentido en varios años.

Pero entonces llegó un correo y su buen estado de ánimo se evaporó.

—¡Ginebra! —La llamó con expresión desconsolada—. Creía que no podría encontrarte. Nos tenemos que marchar en seguida. Deprisa. Dejaré a un hombre para que se ocupe de nuestras cosas. No podemos reducir nuestra marcha con una bestia de carga —le

había desaparecido del rostro el color saludable y parecía repentina abrumado y enfermo—. Clarice ha muerto —dijo con una voz llena de dolor y pena.

Durante el presuroso viaje de regreso a Florencia, Lorenzo casi no habló. Ya en el palacio se dirigió directamente a ver a sus hijos.

Ginebra se marchó a su habitación y esperó a que se le dijera lo que debía hacer. Se sintió muy aislada y solitaria.

55

—Contadina, siento no poder encontrar muchas oportunidades para verte. Debo estar con los niños, y ocuparme de todas las cartas que hay que escribir a los Orsini sobre el funeral, y de las demás cartas sobre el compromiso de Piero con Alfonsina Orsini, y luego están las disposiciones sobre la boda de Maddalena y…

—Está bien, Lorenzo. Lo comprendo. Y no me importa, de veras.

Y era cierto, lo comprendía. Y no le importaba encontrarse sola en Careggi. Lo que sí le importaba era que Lorenzo se preocupara por ella como si fuera una más de sus responsabilidades, del mismo modo que los niños o los asuntos de gobierno. Le importaba mucho más que él estuviera tan cansado y que en sus labios apareciera la palidez que indicaba la presencia del dolor. Pero, sobre todo, le importaba su propia inutilidad para él en un momento en que necesitaba ayuda y consuelo.

Si en lo más profundo de su corazón le dolía verle tan afectado por la muerte de Clarice, no se permitió a sí misma reconocerlo así.

Estuvo muy ocupada. Aunque permaneció lejos de la ciudad y de sus amigos, para evitar las murmuraciones de los florentinos y la incómoda compasión de los amigos, tenía trabajo más que suficiente con el que ocuparse, tanto en La Vacchia como en Careggi. En una casa de campo siempre hay algo que hacer durante el tiempo de la cosecha.

Y a medida que los días se fueron haciendo más cortos, hubo mucho tiempo para reflexionar durante las largas noches.

Sobre Lorenzo. Sobre ella misma. Sobre ellos dos juntos. Y por separado.

Decidió no permitir que se hartara de ella. Si se mantenía aparte e independiente, Lorenzo no se sentiría responsable por ella, no

sentiría la necesidad de pedirle disculpas cuando ella tuviera que apañárselas sola.

«Pero formo parte de él, del mismo modo que él forma parte de mí —protestó su corazón—. No podemos estar separados. Él es mi amor y mi vida».

«Pero os separaréis —le dijo su mente—. Lorenzo tiene catorce años más que tú».

Ginebra se cubrió las orejas, negándose a escuchar.

Y sus pensamientos continuaron, sonando en alta voz en su mente, con crueldad: «Está enfermo y empeorará, mientras que tú tienes la fortaleza de una campesina».

Hizo esfuerzos por no escuchar lo que le decía su mente, pero los pensamientos la pillaban desprevenida, cuando estaba menos preparada para rechazar su insistente voz interior.

Al tomar el diario para anotar el número de nuevos olivos que se habían plantado, se abrió por la nota que había inscrito tantos años antes, cuando Gigi Pulci murió sobre el suelo de su taberna favorita, entre un charco de vino.

Y por la noche se despertaba, aterrorizada por lo que veía en los sueños.

Hasta que finalmente supo lo que tenía que hacer.

—Mi corazón, me alegro tanto de estar de regreso en casa —dijo Lorenzo abrazándola con fuerza—. Deja de trabajar en el jardín y vayamos dentro. Quiero algo de comida y de vino, y la agradable temperatura de nuestra loggia. Hay muchas cosas que quiero contarte.

Los planes para el matrimonio de Maddalena se habían completado por fin. Se marcharía a Roma inmediatamente después de Navidades, con Piero como escolta. Durante las semanas que tendría que estar en Roma antes de la boda, prevista para el 20 de enero, tendría amplias oportunidades para hablar con Inocencio acerca de su esperanza de nombrar cardenal a Giovanni.

Lorenzo hablaba con rapidez y comía muy poco. Ginebra esperó a que fuera él quien le dijera por qué estaba tan nervioso.

—Todavía no dispongo del dinero suficiente para preparar la dote, contadina —dijo finalmente—. Les voy a entregar el palacio

de los Pazzi y la villa de Montughi para completarla.

—¿Y creías que a mí me importaría? —preguntó Ginebra sonriendo—. Nunca conocí esos lugares. Mi hogar estuvo en La Vacchia.

Lorenzo partió un trozo de pan y lo mojó en la salsa de su plato.

—Esto es exactamente lo que quería. Estoy muerto de hambre.

Entre un bocado y otro le fue contando todos los detalles del matrimonio de Piero. Se celebraría en mayo, el veintidós. La partida de Alfonsina estaba prevista para que ella llegara hacia el día uno.

—Pero les escribí a los Orsini para comunicarles que no vendría bien ninguna fecha anterior al dos de mayo —dijo, mirándola con actitud recelosa—. Les he dicho que el primero de mayo me gusta desnudarme y hacer cosas paganas en los campos de heno.

Ginebra se echó a reír. Se sintió como una jovencita, algo tímida, después de tantas semanas de separación, y estremecida de excitación.

Lorenzo también parecía sentirse tímido, y su sonrisa era la de un muchacho. La tomó de la mano y le dijo:

—Una vez que hayamos sufrido las ceremonias de la boda de Piero, recuperaremos nuestra fortaleza. Entonces, nos casaremos aquí, teniendo únicamente a nuestros amigos por invitados. Será una ocasión alegre, en lugar de todo ese espectáculo.

—Debes de estar bromeando —dijo Ginebra sin dejar de sonreír —. Sabes muy bien, amor mío, que no tengo la menor intención de casarme. Ni siquiera contigo. Necesito conservar mi libertad para ser feliz.

Era la primera mentira que le había dicho desde el día en que se convirtieron en amantes. Se trataba de una mentira exigida por el mismo amor que le profesaba. No podía permitir que muriera intranquilo, pensando en ella, preocupado por ella, sintiéndose responsable por ella. En los años que quedaban tendría que haber muchas más mentiras, hasta que él se sintiera plenamente satisfecho sabiendo que ella llevaría una vida llena sin su presencia.

Lorenzo siempre había dicho que ella era incapaz de mentir, pero el amor le proporcionó la habilidad necesaria para resistir las horas de discusión que siguieron a su alegre rechazo de lo que hubiera deseado más que nada en el mundo.

Imaginó percibir un destello de alivio inconsciente en sus ojos

cuando le convenció de que le amaría siempre, pero que no podía ser su esposa. «Estoy haciendo lo que debo hacer», pensó.

Algo más tarde, estuvo segura. Tras el entusiasmado alivio de su acto de amor, Lorenzo se echó a llorar entre sus brazos.

—Tendría que haber estado con Clarice en el momento de su muerte —exclamó entre sollozos—. Se lo debía. Ella siempre cumplió con su deber, y habría significado mucho para ella saber que yo me había dado cuenta. Pero no estuve allí para decírselo. Un hombre es responsable de la comodidad de su esposa, y yo no supe darle lo que ella tenía derecho a esperar.

Después de aquella explosión incontrolada, Lorenzo se quedó dormido. Ginebra le observó, como hacía siempre, ávida por contemplar su querido rostro y su cuerpo.

Y entonces, un dolor helado le atravesó el corazón.

Las hermosas manos de Lorenzo, de dedos muy largos, aparecían con cicatrices en los nudillos hinchados. Y el dedo meñique de la mano izquierda estaba doblado y su punta había quedado rígida para siempre.

«No tan pronto —rogó en silencio—. Oh, Dios mío, no tan pronto. Aún no estoy preparada. Sé que algún día tendré que perderle, pero no permitas que sea tan pronto».

56
1488

Una expectante agitación se extendió sobre la multitud que esperaba en la plaza. «Ya vienen, ya vienen». Ginebra estiró el cuello, como todos los que la rodeaban. Sabía que era un movimiento prematuro, como lo sabían todos los demás, a pesar de lo cual todos lo hicieron, como siempre. Era la contagiosa excitación propia de la fiesta y el espectáculo.

Un viento brusco agitó los gallardetes de vivos colores del Palazzo della Signoria, haciéndolos crujir con fuerza. Sobre la amplia plataforma situada por debajo de los estandartes, los priores se sujetaron a los costados las brillantes vestiduras rojas para controlar la fuerza del viento en sus pliegues. Las estrellas doradas de las vestiduras del Gonfaloniere refulgieron a la luz del sol. Todo estaba preparado para dar la bienvenida al nuevo embajador de Bolonia.

Y entonces la procesión entró en la piazza. Las multitudes unieron sus vítores a los que aún sonaban en las calles por las que había pasado la comitiva. Entre los gritos, la gente exclamaba, reía y hacía comentarios acerca del séquito del embajador.

Lo encabezaba un jinete que llevaba el estandarte borlado y con una franja dorada en el que se veía el sello de Bolonia, brillantemente bordado. Al encontrarse con el viento que soplaba con mayor fuerza en el más amplio espacio de la plaza, éste trató de arrancárselo de las manos, y el caballo, envuelto en gualdrapas doradas, dio varios pasos de costado, con movimientos nerviosamente peligrosos. La multitud que contemplaba el espectáculo hizo ávidas apuestas acerca de la lucha entre la pompa

y los elementos.

Pero entonces el viento amainó. Un suspiro de desilusión se elevó de entre la multitud, casi produciendo un sonido suave, como el de la brisa.

El embajador llevaba un bonete enjoyado y emplumado, cuya pluma era azotada por el viento. Su vestidura, ricamente decorada, se ganó un murmullo de aprobación, y cuando hizo que su caballo efectuara una cabriola frente a la Signoria, la multitud volvió a vitorearle.

Y siguió vitoreando a los componentes de su séquito, con sus uniformes de seda rayada y sus petos sobredorados. Y también a sus cuarenta soldados de a pie, con sus brillantes lanzas cubiertas de cintas.

El embajador desmontó y se situó frente a los gobernadores de Florencia, ante quienes efectuó una florida reverencia. Los trompeteros del palacio lo saludaron, y la gran campana de la torre sonó al tiempo que él subía la escalera para recibir la bienvenida oficial del Gonfaloniere.

Luego, la multitud lanzó un rugido de vítores que ensordeció el poderoso tañido de la campana.

Tres caballeros aparecieron en la piazza. Dos jinetes de escolta, en lustrosos caballos negros, llevando los cuadrados de seda de colores rojo y blanco que eran el distintivo de los Medici. Entre ellos dos, montado en un enorme caballo blanco, iba Lorenzo, con el sencillo *lucco* de lana negra de un ciudadano cualquiera de la república, y mostrando el precioso diamante de los Medici sujeto de un modo casual sobre el bonete de terciopelo negro.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Magnífico!

La palabra resonó entre las piedras de Florencia, como el trueno en el aire.

«Como el poder», pensó Ginebra, con el corazón emocionado al igual que los corazones de todos los que la rodeaban.

Al llegar ante los escalones, Lorenzo desmontó con agilidad. Hizo una corta inclinación de cortesía ante el embajador, y luego una respetuosa reverencia ante la Signoria. La concentración que dedicaba a su invitado y al gobierno parecía no permitirle el darse cuenta de la frenética aprobación de su pueblo, del tributo de sus febriles vítores.

Su atuendo negro eclipsó la brillantez de las vestiduras de los priores, haciendo que resultara repentinamente chillona la del embajador.

«Oh, maestro de políticos», pensó Ginebra. Y se puso a gritar con los demás:

—¡Magnífico!

Una vez terminados los discursos y cerradas las puertas del Palazzo tras el grupo oficial, la multitud se dispersó. La gente hablaba con excitación acerca del espectáculo de fuegos artificiales que se iba a poder contemplar, y según aseguraban los rumores, Bolonia había enviado un regalo de vino que se ofrecería gratuitamente a todo aquel que visitara el parque situado a lo largo del río, cerca de la Porta al Prato. Y fanfarroneaban los unos con los otros, asegurando que Bolonia no era nada, no más que Venecia, o Milán, o Roma, Francia, España o Borgoña. Florencia era superior a todos ellos. Florencia era Lorenzo el Magnífico.

Ginebra caminaba entre ellos, sonriendo para sus adentros. Cuando le comunicara las observaciones escuchadas entre la multitud, Lorenzo se sentiría como un niño ante una cesta de dulces. Cómo quería a estos veleidosos florentinos y cómo disfrutaba con el amor que le tenían.

Ginebra no le diría que la gente ya se preguntaba cuándo llegaría la próxima embajada, ya que eso significaría fiesta y fuegos artificiales para ellos. De todos modos, ella también se lo preguntaba. Había tantas últimamente. La de Bolonia era la tercera llegada en este año, y sólo estaban en el mes de abril.

Siempre había habido emisarios, claro; cada ciudad-estado mantenía a un representante en las demás, a menos que se encontraran en guerra activa. Pero generalmente se trataba de hombres de negocios cuya función principal consistía en fomentar el comercio, además de cumplir con su papel como espías. Estos últimos embajadores, en cambio, eran verdaderos diplomáticos, dotados de poderes suficientes para hablar en nombre de sus respectivos gobiernos.

Eran la demostración del creciente poder de Lorenzo en toda Italia. Él era el pacificador. El golpe maestro de su visita a Nápoles

había dejado bien establecida su reputación como negociador osado y persuasivo, a lo que se había añadido la creencia común de que los turcos habían efectuado una invasión a instigación suya. Pero fue el tratado de paz que terminó la guerra por Ferrara lo que hizo que todo el mundo se apercibiera de ello. En ese acuerdo, él no negoció sólo en nombre de Florencia. Fue suya la voz que convenció a todos los combatientes para que aceptaran el acuerdo de paz ideado por su mente. Ludovico Sforza pronunció las palabras y se llevó el mérito, pero todo el mundo reconoció al verdadero autor del acuerdo. En las capitales de Europa, a Lorenzo se le conocía con el sobrenombre de «La aguja del compás italiano».

Ahora, Bolonia quería su ayuda. Ahora que el pontificado gobernaba con efectividad contando con su consejo, Lorenzo tenía la posibilidad de hacer mucho más que organizar una guerra. Ahora podía impedirla. Después de siglos de haber luchado entre ellas, las belicosas ciudades-estado de Italia empezaban a aprender que era mucho más sensato arbitrar que luchar. Siempre y cuando Lorenzo fuera el árbitro, claro. Si aceptaban su guía, no tenían por qué preocuparse de que él pudiera flexionar sus músculos, hablando metafóricamente, y utilizar la fuerza combinada de la república y de la Iglesia en contra de uno o más de ellos.

Desde los Césares no había existido ningún otro hombre tan respetado.

Ginebra se dejó arrastrar por la multitud, disfrutando del espíritu festivo bajo la reluciente luz del sol. Este año había sido una primavera fría y húmeda. Un grupo de campesinos cercano a ella hablaba en voz alta sobre la idea de ir a ver a la jirafa, y ella se apretujó entre dos mujeres corpulentas para unirse a ellos. Todos se encaminaban en la dirección que ella misma deseaba seguir.

Permaneció con ellos durante unos pocos minutos más, fuera del establo donde se tenía a la jirafa.

—Pobre animal —se lamentó una de las mujeres.

Ginebra estuvo de acuerdo. La jirafa estaba envuelta en mantas, y parecía desconcertada por la restricción de sus movimientos. El clima de Florencia era demasiado severo para la frágil criatura nacida bajo el sol de África. Los hombres habían estado vigilándola

noche y día durante todo el invierno, quemando antorchas en el establo para calentarla.

Ginebra observó la sombra que el establo arrojaba sobre la calle. Había llegado el momento de encontrarse con Agnolo Poliziano. Se dirigió hacia la Via de Fossi y el taller de Ghirlandaio.

Este año, ella y Agnolo estaban a cargo de la carroza de Lorenzo para el carnaval, ya que él se hallaba muy ocupado con las embajadas y los arreglos para la boda de Piero. Domenico Ghirlandaio había estado de acuerdo en hacerla y decorarla. Agnolo se sentía extremadamente complacido; el estilo narrativo de la pintura de Domenico se adaptaba perfectamente a los temas de la mitología clásica tan queridos por Agnolo.

Ginebra se entregó entusiasmada al proyecto, como hacía siempre, y disfrutó con la meticulosa planificación. Sin embargo, la preparación de la carroza ya no había vuelto a ser lo mismo para ella desde que se marchara Andrea del Verrocchio. Echaba mucho de menos las sinceras risotadas, las bromas obscenas y el enorme vozarrón del gran artista. Este año pensó en él más que nunca. Andrea había muerto en febrero. La muerte le encontró en Venecia, con su bronce ecuestre todavía sin terminar.

Ginebra había llorado durante horas, acurrucada y estremeciéndose al borde del sonriente querubín que él le había hecho para Careggi.

Cuando llegó ante la puerta del taller, Agnolo se aproximaba desde la dirección opuesta. Ella le saludó con la mano y esperó.

Nunca había sido un favorito suyo, pero durante los últimos meses se habían convertido por fin en amigos. Ginebra creía que Poliziano era diferente ahora que había dejado de ser el profesor de los hijos de Lorenzo. Se le veía más relajado, menos didáctico, e incluso reía de vez en cuando.

Eso tenía sentido para ella. Estaba segura de que librarse de Piero significaría que la vida sería infinitamente mejor para cualquiera.

Excepto para Lorenzo, que seguía siendo ciego para los defectos de su hijo, a pesar de que éste se veía envuelto en peleas callejeras y sus guardias causaban terribles estragos entre los enemigos reales

o supuestos del joven. «Probablemente, Lorenzo confía en que el matrimonio hará madurar a Piero —pensó Ginebra—. Casarse a los dieciséis años es muy pronto para un hombre».

Según le dijo Lorenzo, sus hijos eran su verdadero futuro, y el futuro de los Medici. Se mostró incansable en la presión que ejerció sobre el papa para convertir a Giovanni en cardenal.

—Hola, Ginebra. Qué buen tiempo. ¿Has visto al boloñés? —preguntó Agnolo con una sonrisa.

—He visto su mejor momento —contestó Ginebra con una sonrisa—. Su caballo hizo unas cabriolas delante de la Signoria.

—Pues yo vi lo peor. Me encontraba en el puente que cruzó cuando el viento procedente del río le arrancó las bonitas plumas.

Ambos se estaban riendo cuando entraron en el taller.

—Me alegro de que alguien se sienta feliz —dijo Ghirlandaio—. Odio estas fiestas. Mis aprendices creen tener derecho a un día libre.

Ginebra miró el gran taller. Aparecía desierto, a excepción de un muchacho arrodillado en el suelo, dedicado a fregar. Ghirlandaio se acercó a ella y le habló en voz baja:

—Es el más nuevo, y no debería estar aquí. Quiero hablar contigo sobre él —levantó luego la voz y llamó—: Buonarotti, tú también puedes tomarte hoy un día de fiesta. Anda, vete. La suciedad esperará hasta que regreses.

El muchacho se levantó, hizo una especie de reverencia desgarbada y salió corriendo por la puerta de atrás. Ginebra sólo tuvo tiempo de ver que se trataba de un joven robusto, de rostro hermoso y rasgos acusados que parecía mayor de los años que tenía.

El muchacho contaba con trece años de edad, según le dijo Domenico. Se llamaba Michelangelo Buonarotti.

—Quiere ser escultor, cortador de mármol, pero su padre me lo ha enviado como aprendiz porque cree que pintar es mucho más respetable —Ghirlandaio sonrió—. Cree que es mucho más limpio. Acepté su dinero y puse al muchacho a trabajar… Y entonces, ayer mismo, encontré esto.

Domenico abrió una pequeña arca y extrajo de ella un papel arrugado. Lo desplegó lo mejor que pudo sobre la mesa, frente a ellos.

—Esto es del chico. Él no sabe que yo lo tengo, y cree que lo ha

tirado. Esto lo cambia todo. Ese muchacho posee un gran talento.

El papel estaba cubierto de dibujos al carboncillo de brazos, pies, piernas, espaldas, hombros. Todos ellos habían sido hechos con rapidez, y todos ellos mostraban los contornos sombreados de los huesos y la carne por debajo de la piel.

—Agnolo —se apresuró a llamar Ginebra—, ven y mira esto. ¿A ti qué te parece?

Poliziano escudriñó los dibujos.

—Creo que los ha hecho alguien dedicado a dibujar trozos de estatuas. ¿Por qué?

Ghirlandaio asintió con un gesto, al igual que Ginebra.

—Ese muchacho sabe la fuerza que tiene —dijo Domenico—. Es un escultor. Y posiblemente uno grande. Para estos dibujos no disponía de modelos, excepto lo que él mismo tenía dentro de su corazón. Quiero que le pidas a Lorenzo si podría aceptar al muchacho en la escuela de Bertoldo. Yo me desprenderé de sus emolumentos como aprendiz.

—Podemos hablar en nombre de Lorenzo —dijo Ginebra con decisión—. Envíalo mañana mismo al jardín de escultura. Hablaré con Bertoldo hoy mismo.

Ginebra no le comentó a Lorenzo nada sobre Michelangelo hasta que hubo pasado toda la barahúnda de la boda de Piero, seis semanas más tarde. Y cuando lo hizo, se mostró juguetonamente misteriosa.

—Tengo una sorpresa para ti. Debes acompañarme sin hacer ninguna pregunta —le dijo. Y una vez que entraron en el jardín de escultura, ella se apartó de su lado, diciéndole—: Está aquí, en alguna parte, y tú tienes que encontrarla.

—Ginebra, esto es absurdo.

—No te preocupes. No se trata de un diminuto camafeo ni nada por el estilo, sino de algo bastante grande. Y notable. Vamos, búscalo.

Lorenzo sonrió con una mueca. Bertoldo se le acercaba presuroso, quejándose ya de que Lorenzo no le hubiera visitado desde hacía varios meses. Tomó a Lorenzo por el brazo y le condujo a través del jardín, hablando descuidadamente sobre los

inconvenientes bajo los que se veía obligado a trabajar, la estupidez y la holgazanería de sus estudiantes, el lamentable estado en que se hallaba el arte en aquellos tiempos.

Ginebra avanzó detrás de ellos, lo bastante cerca como para observar a Lorenzo y lo bastante alejada como para escapar a Bertoldo.

Michelangelo estaba agachado a un lado del camino, puliendo un pequeño mármol. Lorenzo se detuvo, miró la estatua y habló con el muchacho.

Ginebra sonrió. Luego, Lorenzo continuó su camino, con la cabeza inclinada para seguir escuchando los renovados lamentos de Bertoldo. Ginebra se quedó horrorizada. La sorpresa que esperaba darle no había funcionado. Miró a Michelangelo. Y entonces abrió la boca, sorprendida. El muchacho había tomado un cincel y, mientras ella le observaba, lanzó un golpe feroz contra el suave mármol. Ginebra echó a correr hacia él.

—¡Alto! Deja eso, no la destruyas.

—No le estoy haciendo daño —dijo Michelangelo mirándola—, sino sólo mejorándola.

Ginebra se lo quedó mirando, con la boca abierta por segunda vez. El joven tan hermoso había desaparecido. En su lugar se veía un niño con una nariz grotescamente deformada.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó.

La sonrisa de Michelangelo fue dulce y juvenil. Se tocó el achatado puente de la nariz.

—Tuve una pelea con él —dijo señalando con el dedo y por encima del hombro hacia un estudiante ricamente vestido—. Me rompió la nariz, pero le obligué a admitir que estaba equivocado.

—¿Sobre qué?

—Sobre el arte. Decía que un pintor de segunda era bueno y no conocía la grandeza de Masaccio, así que tuve que enseñarle.

—Admiro a las personas con fuertes convicciones —dijo Ginebra echándose a reír—. ¿Qué le estás haciendo a tu estatua? ¿Puedo verlo?

El muchacho le mostró su trabajo sin la menor timidez. Él sabía que era bueno. Había esculpido a un sátiro de edad y villanía impresionantes. Su boca tenía la forma de un diablo lujurioso y maldiciente de una edad muy avanzada.

—Tiene algo de maravillosamente nauseabundo —dijo Ginebra con admiración—. ¿Cómo es que tú conoces esa clase de maldad?

—Observo las caras que veo en las calles —contestó el joven escultor con serenidad mirando el rostro que había esculpido—. Antes no era tan feo. Pero el Magnífico lo mejoró al decirme: «Nadie que sea tan viejo podría sonreír así. Tu sátiro tiene todos los dientes, como un joven». —Michelangelo rozó con el dedo la boca de la estatua—. Así que le he quitado algunos dientes. Ahora es viejo y nauseabundo.

—¿Qué más te ha dicho él?

El rostro del muchacho se iluminó de alegría.

—Me ha dicho que debería regresar a casa y decirle a mi padre que venga a verle. Me ha dicho que debería venir a vivir al palacio, donde podría estudiar el arte que hay allí.

Ginebra se enderezó, con las manos en las caderas y una clásica postura de cólera frustrada.

—¿Conque te dijo eso, eh? Y no me ha dicho una sola palabra a mí —miró hacia la espalda de Lorenzo, que ya estaba en el extremo más alejado del jardín, en compañía de Bertoldo, y luego se echó a reír—. Supongo que se puede sorprender a dos personas con la misma facilidad que a una —le explicó al muchacho, que no comprendió nada de lo que le decía.

Michelangelo se unió a las docenas de residentes que vivían en el tercer piso del palacio. A diferencia de la mayoría de ellos, fue invitado por Lorenzo a unirse a su mesa de artistas y filósofos.

En cuanto aprendió la regla informal vigente acerca de los lugares a ocupar en la mesa, el muchacho se sintió entusiasmado. Podía sentarse junto a Lorenzo si era el primero en llegar a la mesa. Y allí estaba cada noche, esperando, para entrar el primero, en cuanto los sirvientes abrían la puerta para preparar la estancia.

Si Lorenzo cenaba en el palacio, Michelangelo bebía de sus palabras y de su presencia como si se encontrara participando en un banquete con los dioses. Cuando Lorenzo no estaba, el joven permanecía sentado junto a la silla de éste y de vez en cuando la tocaba con dedos reverentes. Lorenzo era su héroe, su benefactor y su dios. Ginebra amaba al muchacho por la adoración que le

profesaba a Lorenzo.

57

Un terrible grito despertó a Ginebra de su profundo sueño. Se sentó en la cama y volvió a escucharlo. Procedía de su lado, de Lorenzo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede, amor mío? —preguntó, tanteando su cuerpo en la oscuridad.

—¡No! —gritó él—. Déjame… Oh, dulce Cristo, no me toques, no muevas la cama… ¡Dios! Dios mío, ayúdame en esta agonía… ¡Ah, el dolor!

Y gritó una y otra vez, torturado. Ginebra rodó sobre sí misma con la mayor rapidez que pudo, cayendo de la cama al suelo. Gateó luego hasta la mesita, encontró una vela y yesca y encendió la luz.

Lorenzo estaba rígido a causa del dolor. Tenía el cuello nudoso, la boca mostraba un rictus extraño y los ojos muy abiertos y blancos de temor.

—La sábana —gimió—, quítamela…, despacio…

Ginebra la levantó con toda la suavidad que pudo, sabiendo por sus gritos que le estaba haciendo daño. La rodilla derecha tenía el tamaño de la cabeza de un niño, con la enrojecida piel tensa hasta parecer a punto de explotar. Lorenzo respiraba con dificultad y tenía el rostro pálido.

—Es mejor… sin peso… Siento… haberte asustado.

—No digas nada, cariño —casi sollozó Ginebra—. No hay necesidad de hablar, ni de sentir nada por mí. Si pudiera hacer algo por aliviarte ese dolor.

Se retorció las manos, impotente. Lorenzo la miró y su boca, retorcida en una mueca de dolor, hizo un conmovedor intento por sonreír.

—Cántame…

Ginebra se llevó las manos a los labios y contuvo los sollozos hasta que pudo controlarse por completo.

Luego cantó, con voz fuerte y desafinada, la misma voz con la que solían cantar los dos. Cantó todo lo que sabía, canciones e himnos de carnaval, canciones populares y de cuna. Se le empezó a secar primero la boca y luego la garganta, y volvió a cantarlas. Y continuó cantando con voz ronca y labios agrietados. La luz de la vela osciló y se apagó, la ventana fue adquiriendo una tonalidad grisácea, luego rosada y finalmente el azul porcelana de un cielo de verano. Y ella seguía cantando.

Hasta que la respiración de Lorenzo, sobrecargada por el dolor, se hizo más lenta y fácil hasta convertirse en un suspiro y quedarse dormido.

Ella estaba sentada al lado de la cama cuando él se despertó, observando con ansiedad la serena elevación y descenso de su pecho.

—Ya ha pasado —dijo él—. No te preocupes, contadina.

—¿Quieres que te traiga una jarra de agua fría? —preguntó Ginebra sonriendo—. ¿Qué te ponga un paño sobre la frente?

Mantuvo los ojos fijos en los de él, lejos de la visión de su rodilla cruelmente hinchada.

—Algo de agua con limón, muy dulce.

Lorenzo pudo sostener la copa y beber. Más tarde, comió algo de pan. El dolor era soportable siempre y cuando nada le tocara la rodilla o la moviera.

Aquella noche, la hinchazón empezó a remitir. Dos días más tarde ya fue capaz de cojear sobre la pierna y al día siguiente ya pudo caminar.

—Iremos a tomar los baños —dijo Ginebra.

—Pronto —asintió Lorenzo—, cuando pueda cabalgar.

Lorenzo esperó a que los baños le hubieran restaurado toda su fortaleza para decirle a Ginebra lo que ésta necesitaba saber.

—Te amo, mi contadina.

Lorenzo le besó la parte superior de la cabeza y Ginebra se acurrucó aún más sobre su hombro. Ella estaba caliente, con el ardor inmediatamente posterior al acto amoroso.

—Y yo te adoro, mi Magnífico —murmuró.

El brazo de Lorenzo la apretó y su voz empezó a hablar con suavidad.

—Recuerdo haber escuchado los gritos de dolor de mi abuelo, y de mi padre. Y volverá a suceder conmigo. Una y otra vez, siempre con mayor frecuencia que la vez anterior… No, no te muevas. Tienes que escucharme ahora que estoy bien y puedo hablar con una serena razón.

»No sé por qué a mí me ha atacado tan pronto, cuando aún me quedan tantas cosas por hacer. Creía que sería algo gradual, y que el dolor no sería tan terrible, que podría soportarlo. Pero no creía que lo insoportable apareciera tan pronto —la estrechó contra su pecho, acallando sus protestas—. No, todavía no estoy cerca del final, cariño, pero eso llegará y tú no vas a poder impedirlo diciendo que no es cierto. Voy a transformarme en un ser irritable, exigente y egoísta. Vi cómo le sucedía a Cosimo y a Piero. Me quedaré cojo, y luego lisiado. No tienes por qué verlo, Ginebra. No tienes por qué quedarte.

En esta ocasión ni siquiera toda la fortaleza de Lorenzo podría haber conseguido aquietar a Ginebra. Se incorporó, abandonando su abrazo, y le golpeó en el pecho con los puños.

—Te voy a matar —le dijo—. Te mataré si intentas alejarme de ti. ¿Quién crees que eres para insultarme de ese modo? ¿Cómo te atreves a tenerme lástima, como si yo fuera una muchachita débil y desamparada? Puedo soportar todos tus estados de ánimo cuando sea necesario, y te llevaré a coscaletas cuando ya no puedas caminar. Pero no te abandonaré, y si intentas obligarme a ello, tomaré un cuchillo con esta mano y te arrancaré el corazón.

Lorenzo la sujetó por las muñecas. Estaba riendo.

—Ya basta. Ya basta de pegarle así a un anciano. Creo que tu cura para la gota es demasiado drástica para mí. Prefiero ser un cojo contigo que ser asesinado por ti. Está bien, quédate. Quédate y sé la luz de mi vida. Quédate y ámame, pero con algo menos de fuerza.

Las manos de Ginebra quedaron fláccidas entre las de él. Le miró y sonrió burlona.

—A veces me pones extremadamente colérica, Lorenzo. No deberías hacerlo, de veras. Es peligroso… ¿Te he dicho alguna vez

que estuve a punto de matarte durante el viaje a Nápoles? ¿No? Bueno, entonces dame un beso y te contaré una historia para escuchar en la cama…

—Eres una mujer terrible —dijo Lorenzo una vez que ella hubo terminado de contarle su historia de disimulo—. ¿Y por qué no lo hiciste?

—Me di cuenta de que te amaba demasiado… Creo que fue esa voz pura de tenor lo que me ganó el corazón.

—Bruja. Esta noche voy a tener miedo de acostarme contigo. Voy a tener que pasarme la mayor parte del tiempo embelesándote.

—Entonces ya puedes empezar —replicó Ginebra desperezándose como una gata.

Los largos días del verano continuaron desplegándose, llenos de felicidad, y Ginebra aprendió a no anticiparse a la tragedia, a vivir con la alegría del momento presente.

No fue capaz de imaginar que la tragedia pudiera proceder de otra cosa distinta a la enfermedad de Lorenzo. Pero entonces, en el mes de octubre, Luisa, la hija de Lorenzo, apareció con la garganta inflamada. Veintidós horas más tarde había muerto.

Sólo contaba con once años de edad.

El dolor de Lorenzo fue terrible y silencioso. Ginebra, que también sufría la pérdida de la niña a la que había amado, aún sufrió más por su incapacidad para ayudarle. No podía compartir la angustia experimentada por un padre porque ella nunca había sido madre. Lo único que podía compartir era su silencio. Se sentaba a su lado, caminaba con él, cabalgaba en su compañía, y siempre sin pronunciar una sola palabra.

Diez días más tarde, Lorenzo rompió el silencio.

—Gracias —le dijo y le tomó una mano entre las suyas.

El tiempo se hizo más frío, y Lorenzo se trasladó desde Careggi al palacio.

—¿Quieres venir también? —le preguntó a Ginebra—. Me

gustaría tenerte conmigo.

—Pues claro que iré —contestó Ginebra.

Había comprendido lo que él no había dicho. La gota siempre era peor durante el invierno. Ya no habría más excursiones a caballo hasta la villa, ni más largas cenas en la loggia calentada por el sol. El hogar que él había elegido para su amor volvía a ser una vez más una villa de veraneo. Y también habían terminado las celebraciones de su día de cumpleaños. Debían intentar detener el tiempo y no brindar por su transcurso.

Ginebra tuvo una habitación diferente en el palacio, un dormitorio situado junto al de Lorenzo.

El personaje que se había incorporado más recientemente al personal de la casa ocupaba una habitación frente a la de Lorenzo. Se llamaba Piero Leoni, y era médico. Ginebra le rogó a Lorenzo que lo despidiera.

—Te matará, cariño mío. Tu madre lo sabía muy bien. Ella vio cómo los médicos atormentaron a tu padre con sus remedios y aceleraron su muerte. Lo que tú necesitas son los baños y los extractos de hierbas para suavizar y fortalecer. Nos trasladaremos a Morba para pasar el invierno. O a Filetta, si así lo prefieres. O a Bagno a Ripoli; el gobierno puede acudir a verte allí donde estés, a cualquier parte donde tú quieras. Yo te seguiré a donde quieras, y me ocuparé de cuidarte.

Cayó de hinojos ante él, rogándole. Lorenzo le puso una mano sobre la cabeza inclinada.

—Vamos, cariño, tranquila. Eso no servirá de nada. Necesito tener a un médico cerca de mí. Los médicos conocen medicinas que no se encuentran en el jardín de las hierbas.

Ella insistió, hasta que Lorenzo perdió la paciencia y le dijo que lo dejara a solas.

—Me marcharé —dijo ella—, pero esto no termina así. Te seguiré incordiando hasta que te muestres razonable.

Aquella misma noche, Ginebra se despertó, envuelta por la oscuridad. Escuchó los latidos de su propio corazón. Y entonces, a través de los espesos muros de piedra, escuchó los gritos de Lorenzo.

Se arrodilló junto a su cama, rezó y escuchó, y los gritos no tardaron en detenerse.

Corrió entonces a su habitación, sintiéndose tan desesperada que ni siquiera se detuvo a envolverse con una manta. El médico levantó la mirada alarmado ante la fiera vociferante y desnuda que abrió de sopetón la puerta de la habitación de Lorenzo.

—¡Lo has matado! Sabía que esto sucedería.

Se arrojó contra él, con las manos extendidas como garras, intentando arrancarle los ojos, desgarrarle el rostro. Leoni extendió un brazo y la arrojó al suelo.

—¡Tranquila, mujer! Está durmiendo y lo vas a despertar. Regresa a tu habitación y cubre tu desvergonzada desnudez.

Ginebra se puso a gatas sobre el suelo, sacudiendo la cabeza, mareada por el golpe. Escuchó la respiración dura y regular de Lorenzo.

—Está durmiendo —susurró—. Oh, gracias. Padre santo —hizo un esfuerzo por incorporarse, vio el vial de medicina cerca de la vela y comprendió—. Gracias, doctor —dijo, antes de regresar tambaleante hacia el pasillo.

Le habría dado las gracias incluso a Satanás con tal de aliviarle el dolor a Lorenzo.

Aquella noche ya no pudo descansar. Rezó y lloró y trató de apaciguar el tempestuoso desorden de sus pensamientos y emociones. Lucrezia de Medici era la única madre que había tenido; había amado y admirado a Lucrezia, había confiado en ella de un modo absoluto, confiando en convertirse algún día en una mujer como ella.

Lucrezia había logrado devolverle la vida, curarla cuando su cuerpo y su espíritu se hallaban quebrados. Y lo había hecho sin la ayuda de los médicos. La única expresión de cólera que ella había visto en el suave rostro de Lucrezia era la rabia, e incluso el odio que sentía por los médicos.

Lucrezia era tan sabia, tan sensata que sin duda tenía razón.

Y sin embargo…, sin embargo… Lorenzo se había quedado dormido. Pero la droga podía matarle. Lucrezia había dicho que los médicos eran unos asesinos.

Quería creer lo que, en el fondo, sabía que era imposible. Quería creer que Lorenzo no moriría nunca, que se pondría bien, que

ambos estarían juntos para siempre.

Pero no podía. Poseía una naturaleza demasiado honesta como para mentir, incluso a sí misma.

La honestidad, sin embargo, no producía la esperanza. Y el médico había logrado detener el dolor. Quizá… Habían transcurrido casi veinte años desde la muerte del padre de Lorenzo. Quizá se hubieran encontrado nuevas cosas, se hubieran obtenido nuevos conocimientos o descubierto nuevas plantas.

Por la mañana, Ginebra se vistió y se dirigió a la habitación del médico, donde, humildemente, le pidió perdón a Leoni.

Se volvió a sacar la silla de mano que habían utilizado Cosimo, Piero y la propia Ginebra. La gota se había concentrado en el pie izquierdo y la hinchazón no disminuía. Lorenzo no estaba dispuesto a abandonar ni su trabajo ni sus placeres. Al igual que su padre y que su abuelo antes de él, era transportado de una habitación a otra del palacio, y de ese modo podía comer, leer, escribir, recibir visitas, distraer a los huéspedes, ver a sus hijos.

Intentó tomarse a la ligera su incapacidad.

—Éste es un sistema excelente —dijo—. Ahorro tanta energía que casi puedo hacer el doble de cosas que antes.

Pero Ginebra observó un temor opaco en sus ojos. Y lo compartió. Pero ¿y si no podía volver a caminar nunca más? Por la noche acudía a la habitación de Lorenzo cuando éste no dormía y estaba a solas con sus temores. Le daba masajes en el cuerpo, a excepción del pie, y le cantaba hasta que él era capaz de olvidarse del temor y echarse a reír y le rogaba que dejara de atormentarle los oídos.

Al acercarse las Navidades, Ginebra ordenó a los sirvientes que llevaran el arca napolitana desde su viejo dormitorio hasta la habitación de Lorenzo.

—Recordemos Nápoles —le dijo con una sonrisa.

Extrajo algunas de las figuras de terracota de la escena del

pesebre que Lorenzo le había regalado.

—Saca de aquí esos destartalados recuerdos —le dijo Lorenzo con dureza—. Yo no soy un niño enfermo como para que se me tenga que entretener con juguetes. No es ninguna diversión para mí el recordar los momentos en que podía utilizar todo mi cuerpo y ser un verdadero hombre. Déjame a solas, Ginebra. No puedo soportar el contemplar tu rostro saludable y tu valerosa sonrisa.

Michelangelo la ayudó a disponer el pesebre en la loggia del palacio. El joven examinó cada una de las figuras con un entusiasmo que volvió a despertar el de ella.

—En Nápoles hay una Natividad que se mueve —dijo Ginebra—, y observarlo es casi como un milagro. Yo iba a verlo una y otra vez.

El rostro juvenil de Michelangelo aparecía ardiente por la excitación.

—Cuéntame, madonna Ginebra, cuéntame.

Lorenzo, que en aquellos momentos no sentía dolor, habló desde la puerta de entrada a la casa.

—Háblale del bufón santo que espió para mí.

Ginebra sostuvo contra su pecho el Niño Jesús de cerámica y envió silenciosas oraciones de gratitud a los cielos. Lorenzo se había levantado.

—Tenemos un invitado —dijo Lorenzo con un tono que indicaba la felicidad que sentía—. Asegura no haber tomado una comida decente en muchos meses.

Sandro Botticelli había regresado de Pisa, donde había estado haciendo un trabajo.

—¿Sandro? ¿Dónde está?

Ginebra dejó la figura sobre la mesa y corrió hacia la puerta.

—Está en el comedor. ¿Qué otra cosa habías esperado? La bendición de Botticelli es que nunca cambia.

Al tiempo que se marchaba, Ginebra miró hacia atrás y dijo:

—Michelangelo, guarda esas figuras en su caja. Lo haremos más tarde. Ven luego a conocer a mi pintor preferido en todo el mundo.

Michelangelo guardó las figuras con dedos temblorosos. Se persignó y rezó una oración de agradecimiento. Sandro Botticelli estaba allí. Y se disponía a compartir una comida con él.

58
1489-1490

Desde el mismo día de Navidad el tiempo fue tan cálido como si estuvieran en primavera. La gente decía que aquello era un presagio. Algunos lo consideraron bueno, como una señal del calor de Dios. Otros quisieron leer una advertencia funesta en lo antinatural de la aparición prematura de las flores.

Para Ginebra aquello solo significó la posibilidad de cabalgar a Careggi y que ella y Lorenzo pudieran disfrutar de su fiesta de cumpleaños. Cuando le acariciaba el cuerpo, le besaba los bordes del tejido cicatricial que le había dejado la gota, y le decía que las cicatrices eran muy pequeñas y verdaderamente insignificantes. Lorenzo aparentaba creerla.

—No importa, el miembro que más preocupa a los hombres jamás se ve atacado por la gota —dijo echándose a reír. Seguía siendo sexualmente tan vigoroso como un joven y se sentía orgulloso de su virilidad—. Jamás se diría que ya soy un anciano de cuarenta años, ¿verdad? En cuanto a ti, contadina, no estás nada mal para ser una vieja.

Algo más tarde, aquel mismo mes, regresó el invierno, y la jirafa tan querida por toda la ciudad murió. El suceso fue lamentado por toda Florencia y a la Signoria llegaron mensajes de condolencia procedentes de todas las ciudades de la república.

Lucrezia Donati también encontró la muerte. Y Lorenzo lloró brevemente.

—Dos criaturas hermosas y suaves han desaparecido —dijo.

Pero entonces reapareció otra criatura hermosa. Un buen día, Pico della Mirándola penetró repentinamente en el palacio, tan vivo y entusiasta como siempre. Lorenzo se sintió tan feliz al verle, que Ginebra le perdonó a Pico todas sus tonterías anteriores y le abrazó de todo corazón. La noche de su llegada, ella casi pudo creer por un momento que el tiempo había retrocedido. Pico dominaba la mesa, fascinaba a Michelangelo y a todos los nuevos que había en el grupo, estimulaba a Agnolo a plantear los postulados más serios, hacía reír a Lorenzo y obligaba a los dedos de Sandro a trabajar con toda rapidez mientras dibujaban la vibrante cara de expresión cambiante de Pico sobre el mantel de la mesa.

—Te lo juro —exclamó Pico—, se trata del mayor predicador que ha conocido jamás el mundo. Le he seguido desde Brescia a Padua y a Bolonia. Allí donde va enciende los ánimos de la congregación con sus sermones y sus visiones. Y es capaz de adivinar el futuro. Lorenzo, tienes que hacerle venir a Florencia. Llenará el Duomo y la piazza que hay delante quedará abarrotada de gente esforzándose por entrar. Nunca ha existido un predicador como él.

—Me parece recordar haberte escuchado decir esas mismas palabras, Pico, cuando oíste predicar por primera vez a fray Mariano —replicó Lorenzo sonriendo—. Mañana iremos a San Gallo y volverás a enamorarte de su elocuencia.

—Con mucho gusto, Lorenzo. Anhelo la sabiduría de ese fraile. Pero este nuevo hombre es diferente. Fray Mariano habla a nuestras mentes y, a través de ellas, a nuestras almas. Es un aristotélico, un hombre de razonamiento exquisito. Las palabras del dominico, en cambio, van dirigidas directamente al alma. Sus congregaciones son el pueblo llano, que no sabe nada del intelecto.

Lorenzo se sintió interesado. La Iglesia era la fuente principal de distracción para el pueblo. Un predicador dramático le gustaba al pueblo mucho más que los autos sacramentales de los días festivos.

—Lo haré —admitió al fin—. Por ti, mi joven ardiente, y también por Florencia. Le pediré al prior de San Marco que lo invite a visitarnos y a predicar en San Lorenzo. ¿Cómo se llama ese visionario tuyo?

—Fray Girolamo Savonarola. Ya verás, Lorenzo, es un verdadero mago. Nunca lamentarás haberlo traído.

Lorenzo se pasó todo el invierno ocupado con sus preparativos de paz. Y con los frutos de su trabajo: un embajador llegó procedente de Nápoles trayendo un rollo de pergamino ricamente decorado: era el documento oficial en el que el rey Ferrante confería la abadía de Monte Cassino a Giovanni. Dos semanas más tarde, Ludovico Sforza, duque de Milán, concedió al joven la abadía de Miramondo; otras ciudades-estado le concedieron beneficios menores, y el papa Inocencio los superó a todos con el regalo de Passignano, la más rica abadía de toda la Toscana.

—Mis sueños empiezan a convertirse en realidad —le confió Lorenzo a Ginebra—. Giovanni será cardenal, y a partir de entonces Florencia y la casa de los Medici quedarán protegidas para siempre.

Redobló sus intentos por convencer a Inocencio para que le concediera el capelo cardenalicio a Giovanni, y todos los días salían correos para Roma con cartas dirigidas a los Orsini, a los cardenales que se mostraban amistosos con su causa, y al propio papa. Envió hombres a las montañas septentrionales para cazar con red más hortelanos, para engordarlos y enviárselos a Inocencio, junto con barriles del mejor vino de Toscana, de lo que se encargaban los correos.

En el mes de marzo, el papa se rindió, aunque de un modo parcial. Haría cardenal al hijo de Lorenzo, que entonces contaba con trece años de edad, pero había condiciones.

El nombramiento debía ser mantenido en secreto, bajo pena de excomunión. Hasta entonces, a nadie tan joven se le había concedido el capelo cardenalicio. Y el muchacho debía acudir a la Universidad de Pisa para estudiar teología. Una vez que se hubiera graduado, a los dieciséis años, se haría público el nombramiento.

—Bésame, contadina —dijo Lorenzo—. Mira, no todas las muchachas campesinas pueden besar al padre de un cardenal.

Su estado de ánimo era muy animado. Al enterarse de que el fraile predicador de Pico se hallaba de camino hacia Florencia, Lorenzo le preparó una bienvenida formal ante la puerta de San Gallo.

—Dejaremos que Pico se convierta en el centro de toda la atención —dijo con una risa—. Él podrá pronunciar por mí el discurso de bienvenida.

—Me gustaría verte intentar e impedir que Pico se convierta en

el centro de todas las miradas —replicó Ginebra echándose a reír con él—. Sería mucho más fácil detener los relámpagos de una tormenta, que acallar a Pico.

El fraile cabalgaba sobre un burro blanco. Su rostro era invisible, totalmente cubierto por la capucha negra del hábito dominico, y llevaba las manos ocultas en las amplias mangas blancas. Iba acompañado por un grupo de seguidores, algunos de los cuales eran campesinos, muchos de ellos hombres ricamente ataviados, y mujeres con los pies descalzos. Uno de los campesinos conducía la montura y todos los demás caminaban tras él, cantando un himno.

—¿Por qué no ha esperado unos pocos días más? —le susurró Ginebra a Lorenzo—. Entonces habría sido el domingo de Ramos.

—Mujer malvada y blasfema —replicó él en voz baja, disimulando—, no me hagas reír ahora. Pico jamás me lo perdonaría.

Pico se adelantó y levantó una mano como señal para que se detuviera la comitiva del fraile. Luego, se arrodilló sobre una rodilla y se quitó el sombrero con una florida reverencia.

—Ruego tu bendición, el hombre más santo de Dios —gritó inclinando la cabeza.

Lorenzo sonrió. Una multitud se había reunido en la puerta para contemplar el espectáculo. Pico los entretendría durante un buen rato, aunque su fraile siguiera siendo invisible.

En ese momento, una de las mujeres de la comitiva de Savonarola empezó a gritar. Se puso a girar en un baile loco, elevando los brazos al cielo, en el centro mismo del camino. Luego, de repente, dejó de girar y de gritar. Sus brazos descendieron a lo largo de su cuerpo, y los temblorosos dedos señalaron a Pico.

—Esa belleza —dijo con un tono de voz sepulcral, poniendo los ojos en blanco—, partirá de esta tierra cuando llegue el tiempo de los lirios.

Ginebra se agarró al brazo de Lorenzo.

—¿Qué significa eso?

—Ssshhh.

Pico se había levantado, con el rostro enrojecido por la cólera.

—Apartad de mí a esa mujer —gritó—. Tengo algunas palabras

que decirle a fray Savonarola.

Pero nadie le hizo caso. La gente que había cerca de la puerta retrocedió y los seguidores de Savonarola se arrodillaron, formando un pequeño grupo, al tiempo que se hacían la señal de la cruz y murmuraban oraciones. La profetisa había sufrido un desmayo y parecía sin vida, allí tendida, en medio del polvo del camino.

Un gesto de Lorenzo hizo que dos guardias se adelantaran.

—Llevadla al hospicio —dijo. Luego sonrió al grupo que había organizado para ofrecer la bienvenida—. Vamos, conozcamos a nuestro invitado —dijo, dirigiéndose hacia Pico—. En otra ocasión, estoy seguro de que fray Savonarola apreciará tus palabras más que ahora, Pico. Preséntanos, te lo ruego, y dejaremos marchar al fraile, que debe sentirse agotado de su largo viaje.

Savonarola ni se movió ni habló cuando Pico le presentó a Lorenzo y éste presentó a su vez a los funcionarios del gobierno que representaban a la ciudad en el acto. Una vez anunciado el último nombre, dejó libre una de las manos e hizo la señal de la cruz, haciéndole a continuación un gesto al hombre que conducía el burro para que siguiera su camino. Finalmente, volvió a colocar la mano entre la manga del otro brazo, donde la había tenido hasta entonces, al tiempo que se alejaba.

Los funcionarios miraron nerviosos a Lorenzo. Jamás se había hecho tamaño insulto al jefe de la república. Lorenzo les miró sonriendo con una mueca.

—Éste es el monje que, según nos ha asegurado el conde de Mirándola, es el hombre más elocuente de toda Italia —les dijo.

Todo el mundo se echó a reír. Excepto Pico, quien se alejó de ellos, murmurando algo para sí mismo.

Y excepto Ginebra.

Había observado a Savonarola en el momento de partir. Justo poco antes de que el animal que montara penetrara por la puerta de acceso a la ciudad, hizo un movimiento brusco y la capucha se le deslizó de la cabeza. Ginebra se estremeció cuando la luz del sol iluminó su rostro. El monje era repugnantemente feo, con una enorme nariz ganchuda y unos labios gruesos y morados. Tenía unas cejas pobladas y negras por encima de unos ojos verdes inhumanos, con párpados enrojecidos. Un brillo de luz le dio sobre los ojos y el hombre parpadeó. Pero antes de que los párpados se le

cerraran, Ginebra se dio cuenta de que la luz los había hecho refulgir con tonalidades rojizas.

Sintió como si la espina dorsal se le hubiera convertido en un bloque de hielo. Tenía la nuca rígida y sabía que los pelos de la nuca se le habían puesto de punta. Se sintió verdaderamente aterrorizada por primera vez en su vida. Se hizo la señal de la cruz, sin darse cuenta de que los dedos de su otra mano habían formado el primitivo gesto de protección contra el diablo.

Durante el resto de su vida, Ginebra creyó que Savonarola era el diablo y que ella lo había visto en sus ojos. Intentó convencer de ello a Lorenzo, pero éste sólo se rió de ella.

—Sólo has sentido repugnancia ante sus ojos, cariño. Estás acostumbrada a tratar a hombres guapos como yo.

—No, Lorenzo, no bromees con esto. ¿Qué me dices de la mujer que maldijo a Pico? Era una bruja, una discípula del diablo.

—Se trataba de Camilla Rucellai, la prima demente de mi cuñado Bernardo Rucellai, que siempre ha sido una demente… Y en cuanto a lo que tú consideras como una maldición, no fue más que la profecía de una imbécil. La gente dice que eso significa que Pico morirá en su juventud, como los frágiles lirios que se marchitan con tanta rapidez. Pero la juventud de Pico ya es cosa del pasado. Es posible que parezca un muchacho hermoso, pero ya tiene veintiséis años, contadina, la misma edad que tú, de modo que ya no es un niño.

Ginebra comunicó sus temores a fray Mariano, quien no se echó a reír, sino que se limitó a puntualizar los errores de su pensamiento.

—Fray Girolamo es un hombre de Dios, Ginebra. Predica la palabra de Dios, palabras que son las armas que utilizamos contra Satán.

—No, fray Mariano —negó ella con un gesto de la cabeza—. He estado en San Lorenzo para escuchar su sermón. No predica a partir de los evangelios, sino que denuncia con sus palabras propias. Le dice al pueblo que es perverso y pecador, que Florencia es un pozo de iniquidad. Predica contra Lorenzo.

—Mi querida niña —dijo fray Mariano tomándola de la mano—,

no tienes que preocuparte por Lorenzo. Nada se puede decir en contra suya. Es el seglar más cristiano que conozco, y mucho más espiritual que la mayoría de los clérigos… ¿Te sorprende que piense así? ¿Tú, que tan bien le conoces? Pero no le conoces en todas sus facetas. Lorenzo viene a menudo a verme. Hablamos de Aristóteles y de Cristo. Creo que eso representa un cambio agradable en él, después de todos estos años escuchando el irresistible énfasis que pone Marsilio Ficino en Platón.

—Pero Platón…

—Sí, sí, mi querida niña, yo también conozco a Platón. No necesitas explicarme a mí su pensamiento, o defenderlo. Pasé muchas horas en Fiesole, con la Academia… Y tú también, Ginebra. Sabes que la esencia del neoplatonismo consiste en formar una síntesis entre la sabiduría de los antiguos y la mayor sabiduría de las enseñanzas de nuestro Salvador, que llegó a este mundo después de su época. El verdadero énfasis debe ponerse en Cristo, no en Platón. Y eso es lo que hace Lorenzo. ¿Has leído su poesía? —Ginebra asintió con un gesto—. Entonces sabrás que muchos de sus poemas son *laudi*, himnos de alabanza a nuestro Señor. El amor que siente por Dios es profundo, así como su búsqueda de espiritualidad. A Lorenzo no le pueden hacer daño las palabras, sean éstas cuales sean. Su alma está a salvo.

—Pero…

Sacudió la cabeza, incapaz de expresar lo que estaba pensando. El monje le dio unas palmaditas en la mano.

—Nosotros, los religiosos, sabemos muchas más cosas sobre el mundo de lo que puedas darte cuenta, Ginebra. ¿Te sientes preocupada por el adulterio de Lorenzo? Su esposa está muerta. ¿Sobre su fornicación y la tuya? Dios creó nuestra carne al igual que nuestras almas. Él conoce nuestras debilidades y las perdona.

Ginebra le sonrió al afable y sabio fraile. Su porte elegante era muy distinto, pero en aquellos momentos le recordó al afable fray Marco, el monje de La Vacchia que le había dado su primera educación religiosa.

—Te estoy agradecida por tu amabilidad, fray Mariano —le dijo —, y por tu comprensión. Pero, con todo respeto, creo que te equivocas con respecto a Savonarola. Estoy segura de que tiene el propósito de destruir a Lorenzo. Dice que Lorenzo es un tirano, que

ha conducido a Florencia al pecado, que Dios le castigará… Está profetizando la muerte de Lorenzo y dice que sucederá pronto.

Fray Mariano contempló el temor reflejado en los ojos de Ginebra.

—Hija mía —dijo en voz baja—, todo ser humano tiene que morir antes de encontrar la salvación.

Las palabras del fraile fueron un consuelo para Ginebra, y un consuelo también para Lorenzo. Ella había comprendido que él se sentía cada vez más preocupado por cuestiones espirituales, y sabía que ahora asistía diariamente a la misa celebrada en la capilla del palacio, a menudo sólo para él. La certidumbre de fray Mariano respecto a la relación de Lorenzo con Dios la convenció, y estuvo segura de que también debía de ser un apoyo para Lorenzo.

Pero el fraile no había logrado cambiar sus convicciones sobre Savonarola. Ginebra veía cómo la gente que asistía a sus sermones iba aumentando más y más y empezó a sentirse frenética.

Los amigos de Lorenzo no quisieron escucharla. No intentó siquiera hablar con Pico, pero creyó que Sandro comprendería sus preocupaciones.

Sandro, sin embargo, le dijo que estaba blasfemando.

Agnolo Poliziano dijo que estaba loca.

«El demonio les está apartando de Lorenzo —pensó—. Él está tratando de lograr que Lorenzo se encuentre indefenso, solo y vulnerable. Pero no podrá. Yo jamás lo permitiré».

El día de Mayo, Lorenzo y Ginebra intentaron no reírse de la doncella que perdió el ritmo en la danza alrededor del palo de Mayo cuando se produjo el desastre. Ginebra escuchó la aguda boqueada de Lorenzo, sintió su mano agarrándose a su hombro con una fuerza convulsiva.

Ella miró hacia donde se encontraban los guardias, pero todos ellos se hallaban contemplando a las muchachas que bailaban. No había tiempo que perder, los dedos de Lorenzo la apretaban cada vez con mayor fuerza.

—¡El palo! —gritó con toda su fuerza—. ¡Se está cayendo!

La plaza estaba tan atestada que nadie pudo moverse. Al escuchar el grito de Ginebra, todo el mundo intentó alejarse del alto palo, y cuando se vieron atrapados, sus gritos se unieron a los de ella, en una cacofonía de terror.

—¡Guardias! —gritó Ginebra para proteger a Lorenzo de la inquieta masa de gente que empujaba por todas partes. Y volviéndose hacia él, gritó—: Ahora, amor mío, ahora. Nadie se dará cuenta.

Ginebra echó la cabeza hacia atrás y gritó y gritó una y otra vez, cubriendo el sonido de los gritos de agónico dolor lanzados por Lorenzo al tiempo que los guardias se lo llevaban de la multitud llena de pánico, que no se había dado cuenta de nada.

Cuando llegaron al palacio, Lorenzo ya había entrado en el profundo sueño similar a un semicoma que le producía la droga suministrada por Leoni.

—Márchate, madonna —le dijo el médico—. Permanecerá así durante muchas horas.

Ginebra contuvo las lágrimas mientras cabalgaba hacia La Vacchia. Sólo empezó a llorar cuando se encontró a solas sobre la hierba que había formado el lecho de su aniversario de amor.

Luego recogió flores silvestres, formando ramilletes que humedeció en una corriente de agua y llevó ella misma de regreso a casa, con Lorenzo. Aun cuando sabía que no se las entregaría a él, que se habrían marchitado antes de que se despertara de su sueño artificial.

59

—Contadina, ¿estás todavía ahí?

—Estoy aquí. Sigue durmiendo.

—No he hecho otra cosa que dormir. ¿Durante cuánto tiempo?

—Tres días. Pero eso no ha sido un buen descanso. Ahora, en cambio, ya estás durmiendo de un modo natural. Duerme, cariño mío. Estás mejorando.

—Me desperté antes…

—Sí, y te volviste a dormir. Eso te hace bien. No trates de permanecer despierto… ¿Quieres beber algo? ¿Quieres que te cante?

—Todavía no. Quiero hablar. Más tarde podrás cantarme tu canción de ruiseñor. Me pregunto si la Escuela de Armonía nos permitiría unirnos a ella —dijo Lorenzo sonriendo.

—Le enseñaríamos una nueva clase de música.

—Contadina…

—Estoy aquí, Lorenzo.

—Quiero decirte algo importante… No, no me digas que descanse. Necesito decírtelo.

—Está bien. Estoy aquí, a tu lado. Te escucho.

—Te amo, mi Ginebra. Y sé que tú me amas. No creo que seas consciente de lo raro que es ser lo que somos el uno para el otro… Yo solía mirar a mi padre y a mi madre juntos, y sabía que estaba viendo un milagro en ellos… Tú eres mi milagro, Ginebra. Jamás pensé que los milagros pudieran producirse, pero estaba equivocado. Y quería que lo supieras…

—Lo sé. Y me produce la mayor de las felicidades oírtelo decir, amor mío, pero lo he sabido desde el principio. Me lo has dicho de un millón de formas diferentes… y me dormiré ahora. Cántame.

Ginebra le cantó, hasta mucho después de que él se hubiera quedado dormido. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y ella las dejó caer. Mientras, le cantaba palabras de amor.

60

El doctor Leoni les acompañó a los baños de sulfuro de Spedaletto, y luego a Careggi para pasar el verano. Lorenzo temía separarse de él y del alivio que transportaba en forma de una botica ambulante. Los ataques eran menos intensos, pero más frecuentes.

Cuando regresaron a la ciudad, en octubre, Lorenzo dijo que quería acudir a oír el sermón de Savonarola. Ginebra le miró horrorizada.

—No debes hacerlo —protestó—. Es un diablo horrible y vicioso.

—Se me ha dicho que se menciona mi nombre incluso más que el de Dios —comentó Lorenzo echándose a reír—. Me gustaría escuchar lo que me hace ser tan importante.

Su aspecto era muy pensativo cuando abandonaron la iglesia.

—No comprendo por qué a la gente le gusta que le digan que son unos pecadores y que están destinados a una condena segura. Pero había mucho público.

—Mucho más que nunca —asintió Ginebra.

Se sentía enferma de cólera y recelo.

Lorenzo declaró su intención de dedicarse durante una temporada a la diplomacia doméstica. Italia estaba en paz, de modo que podía concentrar sus esfuerzos en las condiciones existentes en Florencia.

—Deberías librarte de Savonarola —insistió Ginebra—. Tus regalos ayudan a mantener el monasterio de San Marco. El prior lo

despedirá si tú se lo pides.

—No me siento preocupado por un monje fanático. Y es muy popular entre el pueblo. Lo que me preocupa es lograr que el gobierno de la ciudad sea seguro para Piero. Él no posee el sentido común suficiente como para arreglárselas por sí solo.

Ginebra le miró asombrada. Había creído que era ciego a las deficiencias de Piero. Lorenzo le sonrió, al comprender el hilo de sus pensamientos.

—Tengo tres hijos, contadina. Uno es tonto, el otro inteligente y el otro bueno. Si fuera yo quien tuviera que elegir quién debería gobernar en Florencia, aún seguiría eligiendo a Piero. El cardenalato producirá los mayores beneficios para la familia y para la ciudad, de modo que es correcto que el hijo más inteligente sea el destinado al cardenalato. Y la dulce naturaleza de Giuliano lo transformaría en presa de todo buscador de mecenas en la Toscana. Lo cual nos deja solo con el tonto. En cuanto a eso, puedo compensar por adelantado su estupidez.

El patio del palacio se llenó de gente deseosa de visitar a Lorenzo, unos a la espera de hacerlo y otros después de haberlo hecho. Él intervenía en todo aquello que se cocía en el gobierno. Incluso convenció a la Signoria para que promulgara una ley en la que se estipulaba la necesidad de contar con su aprobación antes de que se oficializara todo compromiso matrimonial.

—Sé a qué hombres y a qué familias les gustaría aumentar su poder cuando yo me haya ido. Así que no permitiré que se produzcan alianzas entre ellos.

Ginebra observó sus manos temblorosas y sus ojos brillantes. Se estaba agotando, trabajando día y noche, soportando el dolor todo lo que podía y acudiendo a las drogas de Leoni cuando ya no lo podía soportar por más tiempo.

Ella le rogó que descansara.

—No puedo, contadina. No sé de cuánto tiempo puedo disponer.

Ella no tenía respuesta alguna para eso. Todos los que le rodeaban se daban cuenta de lo enfermo que se encontraba.

El milagro fue que no muriera de agotamiento. En lugar de eso, y una vez transcurrido el invierno, pareció recuperar fuerzas, como

si necesitara menos descanso y menos alimento que nunca y hubiera recuperado la energía que la enfermedad le había arrebatado.

Presidía la mesa de la cena con toda la risa, el ingenio y la penetrante discusión filosófica del pasado. Discutía con Pico y Agnolo a niveles tan alejados de la comprensión de los demás, que éstos rogaban ser liberados de tanta profundidad de pensamiento.

Trasladó el campo de batalla de la filosofía al estudio de fray Mariano en San Gallo, donde se discutía por las mañanas, y reinstituyó los *rispetti* en las cenas del palacio.

Día tras día, hablaba con los comités y las comisiones, con los hombres de negocios y los mercaderes, prestaba atención y ejercía su influencia, concedía preferencias y privilegios, obtenía apoyos para su política y para su hijo.

Visitaba a Piero en la parte del palacio que éste ocupaba, encantado con Alfonsina, la esposa de su hijo; hablaba ávidamente con su estúpido hijo sobre el arte de la diplomacia y el desafío del gobierno.

Mantenía conferencias con los profesores de los hijos más jóvenes y ordenaba copiar libros para ellos en el scriptorium. Inventó nuevos juegos para jugar con Contessina y Giulio y Giuliano, dado que ahora ya no podía hacerles de caballo.

El día de Año Nuevo encendió la mecha de los fuegos artificiales que ofreció a la ciudad, y el día de Pascua encabezó la procesión del gremio de banqueros para la presentación ceremonial de velones en el Duomo.

Él mismo trabajó en la carroza para el carnaval, supervisando los detalles con tal cuidado que Ghirlandaio amenazó con destruirla en lugar de terminarla. Lorenzo lo calmó escribiéndole un soneto en el que alababa su decoración. Y escribió otras cuatro canciones para el carnaval.

—Lorenzo, te ruego que descanses —le dijo Ginebra cientos de veces.

Pero él se limitaba a sonreír, la besaba y le decía que sacara los laúdes para interpretar un dueto, o las cartas o los dados para jugar una partida.

Por la noche, ella le escuchaba gritar cada vez con mayor frecuencia. Entonces, se vestía apresuradamente. A menudo, le

indicaba a Leoni que la avisara una vez se hubieran detenido los gritos. A él le gustaba que ella le cantara para quedarse dormido. Estaba seguro de que su corazón podía escucharla, aun cuando estuviera inconsciente.

Ginebra estaba segura de que la gota no hacía más que empeorar. Los nudos de cicatrices eran más pronunciados, y las hinchazones remitían cada vez con mayor lentitud.

Lorenzo se negaba a dejarse vencer por la enfermedad. Cuando sus pies y piernas ya no le sostenían, se hacía transportar en «la silla de Cosimo», hasta que se encontraba mejor. Entonces, ordenaba enjaezar los caballos y se llevaba a Ginebra y a los niños a practicar la caza de cetrería en los bosques situados cerca de la villa de Fiesole.

—Leoni y yo hemos logrado derrotar la maldición de los Medici —fanfarroneaba.

Pero luego, en noviembre, un grave ataque le dejó las manos demasiado hinchadas como para escribir. Lorenzo estaba agotado.

—Tengo que enviar cartas y regalos para la Epifanía. Los mensajeros son muy lentos en el invierno y hay que enviarlos pronto. Inocencio está enfermo; es posible que se esté muriendo. Tengo que convencerle para que anuncie el nombramiento de cardenal de Giovanni, para que ese nombramiento sea reconocido oficialmente. Y me siento incómodo con Francia. Este nuevo rey, Carlos, sólo tiene diecinueve años y los hombres jóvenes se sienten ambiciosos de alcanzar la gloria. Hubiera deseado que el rey Luis hubiese vivido más tiempo. Era un amigo en el que se podía confiar. Ferrante también está enfermo y Alfonso no me tiene ninguna simpatía. Tengo que convencerle para que sea amigo nuestro antes de que muera su padre y él se haga cargo del trono.

Ginebra se tragaba las lágrimas. No hacía más que hablar de la muerte. ¿Es que no podía pensar en ninguna otra cosa? Tenía la impresión de que Lorenzo se acercaba a pasos agigantados a su propio fin, apresurándose para encontrarse con aquello que más temía. Casi no dormía, a menos que fuera drogado. Incluso en las raras noches en que acudía a la cama de Ginebra, el alivio que le producía el clímax no le proporcionaba más que un pequeño escape del tenso nerviosismo que lo dominaba. Sus pequeñas siestas y las miradas de posesión que ella le dirigía no eran más que cosas del

pasado.

La noche antes de Adviento, Ginebra empezó a escuchar los gritos de Lorenzo. Se vistió con rapidez y esperó a que Leoni la llamara.

Pero los gritos de Lorenzo no dejaron de sonar.

—Ayúdale —le dijo al médico cuando finalmente entró con precipitación en la habitación de Lorenzo—. Por el amor de Dios, doctor, dale la medicina.

—Si le administro más, madonna, morirá —replicó Leoni con lágrimas en los ojos—. Ha ido necesitando dosis cada vez mayores, y ahora ya ni siquiera la cantidad máxima es suficiente para matar el dolor, sin matarle también a él.

Al día siguiente, cuando sonaban todas las campanas de Florencia, un grupo sigiloso abandonó el palacio de los Medici. Los portadores de la litera que transportaban se mostraban torpes a causa del nerviosismo, y su desigual avance producía gemidos procedentes de la figura que llevaban cubierta por una manta.

Ginebra della Vacchia caminaba junto a la litera, hablando muy seriamente y en voz baja.

—Vamos a los baños de Bagno a Ripoli, mi amor. No está tan lejos. Podemos llegar allí con facilidad en apenas dos días. Allí te sentirás mejor. Siempre te has sentido mejor con los baños calientes. Los guardias están con nosotros, con caballos y bestias de carga. Tenemos todo lo que necesitamos, y cuando estés bien regresaremos a casa a caballo. Nos lanzaremos al galope, como antes solíamos hacer. «Ahí va el Magnífico», dirán en los pueblos al vernos pasar. Y todo volverá a ser como era antes.

61
1491-1492

—Los baños siempre me curan —dijo Lorenzo.

—Estaba segura de que así sería —asintió Ginebra.

Ambos mentían y ambos lo sabían.

Lorenzo estaba muy demacrado. Se le había acolchado la silla de montar para suavizar el impacto sobre su trasero, y se le había instalado un respaldo en el que apoyar la espalda. Los caballos avanzaban al paso y se detenían a cada pocos kilómetros para desmontar y descansar junto al camino.

La distancia que Ginebra había cubierto a pie en dos días la recorrieron ahora en tres días a caballo.

Al llegar al palacio, ya se había preparado la silla de Cosimo. Los sirvientes transportaron a Lorenzo a su habitación y le prepararon para acostarse.

Ginebra se quedó en el patio. Lorenzo le había hecho prometerle que esperaría hasta que él enviara a buscarla.

Caminó con lentitud hacia el jardín, sintiendo sus pasos tan pesados como su corazón. El sonido de un llanto contenido la detuvo. El joven escultor Michelangelo intentaba ocultarse detrás de una antigua columna situada en un rincón.

Ginebra se le acercó, presurosa. Él levantó el rostro anegado en lágrimas, apartándolo de los brazos con lo que se lo había cubierto.

—Lo he visto, madonna. Se está muriendo. Le amo. ¿Por qué tiene que morir?

—No sé qué contestarte —dijo ella.

Y también Ginebra se sintió incapaz de contener las lágrimas. Michelangelo le tendió las callosas manos de trabajador, en un gesto de simpatía. Ginebra las cogió con fuerza. Ambos juntos lamentaron la cercana muerte de Lorenzo el Magnífico.

Lorenzo luchó contra la muerte. Ahora, la enfermedad también estaba dentro de su cuerpo, produciéndole una fiebre continua, y la gota asesina fue retorciendo y echando a perder una articulación tras otra. A pesar de todo, él siguió trabajando. Cuando ya no podía resistir más de pie, se sentaba ante su mesa de despacho. Cuando ya no podía mantener erguida la desfigurada espalda, dictaba las cartas desde la cama.

Leoni le administraba unas drogas que ya no eran efectivas.

Ginebra le daba masajes siempre que él podía soportar el contacto.

Pero nada servía de nada.

Lorenzo luchaba solo.

El día de su cumpleaños, Ginebra se vistió con el disfraz de monje que había llevado en Nápoles y caminó junto a la litera cubierta por una cortinilla en que lo transportaban hasta la tumba de su abuelo.

Los porteadores se retiraron, cerrando tras ellos las grandes puertas de la iglesia. Esperarían hasta que se les llamara, tal y como había ordenado Ginebra.

Ella abrió la cortinilla que ocultaba la deformidad de Lorenzo a la vista del pueblo de Florencia.

—¿Has sentido mucho dolor? —le preguntó.

—Los porteadores son hábiles —dijo Lorenzo.

Su tono de voz no había cambiado, como tampoco su sonrisa. Ginebra le besó los labios sin presionarle apenas.

—Llámalo en mi nombre —dijo Lorenzo.

Ella se arrodilló en el suelo, frente a la placa de mármol que señalaba el lugar de descanso de Cosimo, y recorrió con los dedos las letras del epitafio.

Lorenzo observaba desde la litera. Una vez que ella hubo terminado, él habló.

—Cosimo, aquí está tu nieto, Lorenzo. Si puedes escucharme, escucha esto. He realizado con honor las tareas que me ha planteado la vida. Me he preocupado por el Estado. He dado a la familia seis hijos que quedan con vida, y he convertido a uno de ellos en cardenal de la Iglesia de Roma. He preservado la paz que tú diste a la república, y también he llevado la paz a todos los rincones de Italia. Cuando nos encontremos, a los pies del trono de Dios, podré mirarte con orgullo. Te hice una promesa cuando me convertí en un hombre, en este mismo día, hace ahora veintidós años. He cumplido esa promesa.

Lorenzo cerró los ojos y emitió un profundo suspiro de agotamiento y conclusión. Había cumplido con su peregrinaje.

—Bien hecho, Lauro —dijo Ginebra.

62

—¿Es esto lo que me das cuando lo que he pedido es rojo? ¡Estúpido!

Ginebra escuchó la voz de Lorenzo en cuanto entró en el vestíbulo. Sonrió y apresuró el paso. Su voz sonaba encolerizada y fuerte. Una buena señal. Acudió con rapidez a su habitación.

Lorenzo estaba tumbado entre un montón de blandos almohadones. Su rostro recién afeitado estaba enrojecido y los ojos le brillaban. Un trozo de tela de seda rosa producía un vibrante relampagueo sobre la cama. Las manos deformadas de Lorenzo sostenían la tela arrugada.

El mercader de sedas estaba inclinado sobre la tela, balbuciente y haciendo reverencias, pronunciando incoherentes sonidos de disculpa y de miedo. La cólera de Lorenzo era magnífica.

—El rojo es el color del poder y de la fuerza —gritó—. Es un color varonil. Y tú me traes este rosado propio del vestidor de una dama. Debes estar ciego, o acaso crees que lo estoy yo —apartó la seda de su lado con el canto de las manos—. Llévate esta especie de gasa de aquí, y tráeme verdadera seda…, ¡y roja!

Ginebra corrió hacia la cama, desenredó la tela de sus dedos retorcidos, la plegó y la colocó en los brazos del mercader.

—No tardes en regresar —le dijo con una sonrisa.

El hombre se alejó con rapidez, sin dejar de inclinarse y hablar entre dientes.

—¿Los tienes? —le espetó Lorenzo con un tono casi de acusación.

Ginebra imitó su voz nasal, añadiéndole una burlona dulzura.

—Buenos días, Ginebra —dijo ella—, cuánto me alegra verte. ¿Has podido conseguir de Sandro los dibujos de las decoraciones

que te pedí? ¿Los tienes? Oh, ha sido muy amable por tu parte. Me siento profundamente agradecido.

Lorenzo la miraba fijamente. Por un momento, Ginebra enarcó las cejas y luego volvió a hablar con su tono de voz normal.

—Los tengo. Son muy hermosos. Los sirvientes los están montando sobre caballetes y los traerán para que los estudies.

—Me alegro mucho de verte —dijo entonces Lorenzo.

—Lo mismo que yo a ti, mi amor. Pareces sentirte muy bien y colérico. ¿Eres capaz de resistir un masaje?

—No. Tengo trabajo que hacer. Vamos, siéntate a mi lado y escucha la idea que se me ha ocurrido para la música.

Ella acercó una silla junto a la cama y se sentó a su lado. Con suavidad puso su mano en la deformada mano de Lorenzo y él la apretó con el hinchado pulgar.

La ceremonia de la elevación de Giovanni al capelo cardenalicio estaba programada para el seis de marzo, para lo que apenas faltaba un mes. Lorenzo estaba organizando una celebración que sobrepasaría todo lo que se hubiera conocido en Florencia. El proyecto le daba nuevas fuerzas, pero tenía que pagar un pesado precio por sus explosiones de energía. Pasaba por períodos de dolor insoportables y algunos días se sentía incluso demasiado débil como para abrir los ojos. Era un hombre moribundo, decidido a vivir para ver la culminación de sus ambiciones.

El día de la ceremonia, los asistentes salieron en procesión de la antigua Abadía de Fiesole, y los jinetes apostados para acompañar la comitiva se dirigieron presurosos al palacio, una vez pasada ésta, para informar a Lorenzo.

El arco de triunfo creado por Botticelli era una explosión de color con las colgaduras de seda que pendían de la Porta San Gallo, y veinte trompeteros situados en lo alto de la puerta saludaron al nuevo cardenal cuando éste entró en la ciudad.

Todas las ventanas a lo largo de la ruta estaban adornadas con estandartes, banderas y tapices, y las flores alfombraban las calles que conducían al Duomo. La catedral estaba tan atestada que la procesión apenas pudo entrar en ella. Toda Florencia deseaba ver y rendir tributo a su propio cardenal, hijo de su Magnífico.

Lorenzo escuchó los vítores por la ventana abierta de su habitación. Lágrimas de alegría brotaban de sus ojos. Ginebra se las

limpiaba con un paño suave antes de que cayeran sobre su jubón de terciopelo. Lo habían vestido con gran esplendor, recubierto de joyas recamadas, testimonio de que él era Lorenzo el Magnífico en su más soberbio papel de padre del cardenal Giovanni de Medici.

Una vez terminada la misa se volvió a formar la procesión. Seguida por todos los dignatarios de Florencia, la comitiva avanzó con paso solemne por entre las multitudes que vitoreaban, dirigiéndose hacia el palacio de los Medici, para participar en el banquete que duraría el resto del día.

Lorenzo fue transportado al gran salón sobre una litera para ver a su hijo.

—Estaba al centro de la mesa, sobre la plataforma elevada —le dijo Lorenzo a Ginebra una vez que hubo regresado a su lecho—, llevando su rojo capelo cardenalicio… —Su voz se debilitó—. Cántame para quedarme dormido, contadina. Ahora ya puedo descansar. Tengo mucho sueño.

Desde los muros del gran salón de banquetes el escudo de armas de los Medici relucía en bordados recamados de hilo de oro sobre un fondo de espesa seda roja.

Aquella noche todos los tejados de Florencia relucieron con antorchas que iluminaron las calles de la ciudad para las bandas de músicos que tocaron y cantaron la música que el propio Lorenzo había escrito para conmemorar el nombramiento de su hijo.

—¿Contadina?

—Estoy aquí.

—Quiero regresar a nuestra casa de Careggi.

63

Ahora, ya todo el mundo sabía que Lorenzo el Magnífico se estaba muriendo. Los correos traían a Careggi cartas procedentes de todas las grandes ciudades de Europa. El secretario de Lorenzo, ayudado por una falange de escribas, las contestaba desde el scriptorium instalado en la loggia acristalada.

Los funcionarios del gobierno de la ciudad y los embajadores de los aliados de Florencia deambulaban por el jardín y el patio, en pequeños y sigilosos grupos. Hablaban en voz baja, hasta que se dirigían hacia la escalera, cada vez que aparecía el médico de Lorenzo para informarles sobre su estado.

Desde el púlpito de San Lorenzo, las denuncias de Savonarola caían como truenos sobre la multitud aterrorizada.

—¡El castigo de Dios ha caído sobre el tirano Lorenzo! Se está muriendo, contaminado por los pecados que harán caer la cólera de los cielos sobre todos los amantes del lujo y los vanidosos. ¡Arrepentíos, antes de que caiga la espada del Juicio!

La habitación de Lorenzo en Careggi era pequeña y sencilla. Sólo disponía de una ventana, y no había ninguna decoración ni en los suelos ni en los muros. Su lecho se hallaba en el centro de la estancia. Cuatro limoneros traídos del invernadero ocupaban los rincones. El intenso dulzor de sus brotes refrescaba el pesado aire de la habitación; la ventana se mantenía cerrada debido a que la presión de la ligera brisa primaveral le causaba un gran dolor.

Dos hermanos enfermeros del cercano monasterio de Camaldoli permanecían sentados en sendas sillas, a los pies de la cama. Rezaban en silencio, moviéndose sólo si el médico les pedía ayuda.

Leoni paseaba desde la ventana hasta la puerta, de ésta a la cama, y de la cama de vuelta a la ventana, en un triángulo incesantemente repetido. Sus pequeñas espuelas doradas repiqueteaban sobre las baldosas pulimentadas del suelo. Sus manos brillantes y rollizas se frotaban la una contra la otra, en un movimiento sincronizado con sus pasos, y los hombros aparecían hundidos, como una señal más de desesperación. Hasta ese momento, él mismo había creído que, al final, Lorenzo se recuperaría.

Ginebra observó la angustia del menudo hombre y en el fondo de su corazón sintió pena por él. Luego, su mirada se volvió de nuevo hacia Lorenzo.

Era como un olivo, pensó, con las piernas y los brazos nudosos y torcidos. Se preguntó por un momento si debería decírselo. El olivo era la esencia del campo toscano que él tanto había amado; muchos de sus poemas no eran más que intentos por fijar en palabras la belleza de sus hojas plateadas y verdes, y la gracia de sus ramas elevadas al cielo.

Esperaría y vería si él deseaba que ella hablara. Ahora, cada vez que abría los ojos deseaba verla allí, a su lado. Escuchar le cansaba y necesitaba aunar toda su desvaneciente fortaleza para las despedidas finales.

Primero había enviado a buscar a Piero.

—Tienes que ser como un padre para Contessina y Giuliano —le dijo—. Y dile a Giovanni que le dejo a Giulio a su cuidado. Él es el hijo de mi querido hermano y merece la protección de la familia. No tardará en tener catorce años, y debe entrar al servicio de la Iglesia, donde Giovanni se ocupará de favorecerle… ¿Harás todo eso, Piero?

—Lo haré, padre.

Lorenzo le sonrió a su estúpido hijo. Luego, por última vez, intentó explicarle a Piero el papel que debía cumplir como jefe de la república.

Ginebra podía leer en su rostro la convicción de estar desperdiciando las palabras, a pesar de lo cual sabía que tenía que intentarlo.

Más tarde, tras recuperar la capacidad para hablar, vio a los hombres de la Academia Platónica, uno a uno, y les habló en el

fluido latín, hermosamente musical, que sólo él sabía emplear de ese modo.

Agnolo Poliziano les acompañó a cada uno de ellos hasta la puerta, pasando un brazo sobre los apenados hombros inclinados de los filósofos.

—Permíteme quedarme contigo, Lorenzo —le había pedido Agnolo, y Lorenzo le había concedido su deseo.

Era el cinco de abril.

Ginebra escuchó voces al otro lado de la puerta y se encaminó hacia ella, pero Agnolo se le adelantó. Abrió la puerta con suavidad y salió fuera, cerrándola a continuación. Lorenzo abrió los ojos.

—¿Qué ocurre, Contadina?

—No lo sé. Agnolo nos lo dirá…

Poliziano regresó inmediatamente después, acompañado por un hombre alto, de cabellos blancos, que iba vestido con costosas vestiduras ribeteadas de piel.

—Lorenzo —dijo Agnolo—, el duque de Milán ha enviado a su médico personal. Éste es Lazaro di Pavia.

El médico avanzó hacia la cama. Sus elaboradas espuelas de oro tintinearon sobre las baldosas. Observó el rostro de Lorenzo. Luego, sus ojos recorrieron con lentitud su cuerpo, su mano enjoyada apartó ligeramente la sábana echada sobre las caderas. Ginebra se levantó del asiento para apartarle de allí.

—Yo puedo curar esta enfermedad —dijo el hombre en voz alta.

Los ojos hinchados y doloridos de Lorenzo se abrieron ampliamente con una desesperada mirada de esperanza reflejada en ellos. Ginebra se llevó la mano al corazón, como si se le fuera a quebrar de un momento a otro. Apartó la mirada para ocultar su expresivo rostro de la mirada de Lorenzo, y vio en los ojos de Agnolo la misma y desesperada compasión que ella experimentaba. Entonces, Poliziano hizo un esfuerzo por sonreír.

—En tal caso, te dejaré —le dijo a Lorenzo—, mientras maese Lazaro inicia su tratamiento.

Y abandonó presuroso la estancia.

«Al menos, así podrá llorar —pensó Ginebra—. Le envidio ese pequeño alivio». Le sonrió luego a Lorenzo, diciéndole:

—Ludovico debe de quererte mucho.

Lazaro pidió los ingredientes para la medicina que, según declaró, produciría la cura: perlas, rubíes y esmeraldas. Todo lo demás, lo había traído él consigo.

Supervisó a Leoni cuando éste machacó las joyas en un mortero de plata, hasta convertirlas en polvo. Luego insistió en que todo el mundo se volviera de espaldas mientras él añadía los ingredientes extraídos de su arqueta de boticario, hecha con madera de sándalo.

Luego mezcló la medicina con vino en una copa de oro y se la dio a beber a Lorenzo.

Ginebra contempló horrorizada los terribles esfuerzos que hizo éste para poder tragar el líquido.

Al día siguiente se repitió el tratamiento. Estaba lloviendo y Ginebra huyó hacia las ventanas abiertas de su propia habitación para respirar el aire húmedo y limpio y aclararse la mente de la cólera asesina que sentía contra Lazaro.

Al regresar, Lorenzo estaba hablando con Agnolo.

—¿Por qué no ha venido Pico?

—No quería molestarte.

—Envía a buscarle, Agnolo. Dile que venga una vez haya terminado la tormenta.

La voz de Lorenzo sonaba ya muy débil.

Pico fue como una explosión de energía en la atmósfera estancada de la habitación. Habló con rapidez, como siempre hacía, con su habitual entusiasmo crepitante. Actuó como si Lorenzo no estuviera enfermo, como si la muerte no rondara cerca. Ginebra le bendijo en silencio por ello.

Él y Agnolo discutieron sobre iconografía. Pico sostenía que el ampliamente extendido simbolismo del león como figura de Cristo era inapropiado para quien había dicho las bienaventuranzas, mientras que Agnolo apoyaba la validez del rey de las Bestias como símbolo del Segundo Adviento. Mientras hablaban, Lorenzo miraba

a uno y otro; mostraba más vitalidad de la que Ginebra le había visto en varias semanas.

—El león ha sido demasiado usado —declaró Pico—. Cualquier significado que hubiera podido tener ha quedado diluido por el uso. Ha sido el símbolo de demasiados gobernantes, de demasiados Estados. Florencia no es la única que lo ha adoptado. Además, el león es una criatura volátil en la que no se puede confiar. Ayer, durante la tormenta, un rayo alcanzó el Duomo y desprendió una pieza de mármol de la linterna. Al caer, los leones enloquecieron en su foso, y empezaron a luchar entre ellos. Dos de ellos resultaron muertos.

—¿Dónde cayó el trozo de mármol? —preguntó Lorenzo con voz cascada y una sombría expresión de recelo en la mirada.

—No hizo ningún daño —contestó Pico—. Ni siquiera rompió ninguna baldosa. Se estrelló contra la piazza, cerca de la Via Ricasoli, pero allí no había nadie gracias a la lluvia.

Lorenzo exhaló un suspiro que fue más bien un gemido.

—La dirección del palacio de los Medici —susurró—. Voy a morir… Agnolo, tráeme a fray Mariano.

Cerró los ojos. Tenía el rostro rígido y exangüe.

Fray Mariano le administró los últimos sacramentos y pronunció los rezos de difuntos.

Pero el sufrimiento de Lorenzo no había terminado aún.

Al día siguiente la puerta se abrió dejando entrar un revoloteo de aire en la habitación. Ginebra se volvió hacia ella, con gesto de protesta.

Savonarola estaba en el umbral. Tenía la capucha echada hacia atrás y sus ojos eran dos chispas verdes por encima de su enorme nariz de animal depredador. Sus carnosos labios se abrieron y un escupitajo salió de ellos.

—Ramera —gritó, señalándola y mirándola—. ¿Te llevarás al fuego eterno contigo a un hombre moribundo? Abandona este lugar.

Ella miró a Lorenzo, quien tenía los ojos abiertos y miraba

fijamente a este fanático enemigo. Eran unos ojos que miraban con serenidad. La alarma apareció en ellos cuando Savonarola se precipitó hacia Ginebra, con el puño levantado como un palo. Ella se le enfrentó, con los brazos extendidos, protegiendo a Lorenzo del diablo en persona. El cuerpo le tembló de un modo incontrolable, helado por el temor.

—Vete —dijo Lorenzo.

Ginebra se tambaleó ante el golpe de su rechazo. Cruzó los brazos sobre el pecho para contener la agonía que pugnaba por explotar. Se inclinó y caminó torpemente, bajo el brazo de Savonarola, hacia la puerta.

Poliziano la encontró en el suelo de su habitación, con la cabeza cubierta por los brazos y las rodillas encogidas para calentarse el estremecido cuerpo.

—Ginebra, ven, rápido. Se acerca el final.

—¿Y el diablo?

—Se ha marchado.

—¿No le hizo daño…?

—Pues claro que no. Le preguntó a Lorenzo si estaba en paz con Dios y cuando él dijo que sí, el fraile le dio su bendición… Vamos, Lorenzo ha preguntado por ti.

La angustia le desapareció como por ensalmo y corrió hacia su habitación.

Lorenzo tenía los ojos cerrados; sus labios se movieron, pronunciando sonidos demasiado débiles como para que ella pudiera escucharlos. Ginebra acercó la oreja a su boca.

—Con… tadina…

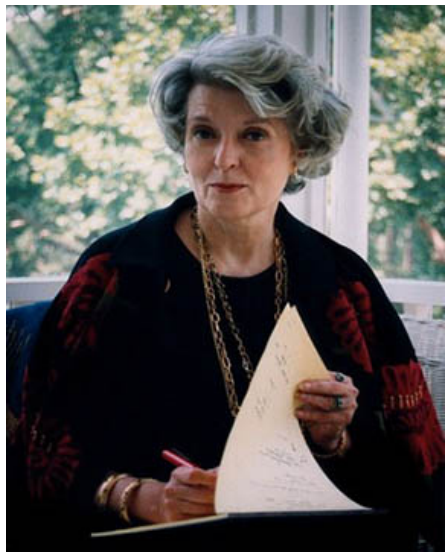
El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Estoy aquí —dijo en voz muy baja—. Aquí estoy, amor mío.

—Cántame… para dormir.

Los párpados de Lorenzo se estremecieron con el esfuerzo que hizo por abrirlos, pero ya no pudo. Su mano se movió apenas.

Ginebra deslizó sus dedos entre los de él. El amor hizo que su voz sonara fuerte y libre de aflicción mientras cantaba las sencillas y antiguas canciones campesinas de la Toscana.



ALEXANDRA RIPLEY (8 de enero de 1934, Carolina del Sur - 10 de enero de 2004, Richmond, Virginia) y conocida sobre todo por crear la secuela a la famosa novela de Margaret Mitchell *Lo que el viento se llevó*. Dicha secuela, *Scarlett*, no fue bien recibida por la crítica pero gozó de un inmenso éxito comercial, siendo seleccionada de otras muchas presentadas a un concurso oficiado por los familiares de la propia Margaret Mitchell, concurso polémico ya que la propia Mitchell se negó a escribir una secuela a su conocida obra en vida. Ripley estudió en Ashley Hall, en Charleston, y en Vassar College en Nueva York. Tuvo dos hijas, fruto de su matrimonio con Leonard Ripley. Antes de publicar *Scarlett* ya tenía otras novelas, también ambientadas en los estados sureños, *Charleston* (1981), *Al dejar Charleston* (1984) y *El Legado de Nueva Orleans* (1987). Tras *Scarlett* escribió *Desde los campos del oro* (1994) y *Un amor divino* (1997), aunque ninguna pudo equiparar el éxito de la continuación de *Lo que el viento se llevó*.

Notas

[1] ¡Qué bella es la juventud / y cuán rápido se desvanece! / Sea feliz quien quiera serlo, / que el mañana incierto es. < <